

ÉMILE ZOLA
NANA



Lectulandia

Cuando Zola escribe *Nana* (1880) es ya famoso. El éxito que alcanza con *La taberna* (1877) eclipsa incluso los éxitos del rey supremo, Víctor Hugo, el viejo veterano aureolado por el prestigio del destierro y de la lucha infatigable contra la farsa y el oropel de tramoya del Segundo Imperio. «Nana» es precisamente una gigantesca simbolización y una parodia de ese Segundo Imperio y de su farsa. Un ataque implacable a su mundo.

De cuatro o cinco generaciones de borrachos, de una sangre viciada por una larga herencia de embriaguez y miseria, surge zumbando una «mosca de oro», Nana. Crecida en la calle, criada en el arroyo parisiense, planta de estercolero y fermento del pueblo que corrompe y desbarata «entre sus muslos de nieve» al París burgués y aristócrata. Nana es fuerza de la naturaleza y arma destructora. Una mosca resplandeciente como el sol, libadora de muerte, que entra por los ventanales de los palacios del poder y envenena a los hombres.

Lectulandia

Émile Zola

Nana

Los Rougon-Macquart, 9

ePub r1.0

IbnKhalidun 13.09.13

Título original: *Nana*
Émile Zola, 1880
Traducción: J. Zambrano

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Cuando Zola escribe *Nana* (1880) es ya famoso. El éxito que alcanza con *La taberna* (1877) eclipsa incluso los éxitos del rey supremo, Víctor Hugo, el viejo veterano aureolado por el prestigio del destierro y de la lucha infatigable contra la farsa y el oropel de tramoya del Segundo Imperio. *Nana* es precisamente una gigantesca simbolización y una parodia de ese Segundo Imperio y de su farsa. Un ataque implacable a su mundo.

De cuatro o cinco generaciones de borrachos, de una sangre viciada por una larga herencia de embriaguez y miseria, surge zumbando una «mosca de oro», *Nana*. Crecida en la calle, criada en el arroyo parisiense, planta de estercolero y fermento del pueblo que corrompe y desbarata «entre sus muslos de nieve» al París burgués y aristócrata. *Nana* es fuerza de la naturaleza y arma destructora. Una mosca resplandeciente como el sol, libadora de muerte, que entra por los ventanales de los palacios del poder y envenena a los hombres.

Pero *Nana* supera los condicionamientos rígidos del esquema simbólico: el símbolo es, a la vez, ser vivo inmerso en un mundo real. El escritor logra plasmar esa cristalización creadora que caracteriza a la obra de arte. Zola cuenta su historia, la historia de *Nana*, con precisión de cronista implacable. Centra su microscopio narrativo en un sector del mundo del Segundo Imperio y lo disecciona con feroz bisturí. A las fiestas de Versalles del antiguo régimen, arrollado por la Revolución, y a los desfiles militares del Primer Imperio suceden las fiestas del derroche burgués. El oropel de los patios de butacas y los palcos de los teatros de vodevil, el mundo frívolo de las fiestas y las excursiones campestres y las carreras de caballos. Allí triunfa *Nana*.

Nana, mediocre artista, con sólo la fuerza de su radiante desnudez, delicada, sin obreros ni máquinas, conmueve a París y reina circundada, aupada y sostenida por catástrofes que provoca ella misma arrastrada por un impulso irresistible.

Su sexo se eleva en una apoteosis como un sol iluminando un campo de batalla sembrado de cadáveres (como en el Sedán, en que se hundirá al fin el Segundo Imperio). Su inocencia persiste deslumbrante, brilla por encima de los desastres, incólume. *Nana* conserva siempre su ingenuidad de animal orgulloso que obra sin malicia, «buena muchacha siempre». La pilluela de París, educada en al calle, posee un poder que es un profundo abismo por el que despeñan la fortuna y la dignidad y la vida los lobos del Imperio, los banqueros y especuladores burgueses y también la nueva y la vieja aristocracia.

Su muerte coincide con ese griterío que recorre las calles de París llamando a los franceses a la guerra imperial: «¡A Berlín, A Berlín!». Gritos que encienden anhelos patrióticos y nostalgias que apagarán las botas de Bismarck en la catástrofe final. El Segundo Imperio se hunde. *Nana*, con el embrujo de su chic y de su desnudez delicada capaz de corromperlo todo, es sólo un osario, una masa de humores y de

sangre y de materia hedionda tirada en un colchón. Aquel rostro hechizante es ya sólo un campo de pústulas, una masa informe, sin rasgos, con un ojo cubierto del todo por la purulencia y el otro entreabierto y hundido en un agujero negro. Es un cadáver de nariz supurante con una mancha de costra rojiza que le cubre un pómulos e invade la boca y la crispa y estira en una atroz sonrisa.

Sólo la cabellera rubia y libre se salva de la catástrofe final y mantiene su brillo. Sólo ella persiste dorada y deslumbrante. Allí, en aquella habitación de hotel desierta en que arde una vela solitaria y hasta la que sube del bulevar hinchando la cortina ese gigantesco anhelo desesperado que grita «¡A Berlín!» en un impulso que precipitará el desastre irremediable, sólo la cabellera se mantiene incólume: será la que incendie con sus llamaradas los bulevares de París en la Comuna.

Zola, diestro artista, nos narra esta historia dibujando cuadros del natural llenos de minucia y detalle, con una pericia y una agilidad que preludia lo cinematográfico.

Refleja un mundo palpitante y vivo, el mundo hormigueante de la ciudad con sus olores y colores, sus oropeles y fastos y miserias, y procura hacerlo sin miramientos, sin misericordias, anhelos ni nostalgias. A la pretensión de fidelidad notarial y forense del realismo, sucede la búsqueda de una objetividad científica con la que se pretende una precisión semejante a la de las ciencias naturales. La evolución, la herencia, los condicionamientos materiales han de explicar la realidad del mundo. Hay que estudiar el mundo tal cual es, fríamente. Pero esa frialdad y ese distanciamiento son esfuerzos y táctica: tras la mascarilla de la objetividad del narrador, del novelista convertido en sociólogo y científico, late un ardor romántico liberador. La frialdad es sólo el mejor método de hacer el diagnóstico: hay que estudiar el mundo fríamente para poder cambiarlo. Es preciso «profundizar sin temor en las causas y hallar un remedio a cada dolor». Zola, a quien se califica de «destructor del alma francesa», de quien Anatole France dirá que «jamás nadie ha hecho esfuerzos semejantes para envilecer a la humanidad», es en realidad, un paladín ascético de la buena causa, entregado en cuerpo y alma a una misión. «He cerrado la puerta del mundo detrás de mí y he tirado la llave por la ventana. No hay absolutamente nada más en mi agujero que mi trabajo y yo, y no quedará nada más, nada más».

La Comedia Humana, de Balzac, no había tenido sucesor. Sólo Zola osó proyectar una obra tan titánica, una «gran máquina», un cuadro global totalizador: su *Historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio* (dentro de la cual se encuadra *Nana*), que llegaría a abarcar 20 volúmenes y más de diez mil páginas. Pero Zola no pretende imitar a Balzac, él quiere ir más allá. «No hay que hacer como Balzac, hay que ligarse más a los grupos que a los personajes». Y añade: «Además, en Balzac, no aparecen obreros».

Zola, que desborda el esquema del escritor burgués y que parece en realidad el

primer escritor que se interesa por los valores del proletariado que bulle y emerge, logra con sus obras un éxito de masas sin precedentes.

La base del público lector que permite el florecer de la novela burguesa se amplía aún más en este período tumultuoso de cambios y avances, con el aumento de la capacidad y los recursos de la industria. En el lanzamiento de sus obras se recurre ya a un sistema de distribución que permite la difusión masiva y se utilizan procedimientos de publicidad nuevos que incluyen los carteles y los «hombres anuncio».

Capítulo primero

A las nueve, la sala del teatro Varietés aún estaba vacía. Algunas personas esperaban en el anfiteatro y en el patio de butacas, perdidas entre los sillones de terciopelo granate y a la media luz de las candilejas. Una sombra velaba la gran mancha roja del telón; no se oía ningún rumor en el escenario, la pasarela estaba apagada y desordenados los atriles de los músicos. Sólo arriba, en el tercer piso, alrededor de la rotonda del techo, en el que las ninfas y los amorcillos desnudos revoloteaban en un cielo verdeado por el gas, se escuchaban voces y carcajadas en medio de un continuo alboroto, y se veían cabezas tocadas con gorras y con sombreros, apiñadas bajo las amplias galerías encuadradas en oro. En un momento dado apareció una diligente acomodadora con dos entradas en la mano y guiando a un caballero y a una dama a la butaca que les correspondía; el hombre, de frac y la mujer, flaca y encorvada, mirando lentamente alrededor.

Dos jóvenes aparecieron en las filas de orquesta. Se quedaron en pie observando.

—¿Qué te decía, Héctor? —exclamó el mayor, un muchacho alto y de bigotillo negro—. Hemos llegado muy temprano. Pudiste dejarme que acabase de fumar.

Pasó una acomodadora.

—Ah, el señor Fauchery, —dijo con familiaridad—. La función no empezará hasta dentro de media hora.

—Entonces, ¿por qué la anuncian para las nueve? —murmuró Héctor, en cuya cara larga y enjuta se reflejó la contrariedad—. Esta mañana, Clarisse, que actúa en la obra, todavía me aseguró empezaría a las ocho en punto.

Callaron durante un momento, levantaron la cabeza y escudriñaron entre la oscuridad de los palcos, pero el papel verde con que estaban decorados aún los oscurecía más. Al fondo, bajo el anfiteatro, los palcos estaban sumergidos en una total oscuridad. En las butacas de anfiteatro no había más que una señora gruesa, apoyada en el terciopelo de la barandilla. A derecha e izquierda, entre altas columnas, aparecían vacíos los proscenios, adornados con lambrequines de franjas anchas. La sala, blanca y oro, reanimada con un verde suave, se desvanecía con las llamas cortas de la gran lámpara de cristal, como si la envolviese un fino polvillo.

—¿Has conseguido la entrada de proscenio para Lucy? —preguntó Héctor.

—Sí, pero mi trabajo me ha costado. Bah, no hay miedo de que llegue pronto.

Ahogó un ligero bostezo y luego, tras un breve silencio, añadió:

—Eres un caso. No haber visto todavía un estreno... La Venus Rubia será el acontecimiento del año. Hace seis meses que se habla de ella. ¡Qué música, qué gracia! Bordenave, que conoce su oficio, la ha guardado para la Exposición.

Héctor escuchaba religiosamente. Hizo una pregunta:

—Y a Nana, esa nueva estrella que debe hacer de Venus, ¿la conoces?

—Ya está bien, ¿eh? Otra vez lo mismo, —exclamó Fauchery agitando un brazo—. Toda la mañana que no hacen más que abrumarme con Nana. He encontrado a más de veinte personas, y Nana por aquí y Nana por allá. Como si yo conociese a todas las muchachas de París... Nana es una invención de Bordenave, ¡y así será ella!

Se calmó, pero el vacío de la sala, la semipenumbra y aquel recogimiento de iglesia lleno de cuchicheos y portazos le irritaron.

—¡Ah, no! —exclamó de pronto—. Aquí, uno se hace viejo. Yo salgo... Seguramente encontraremos a Bordenave y nos dará algunos detalles.

Abajo, el gran vestíbulo con losas de mármol, donde estaba el control de entrada, empezaba a llenarse de público. Por las tres verjas abiertas se veía circular la vida ardiente de los bulevares, que bullían y resplandecían en aquella hermosa noche de abril. El rodar de los carruajes se detenía un momento, las portezuelas se cerraban estrepitosamente, y todo el mundo entraba, formando pequeños grupos, detenidos unos ante la taquilla y otros subiendo la doble escalera del fondo, en donde las mujeres se retrasaban evitando los empujones con una simple inclinación del cuerpo. A la cruda claridad del gas, sobre la desnuda palidez de aquella sala, que una pobre decoración imperio convertía en un peristilo de templo de cartón, se destacaban violentamente unos altos cartelones con el nombre de Nana en grandes letras negras.

Los caballeros, como pegados a la entrada, los leían; otros hablaban de pie y taponaban las puertas, mientras, cerca de la taquilla, un hombre grueso de ancha y afeitada cara respondía bruscamente a los que insistían para conseguir una localidad.

—Ahí está Bordenave —exclamó Fauchery, bajando la escalera.

Pero el director ya le había visto.

—¡Vaya si es servicial! —le gritó desde lejos—. ¿Es así como me hace una crónica? Abro esta mañana *Le Fígaro*, y nada.

—No tan aprisa —respondió Fauchery—. Hay que conocer a su Nana antes de hablar de ella. Además, no le prometí nada.

Luego, para cambiar de tema, presentó a su primo, Héctor de la Faloise, un joven que llegaba a París para completar su formación. El director midió al joven de una ojeada mientras Héctor lo miraba con cierta emoción. Entonces, aquel era el célebre Bordenave, el exhibidor de mujeres que las trataba como un cabo de vara, el cerebro que siempre lanzaba algún reclamo, gritando, escupiendo, golpeándose los muslos, cínico y con alma de gendarme. Héctor consideró que debía decir alguna frase amable.

—Su teatro... —empezó con voz aflautada.

Bordenave le interrumpió tranquilamente, con una palabra cruda de hombre que gusta de las situaciones francas.

—Diga mi burdel.

Entonces Fauchery tuvo una risa aprobadora mientras de la Faloise se quedaba

con su cumplido ahogado en la garganta, muy extrañado y tratando de digerir la expresión. El director se había apresurado a estrechar la mano de un crítico dramático cuyas reseñas gozaban de gran influencia. Cuando regresó, Héctor de la Faloise ya había recobrado su aplomo. Temía que le tratase de provinciano y estaba muy cohibido.

—Me han dicho, añadió queriendo encontrar una frase, que Nana tiene una voz deliciosa.

—¿Ella? —gruñó el director encogiéndose de hombros—. Sí, una verdadera grulla.

El joven se apresuró a añadir:

—Además, es una excelente actriz.

—¿Ella? Un paquete. No sabe dónde poner los pies ni las manos.

Héctor de la Faloise se sonrojó ligeramente. No comprendía aquello y balbuceó:

—Por nada del mundo habría faltado al estreno de esta noche. Sabía que su teatro...

—Diga mi burdel —interrumpió nuevamente Bordenave con la fría terquedad de un hombre convencido. Fauchery, mientras tanto, observaba tranquilamente a las mujeres que entraban. Al ver que su primo se quedaba con la boca abierta, sin saber si echarse a reír o enfadarse, acudió en su ayuda.

—Sigue la corriente a Bordenave y llama a su teatro como él te pide, ya que eso le divierte... Y usted, querido, no se haga el interesante. Si su Nana no canta ni interpreta, será un fracaso y nada más. Eso es lo que yo creo.

—¡Un fracaso, un fracaso! —exclamó el director enrojándose—. ¿Es que una mujer necesita saber interpretar y cantar? ¡Ah, muchacho, eres muy tonto! Nana tiene otra cosa. Que sí, que sí. Algo que lo compensa todo. La he olfateado, y es extraordinariamente bella o yo tengo la nariz de un imbécil... Ya verás, ya verás. No hará más que aparecer y todo el teatro sacará la lengua.

Había levantado sus gruesas manos, que temblaban de entusiasmo; y, desahogado, bajaba la voz y gruñía para sí:

—Sí, irá lejos, muy lejos... ¡Vaya piel! ¡Oh, qué piel!

Luego, como Fauchery le interrogaba, consintió en darle detalles con tal crudeza de expresiones que incomodaron a Héctor de la Faloise. Había conocido a Nana y quería lanzarla. Precisamente por aquel entonces buscaba una Venus. Él no se entretenía mucho con una mujer, prefería que el público se aprovechase de ella inmediatamente. Pero tenía un berenjenal en su teatro con la llegada de esta muchacha revolucionaria. Rose Mignon su estrella, una fina actriz y adorable cantante, le amenazaba diariamente con dejarlo plantado al presentir a una rival. Y para la cartelera, ¡qué jaleos, santo cielo! Al fin se había decidido a poner los nombres de las dos actrices en letras del mismo tamaño. No toleraba que lo

molestasen. Cuando una de sus mujercitas, como él las llamaba, Simonne o Clarisse, no andaban derechas, les pegaba un puntapié en el trasero; de otro modo, no se podía vivir. Las vendía, sabía lo que valían aquellas zorras.

—Vaya, —dijo interrumpiéndose—. Ahí están Mignon y Steiner. Siempre juntos. Ya sabréis que Steiner empieza a hartarse de Rose, y el marido no le da ni un minuto por miedo de que se fugue.

Las luces de gas que resplandecían en la cornisa del teatro dejaban sobre la acera un destello de viva claridad. Dos arbolillos se destacaban claramente con su color verde crudo; una columna publicitaria estaba tan iluminada que se leían desde lejos sus carteles, como en pleno día, y más allá, en la noche oscura del bulevar, titilaba una serie de lucecitas sobre el oleaje de una muchedumbre siempre en marcha. Muchos hombres no entraban inmediatamente, quedándose fuera para conversar mientras acababan su cigarro en la zona alumbrada, cuya luz les daba una palidez azulada y recortaba sobre el asfalto sus pequeñas sombras negras.

Mignon, un mocetón muy alto y ancho de hombros, con una cabeza cuadrada de Hércules de feria, se abría paso por entre los grupos, llevando del brazo al banquero Steiner, pequeñito él, orondo vientre, cara redonda y barba ya canosa en forma de collar.

—Muy bien —dijo Bordenave al banquero—; ayer se la encontré en mi despacho.

—¿Era ella? —exclamó Steiner—. Lo supuse, pero yo salía cuando ella entraba, y casi no la vi.

Mignon escuchaba con la vista baja y dando vueltas nerviosamente a un grueso diamante que llevaba en un dedo. Había comprendido que se trataba de Nana. Luego, como Bordenave hacía un retrato de su debutante que encandilaba los ojos del banquero, acabó por mezclarse en la conversación.

—Dejad de darle vueltas, querido. El público se encargará de ella debidamente. Steiner, muchacho, ya sabe que mi mujer le espera en su camerino.

Quiso llevárselo, pero Steiner se negaba a abandonar a Bordenave.

Frente a ellos, se apelotonaba una cola en el control y surgía un murmullo de voces en el cual el nombre de Nana se percibía con la vivacidad cantante de sus dos sílabas. Los hombres que se situaban ante los carteles lo pronunciaban en voz alta, otros lo lanzaban de paso, en un tono que era una pregunta, y las mujeres, intrigadas y sonrientes, lo repetían suavemente y con gesto de sorpresa. Nadie conocía a Nana. ¿De dónde había salido? Y cuántas anécdotas circulaban, cuántos chistes susurrados de oído en oído. Resultaba una caricia aquel nombre, un nombrecito cuya familiaridad sentaba bien en todos los labios. Con sólo pronunciarlo, la muchedumbre se alegraba y se la veía como interesada. Una viva curiosidad aguijoneaba a todo el mundo, esa curiosidad de París que tiene la violencia de un acceso de furiosa locura.

Se quería ver a Nana. A una señora le arrancaron el volante de su vestido y un señor perdió su sombrero.

—¡Oh! me pedís demasiado —exclamó Bordenave a un grupo de hombres que lo abrumaba a preguntas—. Pronto la veréis... Me voy; me necesitan dentro.

Desapareció, satisfecho por haber enardecido a su público. Mignon se encogió de hombros, recordando a Steiner que Rose le esperaba para enseñarle su traje del primer acto.

—Mira, ahí está Lucy, bajando de su coche —dijo de la Faloise a Fauchery.

En efecto, era Lucy Stewart, una mujercita fea, de unos cuarenta años, el cuello demasiado largo, el rostro delgado y estirado, con una boca muy grande, pero tan viva y graciosa que hasta tenía su encanto. Acompañaba a Caroline Héquet y a su madre. Caroline, de una belleza fría, y la madre, muy digna y disecada.

—¿Vienes con nosotras? te hice reservar un sitio, —dijo ella a Fauchery.

—No, no. ¿Para qué? ¿Para no ver nada? —respondió él—. Tengo una butaca y prefiero la platea.

Lucy se molestó. ¿Acaso no se atrevía a exhibirse con ella? Luego, calmándose bruscamente, cambió de conversación.

—¿Por qué no me has dicho que conocías a Nana?

—¿Nana? Nunca la he visto.

—¿De veras? Me aseguraron que te habías acostado con ella.

En el acto, y poniéndose un dedo en los labios, Mignon les hizo señas de que se callaran. Y a una pregunta de Lucy, señaló a un joven que pasaba en aquellos momentos, diciéndole en voz baja:

—El amante de Nana.

Todos le miraron. Era apuesto. Fauchery le reconoció; se trataba de Daguinet, un joven que se había comido trescientos mil francos con las mujeres, y que ahora jugaba a la Bolsa para pagarles unas flores e invitarlas a cenar de vez en cuando.

Lucy lo encontró muy atractivo, al mismo tiempo que dijo:

—Ah, aquí está Blanche. Fue quien me dijo que te habías acostado con Nana.

Blanche de Sivry, una rubia gorda cuyo hermoso rostro parecía empastado, llegaba acompañada de un hombre delgaducho, muy elegante y distinguido.

—El conde Xavier de Vandevres —murmuró Fauchery al oído de Héctor.

El conde cambió un apretón de manos con el periodista mientras tenía lugar una viva explicación entre Blanche y Lucy, las cuales cerraban el paso con sus faldas con muchos volantes, la una en azul y la otra en rosa, y el nombre de Nana salía de sus labios en un tono tan vivo que todo el mundo las oía.

El conde de Vandevres se llevó a Blanche, pero el nombre de Nana, como un eco, ya se oía en los cuatro rincones del vestíbulo, en un tono más alto y con un deseo aumentado por la espera.

¿Es que aún no empezaba? Los hombres se sacaban su reloj, los retrasados saltaban de su coche antes de que se detuviese, los grupos dejaban la acera, donde los paseantes atravesaban despacio la franja de luz, que estaba ya desierta, y alargaban el cuello para echar una mirada al teatro. Un pilluelo que llegaba silbando se plantó delante de un cartel, en la puerta, y gritó con voz aguardentosa: ¡Eh, Nana! y prosiguió su camino, desmadejado y arrastrando sus zapatos rotos. Le coreó una carcajada, y varios señores muy dignos repitieron: ¡Nana! ¡Nana! Se estrujaban; una disputa en la taquilla; los rumores aumentaban, y una serie de voces llamando a Nana, exigiendo a Nana, en una de esas ráfagas de estupidez y de brutal sensualidad que arrebató a las multitudes.

Pero la campanilla del entreacto se pudo oír por encima de aquel alboroto. Un rumor llegó hasta el bulevar: «Ya han avisado, ya han avisado» y entonces hubo una avalancha, pues todos querían pasar, y los porteros se multiplicaban en las puertas de entrada. Mignon, con inquietud, al fin logró llevarse a Steiner, que no había ido a ver el traje de Rose. Al primer campanillazo, Héctor de la Falaise se abrió paso entre la multitud, y arrastró a Fauchery para no perderse la obertura.

El apretujamiento del público irritó a Lucy Stewart. ¡Qué groseros empujando a las damas! Se quedó la última, con Caroline Héquet y su madre. El vestíbulo se vació, y allá en el fondo el bulevar seguía con su constante rumor.

—¡Como si sus piezas fuesen tan graciosas! —repetía Lucy subiendo la escalera.

En la sala, Fauchery y Héctor se quedaron en pie ante sus butacas mirando nuevamente en torno suyo. Ahora resplandecía el salón. Las altas llamas de gas iluminaban la gran lámpara de cristal con un chorro de luces amarillas y rosas que, desde la bóveda hasta el patio, se rompían en una lluvia de claridad. El terciopelo granate de las butacas espejeaba como la laca, los dorados resplandecían y los adornos verdosos suavizaban su brillo bajo las pinturas demasiado crudas del techo. Alzada, la batería del proscenio, con su violenta luz, parecía incendiar el telón, cuyos pesados cortinajes de púrpura tenían una riqueza de palacio fabuloso, en contraste con la pobreza del marco, en el cual las grietas descubrían el yeso debajo del dorado. Hacía ya calor. Los músicos, ante sus atriles, afinaban sus instrumentos, con ligeros trinos de flauta, suspiros ahogados de trompa y susurros de violín, que se perdían en medio del rumor creciente de voces. Todos los espectadores hablaban, se empujaban y se colocaban tras su asalto a las butacas; la avalancha de los pasillos era tan violenta que las puertas casi no dejaban paso a la interminable ola de gente. Todo eran signos de llamada, roces de vestidos, desfile de faldas y peinados, mezclados con el negro de un frac o de una levita. No obstante, las filas de butacas se llenaban poco a poco, un traje claro se destacaba, una cabeza de perfil delicado inclinaba su moño y resplandecía el brillo de una joya. En un palco, un trozo de hombro desnudo se destacaba con su blancura de seda. Otras mujeres se abanicaban con languidez

mientras seguían con la mirada los empujones de la multitud; entre tanto, los jóvenes caballeros, de pie en la platea, con el chaleco muy abierto y una gardenia en el ojal, enfocaban sus gemelos con la punta de sus enguantados dedos.

Entonces los dos primos buscaron algunos rostros conocidos. Mignon y Steiner estaban en uno de los palcos, con las manos apoyadas en el terciopelo de la barandilla. Blanche de Sivry parecía ocupar ella sola un palco proscenio de platea. Pero Héctor de la Faloise examinaba más a Dagueuet, que ocupaba una butaca de patio, dos filas más adelante. A su lado, un jovencito de unos diecisiete años, algún colegial escapado, abría desmesuradamente sus bellos ojos de querubín. Fauchery esbozó una sonrisa al fijarse en él.

—¿Quién es aquella dama del anfiteatro? —preguntó de repente Héctor—. Aquélla que tiene una jovencita de azul a su lado.

Señalaba a una mujer gorda y encorsetada, una antigua rubia convertida en blanca y teñida de amarillo, cuya cara redonda, enrojecida por los afeites, se abotagaba bajo una lluvia de ricitos infantiles.

—Ésa es Gagá —dijo simplemente Fauchery.

Y como este nombre no pareció que le dijese nada a su primo, añadió:

—¿No conoces a Gagá? Hizo las delicias de los primeros años del reinado de Luis Felipe. Ahora pasea a su hija por todas partes.

Héctor de la Faloise no tuvo ni una mirada para la jovencita. La visión de Gagá le emocionaba y no apartaba sus ojos de ella, pues aún la encontraba muy bien, pero no se atrevía a decirlo.

Mientras tanto, el director de orquesta levantaba su batuta y los músicos iniciaban la obertura. Seguía entrando gente, y la agitación y el ruido aumentaban. Entre aquel público especial de los estrenos, público que no cambiaba nunca, había pequeños grupitos de amigos que volvían a encontrarse y sonreían. Los abonados, con el sombrero puesto y con la familiaridad de la costumbre, se saludaban entre sí. Todo París estaba allí, el París de las letras, de las finanzas y del placer, muchos periodistas, algunos escritores, hombres de Bolsa, y más mujeres públicas que honradas; mundo singularmente mezclado, compuesto por todos los genios y halagado por todos los vicios y en cuyos rostros se reflejaban la misma fatiga y la misma ansiedad. Fauchery, respondiendo a las preguntas de su primo, le señaló los palcos de la Prensa y de los círculos; luego le nombró a los críticos dramáticos, entre ellos a uno delgado, de aspecto descarnado y con finos labios maliciosos, y especialmente a uno gordo con cara de bonachón que se apoyaba en el hombro de su vecina, una ingenua a la que protegía con una mirada paternal y tierna.

Pero se interrumpió al ver que Héctor de la Faloise saludaba a las personas que ocupaban un palco central. Se quedó sorprendido.

—¿Cómo? ¿Conoces al conde Muffat de Beuville?

—Hace mucho tiempo —respondió Héctor—. Los Muffat tenían una finca cercana a la nuestra. Iba con frecuencia a visitarlos... El conde está con su esposa y su suegro, el marqués de Chouard.

Y por vanidad, halagado por el asombro de su primo, entró en detalles: el marqués era consejero de Estado y el conde acababa de ser nombrado chambelán de la emperatriz. Fauchery, que había cogido sus gemelos, contemplaba a la condesa: una morena rolliza de piel blanca y con bonitos ojos negros.

—Me los presentarás en el entreacto. Ya otras veces me he encontrado con el conde, pero me gustaría asistir a sus martes.

Unas enérgicas voces reclamando silencio salieron de los pisos superiores.

La obertura había empezado y aún continuaba entrando gente. Los retrasados obligaban a filas enteras de espectadores a levantarse, las puertas de los palcos se cerraban dando un golpe y de los pasillos llegaban voces destempladas. El rumor de las conversaciones no cesaba, al igual que el piar de una bandada de gorriones cuando se pone el sol. Todo era confusión y cabezas y brazos que se agitaban; unos se sentaban y trataban de acomodarse y otros se empeñaban en permanecer de pie para echar una última ojeada. Los gritos de ¡sentarse, sentarse! surgieron violentamente del patio de butacas y un estremecimiento sacudía a los espectadores: por fin iban a conocer a aquella famosa Nana, de la cual se ocupaba todo París desde hacía ocho días.

Poco a poco, sin embargo, las conversaciones se fueron apagando, aunque con algunas voces destempladas. Y en medio de aquel murmullo desmayado, de aquellos suspiros moribundos, la orquesta se destacaba con la viveza de sus notas en un vals cuyo ritmo picaresco tenía la risa de una indecencia. El público, halagado, empezaba a sonreír, y la claque, en las primeras filas, aplaudió furiosamente. El telón se levantaba.

—Mira —dijo Héctor de la Faloise, que no paraba de hablar—, hay un señor con Lucy.

Miraba el palco de proscenio de la derecha, donde Caroline y Lucy estaban sentadas. Detrás de ellas se veía el respetable rostro de la madre de Caroline y el perfil de un gallardo joven, rubio e irreprochablemente vestido.

—¿Los ves? —repetía Héctor con insistencia—; hay un señor.

Fauchery dirigió sus gemelos hacia el palco, pero en seguida los apartó.

—Bah, es Labordette —murmuró con indiferencia, como si la presencia de tal personaje fuese lo más natural del mundo y sin importancia.

Detrás gritaron pidiendo silencio y tuvieron que callar. Ahora la inmovilidad atenazaba a toda la sala y filas de cabezas erguidas y atentas se escalonaban desde el patio de butacas al anfiteatro.

El primer acto de La Venus Rubia transcurría en el Olimpo, un Olimpo de cartón,

con nubes por decorados y el trono de Júpiter a la derecha. Al principio estaban Isis y Ganimedes, acompañados de un grupo de servidores celestes que cantaban a coro mientras colocaban los asientos para el Consejo de los dioses. De nuevo surgieron los bravos reglamentarios de la claqué; el público, un poco desorientado, esperaba. Mientras, Héctor de la Falaise había aplaudido a Clarisse Besnus, una de las mujercitas de Bordenave, que interpretaba a Isis, con un azul tierno y un gran chal con los siete colores amoldado al talle.

—¿Sabes que se quita la camisa para ponerse eso? —dijo a Fauchery de manera que le oyesen—. Ya ensayamos eso esta mañana. Se le veía la camisa debajo de los brazos y en la espalda.

Un ligero estremecimiento recorrió la sala. Rose Mignon acababa de aparecer, interpretando a Diana. Aunque no tenía la presencia ni la cara del personaje, enjuta y negra, de una fealdad adorable de pilluelo Parisiense, aparecía encantadora, como la misma caricatura del personaje. Su aria de entrada, cuya letra, lastimosa hasta el llanto, se quejaba de Marte, que estaba a punto de dejarla por Venus, fue cantada con una reserva púdica tan llena de alusiones procaces, que el público se caldeaba. El marido y Steiner, apretados el uno al otro, reían complacidos. Y toda la sala estalló cuando Prulliere, ese actor tan querido, apareció de general, un Marte de pacotilla, empenachado con una pluma gigante y arrastrando un sable que le llegaba hasta el hombro. Ya estaba harto de Diana, por lo muy quisquillosa que era. Entonces Diana juraba vigilarlo y vengarse. El dúo finalizaba con una bufonada tirolesa que Prulliere entonó muy cómicamente, con voz de gato irritado. Tenía una presunción cómica de primer galán afortunado, y lanzaba miradas de bravucón que arrancaban chillonas risas de las mujeres de los palcos.

Luego el público se enfrió, pues las escenas siguientes las encontró aburridas. Apenas si el viejo Bosc, un Júpiter imbécil, con la cabeza aplastada bajo una descomunal corona, hizo reír al público cuando tuvo una discusión con Juno a propósito de una cuenta de la cocinera. El desfile de los dioses —Neptuno, Plutón, Minerva y las demás— estuvo a punto de echarlo todo a perder.

El público se impacientaba, un murmullo inquietante iba en aumento, los espectadores se desinteresaban de la obra y miraban a todas partes de la sala.

Lucy reía con Labordette; el conde de Vandevres alargaba el cuello detrás de los recios hombros de Blanche, mientras que Fauchery, por el rabillo del ojo, examinaba a los Muffat, viendo al conde muy serio, como si nada comprendiera, y a la condesa vagamente risueña, con la mirada perdida, soñando. Pero en medio de aquel malestar, estallaron repentinamente los aplausos de la claqué con la regularidad de un fuego de guerrilla. Todo el mundo miró al escenario. ¿Sería al fin Nana? Aquella Nana se hacía esperar demasiado.

Se trataba de una delegación de mortales que Ganimedes e Isis habían

introducido; burgueses respetables, todos maridos engañados, que acudían a presentar una queja al rey de los dioses contra Venus, quien encendía en sus mujeres excesivos ardores. El coro, en un tono doliente e ingenuo, entrecortado por silencios llenos de confidencias, divirtió mucho. Una frase circuló por toda la sala: «El coro de los cornudos, el coro de los cornudos» y la frase pareció gustar, porque alguien gritó «bis». Las cabezas de las coristas eran graciosas, y ellas se divertían fijándose en un espectador gordo y con la cara redonda como la luna. Entre tanto, Vulcano llegaba furioso y preguntaba por su mujer, que se había escapado hacía tres días. El coro volvía a su queja, implorando a Vulcano, dios de los cornudos. Este personaje de Vulcano lo desempeñaba Fontan, un cómico de un talento cínico y original, que fingía una cólera exagerada, vestido de herrero de aldea, con una peluca rojiza y los brazos desnudos y tatuados con corazones atravesados por flechas. Una voz de mujer exclamó en voz muy alta: ¡Oh, qué feo es! y todos rieron y aplaudieron.

La escena que siguió parecía interminable. Júpiter no acababa de reunir el Consejo de los dioses para someterle la queja de los maridos engañados. ¡Y Nana sin aparecer! ¿Esperarían a Nana para bajar el telón? Una espera tan prolongada acabó por irritar al público, y los murmullos empezaron de nuevo.

—Esto va mal, entusiasmado —le dijo Mignon a Steiner—. ¡La que se va a armar!

En aquel momento las nubes del fondo se apartaron y Venus apareció.

Nana, muy alta y muy desarrollada para sus dieciocho años, envuelta en su túnica blanca de diosa, con sus largos cabellos rubios sueltos sobre los hombros, descendió hasta las candilejas con el mayor aplomo y sonriendo al público. Empezó su famosa aria: Cuando Venus ronda de noche...

Al segundo verso, los espectadores se miraban entre sí. ¿Era aquello una broma, algún capricho de Bordenave? Nunca se había oído una voz tan desafinada, tan sin la menor escuela. Su director supo muy bien lo que decía: «Canta como una grulla». Y ni siquiera sabía estar en escena: echaba las manos hacia delante, en un balanceo de todo el cuerpo, que todos encontraron falso y sin gracia. Ya se oían algunos gruñidos de burla en el patio y entre los abonados, y se silbaba, cuando una voz de polluelo a punto de salir del cascarón lanzó con convicción desde las butacas de patio:

—¡Muy bien!

Toda la sala le miró. Era el querubín, el colegial escapado, con sus bonitos ojos encandilados y su rostro encendido al ver a Nana. Cuando vio que todo el mundo se volvía hacia él, se avergonzó, por haber hablado en voz alta y sin querer. Dagenet, su vecino, lo examinaba con una sonrisa; el público reía, como desanimado y sin pensar ya en silbar, y entre tanto los jóvenes de guantes blancos, entusiasmados también por el garbo de Nana, se embobaban y aplaudían.

—¡Así! ¡Muy bien! ¡Bravo!

Nana, mientras, al ver reír a la sala, también rió. La alegría fue en aumento. Y si bien se miraba, aquella hermosa joven tenía gracia. Riendo, se le marcaba un encantador hoyuelo en la barbilla. Ella esperaba sin embarazo, muy segura, ganándose a continuación y fácilmente al público, como si le dijese con un guiño picaresco que si bien no tenía talento, eso no importaba, porque tenía otra cosa. Y luego de dirigirse al director de orquesta con un significativo gesto que parecía decir: «Vamos allá, buen hombre» empezó a cantar el segundo cuplé: A medianoche Venus pasa.

Seguía siendo la misma voz avinagrada, pero ahora cosquilleaba tan bien al público en el lugar apropiado que por momentos le arrancaba ligeros estremecimientos. Nana conservaba su sonrisa, que iluminaba su boquita roja y relucía en sus grandes ojos, de un azul claro. En algunos versos un poco vivos, cierta intención perversa retorció su nariz, cuyas sonrosadas aletas palpitaban, mientras que una llamarada encendía sus mejillas. Continuaba balanceándose, lo único que sabía hacer. Y ya nadie se sentía defraudado.

Ahora, en cambio, los hombres la enfocaban con los gemelos. Cuando iba al final del cuplé notó que le fallaba la voz y comprendió que no lo podría terminar. Entonces, sin inquietarse, recurrió a un nalgueo que dejó la imagen de cierta redondez bajo la delgada túnica, a la vez que alargó los brazos, dobló la cintura y sus pechos temblaron. Estallaron los aplausos. Inmediatamente se volvió en dirección al foro, exhibiendo una nuca sobre la cual flotaba su rubia cabellera, pareciendo una lámina de oro; los aplausos ahora fueron rabiosos.

El final del acto fue más frío. Vulcano quería abofetear a Venus. Los dioses celebraban consejo y decidían ir a realizar una encuesta en la tierra antes de dar satisfacción a los maridos engañados. Entonces Diana, al sorprender las palabras cariñosas entre Venus y Marte, juraba no quitarles la vista de encima durante el viaje. También había una escena en la que el Amor, interpretado por una niña de doce años, respondía a todas las preguntas: «Sí, mamá... No, mamá» con acento llorón mientras se hurgaba la nariz. Después, Júpiter, con la severidad de un maestro irritado, encerraba al Amor en el cuarto oscuro, ordenándole que conjugase veinte veces el verbo amar.

Antes del final se aprobó un coro de la compañía y la orquesta, ejecutado con brillantez. Pero, una vez caído el telón, la claqué intentó inútilmente obtener un bis; el público, en pie, ya se dirigía hacia las puertas.

Unos se pisaban y otros se empujaban entre las filas de butacas mientras cambiaban sus impresiones. Una misma frase se oía aquí y allá: ¡Qué idiotez!

Un crítico aseguraba que había que hacer muchos cortes. Por lo demás, la obra no tenía importancia, y de lo único que se hablaba era de Nana. Fauchery y Héctor de la Faloise, que salieron de los primeros, se encontraron con Steiner y Mignon en el

pasillo de butacas. Se ahogaban en aquel agujero, estrecho y aplastado como la galería de una mina, iluminado por los mecheros de gas. Permanecieron un instante al pie de la escalera de la derecha, protegidos por el recodo de la barandilla. Los espectadores de los abonos avanzaban pisando fuerte, la marea de fraques y levitones negros pasaba mientras una acomodadora hacía lo imposible por proteger, contra los empujones, una silla sobre la cual había amontonado prendas de vestir.

—Yo la conozco —repuso Steiner al ver a Fauchery—. Estoy seguro de haberla visto en algún sitio. Me parece que en el casino, donde hubo que recogerla del suelo de borracha que estaba.

—Yo no estoy tan seguro —dijo el periodista— pero también me parece haberla visto.

Y bajando la voz, añadió sonriente:

—Tal vez en casa de la Tricon.

—Pardiez, un lugar bien infecto —observó Mignon, que parecía indignado—. Es vergonzoso que el público acoja así a la primera mujerzuela que se presenta. Dentro de poco no habrá mujeres honradas en el teatro... Sí, acabaré por prohibir a Rose que actúe.

Fauchery no pudo disimular una sonrisa. Entre tanto, no cesaba el ruido de los zapatos bajando los escalones; un hombrecillo de gorra decía con voz cascada.

—Vaya, vaya... Está bien hecha; hay dónde morder.

Dos jovencitos, rizados con trencillas, muy correctos con sus cuellos almidonados, discutían en el pasillo. Uno de ellos repetía la palabra «¡Infecto, infecto!», sin decir por qué, y el otro respondía: «¡Asombrosa, asombrosa!» pero tampoco razonaba su asombro.

Héctor de la Faloise la encontraba muy bien; sólo se aventuró a decir que estaría mejor si educase su voz. Entonces, Steiner, que no escuchaba, pareció despertar sobresaltado. Pero había que esperar. Tal vez todo se hundiría en los actos siguientes. El público se había mostrado complaciente, pero no se le veía entusiasmado. Mignon aseguraba que la obra no concluiría, y como Fauchery y Héctor los dejaran para subir al saloncillo, cogió del brazo a Steiner y le dijo al oído:

—Querido, verás el traje de mi mujer en el segundo acto... Es hasta allá.

Arriba, en el saloncillo, tres arañas de cristal vertían chorros de luz. Los dos primos dudaron un momento; la puerta vidriera, cerrada, dejaba ver, de un extremo a otro de la galería, un oleaje de cabezas que dos corrientes arrastraban en continuo remolino. No obstante, entraron. Cinco o seis grupos de hombres hablaban muy fuerte y gesticulaban inmóviles en medio de los empujones; los demás caminaban en fila, girando sobre sus talones cuando llegaban al extremo del piso encerado. A derecha e izquierda, entre columnas de mármol jaspeado, las mujeres estaban sentadas en banquetas de terciopelo rojo, contemplando el paso de la marea con gesto

lacio, como agotadas por el calor, y, detrás de ellas, en los altos espejos, se veían sus moños. Al fondo, en la cantina del teatro, un hombre ventrudo bebía un refresco.

Pero Fauchery, para respirar mejor, se fue al balcón. Héctor, que examinaba las fotografías de las actrices en los cuadros interpolados con los espejos, entre las columnas, acabó por imitarle. Acababan de apagar la batería de gas de la marquesina del teatro. Estaba oscuro y hacía fresco en el balcón, que les pareció vacío. Sólo había un joven, envuelto en la sombra y acodado en la balaustrada de piedra, en la esquina derecha, que fumaba un cigarrillo.

Fauchery reconoció a Dagueneet y se estrecharon la mano.

—¿Qué hace por aquí, querido? —preguntó el periodista—. ¿Se esconde por los rinconcitos, cuando en días de estreno nunca abandona su butaca?

—Ya lo ve, estoy fumando —respondió Dagueneet.

Entonces Fauchery trató de ponerle en un aprieto.

—¿Y qué? ¿Qué le ha parecido la debutante? La tratan bastante mal en los pasillos.

—Bah... murmuró Dagueneet. Serán los hombres a quienes ella habrá despreciado.

Éste fue su juicio sobre el talento de Nana. Héctor se inclinó para contemplar el bulevar. Enfrente, las ventanas de un hotel y de un casino estaban iluminadas; en la acera, una masa negra de consumidores ocupaba las mesas del café de Madrid. A pesar de lo avanzado de la hora, el gentío era considerable; se caminaba despacio, mucha gente salía continuamente del pasaje Jouffroy, muchos esperaban cinco minutos antes de poder cruzar el bulevar a causa de la larga fila de carruajes.

—¡Qué movimiento, qué ruido! —repetía Héctor de la Falaise, a quien París aún causaba asombro.

Una campanilla sonó largamente y el vestíbulo quedó desierto. La gente se apresuraba por los pasillos. El telón ya estaba levantado cuando entraron los rezagados, provocando el mal humor de los espectadores que ya estaban sentados. Cada uno volvió a su sitio con el rostro animado y nuevamente atento. La primera mirada de Héctor fue para Gagá, pero se quedó asombrado al ver al lado de ella al rubio alto que momentos antes había estado en el palco de Lucy.

—¿Cómo se llama aquel señor? —preguntó.

Fauchery no lo veía.

—Ah, sí... Labordette —acabó por decir, en el mismo tono indiferente.

El decorado del segundo acto constituyó una sorpresa. Se desarrollaba en un baile popular de arrabal, en la Boule-Noire, en pleno martes de Carnaval; la comparsa enmascarada cantaba una ronda, cuyo estribillo acompañaba taconeando. Esta salida truhanesca, que nadie esperaba, agradó tanto que hubo de repetirse. Y entonces apareció la banda de los dioses, para realizar su encuesta, extraviada por Isis, que se

jactaba falsamente de conocer la Tierra. Se habían disfrazado con el propósito de mantener el incógnito. Júpiter apareció vestido de rey Dagoberto, con sus calzas al revés y una enorme corona de latón. Febo entró de postillón de Lonjumeau y Minerva de nodriza normanda. Grandes carcajadas acogieron a Marte, que vestía un extravagante uniforme de almirante suizo. Pero las risas fueron escandalosas cuando se vio a Neptuno vestido con una blusa, tocado con un gorro hinchado, con garcetas pegadas a las sienes, arrastrando sus pantuflas y diciendo con voz grave: ¡Y qué! Cuando uno es guapo, es natural que las mujeres no lo dejen en paz. Se oyeron unos cuantos ¡oh!, ¡oh! mientras las señoras levantaban un poco sus abanicos. Lucy, en el proscenio, reía tan ruidosamente que Caroline Héquet la hizo callar con un ligero golpe de abanico. Desde aquel momento estaba salvada la obra y se entreveía su gran éxito.

Aquel carnaval de los dioses, el Olimpo arrastrado por el fango, toda una religión, toda una poesía befas, parecían un regalo exquisito. La fiebre de la irreverencia alcanzaba a todo el mundo letrado desde las primeras representaciones; se pisoteaba la leyenda, se rompían las antiguas imágenes. Júpiter tenía una cabezota, Marte era golpeado, la realeza se convertía en una farsa y el Ejército en una bufonada. Cuando Júpiter, enamorado repentinamente de una pequeña lavandera, se puso a bailar un desenfrenado cancan, Simonne, que hacía de lavandera, lanzó un puntapié a las narices del rey de los dioses, mientras le llamaba tan graciosamente «papito mío», que toda la sala rió locamente. Mientras se bailaba, Febo obsequiaba con ponches a Minerva, y Neptuno reinaba en siete u ocho mujeres que le regalaban pastelillos. Se recurría a las alusiones, se añadían obscenidades y las palabras inofensivas eran desvirtuadas en su sentido por las exclamaciones del patio de butacas. Hacía tiempo que el público de un teatro no se había revolcado en la necedad más irrespetuosa. Esto le regocijaba.

Mientras la acción continuaba en medio de aquellas locuras, Vulcano, vestido de elegante, con traje amarillo, guantes amarillos y monóculo, corría siempre detrás de Venus, que al fin llegaba vestida de verdulera, con un pañuelo en la cabeza, el pecho opulento y cubierta de grandes alhajas de oro. Nana estaba tan blanca, tan llenita y tan natural en aquel personaje de robustas caderas y gritona, que inmediatamente se adueñó de la sala. Por ella se olvidó a Rose Mignon, un delicioso Bebé, con chichonera y su corto vestido de muselina, que acababa de suspirar las quejas de Diana con voz encantadora. La otra, aquella gorda moza que se golpeaba los muslos, que cacareaba como una gallina, exhalaba en torno suyo un olor de vida, un poderío de mujer, que todo el mundo se quedó como atontolinado. Desde aquel segundo acto se le permitió todo: estar mal en escena, no cantar una nota justa y olvidarse de sus réplicas; no tenía más que volverse y reír para arrancar bravos del público. Cuando pegaba su famoso caderazo, todo el patio de butacas se encendía y el entusiasmo

corría de galería en galería hasta llegar al techo. También consiguió un triunfo cuando se puso a dirigir el baile. Allí estaba como en su casa, puesta en jarras, sentando a Venus en el arroyo, en el bordillo de la acera. Y la música parecía hecha para su voz arrabalera, una música de flauta de caña, un retorno a la feria de Saint Cloud, con estornudos de clarinete y zancadas de flautista.

Todavía bisaron dos números. El vals de la obertura, aquel vals de ritmo truhanesco, había vuelto y arrebatava a los dioses. Juno, vestida de labradora, encontraba a Júpiter con su lavandera y lo abofeteaba. Diana sorprendía a Venus dando una cita a Marte, y se apresuraba a indicar a Vulcano la hora y el lugar, gritándole: «Tengo mi plan». Lo demás no aparecía muy claro. La encuesta desembocaba en un golpe final, tras el cual, Júpiter, sudoroso, ahogado y sin corona, declaraba que las mujercitas de la Tierra eran deliciosas y que todos los hombres eran unos necios.

El telón caía cuando, dominando los bravos, muchas voces gritaban violentamente:

—¡Todos, todos!

Entonces se levantó el telón y reaparecieron los artistas cogidos de las manos. En el centro, Nana y Rose Mignon, codo con codo, saludaban con grandes reverencias. Se aplaudió, la claque enronqueció con sus aclamaciones y poco después la sala quedó medio vacía.

—Tengo que ir a saludar a la condesa Muffat —dijo Héctor.

—Entonces, me presentarás —repuso Fauchery—. Bajaremos en seguida.

Pero no era fácil llegar hasta los palcos del primer piso. En el pasillo de arriba se apretujaba la gente. Para avanzar en medio de los grupos había que abrirse paso con los codos. Situado debajo de una lámpara de cobre en la que ardía un chorro de gas, el crítico gordo juzgaba la obra ante un corrillo que le escuchaba atento. La gente, al pasar, lo nombraba a media voz.

Había reído durante todo el acto, según decían en los pasillos; no obstante, se mostraba muy severo, y hablaba del buen gusto y de la moral. Más adelante, el crítico de los labios delgados demostraba una benevolencia que tenía un trasfondo hostil, como de leche agriada.

Fauchery examinaba los palcos de una ojeada por las aberturas redondas de las puertas. El conde de Vandevres le detuvo, al oír que los dos primos iban a saludar a los Muffat, y les indicó el palco número 7, de donde acababa de salir. Luego, inclinándose al oído del periodista, le preguntó:

—Dígame, querido, esa Nana ¿no es aquella que vimos una noche en la esquina de la calle de Provence?

—¡Claro que sí! Tenía yo razón —exclamó Fauchery—. Ya decía yo que la conocía.

Héctor de la Faloise presentó a su primo al conde Muffat de Beuville, que se mostró muy frío. Pero al oír el nombre de Fauchery, la condesa levantó la cabeza y felicitó al cronista por sus artículos en *Le Fígaro* con una frase discreta. Acodada en el terciopelo de la barandilla, medio se volvió con un gentil movimiento de hombros. Se conversó un instante, hablando sobre la Exposición Universal.

—Será algo hermoso —dijo el conde, cuyo rostro cuadrado y regular mantenía una gravedad oficial—. Hoy he visitado el Campo de Marte... y he regresado maravillado.

—Se asegura que no estará listo —aventuró Héctor—. Hay allí un atolladero.

Pero el conde le interrumpió con su voz severa:

—Lo estará. El emperador lo desea.

Fauchery contó con jovialidad que estuvo a punto de quedarse encerrado en el acuario, entonces en construcción, cuando fue allí para escribir un artículo. La condesa sonreía. De vez en cuando miraba a la sala, y levantando uno de sus brazos, cuyos guantes blancos le llegaban al codo, se abanicaba con lentitud. La sala, casi vacía, dormitaba; algunos señores del patio de butacas habían abierto su periódico y las mujeres recibían en los palcos como si estuvieran en su casa. No se oía más que un murmullo de grata compañía bajo la gran lámpara, cuya claridad se suavizaba con el fino polvillo levantado por el vaivén del entreacto. Los hombres se apiñaban en las puertas para contemplar a las mujeres que se habían quedado sentadas, y permanecían allí, inmóviles durante un minuto, alargando el cuello, con el gran corazón blanco de sus pecheras.

—Contamos con usted para el martes próximo —dijo la condesa a Héctor de la Faloise.

También invitó a Fauchery, quien se inclinó. No se dijo nada sobre la obra, y no se pronunció el nombre de Nana. El conde mantenía una dignidad tan glacial que se le hubiese creído en alguna sesión del Cuerpo legislativo. Para explicar su presencia en el teatro dijo simplemente que su suegro era muy aficionado. La puerta del palco había quedado abierta y el marqués, que salió para dejar sitio a los visitantes, no obstante lo alto que era y a pesar de ser ya un anciano, erguía el rostro bajo su sombrero de alas anchas, siguiendo con ojos turbados a las mujeres que pasaban.

Después de formular su invitación la condesa, Fauchery se despidió, comprendiendo que sería un inconveniente hablar de la obra. Héctor fue el último en salir del palco. Acababa de descubrir en el proscenio del conde de Vandeuves al rubio Labordette, instalado cómodamente y conversando muy de cerca con Blanche de Sivry.

—¡Ah, vaya! —exclamó cuando se reunió con su primo—. Ese Labordette conoce a todas las mujeres. Ahora está con Blanche.

—Pues claro que las conoce a todas —respondió tranquilamente Fauchery—. ¿Te

extraña, querido?

El pasillo se había despejado un poco. Fauchery iba a descender cuando Lucy Stewart lo llamó. Se encontraba en el fondo, ante la puerta de su proscenio. Se cocían allá dentro, decía, y ocupaba lo ancho del pasillo en compañía de Caroline Héquet y de su madre, mordisqueando unos bombones.

Una acomodadora hablaba maternalmente con ellas. Lucy miró al periodista: ¡era muy gentil subiendo a ver a otras mujeres y no ir a preguntar a las amigas si tenían sed! En seguida cambió de tema.

—¿Sabes, querido, que encuentro muy bien a Nana?

Quería que se quedase en el proscenio durante el último acto, pero él se escapó, prometiendo recogerlas a la salida.

Abajo, delante del teatro, Fauchery y Héctor encendieron unos cigarrillos. El gentío obstruía la acera, una cola de hombres había descendido la escalinata y respiraba el frescor de la noche en medio del suave airecillo del bulevar.

Mientras tanto, Mignon acababa de llevarse a Steiner al café Varietés. Al comprobar el triunfo de Nana, se puso a hablar de ella con entusiasmo a la vez que vigilaba al banquero por el rabillo del ojo. Lo conocía, y dos veces le había ayudado a engañar a Rose; luego, pasado el capricho, lo había recogido arrepentido y fiel. En el café, los numerosos consumidores se apretujaban alrededor de las mesas de mármol; algunos bebían de pie, precipitadamente y los grandes espejos reflejaban hasta el infinito aquella confusión de cabezas, agrandando desmesuradamente la estrecha sala, con sus tres lámparas, sus banquetas de hule y su escalera de caracol tapizada en rojo.

Steiner fue a colocarse a una mesa de la primera sala, que se abría al bulevar y cuyas puertas habían quitado, quizás un poco temprano para la estación. Cuando vio pasar a Fauchery y a Héctor de la Faloise, el banquero los detuvo.

—Vengan a tomar un vaso con nosotros.

Le preocupaba una idea; quería echarle un ramo a Nana. Al final llamó a un camarero, a quien llamaba familiarmente Auguste. Mignon, que escuchaba, le miró tan abiertamente que se turbó y balbuceó:

—Dos ramos, Auguste, y entréguelos a la acomodadora; uno para cada una de las señoras, en el momento apropiado, ¿no es eso?

Al otro extremo de la sala, con la nuca apoyada en el marco de un espejo, permanecía inmóvil ante su vaso vacío una joven de unos dieciocho años, como si le fastidiase una larga e inútil espera. Bajo los rizos naturales de sus hermosos cabellos cenicientos, tenía un rostro virginal, de ojos aterciopelados, dulces y cándidos; vestía un traje de seda verde desteñido, con un sombrero redondo que los golpes habían deformado. Bajo el frescor de la noche aparecía pálida.

—Mira, ahí está Satin —murmuró Fauchery al verla.

Héctor le preguntó quién era. Bah, una buscona de bulevar. Pero era tan pilluela,

que divertía oírla. Y el periodista, levantando la voz, le preguntó:

—¿Qué haces ahí, Satin?

—Fastidiándome —respondió Satin, tranquilamente y sin moverse.

Los cuatro hombres, encantados, se echaron a reír.

Mignon aseguraba que no era necesario apresurarse; se necesitan veinte minutos para envarillar el decorado del tercer acto. Pero los dos primos, que se habían bebido su cerveza, quisieron subir, pues tenían frío. Mignon se quedó sola con Steiner se acomodó y le habló abiertamente:

—Queda entendido, ¿no? Iremos a su casa y se la presentaré. Ya sabe, esto queda entre nosotros; mi mujer no tiene por qué saber nada.

De vuelta a sus sitios, Fauchery y Héctor descubrieron en los segundos palcos a una bonita mujer vestida con modestia. La acompañaba un señor de apariencia seria, un jefe de negociado en el Ministerio del Interior, a quien Héctor conocía por haberlo encontrado en casa de los Muffat. Fauchery creía que ella se llamaba señora Robert, una mujer honrada que sólo tenía un amante, nunca más de uno, y siempre un hombre respetable.

Pero tuvieron que volverse. Daguenet les sonreía. Ahora que Nana había triunfado, ya no se ocultaba y presumía por los pasillos. A su lado, el joven escapado del colegio no había abandonado su butaca debido al estupor en el que lo había sumido Nana. ¡Ésa sí era una mujer! Se sonrojaba y no hacía más que ponerse y quitarse los guantes maquinalmente. Luego, como su vecino había hablado de Nana, se atrevió a interrogarle.

—Perdón, señor ¿usted conoce a esa mujer que actúa?

—Sí, un poco —murmuró Daguenet, sorprendido y receloso.

—Entonces, ¿sabe su dirección?

La pregunta le pareció tan impertinente que le costó no contestarle con una bofetada.

—No —respondió en tono seco.

Y le volvió la espalda. El rubito comprendió que acababa de cometer una inconveniencia; se sonrojó más y se quedó perplejo.

Se oyeron las tres llamadas; las acomodadoras, cargadas de abrigos y gabanes, se empeñaron en devolver las prendas mientras la gente entraba. La claqué aplaudió el decorado, una gruta del monte Etna abierta en una mina de plata, y cuyos costados tenían el brillo de los escudos nuevos; en el fondo, la fragua de Vulcano parecía una puesta de sol. Desde la segunda escena, Diana se entendía con el dios, que debía fingir un viaje para dejar vía libre a Venus y a Marte. Luego, apenas Diana se quedó sola, apareció Venus.

Un estremecimiento conmovió a toda la sala. Nana estaba desnuda. Aparecía desnuda con una tranquila audacia y la certeza del poder de su carne.

La envolvía una simple gasa; sus redondos hombros, sus pechos de amazona, cuyas puntas rosadas se mantenían levantadas y rígidas como lanzas; sus anchas caderas, que se movían en un balanceo voluptuoso; sus muslos de rubia regordeta... Todo su cuerpo se adivinaba, se veía, bajo el ligero tisú, blanco como la espuma. Era Venus naciendo de las aguas y sin más velo que sus cabellos. Y cuando Nana levantaba los brazos, se advertía, a la luz de la batería, el vello de oro de sus axilas. Ya no hubo aplausos. Nadie volvió a reír los rostros de los hombres se alargaban, se les encogía la nariz y tenían la boca irritada y sin saliva. Parecía que un viento muy tenue hubiese pasado, preñado de una sorda amenaza. De repente, en la bonachona muchacha, se erguía la mujer inquietante, aportando la locura de su sexo, descubriendo lo desconocido del deseo. Nana continuaba sonriendo, pero con una sonrisa aguda, de devoradora de hombres.

—¡Caramba! —dijo simplemente Fauchery a Héctor.

Marte, mientras, acudía a su cita con su plumero y se encontraba entre las dos diosas. Allí había una escena que Prulliere interpretó ingeniosamente; acariciado por Diana, que quería intentar un último esfuerzo antes de entregarlo a Vulcano; mimado por Venus, a quien la presencia de su rival estimulaba, se abandonaba a aquellas delicias con la beatitud de un gallo de mazapán.

Luego, un gran terceto ponía fin a la escena, y entonces fue cuando una acomodadora apareció en el palco de Lucy Stewart para arrojar dos enormes ramos de lilas blancas. Se aplaudió, Nana y Rose Mignon saludaron mientras Prulliere recogía los ramos. Una parte del patio de butacas miró sonriendo hacia el palco ocupado por Steiner y Mignon. El banquero, encarnado como un pavo, sacudía convulsivamente su barbilla como si tuviese un nudo en la garganta.

Lo que sucedió a continuación acabó de envenenar la sala. Diana se había marchado furiosa. En seguida, sentada en un banco de musgo, Venus llamó a Marte a su lado. Jamás se habían atrevido a presentar una escena de seducción tan ardiente. Nana, con los brazos rodeando el cuello de Prulliere, lo atraía hacia así cuando Fontan, entregándose a una mímica de furor burlesco, exagerando el papel de esposo ultrajado que sorprende a su mujer en flagrante delito, apareció en el fondo de la gruta. Traía la famosa red de alambre. La agitó un instante, igual que un pescador a punto de arrojar su esparavel, y, por medio de un truco ingenioso, Venus y Marte quedaron cogidos en la red, cuyos hilos los envuelven y los inmovilizan en su postura de amantes dichosos.

Un murmullo creció como un suspiro que se hinchaba. Algunas manos aplaudieron, pero todos los gemelos estaban fijos en Venus. Poco a poco Nana se había apoderado del público, y ahora cada hombre padecía su dominio. El aliento que exhalaba, igual que un animal retozón, se extendía cada vez más hasta llenar el ambiente. En aquellos instantes sus más ligeros movimientos provocaban el deseo y

enardecía la carne con un simple gesto del meñique. Las espaldas se arqueaban, vibrando como si arcos invisibles rozasen sus músculos; las nuca mostraban el pelo que se agitaba bajo alientos tibios y errantes, surgidos de no se sabía qué boca femenina. Fauchery veía delante al colegial escapado, a quien la pasión levantaba de su asiento.

Tuvo la curiosidad de fijarse en el conde de Vandevres, muy pálido, mordiéndose los labios; en el gordo Steiner, cuyo rostro apoplético estaba a punto de estallar; en Labordette, mirando por sus gemelos con aire sorprendido de chalán que admira una brava yegua; en Daguinet, cuyas orejas enrojecidas se movían de gozo. Luego, por un instante, echó una mirada hacia atrás, y se quedó asombrado ante lo que percibió en el palco de los Muffat: tras la condesa, blanca y seria, se erguía el conde, boquiabierto y con el rostro jaspeado de manchas rojas; junto a él, en la sombra, los ojos turbados del marqués de Chouard se habían vuelto dos ojos de gato, fosforescentes, salpicados de oro.

Aquello era sofocante; las cabelleras se aplastaban contra las cabezas sudadas. Desde hacía tres horas que permanecían allí, y el aliento había caldeado el aire con un olor humano. A los reflejos del gas, los polvillos en suspensión se condensaban, inmóviles, bajo la lámpara. La sala entera vacilaba, se deslizaba en un vértigo, laxa y excitada, cogida en esos deseos adormecidos de medianoche que balbucean en el fondo de las alcobas. Y Nana, frente a aquel público subyugado, a aquellas mil quinientas personas hacinadas, ahogadas en el abatimiento y el desorden nervioso de un final de espectáculo, permanecía victoriosa con su carne de mármol y con su sexo, cuya fuerza podía destruir a toda aquella gente sin que se la atacase a ella.

La obra concluía. A las llamadas triunfales de Vulcano desfiló todo el Olimpo ante los amantes, con sus ¡oh! y sus ¡ah! de estupefacción y jovialidad. Júpiter decía: «Hijo mío, has sido muy necio al llamamos para ver esto». Luego hubo una reacción en favor de Venus. El coro de cornudos, introducido nuevamente por Isis, suplicaba al señor de los dioses que no continuara con su encuesta; desde que las mujeres permanecían en sus casas, la vida resultaba imposible para los hombres; preferían más ser engañados y estar contentos, lo cual era la moraleja de la comedia. Entonces se libertaba a Venus. Vulcano obtenía una separación de cuerpos. Marte volvía con Diana. Júpiter, para tener paz en su hogar, enviaba a su lavanderita a una constelación, y al final sacaba al Amor de su escondite, donde había estado haciendo pajaritas en vez de conjugar el verbo amar. El telón cayó después de la apoteosis, en que el arrodillado coro de cornudos cantaba un himno de gratitud a Venus, quien seguía sonriente y engrandecida en su soberana desnudez.

Los espectadores, ya en pie, se dirigieron a las puertas. Se nombró a los autores y hubo dos llamadas en medio de una tempestad de bravos. El grito de ¡Nana! ¡Nana! lo llenó todo. Luego, sin estar aún vacía, la sala quedó casi en tinieblas; la batería se

apagó, la lámpara redujo su luz y largas cortinas de tela gris se deslizaron por los proscenios, envolviendo los dorados de las galerías, y aquella sala, tan cálida, tan enardecida, cayó de repente en un pesado letargo mientras se esparcía un vaho de moho y de polvo. La condesa de Muffat, en la barandilla de su palco, esperaba que la muchedumbre saliese; en pie, envuelta en pieles, miraba la sombra.

En los pasillos se empujaba a las acomodadoras, que perdían la cabeza entre los montones de prendas caídas. Fauchery y Héctor se habían apresurado para asistir a la salida. A lo largo del vestíbulo los hombres hacían calle, mientras que por la doble escalera descendían dos interminables colas, regulares y compactas. Steiner, arrastrado por Mignon, había salido de los primeros. El conde de Vandeuves salió con Blanche de Sivry de su brazo. Por un momento Gagá y su hija parecieron confundidas, pero Labordette se apresuró a buscarles un carruaje, del cual cerró galantemente la puerta cuando ellas subieron. Nadie vio pasar a Daguenet. Como el colegial escapado, con sus mejillas ardiendo, había decidido esperar ante la puerta de los artistas, y corrió hacia el pasaje de los Panoramas, en donde encontró la verja cerrada. Satin, de pie en la acera, le acosó, pero él, desesperado, la rechazó brutalmente y luego desapareció entre la multitud, con lágrimas de deseo y de impotencia en los ojos. Los espectadores encendían sus cigarrillos y se alejaban tarareando: Cuando Venus ronda de noche... Satin había subido a colocarse ante el café Varietés, donde Auguste le dejaba comer el azúcar que quedaba de las consumiciones. Un hombre gordinflón, que salía muy animado, se la llevó hacia las sombras del bulevar.

No obstante, aún continuaba descendiendo gente. Héctor esperaba a Clarisse. Fauchery había prometido recoger a Lucy Stewart, con Caroline Héquet y su madre. Llegaron y ocuparon un rincón del vestíbulo, riendo muy alto, cuando salieron los Muffat con su aire glacial. Bordenave acababa de empujar una puertecita y en aquellos momentos obtenía de Fauchery la promesa formal de una crónica. Estaba sudoroso, rojo el rostro y como embriagado por el éxito.

—Con esto tendrá para doscientas representaciones —le dijo con galantería Héctor de la Falaise—. Todo París desfilará por su teatro.

Pero Bordenave, enfadándose, señaló con un brusco movimiento de su barbilla al público que llenaba el vestíbulo, aquella aglomeración de hombres con los labios secos, las miradas ardientes y dominados todavía por el deseo de poseer a Nana, y le replicó con violencia:

—Dirás por mi burdel, ¡maldito testarudo!

Capítulo II

A las diez de la mañana del día siguiente, Nana aún dormía. Ocupaba en el bulevar Haussmann el segundo piso de una gran casa nueva, cuyo propietario la alquilaba a señoras solas. Un rico comerciante de Moscú, que había ido a París a pasar un invierno, la instaló allí pagando seis meses por adelantado. El aposento, demasiado grande para ella, nunca había sido amueblado por completo, y un lujo chillón, de consolas y sillas doradas, se entremezclaba con muebles de ocasión, veladores de caoba y candelabros de cinc que imitaban bronce florentinos. Todo aquello olía a cortesana abandonada muy pronto por su primer protector formal. Vuelta a caer en los amantes dudosos, volviendo al principio difícil, al lanzamiento frustrado, complicado con negativas de crédito y amenazas de expulsión.

Nana dormía boca abajo, estrechando entre sus brazos desnudos la almohada, en la que hundía su rostro vencido de sueño. El dormitorio y el cuarto de aseo eran las dos únicas piezas que un tapicero del barrio había arreglado. Cierta claridad se deslizaba bajo un cortinaje, y se distinguían los muebles de palisandro, las cortinas y las sillas forradas en damasco bordado con grandes flores azules sobre fondo gris. Pero en la tibieza de aquella alcoba adormecida, Nana se despertó sobresaltada, como sorprendida al sentir el vacío a su lado. Miró el almohadón que había junto al suyo, con el hueco aún caliente de una cabeza en medio de sus bordados. Y tentando con la mano, alcanzó el botón del timbre eléctrico de su cabecera.

—¿Así que se marchó? —preguntó a la doncella al acudir a su llamada.

—Sí, señora; el señor Paul se ha ido hace unos diez minutos. Como la señora estaba fatigada, no ha querido despertarla. Pero me ha encargado que le dijese a la señora que vendrá mañana.

Mientras hablaba, Zoé, la doncella, abrió las persianas, y la claridad del día inundó el dormitorio. Zoé, muy morena, peinada con muchos ricitos, tenía el rostro alargado, un hocico de perro, lívido y con unos costurones, la nariz aplastada, gruesos labios y ojos negros que no cesaba de mover.

—Mañana, mañana —repetía Nana, aún medio dormida—. ¿Es ese el día, mañana?

—Sí, señora; el señor Paul siempre ha venido los miércoles.

—¡Ah, no! Ahora que recuerdo —exclamó la joven, sentándose en el lecho.

Todo ha cambiado. Quería decirle eso esta mañana. Se encontrará con el negrillo, y tendremos un escándalo.

—La señora no me previno, y yo no podía saberlo —murmuró Zoé—. Cuando la señora cambie sus días, hará bien en avisarme, para que yo sepa... Entonces, el viejo tacaño, ¿ya no viene los martes?

Entre ellas llamaban así, sin reírse, viejo tacaño y negrillo a los dos hombres que pagaban: un comerciante del arrabal de Saint-Denis, de natural ahorrativo, y a cierto valaco, un pretendido conde cuyo dinero, siempre muy irregular, tenía un extraño olor. Dagueuet se hizo conceder los días que seguían a los del viejo tacaño; como el comerciante tenía que estar temprano en su casa, a las ocho, el joven espiaba su salida desde la cocina de Zoé, y ocupaba su puesto, aún caliente, hasta las diez, y luego también él se iba a sus asuntos. Nana y él encontraban esto muy cómodo.

—Tanto peor —dijo Nana—. Le escribiré esta tarde, y si no recibe mi carta, mañana no le dejarás entrar.

Entre tanto, Zoé seguía en la habitación y hablaba del gran éxito de la noche pasada. La señora había demostrado mucho talento, y cantaba tan bien... Ahora podía estar tranquila.

Nana, con un codo apoyado en la almohada, sólo le contestaba afirmando vagamente con la cabeza. La camisa se le había desabrochado y sus cabellos sueltos y desordenados le caían sobre los hombros.

—Sin duda —murmuró ensimismada— ¿pero cómo lo haré mientras espero? Hoy será un día de los más aburridos. Dime, ¿ha vuelto a subir el portero esta mañana?

Entonces las dos hablaron seriamente. Le debían tres trimestres, y el casero pensaba echarla. Además, había una serie de acreedores: un alquiler de coches, una modista, un zapatero, un carbonero, y otros que acudían todos los días y se sentaban en un banquillo de la antesala; el carbonero era el más insolente, gritando en la escalera. Pero la verdadera tristeza de Nana era su pequeño Louis, un hijo que tuvo a los dieciséis años y que dejara en casa de su nodriza, en un pueblo de los alrededores de Rambouillet. Esa mujer exigía trescientos francos para devolverle a su Louiset. Presa de una crisis de amor maternal desde su última visita al pequeño, Nana se desesperaba por no poder realizar el proyecto que era su obsesión: pagar a la nodriza y dejar al pequeño en casa de su tía, la señora Lerat, en Batignolles, adonde ella iría a verlo siempre que quisiera.

No obstante, la doncella insinuaba que la señora debía confiar sus necesidades al viejo tacaño.

—¡Oh, se lo he dicho tantas veces...! —exclamó Nana—, y siempre me ha contestado que tiene muchos vencimientos. No pasa de sus mil francos mensuales... Y ahora el negrillo no levanta cabeza; creo que ha perdido en el juego. Y el pobre Mimí necesita que le presten a él; la baja le ha dejado seco, y ni siquiera puede traerme flores.

Hablaba de Dagueuet. En el abandono de su despertar, no tenía secretos para Zoé y ésta, acostumbrada a sus confidencias, las recibía con una simpatía respetuosa. Puesto que la señora se dignaba hablarle de sus asuntos, ella se permitía decirle lo que pensaba. En primer lugar, quería mucho a la señora, y había abandonado

expresamente a la señora Blanche, y bien sabía Dios lo que la señora Blanche hacía para que volviese a su lado. Sitios no le faltaban, pues era muy conocida. Pero ella se quedaría en casa de la señora, a pesar de sus apuros, porque creía en el futuro de Nana. Y acabó por precisar sus consejos. Cuando se es joven se hacen tonterías, pero ahora había que abrir los ojos porque los hombres no pensaban más que en divertirse. ¡Y llegarían muchos! La señora no tendría más que decir una palabra para calmar a los acreedores y para encontrar el dinero que necesitaba.

—Todo eso no me da los trescientos francos —repetía Nana, hundiéndose los dedos en los mechones de su cabellera—. Necesito trescientos francos para hoy, en seguida. Es un fastidio no encontrar a alguien que dé trescientos francos.

Calculaba que habría enviado a Rambouillet a la señora Lerat, a quien precisamente esperaba aquella mañana. Su capricho contrariado le amargaba el triunfo de la víspera ¡Entre tantos hombres como la habían aclamado y no se encontraba uno que le entregase quince luses! Claro que no podía aceptar el dinero así como así. ¡Dios mío, qué desdichada era! Y siempre volvía a su bebé, que tenía unos ojos de querubín y balbuceaba «Mamá» con una vocecita tan graciosa que era para morir de alegría.

En aquel momento se oyó la campanilla eléctrica de la puerta de entrada, con su vibración rápida y temblona. Zoé regresó murmurando en tono confidencial:

—Es una mujer.

Había visto más de veinte veces a aquella mujer, sólo que fingía no reconocerla e ignorar cuáles eran sus relaciones con las señoras en apuros.

—Me ha dicho su nombre... Señora Tricon.

—¡La Tricon! —exclamó Nana—. ¡Sí, ya la había olvidado! Hazla entrar.

Zoé introdujo a una señora ya vieja, muy alta, con tirabuzones y el aspecto de una condesa que acosa a los procuradores. Luego se esfumó, desapareció sin ruido, con el movimiento flexible del reptil, al salir de una habitación cuando introducía a un caballero. Por lo demás, hubiera podido quedarse. La Tricon ni se sentó. No hubo más que un breve cambio de palabras.

—Tengo uno para usted, hoy... ¿Lo quiere?

—Sí... ¿Cuánto?

—Veinte luses.

—¿A qué hora?

—A las tres... Entonces, ¿asunto convenido?

—Convenido.

La Tricon habló inmediatamente del tiempo que hacía, un tiempo seco que invitaba a caminar. Aún tenía que ver a cuatro o cinco personas. Y se marchó consultando un librito de notas. Nana, al quedarse sola, pareció librarse de un gran peso. Un ligero estremecimiento le recorrió la espalda, se arrebujó en el lecho

caliente, blandamente, con una pereza de gata friolenta. Poco a poco se le cerraron los ojos; sonreía ante la idea de vestir con un lindo traje a su Louiset al día siguiente; en el sueño que volvía a ella, aparecía su febril ensueño de toda la noche y un prolongado rumor de bravos acunó su lasitud.

A las once, cuando Zoé introdujo a la señora Lerat en su habitación, Nana aún dormía. Pero se despertó con el ruido y en seguida dijo:

—¿Eres tú? Hoy irás a Rambouillet.

—Vengo para eso —repuso la tía—. Hay un tren a las doce y veinte. Tengo tiempo de cogerlo.

—No, no tendré el dinero tan pronto —advirtió la joven desperezándose y levantando el pecho—. Almorzarás y luego veremos. Zoé le trajo un peinador, diciéndole:

—Señora, el peluquero está aquí.

Pero Nana no quiso pasar al tocador y gritó:

—Entre, Francis.

Un señor, vestido correctamente, empujó la puerta. Saludó. En aquel preciso momento Nana salía del lecho, con las piernas al aire. No se inmutó, y alargó las manos para que Zoé pudiese meterle las mangas del peinador. Y Francis, muy correcto, esperaba sin volverse. Luego, cuando ella se sentó y él empezó a pasar el peine, dijo:

—Tal vez la señora no ha visto los periódicos... Hay un artículo muy bueno en *Le Fígaro*.

Había comprado el periódico. La señora Lerat se puso sus lentes y leyó el artículo en voz alta, de pie ante la ventana. Erguía su talle de gendarme, y su nariz se contraía cada vez que pronunciaba algún adjetivo galante. Se trataba de una crónica de Fauchery escrita a la salida del teatro: dos columnas muy cálidas, con una ingeniosa malicia para la artista y una brutal admiración para la mujer.

—Excelente —repetía Francis.

Nana se reía de lo que bromeaba sobre su voz. Era muy amable aquel Fauchery; ya le recompensaría por sus buenos modales. La señora Lerat, después de releer el artículo, declaró abiertamente que los hombres tenían el diablo en las piernas, y se negó a explicar más, satisfecha de aquella alusión picaresca que sólo ella comprendía. Francis acababa de levantar y anudar los cabellos de Nana. Saludó diciendo:

—Echaré una mirada a los periódicos de esta tarde... Como de costumbre, ¿verdad? ¿A las cinco y media?

—Traedme un tarro de pomada y una libra de bombones de casa Boissier —le gritó Nana a través del salón en el momento en que cerraba la puerta.

Al quedarse solas las dos mujeres recordaron que no se habían abrazado, y se besuquearon las mejillas. El artículo las abrumaba. Nana, medio dormida hasta

entonces, se sintió arrebatada nuevamente por su triunfo. Vaya, ¡bonita mañana debía estar pasando Rose Mignon!

Como su tía no quiso ir al teatro porque, según decía, las emociones se le fijaban en el estómago, se puso a contarle toda la velada, emborrachándose con su propio relato, como si París entero se hubiera desmoronado bajo los aplausos. Luego, interrumpiéndose repentinamente, preguntó riendo si alguien se habría imaginado aquello cuando ella paseaba sus nalgas de mocosa por la calle de la Goutte d'Or.

La señora Lerat meneó la cabeza. No, no, jamás se habría previsto. A su vez habló adoptando un tono serio y llamándola hija suya. ¿Acaso no era su segunda madre, ya que la verdadera había ido a reunirse con su papá y la abuela? Nana, muy enternecida, estuvo a punto de llorar, pero la señora Lerat repetía una y otra vez que el pasado, pasado estaba. ¡Oh, sucio pasado de cosas que no conviene remover cada día!

Hacía mucho tiempo que había dejado de ver a su sobrina porque en la familia la acusaban de perderse por la pequeña. Como si eso fuera posible, gran Dios. No le pedía ninguna confidencia y creía que siempre había vivido honradamente. Ahora, esto le bastaba, pues la encontraba en una buena posición y con buenos sentimientos hacia su hijo. Aún no había en este mundo nada como la honradez y el trabajo.

—¿De quién es ese niño? —dijo interrumpiéndose y brillando en sus ojos una gran curiosidad.

Nana, sorprendida, vaciló un segundo antes de contestar:

—De un señor.

—¿Sí, eh? Pues se decía que lo tuviste de un albañil que te zurraba. En fin, ya me contarás eso cualquier día, pues sabes que soy discreta. Lo cuidaré como si fuese el hijo de un príncipe.

Había dejado su oficio de florista y vivía de sus ahorros: seiscientos francos de renta amasados céntimo a céntimo. Nana le prometió alquilarle un bonito alojamiento y le daría cien francos mensuales. Ante esta cifra, la tía se olvidó y gritó a su sobrina que los exprimiese, ya que los tenía en sus manos; hablaba de los hombres. Volvieron a besarse, pero Nana, en medio de su alegría y cuando volvía la conversación sobre Louiset, pareció entristecerse bruscamente por un recuerdo.

—¡Qué fastidio tener que salir a las tres! —murmuró—. Pero hay que trabajar.

En aquel momento entró Zoé para decir que la señora estaba servida. Pasaron al comedor, en donde una señora de edad ya estaba sentada a la mesa. No se había quitado el sombrero, vestía un traje oscuro de color indefinido, entre de pulga y ganso. Nana no pareció asombrarse de verla allí. Simplemente le preguntó por qué no había entrado en su habitación.

—Oí voces —respondió la anciana—, y pensé que estaba acompañada.

La señora Maloir, dama de aire respetable y de buenos modales, servía a Nana de

vieja amiga; le hacía compañía y salía con ella. La presencia de la señora Lerat pareció inquietarla en seguida, pero cuando supo que se trataba de una tía la miró con dulzura y una leve sonrisa. Mientras tanto, Nana, que dijo que tenía el estómago en los talones, atacó el plato de rábanos, comiéndoselos sin pan. La señora Lerat, muy ceremoniosa, no quiso rábanos porque, dijo, le producían pituitaria. Luego, cuando Zoé trajo las chuletas, Nana se dedicó a pellizcar la carne, contentándose con chupar los huesos. De vez en cuando miraba de soslayo el sombrero de su amiga.

—¿Es el sombrero nuevo que le regalé? —preguntó al fin.

—Sí, lo he reformado —murmuró la señora Maloir, con la boca llena.

El sombrero resultaba extravagante, abierto sobre la frente y adornado con una gran pluma. La señora Maloir tenía la manía de rehacer todos sus sombreros; sólo ella sabía lo que le sentaba mejor, y en un abrir y cerrar de ojos hacía del más elegante sombrero el más horrible gorro. Nana, que precisamente le había comprado aquel sombrero para no avergonzarse de ella cuando salían juntas, estuvo a punto de enfadarse, y le gritó:

—Por lo menos quíteselo.

—No, gracias —respondió la vieja dignamente—. No me molesta; puedo comer muy bien con él.

Después de las chuletas, hubo coliflor y una sobra de pollo frío. Pero Nana, a cada nuevo plato, hacía una ligera mueca, tosía, olfateaba y lo dejaba. Al final comió un poco de mermelada.

Los postres se prolongaron. Zoé no quitó el mantel para servir el café. Las señoras se limitaron a apartar los platos. No hacían más que hablar de la hermosa velada de la víspera. Nana se liaba los cigarrillos y fumaba balanceando la silla.

Y como Zoé se había quedado allí, apoyada en el aparador y con los brazos caídos, se le ocurrió pedirle que contase su vida. Dijo que era hija de una buena mujer de Bercy, que tuvo muy poca suerte. Primero había entrado en casa de un dentista, luego en casa de un agente de seguros, pero aquello no marchaba, y en seguida citó con cierto orgullo a las señoras a quienes sirvió como doncella. Zoé hablaba de ellas como si hubiera tenido sus fortunas en sus manos. Lo seguro era que más de una habría tenido graves disgustos de no ser por ella. Así ocurrió un día en que la señora Blanche estaba con el señor Octave, y apareció el viejo. ¿Qué hizo Zoé? Fingió desmayarse en medio del salón, el viejo se precipitó hacia ella, corrió a la cocina en busca de un vaso de agua, y el señor Octave pudo huir.

—Muy bien, muy bien, —exclamó Nana, que la escuchaba con interés y una especie de sumisa admiración.

—Yo también he tenido muchas desgracias... —empezó a decir la señora Lerat.

Y acercándose a la señora Maloir le hizo algunas confidencias mientras la una y la otra se comían terrones de azúcar mojados en coñac. Pero la señora Maloir recibía

los secretos de los demás sin decir nunca ninguno suyo. Se decía que vivía de una pensión misteriosa, en una habitación donde no entraba nadie.

De repente, Nana gruñó:

—Tía, no juegues con los cuchillos... Ya sabes que eso me pone nerviosa.

La señora Lerat, sin darse cuenta, acababa de poner dos cuchillos en cruz sobre la mesa. Por otro lado, la joven negaba que fuese supersticiosa. Así pues, la sal derramada no significaba nada, como tampoco los viernes, pero los cuchillos eran algo más fuerte, y aquello jamás fallaba. Con seguridad le sucedería algo desagradable. Bostezó, y después, con gesto de aburrimiento, exclamó:

—¡Las dos ya! Es preciso que salga. ¡Qué aburrimiento!

Las ancianas se miraron. Las tres mujeres menearon la cabeza sin hablarse. Lo cierto era que aquello no siempre resultaba divertido. Nana se recostó nuevamente sobre el respaldo, encendiendo un cigarrillo, mientras las otras se mordían los labios discretamente, con su cauta filosofía.

—Mientras la esperamos jugaremos una béciga —dijo la señora Maloir al cabo de un momento de silencio—. ¿La señora juega a la béciga?

¡Claro que la señora Lerat jugaba, y a la perfección! No había que molestar a Zoé, que había desaparecido; una esquina de la mesa bastaba, y se levantó el mantel por encima de los platos sucios. Pero cuando la señora Maloir iba a coger las cartas de un cajón del aparador, Nana dijo que le agradecería que antes de ponerse a jugar le escribiese una carta. A ella le fastidiaba escribir, pues no estaba segura de su ortografía, y, en cambio, su anciana amiga redondeaba unas cartas llenas de sentimiento. Corrió a buscar un buen papel a su dormitorio. Puso sobre la mesa un tintero y una botella de tinta de tres cuartos, con una pluma oxidada. La carta era para Daguenet. La señora Maloir escribió con su bonita letra inglesa: «Mi querido amor», y en seguida le advertía que no fuese al día siguiente, porque «no podía ser», pero «tanto lejos como cerca, en todos los momentos, no pensaba más que en él».

—Y termine «con mil besos» —murmuró.

La señora Lerat había aprobado cada frase con un movimiento de cabeza.

Sus ojos centelleaban, la encantaba intervenir en asuntos del corazón. Y quiso poner algo del suyo, por lo que con voz tierna añadió:

—Mil besos en tus hermosos ojos.

—Eso es. Mil besos en tus hermosos ojos —repitió Nana, mientras una expresión beatífica pasaba por los rostros de las dos ancianas.

Llamaron a Zoé para que bajase la carta a un recadero. Precisamente ella estaba hablando con el mozo del teatro, que traía a la señora un boletín de ensayo, olvidado por la mañana. Nana hizo entrar al hombre y le encargó que llevase la carta a casa de Daguenet cuando regresara. Después le interrogó. ¡Oh! el señor Bordenave estaba muy contento, pues ya había vendido todas las localidades para ocho días; la señora

no podía imaginarse la cantidad de personas que habían pedido su dirección aquella mañana.

Cuando el mozo se marchó, Nana dijo que estaría fuera un poco más de media hora. Si llegaban visitas, Zoé las haría entrar. Mientras hablaba, sonó el timbre. Era un acreedor: el alquilador de coches; se había instalado en el banquillo de la antesala. Allí podía rascarse hasta la noche; no tenía prisa.

—¡Vamos, ánimo! —dijo Nana, entorpecida por la pereza, bostezando y estirándose de nuevo—. Ya debería estar allí.

Pero no se movía. Seguía el juego de su tía, que acababa de anunciar cien de ases, la barbilla sobre la mano, se abstraía. Pero tuvo un sobresalto al oír que daban las tres.

—¡Por Dios! —exclamó con ordinareiz.

Entonces la señora Maloir, que contaba las bazas, la animó con su voz meliflua:

—Hija mía, sería mejor que se desembarazase de su encargo cuanto antes.

—Date prisa —dijo la señora Lerat barajando las cartas—. Tomaré el tren de las cuatro y media, si estás aquí con el dinero antes de las cuatro.

—No será cuestión de mucho tiempo —murmuró Nana.

En diez minutos Zoé la ayudó a vestirse y a ponerse un sombrero. Le daba igual presentarse mal arreglada. Cuando se disponía a bajar oyó otra vez el timbre. Ahora era el carbonero. ¡Muy bien! le haría compañía al alquilador de coches, y así se distraerían, pero temiendo una escena, atravesó la cocina y se escapó por la escalera de servicio, lo que hacía con frecuencia, y siempre para salir corriendo.

—Cuando se es buena madre, todo se perdona —sentenció la señora Maloir, al quedarse sola con la señora Lerat.

—Tengo ochenta de reyes —respondió ésta, a quien apasionaba el juego.

Se empeñaron en una partida interminable.

La mesa no había sido recogida. Una espesa niebla flotaba en el comedor con las emanaciones del almuerzo y la humareda de los cigarrillos. Las señoras habían vuelto a comer terrones mojados en coñac.

Hacía veinte minutos que jugaban cuando sonó por tercera vez la campanilla. Zoé entró bruscamente y las empujó como si fuesen compañeras.

—Vamos, que aún llaman. No pueden quedarse aquí. Si viene mucha gente, necesitaré todo el piso. ¡Vamos, arriba, arriba!

La señora Maloir quería terminar la partida, pero Zoé hizo ademán de coger las cartas, y decidió levantar el juego sin mezclar las bazas, mientras la señora Lerat recogía la botella de coñac, los vasos y el azúcar, y se fueron a la cocina, donde se instalaron en una esquina de la mesa, al lado de las cacerolas que se secaban y el lebrillo, todavía lleno de agua de fregar.

—Habíamos dicho trescientas cuarenta... Ahora usted.

—Juego corazón.

Cuando Zoé regresó las encontró absortas en el juego. Al cabo de un silencio, cuando la señora Lerat barajaba, la señora Maloir preguntó:

—¿Quién ha venido?

—Bah, nadie —respondió la criada con indiferencia—. Un jovencito... Iba a echarlo, pero es tan guapo y sin vello en la cara, con ojos azules y rostro de niña, que le he dicho que espere. Trae un gran ramo de flores, pero no me lo ha querido dar. Aún está para que le den unos azotitos. ¡Un enamorado que debería estar en el colegio!

La señora Lerat se levantó a buscar una jarra de agua para hacerse un grog; el coñac y el azúcar le habían sentado mal. Zoé dijo que ella también se tomaría uno. Tenía, dijo, la boca amarga como la hiel.

—Entonces, ¿lo ha dejado? —preguntó la señora Maloir.

—Claro. Está en el gabinete del fondo, en el cuartito que no está amueblado. No hay más que una maleta de la señora y una mesa. Allí es donde alojo a los novatos.

Y se azucaraba su grog cuando la campanilla eléctrica la sobresaltó. ¡Por todos los diablos! ¿Es que no la dejarían beber tranquilamente? Aquello prometía, si la campanilla sonaba tanto. Se apresuró a ir a abrir, y al volver, viendo que la señora Maloir la interrogaba con la mirada, dijo:

—Nada, un ramillete.

Las tres se refrescaron, brindando con un movimiento de cabeza. Sonaron, uno tras otro, dos nuevos timbrazos mientras Zoé levantaba la mesa y llevaba los platos al fregadero. Pero aquello no era serio. Iba y volvía de la cocina y repitió por dos veces su frase desdeñosa:

—Nada, un ramillete.

Sin embargo, las señoras, entre dos jugadas, tuvieron que reírse al oírle contar la cara que ponían los acreedores de la antesala a cada llegada de un nuevo ramo de flores. La señora encontraría los ramos en su tocador. ¡Lástima que aquello fuese tan caro y luego no pudiera sacarse ni un ochavo! Que todo era dinero perdido.

—Yo —dijo la señora Maloir— me contentaría con lo que en París los hombres gastan cada día en flores para las mujeres.

—Ya lo creo; no pide nada —murmuró la señora Lerat—. Sólo con el dinero gastado en hilo... Querida, sesenta de damas.

Eran las cuatro menos diez. Zoé se asombraba y no comprendía cómo la señora permanecía tanto tiempo fuera. Por lo general, cuando la señora se veía obligada a salir por la tarde, despachaba muy prontamente. Pero la señora Maloir aseguró que no siempre una podía arreglar las cosas a medida de su antojo. Cierto, siempre había tropiezos en la vida, decía la señora Lerat. Lo mejor era esperar si su sobrina se retrasaba, debía ser porque sus ocupaciones la retenían. ¿No es cierto? Además, allí

no estaban mal. Se pasaba bien en la cocina. Y como no tenía corazones, la señora Lerat jugó tréboles. La campanilla volvía a sonar. Zoé reapareció entusiasmada.

—¡Amigas, el gordo Steiner! —dijo desde la puerta, bajando la voz—. A ese lo he metido en el saloncito.

Entonces la señora Maloir habló del banquero a la señora Lerat, que no conocía a aquellos señores. ¿Acaso estaba a punto de abandonar a Rose Mignon? Zoé meneaba la cabeza, porque sabía sus cosas. Pero nuevamente tuvo que ir a la puerta.

—Bueno, ¡una sorpresa! —murmuró al volver—. Aquí está el negrilla. Me he cansado de decirle que la señora ha salido, pero se ha instalado en el dormitorio... No le esperábamos hasta la noche.

A las cuatro y cuarto Nana aún no había vuelto. ¿Qué podía hacer? Era absurdo. Trajeron otros dos ramos de flores. Zoé, aburrída, miró si quedaba café. Sí, aquellas señoras acabarían bebiendo café, y eso las despertaría. Se estaban durmiendo, repantigadas en sus sillas y cogiendo continuamente cartas del montón, mecánicamente. Dio la media. Decididamente le había sucedido algo a la señora. Cuchichearon entre sí.

De repente, la señora Maloir, olvidándolo todo, anunció con voz estentórea:

—¡Tengo las quinientas! ¡Quinta mayor de triunfos!

—¡Cállese! —le rugió Zoé iracunda—. ¿Qué van a pensar esos señores?

Y en el silencio que reinó, en el murmullo sofocado de las dos viejas que discutían, se oyeron unos pasos que subían con rapidez la escalera de servicio. Al fin llegaba Nana. Antes de que abriese la puerta se escuchó su resuello. Entró acalorada y bruscamente. Su falda, cuyos tirantes debieron romperse, limpiaba los peldaños, y los volantes se habían empapado en un charco, lavazas tiradas seguramente de algún piso cuya criada sería un modelo de suciedad.

—Vaya, ¿ya estás aquí? Es una suerte —exclamó la señora Lerat, mordiéndose los labios, todavía molesta por las quinientas de la señora Maloir—. Puedes presumir de que haces esperar a la gente.

—Verdaderamente, la señora no es juiciosa, —añadió Zoé.

Nana, que ya estaba disgustada, se irritó más aún con aquellos reproches. ¿Era así como la acogían después de las necedades que acababa de soportar?

—¡Dejadme en paz! —gritó.

—No levante la voz, señora —le pidió la doncella—. Hay gente esperando.

Entonces Nana preguntó en voz baja:

—¿Creen que me he estado divirtiendo? Aquello no acababa nunca. Me habría gustado verlas... Estaba rabiosa y tenía ganas de emprenderla a bofetadas... Y ni un mal coche para volver. Afortunadamente, está a dos pasos de aquí.

—¿Tienes el dinero? —preguntó la tía.

—¡Vaya pregunta! —respondió Nana.

Se había sentado en una silla, contra el hornillo, las piernas molidas por la carrera, y sin recobrar el aliento se sacó del corsé un sobre en el que había cuatro billetes de cien francos. Los billetes se veían por la abertura que había hecho violentamente con el dedo para asegurarse de que estaban. Las tres mujeres, alrededor suyo, miraban fijamente el sobre, arrugado y sucio, en sus pequeñas manos enguantadas. Como ya era demasiado tarde, la señora Lerat no iría a Rambouillet hasta el día siguiente. Nana se puso a dar muchas explicaciones.

—Señora, hay gente esperándola —repitió la doncella.

Pero la joven se exaltó nuevamente. La gente podía esperar hasta que hubiese despachado sus asuntos. Y al ver que su tía alargaba la mano hacia el dinero, dijo:

—No, todo no. Trescientos francos para la nodriza y cincuenta para tu viaje y tus gastos, son trescientos cincuenta. Yo me quedo con cincuenta.

La dificultad estuvo en encontrar el cambio. No había ni diez francos en la casa. Se dirigieron a la señora Maloir, que escuchaba sin poner atención, pero sólo tenía el dinero para el ómnibus. Entonces Zoé dijo que iba a buscar en su bolso, y volvió con cien francos en monedas. Los contaron en un ángulo de la mesa. La señora Lerat se marchó inmediatamente, después de prometer que traería a Louiset al otro día.

—¿Dices que hay gente? —preguntó Nana, sin levantarse, descansando.

—Sí, señora; tres personas.

Y nombró primeramente al banquero. Nana hizo una mueca. Si ese Steiner creía que la engatusaría por haberle arrojado un ramillete la víspera...

—Además, ya tengo bastante. No recibiré a nadie. Ve a decirles que no me esperen.

—Piénselo la señora y reciba al señor Steiner —murmuró Zoé sin moverse, seria y molesta al ver a su patrona a punto de cometer una necedad.

Luego habló del valaco, que debía empezar a cansarse en el dormitorio.

Entonces Nana se irritó de verdad. A nadie, no quería ver a nadie. ¿Quién demonios le había echado un hombre tan pegajoso?

—Échalos a todos, voy a jugar una béciga con la señora Maloir. Prefiero eso.

La campanilla le cortó la palabra. Era el colmo. ¡Otro pelmazo! Prohibió a Zoé que abriese la puerta, y ésta, sin hacerle caso, salió de la cocina. Cuando volvió, dijo con voz autoritaria mientras alargaba dos tarjetas de visita:

—Les dije que la señora recibía. Estos señores están en el salón.

Nana se levantó rabiosa. Pero los nombres del marqués de Chouard y del conde Muffat de Beuville en las tarjetas la calmaron. Después de unos segundos preguntó:

—¿Quiénes son? ¿Les conoces?

—Conozco al viejo —respondió Zoé mordiéndose los labios de manera discreta.

Y como su patrona continuase interrogándola con la mirada, añadió con sencillez:

—Le he visto en algún sitio.

Estas palabras parecieron decidir a la joven. Abandonó la cocina con pena, pues era un refugio tibio en el que podía charlar y abandonarse y sentir el olor del café que se calentaba. Dejó a la señora Maloir, que ahora hacía solitarios; aún no se había quitado el sombrero, y para estar más cómoda había desatado las cintas, echándoselas hacia atrás.

En el tocador, donde Zoé la ayudaba a ponerse con rapidez el peinador, Nana se vengaba de las molestias que le causaban los hombres dedicándoles los más gráficos insultos, y sus palabrotas apenaban a la doncella, porque veía con desagrado que la señora aún no se desprendía de sus principios. Incluso se atrevió a rogarle que se tranquilizase.

—¡Ah, no! —respondió Nana crudamente—. ¡Son unos cerdos! No quieren más que eso.

A pesar de todo, adoptó sus aires de princesa, como ella decía. Zoé la había contenido en el momento en que se dirigía hacia el salón, y ella misma introduciría en el tocador al marqués de Chouard y al conde Muffat. Eso sería mejor.

—Señores —dijo Nana con una cortesía estudiada— siento haberles hecho esperar.

Los dos hombres saludaron y se sentaron. Un cortinaje de tul bordado mantenía el gabinete a media luz. Aquélla era la pieza más elegante del piso: tapizada con tela clara, tenía un gran tocador de mármol, y una cornucopia, un diván y sillones de raso azul. En el tocador había los ramos de rosas, de lilas y de jacintos, como un hacinamiento de flores que esparcía un perfume penetrante y fuerte, mezclado con el olor de algunas briznas de pachulí seco, desmenuzadas en el fondo de una copa. Y Nana, arreglándose su peinador mal ajustado, parecía haber sido sorprendida mientras se arreglaba, todavía con la piel húmeda, sonriendo azorada en medio de sus blondas.

—Señora —dijo gravemente el conde Muffat— nos excusará que hayamos insistido... Nos trae una colecta... El señor y yo somos miembros del Comité de Beneficencia del distrito.

El marqués de Chouard se apresuró a añadir, con acento galante:

—Cuando nos informaron de que una gran artista vivía en esta casa, nos prometimos recomendarle nuestros pobres de una manera especial... El talento no está reñido con el corazón.

Nana simulaba modestia. Respondía con ligeros movimientos de cabeza, mientras se hacía rápidas reflexiones. Debió de ser el viejo quien llevó al otro; sus ojos eran muy picaruelos. No obstante, había que desconfiar del otro, cuyas sienes se hinchaban grotescamente, y seguro que habría preferido ir solo. Así debía ser el portero les había dado sus señas, y ellos se empujaban, cada uno por su lado.

—Ciertamente, señores, que han hecho bien en venir —dijo ella con mucha amabilidad.

Pero la campanilla eléctrica la sobresaltó. Otra visita, y aquella Zoé abriendo a quien fuera. Prosiguió:

—Es una suerte poder aliviar a los que padecen.

En el fondo estaba fastidiada.

—Oh, señora —repuso el marqués— si supieseis cuánta miseria hay... Nuestro distrito tiene más de tres mil pobres, y es de los más ricos. No se imagina cuántas desgracias: niños sin comida, mujeres enfermas y privadas de todo auxilio muriéndose de frío...

—¡Pobres gentes! —exclamó Nana muy enternecida.

Su emoción fue tal que las lágrimas humedecieron sus hermosos ojos. Con un movimiento se había inclinado, para no fingir más; su peinador dejó ver sus senos, a la vez que sus rodillas separadas dibujaban bajo la delgada tela la redondez de sus muslos. Enrojecieron un poco las mejillas terrosas del marqués. El conde Muffat, que iba a hablar, bajó la mirada. Hacía demasiado calor en aquel gabinete, un calor sofocante, de invernadero. Las rosas se ajaban y del pachulí de la copa salía un olor que embriagaba.

—En semejantes ocasiones, una quisiera ser muy rica —añadió Nana—. En fin, cada uno hace lo que puede... Créanme, señores, que si lo hubiese sabido...

Estuvo a punto de soltar una necedad en medio de su enternecimiento, pero no concluyó la frase. Por un momento se quedó perpleja al no acordarse dónde había puesto sus cincuenta francos al quitarse el vestido. Pero se acordó: estaban en una esquina del tocador, debajo de un bote de pomada puesto boca abajo. Cuando se levantó, volvió a sonar la campanilla con insistencia. ¡Otro más! Aquello no se acababa.

El conde y el marqués también se habían puesto en pie, y las orejas del último se movieron, dirigiéndose hacia la puerta; sin duda conocía aquellos timbrazos. Muffat le observó; luego apartaron sus miradas. Se estorbaban; volvieron a adoptar su frialdad, uno tieso y sólido, y muy rígidamente peinado; el otro irguiendo sus huesudos hombros, sobre los que caía su corona de escasos cabellos blancos.

—A fe mía —dijo Nana, presentando sus diez grandes monedas de plata y decidiendo tomarlo a risa—: Señores, voy a hacerles ir cargados... esto para los pobres.

Y el adorable hoyito de su barbilla se ahuecó más. Tenía el aspecto de una buena muchacha, con el montón de escudos en su mano abierta y ofreciéndolos a los dos hombres como diciéndoles: Veamos, ¿quién los quiere? El conde fue el más listo y cogió los cincuenta francos, pero quedó una moneda, y para cogerla tuvo que tocar la piel de la joven, una piel tibia y suave que le produjo un escalofrío. Ella continuaba riendo.

—Muy bien, señores. Para otra vez espero darles más.

Ya no tenían más pretexto; saludaron y se dirigieron hacia la puerta, pero en el momento en que iban a salir sonó nuevamente la campanilla. El marqués no pudo ocultar una pálida sonrisa, mientras que una sombra oscurecía la seriedad del conde. Nana los retuvo unos instantes para permitir que Zoé encontrase otro rincón. No le gustaba que sus visitas se encontrasen en su casa. Sólo que aquel día debía estar atestada. Se tranquilizó cuando vio el salón vacío. ¿Los había metido Zoé en los armarios?

—Hasta la vista, señores —dijo deteniéndose en el umbral del salón.

Los envolvió en su sonrisa y su mirada abierta. El conde Muffat se inclinó, turbado a pesar de ser un experto; tenía necesidad de respirar al llevarse el vértigo de aquel tocador, un aroma de flor y de mujer que le ahogaba. Y detrás de él, el marqués de Chouard, quien, seguro de no ser visto, se atrevió a dirigirle a Nana un guiño, la cara descompuesta de repente y con la lengua fuera.

Cuando la joven volvió al gabinete, en donde Zoé la esperaba con cartas y tarjetas de visita, gritó, riéndose a carcajadas:

—¡Y dos ricachos me han birlado mis cincuenta francos!

No estaba enfadada, porque le parecía gracioso que los hombres se le llevasen el dinero. A pesar de todo, eran unos cerdos, y ella no tenía un céntimo. A la vista de las cartas y de las tarjetas volvió su mal humor. Las cartas podían pasar, pues eran de señores que después de haberla aplaudido la víspera, le dirigían sus declaraciones. Pero los visitantes... podían irse a paseo.

Zoé los había colocado por todas partes y hacía notar que el piso resultaba muy cómodo, porque cada cuarto daba al pasillo. No era como en casa de la señora Blanche, donde había que pasar forzosamente por el salón. De ahí que la señora Blanche tuviese tantos quebraderos de cabeza.

—Los echas a todos —ordenó Nana, que seguía con su idea— empezando por el negrillo.

—A ése, señora, hace un rato que lo he despedido —dijo Zoé con una sonrisa—. Sólo quería decir a la señora que no podía venir esta noche.

Aquello le produjo gran alegría. Nana aplaudió. No iría, ¡qué suerte! Entonces, estaba libre Y lanzó suspiros de alivio como si la hubiesen indultado del más abominable de los suplicios. Su primer pensamiento fue para Dagenet, aquel pobre gatito al que precisamente acababa de escribirle que le esperaba el jueves. ¡Pronto, la señora Maloir tenía que escribirle una nueva carta! Pero Zoé dijo que la señora Maloir se había marchado sin decir nada, como tenía por costumbre. Entonces Nana, después de hablar de enviar a cualquier otro, se quedó vacilando. Se sentía muy fatigada. Dormir toda una noche le iría tan bien... La idea de semejante regalo acabó por entusiasmarla. Por una vez, podía permitirse ese lujo.

—Me acostaré cuando vuelva del teatro —murmuraba, recreándose de antemano

— y no me despertaré hasta el mediodía.

Luego, alzando la voz, exclamó:

—Hala, ahora échame a los otros a la escalera.

Zoé no se movía. Ella no se permitiría aconsejar abiertamente a la señora, pero se empeñaría en que la señora se aprovechara de su experiencia, cuando parecía empeñada en hacer un disparate.

—¿Al señor Steiner también?

—Claro está —respondió Nana— a él antes que a los demás.

La criada aún esperó un poco para dar tiempo a que su señora reflexionase. ¿No estaría orgullosa la señora de quitarle a su rival, a Rose Mignon, un caballero tan rico y tan conocido en todos los teatros?

—Pronto, querida —replicó Nana, que comprendía perfectamente— y dile que me fastidia.

Pero bruscamente cambió de parecer en el futuro podía necesitarlo, y gritó con un gesto de mocosa, riendo y guiñando los ojos:

—Después de todo, si quiero tenerlo, lo mejor es echarlo de casa.

Zoé pareció muy sorprendida. Miró a la señora, presa de súbita admiración, y se fue a echar a Steiner sin vacilar.

Nana esperó algunos minutos para dejarle tiempo de barrer el piso, como ella decía. No había sospechado aquel asalto. Asomó la cabeza por el salón; estaba vacío. El comedor también. Y cuando continuaba su visita, tranquilizada por la seguridad de no encontrar a nadie, se encontró frente a un jovencito al abrir la puerta de un gabinete. Estaba sentado sobre una maleta, tranquilo, con gesto prudente, y un ramo de flores sobre las rodillas.

—¡Dios mío —exclamó— todavía queda uno dentro!

El jovencito, al verla, se puso en pie de un salto, encarnado como una amapola. No sabía qué hacer con su ramo, y se lo pasaba de una mano a otra, sofocado por la emoción. Su juventud, su embarazo, la facha tan graciosa que tenía con sus flores, enternecieron a Nana, y se echó a reír.

¿También los niños? Ahora le aparecían los hombres en pañales. Se abandonó, familiar, maternal, golpeándose los muslos y preguntando en tono de broma:

—¿Quieres que te suene la nariz, pequeño?

—Sí —respondió el muchacho con voz baja y suplicante.

La respuesta divirtió más a Nana. Tenía diecisiete años y se llamaba Georges Hugon. La víspera estuvo en el Varietés, y venía a verla.

—¿Son para mí estas flores?

—Sí.

—Dámelas, bobo.

Pero cuando ella se las cogía, él se apoderó de sus manos con la glotonería de su

dichosa edad. Tuvo que pegarle para que la soltara. ¡Vaya un mocoso más impaciente! Y mientras lo reprendía, se puso colorada y sonreía. Lo despidió, permitiéndole que volviese otro día. El muchacho se tambaleaba y no encontraba las puertas.

Nana volvió al tocador, donde Francis se presentó en seguida para peinarla definitivamente. Ella sólo se vestía por la tarde. Sentada ante el espejo, inclinando la cabeza bajo las manos ágiles del peluquero, permaneció muda y soñadora, hasta que entró Zoé diciendo:

—Señora, hay uno que no se quiere ir.

—Déjalo —respondió tranquilamente.

—A pesar de eso, aún siguen viniendo.

—Pues díles que esperen. Cuando tengan hambre se irán.

Su humor había cambiado. Ahora le encantaba hacer esperar a los hombres. Una idea acabó de entusiasmarla: se escapó de las manos de Francis y corrió a echar ella misma los cerrojos; ahora ya podían patear del otro lado; seguro que no reventarían la pared. Zoé entraba por la puertecita que comunicaba con la cocina. Sin embargo, la campanilla eléctrica no dejaba de sonar. Cada cinco minutos llegaba su tintineo claro y vivo, con su regularidad de máquina precisa. Y Nana contaba las llamadas para distraerse. Pero de pronto tuvo un recuerdo.

—¿Y mis garrapiñadas?

Francis también las había olvidado. Sacó una bolsa del bolsillo de su levita, con el gesto discreto de un hombre de mundo que ofrece un obsequio a una amiga; no obstante, a cada compra, ponía las garrapiñadas en la cuenta.

Nana se puso la bolsa entre las rodillas, y empezó a mordisquearlas, volviendo la cabeza bajo las ligeras presiones del peluquero.

—¡Caramba! —exclamó luego de un breve silencio—. Es toda una banda.

Tres veces, una tras otra, sonó la campanilla. Las llamadas se prodigaban. Las había modestas, que balbuceaban con el temblor de una primera confesión; las atrevidas vibraban bajo el peso de un dedo brutal; las impacientes atravesaban el aire con un estremecimiento rápido. Un verdadero repiqueteo, como decía Zoé; un carillón que revolucionaba al barrio, una cola de hombres oprimiendo sucesivamente el botón de marfil. Aquel maldito Bordenave había dado la dirección a todo el mundo; todos los espectadores de la víspera debían de estar allí.

—A propósito, Francis —dijo Nana ¿tiene cinco luises?

Él retrocedió, examinó el peinado y luego dijo tranquilamente:

—¿Cinco luises? Según.

—Si quiere garantías...

Y sin acabar la frase, con un expresivo ademán señaló las habitaciones vecinas. Francis le prestó los cinco luises. Zoé, en un momento de respiro, entró para preparar

la ropa de la señora. En seguida tuvo que vestirla, mientras el peluquero esperaba para ir a dar un último toque al peinado. Pero la campanilla importunaba continuamente a la doncella, que dejaba a la señora a medio calzar, con sólo un zapato. Perdía la cabeza a pesar de su experiencia.

Después de haber colocado hombres por todas partes, utilizando los rincones más insospechados, se vio obligada a meter tres y cuatro juntos, lo que era contrario a todo principio. Tanto mejor si se devoraban. Así dejarían sitio. Y Nana, encerrada, se burlaba de ellos, diciendo que los oía resoplar. Debían tener buena cara, todos con la lengua fuera como perritos sentados en corro sobre sus patas. Era la prolongación del triunfo de la víspera; aquella jauría de hombres había seguido sus huellas.

—Mientras no rompan nada —murmuró.

Empezaba a inquietarse ante los alientos cálidos que penetraban a través de las rendijas. Pero Zoé introdujo a Labordette, y la joven lanzó un suspiro de alivio. Quería hablarle de una cuenta que había pagado por ella en el juzgado de paz. Ella no le escuchaba y sólo repetía:

—Le llevo conmigo. Cenaremos juntos. Luego me acompañará al Varietés. No salgo a escena hasta las nueve y media.

El buen Labordette caía oportunamente. Nunca pedía nada. Era el amigo de las mujeres, el que arreglaba sus pequeños asuntos. Así pues, al pasar despidió a los acreedores de la antesala. Además, aquellas buenas gentes no querían que les pagasen, y si insistieron, fue para saludar a la señora y hacerle personalmente nuevas ofertas de sus servicios, después de su gran éxito de la víspera.

—Vámonos, vámonos —decía Nana, que ya estaba vestida.

Precisamente en aquel instante entró Zoé gritando:

—Señora, renuncio a abrir. Hay una cola en la escalera...

¡Una cola en la escalera! El mismo Francis, a pesar de la flema inglesa que le caracterizaba, se echó a reír mientras recogía los peines. Nana, que se había cogido del brazo de Labordette, lo empujaba hacia la cocina. Y se escapó, libre al fin de los hombres, feliz al ver que podía tenerlo, solos los dos, en cualquier sitio y sin temer estupideces.

—Me traerá de regreso a mi casa —dijo ella mientras bajaban por la escalera de servicio—. Así estaré segura. Imagínese que quiero dormir toda una noche, toda una noche para mí. ¡Qué ilusión, querido!

Capítulo III

La condesa Sabine, como acostumbraban llamar a la señora Muffat de Beuville para distinguirla de la madre del conde, muerta el año anterior, recibía todos los martes en su casa de la calle Miromesnil, en la esquina de la de Penthièvre. Era un gran edificio cuadrado, habitado por los Muffat desde hacía más de cien años; la fachada, alta y negra, parecía dormir en una melancolía de convento, con inmensas persianas que permanecían casi siempre cerradas; por detrás, en un trozo de jardín húmedo, habían crecido unos árboles que buscaban el sol, muy delgados y tan largos que se veían sus ramas por encima de las tejas.

Hacia las diez de aquel martes apenas si había una docena de personas en el salón. Cuando sólo esperaba amigos íntimos no abría ni el saloncito ni el comedor. Se estaba más recogido y hablaban junto al fuego. El salón, además, era muy grande y alto; cuatro ventanas daban al jardín, de donde subía el vaho húmedo de aquel lluvioso atardecer de finales de abril, a pesar de los leños que ardían en la chimenea. Jamás daba allí el sol; de día, escasamente iluminaba la sala una claridad verdosa, y por la noche, cuando encendían las lámparas y las arañas, seguía igualmente triste, con sus muebles imperio de caoba maciza, sus cortinajes y sus sillones de terciopelo amarillo, con grandes dibujos en satén. Se penetraba en una dignidad glacial, en unas costumbres antiguas, en una edad desaparecida exhalando un tufo a devoción.

Sin embargo, enfrente del sillón en el que la madre del conde había muerto, un sillón cuadrado, de madera pesada y tela resistente, al otro lado de la chimenea, la condesa Sabine permanecía sentada en una silla cuya acolchada seda roja tenía la blandura de un edredón. Era el único mueble moderno, un rincón de fantasía introducido en aquella severidad, que sorprendía.

—Entonces —decía la joven señora— tendremos al sha de Persia.

Se hablaba de los príncipes que acudirían a París para la Exposición. Varias señoras hacían círculo ante la chimenea. La señora Du Joncquoy, cuyo hermano había desempeñado una misión en Oriente, daba detalles sobre la corte de Nazar Eddin.

—¿Acaso se encuentra mal, querida? —preguntó la señora Chantereau, mujer de un dueño de fraguas, al ver que la condesa sufría un ligero estremecimiento y palidecía.

—No, no; nada —respondió la condesa sonriendo—. Tengo un poco de frío. ¡Tarda tanto en calentarse este salón!

Y paseó su mirada por las paredes, hasta el techo. Estelle, su hija, una joven de dieciocho años, en la edad ingrata, delgada e insignificante, se levantó de su taburete y silenciosamente agrupó los leños que habían rodado.

La señora de Chezelles, amiga de convento de Sabine y cinco años más joven, exclamó:

—¡Qué bien! Yo quisiera tener un salón como el tuyo. Por lo menos, tú puedes recibir... Hoy hacen casas que son cajitas. Si estuviese en tu puesto...

Hablaba con aturdimiento y gestos vivaces, diciendo que cambiaría los cortinajes, los sillones, todo; luego daría unos bailes que pusieran en movimiento a todo París. Detrás de ella, su marido, un magistrado, escuchaba con seriedad. Se contaba que ella le engañaba, sin ocultarlo, pero él se lo perdonaba, y la acogía afectuosamente, porque, según decían, ella estaba loca.

—Esta Léonide... —se limitó a murmurar la condesa Sabine, con su pálida sonrisa.

Un gesto perezoso completó su pensamiento. No sería ella quien cambiase su salón después de vivir en él diecisiete años. Quedaría tal como su suegra quiso conservarlo en vida. Luego volvió a la conversación:

—Me han asegurado que tendremos también al rey de Prusia y al emperador de Rusia.

—Sí, se anuncian unas fiestas muy hermosas —dijo la señora Du Joncquoy.

El banquero Steiner, introducido hacía poco en la casa por Léonide de Chezelles, que conocía a todo París, hablaba sentado en un canapé, entre dos ventanas; interrogaba a un diputado, del que trataba de sacar importantes noticias respecto a un movimiento de Bolsa que intuía, mientras el conde Muffat, de pie ante ellos, les escuchaba en silencio, con el rostro más serio que de costumbre. Cuatro o cinco jóvenes formaban otro grupo, junto a la puerta, rodeando al conde Xavier de Vandevres, quien a media voz les contaba una historia, sin duda muy picante, porque se oían risas ahogadas. En el centro del salón, completamente solo, se sentaba pesadamente en un sillón un hombre gordo, jefe de negociado en el Ministerio del Interior y dormitaba con los ojos abiertos. Uno de los jóvenes pareció dudar de la historieta de Vandevres, y éste levantó un poco la voz:

—Es usted demasiado escéptico, Fourcamont; se amargarán sus placeres.

Y se acercó riendo adonde estaban las señoras. Este Vandevres pertenecía a una ilustre raza, femenino y espiritual, se comía por entonces una fortuna con un frenesí de apetitos que nada apaciguaba. Su cuadra de carreras, una de las más célebres de París, le costaba un dineral; sus pérdidas en el Círculo Imperial sumaban cada mes una cantidad de luses inquietante; sus queridas le devoraban, un año con otro, una granja y algunas hectáreas de tierra o de bosques, una buena tajada de sus vastas propiedades de Picardía.

—Tiene gracia que trate a los otros de escépticos cuando usted no cree en nada —dijo Léonide, haciéndole un sitio a su lado—. Usted sí que se amarga sus placeres.

—Exacto —respondió él— quiero que los otros se aprovechen de mis experiencias.

Pero le impusieron silencio. Escandalizaba al señor Venot. Entonces las señoras

se separaron un poco, y en el fondo de un diván vieron a un hombrecillo de unos sesenta años, con los dientes caridosos y una sonrisa maliciosa; estaba acomodado como en su casa, escuchando a todo el mundo y sin decir una palabra. Con un gesto demostró que no estaba escandalizado. Vandevres recobró su grave aspecto y añadió con seriedad:

—El señor Venot sabe muy bien que yo creo en lo que debe creerse.

Era un acto de fe religiosa. La misma Léonide pareció satisfecha. En el fondo de la estancia, los jóvenes ya no reían. El salón se había puesto serio y no se divertían. Había pasado un soplo glacial y en medio del silencio se oyó la voz gangosa de Steiner, a quien la discreción del diputado acabó por sacar de sus casillas. La condesa Sabine contempló el fuego un instante; luego reanudó la conversación.

—Vi al rey de Prusia el año pasado en Baden. Está muy fuerte para su edad.

—El conde de Bismarck lo acompañará —dijo la señora Du Joncquoy—. ¿Conoce al conde? Comí con él en casa de mi hermano. Pero ya hace tiempo, cuando representaba a Prusia en París... Ése es un hombre cuyos últimos triunfos no acabo de comprender.

—¿Por qué? —preguntó la señora Chanterreau.

—Ay, Dios, ¿cómo lo diré...? No me gusta. Tiene un no sé qué de brutal, y es mal educado. Además, lo encuentro estúpido.

Entonces todo el mundo se puso a hablar del conde de Bismarck. Las opiniones fueron muy contradictorias. Vandevres le conocía y aseguraba que era un gran bebedor y un buen jugador. En lo más acalorado de la discusión se abrió la puerta y Héctor de la Falaise apareció. Le seguía Fauchery, quien se acercó a la condesa y la saludó inclinándose.

—Señora, me he acordado de su amable invitación.

Ella esbozó una sonrisa y dijo unas palabras afables. El periodista, después de saludar al conde, se quedó un momento despistado en medio del salón, pues sólo reconoció a Steiner. Vandevres se volvió hacia él y le estrechó la mano.

Y en seguida, contento con su encuentro y deseoso de expansionarse, Fauchery se lo llevó aparte y le dijo en voz baja:

—Es para mañana, ¿de acuerdo?

—Caramba...

—A medianoche en su casa.

—Ya sé, ya sé... Iré con Blanche.

Quería escaparse para volver junto a las señoras y dar un nuevo argumento en favor del conde de Bismarck, pero Fauchery le retuvo.

—No adivinaré qué invitación me ha encargado que haga.

Y con un ligero signo de cabeza señaló al conde Muffat, que en aquel instante discutía sobre los presupuestos con el diputado y con Steiner.

—¡No es posible! —exclamó Vandevvres, estupefacto y casi riendo.

—Palabra. He tenido que prometerle que lo llevaría. He venido casi por eso.

Se rieron para sí, y Vandevvres volvió al grupo de las señoras, diciendo:

—Les aseguro, por el contrario, que el conde de Bismarck es muy espiritual...

Una noche, delante de mí —dijo una frase muy encantadora...

Entre tanto, Héctor de la Faloise, que había oído algunas palabras cambiadas en voz baja, miraba a Fauchery, esperando que le diese una explicación, que no llegó. ¿De qué hablarían? ¿Qué hacían al día siguiente a medianoche?

No se separaba de su primo, quien había ido a sentarse. La condesa Sabine le interesaba mucho. Habían pronunciado varias veces su nombre delante de él; sabía que, casada a los diecisiete años, debía de tener treinta y cuatro, y que llevaba desde su matrimonio una existencia monacal entre su marido y su suegra. Unos le atribuían una frialdad de devota y otros la compadecían al recordar sus alegres risas y sus bellos ojos ardientes antes de que la encerraran en aquel viejo palacio. Fauchery la observaba y vacilaba. Uno de sus amigos, un capitán muerto recientemente en México, le había hecho la víspera de su partida, al levantarse de la mesa, una de esas brutales confidencias que los hombres más discretos dejan escapar en ciertos momentos. Pero sus recuerdos eran muy vagos; aquella tarde había cenado bien, y dudaba al ver a la condesa en aquel salón antiguo, vestida de negro y con su tranquila sonrisa. Una lámpara situada tras de ella, destacaba su perfil de morena carnosa, en la que sólo la boca, un poco gruesa, ponía una especie de sensualidad imperiosa.

—Que hablen de su Bismarck —murmuró Héctor de la Faloise, que parecía aburrirse en sociedad—. Aquí se muere uno. Vaya idea que has tenido queriendo venir.

Fauchery le interrogó bruscamente:

—Dime, ¿la condesa se acuesta con alguien?

—¡Ah, no! no, querido —balbuceó, visiblemente desconcertado y olvidando su compostura—. ¿Dónde crees que estás?

Luego se dio cuenta de que su indignación carecía de elegancia, y añadió, hundiéndose en un canapé:

—Digo que no, pero yo no sé nada... Hay un jovencito allá abajo, ese Fourcamont, que te lo encuentras en todos los rincones. Seguro que aún se han visto más tiesos que ése, pero me tiene sin cuidado... En fin, lo cierto es que si la condesa se divierte, debe ser muy lista, porque nada se sabe, ni nadie dice nada.

Entonces, sin que Fauchery se molestase en preguntarle, le dijo lo que sabía de los Muffat. Con la conversación de aquellas señoras, que continuaban charlando ante la chimenea, bajaron la voz, y se hubiese creído, al verlos con sus corbatas y sus guantes blancos, que trataban con frases escogidas de algún tema serio. Así pues, mamá Muffat, a quien Héctor había conocido mucho, era una vieja insoportable,

siempre entre curas, y su actitud y su gesto autoritario hacían que todo se doblegara ante ella.

En cuanto a Muffat, hijo tardío de un general creado por Napoleón I, se había encontrado naturalmente favorecido después del 2 de diciembre. También carecía de alegría, pero pasaba por ser un hombre muy honrado y un espíritu muy recto. Además de esto, tenía unas opiniones del otro mundo, y una idea tan elevada de su cargo en la corte, de sus dignidades y de sus virtudes, que llevaba la cabeza tan alta como si se tratase del Santísimo Sacramento. Mamá Muffat era quien le había dado aquella educación: todos los días a confesar, nada de escapadas y ninguna salida en su juventud. Cumplía con la Iglesia, tenía crisis de fe de una violencia sanguínea, semejantes a los accesos febriles. En fin, para acabar de retratarlo con un último detalle, Héctor de la Faloise soltó una palabra al oído de su primo.

—¡No es posible!

—Me lo han jurado; palabra de honor... Ya la tenía cuando se casó.

Fauchery reía contemplando al conde, cuyo rostro, enmarcado por sus patillas y sin bigote, parecía más cuadrado y más duro mientras le citaba cifras a Steiner, quien no se dejaba convencer.

—A fe mía que tiene una cabeza como para eso —murmuró—. ¡Bonito regalo hizo a su mujer! Pobre pequeña, ¡cuánto debió aburrirse! Apuesto cualquier cosa a que no sabe nada de nada.

Precisamente la condesa Sabine le hablaba, y él no la oía, de tan extraño y divertido que encontraba el caso Muffat. Ella repitió la pregunta:

—Señor Fauchery, ¿no ha publicado usted una semblanza del conde de Bismarck? ¿Le ha hablado usted?

Se levantó con viveza y se aproximó al círculo de señoras, tratando de reponerse mientras buscaba una respuesta que cayese bien.

—Por Dios, señora... Le confieso que escribí esa semblanza de acuerdo con las biografías aparecidas en Alemania. Nunca he visto al conde de Bismarck.

Se quedó al lado de la condesa. Mientras hablaba con ella no dejaba de pensar. Ella no aparentaba su edad; se le habrían calculado unos veintiocho años; principalmente sus ojos aún conservaban cierto fuego juvenil, que sus largas pestañas disimulaban en una sombra azulada. Crecida en un matrimonio desunido, pasando un mes al lado del marqués de Chouard y otro en casa de la marquesa, se había casado muy joven, al morir su madre, sin duda empujada por su padre, a quien estorbaba. El marqués era un hombre terrible, de quien se contaban extrañas historias que ya empezaban a correr, a pesar de su mucha piedad. Fauchery preguntó si no tendría el honor de saludarle. Ciertamente, su padre iría, pero más tarde; ¡tenía tanto trabajo...! El periodista, que creía saber dónde pasaba el viejo sus veladas, se quedó serio.

Pero un signo que percibió en la mejilla izquierda de la condesa, junto a la boca,

le sorprendió. Nana también lo tenía, absolutamente igual. ¡Vaya gracia! Sobre el lunar se rizaban unos pelillos; sólo que los pelos rubios de Nana eran en esta otra de un negro jade. Pero no importaba; aquella mujer no se acostaba con nadie.

—Siempre he deseado conocer a la reina Augusta, decía ella. Aseguran que es tan buena, tan piadosa... ¿Cree usted que acompañará al rey?

—Ni lo piense, señora —respondió él.

Ella no se acostaba con nadie; saltaba a la vista. Bastaba verla con su hija, tan sola y tan afectada en su taburete. Aquel salón sepulcral, exhalando un olor a iglesia, decía bastante acerca de aquella mano de hierro bajo la cual estaba sujeta su existencia rígida. Ella no había puesto nada suyo en aquel habitáculo antiguo y negro de humedad. Era Muffat quien se imponía, quien dominaba con su devota educación sus penitencias y sus ayunos. Pero el descubrimiento del viejecito de los dientes cariados y su sonrisa maliciosa, que vio de pronto en su diván, detrás de las señoras, aún fue para él un argumento más decisivo. Conocía al personaje, Théophile Venot, un antiguo procurador que se había especializado en procesos eclesiásticos; se había retirado con una bonita fortuna y llevaba una existencia bastante misteriosa; recibido en todas partes, saludado en voz baja e incluso con cierto temor, como si representase a una gran fuerza, una fuerza oculta que se presentía tras él. Por lo demás, se mostraba muy humilde, era mayordomo de la iglesia de la Madeleine, y había aceptado con sencillez una situación de adjunto de la alcaldía del noveno distrito, para llenar sus ocios, decía él. Caramba, la condesa estaba bien rodeada; no había nada que hacer con ella.

—Tienes razón, aquí se muere uno —dijo Fauchery a su primo, cuando se zafó del grupo de las señoras—. Vámonos.

Pero Steiner, a quien el conde Muffat y el diputado acababan de dejar, avanzó furioso, sudando y gruñendo a media voz:

—Diablos, no dicen nada que no quieran decir. Ya encontraré a otros que hablen.

Luego, arrastrando al periodista hacia un rincón y cambiando de voz, dijo con acento victorioso:

—Es para mañana... Ya lo sé, querido.

—Ah... —murmuró Fauchery, asombrado.

—No lo sabe... Lo que me costó encontrarla en su casa. Además, Mignon no me soltaba.

—Pero los Mignon también van.

—Sí, me lo ha dicho. En fin, me ha recibido y me ha invitado. A medianoche en punto, después del teatro.

El banquero estaba radiante. Entornó los párpados y añadió dando a sus palabras un valor particular:

—Ya está hecho. ¿Y usted?

—¿Yo qué? —dijo Fauchery afectando no comprender—. Ella quiso darme las gracias por mi artículo, y vino a mi casa.

—Sí, sí... Qué felices son ustedes. Se les recompensa... A propósito, ¿quién paga mañana?

El periodista abrió los brazos como diciendo que no había conseguido averiguar nada. Pero Vandevres llamaba a Steiner, que conocía al conde de Bismarck. La señora Du Joncqoy casi estaba convencida. Concluyó con estas palabras:

—Me produjo mala impresión; le encontré un rostro desagradable. Pero prefiero creer que tiene mucho ingenio, y eso explica sus éxitos.

—Sin duda —dijo con una pálida sonrisa el banquero, que era un judío de Francfort.

Mientras tanto, Héctor de la Faloise se atrevió a interrogar esta vez a su primo; lo alcanzó y le dijo al oído:

—¿Se cena en casa de una señora, mañana por la noche? ¿En casa de quién? ¿En casa de quién?

Fauchery hizo como que no le escuchaba; había que ser prudente.

La puerta acababa de abrirse nuevamente y una anciana señora entró seguida de un jovencito, que el periodista reconoció como el fugado del colegio que en el estreno de *La Venus Rubia* había lanzado el famoso grito ¡Muy bien! del que aún se hablaba. La llegada de esta señora produjo un gran revuelo. La condesa Sabine se levantó en seguida y fue a saludarla; la cogió de las manos y la llamaba «mi querida señora Hugon».

Héctor, viendo que su primo observaba interesado la escena, a fin de conmoverle le puso al corriente en pocas palabras; la señora Hugon, viuda de un notario retirado en las Fondettes, una antigua propiedad de su familia, cercana a Orleáns, conservaba una vivienda en París, en una casa que poseía en la calle Richelieu; en aquellos días pasaba allí unas semanas para instalar a su hijo más joven, que estudiaba el primer curso de derecho; en otros tiempos había sido gran amiga de la marquesa de Chouard y vio nacer a la condesa, a quien tuvo algunos meses en su casa, antes de su matrimonio, y a la que aún tuteaba.

—Te he traído a Georges —decía la señora Hugon a Sabine—. Ha crecido, creo yo.

El jovencito, con sus ojos claros y sus rizos rubios de chiquilla transformada en muchacho, saludaba a la condesa con familiaridad, y le recordaba una partida de volantes que habían jugado juntos hacía dos años en las Fondettes.

—¿Philippe no está en París? —preguntó el conde Muffat.

—No, no —respondió la anciana—. Sigue de guarnición en Bourges.

Se había sentado y hablaba con orgullo de su primogénito, un mocetón que, después de enrolarse por una calaverada, acababa de alcanzar en muy poco tiempo el

grado de teniente. Todas aquellas señoras la rodearon con respetuosa simpatía. La conversación se animó, más amable y más delicada.

Y Fauchery, al ver aquella respetable señora Hugon, aquel rostro maternal con trenzas de cabellos blancos e iluminado por tan dulce sonrisa, encontró ridículo el haber sospechado un momento de la condesa Sabine.

Sin embargo, la aparatosa silla tapizada de seda roja en que se sentaba la condesa acabó llamándole la atención. La encontró grosera, de una fantasía desconcertante en aquel salón vulgarísimo. Seguramente que no había sido el conde quien introdujo aquel mueble de voluptuosa pereza. Se habría dicho que intentaba el principio de un deseo y un goce. Entonces se olvidó de todo y, soñando, revivió aquella vaga confianza, recibida una noche en el reservado de un restaurante. Había deseado introducirse en casa de los Muffat, impulsado por una curiosidad sensual; ya que su amigo se había que dado en México, ¿acaso no...? Debía intentarlo. Sin duda era una necesidad; sólo que la idea le atormentaba, se sentía atraído y con el vicio despierto. La gran silla tenía un aspecto coquetón, que ahora le divertía.

—¿Qué, nos vamos? —dijo Héctor, prometiéndose que le diría el nombre de la mujer en cuya casa cenaría.

—Dentro de poco —respondió Fauchery.

Y ya no se impacientó, dando por pretexto la invitación que le habían encargado que ofreciese y que no era fácil de hacer. Las señoras hablaban de una toma de hábitos, una ceremonia muy emocionante, por la que el París mundano estaba conmovido desde hacía tres días. Se trataba de la primogénita de la baronesa de Fougeray, que acababa de entrar en las carmelitas con una vocación irresistible. La señora Chantereau, prima lejana de las Fougeray, reconocía que la baronesa tuvo que meterse en cama al día siguiente a causa de su disgusto.

—Yo estuve muy bien situada —dijo Léonide—. Encontré aquello muy curioso.

Sin embargo, la señora Hugon compadecía a la pobre madre. ¡Qué dolor perder así a una hija!

—Se me acusa de ser devota —dijo con su tranquila franqueza— pero eso no impide que encuentre crueles a los hijos que se empeñan en semejantes suicidios.

—Sí, es una cosa terrible —murmuró la condesa, con un ligero escalofrío, ovillándose más en el fondo de su gran silla, delante del fuego.

Entonces discutieron las señoras. Pero sus voces eran discretas, de ligeras risas que por momentos cortaban la seriedad de la conversación. Las dos lámparas de la chimenea, cubiertas con un encaje rosa, las iluminaban débilmente, y sólo había, sobre otros muebles apartados, tres lámparas más, que dejaban el amplio salón en una suave penumbra.

Steiner se aburría. Contaba a Fauchery una aventura de aquella mujercita de Chezelles, que sólo llamaba Léonide, una tunanta, decía bajando la voz detrás de los

sillones de las señoras.

Fauchery la contemplaba con su vestido de satén azul pálido, cómicamente sentada en una esquina de su butaca, delgada y tiesa como un muchacho, y acabó por sorprenderse de verla allí; se encontraba mejor en casa de Caroline Héquet, cuya madre la había montado con mucho gusto. Era un tema para un artículo. ¡Qué extraño mundo el de la sociedad Parisiense! Los salones más rígidos estaban invadidos. Evidentemente, aquel silencioso Théophile Venot, que se limitaba a sonreír enseñando sus dientes cariados, debía constituir un legado de la difunta condesa, al igual que las señoras mayores, la de Chantereau, la de Du Joncqoy, y cuatro o cinco viejos inmóviles en las esquinas.

El conde Muffat acostumbraba invitar a funcionarios que poseían esa corrección que tanto gustaba en casa de los hombres de las Tullerías; entre otros, al jefe de negociado, siempre solo en medio de la estancia, la cara afeitada y la mirada apagada, apretado su traje hasta no poder ni moverse. Casi todos los jóvenes y algunos personajes de buenos modales venían por el marqués de Chouard, que había conservado relaciones en el partido legitimista, después de haberse burlado al entrar en el Consejo de Estado. Quedaban Léonide de Chezelles, Steiner, un rincón sospechoso, en el cual la señora Hugon conversaba con su serenidad de anciana y amable señora. Y Fauchery, que ya veía su artículo, y llamaba aquello el rincón de la condesa Sabine.

—En otra ocasión —continuaba Steiner en voz baja— Léonide hizo venir a su tenor a Montauban. Ella vivía en el castillo de Beaucueil, dos leguas más lejos, y todos los días llegaba en una calesa con dos caballos, para verle en el Lion d'Or, donde se hospedaba. El carruaje se quedaba a la puerta y Léonide permanecía varias horas mientras la gente hacía corro y miraba los caballos.

Hubo un silencio y pasaron algunos segundos solemnes bajo el techo. Dos jóvenes cuchicheaban, pero también callaron, y no se oyó más que el paso amortiguado del conde Muffat, que atravesaba la estancia. Las lámparas parecían haberse debilitado, el fuego se extinguía, una sombra severa ahogaba a los viejos amigos de la casa en los sillones que ocupaban desde hacía cuarenta años. Fue como si, entre dos frases, los invitados hubiesen presentido la presencia de la madre del conde, mirándoles con su gesto glacial. La condesa Sabine reanudó la conversación:

—En fin, el rumor se ha extendido. El joven habrá muerto, y eso explicaría la entrada en el convento de esa pobre muchacha. También se dice que el señor de Fougeray nunca habría consentido el matrimonio.

—También se dicen otras muchas cosas —exclamó Léonide imprudentemente.

Se echó a reír, negándose a hablar. Sabine, ganada por aquella alegría, se llevó el pañuelo a los labios. Y aquellas risas, en la solemnidad de la amplia pieza, adquirieron un sonido que dejó a Fauchery sorprendido; eran como el cristal que se

rompe. Ciertamente, en aquello había un principio de trastorno. Todas las voces empezaron a hablar la señora Du Joncqouy protestaba, la señora Chantereau sabía que se proyectaba un matrimonio, pero que las cosas no adelantaron; los mismos hombres eran de su opinión.

Durante algunos minutos aquello fue una confusión de juicios en los que los diversos elementos del salón, los bonapartistas y los legitimistas, se mezclaban a los escépticos mundanos, con quienes se codeaban. Estelle había llamado para que avivasen el fuego; el criado cargó las lámparas, y parecía que aquello despertaba. Fauchery sonreía sintiéndose a gusto.

—Diablos, se casan con Dios cuando no pueden casarse con su primo —dijo entre dientes Vandevres, a quien molestaba el tema y que acababa de reunirse con Fauchery—. Querido, ¿ha visto alguna vez a una mujer amada hacerse religiosa?

No esperó su respuesta, y dijo a media voz:

—Decidme, ¿cuántos seremos mañana? Estarán los Mignon, Steiner, usted, Blanche, yo... ¿Quiénes más?

—Supongo que Caroline... Simonne, Gagá sin duda... Nunca se sabe el número; ¿no es así? En esas ocasiones se cree que serán veinte y son treinta.

Vandevres, que contemplaba a las señoras, pasó bruscamente a otro tema.

—Debió estar muy bien esa señora Du Joncqouy hace quince años. La pobre Estelle aún se ha estirado más. Bonita tabla para meterla en la cama.

Se interrumpió y volvió al tema de la cena del día siguiente.

—Lo más enojoso de todas estas celebraciones es que siempre hay las mismas mujeres. Sería necesaria alguna novedad. Trate de encontrar alguna. Tengo una idea. Voy a rogar a ese señor gordo que lleve a la mujer que acompañaba la otra noche en el Varietés.

Hablaba del jefe de negociado, adormilado en un ángulo del salón. Fauchery se divirtió desde lejos siguiendo aquella delicada negociación. Vandevres se había sentado al lado del hombre gordo, que permanecía muy digno. Pareció que discutían durante un momento la cuestión pendiente: la de saber qué verdadero sentimiento empujaba a una muchacha a entrar en un convento. Luego el conde regresó diciendo:

—No es posible. Jura que es decente y que se negaría... Sin embargo, apostaría a que la he visto en Casa Laure.

—¡Cómo! ¿Va usted a Casa Laure? —murmuró Fauchery riendo—. Se arriesga usted en semejantes sitios. Creí que sólo la frecuentábamos nosotros, los pobres diablos.

—Querido, hay que conocerlo todo.

Entonces, riendo, los ojos chispeantes, se dieron detalles sobre la mesa redonda de la patrona de la calle de los Martyrs, en donde la gorda Laure Piedefer, por tres francos, daba de comer a las señoritas apuradas. ¡Bonito cuento! Todas las mujercitas

besaban a Laure en la boca. Y como la condesa Sabine volvió la cabeza, cogiendo unas palabras, ellos retrocedieron, restregándose uno contra otro, alegres y excitados. Junto a ellos no habían percibido a Georges Hugon, que les escuchaba y se sonrojaba tanto que una oleada de carmín le iba desde las orejas hasta su garganta de chiquillo. Aquel adolescente estaba avergonzado y embobado. Desde que su madre lo había dejado en el salón, no hacía más que dar vueltas en torno a la señora de Chezelles, la única mujer que le pareció bien. ¡Y eso que Nana lo tenía bien agarrado!

—Anoche —decía la señora Hugon— Georges me llevó al teatro. Sí, al Varietés, donde hacía más de diez años que no había puesto los pies. Este chiquillo adora la música. A mí aquello no me distrajo, pero él era tan dichoso. Hoy representan obras muy extrañas. Además, la música me apasiona poco, lo confieso.

—¿Cómo, señora? ¿No ama usted la música? —exclamó la señora Du Joncquoy levantando los ojos al cielo—. ¿Es posible que no se ame la música?

Fue una exclamación general. Nadie abrió la boca sobre la obra del Varietés, de la cual la buena señora Hugon no había comprendido nada; aquellas señoras la habían visto, pero no querían hablar de ella. Inmediatamente trataron del sentimiento, de la admiración refinada y estática de los maestros. A la señora Du Joncquoy no le gustaba más que Weber y la señora Chantereau se quedaba con los italianos. Las voces de aquellas señoras estaban languideciendo. Se hubiese dicho que delante de la chimenea había un recogimiento de iglesia, el cántico discreto y desmayado de una capilla.

—Vamos —murmuró Vandevres, arrastrando a Fauchery al centro del salón— es preciso que invitemos a una mujer para mañana. ¿Y si se lo pidiésemos a Steiner?

—Bah... —dijo el periodista—, cuando Steiner tiene una mujer, es que París no la quiere.

Vandevres, sin embargo, buscaba en torno suyo.

—Espere. El otro día encontré a Fourcamont con una rubia encantadora. Voy a decirle que la lleve.

Y llamó a Fourcamont. Rápidamente cambiaron unas palabras. Debió de presentarse alguna complicación, porque los dos, andando con precaución, saltaban por encima de las faldas de las señoras e iban a buscar a otro joven, con el cual continuaron su charla junto a una ventana. Fauchery se quedó solo y se decidía a aproximarse a la chimenea en el momento en que la señora Du Joncquoy aseguraba que ella no podía oír interpretar a Weber sin ver inmediatamente lagos, bosques y amaneceres sobre las campiñas húmedas de rocío; una mano le tocó en el hombro, a la vez que una voz detrás de él le decía:

—Eso no es muy amable.

—¿Qué? —preguntó volviéndose y encontrándose con Héctor.

—Esa cena para mañana. Podrías haberme invitado.

Fauchery iba a responder cuando Vandevres volvió para decirle:

—Parece que no es una mujer de Fourcamont; es la amiga de aquel señor de allá... No podrá venir. Mala suerte. Pero recluté a Fourcamont, que hará lo posible por llevar a Louise, del Palais-Royal.

—Señor de Vandevres —preguntó la señora Chantereau levantando la voz—, ¿verdad que el domingo silbaron a Wagner?

—Bárbaramente, señora —respondió avanzando hacia ella con su exquisita cortesía.

Luego, como no le retenían, se alejó y le dijo al oído al periodista:

—Voy a reclutar a otros. Esos jovencitos deben conocer a algunas muchachas.

Entonces se le vio, amable y sonriente, abordar a los hombres y hablar con ellos en los cuatro rincones del salón. Se mezclaba en los grupos, deslizaba una frase al oído de cada uno, y ellos se volvían con un guiño picaresco y gestos muy significativos. Era como si distribuyese un santo y seña con la mayor naturalidad. La frase circulaba y se aceptaba la cita, mientras las disertaciones sentimentales de las señoras sobre la música atenuaban el rumor febril de aquel reclutamiento.

—No, no hable usted de sus alemanes —repetía la señora Chantereau—. El canto es la alegría, la luz... ¿Ha oído a la Patti en el Barbero?

—¡Deliciosa! —murmuró Léonide, que sólo interpretaba al piano canciones de opereta.

Entre tanto, la condesa Sabine había llamado. Cuando los visitantes eran poco numerosos, el martes se servía el té en el mismo salón. Mientras hacía desocupar un velador por un criado, la condesa seguía con la vista al conde de Vandevres. Aún conservaba aquella vaga sonrisa que mostraba un poco la blancura de sus dientes. Y cuando el conde pasó por su lado, le preguntó:

—¿Qué está conspirando, señor de Vandevres?

—¿Yo, señora? —respondió éste tranquilamente—. No conspiro.

—Le veía tan atareado... Bien, me tiene que hacer un favor.

Le puso en las manos un álbum, rogándole que lo llevase al piano. Pero él encontró el medio de decir en voz baja a Fauchery que tendrían a Tatan Néné, la garganta más hermosa del invierno, y a María Blond, que acababa de debutar en el Folies-Dramatiques. Mientras, Héctor de la Faloise le detenía a cada paso, esperando una invitación. Acabó por ofrecerse. Vandevres lo admitió en seguida; sólo que le hizo prometer que llevaría a Clarisse, y como Héctor fingió cierto escrúpulo, le tranquilizó diciendo:

—Puesto que la invito yo, ya basta.

No obstante, Héctor habría querido saber el nombre de la mujer. Pero la condesa había llamado a Vandevres, al que le preguntó cómo hacían el té los ingleses.

Él iba con frecuencia a Inglaterra, en donde corrían sus caballos.

Según él, los rusos eran los únicos que sabían preparar el té, y dio la fórmula. Luego, como si hubiese continuado un trabajo interior mientras hablaba se interrumpió para preguntar:

—A propósito, ¿y el marqués? ¿Es que no le veremos?

—Pues sí; mi padre me lo ha prometido —respondió la condesa—. Empiezo a inquietarme. Sus trabajos lo habrán retenido.

Vandevres tuvo una discreta sonrisa. A él también le parecía conocer la clase de trabajos que ocupaban al marqués de Chouard. Pensaba en una hermosa persona a quien el marqués llevaba a veces al campo. Tal vez podrían contar con ella.

Fauchery juzgó que había llegado el momento de arriesgar la invitación al conde Muffat. La velada se prolongaba.

—¿Habla en serio? —preguntó Vandevres, que lo creía una broma.

—Muy en serio. Si no cumplo el encargo, me arrancará los ojos. Un capricho, ya lo sabe usted.

—Entonces le ayudaré, querido.

Dieron las once. La condesa, ayudada por su hija, servía el té. Como no habían acudido más que los íntimos, las tazas y los platos con pastelitos circulaban familiarmente. Incluso las señoras no abandonaron su asiento delante del fuego, bebiendo despacio y cogiendo los pastelillos con la punta de los dedos. La conversación pasó de la música a los abastecedores. No había como Boissier para las cremas y Catherine para los helados; sin embargo, la señora Chantereau abogaba por Latinville. Se hablaba sin calor, desmayadamente; la lasitud adormecía al salón.

Steiner se puso a trabajar sordamente al diputado, que quedó bloqueado en el rincón de un sofá. El señor Venot, a quien los dulces habrían destrozado los dientes, comía pastas secas, mordisco a mordisco, con un roer de ratón; el jefe de negociado metía la nariz en la taza y no acababa nunca. La condesa, sin apresurarse, iba de un lado a otro, sin insistir, quedándose unos segundos observando a los hombres con gesto de muda interrogación; luego sonreía y continuaba. El fuego la había enrojecido y parecía hermana de su hija, tan enjuta y tan torpe al lado suyo.

Cuando se aproximaba a Fauchery, que hablaba con su marido y con Vandevres, notó que se callaban, y no se detuvo, dirigiéndose a Georges Hugon con la taza de té que ofrecía:

—Es una señora que quiere teneros a cenar —informó alegremente el periodista, dirigiéndose al conde Muffat.

Y Muffat, cuyo rostro había permanecido serio toda la velada, pareció sorprendido.

—¿Qué señora?

—Eh... Nana —dijo Vandevres, con objeto de precipitar la invitación.

El conde se puso más serio. Apenas si pestañeó, mientras un malestar, con un

dolor de cabeza, se le fijaba en la frente.

—Pero si no conozco a esa señora —murmuró.

—Pues usted estuvo en su casa —observó Vandevres.

—¿Cómo? ¿En su casa...? Ah, sí; fui el otro día, para el Comité de Beneficencia. Ni me acordaba... No importa, no la conozco y no puedo aceptar.

Había adoptado un aire glacial, para hacerles entender que aquella broma era de muy mal gusto. El sitio de un hombre de su rango no estaba en la mesa de una de esas señoras. Vandevres se recreó: se trataba de una cena de artistas, y el talento lo excusaba todo. Pero sin hacer caso a los argumentos de Fauchery, que hablaba de una cena en la que el príncipe de Escocia, un hijo del rey, se había sentado al lado de una antigua cantante de cabaret, el conde acentuó su negativa. Incluso dejó escapar un gesto de irritación, a pesar de su gran cortesía.

Georges y Héctor, de pie los dos y con su taza de té en la mano, oyeron algunas palabras acerca de ellos.

—Vaya, es en casa de Nana —murmuró Héctor—. Debí suponerlo.

Georges no decía nada, pero se impacientaba: su rubio cabello revuelto y sus ojos azules reluciendo como ascuas señalaban cómo el vicio en que andaba desde hacía unos días le encendía y le trastornaba. Al fin se le brindaría todo lo que había soñado.

—El caso es que no sé su dirección —murmuró Héctor.

—Bulevar Haussmann, entre la calle Arcade y la calle Pasquier, tercer piso —dijo Georges de un tirón.

Y como el otro le mirase con desconcierto, añadió, enrojeciendo y con petulancia:

—Soy de la partida; me ha invitado esta mañana.

Pero un gran movimiento se había producido en el salón. Vandevres y Fauchery no insistieron más ante el conde. El marqués de Chouard acababa de entrar y todos se acercaron a saludarle. Avanzaba penosamente, flaqueándole las piernas, y se quedó en el centro de la estancia, pálido, parpadeando, como si saliese de alguna callejuela sombría y estuviese cegado por la claridad de las lámparas.

—Ya no esperaba verle, padre —dijo la condesa—. Habría estado inquieta hasta mañana.

La miró sin contestar, con el aspecto de quien no comprende. Su nariz, muy gruesa en su afeitado rostro, parecía como hinchada por la erisipela y el labio inferior le colgaba. La señora Hugon, viéndole tan abatido, sintió lástima.

—Trabaja demasiado. Debería descansar... A nuestra edad hay que dejar los trabajos para los jóvenes.

—El trabajo... Sí, el trabajo —balbuceó—. Siempre demasiado trabajo.

Se recobraba, enderezaba su encorvado talle, pasándose la mano, en un ademán muy propio de él, por sus blancos cabellos, cuyos raros mechones le caían detrás de las orejas.

—¿En qué trabaja hasta tan tarde? —preguntó la señora Du Joncquoy—. Le creía en la recepción del ministro de Finanzas.

—Mi padre tenía que estudiar un proyecto de ley —intervino la condesa.

—Sí, un proyecto de ley —dijo— precisamente un proyecto de ley... Me encerré... Es respecto a las fábricas, y quisiera que se observase el descanso dominical. Es verdaderamente vergonzoso que el Gobierno no se decida a actuar con vigor. Las iglesias están vacías, vamos a la catástrofe.

Vandevres había mirado a Fauchery. Ambos se encontraban detrás del marqués, y le olfateaban. Cuando Vandevres pudo llevárselo aparte, para hablarle de aquella guapa persona que llevaba al campo, el anciano fingió una gran sorpresa. Acaso le había visto con la baronesa Decker, en casa de la cual pasaba a veces algunos días, en Viroflay. Tan sólo por venganza, Vandevres le preguntó bruscamente:

—Diga, ¿por dónde ha pasado? Su codo está lleno de telas de araña y de yeso.

—Mi codo —murmuró el anciano ligeramente turbado— pues es verdad. Un poco de suciedad... Debí cogerla al salir de casa.

Varias personas se marchaban. Era casi medianoche. Dos criados se llevaron las tazas vacías y las bandejas de pasteles sin hacer ruido. Ante la chimenea, las señoras habían reformado y reducido su corro, hablando con más abandono en la languidez de aquel fin de velada. El mismo salón se adormecía, y sus paredes se llenaban de vagas sombras. Entonces Fauchery habló de retirarse, pero se olvidó de irse para contemplar a la condesa Sabine, la cual descansaba de sus tareas de ama de casa en su sitio de costumbre, muda, los ojos puestos en un tizón que ya era una brasa, y su rostro, tan blanco y firme, le hizo renacer sus dudas. Al resplandor de la chimenea, los pelillos negros del lunar que tenía junto a los labios parecían rubios. Igual que el lunar de Nana, hasta del mismo color. No pudo contenerse y se lo dijo a Vandevres al oído. Y era cierto, pero éste no lo había notado. Y continuaron el paralelo entre Nana y la condesa. Le encontraron un vago parecido en la barbilla y en la boca, aunque los ojos no eran iguales. Además, Nana tenía aspecto de buena muchacha, y con la condesa no se sabía a qué atenerse; se habría dicho una gata dormida, las uñas escondidas y las patas apenas agitadas por un estremecimiento nervioso.

—A pesar de todo, uno se acostaría con ella —declaró Fauchery.

Vandevres la desnudaba con la mirada.

—Sí, tiene razón —dijo—. Pero no sé, no sé; desconfío de sus muslos. Apostaría que no los tiene.

Se calló. Fauchery le tocaba vivamente con el codo, señalándole a Estelle, sentada en su taburete delante de ellos. Habían levantado la voz sin darse cuenta, y ella debió de oírles. Sin embargo, permanecía tiesa, inmóvil, con su cuello delgado de muchacha que creció muy rápidamente, y en el que ni un pelo se agitaba. Entonces se apartaron tres o cuatro pasos. Vandevres juraba que la condesa era una mujer muy

honestamente.

En aquel instante las voces de la chimenea se elevaron. La señora Du Joncquoy decía:

—He admitido que el conde de Bismarck puede ser un hombre de talento, pero si pretende que sea un genio...

Aquellas señoras habían vuelto a su primer tema.

—¿Cómo? ¿Otra vez con el conde de Bismarck? —murmuró Fauchery—. Ahora sí que me voy.

—Espere —dijo Vandevres— aún nos falta una contestación definitiva del conde.

El conde Muffat hablaba con su suegro y algunos hombres serios. Vandevres lo apartó y renovó la invitación, y la apoyó diciendo que él también iría a la cena. Un hombre podía ir a todas partes; nadie vería nada malo en lo que sólo había curiosidad. El conde escuchaba sus argumentos con los ojos bajos y sin decir nada. Vandevres notó que vacilaba, cuando el marqués de Chouard se aproximó a ellos con aire interrogador, y cuando supo de qué se trataba, porque Fauchery le invitó a su vez, miró furtivamente a su yerno.

Hubo un silencio embarazoso, pero ambos se animaban y habrían concluido por aceptar si el conde Muffat no se hubiese quedado a un paso del señor Venot mirándole con fijeza. El viejecito no sonreía, tenía un rostro terroso y ojos de acero, claros y agudos.

—No —respondió el conde inmediatamente y en tono tan claro que no admitía réplica.

Entonces el marqués rehusó con mayor energía aún. Habló de la moral. Las clases altas debían dar el ejemplo. Fauchery esbozó una sonrisa y estrechó la mano a Vandevres, diciendo que se iba inmediatamente porque debía pasar por el periódico.

—En casa de Nana a medianoche, ¿no es así?

Héctor de la Faloise se retiró igualmente. Steiner acababa de saludar a la condesa. Otros hombres les siguieron. La misma frase circulaba, repetida por cada uno: «A medianoche en casa de Nana» al ir a recoger su abrigo en la antesala. Georges, que debía irse con su madre, se había quedado en el umbral, indicando la dirección exacta: «Tercer piso, la puerta de la derecha». No obstante, antes de salir, Fauchery echó un último vistazo. Vandevres había vuelto a su sitio en medio de las señoras y hablaba con Léonide de Chezelles. El conde Muffat y el marqués de Chouard se mezclaron en la conversación, mientras la buena señora Hugon dormitaba con los ojos abiertos. Perdido tras las faldas, el señor Venot se hacía pequeñito y recobraba su sonrisa. Lentamente sonaron las doce en la vasta y solemne estancia.

—¡Cómo, cómo! —replicaba la señora Du Joncquoy—. ¿Supone usted que el conde de Bismarck nos hará la guerra y nos ganará? ¡Oh! esto ya es demasiado.

Reían, en efecto, alrededor de la señora Chantereau, quien acababa de repetir aquella idea, que había oído en Alsacia, donde su marido poseía una fábrica.

—El emperador está allí, afortunadamente —dijo el conde Muffat, con su gravedad oficial.

Ésta fue la última palabra que escuchó Fauchery. Cerró la puerta después de contemplar una vez más a la condesa Sabine. Ella hablaba suavemente con el jefe de negociado y parecía interesarse en la conversación de aquel hombre gordo. Decididamente estaba equivocado y no había tal casajo.

Era una lástima.

—¿Qué? ¿No bajas? —le gritó Héctor desde el vestíbulo.

Y en la acera, al separarse, todavía repitieron: «Hasta mañana en casa de Nana».

Capítulo IV

Desde muy temprano Zoé había puesto el piso a disposición de un maestresala, llegado de casa Brébant con un séquito de camareros y de mozos. Brébant era quien lo suministraría todo: cena, vajilla, cristalería, mantelería y flores, y hasta sillas y taburetes. Nana no habría encontrado ni una docena de servilletas en sus armarios, y no habiendo tenido tiempo de instalar su casa según el boato que exigía su nueva vida, desdeñaba ir al restaurante y prefería que el restaurante fuese a su casa. Le parecía más elegante.

Quería celebrar su gran éxito como actriz con una cena que diese mucho que hablar. Como el comedor resultaba demasiado pequeño, el maestresala había puesto la mesa en el salón, una mesa que daba para veinticinco cubiertos muy apretados.

—¿Está todo listo? —preguntó Nana al volver a medianoche.

—Ay, no lo sé —respondió secamente Zoé, que parecía fuera de sí—. Gracias a Dios, yo no me ocupo de nada. Han cometido un destrozo en la cocina y en toda la casa. A pesar de todo he tenido que disputar. Los otros dos también vinieron, pero los mandé a paseo.

Hablaba de los antiguos señores de la señora, del comerciante y del valaco, que Nana había decidido despedir, segura del futuro, pues deseaba cambiar de piel, como ella decía.

—¡Vaya unos latosos! —murmuró ella—. Si vuelven amenázalos con ir a la comisaría.

Luego llamó a Daguinet y Georges, que se habían quedado en la antesala, donde colgaron sus abrigos. Los dos se habían encontrado a la salida de los artistas, en el pasaje de los Panoramas, y ella los metió en un coche. Como aún no había llegado nadie, les gritó que entrasen en el tocador, mientras Zoé la arreglaba. Sin cambiarse de vestido, se hizo retocar el peinado y se puso unas cuantas rosas blancas en el moño y en el corpiño. El tocador estaba abarrotado de los muebles que tuvieron que sacar del salón y amontonarlos: veladores, sofás y sillones con las patas al aire, y ella ya estaba lista cuando la falda se le enganchó en una ruedecilla y se rasgó. Entonces soltó unos furiosos juramentos, pues aquello sólo le sucedía a ella. Rabiosa, se despojó de su vestido, un vestido de seda blanca, muy sencillito, tan suave y tan fino que parecía un camisón. Pero en seguida volvió a ponérselo, al no encontrar otro vestido de su gusto, casi llorando y diciendo que vestía como una traperera. Daguinet y Georges tuvieron que prender el desgarrón con alfileres mientras Zoé volvía a peinarla. Los tres se apresuraban en torno suyo, el pequeño sobre todo, de rodillas en el suelo y las manos entre sus faldas.

Nana consiguió calmarse cuando Daguinet le aseguró que sólo debían ser las doce y cuarto, pues el tercer acto de La Venus Rubia, lo había despachado a galope,

comiéndose las réplicas y saltándose los cuplés.

—Aún es demasiado bueno para ese hatajo de imbéciles —dijo Nana—. ¿Habéis visto qué cabezas las de esta noche? Querida Zoé, espera aquí. No te acuestes, por si te necesito. Vaya, ya empieza el jaleo. Aquí llega gente.

Se escapó. Georges quedó de rodillas, con los faldones del frac barriendo el suelo. Se sonrojó al ver que Dagueuet le miraba. Pero los dos se tenían afecto. Rehicieron el nudo de su corbata delante de la cornucopia, y el uno cepilló al otro, pues estaban blancos de tanto rozarse con Nana.

—Parece azúcar —murmuró Georges, con su risa de niño goloso.

Un lacayo de librea, alquilado para la noche, introducía a los invitados en el saloncito, una reducida pieza en la que sólo dejaron cuatro sillones para que cupiese más gente. Del salón vecino llegaba un ruido de vajilla y cubiertos y por debajo de la puerta pasaba una viva raya de luz. Nana, al entrar, ya encontró instalada en un sillón a Clarisse Besnus, a quien había llevado Héctor de la Faloise.

—¿Cómo? ¿Eres la primera? —dijo Nana, que la trataba familiarmente desde su éxito.

—Ha sido éste —repuso Clarisse—. Siempre tiene miedo de llegar tarde. Si le hubiese hecho caso, no me habría podido quitar el colorete ni la peluca.

El joven, que veía a Nana por primera vez, se inclinó y la saludó, hablando de su primo y disimulando su turbación con una exagerada cortesía. Pero Nana, sin escucharle ni conocerle, le estrechó la mano, y en seguida acudió hacia Rose Mignon. De repente se volvió muy distinguida.

—¡Ah, querida señora, qué amable! Deseaba tanto verla en mi casa.

—También estoy encantada, se lo aseguro —dijo Rose con su mayor amabilidad.

—Siéntese..., ¿no necesita nada?

—No, gracias. Vaya, me he olvidado el abanico en mi abrigo. Steiner, mire en el bolsillo derecho.

Steiner y Mignon habían entrado detrás de Rose. El banquero salió y volvió con el abanico, mientras que Mignon abrazaba cariñosamente a Nana, obligando a Rose a que hiciese lo mismo. ¿Acaso no eran todos de la misma familia del teatro? Después le guiñó los ojos a Steiner, para animarle, pero éste, turbado por la intencionada mirada de Rose, se contentó con besar la mano de Nana.

En aquel momento el conde de Vandevres apareció con Blanche de Sivry. Hubo grandes reverencias. Nana, muy ceremoniosa, llevó a Blanche a un sillón. Mientras, Vandevres contaba, riendo, que Fauchery discutía abajo con el portero porque había negado la entrada del coche de Lucy Stewart. En la antesala ya se oía a Lucy, que trataba al portero de grosero, pero cuando el lacayo abrió la puerta, se adelantó con su risueña gracia, se nombró ella misma y cogió las dos manos de Nana diciéndole que ella la había encontrado muy simpática desde el primer momento y que tenía mucho

talento. Nana, envanecida con su nuevo papel de ama de casa, daba las gracias verdaderamente confundida. No obstante, parecía preocupada desde la llegada de Fauchery. Cuando pudo acercársele, le preguntó en voz baja:

—¿Vendrá?

—No, no ha querido —respondió secamente el periodista, cogido de sorpresa, aunque ya había preparado una historia para explicarle la negativa del conde Muffat.

En seguida comprendió su necedad al ver la palidez de Nana, y trató de corregir su frase:

—No ha podido; esta noche lleva a la condesa al baile del Ministerio del Interior.

—Está bien —murmuró Nana, que dudaba de la buena voluntad del periodista—. ¡Ya me pagarás esto!

—¡Ah, no! —replicó él, molesto por la amenaza—. No me gustan estos encargos. Dirígete a Labordette.

Se dieron la espalda, enfadados. Precisamente Mignon empujaba a Steiner contra Nana. Cuando ésta quedó sola, le dijo en voz baja y con un cinismo de buen compadre que desea complacer a un amigo:

—Se muere por usted... Sólo que tiene miedo de mi mujer. ¿No es cierto que lo defenderá?

Nana aparentó no comprender. Sonreía mirando a Rose, a su marido y al banquero; después le dijo a éste:

—Señor Steiner, usted se sentará a mi lado.

Pero llegaron unas risas de la antesala, cuchicheos, y una oleada de voces alegres y chillonas, como si hubiese allí las colegialas escapadas de un convento. Y apareció Labordette, arrastrando consigo a cinco mujeres, su pensionado, según la frase maliciosa de Lucy Stewart. Venía Gagá, majestuosa con su vestido de terciopelo azul que la ceñía; Caroline Héquet, siempre en tisú negro adornado de encajes; luego Léa de Hom, mal vestida como siempre; la gorda Tatan Néné, una rubia bonachona con pechos de nodriza, siempre tema de bromas, y por fin la pequeña María Blond, una quinceañera que parecía un junco y tenía cara de picarueta, que hacía su debut en el Folies.

Labordette las había traído a todas en un mismo carruaje, y ellas aún se reían por haber viajado tan apretadas, María Blond sobre las rodillas de las otras. Pero se callaron, cambiando apretones de manos y saludos, todas con mucha compostura. Gagá se hacía la niña, ceceando por exceso de buen tono. Sólo Tatan Néné, a quien dijeron durante el camino que seis negros completamente desnudos servirían la cena en casa de Nana, se inquietaba y quería verlos. Labordette la trató de ingenua y le pidió que se callase.

—¿Y Bordenave? —preguntó Fauchery.

—¡Oh, imagínese si estaré desolada! —exclamó Nana—. No podrá ser de los

nuestros.

—Sí —añadió Rose Mignon— metió el pie en una trampa y tiene una torcedura abominable. ¡Si lo oyera jurar con la pierna atada y estirada sobre una silla!

Entonces todo el mundo se puso a compadecer a Bordenave. Sin Bordenave no se concebía una buena cena, pero procurarían pasarse sin él, y ya se hablaba de otra cosa cuando se oyó una voz muy fuerte.

—¿Qué es esto? ¿Ya quieren enterrarme?

Oyóse una exclamación general y todos volvieron la cabeza. Era Bordenave, enorme y muy rojo, rígida una pierna, de pie en el umbral, apoyándose en el hombro de Simonne Cabiroche. De momento se acostaba con Simonne. Esta jovencita, que había recibido una esmerada educación, que tocaba el piano y hablaba inglés, era una rubia menuda, tan delicada, que parecía desmoronarse bajo el basto peso de Bordenave; sin embargo, sonreía sumisa. Estuvieron así algunos segundos, notando que hacían un buen cuadro.

—Debo de quererlos mucho —continuó él—. Confieso que he tenido miedo de aburrirme, y me he dicho: «Anda, ve allá». —Se interrumpió para soltar un reniego —: ¡Rayos!

Simonne había dado un paso demasiado rápido, lastimándole el pie. Bordenave la empujó, y ella, sin dejar su sonrisa, bajó su bonito rostro como un animal que teme ser apaleado, y lo sostenía con todas sus fuerzas de rubita carnosa. Por lo demás, en medio de las exclamaciones, todos se apresuraron. Nana y Rose Mignon arrastraron un sillón, en el que se derrumbó Bordenave, mientras las otras mujeres le ponían otro sillón bajo la pierna. Y todas las actrices que estaban allí le abrazaron y le besaron. Él gruñía y suspiraba.

—¡Rayos y rayos! En fin, el estómago está sólido; ya lo veréis.

Habían llegado otros convidados. No se podía dar un paso. Los ruidos de la cocina eran menores ahora, y se oía una discusión en el salón, donde gruñía el maestresala. Nana se impacientaba, no esperaba más invitados y se asombraba de que no sirvieran. Había enviado a Georges a preguntar qué sucedía, y se quedó más sorprendida al ver entrar más gente, hombres y mujeres, sin conocer a ninguno. Entonces, un poco molesta, interrogó a Bordenave, Mignon y a Labordette. Ellos tampoco los conocían. Cuando se dirigía al conde de Vandevres, éste se acordó y dijo que eran los jóvenes que había reclutado en casa del conde Muffat. Nana le dio las gracias. «Muy bien, muy bien...» Sólo que iban a estar muy apretados, y rogó a Labordette que fuera a encargar otros siete cubiertos. Apenas había salido cuando el criado introdujo a otras tres personas. No, esto ya era demasiado; no cabrían todos, seguro que no. Nana, que empezaba a enfadarse, decía con mucho empaque que aquello era excesivo. Pero al ver que aún llegaban otros dos, se echó a reír y lo encontró muy divertido. ¡Tanto peor! Se acomodaría como pudiesen. Todos estaban

de pie, a excepción de Gagá y Rose Mignon, que ocupaban los dos sillones que no acaparaba Bordenave. Las voces zumbaban, se hablaba bajo, conteniendo ligeros bostezos.

—Dime, hija mía —preguntó Bordenave—, ¿y si nos sentásemos a la mesa ahora mismo? Estamos ya todos, ¿verdad?

—Sí, sí, estamos ya todos —respondió ella riendo.

Paseó sus miradas y se puso seria, como asombrada por no encontrar allí a alguien. Sin duda faltaba un convidado del que no se hablaba. Era preciso esperar. Unos minutos más tarde, los invitados vieron entre ellos a un gran señor, de noble semblante y hermosa barba blanca. Y lo más sorprendente de todo fue que nadie lo vio entraño debió deslizarse en el saloncito por una puerta del dormitorio, todavía entreabierta. Reinó el silencio, circularon rumores... El conde de Vandevres sabía con seguridad quien era el señor, porque cambiaron un discreto apretón de manos, pero sólo respondió con una sonrisa a las preguntas de las señoras Caroline Héquet, a media voz, aseguraba que era un lord inglés que al día siguiente volvía a Londres para casarse; ella lo conocía muy bien, lo había disfrutado. Y esta historia corrió de boca en boca entre las mujeres, aunque María Blond pretendía reconocer en él a un embajador alemán que se acostaba frecuentemente con una de sus amigas. Entre los hombres se le juzgaba con frases breves. Un hombre que parecía serio. Tal vez era él quién pagaba la cena. Muy posible. Olía a pagano.

Bah, con tal que la cena fuese buena... En fin, se quedaron en la duda, y ya se olvidaban del anciano de la barba blanca cuando el maestresala abrió la puerta del salón.

—La señora está servida.

Nana había aceptado el brazo de Steiner, sin advertir, al parecer, un movimiento del anciano, que siguió detrás de ella completamente solo. Por otro lado, no podía organizarse el desfile. Hombres y mujeres entraron a la desbandada, bromeando con una bondad burguesa sobre la falta de ceremonia. Una gran mesa cruzaba el salón de un extremo a otro, y aún resultaba pequeña, porque los cubiertos se tocaban. Cuatro candelabros de diez velas iluminaban el servicio, sobre todo un chapeado, con dos guirnaldas de flores a derecha e izquierda. Un lujo de restaurante, porcelana de filetes dorados, sin numerar, cubiertos usados y desgastados por los años, copas dispares cuyo juego podía completarse en cualquier bazar. Aquello olía a estreno demasiado prematuro, en medio de una fortuna rápida y cuando nadie estaba en su sitio. Faltaban lámparas; los candelabros, cuyas bujías estaban demasiado altas y con poca mecha, daban una luz pálida y amarillenta por encima de las computeras, de los platos apilados y de las fuentes, donde las frutas, las yemas y los pasteles se alternaban simétricamente.

—Ya lo saben —dijo Nana—, que cada uno se siente donde pueda. Es más

divertido.

Ella permanecía en pie delante de la mesa. El anciano señor que nadie conocía se situó a su derecha mientras ella retenía a Steiner a su izquierda. Los convidados ya se sentaban cuando se oyeron groseras invectivas en el saloncito. Era Bordenave, de quien se habían olvidado y que pasaba sus apuros para levantarse de los dos sillones, aullando y llamando a la holgazana de Simonne, escapada con las demás. Las mujeres corrieron hacia él, compadecidas. Bordenave apareció, sostenido y llevado por Caroline, Clarisse, Tatan Néné y María Blond. Y fue un problema instalarle.

—En medio de la mesa, frente a Nana —gritaron—, Bordenave en el centro. ¡Que nos presida!

Entonces aquellas señoras lo sentaron en el centro. Pero hizo falta una segunda silla para su pierna. Dos mujeres le levantaron la pierna y la estiraron delicadamente. Aquello no era nada, comería de lado.

—¡Diablos! —gruñía—. Parece que estoy en un tiesto. Ah, gatitas mías, papá se encomienda a vuestros cuidados.

Rose Mignon se colocó a su derecha y Lucy Stewart a su izquierda. Prometieron cuidarle. Ahora callaba todo el mundo. El conde de Vandevres se situó entre Lucy y Clarisse; Fauchery entre Rose Mignon y Caroline Héquet. Por el otro lado, Héctor de la Faloise se apresuró a colocarse junto a Gagá, a pesar de las llamadas de Clarisse, situada enfrente, mientras que la Mignon, que no abandonaba a Steiner, no se separaba de él más que por Blanche, y tenía a su izquierda a Tatan Néné. Luego seguía Labordette. En fin, en los dos extremos estaban las jóvenes, Simonne, Léa de Hom, María Blond, sin orden, amontonadas. Allí era donde Dagenet y Georges simpatizaron más cada vez al ver a Nana sonriendo.

No obstante, como dos personas se quedaron de pie, se bromeó a su costa. Los hombres ofrecían sus rodillas. Clarisse, que no podía mover ni el codo, le decía a Vandevres que contaba con él para comer. También Bordenave permanecía en su sitio con sus sillas. Hubo un último esfuerzo y todo el mundo pudo sentarse, pero gritó Mignon que estaban como sardinas en barril.

—Puré de espárragos a la condesa, consomé a la Deslignac —murmuraban los camareros paseando platos servidos por detrás de los convidados.

Bordenave aconsejaba el consomé a todo el mundo, cuando se oyó un grito.

Se protestaba y se enfadaban. La puerta acababa de abrirse y tres retrasados, una mujer y dos hombres, penetraron. ¡Ah, no! ¡Aquello ya era demasiado! Nana, sin embargo, abrió los párpados, sin moverse de su silla, para ver si los conocía. La mujer era Louise Violaine, pero nunca había visto a los hombres.

—Querida —dijo Vandevres—, el señor es un oficial de marina amigo mío, el señor de Fourcamont, a quien he invitado.

Fourcamont saludó muy complacido, añadiendo:

—Y yo me he permitido traer a uno de mis amigos.

—¡Ah, perfecto, perfecto! —exclamó Nana—. Siéntense. A ver, Clarisse, retrocede un poco. Están demasiado anchos por ahí. Con buena voluntad...

Aún se estrecharon más; Fourcamont y Louise obtuvieron para ellos una esquina de la mesa, pero el amigo tuvo que quedarse lejos, a distancia de su cubierto, y comía alargando los brazos por entre los hombros de sus vecinos. Los camareros retiraron los platos de la sopa y circularon salchichas aplastadas de gazapo trufado y *niokis* a la parmesana. Bordenave alborotó a toda la mesa diciendo que estuvo a punto de traer a Prulliere, a Fontan y al viejo Bosc.

Nana se puso muy digna; dijo secamente que los habría recibido como merecían. Si hubiese querido tener a sus camaradas, ella misma se habría encargado de invitarlos. No, no; nada de cómicos. El viejo Bosc siempre estaba borracho, Prulliere tragaba demasiado, y en cuanto a Fontan, se volvía insoportable en sociedad con sus gritos y sus necesidades. Además, se sabe que los cómicos siempre quedan desplazados cuando se encuentran entre caballeros.

—Sí, sí, es cierto —declaró Mignon.

Alrededor de la mesa, aquellos caballeros de frac y corbata blanca estaban muy elegantes, y sus rostros pálidos mostraban una distinción que la fatiga aún acentuaba más. El anciano señor tenía gestos lentos, una sonrisa delicada, como si presidiese un congreso de diputados. Vandevres parecía encontrarse en casa de la condesa Muffat, con una exquisita cortesía para con sus vecinos. Aquella misma mañana Nana aún le decía a su tía que en cuestión de hombres, no podía tenerlos mejores; todos nobles o todos ricos; en fin, hombres distinguidos. Y en cuanto a las mujeres, se comportaban muy bien. Algunas, Blanche, Léa y Louise habían venido escotadas, y sólo Gagá mostraba un poco de más, sobre todo cuando por su edad hubiese sido mejor enseñar menos. Cuando cada uno se acomodó, las risas y las bromas cesaron. Georges pensaba que había asistido a cenas más divertidas en casa de los burgueses de Orleáns. Apenas se hablaba, los hombres que no se conocían, se miraban, y las mujeres permanecían tranquilas, y esto sobre todo admiraba a Georges.

Los encontraba muy circunspectos, cuando creía que todo el mundo se abrazaría inmediatamente.

Se servía el segundo plato, una carpa del Rin a la Chambord y una guarnición de corzo a la inglesa, cuando Blanche dijo en voz alta:

—Querida Lucy, el domingo encontré a su Ollivier. ¡Cómo ha crecido!

—Claro; ya tiene dieciocho años —respondió Lucy—. Eso no me rejuvenece mucho. Ayer se volvió a su escuela.

Su hijo Ollivier, del que hablaba con orgullo, era alumno de la escuela de marina. Entonces se habló de los niños. Todas las señoras se enternecieron.

Nana se refirió a lo que era su mayor alegría: el pequeño Louis, que estaba en

casa de su tía, que se lo llevaba todas las mañanas a las once, y ella lo metía en su cama, y jugaba con «Lulú», su pequinés. Era morir de risa ver a los dos meterse por debajo de la colcha hasta los pies. No podían imaginarse lo pillín que era Louiset.

—Ayer pasé un día... —contó a su vez Rose Mignon—. Figúrense que fui a buscar a Charles y a Henri a su pensionado, y tuve que llevarlos al teatro por la tarde. Saltaban y palmoteaban con sus manitas: «¡Veremos actuar a mamá! ¡Veremos actuar a mamá!». ¡Oh, un alboroto! un verdadero alboroto.

Mignon sonreía complacido, sus ojos húmedos de ternura paternal.

—Y durante la representación —prosiguió él— estaban tan graciosos con su seriedad de hombrecitos, comiéndose a Rose con la mirada, preguntándome por qué mamá tenía las piernas desnudas...

Todos se echaron a reír. Mignon triunfaba, halagado en su orgullo de padre. Adoraba a sus pequeños, y sólo le inquietaba una cosa: aumentar su fortuna como administrador, con una rigidez de intendente fiel, del dinero que ganaba Rose en el teatro y en otros sitios. Cuando se casó con ella, era jefe de orquesta en el café-concierto donde ella cantaba; entonces se amaban apasionadamente. Ahora eran buenos amigos. Todo se arregló entre ellos: ella trabajaba todo lo que podía, con su talento y su belleza; él abandonó su violín para cuidarse mejor de sus éxitos de artista y de mujer. No se habría encontrado un matrimonio más burgués ni más unido.

—¿Qué edad tiene el primogénito? —preguntó Vandeuves.

—Henri tiene nueve años. Pero es ya un muchacho.

Luego le gastó bromas a Steiner, que no quería a los niños, y le decía con tranquila audacia que si fuese padre derrocharía menos neciamente su fortuna. Mientras hablaba, espiaba al banquero por encima de los hombros de Blanche, para ver si se entendía con Nana. Pero desde hacía unos minutos Rose y Fauchery, que hablaban muy juntos, le irritaban. Sin duda que Rose no iría a perder su tiempo con semejante necio. En esos casos, siempre se metía de por medio. Y con sus cuidadas manos, con un diamante en el meñique, se llevó un filete de corzo a la boca.

Por otro lado, la conversación sobre los niños continuaba. Héctor de la Faloise, turbado por la vecindad de Gagá, le preguntaba acerca de su hija, a quien había tenido el placer de ver con ella en el Varietés. Lili se portaba bien, pero aún era muy jovencita. Se quedó sorprendido al saber que Lili iba a cumplir diecinueve años. Gagá le pareció más imponente. Y como tratase de averiguar por qué no había llevado a Lili, ella respondió frunciendo el ceño:

—¡Oh, no, no! Nunca. No hace ni tres meses que quiso salir del pensionado... Yo pensaba casarla en seguida, pero ella me quiere tanto, que tuve que traérmela. Y muy a mi pesar.

Sus párpados azulados, de pestañas quemadas, parpadeaban mientras hablaba del acomodo de su hija. Si a sus años no había conseguido ahorrar nada,

trabajando siempre y teniendo aún a hombres, sobre todo a jovencitos de los que podría ser su abuela, era que verdaderamente el matrimonio valía más. Se inclinó sobre Héctor, quien se sonrojó bajo el hombro desnudo y blanqueado con que ella lo aplastaba.

—Sabe usted —murmuró—, si ella pasa por donde no debe, no será culpa mía. Pero se bromea tanto cuando se es joven...

Había mucho movimiento alrededor de la mesa. Los camareros se apresuraban. Después de lo servido, aún aparecían otros platos: pollo a la mariscala, filetes de lenguado en salsa verde y escalopes. El maestresala que hasta entonces mandó escanciar vino de Meursault, ofreció Chambertin y Léoville. Durante el ligero desbarajuste del cambio de servicio, Georges, cada vez más asombrado, preguntó a Daguinet si todas aquellas señoras tenían hijos, y éste, divertido con la pregunta, se puso a darle detalles.

Lucy Stewart era hija de un engrasador de origen inglés, empleado en la estación del Norte; treinta y nueve años, una cabeza de caballo, pero encantadora, tísica y sin morir nunca; la más elegante de aquellas señoras, tres príncipes y un duque.

Caroline Héquet, nacida en Burdeos de un empleadillo muerto de vergüenza, tenía la buena suerte de contar con una madre que era una mujer con cabeza, quien después de haberla maldecido, había vuelto con ella al cabo de un año de reflexión, tratando de salvarle una fortuna; la muchacha, de veinticinco años de edad y muy fina, pasaba por una de las mujeres más bellas que se podían tener a un precio invariable; la madre, muy ordenada, llevaba los libros, una contabilidad severa de ingresos y gastos, y regía la casa donde vivían, dos pisos más arriba de donde había instalado un taller de costura y lencería.

En cuanto a Blanche de Sivry, cuyo verdadero nombre era Jacqueline Baudu, procedía de un pueblo cercano a Amiens; magnífica persona, necia y embustera; se decía hija de un general y no confesaba más que treinta y dos años; muy apreciada por los rusos a causa de su gordura.

Después Daguinet añadió un breve informe sobre las demás: Clarisse Besnus, recogida como doncella de Saint-Aubin-sur-Mer por una señora cuyo marido la había lanzado; Simonne Cabiroche, hija de un comerciante de muebles del arrabal de Saint-Antoine, educada en un gran pensionado para ser institutriz, y María Blond, y Louise Violaine, y Léa de Hom, todas crecidas en el arroyo Parisiense, sin contar Tatan Néné, que había cuidado vacas hasta los veinte años en Champagne. Georges escuchaba mirando a aquellas mujeres, aturdido y excitado por aquel desembalaje brutal, soltado tan crudamente a su oído; mientras, detrás de él, los camareros repetían con voz respetuosa:

—Pollo a la mariscala... Filetes de lenguado en salsa verde.

—Querido —dijo Daguinet, que le imponía su experiencia— no tome ese

pescado, que ya no vale nada a estas horas. Y confórmese con el Léoville; es menos traidor.

Un pesado calor se elevaba de los candelabros, de los platos paseados y de toda la mesa, donde treinta y ocho personas se asfixiaban, y los camareros, distraídos, corrían sobre la alfombra y la manchaban de grasa. Sin embargo, la cena no se animaba casi. Aquellas señoras no hacían más que picotear, dejando la mitad de la comida. Sólo Tatan Néné comía de todo, vorazmente. A una hora tan avanzada de la noche, allí no había más que hambres nerviosas y caprichos de estómagos desordenados. Junto a Nana, el anciano señor rechazaba todos los platos que le presentaban; sólo había tomado una cucharada de la sopa, y callado ante su plato, observaba.

Se bostezaba discretamente. De vez en cuando se cerraban algunos párpados y algunos rostros se volvían terrosos; era un aburrimiento, como siempre, según la expresión de Vandevres. Aquellas cenas, para ser divertidas, no tenían que desarrollarse con miramientos. De otro modo, si se hacían los virtuosos, con buenos modales, era lo mismo que comer con gentes honestas, siendo imposible aburrirse más. Sin Bordenave, que aullaba incansable, se habrían dormido todos. Aquel animal de Bordenave, con la pierna bien estirada, se dejaba servir con aire de sultán por sus vecinas, Lucy y Rose, las cuales sólo se ocupaban de él, cuidándole, mimándole, vigilando su copa y su plato, lo que no impedía que siguiera quejándose.

—¿Cuál es la que cortará mi carne? Yo no puedo con la mesa a una legua.

Simonne se levantaba a cada momento, se quedaba de pie detrás de él, para cortar su carne y su pan. Todas las mujeres se interesaban en lo que comía. Llamaban a los camareros y lo atracaban hasta ahogarle. Habiéndole limpiado la boca Simonne, mientras Rose y Lucy le cambiaban el cubierto, lo encontró muy gracioso, y al fin se decidió a mostrarse contento:

—Así se hace. Estás en tu papel, pequeña. La mujer no fue hecha más que para esto.

Se animaron un poco y la conversación se generalizó. Se acababan los sorbetes de mandarina. El asado caliente era un filete trufado, y el asado frío una gelatina de pintada. Nana, enfadada por la falta de expansión de sus convidados, se puso a hablar en voz alta:

—¿Saben que el príncipe de Escocia ha mandado que se le reserve un palco de proscenio para ver La Venus Rubia, cuando venga a visitar la Exposición?

—Confío en que todos los príncipes pasarán por allá —declaró Bordenave con la boca llena.

—El domingo se espera al sha de Persia —dijo Lucy Stewart.

Entonces Rose Mignon habló de los diamantes del sha.

—Lleva una túnica cubierta de piedras, una maravilla, un astro flotante que

representa millones.

Y aquellas señoras, pálidas, con ojos brillando de codicia, alargaron sus cuellos, citando a los otros reyes y a los otros emperadores que se esperaban. Todas soñaban con algún capricho real, con una noche pagada con una fortuna.

—Decidme, querido —preguntó Caroline Héquet inclinándose hacia Vandeuves—, ¿qué edad tiene el emperador de Rusia?

—Bah, no tiene edad —respondió el conde riéndose—. Pero no hay nada que hacer, se lo advierto.

Nana fingió sentirse molesta. La palabra parecía muy dura y se protestó con un murmullo. Pero Blanche daba detalles acerca del rey de Italia, a quien había visto una vez en Milán; no era muy guapo, lo cual no le impedía tener a todas las mujeres, y se enfadó cuando Fauchery aseguró que Víctor Manuel no vendría a París. Louise Violaine y Léa se inclinaron por el emperador de Austria. De pronto se oyó a la pequeña María Blond que decía:

—¡Vaya un vejete el tal rey de Prusia! Yo estaba en Baden el año pasado, y se le veía siempre con el conde de Bismarck.

—¿Bismarck? —interrumpió Simonne—. Yo lo conocí. Un hombre encantador.

—Eso es lo que yo decía ayer —exclamó Vandeuves— y no querían creerme.

Y lo mismo que en casa de la condesa Sabine, se ocuparon largamente del conde de Bismarck. Vandeuves repetía las mismas frases. Por un instante, parecía estar de nuevo en el salón de los Muffat; sólo las señoras habían cambiado. Precisamente se pasó al tema de la música. Luego, habiendo dejado escapar Fourcamont una palabra acerca de la toma de hábitos de que hablaba todo París, Nana, interesada, quiso saber detalles sobre la señorita de Fougeray. ¡Oh, pobrecita, enterrarse así en vida! Pero cuando la vocación llama... Alrededor de la mesa todas las señoras estaban muy conmovidas. Y Georges, fastidiado por oír estas cosas por segunda vez, interrogaba a Daguinet sobre las costumbres íntimas de Nana, mientras la conversación recaía fatalmente en el conde de Bismarck. Tatan Néné se inclinó al oído de Labordette para preguntarle quién era aquel Bismarck, que ella no conocía.

Entonces Labordette le contó con mucha delicadeza unas historias monstruosas: aquel Bismarck se comía la carne cruda, cuando se encontraba con una mujer cerca de su madriguera se la llevaba a hombros, y con ese procedimiento tenía ya treinta y dos hijos a los cuarenta años.

—¡A los cuarenta años, treinta y dos hijos! —exclamó Tatan Néné, estupefacta y convencida—. ¡Estará muy fatigado para su edad!

Todos se echaron a reír, y comprendió que se burlaban de ella.

—¡Eres un necio! ¿Acaso sé yo si estás bromeando?

Mientras tanto Gagá continuaba con la Exposición. Al igual que todas aquellas señoras, se regocijaba y se preparaba. Una buena temporada, con todos los

provincianos y los extranjeros callejeando por París. En fin, tal vez después de la Exposición, si los asuntos habían ido bien, podría retirarse a Juvisy, en una casita que vio mucho tiempo atrás.

—¿Qué quiere? —decía a Héctor—. No se consigue nada. Si aunque la amasen a una...

Gagá se enternecía porque había sentido la rodilla del joven pegada a la suya. Héctor se puso granate. Ella, ceceando, lo medía de una ojeada. Un señorito no muy pesado, pero Gagá tampoco era difícil. Héctor de la Faloise consiguió su dirección.

—Mirad —murmuró Vandevres a Clarisse—, me parece que Gagá se lleva a vuestro Héctor.

—Poco me importa —respondió la actriz—. Ese muchacho es idiota. Ya lo he echado tres veces. Cuando a esos mocosos les da por las viejas, me asquean.

Y se interrumpió para señalar con un sobrio ademán a Blanche, quien desde el principio de la cena permanecía inclinada en una posición muy incómoda pavoneándose y queriendo enseñar sus hombros al anciano señor, sentado tres sillas más allá.

—También le dejan, querido —replicó ella.

Vandevres sonrió finamente, con un gesto de indiferencia. Ciertamente, no sería él quien impidiese a la pobre Blanche conseguir una conquista. El espectáculo que daba Steiner a toda la mesa era más interesante. Se conocía al banquero por sus enamoramientos, pues este terrible judío alemán, este manejador de asuntos en cuyas manos se fundían los millones, era un imbécil cuando tropezaba con una mujer, y las quería todas, no pudiendo aparecer una en el teatro sin que la comprase, por cara que fuese. Se daban cifras. Dos veces le había arruinado su furioso apetito de muchachas. Como decía Vandevres, las muchachas vengaban la moral vaciando sus arcas. Una gran operación sobre las Salinas de las Landas le había devuelto su poderío en la Bolsa; los Mignon, desde hacía seis meses, mordían fuertemente en las Salinas. Pero ya se apostaba abiertamente que no serían los Mignon quienes se quedarían con todo el jamón, porque Nana enseñaba sus blancos dientes.

Una vez más Steiner estaba cogido, y tan fuertemente que, al lado de Nana, parecía como adormecido, comiendo sin apetito, el labio colgante y el rostro salpicado de manchas. Ella no tenía más que nombrar una cantidad. Sin embargo, no se apresuraba; jugaba con él, le soltaba su risa al oído y se divertía con los estremecimientos que pasaban por su ancho rostro. Siempre habría ocasión de sujetar aquello si el grosero y maleducado conde Muffat hacía decididamente de casto José.

—¿Léoville o Chambertin? —murmuró un camarero asomando la cabeza entre Nana y Steiner, en el momento en que éste le hablaba a ella en voz baja.

—¿Eh? ¿Qué? —balbuceó desconcertado—. Lo que usted quiera; me da lo mismo.

Vandevres empujaba ligeramente con el codo a Lucy Stewart, una lengua malévola, un espíritu feroz cuando se lanzaba. Mignon, aquella noche, la exasperaba.

—Ya sabe que aguantará la vela —decía ella al conde—. Confía en que se repita el lance del pequeño Jonquier. Ya se acordará de Jonquier, aquel que estaba con Rose y se encaprichó con la gran Laure. Mignon se la proporcionó y luego se lo llevó del brazo a casa de Rose, como un marido al que se le acabara de permitir una juegucita... Pero esta vez le saldrá el tiro por la culata. Nana no devuelve los hombres que le prestan.

—¿Qué diablos tendrá Mignon que mira tan severamente a su mujer? —preguntó Vandevres.

Se inclinó y vio que Rose se enternecía al lado de Fauchery. Esto le explicó la cólera de su vecina, y exclamó riendo:

—¡Diablos! ¿Acaso está celosa?

—¿Celosa? —replicó enfurecida Lucy—. Pues si Rose tiene ganas de León, se lo daré muy gustosa. ¡Para lo que vale! Un ramo a la semana, y según. Fíjese, querido: estas mujeres de teatro son todas iguales. Rose ha llorado de rabia leyendo el artículo de León sobre Nana; lo sé. Entonces, como comprenderá, también necesita un artículo, y se lo conquista. Yo voy a mandar a paseo a León; ya lo verá.

Se detuvo para decir al camarero que estaba de pie detrás de ella con las dos botellas:

—Léoville.

Después prosiguió, bajando la voz:

—No voy a gritar ese no es mi estilo... Pero no deja de ser una canallada. Si estuviese en el puesto de su marido, le pegaría una paliza... Esto no la hará feliz. No conoce a mi Fauchery, un cerdo que se pega a las mujeres para crearse una posición. ¡Bonita gente!

Vandevres trató de calmarla. Bordenave, abandonado por Rose y por Lucy, se enfadaba y gritaba que dejaban morir a papá de hambre y de sed.

Esto produjo mucho regocijo. La cena languidecía, nadie comía ya. Se estropeaban en los platos las setas a la italiana y las empanadas de ananás Pompadour. Pero el champaña que se bebía desde el consomé animaba poco a poco a los convidados con una embriaguez nerviosa. Se acabó por guardar menos compostura; las mujeres se acodaron frente a los abandonados cubiertos, los hombres, para respirar, retiraron hacia atrás sus sillas, y los fracs negros se hundieron entre los corpiños claros, y los hombros desnudos adquirieron un matiz de seda.

Hacía demasiado calor, y la claridad de las velas, que aún amarilleaban, se espesaba por encima de la mesa. Por instantes, cuando una nuca dorada se inclinaba bajo una lluvia de rizos, el brillo de un collar de diamantes relucía en lo alto de un moño. Las alegrías lanzaban fuego, los ojos reían, los dientes blancos se entreveían y

el reflejo de los candelabros ardía en las copas de champaña. Se bromeaba muy alto, se gesticulaba en medio de preguntas que quedaban sin respuesta, y se hacían llamadas de un extremo a otro del salón. Pero eran los camareros quienes hacían más ruido, creyéndose en los pasillos de su restaurante, empujándose y sirviendo los postres y los helados con exclamaciones chillonas.

—Pequeñas mías —gritó Bordenave—, no sé si sabréis que mañana hay función. ¡Cuidado con el champaña!

—A mí —decía Fourcamont—, que he bebido todos los vinos imaginables en las cinco partes del mundo... ¡Oh, líquidos extraordinarios, alcoholes para matar a un hombre de golpe...! Pues eso, a mí, nada. No puedo embriagarme. Lo he intentado, pero no puedo.

Estaba muy pálido, muy frío, recostado contra el respaldo de su silla y sin dejar de beber.

—No importa —murmuró Louise Violaine—. Acaba, que ya tienes bastante... Sería bonito que me pasase el resto de la noche cuidándote.

La embriaguez ponía en las mejillas de Lucy Stewart las llamas rojas de los tísicos, mientras Rose Mignon se ponía tierna y se le humedecían los ojos. Tatan Néné, aturdida por haber comido tanto, reía tontamente en su necedad. Las demás, Blanche, Caroline, Simonne y María hablaban todas a la vez y se contaban sus cosas: una discusión con su cochero, un proyecto de salida al campo, historietas complicadas de amantes robados y devueltos. A todo esto, un joven, vecino de Georges, quiso besar a Léa de Horn y recibió una bofetada con un: «¡Ea, dejadme tranquila!». Muy indignado, y Georges, muy bebido, muy excitado por la vista de Nana, vaciló ante una idea que maduraba seriamente: la de ponerse de cuatro patas, bajo la mesa, e ir a colocarse a sus pies como si fuese un perrillo. Nadie le habría visto y estaría muy a gusto.

Luego, tras el ruego de Léa a Daguinet para que dijese al joven inoportuno que se estuviese quieto, Georges se puso de repente muy triste, como si le hubiesen reñido a él; aquello era una necedad, un aburrimiento sin nada que valiese la pena.

Daguinet, no obstante, bromeaba y le obligaba a beberse un gran vaso de agua a la vez que le preguntaba qué haría si se encontrase solo con una mujer, cuando tres copas de champaña bastaban para tumbarle.

—Vean —repuso Fourcamont—, en La Habana hacen un aguardiente con una baya salvaje, y parece que se bebe fuego. Pues bien, una tarde bebí más de un litro y no me hizo nada. Más fuerte que eso; otro día, en las costas de Coromandel, los salvajes nos dieron no sé qué mezcla de pimienta y vitriolo; tampoco me hizo efecto. No puedo emborracharme.

Desde hacía un rato el rostro de Héctor de la Faloise, frente a él, le disgustaba. Gruñía y soltaba palabras desagradables. Héctor, cuya cabeza se volvía y movía

mucho, se arrimaba a Gagá, pero una inquietud acabó con su agitación: le habían cogido el pañuelo, y lo reclamaba con la cabezonería de la embriaguez, interrogando a sus vecinos, y agachándose para mirar bajo las sillas y a los pies. Y como Gagá tratase de tranquilizarle, murmuró:

—Eso es estúpido; en una esquina tiene mis iniciales y mi corona. Eso podría comprometerme.

—Dígame, señor Falamoise, Lamafoise, Mafaloise —gritó Fourcamont, que hallaba muy divertido desfigurar hasta el infinito el nombre del joven.

Pero Héctor de la Faloise se enfadó. Habló de sus antepasados, balbuceando. Amenazó con arrojar una botella a la cabeza de Fourcamont. El conde de Vandevres tuvo que intervenir para asegurar que Fourcamont era un bromista. Todo el mundo se reía. Esto conmovió al aturdido joven, que en seguida quiso volver a sentarse, y comía con una obediencia de chiquillo cuando su primo le ordenaba a gritos que comiese. Gagá volvió a cogerlo para sí; sólo que de vez en cuando él echaba sobre los convidados miradas disimuladas y ansiosas, sin dejar de buscar su pañuelo.

Entonces Fourcamont, que estaba en vena, atacó a Labordette a través de la mesa. Louise Violaine trataba de que callase, pues, según decía ella, cuando se metía con los demás, siempre acababa mal para ella. Fourcamont había encontrado una broma que consistía en llamar a Labordette «señora» y debía divertirse mucho porque lo repetía mientras Labordette, tranquilamente, se encogía de hombros, diciendo cada vez:

—Cállese, querido; no sea necio.

Pero como Fourcamont proseguía y llegaba a los insultos, sin que se supiese por qué, dejó de responderle y se dirigió al conde de Vandevres:

—Señor, haga callar a su amigo... No quisiera enfadarme.

Dos veces se había batido. Se le saludaba y se le admitía en todas partes.

Hubo una sublevación general contra Fourcamont. Toda la mesa se alegraba, encontrándolo muy ingenioso, pero aquello no era motivo para estropear la noche. Vandevres, cuyo rostro al fin se puso cobrizo, exigió que devolviese su sexo a Labordette. Los otros hombres, Mignon, Steiner, Bordenave, muy excitados, intervinieron también, gritando y apagando su voz. Y únicamente el anciano señor olvidado junto a Nana conservaba su aire respetable, su sonrisa cansada y muda, mientras seguía con sus pálidos ojos aquella zarabanda de los postres.

—Gatita mía, ¿y si tomásemos aquí el café? —dijo Bordenave—. Se está muy bien.

Nana no respondió inmediatamente. Desde que empezó la cena no parecía encontrarse en su casa. Todo el mundo la había ahogado y aturdido, llamando a los camareros, hablando alto, poniéndose a su gusto, como si estuviesen en un restaurante. Ella misma olvidaba su papel de anfitriona y no se ocupaba más que del

gordo Steiner, que reventaba de apoplejía a su lado. Le escuchaba y aún negaba con la cabeza y con su risa provocadora de rubia carnosa. El champaña bebido se le veía en las mejillas, en la boca húmeda y en los ojos chispeantes, y el banquero ofrecía más a cada movimiento coquetón de sus hombros y a cada ligera ondulación voluptuosa de su cuello cuando ella miraba a otro lado. Él veía allí, junto al oído, un rinconcito delicado, un raso que le volvía loco.

En algún momento Nana, molesta, se acordaba de sus invitados y trataba de ser amable para demostrarles que sabía recibir. Hacia el final de la cena, estaba muy bebida, y esto la desolaba; el champaña embriagaba en seguida. Entonces la desesperó una idea.

Era una cochinateda lo que querían hacerle aquellas señoras comportándose mal en su casa. ¡Oh, lo veía claro! Lucy había guiñado el ojo para animar a Fourcamont contra Labordette, mientras Rose, Caroline y las otras excitaban a aquellos señores. Ahora todo estribaba en no entenderse, para decir que se permitía todo en las cenas de Nana. ¡Pues iban a ver! Por más embriagada que estuviese, todavía era la más elegante y la más decente.

—Gatita mía —repitió Bordenave—, di que sirvan el café aquí. Lo prefiero, debido a mi pierna.

Pero Nana se había levantado bruscamente, murmurando al oído de Steiner y del anciano señor, quienes se quedaron estupefactos:

—Me está bien empleado. Esto me enseñará a no invitar a gente marrana.

Después señaló con la mano la puerta del comedor, y dijo en voz alta:

—Ya lo saben: si quieren café, allí lo hay.

Dejaron la mesa y se empujaron hacia el comedor sin notar la cólera de Nana. Y en seguida no quedó en el salón más que Bordenave, apoyándose en las paredes, avanzando con precaución, y echando pestes contra aquellas condenadas mujeres que se mofaban de papá ahora que estaban llenas.

Los camareros levantaron el servicio obedeciendo las órdenes del maestra sala. Se precipitaron, se atropellaron e hicieron desaparecer la mesa, como un decorado de magia al silbido del jefe de los tramoyistas. Aquellas señoras y aquellos caballeros tenían que regresar al salón una vez hubiesen tomado el café.

—Caramba, aquí hace menos calor —dijo Gagá estremeciéndose ligeramente al entrar en el comedor.

La ventana de aquella pieza había permanecido abierta. Dos lámparas iluminaban la mesa, en donde estaba servido el café y había los licores. Sin sillas, se bebió el café en pie mientras el jaleo de los camareros aumentaba en el salón.

Nana había desaparecido, pero nadie se inquietaba por su ausencia. Lo pasaban perfectamente sin ella, y cada uno se servía, buscando en los cajones del aparador las cucharillas que faltaban. Se habían formado varios grupos; las personas separadas

durante la cena se reunieron, y se cambiaron miradas, risas significativas y palabras que resumían las situaciones.

—¿No es cierto, Auguste —dijo Rose Mignon—, que el señor Fauchery debería venir a almorzar uno de estos días?

Mignon, que jugueteaba con la cadena de su reloj, envolvió durante un segundo al periodista con su severa mirada. Rose estaba loca. Como buen administrador pondría orden a tanto desbarajuste. Por un artículo, sea, pero en seguida puerta cerrada. No obstante, como sabía el poco juicio de su esposa, y como tenía por norma permitirle paternalmente una tontería cuando era necesario, respondió, amable:

—Claro que sí; estaré muy encantado. Venga mañana, señor Fauchery.

Lucy Stewart, que charlaba con Steiner y Blanche, escuchó aquella invitación. Alzando la voz, dijo al banquero:

—Es la rabia que tienen todas. Hay una que hasta me robó mi perro... Veamos, querido, ¿acaso es culpa mía si usted la abandona?

Rose volvió la cabeza. Bebía su café a sorbitos mientras miraba a Steiner fijamente, muy pálida, y toda la cólera contenida en su abandono apareció en sus ojos como una llama. Ella veía más que Mignon; era una majadería pretender un asunto como el de Jonquier, pues tales maquinaciones no resultaban dos veces. Tanto peor. Tendría a Fauchery, del que se encaprichó en la cena, y si Mignon no estaba satisfecho, esto le enseñaría para otra vez.

—¿No irán a batirse? —le dijo Vandevres a Lucy Stewart.

—No, no tenga miedo. Pero que esté tranquila o saco los trapitos al sol.

Y llamando a Fauchery con gesto imperioso, dijo:

—Querido, tengo tus zapatillas en casa. Haré que se las lleven mañana a tu portero.

Él quiso bromear, pero ella se alejó con aires de reina. Clarisse, que se apoyaba en una pared con el deseo de beber tranquilamente un vaso de kirsch, se encogió de hombros. ¡Bonitos desplantes para un hombre! ¿Acaso, desde el momento en que dos mujeres se encontraban reunidas con sus amantes, la primera idea no era la de quitárselos? Eso era lo reglamentado. Ella, por ejemplo, si hubiese querido, habría arrancado los ojos a Gagá por culpa de Héctor. ¡Ah, sí! Le tenía sin cuidado. Luego, cuando Héctor cruzó ante ella, se limitó a decirle:

—Vaya, si que te gustan mayorcitas. Ya no son maduras, sino pasadas las que necesitas.

Héctor pareció muy humillado. Estaba inquieto. Al ver que Clarisse se burlaba de él, tuvo sospechas.

—Nada de bromas —murmuró—. Tú me cogiste el pañuelo; devuélvemelo.

—Va a fastidiarnos con su pañuelo —exclamó ella—. A ver, idiota, ¿por qué habría de cogértelo?

—Pues —dijo él con desconfianza— para enviárselo a mi familia y comprometerme.

Mientras, Fourcamont no paraba de beber y seguía riendo socarronamente mirando a Labordette, que tomaba café con las señoras y soltaba frases sin acabar de concretar lo que quería decir. Para unos, hijo de un tratante de ganado, y otros decían que era el bastardo de una condesa; nada claro, pero siempre con veinticinco luises en el bolsillo; el criado de las mujeres, un bribón que no se acostaba nunca...

—¡Jamás, jamás! —exclamaba irritado—. No, ya lo veis; tengo que abofetearle.

Vació un vasito de Chartreuse. El Chartreuse no le hacía el menor daño. «Ni tanto así» decía, y hacía chascar la uña de su pulgar en el borde de los dientes. Pero de pronto, en el momento en que avanzaba hacia Labordette, palideció y se derrumbó ante el aparador como un fardo. Estaba borracho como una cuba.

Louise Violaine se quedó desolada. Ya decía ella que aquello acabaría mal; tendría que pasar el resto de la noche cuidándole. Gagá la tranquilizó examinando al oficial con ojo de mujer experimentada; dijo que no era nada y que el curda dormiría doce o quince horas seguidas. Se llevaron a Fourcamont.

—A ver ¿dónde está Nana? —preguntó Vandevvres.

Justo, Nana había desaparecido al levantarse de la mesa. Ahora se acordaban de ella y todos la reclamaban. Steiner, inquieto desde hacía un momento, preguntó a Vandevvres por el anciano aquél, que también había desaparecido. Pero el conde le tranquilizó, pues acababa de acompañar al viejo a la salida, un extranjero, del que era inútil decir el nombre, un sujeto muy rico que se contentaba con pagar las cenas.

Luego, cuando se olvidaban nuevamente de Nana, Vandevvres descubrió a Daguenet, que asomaba la cabeza por una puerta y lo llamaba con un ademán. Y en el dormitorio encontró a la dueña de la casa sentada, rígida, los labios blancos, mientras Daguenet y Georges, de pie, la contemplaban con gesto consternado.

—¿Qué tiene? —preguntó sorprendido el conde.

Ella no respondió, ni siquiera volvió la cabeza. Él repitió su pregunta.

—¡Pues tengo —gritó ella—, que no quiero que se burlen de mí en mi casa!

Entonces soltó mil pestes. Sí, sí, ella no era una imbécil y lo veía claro. Se habían burlado de ella durante la cena, diciendo barbaridades para demostrar que la despreciaban. ¡Un hatajo de marranas que no le llegaban a la suela de los zapatos! Y se había desvivido por agasajarles, para que la despedazasen inmediatamente. Aún no sabía qué la retenía y no ponía a toda aquella gentuza de patitas en la calle. Y, ahogándola la ira, la voz se le rompió en sollozos.

—Vamos, pequeña; estás borracha —dijo Vandevvres tuteándola—. Tienes que ser razonable.

Contestó que no quería y que se quedaría allí.

—Es posible que esté borracha, pero quiero que me respeten.

Desde hacía un cuarto de hora, Daguinet y Georges le suplicaban inútilmente que volviese al comedor. Ella, terca, decía que sus invitados podían hacer lo que quisieran, que los despreciaba tanto que no volvería a su lado. ¡Nunca, nunca! Aunque la hicieran pedazos, se quedaría en su habitación.

—Debí suponérmelo —prosiguió—. Es ese camello de Rose quien tramó el complot. Ahora estoy en que Rose impidió que viniese esa señora decente a quien esperaba esta noche.

Hablaba de la señora Robert. Vandeuvres le dio su palabra de honor de que la señora Robert se negó por sí misma. Escuchaba y discutía sin reír, acostumbrado a aquellas escenas, sabiendo cómo debía tratarse a las mujeres que se encontraban en semejante estado. Pero cuando trataba de cogerla de las manos para levantarla de la silla y llevársela, ella se revolvió con mayor cólera. Nadie la convencería, por ejemplo, de que Fauchery no había impedido que el conde Muffat viniese. Ese Fauchery era una verdadera serpiente, un envidioso, un hombre capaz de encarnizarse con una mujer y destruir su felicidad. Porque al fin lo sabía: el conde estaba encaprichado con ella. Ella hubiera podido tenerlo.

—¿Él, querida? ¡Jamás! —exclamó Vandeuvres, olvidando su aplomo y riendo.

—¿Por qué no? —preguntó ella, algo más despejada.

—Porque siempre anda entre curas, y si la tocase con la punta de los dedos, iría a confesarlo al día siguiente... Siga un buen consejo. No deje escapar al otro.

Por un momento se quedó silenciosa, reflexionando. Luego se levantó para ir a lavarse los ojos, pero cuando quisieron llevarla al comedor, volvió a gritar furiosamente que no. Vandeuvres abandonó el dormitorio con una sonrisa y sin insistir más. Y cuando salió, Nana sufrió una crisis de ternura y se arrojó a los brazos de Daguinet repitiendo:

—Ah, querido Mimí, nadie como tú... ¡Te amo, sí! Te amo mucho. ¡Qué dicha si pudiéramos vivir siempre juntos! ¡Dios mío, qué desgraciadas somos las mujeres!

Luego, viendo que Georges se ponía muy encarnado al ver cómo se besaban, también lo abrazó y le besó. Mimí no podía tener celos de un crío. Quería que Paul y Georges siempre estuviesen de acuerdo, porque sería muy agradable estar así, los tres juntos, sabiendo que se querían mucho.

Pero un extraño ruido les llamó la atención; alguien roncaba en la alcoba. Entonces, después de buscar, descubrieron a Bordenave, que luego de tomarse su café debió instalarse allí cómodamente. Dormía sobre dos sillas, la cabeza apoyada en la cama y la pierna estirada.

Nana lo encontró tan gracioso con la boca abierta y la nariz hinchándosele a cada soplo, que se echó a reír como una loca. En el acto salió de la habitación seguida de Daguinet y de Georges, atravesó el comedor y entró en el salón riendo escandalosamente.

—¡Ah, querida! —dijo echándose casi en brazos de Rose—. No puede hacerse idea. Venga a ver esto.

Todas las mujeres tuvieron que seguirla. Las cogía de las manos con caricias y las arrastraba en un arranque de jovialidad tan franco que todas rieron confiadas. La banda desapareció y luego regresó, después de estar un minuto sin casi respirar contemplando a Bordenave, instalado magistralmente.

Y estallaron las carcajadas. Cuando una de ellas pedía silencio, se oían a lo lejos los ronquidos de Bordenave.

Ya eran cerca de las cuatro. En el comedor habían preparado una mesa de juego, a la que se sentaron Vandevres, Steiner, Mignon y Labordette. De pie, tras ellos, Lucy y Caroline apostaban, y Blanche, adormilada y descontenta de su noche, preguntaba cada cinco minutos a Vandevres si iban a marcharse en seguida.

En el salón trataban de bailar. Daguenet se sentaba al piano, a la cómoda, según decía Nana; Mimí ejecutaba valeses y polcas a medida que se los pedían. Pero el baile languidecía, las señoras hablaban entre sí, amodorradas en los sofás.

De pronto se oyó un alboroto. Once jóvenes que llegaban en bandada reían abiertamente en la antesala y se empujaban hacia la puerta del salón; salían del baile del Ministerio del Interior, en frac y corbata blanca, con rosetas de cruces desconocidas. Nana, indignada ante aquella entrada tan escandalosa, llamó a los camareros, que estaban en la cocina, y les ordenó que echasen a aquellos señores fuera, jurando que nunca los había visto.

Fauchery, Labordette, Daguenet y todos los hombres avanzaron para obligar a que respetasen a la dueña de la casa. Se cruzaron palabras gruesas y se levantaron los brazos. Por un momento dio la impresión de que se oirían bofetadas, pero un rubito de aspecto enfermizo repetía con insistencia:

—Vamos, Nana... la otra noche, en casa de Peters, en el gran salón rojo... Acuérdesse: usted nos invitó.

¿La otra noche en casa de Peters? No se acordaba de nada. ¿Qué noche fue ésa? Y cuando el rubito le dijo el día, el miércoles, ella recordó haber cenado el miércoles en casa de Peters, pero no había invitado a nadie; estaba casi segura.

—Sin embargo —murmuró Labordette, que empezaba a tener sus dudas—, si los invitaste... Tal vez estuvieses un poco alegre.

Entonces Nana se echó a reír. Era posible, pero no se acordaba. En fin, ya que aquellos señores estaban allí, podían entrar. Todo se arregló y varios de los recién llegados encontraron amigos en el salón, con lo que el escándalo acabó en apretones de manos.

El rubito de aspecto enfermizo tenía uno de los apellidos más ilustres de Francia. Y anunciaron que aún vendrían más, lo que era cierto, pues a cada momento se abría la puerta, presentándose caballeros de rigurosa etiqueta que salían del baile del

Ministerio.

Fauchery, burlándose, preguntó si no estaba con ellos el ministro, y Nana, ofendida, replicó que el ministro iba a casas peores que la suya. De lo que no hablaba era de su esperanza de ver entrar al conde Muffat entre aquel cortejo. Podía haber cambiado de parecer y sin dejar la conversación con Rose, espiaba la puerta.

Dieron las cinco. Ya no se bailaba. Sólo los jugadores seguían en su sitio. Labordette había cedido su puesto, las señoras volvieron al salón.

Una somnolencia de velada prolongada invadía el ambiente bajo la luz temblona de las lámparas, cuyas mechas carbonizadas enrojecían los globos. Aquellas señoras estaban en esa hora de vaga melancolía en que sienten la necesidad de contar su vida.

Blanche de Sivry hablaba de su abuelo, el general, mientras Clarisse inventaba una novela: un duque que la había seducido en casa de su tío, adonde iba a cazar jabalíes, y las dos, dándose la espalda, se encogían de hombros y preguntaban si era posible contar aquellos cuentos. Lucy Stewart, por su parte, confesaba tranquilamente su origen, y se relamía hablando de su juventud, cuando su padre, engrasador del ferrocarril del Norte, le regalaba cada domingo una tarta de manzana.

—Dejadme que os cuente —gritó bruscamente la pequeña María Blond—. Frente a mi casa vive un señor, un ruso, vaya, un hombre inmensamente rico. Pues ayer recibí un canastillo de frutas. ¡Un canastillo de frutas! Melocotones enormes, uvas así de gordas, vaya, algo extraordinario para la estación... Y en medio, seis billetes de mil... Era el ruso. Naturalmente, todo se lo devolví, pero lo sentí mucho, sobre todo por la fruta.

Las señoras se miraron unas a otras y se mordieron los labios. A su edad, la pequeña María Blond tenía mucho tupé. ¡Como si esas historias les sucedieran a las de su especie! Entre ellas se profesaban el más profundo desprecio. Sobre todo estaban celosas de Lucy, tan orgullosa con sus tres príncipes. Desde que Lucy daba todas las mañanas un paseo a caballo por el bosque, que fue lo que la lanzó, todas montaban a caballo, con la rabia en el cuerpo.

Estaba a punto de amanecer. Nana apartó los ojos de la puerta, perdiendo toda esperanza. Se aburrían a rabiar. Rose Mignon se había negado a cantar *La Pantoufle*, apoltronada en el sofá, hablaba en voz baja con Fauchery, mientras esperaba a Mignon, que le ganaba unos cincuenta luisas a Vandeuves. Un señor gordo y de cara seria, acababa de recitar *El Sacrificio de Abrahám*, en un dialecto de Alsacia:

Cuando Dios jura, dice:

«Sagrado nombre mío»,

pero Isaac responde siempre:

«Sí, papá».

Pero como nadie le entendía, el romance pareció estúpido.

Nadie sabía qué hacer para divertirse, para concluir alegremente la noche. Labordette pensó si denunciar a las mujeres al oído de Héctor de la Falaise, que las iba siguiendo para ver si alguna llevaba su pañuelo en el cuello. Luego, como aún quedaban botellas de champaña en el aparador, los jóvenes se pusieron a beber nuevamente.

Entonces aquel rubito cuyo apellido era uno de los más ilustres de Francia, deseando inventar algún juego y desesperado por no encontrar nada que les divirtiese, tuvo una idea: cogió una botella de champaña y la vació en el piano. Los otros le imitaron.

—¡Oh! —exclamó Tatan Néné asombrada—. ¿Por qué echan champaña en el piano?

—¿Cómo? ¿Pero tú no sabes eso? —respondió Labordette con mucha seriedad—. No hay nada tan bueno como el champaña para los pianos. Suenan mucho mejor.

—Ah... —murmuró Tatan Néné convencida.

Y como se le rieron, se enfadó. ¿Qué iba a saber ella de esas cosas?

Decididamente aquello empeoraba. La noche amenazaba con terminar mal. En un rincón, María Blond se había enzarzado con Léa de Hom, a la que acusaba de acostarse con tipos que no tenían dinero, y de palabras muy del arroyo llegaron a los arañazos. Y Lucy, que era fea, las tranquilizó diciéndoles que unos rasguños en la cara no significaban nada, que lo que importaba era tener buena figura.

Más allá, sentados en un sofá, el agregado de una Embajada tenía un brazo sujetando a Simonne por la cintura y trataba de besarle el cuello, pero Simonne, hastiada y malhumorada, lo rechazaba cada vez con un «No me fastidies» y dándole con el abanico en la cara. Además, ninguna quería que la tocasen. ¿Acaso las tomaban por mujerzuelas? Entre tanto, Gagá, que consiguió atrapar a Héctor, casi lo tenía sobre sus rodillas, y Clarisse se zafó de dos señores y se alejó riendo nerviosamente, lo mismo que si le hiciesen cosquillas. En el piano seguían el mismo juego, estúpidamente alegres y queriendo cada uno echar dentro el champaña que le quedaba en su botella. Era una idiotez que les hacía gracia.

—Toma, vejete mío; bebe un trago... Caramba con la sed que tiene este piano... ¡Atención, aquí hay otra! Hasta la última gota.

Nana estaba de espaldas a ellos y nos les veía. Decididamente se consagraba al gordo Steiner, sentado a su lado. Pues peor para Muffat, que no quiso ir. Con su vestido de seda blanco, ligero y coquetón como una camisa, con su principio de embriaguez, pálida y mirando al suelo, se ofrecía con aire de buena muchacha. Las rosas que se había puesto en el cabello y en el corpiño se habían deshojado, y sólo quedaba el tallo. Pero Steiner retiró rápidamente la mano de sus faldas, pues acababa de pincharse con los alfileres que puso Georges. Le salieron algunas gotas de sangre, y una gota le cayó sobre el vestido y se lo manchó.

—Esto es una firma —dijo Nana seriamente.

Apuntaba el día. Una claridad dudosa, de una extremada tristeza, penetraba por las ventanas. Entonces empezó la evasión, una desbandada presidida por el malhumor y el tedio. Caroline Héquet, fastidiada por haber perdido su noche, dijo que había que irse si no se quería ver lo que no se debía ver. Rose se las daba de mujer comprometida. Siempre ocurría lo mismo con esas mujeres; no sabían comportarse y resultaban desagradables. Mignon había desplumado a Vandevres y el matrimonio se fue sin preocuparse de Steiner y repitiendo su invitación al periodista para el día siguiente. Entonces Lucy se negó a que la acompañase Fauchery, a quien le gritó que se fuese con su comiquilla. Al oír esto, Rose se revolvió y gruñó un «¡Cochina zorra!» entre dientes. Pero Mignon, paternal siempre ante las peleas de mujeres, y de vuelta de todo, la empujó hacia fuera, aconsejándole que no hiciese caso. Detrás de ellos, y sola, Lucy bajaba la escalera como una reina.

Después le llegó el turno a Héctor de la Faloise, a quien Gagá se tuvo que llevar, enfermo y sollozando como un chiquillo y llamando a Clarisse, quien se había ido mucho antes con sus dos señores. Simonne también había desaparecido, y no quedaban más que Tatan, Léa y María, de quienes Labordette, compadecido, tuvo que encargarse.

—Es que yo todavía no tengo sueño —repetía Nana—. Habrá que hacer algo.

Miraba al cielo a través de los cristales, un cielo lívido y con nubes de color de hollín. Eran las seis de la mañana. Enfrente, al otro lado del bulevar Haussmann, las casas, todavía dormidas, recortaban sus techumbres, húmedas bajo la ligera claridad; mientras, por la calle desierta, una cuadrilla de barrenderos se anunciaba con el ruido de sus zuecos. Y ante ese triste despertar de París, se sintió presa de un enternecimiento de chiquilla, de una necesidad de campo, de idilio, de algo suave y blanco.

—¿No lo suponéis? —dijo volviendo a Steiner—. Vais a llevarme al bosque de Boulogne, y beberemos leche.

Un gozo infantil la hacía palmotear. Sin esperar la respuesta del banquero, que naturalmente consentía, aburrido en el fondo y soñando con otra cosa, corrió a echarse una piel sobre los hombros.

En el salón ya no quedaba más que la pandilla de jóvenes, además de Steiner, pero como ya habían vertido en el piano hasta la última gota de sus copas, hablaban de irse, cuando uno de ellos se presentó triunfalmente, llevando en la mano la última botella encontrada en la despensa.

—¡Esperad, esperad! —gritó—. ¡Una botella de Chartreuse! El piano necesitaba Chartreuse, y eso lo mejorará. Y ahora, muchachos, vámonos. Somos unos idiotas.

Nana tuvo que despertar a Zoé, que dormía en una silla en el tocador. El gas seguía encendido. Zoé se estremeció mientras ayudaba a la señora a ponerse el

sombrero y el abrigo.

—En fin, ya está; he hecho lo que tú querías —dijo Nana en un arranque de expansión, aliviada por haberse decidido—. Tenías razón; lo mismo da el banquero que otro.

La doncella estaba malhumorada y somnolienta. Gruñó que la señora hubiera debido decidirse la primera tarde. Luego, como la seguía, le preguntó al pasar por el dormitorio qué debía hacer con aquellos dos. Bordenave continuaba roncando. Georges, que había ido disimuladamente a hundir la cabeza en una almohada, acabó por dormirse con su ligero aliento de querubín.

Nana dijo que les dejase dormir, pero se enterneció nuevamente al ver entrar a Daguenet, quien la espiaba en la cocina y estaba muy triste.

—Vamos, mi querido Mimí; sé razonable —dijo ella cogiéndole de los brazos y besándole con toda clase de mimos—. No ha cambiado nada; sabes que siempre serás mi Mimí adorado... ¿No es cierto? Era preciso. Te juro que aún seré más amable. Ven mañana y combinaremos las horas... Anda, abrázame como tú sabes... ¡Más fuerte, más fuerte!

Y escapó para reunirse con Steiner, feliz y terca en su idea de beber leche.

En el aposento vacío quedaba Vandevres, solo, con el señor condecorado que recitó el Sacrificio de Abrahám, los dos clavados a la mesa de juego, sin saber dónde estaban ni viendo que era de día; Blanche mientras, decidió acostarse en un sofá, queriendo dormir.

—¿Estás ahí, Blanche? —gritó Nana—. Vamos a beber leche, querida... Ven con nosotros; a Vandevres lo tendrás aquí cuando volvamos.

Blanche se levantó perezosamente. La cara congestionada del banquero palideció de contrariedad ante la idea de llevarse a aquella gordinflona que sólo serviría para molestarle. Pero las dos mujeres lo tenían cogido, y repetían:

—Queremos que la ordeñen delante de nosotras.

Capítulo V

Se daba en el Varietés la trigésimo cuarta representación de La Venus Rubia. Acababa de concluir el primer acto. En el saloncito de los artistas, Simonne, vestida de lavandera, estaba frente a una consola con espejo, entre las dos puertas del ángulo, que se abrían al pasillo de los camerinos. Se repasaba y se pasaba un dedo bajo los ojos para corregir su maquillaje; los mecheros de gas, a cada lado del espejo, le calentaban el cuerpo con sus chorros de luz cruda.

—¿Acaso ya ha llegado? —preguntó Prulliere, que entró con su traje de almirante suizo, su gran sable, sus enormes botas y su inmensa pluma.

—¿Quién? —preguntó Simonne sin molestarse, riendo al espejo para verse los labios.

—El príncipe.

—No lo sé; ahora bajo... Pero debe venir. Viene todos los días.

Prulliere se había acercado a la chimenea, frente a la consola, en la que encendieron carbón de coque; otros dos mecheros de gas tenían mucha llama. Levantó la vista, miró el reloj y el barómetro, a izquierda y derecha, que sostenían dos esfinges doradas de estilo imperio. Luego se repantigó en un amplio sillón cuyo verde terciopelo, gastado por cuatro generaciones de comediantes, amarilleaba, y allí siguió, quieto y sin mirar a ningún sitio, en la actitud indolente y resignada de los artistas habituados a esperar el momento de salir a escena.

El viejo Bosc también hizo su aparición, arrastrando los pies, tosiendo y envuelto en un viejo carrik amarillo, uno de cuyos faldones, al echárselo a un hombro, dejaba al descubierto la casaca bordada en oro del rey Dagoberto. Poco después de dejar su corona sobre el piano, sin decir nada se paseó con una expresión bondadosa, pero temblándole las manos por un principio de alcoholismo mientras su larga barba blanca daba un aspecto venerable a su cara de borracho.

Luego, cuando en medio del silencio un chaparrón azotó los cristales del ventanal que daba al patio, hizo un gesto de desagrado.

—¡Qué tiempo más cochino! —gruñó.

Simonne y Prulliere no se movieron. Cuatro o cinco cuadros de paisajes y un retrato del actor Vernet amarilleaban al calor del gas. Sobre un pedestal había un busto de Potier, una de las antiguas glorias del Varietés, que miraba con ojos vacíos. En aquel instante se oyó una voz. Era Fontan, con su traje del segundo acto, un simpático muchacho vestido de amarillo y guantes del mismo color.

—¡Eh! —gritó gesticulando—. ¿No lo sabéis? Hoy es mi santo.

—Vaya —repuso Simonne, que se le acercó sonriendo, como atraída por su gran nariz—, entonces te llamas Aquiles.

—Claro, y voy a decir a la tía Bron que suba champaña después del segundo.

Hacía ya un momento que se oía el tintineo de la campanilla. Su prolongado sonido se debilitaba, luego volvió, y cuando calló la campanilla se oyó un grito subiendo y bajando la escalera y perdiéndose por los pasillos: «¡A escena, para el segundo...! ¡A escena para el segundo!». Al acercarse esa llamada, un hombrecillo pálido pasó por delante de las puertas del saloncito, donde gritó con toda la potencia de su voz cascada:

—¡A escena para el segundo!

—¿Dices champaña? —preguntó Prulliere, sin que pareciese haber oído el aviso —. Tú verás.

—Yo que tú haría que trajesen café —repuso el viejo Bosc, que se había sentado en una banqueta de terciopelo verde y apoyaba la cabeza en la pared.

Pero Simonne decía que debían respetarse las pequeñas ganancias de la tía Bron. Y aplaudía entusiasmada, comiéndose con la mirada a Fontan, cuya máscara de hocico de cabra se movía en un juego incesante de ojos, nariz y boca.

—Ese Fontan... No hay como él; nadie como él.

Las dos puertas del saloncito continuaban abiertas frente al pasillo que daba a los camerinos. A lo largo de la pared amarilla, vivamente iluminada por un mechero de gas que no se veía, desfilaban rápidas siluetas de hombres vestidos, de mujeres medio desnudas y envueltas en sus chales, además de la figuración del segundo acto, los danzantes del baile popular de La Boule-Noire, y se oía, al final del pasillo, el ruido de las pisadas en los cinco peldaños de madera que bajaban al escenario. Cuando la gran Clarisse pasó corriendo, Simonne la llamó, y ella le dijo que volvería en seguida y reapareció casi inmediatamente, temblando bajo la delgada túnica y el chal de Isis.

—¡Demonios! —exclamó—, hace frío. Y yo que me he dejado el abrigo en mi cuarto.

Luego, de pie ante la chimenea, calentándose las piernas, cuyas mallas se teñían de un rosa vivo, añadió:

—El príncipe ha llegado.

—¡Ah! —exclamaron los demás con cierto interés.

—Sí, corría por eso, pues quería verlo... Está en el primer proscenio de la derecha, en el mismo del jueves. Es la tercera vez que viene en ocho días. Tiene mucha suerte esa Nana. Yo estaba en que no volvería.

Simonne iba a hablar, pero sus palabras las cortó un nuevo grito a un paso del saloncito. Era el avisador que desde el pasillo chillaba: «Ya están avisados».

—Esto comienza a animarse. ¡Tres veces! —exclamó Simonne cuando pudo hablar—. Sabed que no quiso ir a casa de ella, y se la lleva a la suya. Parece que la cosa le cuesta cara.

—Naturalmente cuando se va a la ciudad, —murmuró maliciosamente Prulliere, levantándose para echar al espejo una mirada de hombre adorado por las damas en

los palcos.

—¡Están avisados, están avisados! —repetía la voz del avisador, cada vez más lejana, mientras recorría los pisos y los pasillos.

Entonces Fontan, que sabía qué pasó la primera vez entre el príncipe y Nana, contó la historia a las dos mujeres que estaban pegadas a él, riendo fuerte cuando se inclinaba para dar ciertos detalles. El viejo Bosc no se había movido, demostrando indiferencia. Aquellas maquinaciones no le interesaban. Acariciaba un gato rojo, hecho una bola sobre la banqueta, beatíficamente, y acabó por cogerlo con la bonachona ternura de un rey complaciente. El gato arqueaba el lomo, y luego de oler largamente la barba blanca, sin duda asqueándole el olor a cola, volvió a enroscarse en la banqueta. Bosc estaba serio y absorto.

—Eso no tiene importancia; yo de ti tomaría el champaña en vez del café; es mejor —dijo a Fontan cuando éste terminó su historia.

—¡Ha empezado! —gritó la voz desgarrada del avisador—. ¡Ha empezado, ha empezado!

El grito duró un instante. Le siguió un ruido de pasos rápidos, y por la puerta del pasillo, abierta bruscamente, entró una bocanada de música, un rumor lejano, y la puerta se cerró, oyéndose el golpe seco del batiente acolchado. De nuevo reinó una paz sorda en el saloncillo de artistas, como si estuviese a cien leguas de aquella sala donde aplaudía la muchedumbre. Simonne y Clarisse continuaban hablando de Nana. Otra que no se daba gran prisa. Todavía la noche anterior había retrasado su entrada en escena. Todos se callaron al ver que una muchacha alta acababa de asomar la cabeza, pero, viendo que se equivocaba, corrió hacia el final del pasillo. Era Satin, con un sombrero y un velo, dándose aires de gran señora en visita. «Bonita trotacalles», murmuró Prulliere, que se la encontraba desde hacía un año en el café Varietés. Y Simonne contó cómo Nana, al ver que Satin era una antigua amiga de pensión, intimó con ella y trató de que Bordenave la hiciese debutar.

—Hola, buenas noches —dijo Fontan estrechando las manos a Mignon y a Fauchery, que entraban entonces.

El viejo Bosc también les alargó la mano y las dos mujeres besaron a Mignon.

—¿Está bien la sala esta noche? —preguntó Fauchery.

—¡Oh, sí! Soberbia, —respondió Prulliere—. No hay más que ver cómo la gozan.

—Eh, muchachos —observó Mignon—, ya os debe tocar.

Sí, en seguida. Aún estaban en la cuarta escena. Sólo Bosc se levantó con el instinto del practicón que presiente su salida. Precisamente el avisador aparecía en la puerta.

—Señor Bosc, señorita Simonne —llamó.

Simonne se echó con rapidez un abrigo de pieles sobre los hombros y salió. Bosc, sin apresurarse, fue a buscar su corona, que se colocó de un golpe en la frente: luego,

arrastrando su capa y mal sostenido por sus piernas, se fue gruñendo, con gesto de hombre a quien han fastidiado.

—Ha sido muy amable en su última crónica —repuso Fontan dirigiéndose a Fauchery—. ¿Pero por qué dice que los comediantes son vanidosos?

—Sí, querido, ¿por qué dices eso? —preguntó Mignon, que descargó sus manazas sobre los flacos hombros del periodista, quien casi se dobló.

Pruilliere y Clarisse contuvieron la carcajada. Desde hacía algún tiempo todo el teatro se divertía con una comedia que se representaba entre bastidores. Mignon, furioso por el capricho de su esposa, vejado al ver que Fauchery no aportaba al matrimonio más que una publicidad discutible, imaginó vengarse de él colmándole de pruebas de amistad, y cada tarde, cuando lo encontraba en el escenario, lo molía a golpes como impulsado por un exceso de ternura, y Fauchery, raquítico al lado de aquel coloso, debía aceptar los manotazos sonriendo contrariado, para no enfadarse con el marido de Rose.

—Pero, muchacho; insultas a Fontan —agregó Mignon siguiendo la broma—. ¡En, guardia! Una, dos, y ahora al pecho.

Y se tiró a fondo, arreándole tal mamporro que el joven palideció y se quedó sin habla. Con un guiño, Clarisse señaló a los demás la presencia de Rose Mignon, de pie en el umbral, quien había visto la escena. Se fue derecha al periodista, como si no viese a su marido, y poniéndose de puntillas y levantando los brazos, desnudos con su traje de Bebé, le presentó la frente con gesto de infantil zalamería.

—Buenas noches, Bebé —dijo Fauchery, besándola con familiaridad.

Éstas eran sus revanchas. Mignon ni siquiera pareció notar el beso; todo el mundo besaba a su mujer en el teatro. Pero se rió, dirigiendo una ligera mirada al periodista, quien seguramente pagaría cara la bravata de Rose.

La puerta acolchada del pasillo se abrió y volvió a cerrarse, llegando al saloncito una tempestad de aplausos. Simonne volvía después de su escena.

—El tío Bosc ha causado un efecto... —exclamó—. El príncipe se tronchaba de risa, y aplaudía como los demás, como si fuera de la claqué. Decidme, ¿conocéis al señor alto que está al lado del príncipe, en el proscenio? Qué hombre más guapo, más distinguido, con unas soberbias patillas.

—Es el conde Muffat —respondió Fauchery—. Sé que el príncipe, anteayer, en casa de la emperatriz, lo invitó a cenar para esta noche. Pronto habrá juerga.

—¿El conde Muffat? Nosotros conocemos a su suegro, ¿verdad, Auguste? —dijo Rose dirigiéndose a Mignon—. Ya sabes, el marqués de Chouard, que canté en su casa... Precisamente también está en el teatro. Le he visto en un palco. Vaya un viejo más...

Pruilliere, que acababa de encasquetarse su gran pluma, se volvió para llamarla.

—Eh, Rose; vamos.

Ella le siguió corriendo, sin concluir su frase. En aquel momento la portera del teatro, la señora Bron, pasaba por delante de la puerta con un enorme ramo de flores. Simonne preguntó bromeando si era para ella, pero la portera, sin responder, señaló con la barbilla el camerino de Nana, al fondo del pasillo. ¡Era Nana...! La cubrían de flores. Luego, cuando la señora Bron regresaba, entregó una carta a Clarisse, quien dejó escapar un reniego ahogado. ¡Otra vez el pelma de Héctor de la Faloise! Y que no la dejaba en paz. Y cuando supo que la esperaba en la portería, gritó:

—Dígale que bajaré al terminar el acto... En la cara le dejaré marcados mis cinco dedos.

Fontan se precipitó, repitiendo:

—Señora Bron, espere... Oiga, señora Bron: traiga seis botellas de champaña para el entreacto.

Pero el avisador reapareció, jadeando y repitiendo, ronco casi:

—¡Todo el mundo a escena! Usted, señor Fontan, aprisa, aprisa, dese prisa.

—Sí, sí, allá voy, tío Barillot —respondió Fontan aturdido.

Y corriendo detrás de la señora Bron, repetía:

—¿Ha entendido? Seis botellas de champaña, al saloncito, en el entreacto... Es mi santo. Soy yo quien paga.

Simonne y Clarisse se habían ido con un gran revuelo de faldas. Todo se esfumaba, y cuando la puerta del pasillo volvió a cerrarse sordamente, se oyó en el silencio del saloncito un nuevo chaparrón azotando la ventana. Barillot, un vejete pálido, empleado en el teatro desde hacía treinta años, se había acercado familiarmente a Mignon y le presentaba su tabaquera abierta, y la toma ofrecida y aceptada le daba un minuto de reposo en sus continuas carreras a través de la escalera y los pasillos de los camerinos. Aún quedaba la señora Nana, como él la llamaba, pero Nana no hacía más que su capricho y se burlaba de las multas; cuando quería retrasar su entrada, lo hacía. Él se detuvo asombrado, murmurando:

—Toma, ya está preparada... Debe saber que el príncipe ha llegado.

En efecto, Nana aparecía en el pasillo, vestida de verdulera, los brazos y el rostro blancos, y con dos placas de colorete bajo los ojos. Se limitó a saludar con un movimiento de cabeza a Mignon y a Fauchery, sin entrar.

—Muy buenas; ¿todo bien?

Sólo Mignon estrechó la mano que ella alargaba. Y Nana siguió su camino, majestuosamente, seguida por su camarera, quien, pisándole los talones, se agachaba para arreglarle los pliegues de la falda. Luego detrás de la camarera y cerrando el cortejo, marchaba Satin, procurando darse aires de gran personaje y aburriéndose a rabiar.

—¿Y Steiner? —preguntó bruscamente Mignon.

—El señor Steiner se fue ayer a Loiret —dijo Barillot, que volvía al escenario—.

Creo que va a comprar por allí una finca.

—Ah, sí; ya sé: la finca para Nana.

Mignon se quedó serio. Steiner, que en otros tiempos había prometido un hotel a Rose... En fin, era preciso no enfadarse con nadie y esperar otra ocasión, si se presentaba. Abstraído en sus sueños, pero siempre superior, Mignon se paseaba de la chimenea a la consola. No quedaban más que él y Fauchery en el saloncito. El periodista, fatigado, acababa de estirarse en un gran sofá, y estaba muy tranquilo, los párpados medio cerrados ante las miradas que le echaba el otro al pasar. Cuando estaban solos, Mignon no le arreaba ni el menor guantazo, pues ¿para qué, si no había nadie que se divirtiese con la escena? Le desagradaba lo bastante para no divertirse con sus farsas de marido burlón. Fauchery, feliz por esta tregua de unos minutos, estiraba lánguidamente los pies ante el fuego, la mirada en el vacío, del barómetro al reloj. Mignon se colocó frente al busto de Potier, lo contempló sin verlo, luego volvió a la ventana, desde donde se veía el espacio sombrío del patio. Había cesado la lluvia, siguiendo un profundo silencio que aún se hacía más pesado por el mucho calor del coque y la llama de los mecheros de gas. Ni un solo ruido llegaba de los bastidores. La escalera y los pasillos parecían muertos.

Era una de esas paces ahogadas de fin de acto, cuando toda la compañía levanta en el escenario el alboroto ensordecedor de algún final mientras el saloncito vacío se adormece en un ronroneo de asfixia.

—¡Ah, maldita canalla! —gritó de pronto la voz enronquecida de Bordenave.

Acababa de llegar y ya vociferaba contra dos figurantas, que estuvieron a punto de echar abajo la escena de imbéciles que eran. Cuando descubrió a Mignon y a Fauchery, los llamó para enseñarles algo: el príncipe acababa de expresar su deseo de felicitar a Nana en su camerino durante el entreacto. Pero mientras los acompañaba hacia el escenario, pasó el regidor.

—Poned una multa a esas burras de Fernande y María —dijo furioso Bordenave.

Luego, tranquilizándose, trató de adoptar una dignidad de padre bondadoso, y después de pasarse el pañuelo por el rostro añadió:

—Voy a recibir a Su Alteza.

El telón caía en medio de una prolongada salva de aplausos. Inmediatamente hubo una desbandada en la semioscuridad de la escena, que la batería no iluminaba; los actores y figurantes se apresuraron a volver a sus camerinos mientras los maquinistas quitaban rápidamente el decorado. No obstante, Simonne y Clarisse se habían quedado en el fondo hablando en voz baja. Estando en escena y entre dos de sus réplicas, habían acordado el encuentro. Clarisse, después de pensarlo bien, prefería no ver a Héctor de la Faloise, quien no se decidía a dejarla para irse con Gagá. Simonne iría a decirle que no se pegase a una mujer de aquella manera. Claro que se lo diría.

Entonces Simonne, vestida de lavandera de ópera cómica, los hombros cubiertos con su piel, bajó la estrecha escalera de caracol con escalones sucios y paredes húmedas que conducía al cuartucho de la portera. La portería, situada entre la escalera de los artistas y la de la administración, y de derecha a izquierda protegida por una pared de vidrio, era como una gran linterna transparente en la que ardían dos llamas de gas. En un casillero se apilaban cartas y periódicos. Sobre la mesa había varios ramos de flores que esperaban al lado de platos sucios olvidados y de un viejo corpiño cuyos botones cosía la portera. Y en medio de aquel desván destartado, los señores de mundo, enguantados y correctos, ocupaban cuatro viejas sillas de paja, con gesto paciente y sumiso, volviendo vivamente la cabeza cada vez que la señora Bron llegaba de los camerinos con alguna respuesta. Precisamente en aquel instante acababa de entregar una carta a un joven, que se apresuró a abrirla en el vestíbulo, debajo del mechero de gas, y que había palidecido ligeramente al encontrar esa frase clásica, leída tantas veces en aquel sitio: «No es posible esta noche, querido; estoy comprometida».

Héctor de la Faloise estaba en una de aquellas sillas, al fondo, entre la mesa y la estufa; parecía dispuesto a pasarse allí toda la noche, inquieto a pesar de todo, encogiendo sus largas piernas porque una recua de gatitos negros se encarnizaban en torno suyo mientras la gata, sentada sobre sus patas, le miraba fijamente con sus ojos amarillos.

—¿Es usted, señorita Simonne? ¿Qué quiere? —preguntó la portera.

Simonne le rogó que hiciese salir a Héctor, pero la señora Bron no pudo satisfacerla en seguida.

Tenía bajo la escalera, en una especie de armario empotrado, una cantina adonde iban a beber los figurantes durante los entreactos, y como en aquellos instantes había cinco o seis diablos vestidos de danzantes de La Boule-Noire, muertos de sed e impacientes, andaba un poco de cabeza.

Un mechero de gas alumbraba el armario, y se veía una mesa cubierta por una lámina de hojalata y estantes con botellas empezadas. Cuando se abría la puerta, salía un violento tufo de alcohol que se mezclaba con el olor a grasa del cuartucho y con el penetrante perfume de los ramos abandonados sobre la mesa.

—Entonces —dijo la portera cuando hubo servido a los figurantes— es al morenito de allá a quien queréis.

—No diga majaderías —contestó Simonne—. Es el delgaducho de la estufa, ese al que su gata le huele el pantalón.

Y se llevó a Héctor al vestíbulo, mientras los demás se resignaban medio sofocados y los figurantes bebían en los peldaños de la escalera, dándose pescozones con la necia jovialidad de los borrachos.

En el escenario, Bordenave la emprendía contra los tramoyistas, que no acababan

nunca de retirar los decorados. Lo hacían a propósito, para que al príncipe le cayese algún rompimiento sobre la cabeza.

—Asegurad, asegurad —gritaba el jefe de tramoyistas.

Por fin subió el telón de fondo y el escenario quedó libre. Mignon, que espiaba a Fauchery, aprovechó la ocasión para reanudar sus bromazos. Le estrujó entre sus brazos, gritándole:

—¡Tened cuidado! Poco ha faltado para que os aplastasen.

Lo levantó y lo zarandó antes de volverlo a dejar en el suelo. Ante las exageradas risas de los tramoyistas, Fauchery se puso pálido, los labios le temblaron y estuvo a punto de revolverse mientras Mignon, haciéndose el bondadoso, le arreaba unos cariñosos manotazos en los hombros capaces de partirle en dos, repitiendo:

—Es que me interesa mucho su salud, caramba. Sería bonito que le sucediera algo.

Entonces hubo un largo murmullo: «¡El príncipe, el príncipe!», y todos volvieron los ojos hacia la puertecita de la sala. No se veían más que los anchos hombros de Bordenave y su cuello de carnicero, que se inclinaba y se deshacía presentando una serie de saludos obsequiosos. Luego apareció el príncipe, alto, fuerte, barba rubia y piel rosada, con una distinción innata y cuya robustez resaltaba bajo el corte irreprochable de su levita. Detrás de él seguían el conde Muffat y el marqués de Chouard. Aquel rincón del teatro estaba oscuro y el grupo se desvanecía en medio de grandes sombras móviles. Para hablar a un hijo de rey, al futuro heredero de un trono, Bordenave había adoptado una voz de exhibidor de osos, temblorosa y falsamente emocionada. Repetía:

—Si Su Alteza se digna seguirme... Si Su Alteza se dignase pasar por aquí... Tenga cuidado Su Alteza...

El príncipe no se apuraba lo más mínimo, sino al contrario; muy interesado, se retrasaba observando las maniobras de los tramoyistas.

Acababan de bajar un rastrillo, y la batería de gas, suspendida en sus mallas de hierro, iluminaba la escena con una larga raya de claridad. Muffat, que nunca había visto ni los bastidores de un escenario, estaba muy asombrado, sintiendo cierto malestar, una vaga repugnancia mezclada de miedo. Levantaba los ojos hacia la bóveda, en donde otros rastrillos, cuyos mecheros habían bajado, semejaban constelaciones de estrellitas azuladas en medio de aquel caos del telar y de cuerdas de todos los tamaños, de las pasarelas y los telones colgados como inmensas sábanas puestas a secar.

—¡Cargad! —gritó de pronto el jefe de tramoyistas.

Fue preciso que el mismo príncipe previniera al conde. Bajaban un telón. Se colocaba el decorado del tercer acto, la gruta del monte Etna. Unos hombres colocaban los mástiles en los laterales, otros iban a recoger los bastidores de las

paredes del escenario y los ataban a los mástiles con fuertes cuerdas. En el fondo, para producir la llamarada que arrojaba la fragua ardiente de Vulcano, un técnico había fijado un candelabro, del que encendió los mecheros protegidos con cristales rojos. Aquello era una confusión, una apariencia de atropello, en la cual estaban regulados hasta los menores detalles, mientras que, en medio de aquel apresuramiento, el apuntador, para estirar las piernas, paseaba de un lado a otro.

—Su Alteza me honra —decía Bordenave sin dejar de inclinarse—. El escenario no es grande y hacemos todo lo que podemos... Ahora, si Su Alteza se digna seguirme...

El conde Muffat se dirigía hacia el pasillo de los camerinos, pero la pendiente bastante pronunciada del escenario le había sorprendido, y su inquietud provenía de aquel piso que se movía bajo sus pies, pues por las aberturas se percibía el gas de los fosos; era un vacío subterráneo, con las profundidades de la oscuridad, las voces de los hombres y tufos de bodega. Pero cuando subía le detuvo un incidente: dos jovencitas vestidas para el tercer acto hablaban ante un ojo del telón. Una de ellas ensanchaba el ojo con los dedos para ver mejor, y buscaba en la sala.

—Ya lo veo —dijo bruscamente—. ¡Qué hocico!

Escandalizado, Bordenave se contuvo para no pegarles una patada en el trasero. Pero el príncipe sonreía, dichoso y excitado por haber oído aquello, envolviendo con la mirada a la jovencita, que no prestaba la menor atención a Su Alteza y se reía con descaro. No obstante, Bordenave se llevó de allí al príncipe y le decidió a seguirle. El conde Muffat, sudoroso, acabó por quitarse el sombrero, y lo que más le incomodaba era la pesadez del aire, que extremaba el calor, y olía la pintura de los bastidores, la peste del gas, la cola de los decorados, la suciedad de los rincones oscuros y el dudoso olor de los figurantes. Por el pasillo aún aumentaba el sofoco; la acidez de las aguas de tocador y el perfume de los jabones le cortaban la respiración. Al pasar, el conde echó un vistazo al hueco de la escalera, y al levantar la cabeza bruscamente sintió la ola de luz y de calor que le caía sobre la nuca. Arriba había un ruido de palanganas y un rumor de risas y llamadas, una serie de portazos que dejaban paso a aromas de mujer y al almizcle de los afeites mezclados a la rudeza leonada de las cabelleras. Y no se detuvo, apresurando su marcha, casi huyendo, mientras se llevaba a flor de piel el estremecimiento producido por aquella ardiente brecha que le mostraba un mundo ignorado hasta entonces.

—¡Qué curioso es un teatro por dentro! —decía el marqués de Chouard, encantado como un hombre que está en su casa.

Pero Bordenave ya había llegado al camerino de Nana, en el fondo del pasillo. Levantó tranquilamente el pestillo de la puerta y, apartándose, dijo:

—Si Su Alteza desea entrar...

Un grito de mujer sorprendida se oyó al instante, y vieron que Nana, desnuda

hasta la cintura, escapaba a esconderse tras una cortina mientras su camarera, que la secaba, permanecía con la toalla en las manos.

—¡Es una bestialidad entrar así! —protestó Nana escondida—. No entren; ¿no ven que no se puede entrar?

Bordenave pareció disgustarse por aquella huida.

—Venid aquí, querida; eso no es nada —dijo—. Se trata de Su Alteza. Vamos, no seáis chiquilla.

Y como ella se negaba a aparecer, todavía sorprendida pero riéndose, él añadió con voz áspera y paternal:

—Por Dios, Nana... Estos señores saben muy bien cómo está hecha una mujer. No se os van a comer.

—Yo no aseguraría tanto —dijo finamente el príncipe.

Todo el mundo se rió de una manera exagerada, para halagarle. Una frase exquisita, muy Parisiense, como observó Bordenave. Nana no respondía; la cortina se movía y sin duda se decidía. Entonces el conde Muffat, rojas las mejillas, se puso a examinar el cuarto.

Era una habitación cuadrada, baja de techo y forrada por una tela de color habano claro. La cortina era de la misma tela, sostenida por una varilla de latón, que protegía una especie de gabinete. Dos amplias ventanas se abrían sobre el patio del teatro, a tres metros o más de una pared sucia, contra la cual, en la oscuridad de la noche, los cristales proyectaban cuadros amarillos. Un gran espejo giratorio quedaba frente a un tocador de mármol blanco, adornado con una gran cantidad de frascos y botes de cristal para los aceites, las esencias y los polvos.

El conde se acercó al espejo, muy encarnado y con finas gotas de sudor brillándole en la frente; bajó la vista y fue a colocarse delante del tocador, pareciendo que la palangana llena de agua jabonosa, los pequeños frascos de marfil y las esponjas húmedas le llamaban la atención. Aquel vértigo que había sentido en su primera visita a casa de Nana, en el bulevar Haussmann, le invadía nuevamente. Bajo sus pies, sentía hundirse la espesa alfombra del camerino; los mecheros de gas, que ardían en el tocador y junto al espejo, le silbaban en las sienes. Por un momento temió desfallecer ante aquel olor a mujer que volvía a encontrar, caldeado y multiplicado por aquel techo bajo; se sentó en el borde del sillón acolchado que había entre las dos ventanas, pero se levantó en seguida para volver al tocador, sin mirar nada, con los ojos hacia el vacío, pensando en un ramillete de nardos que se habían marchitado en otros tiempos en su dormitorio y que estuvo a punto de matarle. Cuando los nardos se descomponen, exhalan un olor humano.

—¡Apresúrate! —murmuró Bordenave, asomando la cabeza por detrás de la cortina.

El príncipe escuchaba complacido al marqués de Chouard, quien, cogiendo del

tocador la pata de liebre, explicaba cómo se esparcía la crema blanca. En un rincón, Satin, con su rostro virginal, contemplaba a los señores, mientras la camarera, Jules, preparaba las mallas y la túnica de Venus.

Jules carecía de edad, con su rostro apergaminado y sus rasgos inmóviles, de solterona que nadie ha conocido joven. Se había disecado en el ambiente caldeado de los camerinos, en medio de los muslos y los pechos más célebres de París. Vestía un eterno traje negro, desteñido, y sobre su corpiño plano y sin sexo, un puñado de alfileres clavados en el sitio del corazón.

—Les pido perdón, señores —dijo Nana apartando la cortina— pero me han sorprendido.

Todos se volvieron. No se había acabado de vestir, pues sólo se había abotonado un pequeño corpiño de percal que apenas le ocultaba el pecho.

Cuando aquellos señores la hicieron huir, se estaba quitando rápidamente su traje de verdulera. Por la espalda, el pantalón todavía dejaba asomar un poco de camisa. Y con los brazos desnudos, los hombros descubiertos y la punta de sus senos al aire en su adorable juventud de rubia llenita, seguía sosteniendo la cortina con una mano, como para cerrar nuevamente a la menor impertinencia.

—Sí, he sido sorprendida, pues nunca me atrevería... —balbuceó, simulando confusión, con rosados matices en el cuello y sonrisas forzadas.

—Vamos, pero si estáis muy bien —aseguró Bordenave.

Ella aún arriesgó ademanes vacilantes de ingenua, moviéndose como si le hiciesen cosquillas, y repitiendo:

—Su Alteza me hace un gran honor... Ruego a Su Alteza que me excuse si le recibo así.

—Soy yo el inoportuno —dijo el príncipe— pero no pude, señora, resistir el deseo de felicitarla.

Entonces, tranquilamente, para ir al tocador, pasó en pantalón entre aquellos señores, que le dejaron paso. Tenía las caderas muy amplias e hinchaban el pantalón; con el pecho hacia delante, se inclinaba y saludaba con su fina sonrisa. De pronto pareció reconocer al conde Muffat, y le tendió la mano amistosamente. Luego le reprendió por no haber asistido a su cena.

Su Alteza se dignó bromear con Muffat, que tartamudeaba, estremecido por haber tenido un segundo en su ardiente mano aquella manita fresca por las aguas del tocador.

El conde había cenado fuerte con el príncipe, que era gran comilón y mejor bebedor, y estaban un poco alegres, pero se mantenían muy dignos. Muffat, para ocultar su turbación, no encontró más que una frase sobre el calor.

—¡Por Dios, qué calor hace aquí! ¿Cómo podéis, señora, vivir con esa temperatura?

Y la conversación iba a continuar así cuando se oyeron gritos en la puerta del camerino. Bordenave abrió la mirilla enrejada como la de un convento. Era Fontan, seguido de Prulliere y de Bosc, con botellas bajo los brazos y varias copas en las manos. Fontan repetía a gritos que era su fiesta y que él pagaba el champaña. Nana, con una mirada, consultó al príncipe, y, naturalmente, Su Alteza no quería molestar a nadie y se consideraría muy dichoso. Pero sin esperar el permiso, Fontan entraba repitiendo ceceante:

—Yo, no borracho; yo, pagar el champaña...

De pronto vio al príncipe, pues no sabía que estuviese allí, y se detuvo inmediatamente para adoptar un aire de solemnidad bufona, diciendo:

—El rey Dagoberto está en el pasillo y solicita brindar con Su Alteza Real.

El príncipe sonrió, encontrando aquello encantador. No obstante, el camerino resultaba pequeño para tanta gente. Fue preciso amontonarse; Satin y la señora Jules en el fondo, contra la cortina, y los hombres apretados en torno a Nana, medio desnuda. Los tres actores aún llevaban sus trajes del segundo acto, y mientras Prulliere se quitaba su sombrero de almirante suizo, cuya gran pluma no hubiera cabido bajo el techo, Bosc, con su casaca púrpura y su corona de hojalata, se afirmaba sobre sus piernas de borracho y saludaba al príncipe, como un monarca que recibe al hijo de un poderoso vecino. Las copas estaban llenas, y se brindó.

—Brindo por Vuestra Alteza —dijo majestuosamente el viejo Bosc.

—¡Por el ejército! —añadió Prulliere.

—¡Por Venus! —gritó Fontan.

Complaciente, el príncipe balanceaba su copa. Esperó, saludó tres veces y murmuró:

—Señora... almirante... caballero...

Y bebió de un trago. El conde Muffat y el marqués de Chouard le imitaron. Allí no se bromeaba; era como en la corte. Aquel mundo de teatro prolongaba el mundo real, en una farsa seria, bajo el vaho ardiente del gas.

Nana, olvidada de que estaba en pantalón y con un cabo de la camisa fuera, representaba a la gran señora, la reina Venus, abriendo sus saloncitos a los personajes del Estado. A cada frase soltaba las palabras Alteza Real, hacía convencidas reverencias y trataba a los disfrazados Bosc y Prulliere como soberano cuyos ministros le acompañaban. Y nadie se reía de aquella extraña mezcla, de aquel verdadero príncipe, heredero de un trono, que se bebía el champaña de un comiquillo, muy a gusto en aquel carnaval de dioses, en aquella mascarada de realeza, en medio de un mundo de camareras y de prostitutas, de farsantes de teatro y de exhibidores de mujeres. Bordenave, entusiasmado por la puesta en escena, soñaba con las entradas que vendería si Su Alteza consintiera en aparecer de aquella manera en el segundo acto de La Venus Rubia.

—A ver —gritó en tono familiar—. Voy a hacer que bajen mis mujercitas.

Nana no quiso, pero perdía el dominio de sí misma. Fontan la atraía con su grotesca máscara. Se rozaba con él y lo envolvía en una mirada de mujer embarazada que tenía el capricho de comer algo vulgar de repente lo tuteó:

—¡Vamos, sirve, animal!

Fontan volvió a llenar las copas, y se bebió repitiendo los mismos brindis.

—¡Por Su Alteza!

—¡Por el ejército!

—¡Por Venus!

Pero Nana exigió silencio con un ademán. Levantó su copa muy alto y dijo:

—No, no, por Fontan. ¡Es la fiesta de Fontan! ¡Por Fontan, por Fontan!

Entonces se bebió por tercera vez y se aclamó a Fontan. El príncipe, que había observado cómo Nana se comía al cómico con la mirada, saludó a éste diciéndole muy cortésmente.

—Señor Fontan, bebo por su éxito —mientras, la levita de Su Alteza limpiaba por detrás el mármol del tocador.

Era como un fondo de alcoba, como un estrecho cuarto de baño, con el vapor de la palangana y de las esponjas y el penetrante perfume de las esencias mezclándose con el embriagador y agridulce champaña.

El príncipe y el conde Muffat, entre los cuales estaba aprisionada Nana, tenían que levantar las manos para no rozarle las caderas o los senos al menor gesto. Y sin una gota de sudor, la señora Jules esperaba con su rigidez acostumbrada, mientras Satin, asombrada en su afán por ver a un príncipe y a unos señores de frac alternando con unos disfrazados cerca de una mujer desnuda, pensaba que las gentes elegantes no eran tan limpias como imaginaba.

Pero por el pasillo se acercaba el tintineo de la campanilla del tío Barillot, y cuando apareció en la puerta del camerino, se quedó parado al ver a los tres actores todavía con la ropa del segundo acto.

—¡Oh! señores, señores —balbuceó—. ¡Dense prisa; acaban de llamar en el vestíbulo del público!

—Bah —repuso tranquilamente Bordenave—. El público esperará.

No obstante, después de nuevos saludos y como las botellas estaban vacías, los comediantes subieron a vestirse. Bosc, habiendo mojado su barba en champaña, acabó por quitársela, y bajo aquel disfraz venerable reapareció su semblante estragado y pálido y de viejo actor entregado a la bebida. Se le oyó al pie de la escalera diciéndole a Fontan con su voz aguardentosa, hablando del príncipe:

—¿Qué? Lo he asombrado.

No quedaban en el camerino más que Nana, Su Alteza, el conde y el marqués. Bordenave se había ido con Barillot, recomendándole que no llamase sin advertir a la

señora.

—Señores, me permiten —pidió Nana, pasándose pomada por los brazos y el rostro, que ella cuidaba con esmero para el desnudo del tercer acto.

El príncipe se sentó en el sofá con el marqués de Chouard, sólo el conde Muffat siguió en pie. Los dos vasos de champaña, en medio de aquel calor sofocante, habían aumentado su embriaguez. Satin, viendo a los señores encerrarse con su amiga, creyó discreto desaparecer detrás de la cortina, y esperó allí, sentada sobre una maleta, mientras la señora Jules iba y venía tranquilamente, sin una palabra ni una mirada.

—Ha cantado maravillosamente su parte —comentó el príncipe.

Entonces se entabló la conversación, pero con frases breves cortadas por silencios. Nana no podía contestar siempre. Después de untarse de pomada manos, brazos y rostro, extendía la crema blanca con la punta de un pañuelo. En un momento en que dejó de mirarse al espejo, sonrió y miró al príncipe.

—Su Alteza me halaga —murmuró.

Era una tarea complicada, que el marqués de Chouard seguía con un gesto de beatífico gozo. Luego, dijo:

—La orquesta, ¿no podría poner la sordina? Os cubre la voz, y es un crimen imperdonable.

Esta vez Nana no se volvió. Había cogido la pata de liebre, y se la pasaba ligeramente, aunque tan inclinada sobre el tocador que la blanca redondez de su pantalón resaltaba y se estiraba, con el pedazo de camisa. Pero quiso mostrarse sensible al cumplido del anciano, y se inclinó, destacándose más sus caderas.

Siguió un silencio. La señora Jules advirtió un descosido en la pierna derecha del pantalón. Se sacó un alfiler de los que parecía que tenía clavados en el corazón, se puso de rodillas, y arregló el descosido, que llegaba hasta el muslo de Nana, quien sin fijarse en ella se cubría de polvos de arroz, evitando empolvase las mejillas. Pero como el príncipe decía que si ella iba a cantar a Londres toda Inglaterra acudiría a aplaudirla, Nana sonrió amablemente y se volvió a él, con la mejilla izquierda completamente blanca y en medio de una nube de polvo. Luego se puso repentinamente seria, pues aún tenía que ponerse carmín. De nuevo con el rostro pegado al espejo, untaba un dedo en un tarro y se pasaba el colorete bajo los ojos y lo extendía suavemente hasta las sienes. Los señores se callaban, muy respetuosos.

El conde Muffat aún no había abierto los labios. Pensaba en su juventud. Su habitación de niño fue totalmente fría.

Más tarde, a los dieciséis años, cuando besaba a su madre todas las noches, hasta en su sueño sentía la frialdad de aquel beso. Un día, al pasar cerca de una puerta entreabierta, vio a una sirvienta que se lavaba, y fue el único recuerdo que le turbó desde su pubertad a su matrimonio. Luego encontró en su esposa una estricta obediencia a los deberes conyugales, por los que sentía una especie de devota

repugnancia. Creció y envejeció ignorando la carne, sometido a las rígidas prácticas religiosas y habiendo regulado su vida bajo los preceptos y las leyes. Y ahora bruscamente lo metían dentro de aquel camerino de actriz, delante de una mujer desnuda. Él, que jamás había visto a la condesa Muffat poniéndose las ligas, asistía a los detalles íntimos del tocador de una mujer, en medio de aquella serie de tarros y de frascos, en medio de aquel olor tan fuerte y tan dulce. Todo su ser se revolvía; la lenta posesión con que Nana lo envolvía desde hacía algún tiempo le espantaba, recordándole sus lecturas piadosas y los relatos de posesiones diabólicas con que habían envenenado su infancia. Creía en el diablo. Nana, confusamente, era el diablo, con sus risas, con sus senos y sus caderas, hinchadas de vicio. Pero se prometía ser fuerte. Sabría defenderse.

—Entonces, estamos de acuerdo —decía el príncipe muy a gusto en el sofá—; vendrá el año próximo a Londres, y la recibiremos muy bien, tan bien que ya no volverá a Francia... ¡Ah! mi querido conde, no hacéis mucho caso de estas bonitas mujeres. Nosotros os las quitaremos todas.

—Eso no le molestará —repuso maliciosamente el marqués de Chouard, que era un poco audaz en la intimidad—. El conde es la virtud personificada.

Al oír hablar de su virtud, Nana le miró tan intencionadamente que Muffat sintió una viva contrariedad. Aquel gesto le sorprendió y le molestó contra sí mismo. ¿Por qué la idea de ser virtuoso le molestaba delante de aquella mujer? Le habría pegado. Pero Nana, queriendo coger un pincel, lo dejó caer, y al agacharse ella, él se precipitó, sus alientos se encontraron y los cabellos sueltos de Venus rodaron sobre sus manos. Fue un gozo mezclado de remordimientos, uno de esos placeres de católico que el miedo al infierno agujonea en el pecado.

En aquel momento se oyó la voz del tío Barillot detrás de la puerta:

—Señora, ¿puedo llamar? La sala se impacienta.

—En seguida —respondió tranquilamente Nana.

Había impregnado el pincel en un tarro de crema negra, y con la nariz pegada al espejo, cerrando el ojo izquierdo, se lo pasó suavemente por las cejas.

Muffat, detrás de ella, miraba. La veía en el espejo, con sus hombros redondos y sus senos ahogados en una sombra rosa. Y no podía, a pesar de sus esfuerzos, apartar la vista de aquel rostro, cuyo ojo cerrado hacía tan provocador, lleno de hoyuelos, como rebosante de deseos. Cuando Nana cerró el ojo derecho y se pasó el pincel, él comprendió que era su esclavo.

—Señora —gritó de nuevo la voz ronca del avisador—, están pateando y acabarán por romper las butacas. ¿Puedo avisar?

—¡Qué pesado! —contestó Nana, irritada—. Llame si quiere, y si no estoy lista, que esperen.

Se calmó y añadió con una sonrisa, mientras se volvía hacia aquellos señores:

—Vedlo: ni siquiera se puede hablar un minuto.

Ahora ya había terminado con los brazos y el rostro, y seguidamente se añadió, como si uno de sus dedos fuese un pincel, dos trazos de carmín en los labios. El conde Muffat aún se sintió más turbado, seducido por la perversión de los polvos y los afeites, preso del deseo desordenado de aquella juventud pintada, la boca demasiado roja en el rostro excesivamente blanco, los ojos agrandados por círculos negros y provocativos, como sedientos de amor. Entre tanto, Nana pasó un instante al otro lado de la cortina para ponerse las mallas de Venus, después de quitarse el pantalón. Luego, tranquila en su impudor, apareció desabrochándose su pequeño corpiño de percal, presentando los brazos a la señora Jules, quien le pasó las cortas mangas de la túnica.

—Rápido, que se enfadan —murmuró Nana.

El príncipe, con los ojos entornados, observó como experto las curvas turgentes de sus senos, mientras el marqués de Chouard hacía un involuntario movimiento de cabeza. Muffat, para no ver nada más, miró la alfombra. Venus estaba lista, con sólo aquella gasa en los hombros. La señora Jules daba vueltas alrededor suyo con su aspecto de viejecita de madera, con ojos vacíos y claros, y ágilmente iba sacando alfileres de la almohadilla inagotable que parecía adosada a su corazón asegurando la túnica de Venus y rozando las carnosas desnudeces con sus manos secas, sin un recuerdo y como desinteresada de su sexo.

—Ya está —dijo Nana mientras se miraba por última vez en el espejo.

Bordenave regresaba inquieto, diciendo que el tercer acto había empezado.

—Sí, sí; allá voy —replicó ella—. Lo que son las cosas; siempre soy yo quien espera a los demás.

Los señores salieron del camerino, pero no se despidieron, pues el príncipe había manifestado su deseo de ver el tercer acto entre bastidores. Al quedar sola, Nana miró extrañada a uno y otro lado, preguntando:

—¿Pero dónde está?

Buscaba a Satin. Cuando la encontró detrás de la cortina, sentada sobre la maleta, Satin le respondió tranquilamente:

—Comprenderás que no quería molestarte con todos esos hombres.

Y añadió que ahora se marchaba, pero Nana la retuvo. ¡Qué tonta era, si ya Bordenave consentía en contratarla! Lo resolverían después del espectáculo. Satin dudaba. Había demasiadas complicaciones, y aquel no era su mundo. No obstante, se quedó.

Cuando el príncipe descendía la escalerilla de madera, un ruido extraño, juramentos ahogados y pataleos de lucha estallaron al otro lado del escenario. Era una historia que inquietaba a los artistas que esperaban la réplica.

Hacía un momento que Mignon, bromeando nuevamente, atacó con sus caricias a

Fauchery. Acababa de inventar un juegucito: le daba papirotazos en la nariz para espantarle las moscas, según decía. Naturalmente que el juego divertía mucho a los artistas, pero de pronto Mignon espoleado por su éxito, se pasó de rosca y le soltó al periodista una bofetada, una verdadera y contundente bofetada. Esta vez fue demasiado lejos. Delante de aquella gente, Fauchery no podía aceptar riendo semejante golpe. Y los dos hombres, dejando de fingir, lívidos y con el rostro estallando de odio, se agarraron del cuello. Rodaron por el suelo, detrás de un bastidor, y se trataban con insultos el uno al otro.

—¡Señor Bordenave, señor Bordenave! —corrió a decir el regidor, asustado.

Bordenave le siguió, después de excusarse ante el príncipe. Cuando vio en el suelo a Fauchery y a Mignon, hizo una mueca de hombre contrariado.

Verdaderamente elegían una buena oportunidad, con Su Alteza al otro lado del escenario y toda la sala para oírles. Para colmo de males, llegaba Rose Mignon jadeante, en el preciso instante de su salida a escena. Vulcano le lanzaba su réplica, pero Rose se quedó estupefacta al ver a sus pies a su marido y a su amante, que se golpeaban, se estrangulaban, rodando, tirándose de los cabellos y con las levitas blancas de polvo. Le cortaban el paso; incluso un tramoyista tuvo que detener el sombrero de Fauchery en el momento en que el endiablado sombrero rodaba hacia el escenario. Vulcano, mientras, inventaba frases para distraer al público y daba una nueva réplica. Rose, inmóvil, seguía contemplando a los dos hombres.

—¡Pero no mires más! —le rugió furioso Bordenave en la nuca—. ¡Vamos, vamos ya! Éste no es asunto tuyo. Retrasas tu entrada.

Y empujada por él, Rose saltó por encima de los cuerpos y se vio en escena, ante la llamarada de las candilejas y delante del público. Aún no había comprendido por qué se estaban peleando en el suelo. Temblando, zumbándole la cabeza, descendió hacia las candilejas con su hermosa sonrisa de Diana enamorada y atacó la primera frase de su dúo con una voz tan cálida que el público le dedicó una ovación. Al otro lado del decorado oía los golpes sordos de los dos hombres. Habían rodado hasta cerca del primer rompimiento. Afortunadamente la música apagaba el ruido de los golpes que se daban contra el bastidor.

—¡Por Dios! —gritó Bordenave exasperado cuando consiguió separarlos—. ¿No podrían ir a pegarse a su casa? Ya saben que eso me indigna... Tú, Mignon, harás el favor de quedarte aquí, del lado del patio, y usted, Fauchery, le echo a la calle si abandona la parte del jardín. ¿Han entendido? Al lado del patio y al lado del jardín, o prohíbo a Rose que les acompañe.

Cuando volvió al lado del príncipe, éste le preguntó qué ocurría.

—¡Oh...! nada de particular —murmuró Bordenave con aire tranquilo.

Nana, de pie, envuelta en un abrigo de pieles, esperaba su entrada hablando con aquellos señores. Cuando el conde Muffat subía para echar una ojeada al escenario,

entre dos bastidores, a un gesto del regidor comprendió que debía pisar despacio. Una paz cálida caía de la bóveda. Entre bastidores, iluminadas violentamente por haces de luz, había algunas personas hablando en voz baja, que se paraban y se iban de puntillas. El gasista estaba en su puesto, junto al juego complicado de las llaves; un bombero, apoyado contra una mampara, trataba de ver alargando el cuello, mientras que en lo alto y sobre su banco el hombre del telón vigilaba con gesto resignado, pues no conocía la obra y esperaba atento el campanillazo para maniobrar las cuerdas. Y, en medio de aquella atmósfera ahogada, de aquel pisoteo y aquellos cuchicheos, la voz de los actores llegaba rara, ensordecida, y con una sorprendente desafinación. Luego, más allá de los ruidos confusos de la orquesta, se percibía como un inmenso aliento, el respirar de la sala, cuyo soplo se hinchaba a veces, estallando en rumores, en risas y en aplausos. Se sentía al público sin verlo, incluso en sus silencios.

—Hay algo abierto —dijo bruscamente Nana, ciñéndose el abrigo—. Véalo, Barillot. Seguro que acaban de abrir una ventana. Aquí se puede morir una.

Barillot juró que lo había cerrado todo personalmente. Tal vez había algún cristal roto. Los artistas siempre se quejaban de las corrientes de aire. En medio del pesado calor del gas y las corrientes de aire, aquello era un criadero de catarros, como decía Fontan.

—Quisiera verle escotado —repuso Nana malhumorada.

—¡Silencio! —ordenó Bordenave.

En escena, Rose detallaba tan finamente una frase de su dúo, que los bravos cubrieron la orquesta. Nana se calló y puso cara seria. El conde asomaba por un callejón, y Barillot le detuvo para advertirle que por allí quedaba al descubierto. Veía la decoración por el revés y, de lado, la parte trasera de los bastidores reforzados con una espesa capa de viejos carteles, luego una parte del escenario: la caverna del Etna abierta en una mina de plata, con la fragua de Vulcano al fondo. Las baterías del telar prestaban vivos reflejos a la cascarilla aplicada a brochazos. Unos montantes con globos azules y rojos, por una oposición calculada, producían una llama de ascuas ardientes, mientras que en el suelo, y en tercer término, otra batería destacaba un grupo de rocas negras. Y más allá, junto a un practicable inclinado en suave pendiente, en medio de aquellas gotas de luz semejantes a las lámparas colocadas sobre la hierba en una noche de fiesta pública, la vieja señora Drouard, que interpretaba a Juno, estaba sentada, cegada y soñolienta, en espera de su entrada.

Pero hubo un movimiento. Simonne, que escuchaba un relato de Clarisse, exclamó:

—¡Vaya, la Tricon!

En efecto, era la Tricon, con sus rizos y sus aires de condesa que paraliza a los abogados. Cuando vio a Nana, se fue directo hacia ella.

—No —dijo Nana después de un rápido cambio de palabras—. Ahora no.

La vieja señora se quedó seria. Prulliere, al pasar, le dio un apretón de manos. Dos figurantas la contemplaban con emoción. Ella, por un momento, se quedó indecisa. Luego llamó a Simonne con un gesto, y el cambio rápido de palabras volvió a empezar.

—Sí —dijo al fin Simonne—. Dentro de media hora.

Pero cuando subía a su camerino, la señora Bron, que nuevamente se paseaba con cartas, le entregó una. Bordenave, bajando la voz, reprochó iracundo a la portera el haber permitido que pasase la Tricon. ¡Aquella mujer! ¡Y precisamente aquella noche! Le indignaba a causa de Su Alteza. La señora Bron, después de treinta años en el teatro, respondió en tono agrio. ¿Acaso lo sabía? La Tricon hacía negocios con todas aquellas mujeres; el señor director la había encontrado más de veinte veces sin decirle nada. Y mientras Bordenave mascullaba palabrotas, la Tricon, tranquila, observaba al príncipe, como mujer que mide a un hombre de una ojeada. Una sonrisa iluminó su rostro amarillo. Luego se marchó, con paso lento, por entre las figurantas respetuosas.

—En seguida, ¿no es así? —dijo volviéndose hacia Simonne.

Simonne parecía muy fastidiada. La carta era de un joven al que le había prometido aquella noche. Entregó a la señora Bron un papel en el que garrapateó «No es posible esta noche, querido; estoy comprometida». Pero se quedó inquieta; de cualquier modo aquel joven esperaría. Como no actuaba en el tercer acto, quería marcharse inmediatamente. Entonces rogó a Clarisse que fuese a ver, pues no salía a escena hasta el final del acto. Descendió mientras Simonne subía un momento a su camerino, que era el de las dos.

Abajo, en la cantina de la señora Bron, un figurante encargado del papel de Plutón bebía solo, envuelto en un gran manto rojo con franjas doradas. El pequeño negocio de la portera debió ser bueno, porque en el suelo de la bodega, debajo de la escalera, brillaba el líquido de los vasos derramados. Clarisse recogió su túnica de Isis para no arrastrarla por los peldaños grasientos, pero se detuvo prudentemente y se limitó a asomar la cabeza por detrás de la escalera para echar una ojeada al cuartucho. Y estuvo a punto de desplomarse. Aún seguía allí el idiota de Héctor, en la misma silla, entre la mesa y la estufa. Delante de Simonne había demostrado que iba a marcharse, pero luego regresó. Además, la portería continuaba llena de señores enguantados, correctos, con gesto sumiso y paciente. Todos esperaban, mirándose con gravedad.

En la mesa no quedaban más que los platos sucios, y la señora Bron acababa de repartir los últimos ramos de flores. Sólo una rosa que había caído al suelo se marchitaba junto a la gata negra, apelotonada en un rincón mientras los gatitos corrían y saltaban por entre las piernas de los señores. Clarisse estuvo por echar fuera a Héctor, pues a ese cretino no le gustaban los animales, lo único que le faltaba. Se

encogía a causa de la gata, para no tocarla.

—Mira que te va a arañar no te fíes —le dijo Plutón, un bromista que volvía arriba secándose los labios con el revés de la mano.

Entonces Clarisse abandonó la idea de hacerle una escena a Héctor de la Faloise. Había visto cómo la señora Bron entregaba la carta al joven de Simonne, y éste fue a leerla bajo el mechero de gas del vestíbulo. «No es posible esta noche, querido; estoy comprometida.» Y apaciblemente, acostumbrado sin duda, había desaparecido. Por lo menos había uno que sabía comportarse. Ése no era como los demás, que se obstinaban en seguir sentados en las sillas de paja de la señora Bron, en aquella gran linterna de cristales, donde se cocían y no se pasaba nada bien. ¡Tenían que estar muy interesados los hombres! Clarisse regresó disgustada, atravesó el escenario y subió despacio los tres pisos de la escalera de los camerinos para dar una respuesta a Simonne.

Entre bastidores, un poco apartado, el príncipe hablaba con Nana. No la había abandonado y la envolvía con sus ojos entornados. Nana, sin mirarle, sonreía y decía sí con un movimiento de cabeza. Pero, bruscamente, el conde Muffat obedeció a una llamada interior, y abandonó a Bordenave, que le daba detalles acerca de la maniobra de las cabrías y los tambores, y se acercó a ellos para cortar la conversación. Nana levantó la mirada y le sonrió como sonreía a Su Alteza. No obstante, continuaba con el oído atento, en espera de su réplica.

—El tercer acto es el más corto, me parece —decía el príncipe, molesto por la presencia del conde.

Nana no respondió y cambió de expresión, entregada de repente a su trabajo. Con un rápido movimiento de hombros se desprendió de sus pieles, que la señora Jules, de pie a su lado, recibió en sus brazos. Y desnuda, después de haberse llevado las manos a la cabellera, como para sujetarla, entró en escena.

—¡Silencio, silencio! —gruñó Bordenave.

El conde y el príncipe se quedaron sorprendidos. En medio de un gran silencio, se elevó un suspiro profundo, un lejano rumor de muchedumbre. Todas las noches se producía el mismo efecto a la entrada de Venus, en su desnudez de diosa. Entonces Muffat quiso ver, y aplicó el ojo a un agujero. Más allá del arco de círculo deslumbrador de las candilejas, la sala aparecía oscura, como repleta de una humareda rosácea, y sobre este fondo neutro, donde las filas de rostros ofrecían una confusa palidez, Nana se le destacaba en blanco, alta, ocultándole las localidades, desde el palco hasta la bóveda. La percibía de espaldas, los riñones tensos y los brazos abiertos, mientras en el suelo, a ras de sus pies, la cabeza del apuntador, una cabeza de vejete, parecía como cortada, con aspecto humilde y honesto.

En ciertas frases de su romanza de entrada, unas ondulaciones parecieron surgir de su cuello, descender hasta su talle y expirar en el borde arrastrado de su túnica.

Cuando lanzó la última nota en medio de una tempestad de bravos, saludó, las gasas flotando, la cabellera rozándole los riñones, con una flexión de espinazo. Y viéndola así, inclinada y destacándose las caderas, retrocediendo hacia el agujero por el que él miraba, el conde se incorporó, repentinamente pálido. Ahora había desaparecido el escenario y ya no veía más que el reverso del decorado, el abigarramiento de viejos carteles, pegados en todos los sentidos. En el practicable, entre los rastrillos de gas, todo el Olimpo se había unido a la señora Drouard, que aún dormitaba. Esperaban el final del acto, Bosc y Fontan, sentados en el suelo y la barbilla sobre las rodillas; Prulliere, estirándose y bostezando antes de salir a escena, todos fatigados, con los ojos enrojecidos y deseando irse a dormir.

En aquel momento, Fauchery, que rondaba por el lado del jardín desde que Bordenave le prohibió el lado del patio, se colgó del conde para darse cierta importancia, y se ofreció a enseñarle los camerinos. Muffat, a quien una creciente molicie dejaba sin voluntad, acabó por seguir al periodista, después de buscar con la mirada al marqués de Chouard, que no estaba allí. Sentía a la vez un alivio y una inquietud al abandonar aquellos bastidores, desde los que oía cantar a Nana.

Fauchery le precedía en la escalera, que en el primer y en el segundo piso cerraban unos biombos de madera. Era una de esas escaleras de casa lóbrega, como las vistas por el conde Muffat en sus giras como miembro del Comité de Beneficencia, desnuda y deteriorada, pintarrajeada de amarillo, con los escalones desgastados por el continuo roce de los pies, y con una barandilla de hierro que el frotamiento de manos había pulido.

En cada descansillo, a ras del suelo, una ventana baja ofrecía el hueco de un tragaluz. En las lámparas adosadas a las paredes ardían luces de gas, iluminando crudamente aquella miseria, despidiendo un calor que ascendía y se amontonaba bajo la estrecha espiral de los pisos.

Al llegar al pie de la escalera, el conde sintió nuevamente un soplo ardiente que le caía sobre la nuca, aquel olor de mujer salido de los camerinos, en una oleada de luz y ruido, y ahora, a cada peldaño que subía, el almizcle de los polvos y la acritud del vinagre de tocador le ahogaban, le aturdían más. En el primer piso se abrían dos pasillos, dando a un recodo, con puertas de sospechoso hotel amueblado pintadas de amarillo, con grandes números blancos; en el suelo, las baldosas desunidas y agrietadas entre el desnivel de la vieja casa. El conde se aventuró, dirigió la mirada a una puerta entreabierta y vio una estancia muy sucia, un tenducho de peluquero de arrabal, amueblado con dos sillas, un espejo y un tablero con cajón, ennegrecido por la grasa de los peines. Un mocetón sudoroso, brillándole los hombros, se cambiaba de camisa, y en otro cuarto parecido y vecino, una mujer a punto de marcharse se ponía los guantes, con los cabellos despeinados y mojados como si acabase de tomar un baño.

Fauchery llamó al conde, y éste llegaba al segundo piso en el instante que salía un vocablo soez del pasillo de la derecha. Mathilde, un pingajo de ingenua, acababa de romper su palangana, cuya agua jabonosa se escurría hasta el descansillo. Un camerino se cerró violentamente; dos mujeres en corsé cruzaron de un salto, y otra, con la punta de la camisa entre los dientes, apareció y desapareció. Luego hubo risas, una discusión, una canción empezada e inmediatamente interrumpida. A lo largo del pasillo, por las aberturas, se percibían carnes desnudas, blancuras de piel y palideces de lencería; dos muchachas, muy divertidas, se mostraban mutuamente sus lunares; una, muy joven, casi una niña, se había levantado las faldas por encima de las rodillas y se cosía el pantalón, mientras que las camareras, al ver a los dos hombres, corrían ligeramente las cortinas, por decencia. Era el atropello del final, el gran lavatorio del blanco y del colorete, el traje de calle vuelto a vestir en medio de una nube de polvos de arroz, un aumento de olor humano arrojado por las puertas batientes.

En el tercer piso, Muffat se abandonó a la embriaguez que le invadía. El camerino de las figurantas estaba allí; veinte mujeres amontonadas, una desbandada de jabones y de botellas de agua de lavanda, la sala común de una casa de arrabal. Al pasar, oyó detrás de una puerta un lavatorio feroz, una tempestad en una palangana. Y subía al último piso cuando tuvo la curiosidad de aventurar una última mirada por una puerta entreabierta: la estancia estaba vacía y no había, bajo la llama del gas, más que un orinal olvidado en medio de un desorden de faldas tiradas por el suelo. Esta pieza fue la última visión que se llevó.

Arriba, en el cuarto piso, se ahogaba. Todos los olores y todas las llamas convergían allí; el techo amarillo parecía tostado, un farol ardía entre una neblina rosácea. Por un momento se agarró a la barandilla de hierro, que encontró tibia, con una tibieza viva, y cerró los ojos, absorbiendo en una aspiración el sexo de la mujer, que él aún ignoraba y le abofeteaba en la cara.

—Venga ya —gritó Fauchery, desaparecido desde hacía un instante—. Le llaman.

Se hallaba en el fondo del pasillo, en el camerino de Clarisse y de Simonne, una pieza larga bajo el tejado con paneles cortados y paredes en escuadra. La claridad entraba por arriba, a través de dos anchas aberturas. Pero en aquella hora de la noche sólo las llamas de gas iluminaban la estancia empapelada a lo barato; un papel con flores rosa sobre un emparrado verde. Dos tablas, una al lado de la otra, hacían de tocador dos tablas forradas de tela encerada y ennegrecida por el agua derramada y bajo las cuales se amontonaban tarros de cinc abollados, cubos llenos de lavazas y cántaros de barro amarillento. Allí había un puesto de artículos de bazar, retorcidos, sucios por el uso, palanganas desportilladas y peines desdentados, todo lo que la prisa y la desidia de dos mujeres que se lavan y desnudas en común dejan alrededor suyo de desorden en un lugar que utilizan de paso y cuya suciedad no les importa.

—Venga ya —repitió Fauchery, con esa camaradería que adoptan los hombres

entre las mujerzuelas—. Clarisse quiere saludarle.

Muffat terminó por entrar, pero se quedó sorprendido al encontrar al marqués de Chouard instalado entre los dos tocadores, en una silla. El marqués se había retirado allí y apartaba los pies, porque de un cubo agujereado salía una agua blancuzca. Se le notaba muy a su gusto, como conocedor de ciertos buenos sitios, remozado en aquella sofocación de bañera, en aquel tranquilo impudor de mujer, que aquel rincón de suciedad hacía natural y aceptable.

—¿Es que te vas con el viejo? —preguntó Simonne al oído de Clarisse.

—Muchas veces —le respondió Clarisse en voz alta.

La camarera, una jovencita muy fea y muy familiar, que ayudaba a Simonne a ponerse su abrigo, se moría de risa. Las tres se empujaban, balbuceando palabras que aumentaban su hilaridad.

—Vamos, Clarisse, besa al señor —repetía Fauchery—. Ya sabes que tiene cartera.

Y volviéndose hacia el conde, le dijo:

—Ya verá; es muy amable y quiere besarle.

Pero Clarisse estaba harta de hombres. Habló violentamente de los cochinos que esperaban abajo, en la portería. Por otra parte, tenía prisa en salir, pues de lo contrario faltaría a la última escena. Luego, como Fauchery le cerraba el paso, besó las patillas de Muffat, diciéndole:

—Esto no es por usted, sino por Fauchery, que me fastidia.

Y se escapó. El conde permaneció cohibido en presencia de su suegro. Una oleada de sangre le subió al rostro. No había sentido en el camerino de Nana, en medio de aquel lujo de afeitines y espejos, la acre excitación de la miseria vergonzosa de aquel cuchitril, presidido por el abandono de dos mujeres. Mientras, el marqués acabó por salir detrás de Simonne, hablándole al oído y ella negando con la cabeza. Fauchery les seguía riéndose. Entonces el conde se vio solo con la camarera, que limpiaba las palanganas. Y se marchó, bajando por la escalera, las piernas flojas, y nuevamente viendo ante sí a las mujeres en enaguas, quienes pegaban un portazo al verle. Pero en medio de aquella desbandada de muchachas sueltas a través de los cuatro pisos, sólo percibió claramente un gato, el gordo gato rojo, que, en aquella hornaza envenenada de almizcle, escapaba a lo largo de los peldaños, frotándose contra los barrotes de la barandilla, con la cola levantada.

—¡Por fin! —exclamó una voz enronquecida de mujer—. Creí que nos harían pasar aquí toda la noche. ¡Qué cargantes con sus aplausos!

Era el final, el telón acababa de caer. Había un verdadero galope por la escalera, cuyo hueco se llenaba de exclamaciones, de una prisa brutal por vestirse y marcharse. Cuando el conde Muffat llegaba al último peldaño, vio a Nana y al príncipe, que avanzaban despacio por el pasillo. La mujer se detuvo y luego, sonriendo y bajando

la voz, dijo:

—De acuerdo. Hasta luego.

El príncipe volvió al escenario, donde Bordenave le esperaba. Entonces, solo con Nana, y cediendo a un impulso de cólera y deseo, Muffat corrió tras ella, y en el momento en que entraba en su camerino le estampó un rudo beso en la nuca, en los rizos que le caían sobre los hombros.

Era como el beso recibido arriba, que devolvía allí. Nana furiosa, ya levantaba la mano, pero reconoció al conde y sonrió.

—¡Oh! Me ha asustado —dijo sencillamente.

Y su sonrisa era adorable, confusa y sumisa, como si hubiese desesperado de aquel beso y se felicitase por recibirlo. Pero ella estaba comprometida para aquella noche y para el día siguiente. Había que esperar. Si hubiese podido, se habría hecho desear. Su mirada decía tantas cosas... En fin, ella añadió:

—Sabe, soy propietaria... Sí, compré una casa en el campo, cerca de Orleáns, en una región a la que usted va alguna vez. Bebé me lo dijo, el pequeño Georges Hugon; ¿lo conoce? Venga a verme allá.

El conde, aterrado por su brutalidad de hombre tímido, avergonzado por lo que había hecho, la saludó ceremonioso, prometiéndole corresponder a su invitación. Luego se alejó, andando como en un sueño.

Se reunía con el príncipe cuando, al pasar por delante del saloncito, oyó gritar a Satin:

—¡Vaya un viejo sucio! ¡Déjeme en paz!

Era el marqués de Chouard, que asediaba a Satin, y ella estaba harta de todo aquel mundo elegante. Nana la había presentado a Bordenave, pero la había aburrido mucho tener que estar con la boca cerrada, por miedo a soltar alguna burrada, y ahora quería desquitarse del mal rato, sobre todo porque entre bastidores había tropezado con un antiguo amante suyo, el figurante encargado del papel de Plutón, un pastelero que ya le había dado una semana de amor y de bofetadas. Le esperaba, irritada de que el marqués la tratase como a una de aquellas mujeres de teatro. Así, pues, acabó mostrándose muy digna y soltó esta frase:

—Mi marido va a venir, y usted verá.

Mientras tanto, los artistas, envueltos en sus gabanes, se marchaban uno a uno. Grupos de hombres y mujeres descendían por la escalerita de caracol, proyectando en la sombra perfiles de sombreros desfondados, de chales deslucidos y una pálida fealdad de cómicos que se han quitado el colorete.

En el escenario, mientras apagaban los rastrillos y las candilejas, el príncipe escuchaba una anécdota de Bordenave. Quería esperar a Nana. Cuando al fin ella apareció, todo estaba a oscuras, y el bombero de servicio, concluyendo su ronda, paseaba una linterna.

Bordenave, para evitar a Su Alteza el rodeo del pasaje de Panoramas, acababa de ordenar que abriesen el pasillo que comunicaba el cuarto de la portería con el vestíbulo del teatro. Y a lo largo de este pasillo hubo un «sálvese quien pueda» de mujercitas felices por huir de los hombres que las acechaban en el pasaje. Se empujaban unas a otras, se daban codazos, miraban atrás y sólo respiraban cuando estaban fuera y, mientras, Fontan, Bosc y Prulliere se retiraban lentamente, mofándose de los protectores serios que se paseaban por la galería del Varietés en el momento en que sus protegidas desfilaban por el bulevar con el amante que ellas querían. Pero la más maligna fue Clarisse. Desconfiaba de Héctor de la Faloise, y en efecto, él aún seguía allí, en la portería, en compañía de unos tozudos señores que se aferraban a las sillas de la señora Bron. Todos alargaban la nariz. Ella pasó muy seria detrás de una amiga. Los señores aguzaban la mirada, aturdidos por aquella oleada de faldas arremolinadas al pie de la estrecha escalera, desesperados por esperar tanto tiempo, para verlas al fin y no reconocer a ninguna.

La cría de gatitos negros dormía sobre el hule, apelonada junto al vientre de su madre, feliz y con las patas estiradas, mientras que el gordo gato rojo, sentado al otro lado de la mesa y con el rabo extendido, contemplaba con sus ojos amarillos cómo se marchaban las mujeres.

—Si Su Alteza se digna pasar por aquí —dijo Bordenave al pie de la escalera e indicando el corredor.

Algunas figurantas se empujaban todavía. El príncipe seguía a Nana. Detrás de ellos iban Muffat y el marqués. El pasadizo era un largo hueco abierto entre el teatro y la casa vecina, una especie de callejuela estrangulada que habían cubierto con una techumbre en pendiente y con vidrieras. La humedad rezumaba por las paredes. Los pasos resonaron en el pavimento enlosado lo mismo que en un subterráneo. Allí había como un amontonamiento de desván, un banco sobre el cual el portero cepillaba los decorados, un apiñamiento de vallas de madera que se colocaban por la tarde a la entrada del teatro para mantener la cola.

Nana tuvo que recogerse la falda al pasar por delante de una fuente, cuyo grifo mal cerrado inundaba el suelo. En el vestíbulo se despidieron. Y cuando se quedó solo, Bordenave resumió su juicio acerca del príncipe con un encogimiento de hombros en el que había una desdeñosa filosofía.

—A pesar de todo, tiene olfato —dijo sin explicar más a Fauchery, a quien Rose Mignon llevaba con su marido, para reconciliarlos en su casa.

Muffat estaba solo en la acera. Su Alteza acababa de hacer subir a Nana en su coche. El marqués se había marchado detrás de Satin y su figurante, excitado, conformándose con seguir a los dos viciosos, con la vaga esperanza de alguna satisfacción.

Muffat quiso regresar a pie. Dentro de él había cesado todo combate. Una ola de

vida nueva anegaba sus ideas y sus creencias de cuarenta años. Mientras recorría los bulevares, el rodar de los últimos coches le ensordecía con el nombre de Nana, los mecheros de gas hacían bailar ante sus ojos las desnudeces, los brazos flexibles, los hombros blancos de Nana, y sentía que ella le poseía, y habría renegado de todo, vendido todo, por tenerla una hora aquella misma noche.

Era su juventud que al fin despertaba, una pubertad glotona de adolescente, quemándole de repente en su frialdad de católico y en su dignidad de hombre maduro.

Capítulo VI

El conde Muffat, acompañado de su esposa y de su hija, había llegado la víspera a las Fondettes, en donde la señora Hugon, que estaba sola con su hijo Georges, les había invitado a pasar ocho días. La casa, construida a finales del siglo XVII se levantaba en medio de un inmenso recinto cuadrado, sin ornamento alguno, pero el jardín disponía de sombras magníficas y de una sucesión de estanques de agua corriente que alimentaba los manantiales. Estaba a lo largo de la carretera de Orleáns a París, como un islote de verdor, un ramillete de árboles que rompía la monotonía de esa llanura donde los cultivos se extienden hasta el infinito.

A las once, cuando el segundo toque de campana para el almuerzo hubo reunido a todo el mundo, la señora Hugon, con su buena sonrisa maternal, dio grandes besos en las mejillas de Sabine y dijo:

—Ya sabes, en el campo es mi costumbre... Me rejuvenece veinte años verte aquí... ¿Has dormido bien en tu antigua alcoba?

Luego, sin esperar su respuesta, se volvió hacia Estelle:

—Y esta pequeña ha dormido de un tirón, ¿no es así? Dame un beso, pequeña.

Se habían sentado en el amplio comedor, cuyas ventanas daban al parque. Pero sólo ocupaban un extremo de la gran mesa, apretados para estar más juntos. Sabine, muy alegre, evocaba sus recuerdos de juventud, que acababan de despertarse: los meses pasados en las Fondettes, los largos paseos, una caída en un estanque una tarde de verano, una vieja novela de caballería descubierta en un armario y leída en invierno, ante el fuego de sarmientos. Y Georges, que no había vuelto a ver a la condesa desde hacía unos meses, la encontraba más animada, con cierto cambio en el rostro, mientras la larguirucha Estelle, por el contrario, parecía todavía más apagada, más muda y más torpe.

Como se comían huevos pasados por agua y chuletas, la señora Hugon, hacendosa mujer de su casa, se lamentó diciendo que los carniceros estaban imposibles, pues lo compraba todo en Orleáns y nunca le enviaban los trozos que ella pedía. Por otro lado, si sus huéspedes comían mal, era culpa de ellos, por llegar cuando ya estaba muy adelantada la temporada.

—Esto no tiene sentido común —decía ella—. Les esperaba desde el mes de junio, y estamos a mediados de setiembre... Ahora no es muy bonito.

Con un gesto señalaba los árboles del prado, que empezaban a amarillear. El cielo estaba cubierto, y un vaho azulado anegaba el horizonte en una dulce y melancólica tranquilidad.

—Espero a otros invitados —continuó ella—, y esto estará más animado. Primeramente, dos señores a quienes ha invitado Georges, el señor Fauchery y el señor Daguinet; los conocen, ¿verdad? Luego el señor de Vandeuves, que me

promete visita desde hace cinco años, y tal vez este año se decida.

—Vaya por Dios —exclamó la condesa riendo—; si no tenemos más que al señor de Vandevres... Está tan ocupado...

—¿Y Philippe? —preguntó Muffat.

—Philippe ya pidió la licencia —respondió la anciana señora—, pero sin duda ustedes ya no estarán en las Fondettes cuando llegue.

Se servía el café. La conversación había recaído sobre París, y se pronunció el nombre de Steiner. Este nombre arrancó un pequeño grito a la señora Hugon.

—A propósito —dijo ella— ese señor Steiner es aquel grueso señor que encontré una noche en su casa, un banquero, ¿no es así? ¡Vaya sinvergüenza! ¿Pues no compró una propiedad para una actriz a una legua de aquí, por allá abajo, en la Choue, al lado de Gumieres? Toda la región está escandalizada...

¿Sabía usted eso, amigo mío?

—Ni idea —respondió Muffat—. Entonces, ¿Steiner ha comprado una finca en los alrededores?

Georges, al oír a su madre abordar aquel tema, metió la nariz en su taza, pero la levantó y miró al conde, asombrado de su respuesta. ¿Por qué mentía tan descaradamente? Por su parte, el conde, percibiendo el movimiento del joven, le miró con desconfianza. La señora Hugon continuaba dando detalles: la finca se llamaba la Mignotte; había que remontar la Choue hasta Gumieres para atravesar un puente, lo que alargaba el camino en dos buenos kilómetros; de otra manera, había que mojarse los pies y se corría el riesgo de un chapuzón.

—¿Y como se llama la actriz? —preguntó la condesa.

—Me lo dijeron —murmuró la anciana—. Georges, tú estabas allí aquella mañana, cuando el jardinero nos habló...

Georges fingió que hacía memoria. Muffat esperaba haciendo girar una cucharilla entre los dedos. Entonces la condesa, dirigiéndose a él, comentó:

—Ese Steiner, ¿no andaba con esa cantante del Varietés, esa Nana?

—Nana, eso es; ¡una sinvergüenza! —gritó la señora Hugon enfadándose.

Y se la espera en la Mignotte. Yo lo sé todo por el jardinero, ¿no es cierto, Georges? El jardinero decía que se la esperaba esta tarde.

El conde experimentó un ligero estremecimiento de sorpresa. Pero Georges respondía con vivacidad:

—Bah, mamá... El jardinero hablaba sin conocimiento de causa. Hace un momento el cochero me dijo lo contrario, que no esperan a nadie en la Mignotte hasta pasado mañana.

Trataba de que le vieses natural, y por el rabillo del ojo miraba qué efecto hacían sus palabras en el conde, quien continuaba dando vueltas a su cucharilla, como tranquilizado. La condesa, con la mirada perdida en el fondo verdoso del parque,

parecía no ocuparse de la conversación, siguiendo con la sombra de una sonrisa un pensamiento secreto que se despertó en ella súbitamente; Estelle, mientras, tesa en su silla, había escuchado lo que decían de Nana sin que un rasgo de su blanco rostro de virgen se inmutase.

—Dios mío —murmuró después de un silencio la señora Hugon, a la vez que recobraba su bondad, es una equivocación enfadarse—. Es preciso que viva todo el mundo. Si nos encontramos con esa señora en el camino, no nos desviaremos para evitar saludarla.

Al levantarse de la mesa, aun riñó a la condesa Sabine por haberse hecho desear tanto aquel año. Pero la condesa se defendió culpando del retraso a su marido; por dos veces, a punto de partir y con las maletas listas, había dado contraorden, disculpándose con negocios urgentes; luego se decidió repentinamente y cuando el viaje parecía olvidado. Entonces la anciana contó que Georges también le había anunciado su llegada en dos ocasiones, sin aparecer, y que hacía dos días cayó por las Fondettes, cuando ya no lo esperaba.

Acababan de bajar al jardín. Los dos hombres, a derecha e izquierda de las señoras, las escuchaban, encogidos de hombros y callados.

—No importa —dijo la señora Hugon besando los cabellos rubios de su hijo—. Zizí ha sido muy amable viniendo a encerrarse en el campo con su madre... Este buen Zizí no me olvida nunca.

Por la tarde sintió cierta inquietud. Georges, que inmediatamente de dejar la mesa se había quejado de pesadez de cabeza, se dolió después de una jaqueca atroz. Hacia las cuatro quiso subir a acostarse, porque era el mejor remedio; cuando hubiese dormido hasta el día siguiente, se encontraría bien del todo. Su madre se empeñó en acostarlo ella misma, pero cuando salió de su habitación, Georges saltó de la cama para dar una vuelta a la cerradura, pretextando que se encerraba para que no fueran a molestarle, y gritó: «Buenas noches; hasta mañana, mamáita» con una voz animosa, prometiendo dormir de un tirón. No se volvió a acostar. Con rostro despejado y viva la mirada, se vistió de nuevo, sin hacer ruido, y luego esperó, inmóvil en una silla. Cuando llamaron a cenar, espío al conde Muffat, que se dirigía hacia el salón. Diez minutos más tarde, seguro de no ser visto, se deslizó sigilosamente por la ventana, ayudándose con la cañería de desagüe; su dormitorio, situado en el primer piso, daba a la trasera de la casa. Se arrojó sobre un macizo, salió del parque y atravesó varios campos corriendo, por el lado de la Choue, con el estómago vacío y el corazón saltándole de emoción. Anochece y una ligera lluvia empezaba a caer.

Era cierto que aquella misma tarde Nana debía llegar a la Mignotte. Desde que Steiner, en el mes de mayo, le había comprado aquella casa de campo, de vez en cuando sentía verdaderos deseos de ir a instalarse en ella, y no hacía más que suspirar, pero Bordenave siempre se oponía a cualquier despedida y se lo aplazaba

para setiembre, con el pretexto de que no podía reemplazarla por una doble, ni siquiera una noche, mientras se celebraba la Exposición. Y hacia finales de agosto, habló de octubre. Enfurecida entonces, Nana dijo que estaría en la Mignotte para el quince de setiembre, y para desafiar a Bordenave invitó delante de él a un montón de amigos.

Una tarde en que el conde Muffat, a quien resistía sabiamente, le suplicaba en su casa, sacudido por estremecimientos, que premiase sus ansias, le prometió que le complacería, pero en la finca, y a él también le señaló el día quince. Sin embargo, el doce se apoderó de ella la necesidad de marcharse en seguida, sola con Zoé. Tal vez Bordenave, prevenido, encontraría algún medio para retenerla, y le entusiasmaba plantarle allí, enviándole un certificado de su médico. Cuando la idea de llegar la primera a la Mignotte y vivir dos días sola, sin que nadie lo supiese, se le metió en la cabeza, no hizo más que apremiar a Zoé para que hiciese las maletas, la metió en un coche de alquiler, donde muy enternecida le pidió perdón y la abrazó. Fue en la cantina de la estación cuando decidió advertir a Steiner con una carta, en la que le rogaba que esperase un par de días para ir a reunirse con ella si quería encontrarla bien fresca. Y entusiasmada con otro proyecto, escribió una segunda carta en la que suplicaba a su tía que le llevase inmediatamente a Louiset. Aquello le sentaría tan bien a su pequeñín... ¡Y cómo se divertirían los dos bajo los árboles! Desde París a Orleáns, en el vagón, no hizo más que hablar de ello con los ojos húmedos, mezclando las flores, los pájaros y a su hijo en una crisis súbita de maternidad.

La Mignotte estaba a más de tres leguas. Nana perdió una hora en alquilar un carruaje, una gran calesa destartada, que rodaba lentamente con un ruido de chatarra. En seguida se apoderó del cochero, un vejete taciturno al que acosaba a preguntas. ¿Había pasado muchas veces por delante de la Mignotte? Entonces, ¿estaba detrás de aquel ribazo? Aquello debía de estar poblado de árboles, ¿verdad que sí? Y la casa, ¿se veía desde lejos? El viejecito sólo respondía con gruñidos. En la calesa, Nana bailaba de impaciencia, pero Zoé, enfadada por haber salido de París tan precipitadamente, permanecía tiesa y malhumorada. Como el caballo se detuvo de repente, Nana creyó que habían llegado. Asomó la cabeza por la ventanilla y preguntó:

—¿Qué? ¿Ya estamos?

Por toda respuesta, el cochero pegó un latigazo al caballo, que subió pesadamente una cuesta. Nana contemplaba con entusiasmo la llanura inmensa bajo el cielo gris, en el que se amontonaban grandes nubes.

—¡Oh...! Mira esto, Zoé; fíjate qué hierba. ¿Es trigo todo esto? ¡Dios mío, qué precioso!

—Ya se ve que la señora no es del campo —acabó por decir la criada con desdén—. Me harté de ver campo cuando estuve en casa del dentista, que tenía una finca en

Bougival... Hace frío esta tarde. Aquí hay mucha humedad.

Pasaban bajo los árboles. Nana olfateaba el aroma de las hojas como un perrillo. Bruscamente, en una revuelta del camino, descubrió el ángulo de una casa oculta entre el ramaje. Era tal vez aquélla, y entabló una conversación con el cochero, que siempre decía «no» con un movimiento de cabeza.

Luego, cuando bajaban por la otra vertiente del ribazo, se limitó a extender el látigo y murmuró:

—Allá abajo.

Nana se levantó y sacó el cuerpo por la ventanilla.

—¿Dónde?, ¿dónde? —gritó, pálida, no viendo nada todavía.

Al fin distinguió un trozo de muro. Entonces todo fueron gritos y brincos, y un arrebató de mujer desbordada por una viva emoción.

—Zoé, ¡la veo, la veo! Ponte al otro lado. ¡Oh! y tiene una terraza de ladrillos. Y allá un invernadero. Pero qué grande es. ¡Mira, Zoé, mira!

El coche se había detenido ante la verja. Se abrió una puertecita, y el jardinero, alto y seco, apareció con la gorra en la mano. Nana quiso revestirse de toda su dignidad, porque el cochero ya empezaba a reírse para sus adentros con los labios cerrados. Se contuvo para no correr, escuchó al jardinero, muy locuaz entonces, quien rogaba a la señora que disculpase el desorden, pues no había recibido la carta de la señora hasta aquella misma mañana; no obstante, Nana logró salir del barro, y andaba con tanta prisa que Zoé no podía seguirla. Al final de la alameda se detuvo un instante para envolver la casa con una mirada. Se trataba de un gran pabellón de estilo italiano, al lado del cual había otra construcción más pequeña, que un inglés rico, después de dos años de estancia en Nápoles, mandó levantar, y después no le gustó.

—Se la enseñaré a la señora —dijo el jardinero.

Pero ella ya se había adelantado y le gritaba que no se molestase, que ella recorrería, que así le agradaba más. Y sin quitarse el sombrero, fue de una estancia a otra, llamando a Zoé, haciéndole reflexiones de extremo a extremo de los pasillos, y llenando de gritos y de sus risas el vacío de aquella mansión deshabitada desde hacía varios meses. Primeramente el vestíbulo, un poco húmedo, pero aquello no tenía importancia, pues allí no se dormía. Muy elegante el salón, con sus ventanas abiertas sobre un prado; sólo el mobiliario rojo resultaba espantoso, pero lo cambiaría. En cuanto al comedor, ¡vaya comedor! ¡Qué fiestas daría en París si dispusiese de un comedor tan grande!

Cuando subía el primer piso, se acordó de que no había visto la cocina, y volvió a bajar lanzando exclamaciones, y Zoé tuvo que maravillarse ante la belleza del fregadero y la anchura del hogar, en el que se podría asar un cordero entero.

Cuando volvió a subir, se quedó entusiasmadísima con su dormitorio, una

habitación que un tapicero de Orleáns había decorado en cretona Luis XVI, de un rosa suave. ¡Qué bien! Allí debía de dormirse estupendamente. Un verdadero lecho de pensionada. A continuación había cuatro o cinco habitaciones para invitados, además de unas magníficas buhardillas, muy apropiadas para las maletas. Zoé, gruñendo, echando una ojeada fría a cada cuarto, se rezagaba detrás de Nana, y vio cómo desaparecía por una escalera empinada, la de los desvanes. Gracias. Ella no tenía deseos de romperse una pierna.

Pero llegó a sus oídos una voz lejana, como soplada por un tubo de chimenea:

—¡Zoé, Zoé! ¿Dónde estás? ¡Sube! ¡Oh, no puedes darte idea! ¡Es fantástico!

Zoé subió gruñendo. Encontró a la señora en el tejado, apoyada en la barandilla de ladrillos, contemplando el valle que se extendía a lo lejos. El horizonte era inmenso, pero unos vapores grises lo empañaban y el vendaval arrojaba finas gotas de lluvia. Nana tenía que sujetarse el sombrero con las dos manos para que no se lo arrebatara el viento, mientras sus faldas flotaban con crujidos de bandera.

—¡Ah, no! ¡Qué ocurrencia! —dijo Zoé apartando en seguida la cabeza—. Va a volar la señora... ¡Qué tiempo más perro!

La señora no la oía. Con la cabeza inclinada observaba la propiedad que se extendía a sus pies. Había unos siete u ocho acres de terreno protegido por una tapia. Entonces la vista del huerto la entusiasmó. Luego empujó a la doncella en la escalera, tartamudeando:

—¡Está lleno de coles...! Coles así de grandes. Y de lechugas, de acederas, de cebollas..., ¡de todo! Ven pronto.

La lluvia arreciaba. Nana abrió su sombrilla de seda blanca y corrió por las alamedas.

—¡La señora cogerá un resfriado! —gritaba Zoé permaneciendo tranquila bajo la marquesina del pórtico.

Pero la señora quería ver. A cada nuevo descubrimiento lanzaba sus exclamaciones.

—¡Zoé, espinacas! ¡Pero ven aquí! Alcachofas. Qué graciosas. ¿Florecen las alcachofas? Mira, ¿qué es esto de aquí? No conozco esto... Ven, Zoé; tú debes de conocerlo.

La doncella no se movía. Su señora tenía que estar chiflada. Ahora el agua caía a torrentes; la sombrilla de seda blanca ya estaba negra y no cubría a la señora, cuyo vestido chorreaba. Pero esto no la molestaba casi. Visitaba, bajo el diluvio, el huerto y los frutales, deteniéndose ante cada árbol e inclinándose sobre cada planta de legumbres. Luego corrió a echar una mirada al fondo del pozo, levantó una tabla para mirar lo que había debajo, y se absorbió en la contemplación de una calabaza. Sentía necesidad de recorrer todas las alamedas, de tomar posesión inmediata de cosas que soñaba en otros tiempos, cuando arrastraba sus zuecos de obrera por el empedrado de

París.

La lluvia arreciaba más, pero Nana no la sentía; sólo lamentaba que el día fuese tan corto. Ya no se veía bien, y tenía que tocar con los dedos para darse cuenta. De repente, en el crepúsculo, distinguió fresas. Entonces estalló su infantilidad:

—¡Fresas, fresas! Las hay, las huelo... ¡Zoé, trae un plato! Ven a coger fresas.

Y Nana, que estaba acurrucada en el barro, abandonó su sombrilla, recibiendo el agua a chorros. Cogía las fresas con las manos empapadas, entre las hojas. Zoé no traía el plato. Cuando Nana se incorporó, sintió miedo. Le pareció haber visto deslizarse una sombra.

—¡Una fiera! —exclamó.

Pero el estupor la dejó clavada en medio del caminillo. Era un hombre, al que reconoció en seguida.

—¡Cómo! Es Bebé. ¿Qué haces aquí, Bebé?

—Toma, pues he venido.

Nana estaba aturdida.

—¿Sabías mi llegada por el jardinero? ¡Pero este chiquillo...! Si está chorreando.

—Te diré: la lluvia me ha sorprendido por el camino. Y no he querido subir hasta Gumieres, y al atravesar la Choue he caído en un maldito charco.

De repente Nana se olvidó de las fresas. Temblaba y estaba conmovida. ¡El pobre Zizí en un charco! Se lo llevó a la casa hablando de encender un gran fuego.

—Sabes —murmuró él deteniéndose en la sombra—, me ocultaba porque tenía miedo de que me riñeses como en París, cuando voy a verte sin que me esperes.

Ella se echó a reír, sin responder, y le dio un beso en la frente. Hasta entonces lo había tratado como a un chiquillo, no tomando en serio sus declaraciones, divirtiéndose con él como con un hombrecito sin consecuencias.

Hubo mucho trabajo para instalarle. Ella quiso que se encendiese fuego en su habitación, pues allí estarían mejor. La presencia de Georges no sorprendió a Zoé, que ya estaba acostumbrada a toda clase de encuentros. Pero el jardinero, que subía la leña, se quedó parado al ver a aquel señor chorreando, seguro de no haberle abierto la puerta. Nana lo despachó; no tenían necesidad de él. Una lámpara iluminaba la estancia y el fuego llameaba, aumentando la claridad.

—No se secará y va a coger un catarro —dijo Nana viendo a Georges tiritando.

¡Y ni un pantalón de hombre! Estaba a punto de llamar al jardinero cuando tuvo una ocurrencia. Zoé, que deshacía las maletas en el cuarto de aseo, traía a la señora ropa para cambiarse: una camisa, enaguas, un peinador.

—¡Muy bien! —exclamó Nana—. Zizí puede ponerse esto, ¿no te desagradará lo mío? Cuando tus ropas estén secas, te las pondrás y te irás en seguida, para que no te riña tu mamá... Anda, date prisa, que yo también voy a cambiarme en el tocador. — Cuando diez minutos después reapareció en salto de cama, juntó las manos con

arrobamiento.

—¡Oh, qué guapo estás vestido de mujercita!

Georges se había puesto una camisa de dormir, un pantalón bordado y el peinador, un largo peinador de batista con encajes. Parecía una muchacha, con sus dos brazos desnudos de joven rubio, sus cabellos leonados todavía húmedos y cayéndole sobre el cuello.

—Si es tan delgado como yo —dijo Nana cogiéndole de la cintura—. Zoé, ven a ver cómo le sienta esto... ¡Si parece hecho para él! Aparte de la pechera, que es demasiado ancha... No tiene tanto como yo, este pobre Zizí.

—Estoy seguro que de... de eso me falta un poco —murmuró Georges sonriendo.

Los tres bromearon. Nana le abrochó el peinador de arriba abajo, para que estuviese decente. Le daba vueltas como a una muñeca, y golpecitos, y hacía ahuecar la falda por detrás. Y le preguntaba si se encontraba bien, si estaba caliente. ¡Pues claro que sí! ¡Muy bien! Nada más cálido que una camisa de mujer si pudiese, siempre la llevaría. Se movía dentro de ella feliz con la suavidad de la tela, con el abandono que olía, y donde creía encontrar un poco de la vida tibia de Nana.

Mientras, Zoé bajó las ropas mojadas a la cocina para que se secasen lo más pronto posible ante el fuego de sarmientos. Entonces Georges, estirado en un sillón, se atrevió a preguntar:

—Dime, ¿tú no cenas esta noche...? Me muero de hambre. No he cenado.

Nana se enfadó. Vaya una tontería, escaparse de casa de mamá con el estómago vacío, y para ir a caer en un charco. Pero ella también tenía el estómago en los talones. ¡Claro que había que comer! Sólo que comerían lo que pudiesen. Y se improvisó, sobre un velador acercado al fuego, la cena más divertida. Zoé corrió a casa del jardinero, que había preparado una sopa de coles, para el caso de que la señora no cenase en Orleáns antes de llegar, y la señora se había olvidado de decirle en la carta lo que debía preparar.

Afortunadamente la bodega estaba bien surtida. Comieron, pues, una sopa de coles con un trozo de tocino; luego, revolviendo en una bolsa, Nana encontró un montón de provisiones que se había llevado por precaución: un pastelillo de nata, un paquete de caramelos y naranjas. Comieron como ogros, con un apetito de veinte años, como camaradas bien avenidos. Nana le decía a Georges: «¡Querida mía!» lo que le parecía más familiar y cariñoso. De postre, para no importunar a Zoé, vaciaron con la misma cuchara, cada uno a su vez, un tarro de confitura que hallaron en un armario.

—Querida mía —dijo Nana retirando el velador—, hace diez años que no cenaba tan bien.

No obstante, se hacía tarde y quería despachar al pequeño por miedo a que le reprendieran. Él repetía que tenía tiempo. Además, las ropas no se secaban, y Zoé

anunció que aún tenía para una hora, y como se dormía de pie, cansada del viaje, Nana le dijo que se acostase. Entonces se quedaron solos en la silenciosa casa.

Aquella fue una velada muy dulce. El fuego era ya brasa, se ahogaban un poco en la gran habitación azul, donde Zoé había hecho la cama antes de subir. Nana, debido al excesivo calor, se levantó para abrir un instante la ventana, y exclamó al mirar afuera:

—¡Dios mío, qué hermoso! Mira, querido.

Georges acudió, y como si la barra de apoyo le pareciese demasiado corta, cogió a Nana por la cintura y apoyó su cabeza en el hombro de ella. El tiempo había cambiado bruscamente, y un cielo puro se entreabría a la vez que una luna redonda iluminaba el campo con un manto dorado. Era una paz soberana, un ensanchamiento del valle abriéndose sobre la inmensidad de la llanura, donde los árboles formaban islotes de sombra en el inmóvil lago de claridad. Y Nana, enternecida, se sentía pequeña, niña otra vez. Había soñado en noches como aquella en una época de su vida que ya no recordaba. Todo lo que le sucedía desde que bajó del carruaje, aquella campiña tan grande, aquellas hierbas que olían tan fuerte, aquella casa, aquellas legumbres, todo la trastornaba hasta parecerle que había abandonado París hacía veinte años. Su existencia de ayer estaba lejana... Sentía cosas que antes ignoraba.

Georges, no obstante, le daba en el cuello besitos cariñosos, lo que aumentaba su turbación. Con mano temblorosa, ella lo rechazaba como a un niño que cansa con sus ternuras, y repetía que debía marcharse. Él no decía que no, sino que se iría en seguida.

Luego un pajarillo cantó y calló al momento. Era un petirrojo, posado en un sauce, bajo la ventana.

—Espera —dijo Georges— la lámpara le asusta; voy a apagarla.

Y cuando volvió a cogerla de la cintura, añadió:

—La encenderemos dentro de un rato.

Entonces, escuchando al petirrojo, mientras el muchacho la estrechaba, Nana se acordó... Sí, era en las novelas donde había visto todo aquello. En otros tiempos hubiese dado el corazón por tener una luna semejante, y petirrojos, y un hombrecito enamorado. ¡Dios mío! Habría llorado, de tan hermoso y agradable que le parecía esto. Seguro que ella había nacido para vivir decentemente. Rechazaba a Georges, que se enardecía.

—No; déjame, no quiero... Sería una infamia a tu edad... Escucha, seré tu otra mamá.

Sentía pudor. Estaba hecha una grana. No obstante, nadie podía verla; la habitación se oscurecía en torno a ellos, mientras el campo desarrollaba el silencio y la inmovilidad de su soledad. Jamás había sentido ella semejante vergüenza. Poco a poco se sentía sin fuerzas, pese a sus escrúpulos y sus negativas. Aquel disfraz,

aquella camisa de mujer y aquel peinador, aún la hacían reír... Era como una amiga que la cosquillease.

—¡Oh, no...! No debe ser, no puede ser —balbuceó después de un último esfuerzo.

Y cayó como una virgen en los brazos de aquel adolescente, frente a la hermosa noche. La casa dormía.

Cuando al día siguiente sonó la campanilla para el almuerzo en las Fondettes, la mesa del comedor ya no resultaba demasiado grande. Un primer coche había traído juntos a Fauchery y Dagueuet, y tras ellos, en el tren siguiente, acababa de llegar el conde de Vandevres. Georges bajó el último, un poco pálido y los ojos apagados. Decía que estaba mucho mejor, pero que aún continuaba aturrido por la violencia de la crisis. La señora Hugon, que le miraba a los ojos con una sonrisa inquieta, removía sus cabellos mal peinados aquella mañana mientras él retrocedía, como fastidiado por semejante caricia. En la mesa, ella bromeó afectuosamente con Vandevres, diciendo que le esperaba desde hacía cinco años.

—En fin, ya está aquí... ¿Cómo lo ha hecho?

Vandevres siguió el tono jocosos y contó que había perdido un dineral jugando la víspera en el círculo. Entonces salió de París con la idea de desquitarse en provincias.

—Seguro que sí, si encontrase una heredera por esta región. Aquí debe de haber mujeres deliciosas.

La anciana señora agradecía también a Dagueuet y a Fauchery que hubiesen aceptado la invitación de su hijo, cuando tuvo la mayor sorpresa al ver que llegaba el marqués de Chouard en un tercer carruaje.

—Vaya —exclamó—, es un día de citas. Se han dado el santo y seña... ¿Qué sucede? Hace años que no he podido reunirlos, y ahora caen todos a la vez... ¡Oh! no me quejo.

Se añadió un cubierto. Fauchery estaba al lado de la condesa Sabine, quien le sorprendía con su viva jovialidad después de haberla visto tan lánguida en el severo salón de la calle Miromesnil. Dagueuet, sentado a la izquierda de Estelle, parecía muy inquieto ante la proximidad de aquella muchacha alta y muda, cuyos codos puntiagudos le eran desagradables. Muffat y Chouard habían cambiado una mirada socarrona, mientras Vandevres proseguía con la broma de su próximo matrimonio.

—A propósito de señoras —dijo la señora Hugon— tengo una nueva vecina que ustedes deben de conocer.

Y nombró a Nana. Vandevres fingió el más completo asombro.

—¿Cómo? ¿La propiedad de Nana está cerca de aquí?

Fauchery y Dagueuet también expresaron su sorpresa. El marqués de Chouard comía una pechuga de ave sin que pareciese comprender nada. Ninguno de los hombres sonrió.

—Sin duda —prosiguió la anciana señora— esa persona llegó ayer tarde a la Mignotte, como les decía. Lo he sabido esta mañana por el jardinero.

De repente aquellos señores no parecieron ocultar su auténtica sorpresa. Todos levantaron la cabeza. ¿Cómo? ¿Había llegado Nana? Pero si ellos no la esperaban hasta el día siguiente, y creían adelantarse a ella.

Sólo Georges permaneció con las cejas bajas, mirando su vaso, pareciendo dormir con los ojos abiertos, y vagamente risueño.

—¿Sigues encontrándote mal, mi Zizí? —le preguntó su madre, que no le quitaba ojo.

Se estremeció y sonrojándose le respondió que estaba bien; aún conservaba esa fisonomía lánguida y no saciada de muchacha que ha bailado mucho.

—¿Qué tienes en el cuello? —le preguntó la señora Hugon asustada—. Lo tienes encarnado.

Se turbó y balbuceó. No lo sabía, no tenía nada en el cuello. Luego, subiéndose el cuello de la camisa, recordó:

—Ah, sí... Es una picadura de mosquito.

El marqués de Chouard había mirado de soslayo la encarnadura. Muffat también miró a Georges. Al terminar el almuerzo, proyectaron una excursión. Fauchery estaba cada vez más conmovido por las risas de la condesa Sabine. Cuando le pasaba una fuente de frutas, sus manos se rozaron, y ella le miró un segundo de una manera tan fija que de nuevo pensó en aquella confidencia recibida en una velada de borrachos. Luego, no era la misma; algo se acusaba más en ella, y su vestido de seda gris, flojo en los hombros, ponía un abandono en su elegancia fina y nerviosa.

Al levantarse de la mesa, Daguenet se quedó atrás con Fauchery para bromear crudamente acerca de Estelle, «una bonita escoba para echarla en manos de un hombre». No obstante, se quedó serio cuando el periodista le dijo cuál era su dote: cuatrocientos mil francos.

—¿Y la madre? —preguntó Fauchery—. Muy elegante.

—Ésa, lo que ella quiera. Pero no hay nada que hacer, amigo.

—Bah... Quién sabe. Habría que verlo.

Ese día no se podía salir, pues seguía lloviendo a cántaros. Georges se apresuró a desaparecer, encerrándose con doble vuelta de llave en su habitación. Los demás señores evitaron darse mutuas explicaciones, aun cuando ninguno de ellos se engañaba acerca de los motivos que los reunían allí. Vandeuvres, muy maltratado por el juego, había tenido realmente la idea de ponerse a cubierto, y contaba con la vecindad de una amiga para no aburrirse demasiado.

Fauchery, aprovechando las vacaciones que le daba Rose, muy ocupada entonces, se proponía intentar una segunda crónica con Nana en el caso de que la campaña los entermeciese a los dos. Daguenet, que estaba ofendido desde lo de Steiner, pensaba

reanudar su trato y recoger algunas dulzuras si se presentaba la ocasión. En cuanto al marqués de Chouard, esperaba su hora. Pero entre todos aquellos señores que siguieron las huellas de Venus, aún mal lavado su colorete, Muffat era el más enardecido, el más atormentado por sus nuevas sensaciones de deseo, de miedo y de cólera.

Él tenía una promesa formal: Nana le esperaba. ¿Por qué, pues, había partido ella dos días antes? Decidió presentarse aquella misma noche, después de cenar, en la Mignotte.

Al anoecer, cuando el conde salía del parque, Georges se escapó detrás de él. Le dejó seguir la carretera de Gumieres, atravesó la Choue, y cayó en casa de Nana, jadeante, furioso y con los ojos llenos de lágrimas.

¡Ah! Ahora lo comprendía bien; aquel viejo que estaba en camino acudía a una cita. Nana, estupefacta por aquella escena de celos, conmovida al ver el giro que tomaban las cosas, lo cogió en sus brazos y lo consoló como mejor pudo. Pues no, él se equivocaba; ella no esperaba a nadie, y si aquel señor se presentaba, no era culpa suya. ¡Qué tonto este Zizí tomándose un disgusto por nada! Por la salud de su hijo juraba que no amaba más que a su Georges. Y lo besaba enjugando sus lágrimas.

—Escucha, vas a ver como todo es para ti —repuso Nana cuando estuvo más tranquilo—. Steiner ha llegado, está arriba. A ése, querido mío, sabes que no puedo echarlo a la calle.

—Sí, ya sé; no hablo de ése —murmuró el muchacho.

—Pues bien, le he destinado la habitación del fondo, diciéndole que estoy enferma. Está deshaciendo su maleta... Como nadie te ha visto, sube a esconderte en mi dormitorio y espérame.

Georges le saltó al cuello. Así pues, era cierto: ella le amaba un poco. Entonces, ¿como ayer? Apagarían la lámpara y permanecerían en la oscuridad hasta que amaneciese. Luego, ante el sonido de la campanilla, escapó con ligereza. Arriba, en la habitación, se quitó inmediatamente los zapatos para no hacer ruido; después se tendió en el suelo, detrás de una cortina, esperando con paciencia.

Nana recibió al conde Muffat, aún conmovida y presa de cierta turbación. Le había hecho una promesa y hasta le habría gustado cumplir su palabra, porque aquel hombre le parecía serio. Pero la verdad, ¿quién podría prever las historias de la víspera? Aquel viaje, aquella casa que no conocía, aquel muchacho que llegaba mojado... ¡Y qué hermoso le había parecido todo! ¡Sería estupendo continuarlo! Tanto peor para el conde. Desde hacía tres meses le mantenía a raya, jugando a la mujer decente para enardecirlo más. Pues que continuase esperando, que se fuera si aquello no le convenía. Renunciaría a todo antes que engañar a su Georges.

El conde se había sentado con el aire ceremonioso de un vecino de campo en visita. Sólo las manos le temblaban. En aquella naturaleza sanguínea, virgen hasta

entonces, el deseo, azotado por la sabia táctica de Nana, le producía terribles trastornos. Aquel hombre tan serio, aquel chambelán que atravesaba con paso digno los salones de las Tullerías, mordía por las noches su almohada y sollozaba desesperado, evocando siempre la misma imagen sensual. Pero esa vez estaba dispuesto a concluir. Durante el camino, en la gran paz del crepúsculo, había imaginado brutalidades. E inmediatamente, tras las primeras palabras, quiso coger a Nana con las dos manos.

—No, no; sea prudente —dijo ella con sencillez y sonriendo sin enfadarse.

La volvió a coger, apretados los dientes, y como ella se debatiese, fue grosero y le recordó crudamente que venía para acostarse con ella. Nana, sin dejar de sonreír, le sujetaba las manos y le tuteó para suavizar la negativa.

—Vamos, querido; estáte tranquilo... La verdad es que no puedo. Steiner está arriba.

Pero él estaba como loco. Nana jamás había visto a un hombre en estado semejante. El miedo se apoderaba de ella; le puso los dedos en la boca para ahogar sus gritos, y, bajando la voz, le suplicó que se callase, que la dejara.

Steiner bajaba. ¡Aquello era estúpido! Cuando Steiner apareció, oyó a Nana, cómodamente instalada en su sillón, que decía:

—Yo adoro la campiña...

Volvió la cabeza, interrumpiéndose.

—Querido, es el conde Muffat, que ha visto la luz mientras se paseaba y quiso entrar a saludarnos.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Muffat permaneció un instante sin hablar, la cara oculta en la sombra. Steiner parecía de mal humor. Se habló de París; los negocios no marchaban, en la Bolsa hubo grandes bajas... Al cabo de un cuarto de hora el conde se despidió. Y como la joven señora lo acompañaba, le pidió, sin obtenerla, una cita para la noche siguiente. Steiner, casi inmediatamente, subió a acostarse, gruñendo contra las eternas indisposiciones de las muchachas. ¡Por fin había despachado a los dos viejos!

Cuando Nana pudo ir a reunirse con Georges, lo encontró detrás de la cortina, muy apacible. La habitación estaba a oscuras. Él la obligó a sentarse en el suelo, a su lado, y jugaron a revolcarse, deteniéndose, ahogando sus risas con sus besos, cuando daban contra un mueble con sus pies descalzos.

A lo lejos, por el camino de Gumieres, el conde Muffat se iba lentamente, el sombrero en la mano, bañando su cabeza ardiente en el frescor y el silencio de la noche.

Durante los días siguientes la vida fue adorable. Nana, en los brazos del jovencito, volvía a encontrar sus quince años. Bajo las caricias de aquella adolescencia, una flor de amor volvía a florecer en ella, entre la costumbre y el hastío

del hombre. La sobrecogían sonrojos súbitos, una emoción que la dejaba estremecida, una necesidad de reír y de llorar, toda una virginidad inquieta, atravesada de deseos que la avergonzaban. Jamás había sentido nada semejante. El campo la inundaba de ternura. De pequeña había deseado mucho tiempo vivir en un prado, con una cabra, porque un día, en el declive de las fortificaciones, había visto una cabra que balaba sujeta a una estaca. Ahora, aquella propiedad, toda aquella tierra suya, la hinchaba de una emoción desbordante, al punto de que sus ambiciones se veían colmadas con exceso. Había vuelto a las sensaciones nuevas de una chiquilla, y por la noche, cuando aturdida por su jornada vivida al aire libre, embriagada por el aroma de las hojas, subía a reunirse con su Zizí, oculto detrás de la cortina, aquello le parecía la escapada de una colegiala en vacaciones, un amor con un primo con quien debía casarse, temblando al menor ruido, temiendo que sus padres los oyesen, saboreando los titubeos deliciosos y las voluptuosidades espantosas de una primera falta.

Nana tuvo, en aquellos momentos, fantasías de jovencita sentimental. Miraba la luna durante horas. Una noche quiso bajar al jardín con Georges, cuando toda la casa dormía, y se pasearon bajo los árboles, los brazos en la cintura, y fueron a acostarse sobre la hierba, donde el rocío los empapó.

Otra vez, en el dormitorio y después de un silencio, sollozó sobre el cuello del muchacho, balbuciendo que tenía miedo de morir. A menudo cantaba a media voz un romance de la señora Lerat, lleno de flores y de pájaros, enterneciéndose hasta llorar, e interrumpiéndose para tomar a Georges en un arranque de pasión y exigirle juramentos de amor eterno. Por último, se volvía necia, como ella misma reconocía, cuando ambos, convertidos en camaradas, fumaban cigarrillos al borde de la cama, las piernas desnudas y golpeando la madera con los talones.

Pero lo que acabó por deshacer el corazón de Nana fue la llegada de Louiset. Su crisis de maternidad tuvo la violencia de un ataque de locura. Se llevaba a su hijo al sol para verle patear se echaba con él en la hierba, después de haberlo vestido como un pequeño príncipe. En seguida quería que durmiese cerca de ella, en la habitación contigua, donde la señora Lerat, muy impresionada por la campiña, roncaba desde que se acostaba. Y Louiset no incomodaba lo más mínimo a Zizí, sino al contrario. Ella decía tener dos niños, y los confundía en el mismo capricho de ternura. Por la noche, más de diez veces abandonaba a Zizí para ver si el pequeño respiraba bien, pero cuando regresaba volvía a envolver a Zizí con el resto de sus caricias maternas, y hacía de mamá; él, mientras, vicioso, feliz por hacerse el niño en brazos de aquella muchacha mayor, se dejaba acunar como un bebé. Tan hermoso era aquello, que Nana, encantada con semejante existencia, le propuso seriamente no abandonar nunca más la campiña. Despedirían a todo el mundo, vivirían solos; él, ella y Louiset. Y así concibieron infinidad de proyectos hasta el amanecer, sin oír a la señora Lerat, que roncaba de firme, cansada por haber cogido flores silvestres.

Esta bonita vida duró más de una semana. El conde Muffat acudía todas las tardes, y se volvía con la cara hinchada y las manos temblorosas. Una tarde ni siquiera fue recibido; Steiner, que debía marcharse a París, le dijo que la señora estaba enferma. Nana se sublevaba cada día más ante la idea de engañar a Georges. ¡Un muchacho tan inocente y que creía en ella! Se consideraría como la última de las últimas. Aquello le hubiera quitado hasta el apetito. Zoé, que muda y desdeñosa asistía a la aventura, pensaba que su señora se volvía tonta.

Al sexto día una bandada de visitantes cayó de improviso en medio de aquel idilio. Nana había invitado a muchos amigos, creyendo que no acudirían. Así pues, una tarde se quedó estupefacta y muy contrariada al ver a un ómnibus detenerse ante la verja de la Mignotte.

—¡Somos nosotros! —gritó Mignon, que fue el primero en saltar del carruaje, sacando a sus hijos, Henri y Charles.

Labordette apareció a continuación dando la mano a un desfile interminable de mujeres: Lucy Stewart, Caroline Héquet, Tatan Néné, María Blond.

Nana creyó que aquello había acabado cuando Héctor de la Faloise saltó al estribo para recibir en sus brazos temblorosos a Gagá y a su hija Amélie. En total eran once personas. La instalación de todas fue laboriosa. En la Mignotte sólo había cinco habitaciones para invitados, una de las cuales ya estaba ocupada por la señora Lerat y Louiset. Se dio la mayor a la pareja Gagá y Héctor, diciendo que Amélie dormiría en un catre en el tocador contiguo. Mignon y sus dos hijos obtuvieron la tercera alcoba y Labordette la cuarta. Quedaba una pieza que transformaron en dormitorio con cuatro camas para Lucy, Caroline, Tatan y María. En cuanto a Steiner, dormiría en el diván del salón. Al cabo de una hora, cuando todo el mundo estuvo instalado, Nana, en un principio furiosa, estaba encantada en su papel de castellana.

Aquellas mujeres la felicitaron por la Mignotte. «¡Una propiedad soberbia, querida mía!» Luego le soltaron una bocanada de aire de París, los chismorreos de la última semana, hablando todas a la vez, con sus risas, exclamaciones y golpecitos. A propósito, y Bordenave, ¿qué había dicho de su fuga? Pues no mucho. Después de haber despotricado, diciendo que la haría prender por los gendarmes, la sustituyó aquella misma noche; incluso la doble, la pequeña Violaine, obtenía un bonito éxito con La Venus Rubia. La noticia no le hizo gracia a Nana.

Como no eran más que las cuatro, se habló de dar un paseo.

—Vosotros no sabréis —dijo Nana— pero cuando llegásteis me iba a recoger patatas.

Entonces todos quisieron ir a recoger patatas y sin cambiarse de ropa. Fue una excursión. El jardinero y los dos ayudantes estaban ya en el campo, al final de la propiedad. Las mujeres se pusieron de rodillas, escarbando la tierra sin quitarse las sortijas y chillando cada vez que encontraban una patata grande. Les parecía tan

divertido aquello... Tatan Néné triunfó, pues de moza había ido muchas veces a los patatares, y en vez de explicarles a las demás cómo debían recogerlas, les decía que eran muy burras. Los señores se lo tomaban con más calma. Mignon, con su aspecto de buena persona, aprovechaba aquella estancia en el campo para completar la educación de sus hijos, y les hablaba de Parmentier, el introductor de la patata en Europa.

La cena fue de loca alegría. Devoraban. Nana, muy animada, se deshizo en elogios de su mayordomo, quien había servido al obispo de Orleáns. Durante el café las señoras fumaron. Un ruido de regocijo extremado se escapaba por las ventanas, para morir en la lejanía, en la serenidad de la noche, mientras que los campesinos, rezagados entre los setos, volvían la cabeza y miraban a la casa resplandeciente.

—Es una lástima que os vayáis pasado mañana —dijo Nana—. De todas maneras, trataremos de organizar algo.

Y se decidió que irían al día siguiente, domingo, a visitar las ruinas de la antigua abadía de Chamont, que estaba a siete kilómetros. Cinco coches llegarían de Orleáns para recogerlos después del almuerzo y los devolverían a la Mignotte a la hora de cenar, a las siete. Sería encantador.

Aquella noche, como de costumbre, el conde Muffat subió el ribazo para llamar a la verja. Pero le asombraron el resplandor de las ventanas y las carcajadas. Lo comprendió todo al reconocer la voz de Mignon, y se alejó rabioso contra aquel nuevo obstáculo, dispuesto a cualquier violencia.

Georges, que pasaba por una puertecita de la que tenía la llave, subió tranquilamente al dormitorio de Nana, deslizándose a lo largo de las paredes. Sólo que tuvo que esperar hasta más de medianoche. Cuando ella apareció estaba muy bebida y más maternal que de costumbre, pues cuando bebía se ponía tan tierna que era insoportable. Y se le antojó que la acompañase a la abadía de Chamont. Él se resistía por miedo a que le viesan en el carruaje con ella, lo que traería un formidable escándalo. Pero Nana se deshizo en lágrimas, presa de una desesperación ruidosa de mujer sacrificada, y el joven la consoló, prometiéndole formalmente que sería de la partida.

—Entonces, ¿me amas mucho? —tartamudeó ella—. Repite que me amas mucho. Dilo, mi lobo querido. Si yo muriese, ¿te causaría mucha pena?

En las Fondettes, la vecindad de Nana trastornaba la casa. Cada mañana, durante el almuerzo, la buena señora Hugon volvía, a pesar suyo, al tema de aquella mujer, y contaba lo que su jardinero le decía, sintiendo esa especie de obsesión que ejercen las ramerías sobre las burguesas más dignas. Ella, tan tolerante, estaba desesperada, con el vago presentimiento de una desgracia que la espantaba, por la noche, como si hubiese conocido en la región la presencia de una fiera escapada de cualquier jaula. Discutía con sus huéspedes, acusándolos a todos de rondar la finca de la Mignotte. Se

había visto al conde de Vandeuves bromeando con una señora sin sombrero en medio de la carretera, pero él se defendía y renegaba de Nana, pues, en efecto, era Lucy quien lo acompañaba para contarle cómo acababa de despedir a su tercer príncipe.

El marqués de Chouard salía todos los días, y hablaba de un consejo del médico. Con Daguinet y Fauchery, la señora Hugon era injusta. Sobre todo el primero no abandonaba las Fondettes, renunciando a su proyecto de reanudar relaciones, para demostrarle a Estelle su más afectuoso respeto. Fauchery hacía lo mismo con la señora Muffat. Sólo una vez había encontrado en un sendero a Mignon, con los brazos llenos de flores y dando un curso de botánica a sus hijos. Se habían estrechado la mano, dándose noticias de Rose, quien se encontraba perfectamente; cada uno había recibido una carta de ella rogándoles que aprovecharan algún tiempo los aires del campo.

De todos sus huéspedes, la señora Hugon descartaba al conde Muffat y a Georges; el conde, que pretendía tener grandes negocios en Orleáns, no podía perderse en devaneos, y en cuanto a Georges, el pobrecito muchacho ya empezaba a inquietarla, porque cada tarde le daban terribles jaquecas que le obligaban a acostarse en pleno día.

Mientras tanto, Fauchery se convirtió en el acompañante habitual de la condesa Sabine, y el conde se ausentaba todas las tardes. Cuando iban al extremo del parque le llevaba su silla de tijera y su sombrilla. Por otra parte, la divertía con su ingenio barroco de periodista, empujándola a una de esas intimidades súbitas que autoriza el campo. Ella había parecido entregarse inmediatamente, despertada a una nueva juventud, en compañía de aquel mozo de ingenioso humor que parecía que no podía comprometerla. Y a veces, cuando se encontraban solos durante un segundo tras un matorral, sus ojos se buscaban; se detenían en lo mejor de su alegría, bruscamente serios y con una mirada fija, como si se hubiesen comprendido y compenetrado.

El viernes, a la hora del almuerzo, hubo que poner otro nuevo cubierto. El señor Théophile Venot, que la señora Hugon recordó haber invitado el invierno último en casa de los Muffat, acababa de llegar. Encorvaba la espalda y fingía una bondad insignificante, sin dar muestras de advertir la inquieta diferencia que le testimoniaban. Cuando hubo conseguido que le olvidasen, mientras mordisqueaba trocitos de azúcar en los postres, examinaba a Daguinet, que pasaba fresas a Estelle y escuchaba a Fauchery, quien contaba una anécdota que divertía mucho a la condesa. Cuando le miraban, sonreía con gesto apacible. Al levantarse de la mesa, cogió del brazo al conde y se lo llevó hacia el parque. Se sabía que ejercía una gran influencia sobre el conde después de la muerte de su madre. También se contaban historias extrañas respecto al dominio que siguió teniendo en la casa el antiguo abogado. Fauchery, a quien sin duda molestaba su llegada, contaba a Georges y a Daguinet los

orígenes de su fortuna: un gran proceso que en otros tiempos le confiaron los jesuitas; según él, aquel buen hombre, un terrible señor con su cara dulce y fofa, participaba en todos los enredos de la clerigalla.

Los dos jóvenes se pusieron a bromear, porque le encontraban al vejete aire de idiota. Además, aquella idea de un Venot desconocido, de un Venot gigantesco, instrumento para el clero, les parecía una divertida invención. Pero se callaron cuando el conde Muffat reapareció, siempre del brazo del buen hombre, muy pálido y con los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado.

—Seguramente habrán hablado del invierno —murmuró Fauchery en tono zumbón.

La condesa Sabine, que lo oyó, volvió lentamente la cabeza, y sus ojos se encontraron, en una de esas penetrantes miradas con las que se sondea prudentemente antes de arriesgarse.

Después de almorzar acostumbraban a dirigirse al extremo del parterre, donde había un mirador que dominaba la llanura.

La tarde de aquel domingo era de una exquisita tibieza. Hacia las diez habían temido que lloviese, pero el cielo, sin despejarse, se fundió en una especie de neblina lechosa, un polvillo luminoso dorado de sol.

La señora Hugon propuso entonces descender por la puertecilla del mirador y dar un paseo a pie, hacia la parte de Gumieres, hasta la Choue, pues a ella le gustaba caminar, aún muy ágil para sus sesenta años. Además, todo el mundo convino en que no se necesitaba coche. Así llegaron, un poco a la desbandada, hasta el puente de madera que cruzaba el río. Fauchery y Dagueuet abrían la marcha y Muffat acompañaba a las señoras; el conde y el marqués seguían detrás con la señora Hugon, y Vandevres, con semblante correcto y aburrido, les seguía a todos, fumándose un cigarro. El señor Venot, acortando o alargando el paso, iba de un grupo a otro con su sonrisa, como para oírlo todo.

—¡Y ese pobre Georges está en Orleáns! —repetía la señora Hugon—. Ha querido consultar al anciano doctor Tavernier, que nunca sale de su casa, sobre sus jaquecas. Sí, ustedes aún estaban en la cama cuando se fue a las siete. Pero eso siempre le distraerá.

Se interrumpió para decir:

—Vaya, ¿qué sucede para que se detengan en el puente?

En efecto, las señoras, Dagueuet y Fauchery se habían parado en la entrada del puente, dudando, como si un obstáculo les inquietase. No obstante, el camino estaba libre.

—¡Adelante! —gritó el conde.

No se movieron, mirando algo que se acercaba y que los otros aún no podían ver. El camino hacía un recodo, bordeado por un telón de álamos. Un rumor sordo iba

creciendo, ruido de coches mezclados con carcajadas y chasquidos de látigo. Y, de repente, cinco coches aparecieron en fila, atestados hasta romper las ballestas y animados por un espesor de atuendos claros, azules y rosas.

—¿Qué es eso? —dijo la señora Hugon sorprendida.

Luego lo sintió, lo adivinó y se sublevó ante semejante invasión de su camino.

—¡Oh, esa mujer! —murmuró—. Seguid, seguid como si no los vieses.

Pero ya no había tiempo. Los cinco coches, que conducían a Nana y sus amistades a las ruinas de Chamont, entraban en el puentecito de madera. Fauchery, Daguenet y las señoras que iban con Muffat tuvieron que retroceder, y la señora Hugon y los demás también se detuvieron, escalonados a lo largo del camino. Fue un soberbio desfile. Las risas habían cesado en los coches y los rostros se volvieron con curiosidad. Se miraron frente a frente, en medio de un silencio que sólo interrumpía el trote cadencioso de los caballos.

María Blond y Tatan Néné, recostadas como duquesas en el primer coche, ahuecaban las faldas por encima de las ruedas y tenían miradas desdeñosas para aquellas mujeres honradas que iban a pie. A continuación Gagá llenaba una banqueta, ahogando a su lado a Héctor de la Faloise, del que sólo se veía su inquieta nariz.

Después seguían Caroline Héquet con Labordette, Lucy Stewart con Mignon y sus hijos, y al final, ocupando una victoria con Steiner, iba Nana, que llevaba ante sí, sentado en banquillo plegable, al pobre pequeño Zizí, que hundía las rodillas entre las suyas.

—Es la última, ¿verdad? —preguntó tranquilamente la condesa a Fauchery, simulando no reconocer a Nana.

La rueda de la victoria casi la rozó, sin que ella diese un paso atrás. Las dos mujeres habían cambiado una profunda mirada, uno de esos exámenes de un segundo, completos y definitivos. Los hombres, por su parte, se portaron dignamente. Fauchery y Daguenet, muy fríos, no reconocieron a nadie. El marqués, ansioso, temiendo una broma por parte de aquellas señoras, había cortado una brizna de hierba que retorció entre sus dedos. Sólo Vandeuves, que permanecía un poco apartado, saludó con los ojos a Lucy, que le sonrió al cruzarse.

—¡Cuidado! —recomendó el señor Venot, de pie tras el conde Muffat.

Éste, trastornado, seguía con los ojos aquella visión de Nana que corría ante él. Su mujer, lentamente, se había vuelto y lo observaba. Entonces miró al suelo, como si en su galope los caballos se le llevasen la carne y el corazón.

Hubiera gritado de dolor, porque acababa de comprenderlo todo al ver a Georges pegado a las faldas de Nana. ¡Un chiquillo! Le desgarraba que pudiese preferir a un niño. Steiner le daba igual, ¡pero aquel chiquillo...!

Sin embargo, la señora Hugon no había reconocido a Georges en un principio. Él, al atravesar el puente, hubiera saltado al río si las rodillas de Nana no le hubiesen

retenido. Entonces helado, blanco como el papel, se mantuvo muy tieso, no miró a nadie. Acaso no le viesen.

—¡Ah, Dios mío! —dijo de pronto la anciana—. ¡Es Georges quien va con ella!

Los coches habían cruzado por entre aquel grupo de personas que se conocían y no se saludaban. Aquel delicado encuentro, tan rápido, parecía haberse eternizado. Y ahora las ruedas llevaban más alegremente por la dorada campiña a aquellas carretas de ramerazas azotadas por el aire; los extremos de sus vivos tocados flotaban, las risas volvieron a empezar, entre bromas y miradas atrás, hacia aquellas personas decentes que permanecían a la orilla del camino con gesto contrariado. Nana, al volver el rostro, pudo ver a los paseantes que vacilaban y luego retrocedían sobre sus pasos, sin atravesar el puente. La señora Hugon se apoyaba en el brazo del conde Muffat, muda y tan triste que nadie se atrevía a consolarla.

—Dime —gritó Nana a Lucy, que se asomaba en el coche vecino— ¿has visto a Fauchery, querida? ¡Menuda pieza! Me lo pagará. Y Paul, un muchacho con quien he sido tan buena. Ni siquiera una seña. ¡Vaya educación!

E hizo una escena a Steiner, quien encontraba muy correcta la actitud de aquellos señores. Entonces, ¿ellas no se merecían un sombrero? ¿Podía insultarlas el primer tipejo que apareciese? Gracias, él también era muy educado. A la mujer nunca se le niega un saludo.

—¿Quién era la alta? —preguntó Lucy a voces.

—La condesa Muffat —respondió Steiner.

—Me lo suponía —repuso Nana—. Pues, querido, para ser condesa, no es gran cosa... Sí, sí, no es gran cosa... Ya sabe, yo tengo ojo. Ahora conozco a vuestra condesa como si la hubiera parido. ¿Quiere apostar que se acuesta con esa víbora de Fauchery? Les digo que se acuesta. Eso es algo que se huele entre mujeres.

Steiner se encogió de hombros. Desde la víspera su mal humor no hacía más que aumentar había recibido unas cartas que le obligaban a partir al día siguiente; además, no era divertido ir al campo para dormir en el diván del salón.

—¡Y este pobre Bebé! —repuso Nana súbitamente enternecida al darse cuenta de la palidez de Georges, que se había quedado tieso y con la respiración cortada.

—¿Crees que mi mamá me ha reconocido? —balbuceó finalmente.

—Sí, casi seguro. Ha gritado. También es culpa mía. No querías ser de la partida y yo te he obligado... Oye, Zizí, ¿quieres que escriba a tu madre? Tiene aspecto respetable. Le diré que nunca te había visto, que ha sido Steiner quien te ha traído hoy por primera vez.

—No, no; no escribas —dijo Georges muy inquieto—. Ya lo arreglaré yo mismo... Además, si me fastidia, no vuelvo. Pero se quedó absorto, buscando las mentiras para aquella noche.

Los cinco coches continuaron por la llanura, en una interminable y recta carteraz

bordeada de hermosos árboles. El aire, de un gris plateado, bañaba la campiña. Aquellas mujeres proseguían lanzándose frases de un coche a otro, a espaldas de los cocheros, que reían con aquella gente tan divertida. De vez en cuando una de ellas se levantaba para ver, luego se empeñaba en continuar a pie, apoyada en el hombro de un vecino, hasta que una sacudida la sentaba en su banqueta.

Caroline Héquet conversaba animadamente con Labordette, estando los dos de acuerdo en que Nana vendería su finca antes de tres meses, y Caroline le encargaba a Labordette que se la comprase por poco dinero. Ante ellos, Héctor de la Faloise, muy enamorado y no pudiendo alcanzar la nuca apoplética de Gagá, le besaba la espalda, sobre el vestido, en un punto en que la tela estirada parecía reventar, mientras que tesa, al borde de su asiento, Amélie les decía que acabasen, molesta por estar allí, con los brazos colgándole y viendo cómo besaban a su madre.

En otro coche, Mignon, para asombrar a Lucy, exigía a uno de sus hijos que recitase una fábula de La Fontaine; Henri, sobre todo, era prodigioso, y las soltaba de un tirón y sin equivocarse. Pero María Blond se aburría, cansada ya de burlarse de la boba de Tatan Néné, a quien le decía que las lecherías de París fabricaban huevos con cola y azafrán. Aquello estaba muy lejos, ¿no llegarían nunca? Y la pregunta, pasando de coche en coche, llegó hasta Nana, quien, después de enterarse por su cochero, se levantó para gritar:

—Todavía falta un cuarto de hora. Veis allá abajo aquella iglesia, detrás de aquellos árboles... —Luego añadió—: ¿No sabéis? Parece que la propietaria del castillo de Chamont es una anciana del tiempo de Napoleón... Una juerguista, me ha dicho Joseph, que lo sabe por los criados del obispo; una juerguista como hay pocas. Ahora anda metida entre curas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Lucy.

—Señora de Anglars.

—Irma de Anglars. Yo la he conocido —gritó Gagá.

A lo largo de los coches, hubo una sucesión de exclamaciones, sofocadas por el trote más vivo de los caballos. Las cabezas se asomaron para ver a Gagá; María Blond y Tatan Néné se pusieron de rodillas sobre la banqueta, los puños en la capota recogida, y se cruzaron con preguntas, con palabras malignas, que demostraban una sorda admiración. Gagá la había conocido, y esto las llenaba de respeto por aquel pasado lejano.

—Eso sí, yo era muy niña —añadió Gagá—. No importa; me acuerdo de cuando la veía pasar. Se decía que en su casa era muy cochina, pero en su coche tenía una elegancia... Y qué asombrosas historias de cochinadas y picardías que daban asco. No me extraña que tenga un castillo. Ahogaba a un hombre con sólo soplarle. ¿Irma de Anglars aún vive? Pues sabed, gatitas, que andará en los noventa años.

De pronto las mujeres se pusieron serias. ¡Noventa años! No había ninguna de

ellas, como gritaba Lucy, capaz de vivir tanto. Todas eran unas carracas. Por otra parte, Nana aseguró que no quería cuidar huesos viejos; eso no era divertido.

Llegaban. La conversación se interrumpió por los chasquidos de los látigos de los cocheros, quienes azuzaban a los caballos. Sin embargo, en medio del ruido, Lucy continuó hablando y pasando a otro tema: apremiaba a Nana para que se marchase con ellas al día siguiente. Iba a clausurarse la Exposición y aquellas mujeres debían regresar a París donde la temporada superaba sus esperanzas. Pero Nana se puso terca. Despreciaba París, y no pondría allí los pies tan pronto.

—¿No es así, querido? Nos quedaremos —dijo estrechando las rodillas de Georges, sin preocuparse de Steiner.

Los coches se habían detenido bruscamente. Sorprendida, la comitiva descendió en un sitio desierto, a la orilla de un ribazo. Fue necesario que uno de los cocheros les señalase con el extremo de su látigo las ruinas de la antigua abadía de Chamont, perdidas entre los árboles. Fue una gran decepción.

Las mujeres encontraron aquello estúpido; era un montón de escombros cubiertos de maleza y medio torreón derruido. Aquello no merecía haber hecho dos leguas. Entonces el cochero les indicó el castillo, cuyo parque empezaba en las inmediaciones de la abadía, aconsejándoles que tomasen un sendero y siguieran junto a los muros; darían la vuelta y los coches irían a esperarles en la plaza del pueblo. Era un paseo encantador que la comitiva aceptó.

—Caramba, Irma vive bien —dijo Gagá parándose ante una verja, en un recodo del parque, junto al camino.

Silenciosamente contemplaron el espeso ramaje que envolvía la verja. Luego, por el sendero, siguieron el muro del parque, levantando la vista para admirar los árboles, cuyas ramas sobresalían formando una bóveda de espeso verdor. Tres minutos después se encontraron delante de una nueva verja, desde donde veían un amplio césped con dos encinas seculares que lo cubrían con su sombra y tres minutos después otra verja descubrió ante ellos una alameda inmensa, una galería de tinieblas, en cuyo fondo el sol ponía la mancha viva de una estrella. Un asombro, al principio silencioso, les arrancaba exclamaciones. Habían intentado bromear con un poquito de envidia, pero decididamente aquello las subyugaba. ¡Qué fuerte fue Irma! Aquello daba una perfecta idea de la mujer.

Los árboles continuaban y sin cesar aparecían mantos de hiedra trepando por los muros, tejados de pabellones que sobresalían, cortinas de chopos que sucedían a espesas masas de olmos y de álamos blancos. ¿No acabaría aquello nunca? Aquellas mujeres hubiesen querido ver el castillo, cansadas de dar vueltas continuamente sin ver gran cosa, ni percibir más que los hundimientos del follaje. Se cogían a los barrotes con las dos manos y apoyaban el rostro contra el hierro. Una sensación de respeto las invadía, y, contenidas por la distancia, soñaban con un castillo invisible en

medio de aquella inmensidad.

Muy pronto dejaron de caminar, sintiendo cansancio. Y la muralla no concluía nunca; en todos los recodos del camino desierto aparecía la misma línea de piedras grises. Algunas desesperaban de llegar al final y hablaban de volver atrás. Pero cuanto más las agotaba la caminata, más respeto les infundía aquello, vencidas a cada paso por la tranquila y regía majestad de aquel dominio.

—Después de todo, esto es tonto —dijo Caroline Héquet apretando los dientes.

Nana la hizo callar con un encogimiento de hombros. Hacía un momento que ella no hablaba; estaba muy seria y un poco pálida. Bruscamente, en el último recodo, desembocando en la plaza del lugar, terminó la muralla y apareció el castillo, al fondo del patio de honor. Todos se detuvieron, sobrecogidos por la grandeza altiva de sus amplios pórticos, de las veinte ventanas de la fachada y del desarrollo de sus tres alas, cuyos ladrillos se encuadraban en cuerdas de piedra. Enrique IV había vivido en aquel castillo histórico, en el que se conservaba su dormitorio, con la gran cama envuelta en terciopelo de Génova. Nana, sofocada, exhaló un suspiro de chiquilla.

—Dios santo... —murmuró para sí en voz baja.

Hubo una gran emoción. Gagá, de repente, dijo que era ella, Irma en persona, la que se encontraba allá abajo, ante la iglesia. La reconocía perfectamente; siempre erguida la tunanta, a pesar de su edad, y siempre con los mismos ojos cuando adoptaba sus aires.

Se salía de vísperas. La señora permaneció un instante bajo el pórtico. Vestía de seda color de hoja muerta, muy sencilla y muy holgada, con el rostro venerable de una anciana marquesa escapada de los horrores de la Revolución. En su mano derecha un gran devocionario brillaba al sol. Y lentamente atravesó la plaza, seguida de un lacayo de librea que iba a quince pasos. La iglesia iba quedándose vacía, y todas las gentes de Chamont la saludaban profundamente; un anciano le besó la mano y una señora quiso ponerse de rodillas. Era una reina poderosa, colmada de años y de honores. Subió las gradas del pórtico y desapareció.

—He aquí adonde se llega cuando se tiene orden —dijo Mignon con acento convencido, mirando a sus hijos como para darles una lección.

Entonces cada cual dijo su frase. Labordette la encontraba prodigiosamente conservada. María Blond soltó una obscenidad, mientras que Lucy se molestaba, declarando que se debía honrar a la vejez. Todos, en suma, convinieron en que fue una mujer excepcional.

Volvieron a subir a los coches. De Chamont a la Mignotte, Nana permaneció silenciosa. Se había vuelto dos veces para mirar el castillo. Acunada por el ruido de las ruedas, ya no sentía a Steiner a su lado ni veía a Georges ante ella. Sólo se le aparecía una visión en el crepúsculo: la señora pasaba siempre con su majestuosidad de reina poderosa, «colmada de años y de honores».

Por la noche, Georges regresó a las Fondettes para cenar. Nana, cada vez más distraída y extraña, le había enviado a pedir perdón a su mamá; eso era lo apropiado, le decía con severidad, poseída de un repentino respeto hacia la familia. Incluso le hizo prometer que no volvería para acostarse con ella aquella noche allí; ella estaba cansada, y él cumpliría con su deber, demostrando obediencia. Georges, muy fastidiado por aquella moral, apareció delante de su madre con el corazón encogido y la cabeza baja. Afortunadamente había llegado su hermano Philippe, un bravo militar de carácter jovial, y eso abrevió la escena que temía el adolescente. La señora Hugon se limitó a mirarle con ojos llenos de lágrimas, y Philippe, puesto al corriente, le amenazó con tirarle de las orejas si volvía a la casa de aquella mujer. Georges, aliviado, se prometió escaparse al día siguiente, hacia las dos, para combinar sus citas con Nana.

Durante la cena, los huéspedes de las Fondettes parecían incómodos. Vandeuves había anunciado su partida, pues quería llevarse a Lucy a París, encontrando cómico raptar a aquella muchacha que veía desde hacía diez años, y sin el menor deseo. El marqués de Chouard, con las narices metidas en su plato, soñaba con la señorita Gagá, y se acordaba de cuando hacía saltar a Lili encima de sus rodillas. ¡Cómo crecían las niñas! Había engordado mucho la pequeña.

Sobre todo el conde Muffat permaneció silencioso, absorto y con el rostro encendido. Había dirigido a Georges una larga mirada. Al levantarse de la mesa subió a encerrarse en su cuarto, hablando de un poco de fiebre. Tras él se precipitó el señor Venot. Arriba hubo una escena: el conde, echado sobre su lecho, ahogaba sus sollozos nerviosos contra la almohada, mientras el señor Venot, con voz suave, le llamaba su hermano y le aconsejaba que implorase la misericordia divina, pero él no le escuchaba. De pronto saltó de la cama y tartamudeó:

—Voy allá... No puedo más.

Cuando salían se hundieron dos sombras en las tinieblas de una alameda. Todas las noches Fauchery y la condesa Sabine dejaban que Daguinet ayudase a Estelle a preparar el té. En la carretera, el conde avanzaba tan rápido que su compañero tenía que correr para seguirle.

Jadeando, Venot no cesaba de prodigarle los mejores argumentos contra las tentaciones de la carne. El otro no abría la boca, avanzando en la oscuridad. Al llegar ante la Mignotte, dijo simplemente:

—Ya no puedo más... Váyase.

—Entonces, cúmplase la voluntad de Dios —murmuró el señor Venot—. Él toma todos los caminos para asegurar su triunfo... Vuestro pecado será una de sus armas.

En la Mignotte se discutió mientras cenaban. Nana había encontrado una carta de Bordenave, aconsejándole con burlona ironía que siguiese descansando; la pequeña Violaine era llamada a escena dos veces todas las noches. Y como Mignon la

apremiase a partir al día siguiente con ellos, Nana, exasperada, declaró que no quería escuchar consejos. Por otra parte, se había mostrado en la mesa mojigata hasta el ridículo. Habiendo soltado la señora Lerat una frase un poco verde, le gritó que no autorizaba a nadie, ni siquiera a su tía, a decir cochinadas en su presencia. Después dio la lata a todo el mundo con sus buenos sentimientos, en un acceso de necia honestidad, con ideas de educación religiosa para Louiset y un plan de buena conducta para ella. Como se reían, habló muy seriamente, con ademanes de burguesa convencida, diciendo que sólo el orden conducía a la fortuna y que no quería morir sobre una estera. Aquellas señoras, excitadas, exclamaban que no era posible, que aquella era otra Nana, pero ella, inmóvil, volvía a su ensueño, los ojos perdidos, viendo levantarse la visión de una Nana muy rica y muy considerada. Subían a acostarse cuando se presentó Muffat. Fue Labordette quien lo descubrió en el jardín. Comprendió en seguida y le prestó el servicio de apartar a Steiner y conducirlo de la mano, a lo largo de un pasillo oscuro, hasta el dormitorio de Nana. Labordette, para esta clase de asuntos, era de una distinción perfecta, muy diestro y como encantado de procurar la felicidad de los demás.

Nana no se mostró sorprendida, sino fastidiada por la insolencia de Muffat en perseguirla. Había que ser formal en la vida, ¿no es cierto? Amar era demasiado tonto y no conducía a nada.

Después, ella tenía sus escrúpulos a causa de la tierna edad de Zizí; la verdad era que se estaba conduciendo de una manera muy poco honesta. Había que volver al buen camino, y admitió al viejo.

—Zoé —dijo a la doncella, encantada por abandonar la campiña—, haz las maletas mañana, así que te levantes; volvemos a París.

Y se acostó con Muffat, pero sin placer.

Capítulo VII

Tres meses más tarde, en una noche de diciembre, el conde Muffat se paseaba por el pasaje de los Panoramas. El atardecer había sido muy suave, y un chaparrón acababa de llenar el paisaje con una oleada de gente.

Había allí un desfile pesado y lento, apretujado entre las tiendas. Estaban bajo los cristales blanqueados de reflejos, por una violenta claridad y una sucesión de luces, de globos blancos, de linternas rojas, de transparentes azules, de cornisas de gas, de relojes y de abanicos gigantes con rasgos de llama, ardiendo en el aire, y la mezcolanza de los escaparates, el oro de los joyeros, los cristales de los confiteros, las sedas claras de los modistas, brillando tras la pureza de los vidrios, en medio del foco de luz cruda de los reflectores, mientras que, entre el batiburrillo pintarrajeado de las muestras, un enorme guante de púrpura, a lo lejos, parecía una mano sangrante, cortada y atada a una manga amarilla.

Lentamente, el conde Muffat había subido hasta el bulevar. Echó una mirada a la calzada y luego volvió sobre sus pasos, arrimándose a las tiendas. Un aire húmedo y cálido dejaba un vapor luminoso en el estrecho pasadizo. A lo largo de las baldosas, mojadas por el gotear de los paraguas, sonaban los pasos continuamente, sin rumor de voces.

Los paseantes, codeándose a cada vuelta, se examinaban, con cara silenciosa y descolorida por el gas. Entonces, para escapar de aquellas curiosidades, el conde se situó delante de una papelería, y contempló con la mayor atención un muestrario de pisapapeles, de bolas de cristal en las cuales flotaban paisajes y flores.

No veía nada; sólo pensaba en Nana. ¿Por qué acababa de mentirle una vez más? Aquella mañana le había escrito para que no la molestase por la noche, pretextando que Louiset estaba enfermo y que ella pasaría la noche en casa de su tía, cuidándolo. Pero él, recelando, se había presentado en su casa y por el portero supo que precisamente la señora acababa de salir para su teatro. Esto le asombraba, porque ella no trabajaba en la nueva obra. ¿Por qué, pues, aquella mentira, y qué podía hacer ella en el Varietés aquella noche?

Empujado por un paseante, el conde, inconscientemente, abandonó los pisapapeles y se encontró delante de un escaparate de juguetería, mirando con su aire distraído una colección de carteras y petacas, que en un rincón tenían la misma golondrina azul.

Ciertamente, Nana había cambiado. En los primeros tiempos, después de regresar del campo, lo enloquecía cuando le besaba la cara, y la frente y las patillas, con sus arrumacos de gata, jurándole que era su perro querido y el único hombrecito que adoraba.

Ya no le tenía miedo a Georges, retenido en las Fondettes por su madre. Quedaba

el gordo Steiner, a quien pensaba reemplazar, pero sobre el cual no se atrevía a provocar una explicación. Sabía que de nuevo estaba en extraordinarios apuros de dinero, casi a punto de ser denunciado en la Bolsa, agarrándose a los accionistas de las Salinas de las Landas, procurando hacer soltar su último dividendo. Cuando lo encontraba en casa de Nana, ésta le explicaba, con palabras razonables, que no quería echarlo a la calle como a un perro después de lo que había gastado por ella.

Luego, desde hacía tres meses el conde vivía en medio de tal aturdimiento sensual que, fuera de la necesidad de poseerla, no veía nada muy claro. Era el despertar tardío de su carne, una glotonería de chiquillo que no le dejaba lugar para la vanidad ni para los celos. Sin embargo, una sensación precisa llamaba su atención: Nana se volvía menos amable y ya no le besaba más en la barba. Esto le inquietaba, y se preguntaba qué tenía ella que reprocharle, como hombre que desconoce a las mujeres.

No obstante, creía que contentaba todos sus caprichos. Y siempre volvía a la carta de aquella mañana, a aquella complicada mentira, con el único fin de pasar la velada en su teatro.

Tras un nuevo empujón de la muchedumbre, había atravesado el pasaje y se rompía la cabeza ante el vestíbulo de un restaurante, los ojos fijos en una alondra desplumada y en un gran salmón que había en el escaparate. Por fin pareció arrancarse de este espectáculo. Se sacudió, levantó los ojos y vio que eran cerca de las nueve. Nana estaría a punto de salir y le exigiría la verdad.

Caminó acordándose de las veladas pasadas en aquel pasaje, cuando acudía a recogerla a la puerta del teatro. Todos los establecimientos le resultaban familiares, reconocía los olores en aquel ambiente cargado de gas, sentía las emanaciones fuertes del cuero de Rusia, los perfumes de la vainilla subiendo del sótano de la chocolatería, los vahos de almizcle despedidos por las puertas abiertas de las perfumerías.

No obstante, no se atrevía a detenerse delante de los rostros pálidos de las señoras de los mostradores, que le miraban plácidamente, como persona conocida. Por un momento pareció estudiar la fila de ventanillas redondas que había encima de los almacenes, como si las viese por primera vez entre el hacinamiento de muestras. Luego volvió a subir hasta el bulevar, donde se detuvo un minuto.

La lluvia ya no caía más que como un polvillo fino, cuyo frescor, al mojarle las manos, le calmaba. Ahora pensó en su esposa, que estaba cerca de Macon, en un castillo en el cual su amiga, la señora de Chezelles, se encontraba muy enferma desde el otoño; los coches, sobre la calzada, rodaban en medio de un río de barro, y pensó que el campo estaría abominable con aquel tiempo.

Pero de pronto se apoderó de él la inquietud y volvió al calor sofocante del pasaje, caminando a grandes zancadas entre los paseantes; pensó que si Nana desconfiaba, podía escaparse por la galería de Montmartre.

Entonces el conde se puso al acecho en la misma puerta del teatro. No le gustaba

esperar en aquel extremo del pasillo. Temía que le reconociesen. Era en la esquina de la galería del Varietés y de la galería Saint-Marc, un rincón oscuro con tiendas lóbregas: una zapatería sin clientela, almacenes de muebles polvorientos y un gabinete de lectura ahumado, somnoliento, cuyas lámparas encapuchadas dormitaban por la noche en una claridad verdosa, y allí no había más que señores elegantemente vestidos y pacientes, que rodaban entre lo que abunda en una entrada de artistas, borracheras de tramoyistas y guiñapos de figurantas. Frente al teatro sólo había un mechero de gas, en un globo deslustrado, iluminando la puerta.

Muffat tuvo la idea, por un instante, de preguntar a la señora Bron; luego temió que Nana, prevenida, se le escapase por el bulevar. Reemprendió su marcha, resuelto a esperar aunque le echasen fuera para cerrar las verjas, como ya le había ocurrido otras dos veces; la idea de tener que dormir solo le oprimía el corazón de angustia.

Cada vez que alguna muchacha sin sombrero y algún hombre con ropa sucia salían y le miraban, volvía a colocarse delante del gabinete de lectura, donde, entre dos carteles pegados a un cristal, veía el mismo espectáculo: un viejecito, tieso y perdido en la inmensa mesa, en medio de la mancha verde de la lámpara y leyendo un periódico verde sostenido con sus manos verdes.

Unos minutos antes de las diez, otro señor, un alto y apuesto tipo rubio, muy enguantado, también se paseó por delante del teatro. Entonces, ambos, a cada vuelta, se miraban de soslayo y con desconfianza. El conde llegaba hasta la esquina de las dos galerías adornada con un alto espejo, y allí, al verse reflejado, la cara seria, el porte correcto, sentía una vergüenza mezclada de miedo.

Dieron las diez. De golpe, Muffat pensó que le era muy fácil saber si Nana estaba en su camerino. Subió los tres peldaños, atravesó el pequeño vestíbulo estucado de amarillo, y luego salió al patio por una puerta que sólo se cerraba con pestillo. A aquella hora, el patio, angosto, húmedo como el fondo de un pozo, con sus retretes apestosos, su fuente, el hornillo de cocina y las plantas que la portera amontonaba, estaba anegado de un vapor negro; pero salía luz de las ventanas que había en las dos paredes; abajo, el almacén de accesorios y el retén de bomberos; a la izquierda, la administración, y a la derecha y arriba, los camerinos de artistas.

A lo largo de aquel pozo eran como bocas de horno abiertas a las tinieblas. El conde en seguida vio los cristales del camerino iluminados en el primer piso, y, tranquilo, feliz, olvidó sus angustias mirando hacia arriba, desde el grasiento lodo y el hedor de aquella parte trasera de una vieja casa Parisiense. Grandes gotas caían desde una gotera abierta. Una franja de gas que salía de la ventana de la señora Bron amarilleaba un extremo del pavimento musgoso, la parte baja de una tapia comida por las aguas del vertedero, un rincón de basuras amontonadas en cubos viejos y barreños rotos y donde verdeaba en un tiesto un enclenque bonetero. Se oyó gruñir una falleba y el conde escapó. Seguramente Nana descendería. Se acercó otra vez al

gabinete de lectura; en la sombra adormecida, manchada por una claridad de lamparilla, el viejecito no se había movido y su perfil continuaba hundido en su periódico.

Siguió caminando. Ahora su paseo lo empujaba más lejos; atravesaba la galería grande, seguía la galería del Varietés hasta la Feydeau, desierta y fría, hundida en una oscuridad lúgubre, y regresaba, cruzando por delante del teatro, torcía en la esquina de la galería Saint-Marc y se arriesgaba hasta la galería Montmartre, donde una máquina de cortar azúcar le llamaba la atención en una tienda de ultramarinos. Sin embargo, a la tercera vuelta, el temor de que Nana se escapase a espaldas suyas, le hizo perder el respeto humano. Se plantó igual que el señor rubio delante del mismo teatro, cambiaron una mirada de humildad fraternal, encendida por un resto de desconfianza sobre una posible rivalidad.

Varios tramoyistas que salieron a fumar su pipa en el entreacto los empujaron sin que uno ni otro se quejasen. Tres mujerzuelas mayores, mal peinadas y con el vestido sucio, aparecieron en el umbral mordisqueando unas manzanas y escupiendo las pepitas; ellos inclinaron la cabeza y siguieron soportando el descaro de sus miradas y la crudeza de sus palabras, salpicados, manchados por aquellos tipejos que encontraban divertido echárseles encima y empujarlos.

Justamente entonces Nana bajaba los tres peldaños, y se quedó pálida al ver a Muffat.

—Ah, es usted... —balbuceó.

Las figurantas, que se reían, tuvieron miedo al reconocerla, y se quedaron plantadas en fila, con el gesto humilde y serio de sirvientas sorprendidas por la señora cuando cometen una maldad. El alto señor rubio se había apartado, tranquilizado y a la vez triste.

—Bien, deme usted el brazo —repuso Nana con impaciencia.

Se fueron despacio. El conde, que había preparado sus preguntas, no sabía qué decirle, y fue ella quien en seguida soltó su historia: había estado en casa de su tía hasta las ocho, y luego, viendo que Louiset se encontraba mucho mejor, tuvo la ocurrencia de ir un momento al teatro.

—¿Por algún asunto importante? —preguntó él.

—Sí, una nueva obra —respondió ella después de dudar—. Querían mi opinión.

Comprendió que ella mentía, pero la sensación tibia de su brazo, apoyado en el suyo, le dejaba sin fuerzas. Ya no sentía rencor ni cólera por su larga espera, y su único cuidado era conservarla, ahora que ya la tenía. Al día siguiente trataría de saber lo que ella había ido a hacer en su camerino.

Nana, siempre dudosa, visiblemente presa de esa lucha interior de la persona que trata de reponerse y tomar una decisión, se detuvo al doblar la esquina de la galería del Varietés, ante el escaparate de una tienda de abanicos.

—Mira —murmuró ella—, qué bonito ese varillaje de nácar con plumas.

Luego, en un tono de indiferencia preguntó:

—¿Me acompañas a casa?

—Sin duda —dijo él asombrado— ya que tu hijo está mejor.

Nana lamentó haber contado aquella historia. Tal vez Louiset sufría una nueva crisis, y habló de regresar a Batignolles, pero como él se ofrecía para acompañarla, no insistió. Por un momento sintió la indignación callada de la mujer que se ve atrapada y debe mostrarse amable. No obstante, se resignó y decidió ganar tiempo, pues con tal de que se deshiciese del conde hacia medianoche todo se arreglaría según su deseo.

—Es verdad que estás soltero esta noche —murmuró ella—. Tu mujer no regresa hasta mañana por la mañana, ¿no es eso?

—Sí —respondió Muffat un poco molesto al oírla hablar familiarmente de la condesa.

Pero ella insistió, preguntando la hora del tren, queriendo saber si iría a esperarla a la estación. Volvió a reducir el paso, como muy interesada por las tiendas.

—Mira —exclamó deteniéndose nuevamente ante una joyería— ¡qué hermoso brazalete!

Nana adoraba el pasaje de los Panoramas. Aquélla era una pasión que conservaba desde sus más tiernos años: le gustaba el oropel de los artículos de París, las joyas falsas, el cinc dorado, el cartón imitando cuero. Cuando pasaba por allí no podía apartarse de los escaparates, como en la época en que arrastraba sus zuecos de mocosa, olvidándose de todo ante las golosinas de una pastelería, oyendo tocar el organillo en una tienda vecina, y sobre todo dominada por el gusto chillón de las baratijas económicas, de los estuches de concha de nuez, de los capachos de los traperos, de las columnas de Vedome y de los obeliscos con termómetros.

Pero aquella noche estaba demasiado preocupada, y miraba sin ver. La aburría aquello de no saberse libre, y en su revuelta sorda, surgía la furiosa necesidad de hacer una tontería. ¡Bonita ganga tener hombres de posición! Acababa de comerse al príncipe y a Steiner con sus caprichos de chiquilla, sin que supiese por dónde había pasado el dinero.

Su apartamento del bulevar Haussmann ni siquiera estaba completamente amueblado; sólo el salón, tapizado en raso rojo, desentonaba por demasiados adornos y demasiado lleno. Ahora los acreedores la atormentaban más que en otros tiempos, cuando no tenía un céntimo, y eso la sorprendía mucho, pues ella se tenía por un modelo de economía.

Desde hacía un mes, aquel ladrón de Steiner apenas encontraba mil francos los días en que ella le amenazaba con echarle fuera si no se los llevaba. En cuanto a Muffat, era un idiota; ignoraba lo que se daba en aquellos casos y ella no podía

tacharle de avaro. ¡Con qué placer habría mandado a paseo a toda esa gente si no se hubiese repetido continuamente sus máximas de buena conducta! Tenía que ser razonable; Zoé se lo decía todas las mañanas, y ella misma tenía presente, como un recuerdo religioso, la visión regia de Chamont, engrandecida y evocada sin cesar. Y por eso, a pesar de un temblor de cólera reprimida, se hacía la sumisa dando el brazo al conde, yendo de un escaparate a otro, en medio de los paseantes, cada vez más escasos.

Fuera del pasaje el pavimento estaba seco. Un viento fresco que penetraba en la galería barría el aire cálido de las vitrinas, espantando a los farolillos de colores, a los rastrillos de gas, al abanico gigante, y quemándolo todo como un fuego artificial. Un camarero apagaba los globos en la puerta de un restaurante, y en las tiendas vacías y flamantes, las señoras del mostrador parecían dormir inmóviles y con los ojos abiertos.

—¡Oh, qué bonito! —repuso Nana ante el último escaparate, retrocediendo unos pasos para enternecerse con una galguita de bizcocho, una pata levantada ante un nido oculto entre rosas.

Al fin abandonaron el pasaje y ella no quiso subir en coche. El tiempo era muy bueno, dijo, y como nada les urgía, sería agradable regresar caminando. Después, al llegar al café Anglais, se le ocurrió que quería comer ostras, con el pretexto de que no había comido nada desde la mañana a causa de la enfermedad de Louiset. Muffat no se atrevió a contrariarla, pero como todavía no se exhibía con ella en público, pidió un reservado, andando rápido a lo largo de los pasillos. Ella lo seguía como mujer que conocía la casa, y entraron en un reservado que el camarero ofrecía con la puerta abierta, y al mismo tiempo, de un salón vecino, del que salía un alboroto de risas y gritos, surgió bruscamente un hombre. Era Dagueuet, quien exclamó:

—¡Si es Nana!

El conde se metió en el acto en el reservado, cuya puerta quedó entreabierta, pero cuando su hombro desaparecía, Dagueuet guiñó un ojo, añadiendo en tono burlón:

—Caramba, los coges en las Tullerías.

Nana sonrió, y se llevó un dedo a los labios para rogarle que callase. Le veía muy animado, y no dejaba de serle grato el encuentro, pues aún le guardaba un rincón de ternura a pesar de su ruindad de no reconocerla cuando acompañaba a señoras decentes.

—¿Qué es de ti? —preguntó ella en tono amistoso.

—Me vuelvo formal. De veras, pienso casarme.

Ella se encogió de hombros con gesto compasivo. Pero él, bromeando, siguió diciendo que no era vida aquello de ganar en la Bolsa lo justo para regalar unos ramos de flores a las mujeres. Sus trescientos mil francos le habían durado dieciocho meses, y quería ser práctico: se casaría con una buena dote y acabaría siendo

perfecto, como su padre.

Nana sonreía, todavía incrédula. Indicó el saloncito con un movimiento de cabeza.

—¿Con quién estás ahí?

—Con una pandilla —dijo él, olvidando sus proyectos en una ráfaga de embriaguez—. Figúrate que Léa nos cuenta su viaje a Egipto. Tiene mucha gracia. Sobre todo la historia de cierto baño...

Y contó la anécdota. Nana se retrasaba a su gusto. Habían concluido por apoyarse, uno frente al otro, de espaldas en las paredes del pasillo. Los mecheros de gas ardían bajo el techo de escasa altura, y un vago olor a cocina dormía entre los pliegues de los cortinajes. A veces, para entenderse cuando el alboroto del salón aumentaba, debían acercar sus rostros.

Cada veinte segundos, un camarero cargado de platos encontraba el pasillo obstaculizado, y los separaba. Pero ellos, sin interrumpirse, se apartaban como paredes tranquilas y volvían a hablar igual que si estuvieran en su casa, en medio de aquel ruido de comensales y de los empujones del servicio.

—Mira —murmuró él señalando la puerta del reservado por el que había desaparecido Muffat.

Los dos miraron. La puerta tenía ligeros estremecimientos, como si el viento la sacudiese. Luego, con una lentitud extremada, se cerró sin el menor ruido. Rieron sin que se oyese su risa. Al conde no le haría mucha gracia aquello, allí dentro y solo.

—A propósito —preguntó ella— ¿has leído el artículo de Fauchery sobre mí?

—Sí, «La mosca de oro» —respondió Daguenet—. No te hablaba de él temiendo molestarte.

—Molestarme, ¿por qué? Es muy largo el artículo.

Y ella se sintió halagada de que se ocupase de su persona *Le Fígaro*. Sin las explicaciones de su peluquero, Francis, que le había llevado el periódico, ni siquiera habría comprendido que se trataba de ella. Daguenet la observaba con atención, sonriendo burlescamente. Pero puesto que ella estaba contenta, todo el mundo debía estarlo.

—Con permiso —pidió un camarero que los separó, llevando en las manos una bombona helada.

Nana había dado un paso hacia el saloncito donde la esperaba Muffat.

—Adiós, adiós —repuso Daguenet—. Anda con tu cornudo.

Ella se detuvo nuevamente.

—¿Por qué le llamas cornudo?

—Porque es cornudo, caray.

Nana volvió atrás, apoyándose otra vez en la pared, muy interesada.

—Ah... —dijo simplemente.

—¿Cómo? ¿No lo sabías? Su mujer se acuesta con Fauchery, querida... Eso debió de empezar en el campo. Hace un momento que me ha dejado Fauchery, cuando venía aquí, y sospecho que tiene una cita en su casa para esta noche. Creo que han inventado un viaje.

Nana permaneció muda, sofocada por la emoción.

—Me lo suponía —dijo al fin, golpeándose los muslos—. Lo adiviné nada más verla, la otra vez, en la carretera. Sí, es posible que una mujer honrada engañe a su marido, ¡y con ese pelagatos de Fauchery! Lo que le enseñaré...

—Bah —murmuró Dagueuet malicioso—. No se trata de ningún experimento. Tal vez ella sepa tanto como él.

Entonces ella exclamó indignada:

—¡Qué asco de mundo! Eso es demasiado sucio.

—Perdón —gritó un camarero cargado de botellas, separándolos.

Dagueuet la atrajo hacia sí y la retuvo un instante de la mano. Había adoptado su voz metálica, una voz de notas armoniosas que tenía éxito con las mujeres.

—Adiós, querida... Sabes que te sigo amando.

Ella se desprendió, sonriendo, ahogadas sus palabras en una tempestad de gritos y bravos que hacían temblar la puerta del salón.

—Tonto, eso concluyó... Pero no importa. Sube uno de estos días; charlaremos.

Luego, poniéndose más seria y en un tono de burguesa indignada, agregó:

—¿Conque es cornudo...? Eso, querido, es muy aburrido. A mí siempre me ha empalagado un cornudo.

Cuando al fin entró en el reservado, vio a Muffat sentado en un estrecho sofá, con aire resignado, pálido y las manos temblorosas. No le hizo ningún reproche. Ella, turbada, vacilaba entre la piedad y el desprecio. ¡Pobre hombre, a quien una infame mujer engañaba tan indignamente! Tenía deseos de echársele al cuello, para consolarle. Pero, por otro lado, era justo, porque él era idiota con las mujeres; eso le enseñaría. No obstante, la piedad pudo más. No le abandonó después de comerse las ostras, como se había prometido. Apenas permanecieron un cuarto de hora en el café Anglais, y regresaron al bulevar Haussmann. Eran las once; antes de medianoche habría encontrado un buen medio para despedirlo sin brusquedad.

Por prudencia, en la antesala, le ordenó a Zoé:

—Lo esconderás y le recomendarás que no haga ruido si el otro sigue conmigo.

—¿Pero dónde lo meto, señora?

—Escóndelo en la cocina. Es lo más seguro.

Muffat, en la habitación, se quitaba la levita. Ardía un buen fuego. Siempre la misma alcoba, con sus muebles de palisandro, sus colgaduras y sus sillas de damasco bordado con grandes flores azules sobre fondo gris. Por dos veces Nana había soñado renovarla, la primera en terciopelo negro y la segunda en raso blanco y con rosas

enlazadas, pero desde que Steiner consentía, el dinero que eso costaría lo exigía para comer. Sólo tuvo el capricho de una piel de tigre delante de la chimenea, y de una lamparilla de cristal, colgada del techo.

—Ya no tengo sueño y no me acuesto —dijo Nana cuando se encerraron.

El conde la obedecía con una sumisión de hombre que ya no teme ser visto. Su único cuidado era no enojarla.

—Como quieras —murmuró.

No obstante, aún se quitó los botines antes de sentarse frente al fuego.

Uno de los placeres de Nana consistía en desvestirse ante el espejo de su armario, en el que se veía de pies a cabeza. Dejaba caer hasta la camisa; luego, totalmente desnuda, se olvidaba de lo demás y se contemplaba largamente. Era una pasión de su cuerpo, un arrobamiento por la tersura de su piel y la línea ondulante de su talle, y se quedaba alelada, y absorta en un amor a sí misma. Con frecuencia el peluquero la encontraba así, sin que ella volviese la cabeza. Entonces Muffat se enfadaba y ella se sorprendía. ¿Qué le importaba? Aquello no era para los demás, sino para ella.

Aquella noche, queriéndose contemplar mejor, encendió las seis velas de los apliques, pero cuando dejaba resbalar la camisa, se detuvo, preocupada desde hacía un momento con una pregunta que tenía en la punta de la lengua.

—¿No has leído el artículo del *Fígaro*? El periódico está sobre la mesa.

La risa de Dagenet le volvía a la memoria, y la asaltaba cierta duda. Si ese Fauchery la había criticado, se vengaría.

—Dicen que trata de mí el artículo —repuso ella afectando un aire indiferente—. ¿Qué opinas tú, querido?

Y soltando su camisa, esperando que Muffat acabase la lectura, permaneció desnuda.

Muffat leía lentamente. La crónica de Fauchery, titulada *La mosca de oro*, era la historia de una muchacha nacida de cuatro o cinco generaciones de borrachos, la sangre viciada por una larga herencia de miseria y embriaguez, que en ella se transformaba en una degradación nerviosa de su sexo. Había crecido en un arrabal, en el arroyo Parisiense, y alta, hermosa, de carne soberbia como planta de estercolero, vengaba a los indigentes y a los abandonados, a los cuales pertenecía. Con ella, la podredumbre que se dejaba fermentar en el pueblo ascendía y pudría a la aristocracia. Ella se convertía en una fuerza de la naturaleza, en un fermento de destrucción, sin quererlo ella misma, corrompiendo y desorganizando París entre sus muslos de nieve. Y al final del artículo aparecía la comparación de la mosca, una mosca de color de sol y envuelta en basura, una mosca que tomaba la muerte de las carroñas toleradas a lo largo de los caminos y que, zumbando, bailando, lanzando brillos de joya, envenenaba a los hombres con sólo ponerse sobre ellos, en los palacios que invadía entrando por las ventanas.

Muffat levantó la cabeza, con los ojos fijos, mirando al fuego.

—¿Y qué? —preguntó Nana.

Pero no respondió. Pareció que quería releer la crónica. Una sensación de frío recorría su espalda desde la nuca. Aquella crónica estaba escrita diabólicamente, con un cabrioleo de frases, una exageración de palabras imprevistas y de reproches barrocos. No obstante, quedó impresionado por una lectura que de golpe le acababa de despertar todo lo que no quería remover desde hacía unos meses.

Entonces levantó la mirada. Nana se había absorbido en su arrobamiento de sí misma. Inclina el cuello, mirando con atención en el espejo un pequeño lunar que tenía encima de la cadera derecha, y se lo tocaba con la punta de un dedo, haciéndolo resaltar más, sin duda porque lo encontraba gracioso y bonito en aquel sitio... Luego estudió otras partes de su cuerpo, divertida y dominada por sus curiosidades viciosas de chiquilla. Siempre la sorprendía el contemplarse; tenía el aspecto asombrado y seducido de una muchacha que descubre su pubertad... Lentamente abrió los brazos para destacar su busto de Venus mórbida, doblando la cintura para examinarse de frente y de espalda, deteniéndose en el perfil de sus senos y en las redondeces fugitivas de sus muslos. Y acabó por recrearse en el singular juego del balanceo, a derecha e izquierda, las rodillas separadas y el talle girado sobre sus riñones, con el estremecimiento continuo de una almea bailando la danza del vientre.

Muffat la contemplaba. Ella le daba miedo. El periódico había caído en sus manos. En aquel minuto de visión clara, se despreciaba. Eso era: en tres meses ella había corrompido su vida, y ya se sentía viciado hasta la médula por suciedades que jamás habría sospechado. Todo iba a pudrirse en él en aquellos momentos. Y por un instante tuvo conciencia de su mal, vio la desorganización aportada por aquel fermento: él envenenado, su familia deshecha, y un rincón de la sociedad que crujía y se desvanecía. Y, no pudiendo apartar los ojos, la miró con fijeza y trató de saciarse con la visión de su desnudez.

Nana no se movía. Un brazo tras la nuca y una mano cogiendo la otra, echaba hacia atrás la cabeza, separando los codos. Muffat veía de soslayo sus ojos entornados, su boca entreabierta y su rostro ahogado en una risa amorosa, y por detrás, su mata de cabellos rubios destrenzada que le caía sobre la espalda como la melena de una leona. Doblada y el flanco tendido, mostraba sus riñones sólidos, sus senos duros de guerrera y los músculos fuertes bajo la blancura satinada de la piel. Una línea fina, apenas ondulada por el hombro y la cadera, la recorría desde uno de sus codos a los pies.

Muffat seguía con la vista aquel perfil tan tierno, aquellas fugas de carne rubia, ahogándose en sus luminosidades doradas, en aquellas redondeces donde la llama de las bujías ponía reflejos de seda.

Pensaba en su antiguo horror a la mujer, al monstruo de la Escritura: lúbrica,

oliendo a fiera.

Nana era velluda; una pelusa rubia le dejaba un cuerpo de terciopelo, mientras que en su torso y en sus muslos de hembra, en los relieves carnosos cruzados de pliegues profundos, que daban al sexo el velo turbador de su sombra, había la bestia. Era una bestia de oro, inconsciente como una fuerza y cuyo solo aroma envilecía al mundo. Muffat continuaba mirando, obsesionado, poseído, hasta el punto de que habiendo cerrado los párpados para no ver más, el animal reapareció en el fondo de las tinieblas, agrandado, terrible, exagerando su postura. Ahora permanecería allí, delante de sus ojos, en su carne, para siempre.

Nana se apelonaba sobre sí misma. Un estremecimiento de ternura pareció recorrer todos sus miembros; con los ojos húmedos, se encogía, como para sentirse mejor. Luego, separando las manos, las deslizó a lo largo de sus flancos, hasta los senos, que oprimió en un ademán nervioso. Y arrogante, se fundía en una caricia de todo su cuerpo, frotándose las mejillas, a derecha e izquierda, contra sus hombros, con mimo gatuno. Su boca golosa soplaba sobre sí el deseo. Alargó los labios, se besó largamente junto a una axila, riendo a la otra Nana, que, como ella, también se besaba en el espejo.

Entonces Muffat exhaló un suspiro fatigado y largo. Ese placer solitario le exasperaba. Bruscamente se sintió arrebatado como por un fuerte viento. Cogió a Nana entre sus brazos, en un arranque de brutalidad, y la arrojó sobre la alfombra.

—Déjame —gritó ella—; me haces daño.

Él tenía conciencia de su derrota; la sabía estúpida, soez y embustera, y la quería, aunque estuviese envenenada.

—¡Qué bruto! —exclamó furiosa cuando dejó que se levantase.

No obstante, se calmó. Ahora se iría. Después de ponerse una camisa de noche con encajes, se sentó en el suelo, delante del fuego. Era su sitio preferido. Al preguntarle de nuevo a Muffat sobre la crónica de Fauchery, él contestó con vaguedad, deseando evitar una escena. Además, ella declaró que a Fauchery se lo pasaba por cierta parte. Luego cayó en un largo silencio, pensando en el medio de despedir al conde. Quería encontrar una manera amable, porque en el fondo era una buena muchacha, y le molestaba disgustar a las personas, sobre todo cuando ese era cornudo, idea que concluyó por enternecerla.

—Entonces —dijo al fin—, ¿mañana esperas a tu esposa?

Muffat se había estirado en un sillón, con aire adormilado y los miembros laxos. Dijo sí con un gesto. Nana le contemplaba, seria y cavilando. Sentada sobre una pierna, se cogía el otro pie con las manos y maquinalmente le daba la vuelta de un lado a otro.

—¿Hace tiempo que estás casado?

—Diecinueve años.

—Ya... ¿Y tu mujer es amable? ¿Os lleváis bien?

Él se calló. Luego, con tono distante, le dijo:

—Sabes que te he rogado que no hables nunca de esas cosas.

—¡Vaya! ¿Y por qué no? —replicó Nana molesta—. No me comeré a tu mujer hablando de ella, puedes estar seguro... Querido, todas las mujeres valemos lo mismo...

—Te ruego que no vuelvas a hablarme, en el sentido que lo has hecho otras veces, de las mujeres honradas —dijo el conde con cierta dureza—. ¡Tú no la conoces!

Al oír esto, Nana se irguió sobre sus rodillas:

—Que no las conozco... ¡Pero ni siquiera son limpias tus mujeres honradas! No lo son. Me haces reír con tus mujeres honradas. No me exasperes, ni me obligues a decirte cosas de que luego me arrepentiría.

El conde, por única respuesta, masculló sordamente una injuria. A su vez, Nana se puso blanca, de puro pálida y le contempló algunos instantes sin hablar. Después, con su voz clara:

—¿Qué harías —le preguntó—, si tu mujer te engañase?

Muffat hizo un gesto amenazador.

—Bien, ¿y si te engañase yo?

—Oh, tú —murmuró él, encogiéndose de hombros.

Verdaderamente Nana no tenía mal fondo. Desde las primeras palabras, resistía al deseo de espetarle la verdad y llana. Hubiera preferido decírselo amistosa y tranquilamente. Pero, al fin, él la exasperaba, y era cosa de acabar.

—Entonces pequeño —repuso ella—, no sé qué diablos estás haciendo aquí... Desde hace dos horas me estás abrumando... Vete, vete a buscar a tu mujer, que está engañándote con Fauchery... Sí, precisamente, calle Taitbout, esquina a la calle de Provence... ¡Ya ves que te doy las señas!

Después triunfante, viendo a Muffat ponerse en pie con la vacilación de un buey aturdido por un golpe de maza:

—¡Si las mujeres honradas se dedican a birlarnos nuestros queridos, buenas están vuestras mujeres honradas!

Pero no pudo proseguir. Con un movimiento terrible, el conde la derribó en tierra, y levantando el pie, quería aplastarle la cabeza para hacerla callar. Por un momento, Nana tuvo un miedo atroz. Muffat, ciego como un loco, se había puesto a recorrer la habitación.

Entonces, el silencio que reinó, la lucha que le agitaba, la conmovieron hasta hacerle verter lágrimas. Experimentaba un remordimiento moral, y acurrucándose ante el fuego, intentó consolarle:

—Te juro, querido mío, que creí que lo sabías. A no ser así, ten la seguridad de que no se hubiera hablado de ello... Además, quizás no sea verdad. Yo nada afirmo.

Me lo han dicho; la gente charla; pero eso ¿qué prueba? ¡Haces mal en encolerizarte! ¡Si yo fuese hombre, maldito el caso que haría de las mujeres! Las mujeres tanto las más encopetadas, como las más bajas, todas valen lo mismo, sí, todas son lo mismo.

Hablaba mal de las mujeres; por abnegación, queriendo hacer el golpe menos cruel. Pero él ni la escuchaba, ni la oía. Había vuelto a ponerse sus botines y su gabán. Todavía permaneció un momento recorriendo la estancia. Después, en un postrer arranque, tropezando al fin con la puerta, se marchó. Nana quedó confusa.

—¡Ea, buen viaje! —prosiguió diciendo en voz alta ella sola—, ¡vaya una finura la de ese hombre cuando le hablan! He sido la primera en arrepentirme, y he procurado demostrárselo. Además, su presencia me exaltaba los nervios.

Sin embargo, estaba descontenta, rascándose las piernas con ambas manos. Pero en seguida se consoló. ¡Bah! ¡No tengo yo la culpa de que le engañen!

Y corrió a arrebujarse en la cama, llamando a Zoé para que hiciese entrar al otro, que estaba de espera en la cocina.

En la calle, Muffat caminó violentamente. Acababa de caer un nuevo chaparrón. Resbalaba sobre el grasio empedrado. Alzando la cabeza con un movimiento maquinal, vio jirones de nubes color de hollín, que corrían ante la luna.

A aquella hora, en el bulevar Haussmann, los transeúntes eran muy escasos. Bordeó las empalizadas de la ópera buscando la oscuridad y tartamudeando frases sin hilación. Aquella mujer mentía; había inventado aquello por estupidez y crueldad. Él debió haberle aplastado la cabeza cuando la tenía bajo sus pies. Al fin y al cabo, era ya demasiada vergüenza; no la volvería a ver ni a tocar, o sería preciso que fuese muy cobarde. Y respiraba profundamente, como el que se ve libre de un ominoso yugo ¡Ah, aquel monstruo desnudo, estúpido, destilando baba sobre todo lo que él respetaba desde hacía cuarenta años!

La luna se había despejado, y una sábana blanca bañó la desierta calle. Tuvo miedo y rompió en sollozos, repentinamente, desesperado, enloquecido, como si hubiese caído en una sima inmensa.

—¡Dios mío! —balbuceó—. ¡Se acabó todo; ya nada existe!

A lo largo de los bulevares, los rezagados apresuraban el paso. Trató de calmarse. La historia de aquella ramera volvía a su cerebro hecha una brasa. Hubiera querido razonar.

Por la mañana la condesa debía regresar del castillo de la señora de Chezelles. Nada, en efecto, le impedía regresar a París la tarde del día anterior y pasar la noche en casa de aquel hombre. Ahora se acordaba de ciertos detalles de su estancia en las Fondettes. Una tarde había sorprendido a Sabine bajo los árboles, tan conmovida, que ni siquiera acertaba a contestarle. El hombre está allí.

¿Por qué no iba a estar ella ahora en su casa? A medida que lo recordaba, la historia le parecía más verosímil. Acabó por encontrarla natural y necesaria. Mientras

él se quedaba en mangas de camisa en casa de una ramera, su mujer se desvestía en la habitación de un amante; nada más simple ni más lógico.

Razonando así, se esforzó en permanecer tranquilo. Era una sensación de caída en la locura de la carne que se alargaba, ganando y llevándose a todo el mundo que le rodeaba. Las imágenes tibias le perseguían. Pensando en Nana desnuda, evocó bruscamente a Sabine desnuda. Ante esta visión que las aproximaba en un aparente impudor, bajo un mismo soplo de deseo, se tambaleó. En la calzada estuvo a punto de aplastarle un coche. Unas mujeres que salían de un café le dieron unos codazos, riéndose.

Entonces, vencido de nuevo por las lágrimas, a pesar de su esfuerzo por no querer llorar ante la gente, se metió en una calle oscura y vacía, la calle Rossini, y a lo largo de las casas silenciosas, lloró como un niño.

—Se acabó —decía con voz sorda—. Ya no hay nada. ¡Nada más!

Lloraba tan violentamente que se apoyó en una puerta, escondiendo el rostro entre sus manos mojadas. Un ruido de pasos le hizo huir. Sentía una vergüenza y un miedo que le obligaban a huir de la gente, con el inquieto caminar de un merodeador nocturno. Cuando los paseantes se le cruzaban en la acera, trataba de adoptar una postura desenvuelta, imaginando que leían su historia en el balanceo de sus hombros.

Había seguido la calle de la Grange-Bateliere hasta la calle del arrabal de Montmartre. El brillo de las luces le sorprendió y retrocedió sobre sus pasos. Durante casi una hora recorrió así todo el barrio, escogiendo los lugares más sombríos. Sin duda tenía un fin al que sus pies le llevaban por sí mismos, pacientemente, y a través de un camino complicado continuamente por sus vueltas. Por fin, en la esquina de una calle, levantó la mirada. Había llegado. Era la esquina de la calle Taitbout y la calle de Provence. Había tardado una hora para llegar allí, cuando en cinco minutos habría llegado.

Se acordó de que una mañana del mes anterior había subido a casa de Fauchery para darle las gracias por una crónica acerca del baile de las Tullerías, en la que le nombraba el periodista. El apartamento estaba en el entresuelo, con ventanitas cuadradas, medio ocultas por la gran pancarta de una tienda. Hacia la izquierda, la última ventana aparecía cortada por una banda de viva claridad, un rayo de luz que pasaba entre las cortinas entreabiertas. Y se quedó con los ojos fijos en aquella raya luminosa, absorto, esperando cualquier cosa.

La luna había desaparecido en un cielo color de tinta, del que caía una niebla helada. Sonaron las dos en la Trinidad. La calle de Provence y la de Taitbout se desvanecieron con las manchas vivas de los mecheros de gas, que se ahogaban a lo lejos en medio de un vaho amarillento. Muffat no se movía. Allí estaba la alcoba; se acordaba. Forrada de andrinópolis rojo, con una cama Luis XIII al fondo. La lámpara debía de estar a la derecha, sobre la chimenea.

Sin duda estaban acostados, porque no pasaba ni una sombra ante la luz, que brillaba, inmóvil, como el reflejo de una lamparilla.

Y él, siempre con los ojos fijos, seguía mentalmente su plan: llamaba, subía a pesar de las protestas del portero, echaba abajo la puerta con los hombros, caía sobre ellos, en la cama, y sin darles tiempo a deshacer su abrazo.

Durante un momento, la idea de que no estaba armado le detuvo, y entonces decidió que los estrangularía. Volvía a su plan y lo perfeccionaba, esperando siempre algún indicio, algo que le diese la certeza. Si una sombra de mujer hubiese aparecido en aquel instante, habría llamado.

Pero la idea de que pudiera engañarse le helaba. ¿Qué diría? Las dudas le asaltaban; su mujer podía no estar en casa de aquel hombre; era monstruoso e imposible.

No obstante, permanecía allí, invadido poco a poco por un abandono, hundiéndose en una lasitud que la larga espera alucinaba con la fijeza de la mirada.

Cayó un chaparrón. Dos vigilantes nocturnos se aproximaron y tuvo que abandonar el rincón de la puerta en que se había refugiado. Cuando se perdieron por la calle de Provence, regresó, mojado y estremecido. La raya luminosa continuaba brillando en la ventana. Esta vez estuvo a punto de irse cuando pasó una sombra. Fue tan rápida que creyó haberse equivocado.

Pero de pronto, y sucesivamente, se cruzaron otras sombras; una gran agitación se percibía en el gabinete. Y él, clavado nuevamente en la acera, sentía una intolerable sensación de quemadura en el estómago... y ahora esperaba para comprender.

Los perfiles de brazos y piernas huían; una mano enorme pasaba con la silueta de un jarro. No distinguía nada claramente, y no obstante, le parecía reconocer un peinado de mujer. Y discutió consigo; habría dicho que era el peinado de Sabine, sólo que la nuca parecía más ancha. En aquellos momentos, no sabía más, no podía más. Su estómago le hacía sufrir de tal manera en una angustia de incertidumbre espantosa que se apretaba contra la puerta para reprimir el temblor que le atormentaba.

Luego, como a pesar suyo no apartaba los ojos de aquella ventana, su cólera se fundió en una imaginación de moralista: se veía diputado, tomaba la palabra en una Asamblea y arremetía contra la delegación, anunciando catástrofes, y rehacía el artículo de Fauchery sobre la mosca envenenada, y salía a escena afirmando que no había sociedad posible con aquellas costumbres de Bajo Imperio. Esto le alivió, pero las sombras habían desaparecido. Sin duda se habían vuelto a acostar. Pero él aún esperaba, mirando siempre.

Dieron las tres, luego las cuatro. No podía irse. Cuando caían chaparrones se metía en el umbral de la puerta, mojados los pies. Ya no pasaba nadie por allí. De vez en cuando los ojos se le cerraban, como abrasados por la raya de luz, de la cual pendía tozudamente, con una obstinación imbécil.

Otras dos veces las sombras se volvieron a cruzar, repitiendo los mismos gestos, pasando el perfil de un jarro enorme, y dos veces más la calma se restableció, arrojando la lámpara su discreta luz de complicidad.

Aquellas sombras aumentaban sus dudas. Por otro lado, una idea repentina le apaciguó, retrasando el momento de actuar: no tenía más que esperar que saliera su esposa. Reconocería a Sabine. Nada más simple; sin escándalo, y una seguridad absoluta. Bastaba con esperar allí.

De todos los sentimientos confusos que le habían agitado, ahora sólo percibía una sorda necesidad de saber. Pero el aburrimiento le adormecía en aquella puerta.

Para distraerse, trató de calcular el tiempo que habría de esperar. Sabine tenía que estar en la estación a las nueve.

Esto le daba cerca de cuatro horas y media. Seguro de su paciencia, no se movería por nada, y hallaba un encanto en soñar que su espera en la noche sería eterna.

De pronto la raya luminosa se apagó. Este hecho tan simple significó una catástrofe inesperada para él, algo desagradable y turbador. Evidentemente acababan de apagar la lámpara y se disponían a dormir. A aquella hora, era lo más razonable. Pero a él le irritó, porque ahora aquella ventana oscura ya no le interesaba. La observó durante un cuarto de hora, y luego el cansancio le hizo abandonar la puerta y estuvo paseándose hasta las cinco, yendo y viniendo mientras levantaba la vista de cuando en cuando.

La ventana continuaba muerta, y a veces se preguntaba si no habría soñado que danzaban sombras tras aquellos cristales.

Una enorme fatiga le atormentaba, un atontamiento que le hacía olvidar qué era lo que esperaba en la esquina de la calle, tropezando contra un bordillo, despertándose sobresaltado, con el glacial estremecimiento de un hombre que no sabe ya dónde está. No había nada que mereciese tanta molestia. Y ya que aquellas personas dormían, había que dejarles dormir. ¿Por qué meterse en sus asuntos?

La noche estaba muy oscura y nadie sabría jamás aquellas cosas. Y, entonces, todo se desvaneció en él, incluso su oscuridad, ante el deseo de acabar pronto y encontrar en algún sitio algún alivio.

Aumentaba el frío y la calle era a cada instante más insoportable; por dos veces se alejó y se aproximó arrastrando los pies, para alejarse luego. Aquello había acabado, ya no existía nada más; bajó hasta el bulevar y no regresó.

Fue una excursión sombría a lo largo de las calles. Caminaba despacio, siempre con el mismo paso, siguiendo las paredes. Sus talones resonaban y no veía más que su sombra girando, creciendo y replegándose a cada mechero de gas. Esto le mecía y le distraía maquinalmente. Más tarde nunca sabría por dónde había pasado; le parecería que estuvo arrastrándose durante horas, dando vueltas en redondo, en un círculo. Únicamente conservó un recuerdo muy claro.

Sin poder explicarse cómo, se encontró con el rostro pegado a la verja del pasaje de los Panoramas, sujetando los barrotes con las manos. No los sacudía, sólo trataba de ver el pasaje, invadido por una emoción que le hinchaba el pecho. Pero no distinguía nada; una ola de tinieblas recorría la galería desierta, y el viento que recorría la calle Saint-Marc le azotaba el rostro con una humedad de bodega. Y se obstinaba allí. Luego, saliendo de un sueño, se quedó asombrado, preguntándose qué buscaba a aquella hora pegado a aquella verja con tal apasionamiento que los barrotes se le habían clavado en el rostro. Entonces reemprendió el camino, desesperado, lleno el corazón de una última tristeza, como traicionado y solo, mientras seguía adelante, entre las sombras.

Al fin amaneció, con ese clarear sucio de las noches de invierno, tan melancólico en el cenagoso pavimento de París.

Muffat había vuelto a las anchas calles en construcción que rodeaban el terreno en obras de la nueva Ópera; empapadas por los chaparrones, holladas por las carretillas, el suelo gredoso se había transformado en un fangal. Y sin mirar dónde pisaba, Muffat continuaba caminando, escurriéndose y encontrando puntos de apoyo.

El despertar de París, las cuadrillas de barrenderos y los primeros grupos de obreros le trajeron una nueva turbación a medida que avanzaba el día. Se le miraba con sorpresa al verle con el sombrero chorreando agua, lleno de barro y como asustado. Durante mucho tiempo se refugió contra las empalizadas, entre los andamiajes. En su ser vacío sólo latía un pensamiento: el de que era una pobre ruina.

Entonces pensó en Dios. Esta brusca idea de un socorro divino, de un consuelo sobrehumano, le sorprendió como algo inesperado y extraño; despertaba en él la imagen del señor Venot, moviendo su pequeña y rechoncha persona, con sus dientes cariados. Ciertamente el señor Venot, a quien rehuía desde hacía meses, evitando verle, se sentiría feliz si iba a llamar a su puerta para llorar en sus brazos. En otros tiempos, Dios le reservaba todas estas misericordias. Al menor pesar, al menor obstáculo interponiéndose en su vida, entraba en una iglesia, se arrodillaba, humillaba su pequeñez ante la soberana omnipotencia, y salía fortificado por la oración, dispuesto al abandono de los bienes de este mundo, con el único deseo de su salvación eterna.

Sin embargo, actualmente ya no practicaba más que por sacudidas, a las horas en que el terror al infierno se apoderaba de él; le habían invadido toda clase de perezas y Nana perturbaba sus deberes. La idea de Dios le asombraba. ¿Por qué no había pensado en Dios inmediatamente, cuando aquella espantosa crisis resquebrajaba y deshacía su débil humanidad?

Mientras, buscaba una iglesia en su caminar lastimoso. Estaba desorientado; la hora matinal le hacía confundir las calles. Luego, cuando doblaba el recodo de la calle Chaussée d'Antin, descubrió la Trinidad en el extremo, como una torre vaga que

se fundía en la bruma. Las estatuas blancas, dominando el jardín desierto, parecían Venus friolentas entre las hojas amarillas de un parque. Bajo el pórtico respiró un instante, fatigado por la subida de la amplia escalinata. Luego entró.

La iglesia estaba fría, con la calefacción apagada desde la víspera y con sus altas bóvedas de una niebla fina que se filtraba a través de los ventanales.

Una sombra anegaba la parte baja de las naves; allí no había ni un alma, y sólo se oía, en el fondo de aquella oscuridad lóbrega, un ruido de zuecos, algún bedel arrastrando los pies en la aspereza del despertar.

Él, sin embargo, después de tropezar con una serie de sillas, perdido, llorándole el corazón, fue a caer de rodillas frente a la verja de una capillita que había cerca de la pila del agua bendita. Unía las manos y buscaba sus oraciones, aspirando todo su ser para entregarse en un arrebató. Pero sus labios sólo tartamudearon las palabras, su espíritu continuaba huyendo, volviendo afuera, reanudando su caminata, sin parar, como bajo el azote de una necesidad implacable. Y repetía: «¡Oh, Dios mío, socórreme! Dios mío, no abandones a esta criatura tuya que se encomienda a tu justicia. Dios mío, te adoro; no me dejes perecer bajo los golpes de tus enemigos».

Nada le respondía. La sombra y el frío caían sobre sus hombros, mientras el ruido de sus pisadas siguiendo adelante, le impedía rezar. No oía más que aquel ruido irritante en la iglesia desierta, donde aún no se había empezado a barrer antes de las primeras misas. Entonces, apoyándose en una silla, se levantó, crujiéndole las rodillas. Dios aún no estaba. ¿Por qué tenía él que ir a llorar en los brazos del señor Venot si no podía hacer nada?

Y, maquinalmente, regresó a casa de Nana. Una vez fuera, después de un resbalón, sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, pero sin cólera contra la suerte; simplemente por débil y enfermo. Estaba demasiado cansado, había recibido demasiada lluvia y sentía un inmenso frío. La idea de volver a su sombrío palacio de la calle Miromesnil le helaba.

El portal de la casa de Nana aún no estaba abierto, y tuvo que esperar que apareciese el portero. Al subir, sonreía, penetrado ya por el muelle calor placentero de aquel nido, donde se podría tender y dormir.

Zoé, al abrirle, hizo una mueca de estupor y de inquietud. La señora, por culpa de una terrible jaqueca, no había pegado un ojo. Iría a ver si la señora no estaba dormida. Y se deslizó en la habitación mientras él se derrumbaba en un sillón de la sala, casi inmediatamente apareció Nana. Saltaba de la cama y apenas tuvo tiempo de ponerse unas enaguas; descalza, con los cabellos revueltos y el camisón arrugado y desgarrado, en el desorden de una noche de amor.

—¡Cómo! ¡Otra vez tú! —gritó roja de ira.

Bajo el azote de la cólera, iba a ponerle ella misma de patitas en la calle. Pero al verle tan destrozado, tan acabado, sintió una súbita piedad.

—Muy bien, mi pobre perro —repuso Nana con más dulzura—. ¿Qué ha ocurrido? Los has espiado, ¿verdad? Sólo para amargarte.

Él no respondía; tenía el aspecto de un animal abatido. No obstante, ella comprendió que seguía sin tener pruebas, y para tranquilizarle, le dijo:

—Ya ves que me engañaba. Tu mujer es honrada, palabra de honor. Ahora, pequeño mío, tienes que volver a tu casa y acostarte. Lo necesitas.

Muffat no se movió.

—Anda, vete. No puedo tenerte aquí. ¿No pretenderás quedarte a estas horas?

—Sí, acostémonos —balbuceó él.

Ella reprimió un gesto de violencia. La paciencia se le agotaba. ¿Era que él se volvía idiota?

—Vamos, vete —dijo ella por segunda vez.

—No.

Entonces ella estalló, exasperada, revuelta:

—Esto es asqueroso... Comprende que estoy de ti hasta la coronilla; vete a buscar a tu mujer, que te hace cornudo... Sí, te hace cornudo, y ahora soy yo quien te lo dice... ¿Te basta? ¿No me dejarás en paz?

Los ojos de Muffat se llenaron de lágrimas. Unió las manos, suplicándole:

—Acostémonos.

De pronto Nana perdió la cabeza, ahogada ella misma por sollozos nerviosos. Se abusaba de ella. ¿Acaso le importaban todas aquellas historias? Ciertamente que ella había puesto todos los medios posibles para instruirle, por gentileza. ¡Y le quería hacer pagar los platos rotos! Y no. Ella tenía buen corazón, pero no tanto.

—¡Por todos los diablos, que ya estoy harta! —gritó ella pegando puñetazos en un mueble—. ¡Y yo que me esforzaba, que quería ser fiel...! Pero, querido, mañana sería rica si yo dijese una palabra.

Él levantó la cabeza sorprendido. Jamás había pensado en aquella cuestión de dinero. Si ella expresaba un deseo, en seguida lo satisfaría. Toda su fortuna era de ella.

—No; ya es demasiado tarde —replicó Nana, rabiosa—. Me gustan los hombres que dan sin que se les pida... No, ya ves, aunque me dieras un millón por una sola vez, lo rechazaría. Se acabó, tengo otra cosa ahí... Vete, o no respondo de nada. Cometería una desgracia.

Avanzaba hacia él amenazadora. Y durante su desespero de buena muchacha puesta a prueba, convencida de su derecho y de su superioridad sobre las gentes honradas que la abrumaban, se abrió la puerta bruscamente y se presentó Steiner. Esto fue el colmo. Lanzó una terrible exclamación.

—¡Vamos! ¡Aquí está el otro!

Steiner, aturdido por el estallido de su mismo grito, se detuvo. La presencia

inesperada de Muffat le contrarió, porque tenía miedo a una explicación, ante la cual retrocedía desde hacía tres meses. Cerrando los ojos, se balanceaba irritado y evitaba mirar al conde. Resoplaba, con el rostro encendido y descompuesto de un hombre que ha recorrido París para dar una buena noticia, y que se siente caer en medio de una catástrofe.

—¿Qué quieres tú? —preguntó crudamente Nana, tuteándole y sin importarle el conde.

—Yo... yo... —tartamudeó—. Vengo a traerle lo que ya sabe.

—¿Qué?

Vacilaba. La antevíspera ella había dicho que si no encontraba mil francos para pagar un recibo, no le recibiría más. Desde hacía dos días, lo recorría todo, y por fin, aquella misma mañana, acababa de completar la suma.

—Los mil francos —acabó por decir, sacándose un sobre del bolsillo.

Nana lo había olvidado.

—¡Los mil francos! —gritó—. ¿Pero es que pido limosna? ¡Toma! Mira el caso que hago de tus mil francos.

Cogió el sobre y se lo arrojó a la cara. Él, como judío prudente, lo recogió con cierto esfuerzo. Miraba a la joven como atontado. Muffat cruzó con él una mirada de desesperación, mientras ella se ponía en jarras para gritar más fuerte:

—¿Qué? ¿Acabaréis de insultarme...? Tú, querido, estoy muy contenta de que hayas venido, porque ya ves... la limpieza va a ser completa. ¡Hala, fuera! ¡Largo de aquí!

Y como ellos no se movieran, paralizados, agregó:

—¿Decís que hago una tontería? Es posible. Pero ya me habéis fastidiado demasiado... ¡Y silencio! Estoy harta de ser elegante. Si reviento, es cosa mía.

Quisieron tranquilizarla, suplicándole.

—Una, dos... ¿os negáis a iros? Pues mirad, ¡tengo compañía!

Y con brusco ademán abrió de par en par la puerta de su dormitorio. Entonces los hombres vieron a Fontan en la cama deshecha. Éste no esperaba ser exhibido de aquella manera; tenía las piernas al aire, la camisa remangada y se revolcaba como un cabrito en medio de los encajes arrugados, con su piel negra. Sin embargo, no se turbó, acostumbrado a las sorpresas de los escenarios.

Tras la primera sacudida de sobresalto, encontró una expresión apropiada para salir honrosamente del trance, e hizo el conejo, como él decía, avanzando la boca y arrugando la nariz, moviendo el hocico. Su cabeza de fauno canalla rezumaba vicio. Era a Fontan a quien, desde hacía ocho días, Nana iba a buscar al Varietés, en una chaladura de ramera encaprichada por la fea mueca de los cómicos.

—¡Aquí está! —dijo ella, señalándolo con un gesto de trágica.

Muffat, que lo había aceptado todo, se revolvió ante esta afrenta.

—¡Putá! —tartamudeó.

Pero Nana, ya en la habitación, retrocedió para decirle la última palabra.

—¿Putá de qué? ¿Y tu mujer?

Y se marchó, pegando un portazo y pasando enfurecida el cerrojo. Los dos hombres se quedaron solos y se miraron en silencio. Zoé acababa de entrar, pero no los echó, sino que les habló muy razonablemente.

Como persona prudente, encontraba la tontería de la señora demasiado fuerte. No obstante, la defendía; con aquel sinvergüenza no duraría mucho, pero había que dejar que le pasase la fiebre. Los dos hombres se retiraron. No habían dicho una palabra. En la acera, conmovidos por cierta fraternidad, se dieron un apretón de manos silencioso, y, dándose la espalda, se alejaron cada uno por su camino.

Cuando por fin regresó Muffat a su palacete de la calle Miromesnil, llegaba precisamente su esposa. Se encontraron en la amplia escalera, cuyas sombrías paredes dejaban caer un escalofrío helado. Levantaron los ojos y se vieron. El conde aún tenía las ropas embarradas y la palidez espantosa de un hombre que regresa del vicio. La condesa, como destrozada por una larga noche de viaje en tren, se dormía en pie, mal peinada y ojerosa.

Capítulo VIII

Fue en la calle Véron, en Montmartre, en un pequeño alojamiento del cuarto piso. Nana y Fontan habían invitado a algunos amigos para celebrar la noche de Reyes. Estrenaban la casa, pues sólo hacía tres días que se habían instalado.

Se hizo bruscamente, sin idea preconcebida de vivir juntos, con los primeros ardores de su luna de miel. Al día siguiente de la bonita algarada, cuando echó tan abiertamente a la calle al conde y al banquero, Nana sintió que todo se desmoronaba en torno suyo. En un instante midió la situación: los acreedores caerían en su antesala, se mezclarían con sus asuntos de amor, tratarían de venderlo todo si no era razonable, y todo se convertiría en discusiones, en quebraderos de cabeza sin acabar nunca, para disputarse sus cuatro muebles. Y prefirió abandonarlo todo. Además, el apartamento del bulevar Haussmann la aburría. Era una estupidez, con sus grandes salas doradas.

En un arranque de ternura por Fontan, empezó a soñar en un pisito claro, volviendo así a su antigua idea de florista, cuando aún no veía más allá de un armario con espejo de palisandro y una cama tapizada de reps azul. En dos días vendió todo lo que pudo sacar, chucherías y joyas, y desapareció con una decena de miles de francos, sin decir una palabra a la portera; una zambullida, una fuga, y ni rastro. De esta manera los hombres no irían a colgarse de sus faldas.

Fontan fue muy amable. No dijo que no y la dejó hacer, incluso actuó junto a ella como buen camarada. Por su parte, tenía siete mil francos, y consintió en unirlos a los diez mil de Nana, aún cuando se le acusaba de avaricia. Estos fondos les parecieron suficientes para instalarse. Y partiendo de aquí, gastaron cada uno por su lado del capital común, alquilando y amueblando dos piezas de la calle Véron, y compartiéndolo todo como buenos amigos. El principio fue verdaderamente delicioso.

La tarde de Reyes, la señora Lerat llegó la primera con Louiset, y como Fontan aún no había llegado, se permitió expresar sus temores, porque temblaba al ver que su sobrina renunciaba a una fortuna.

—¡Oh, tía, le amo tanto! —exclamó Nana, juntando sus dos manos en un bello gesto sobre el corazón.

Estas palabras produjeron un efecto extraordinario en la señora Lerat. Sus ojos se humedecieron.

—Si es así —dijo con aire de convicción— el amor es antes que nada.

Y se deshizo en alabanzas sobre la hermosura de la casa. Nana le enseñó el dormitorio, el comedor y la cocina. Caramba, aquello no era inmenso, pero habían retocado las pinturas, cambiado los papeles y el sol entraba que era una bendición.

Entonces la señora Lerat retuvo a Nana en el dormitorio, dejando a Louise en la cocina, con la mujer de la limpieza, para ver cómo asaba un pollo. Si se permitía reflexiones era porque Zoé acababa de salir de su casa.

Zoé había permanecido valientemente en la brecha, por devoción a la señora. Más tarde, la señora ya la pagaría; por eso no se inquietaba. Y en la desbandada del apartamento del bulevar Haussmann, hacía frente a los acreedores; actuaba en una digna retirada, salvando todo lo que podía y diciendo que la señora estaba de viaje, sin dar a nadie la dirección. Si hasta por miedo a que la viesan se privaba del placer de visitar a la señora. No obstante, aquella mañana corrió a casa de la señora Lerat para saber qué había de nuevo.

La víspera se habían presentado varios acreedores; el tapicero, el carbonero, la modista, ofreciendo tiempo, e incluso proponiendo adelantar una crecida cantidad a la señora si la señora quería volver a su apartamento y comportarse como una persona inteligente. La tía repetía las palabras de Zoé. Sin duda había algún señor por medio.

—¡Nunca! —replicó Nana indignada—. ¡Pues sí que son decentes esos proveedores! ¿Acaso piensan que voy a venderme para saldar sus facturas? Mira, prefiero morirme de hambre antes que engañar a Fontan.

—Eso es lo que contesté yo —dijo la señora Lerat—; mi sobrina tiene mucho corazón.

Nana, sin embargo, se sintió muy vejada al enterarse de que se vendía la Mignotte y que Labordette la compraba, a un precio ridículo, para Caroline Héquet. Esto la llevó a encolerizarse contra aquella trunca de verdaderas callejeras, a pesar de sus posturas. ¡Oh, sí! ella valía más que todas ellas.

—Ya pueden divertirse; el dinero no les dará nunca la verdadera felicidad. Y, además, tía querida, has de saber que ya no sé si ese mundo existe. Soy demasiado feliz.

Precisamente la señora Maloir entraba con uno de esos sombreros extraños, cuya forma sólo encontraba ella. Constituyó una gran alegría volverse a ver. La señora Maloir le confesó que las grandezas la intimidaban; ahora volvería de vez en cuando para jugar una partida.

Mostró por segunda vez el alojamiento, y en la cocina, ante la sirvienta provisional que cocinaba un pollo, Nana habló de economías, y dijo que una criada habría costado muy cara y que ella misma se cuidaría de su casa. Louiset contemplaba beatíficamente el asado.

Se oyeron voces. Era Fontan, con Bosc y Prulliere. Ya podían sentarse a la mesa. La sopa estaba servida cuando Nana enseñaba por tercera vez el alojamiento.

—Oh, queridos, qué bien estáis aquí —repetía Bosc, con la intención de agradecer a los compañeros que pagaban la cena, porque en el fondo la cuestión del «nido» como decía, le importaba poco.

En el dormitorio aún forzó la nota amable. Por lo general trataba a las mujeres de camellos y la idea de que un hombre pudiese cargar con una de esas sucias bestias revolvió en él la única indignación de que era capaz, con el desdén de borracho con que envolvía al mundo.

—¡Ah, picaruelos! —exclamó guiñando los ojos—. Esto lo han hecho solapadamente. Pues habéis tenido razón. Esto será encantador, y nosotros vendremos a veros, claro que sí.

Pero como llegaba Louiset, a caballo del mango de una escoba, Prulliere dijo con una risa maliciosa:

—¿Cómo? ¿Ya tenéis este bebé?

Aquello pareció muy divertido. La señora Lerat y la señora Maloir se desternillaban. Nana, en vez de enfadarse, tuvo una enternecedora sonrisa a la vez que decía que desgraciadamente no; ella lo hubiese querido, por el pequeño y por ella, pero tal vez llegase. Fontan, que se hacía el bonachón, cogió a Louiset, y jugando ceceó:

—Esto no impide que quiera a su padrecito... Llámame papá, granujilla.

—Papá... papá... —tartamudeó el niño.

Todos lo acariciaban. Bosc, aburrido, hablaba de sentarse a la mesa, pues para él no había nada más serio. Nana pidió permiso para sentar a Louiset a su lado. La cena fue muy divertida. Bosc, sin embargo, sufrió con la vecindad del chiquillo, de quien debía defender su plato. La señora Lerat también le molestaba. Ella se enternecía y le contaba en voz baja cosas misteriosas, historias de señores muy ricos que aún la perseguían, y dos veces tuvo que apartar la rodilla porque ella lo asediaba con ojos encandilados.

Prulliere se comportaba como un grosero con la señora Maloir, a quien no servía ni una vez. Sólo se ocupaba de Nana, resentido al verla liada con Fontan. Además, los palomos acabaron por hacerse empalagosos de tanto que se besaban. Contra todas las reglas habían querido sentarse juntos.

—Diablos, comed; ya tendréis tiempo —repetía Bosc con la boca llena—. Esperad que no estemos nosotros aquí.

Pero Nana no podía contenerse. Estaba en su arrobamiento de amor, sonrosada como una virgen, con sonrisas y miradas humedecidas de ternura; con los ojos fijos en Fontan, lo asediaba con epítetos cariñosos: perrito mío, lobezno, mi gatito, y cuando él le pasaba el agua y la sal, ella se inclinaba, le besaba al azar en los labios, en los ojos, sobre la nariz o sobre una oreja; si la reñían, volvía a la carga con ingeniosas tácticas, con humildes mimos de gata reprendida.

Fontan se hacía el bonachón y se dejaba adorar, lleno de condescendencia. Su enorme nariz se agitaba con un goce sensual. Su hocico de chivo, su fealdad de monstruo truhanesco, se extasiaba con la adoración devota de aquella soberbia

muchacha, tan blanca y tan carnosa. A veces le devolvía un beso, como hombre que se reserva para el placer pero que quiere mostrarse amable.

—Acabáis por poneros pesados —gruñó Prulliere—. Vete de ahí.

Y echó a Fontan, cambiando su cubierto para coger sitio al lado de Nana. Hubo exclamaciones, aplausos y palabras muy rudas. Fontan mostraba su desesperación con sus gestos chuscos de Vulcano llorando a Venus.

Inmediatamente Prulliere se mostró galante, pero Nana, cuyo pie buscaba debajo de la mesa, le pegó un golpe para que se estuviese quieto. No, ciertamente no se acostaría con él. El mes anterior había tenido un principio de capricho debido a su hermosa cabeza, pero ahora lo detestaba. Si volvía a pellizcarla, fingiendo que recogía su servilleta, le arrojaría su vaso a la cara.

No obstante, la velada transcurrió bien. Se pusieron, como era natural, a hablar del Varietés. ¿No se moría aquel canalla de Bordenave? Sus cochinas enfermedades reaparecían y le hacían padecer tanto que no estaba ni para que lo cogiesen con pinzas. La víspera, durante el ensayo, había estado vociferando continuamente contra Simonne.

—He aquí a uno al que no llorarán mucho los artistas.

Nana dijo que si la llamaba para un papel, lo mandaría bonitamente a paseo; además, hablaba de no volver a las tablas porque el teatro no valía lo que su casa. Fontan, que no actuaba en la nueva obra ni en la que se ensayaba, también exageraba la dicha de gozar de su completa libertad, de pasar las veladas con su gatita, los pies cerca del fuego. Y los otros lanzaban exclamaciones tratándolos de afortunados y fingiendo envidiar su dicha.

Se había sacado el roscón de Reyes. El haba le cayó a la señora Lerat, que la echó en el vaso de Bosc. Entonces gritaron: ¡El rey bebe, el rey bebe! Nana aprovechó el estallido de jovialidad para volver a coger a Fontan por el cuello, besarle y decirle cosas al oído. Pero Prulliere, con su sonrisa contrariada de mozo guapo, gritó que aquello no entraba en el juego.

Louiset dormía sobre dos sillas. La reunión terminó hacia la una, y gritaron sus adioses a lo largo de la escalera.

Durante tres semanas la vida de los dos tórtolos fue realmente deliciosa. Nana creía volver a sus principios, cuando su primer vestido de seda le proporcionó tanto placer. Salía poco y se deleitaba en la soledad y en la sencillez. Una mañana muy temprano, cuando ella misma iba a comprar pescado en el mercado de La Rochefoucauld, se desconcertó al encontrarse cara a cara con Francis, su antiguo peluquero, quien vestía con su habitual corrección camisa fina y levita irreprochable, y a Nana la avergonzó que la vieses en la calle con una bata, desgreñada y arrastrando las chancletas. Pero él aún tuvo el tacto de extremar su cortesía. No se permitió ninguna pregunta y fingió creer que la señora estaba de viaje. ¡Ah! la señora

había hecho a muchos desgraciados al decidirse a viajar. Era una pérdida para todo el mundo.

Sin embargo, Nana acabó por interrogarle, llevada de una curiosidad que la hacía olvidar su primera turbación. Como la gente los atropellaba, ella lo empujó a una puerta, donde siguió de pie ante él, con la bolsa del pan en la mano. ¿Qué decían de su fuga? Buen Dios, las señoras a quienes peinaba decían esto, aquello y lo de más allá; en suma, mucho ruido y un verdadero triunfo. ¿Y Steiner? El señor Steiner había bajado mucho, y acabaría mal si no encontraba una nueva operación. ¿Y Daguinet? ¡Oh! ese iba perfectamente; el señor Daguinet se había encarrilado.

Nana, a quien los recuerdos excitaban, iba a abrir la boca para preguntar más, pero sintió cierta violencia al pronunciar el nombre de Muffat. Entonces Francis, sonriendo, habló el primero. En cuanto al señor conde, estaba que daba pena; había sufrido tanto desde la marcha de la señora, que parecía un alma en pena; se le veía en todos los sitios donde podía estar ella.

Hasta que lo encontró el señor Mignon, que se lo llevó a su casa. Esta noticia hizo reír mucho a Nana, pero fue una risa nerviosa.

—Ah... Entonces, ahora está con Rose —dijo ella—. Muy bien, pero sepa, Francis, que todo eso me importa un comino. Vaya con ese gazmoño. Ha cogido la costumbre y no puede ni abstenerse ocho días. ¡Y me juraba que para él no habría otra mujer después de mí!

En el fondo estaba rabiando.

—Son mis desechos, —añadió Nana—. Buen pájaro se ha pagado Rose. Lo comprendo, ha querido vengarse porque le quité a ese bruto de Steiner. Hermoso triunfo llevarse a casa a un hombre que puse de patitas en la calle.

—El señor Mignon no cuenta las cosas de esa manera —dijo el peluquero—. Según él, ha sido el señor conde quien la despidió. Sí, y de una manera bien humillante, de una patada en cierto sitio.

Al oír eso, Nana palideció.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Una patada a mí y en...? Esto ya es demasiado. ¡Pero si fui yo quien echó por la escalera a ese cornudo! Porque es un cornudo. Ya debes saberlo; su condesa le pone los cuernos con todo el mundo, hasta con ese granuja de Fauchery. Y ese Mignon rondando la calle para la mona de su mujer, a la que nadie quiere de tan flaca. ¡Cochino mundo! ¡Una gentuza!

Se ahogaba. Tomó aliento.

—¿Y dicen eso...? Pues bien, amigo Francis, iré a buscarlos. ¿Quieres que vayamos los dos ahora mismo? Sí, iré y veremos si tienen cara para seguir hablando de patadas en mis nalgas... ¡Patadas! Jamás se lo toleraré a nadie. Y nunca me pegarán, sabes, porque me comería al tipo que me tocara.

Luego se tranquilizó. Después de todo, podían decir lo que quisiesen, porque no

los consideraba más que al barro de sus zapatos. Se mancharía si se ocupase de esas gentes. Ella tenía la conciencia tranquila. Y Francis, en tono familiar, al verla vestida como una mujer de servicio, se permitió darle algunos consejos al despedirse. Había hecho mal en sacrificarlo todo por un capricho, pues los caprichos podían arruinar una vida. Ella le escuchaba con la cabeza baja mientras él hablaba con acento apenado, demostrando que le dolía que una muchacha tan bella le volviese la espalda a la suerte.

—Eso es asunto mío —acabó por decir ella—. De todas maneras, gracias, querido.

Ella le estrechó la mano, que tenía siempre un poco de grasa a pesar de su correcto porte; luego se dirigió al puesto del pescado. Durante todo el día la preocupó aquella historia de la patada en el trasero. Incluso se lo dijo a Fontan, y nuevamente se jactó de ser una mujer que no toleraría ni si quiera un papirotazo. Fontan, como espíritu superior, aseguró que todos los hombres de posición eran unos groseros y que debía despreciárselos. Desde entonces Nana sintió el mayor desdén por ellos.

Precisamente aquella noche fueron a los Bouffes a ver la presentación, en un papel de diez líneas, de una mujercita que Fontan conocía. Era casi la una cuando regresaban a pie a las alturas de Montmartre. En la calle de la Chaussée d'Antin habían comprado una torta y se la comieron en la cama porque no hacía calor y tampoco había que encender el fuego. Sentados en la cama, el cobertor sobre el vientre y las almohadas amontonadas tras la espalda, comían y hablaban de la debutante. Nana la encontraba fea y sin gracia. Fontan, inclinado hacia adelante, le pasaba los trozos de torta, puesta en la mesilla de noche, entre la bujía y las cerillas. Pero acabaron por discutir.

—No sé qué le encuentran —gritó Nana—. Tiene los ojos como agujereados y cabellos de color de cáñamo.

—Cállate —repetía Fontan—. Una cabellera soberbia, unas miradas de fuego... Ya se sabe que las mujeres siempre os coméis unas a otras.

Estaba muy contrariado.

—¡Esto ya es demasiado! —dijo al fin con voz agresiva—. Sabes que no me gusta que me fastidien. Durmamos o esto acabará mal. —Y sopló la bujía. Nana estaba furiosa; no admitía que se le hablase en aquel tono, y estaba acostumbrada a ser respetada. Como él no le respondía, tuvo que callarse. Pero ella no conseguía dormirse, y daba vueltas y más vueltas.

—¡Por Dios!, ¿acabarás de moverte? —gritó Fontan de golpe, con un brusco salto.

—No es culpa mía si hay migas en la cama —replicó ella secamente.

En efecto, había migas. Ella las sentía hasta debajo de sus muslos y la molestaban con sólo moverse. Una miga se le incrustó en una nalga y se rascó hasta salirle

sangre. Además, cuando se come un pastel en la cama, ¿no se sacude siempre la sábana? Fontan, fríamente rabioso, había encendido una bujía. Los dos se levantaron, descalzos, en camisa, levantaron los cobertores y sacudieron la sábana. Él tiritaba y volvió a acostarse, enviándola al diablo porque ella le decía que se limpiase los pies. Después Nana volvió a ocupar su sitio, pero apenas se estiró, empezó a moverse. Aún quedaban migas.

—Diablos, si estaba segura. Las has vuelto a meter con los pies. Ya no puedo más, ¡te digo que no puedo más!

Y se dispuso a pasar por encima de él para bajar de la cama. Entonces, harto, y queriendo dormir, Fontan le arreó una bofetada con todas sus ganas. La bofetada fue tan fuerte que, del golpe, Nana se encontró tendida, otra vez acostada y con la cabeza en la almohada. Se quedó aturdida.

—¡Oh...! —dijo simplemente, con un hondo suspiro de niña.

Y aún la amenazó con otra bofetada si volvía a moverse. Luego de apagar la luz se tendió cómodamente boca arriba y en el acto empezó a roncar.

Nana, con la nariz clavada en la almohada, lloriqueaba. Era una cobardía abusar de su fuerza. Pero había sentido verdadero pánico al ver la máscara cómica de Fontan volverse tan terrible. Y su cólera se esfumó como si la bofetada la hubiese calmado. Ella lo respetaba y se pegaba a la pared del dormitorio para dejarle todo el sitio posible. Acabó por dormirse, la mejilla caliente, los ojos llenos de lágrimas, en un abatimiento delicioso, en una sumisión tan rendida que ya no sintió las migas.

Por la mañana, cuando se despertó tenía a Fontan entre sus brazos apretándolo contra su pecho, muy fuerte ¿No es así? Él no volvería a hacerlo más, ¡nunca más! Y ella le amaba demasiado; de él, hasta era bueno ser abofeteada.

Entonces empezó una nueva vida. Por un sí o un no, Fontan le largaba una bofetada, y ella, ya acostumbrada, las admitía. A veces gritaba, le amenazaba, pero él la empujaba contra la pared amenazándola con estrangularla, lo que la volvía sumamente dócil. Lo más frecuente era caer en una silla sollozando durante cinco minutos. Después se olvidaba, muy alegre, con cantos y risas, y carreras que amenizaban la alcoba con el vuelo de sus enaguas.

Lo peor era que ahora Fontan desaparecía durante todo el día y no regresaba nunca antes de medianoche; iba a los cafés, donde se encontraba con sus amigos. Nana lo toleraba todo, temblorosa, acariciante, con el único miedo de no verle regresar si le hacía algún reproche. Pero algunos días, cuando no tenía a la señora Maloir, ni a su tía con Louiset, se aburría mortalmente. Así pues, un domingo, estando en el mercado de La Rochefoucauld regateando el precio de unos pichones, tuvo una alegría al encontrarse con Satin, que compraba unos rábanos. Desde la noche en que el príncipe se había bebido el champaña de Fontan, no habían vuelto a verse.

—¡Cómo! ¿Eres tú? ¿Vives en el barrio? —dijo Satin, asombrada al verla en chancletas por la calle a aquella hora—. Pobre hija mía... ¿Estás en reparación?

Nana la hizo callarse con un fruncimiento de cejas, porque había allí otras mujeres en salto de cama, sin vestirse, los cabellos sueltos y blancos de pelusa. Por la mañana todas las mujercuelas del barrio, en cuanto habían puesto al hombre de la víspera en la calle, corrían a hacer sus provisiones, los ojos cargados de sueño, arrastrando las zapatillas con el mal humor y el cansancio de toda una noche de fatigas. De cada calle de la encrucijada bajaban hacia el mercado, muy pálidas, jóvenes aún, graciosas en su abandono, y a la vez grotescas y apergaminadas viejas, enseñando sus huesos y sin que las avergonzase ser vistas así, fuera de las horas de trabajo; y en las aceras los paseantes se volvían, sin que una sola se dignase sonreírles, con su porte de amas de casa, para las que los hombres no existen. Precisamente, cuando Satin pagaba el paquete de rábanos, un hombre joven, algún empleado retrasado, le lanzó, según pasaba, un «Buenos días, querida». En el acto ella se irguió con la dignidad de una reina ofendida y le dijo:

—¿Por quién me tomará ese cerdo?

Luego creyó reconocerle. Tres días antes, hacia medianoche, subiendo por el bulevar, ella le estuvo hablando cerca de media hora, en la esquina de la calle Labruyere, para decidirle. Pero esto aún la sublevó más.

—Son bien groseros gritándole a una esas cosas en pleno día —añadió—. Cuando una va a sus asuntos, es para que se la respete, ¿no es así?

Nana compró los pichones, aunque dudaba de su frescura. Entonces Satin quiso enseñarle su puerta; vivía al lado, en la calle La Rochefoucauld. Y cuando se quedaron solas, Nana le contó su pasión por Fontan.

Al llegar a su casa, Satin se detuvo con los rábanos bajo el brazo, intrigada por un último detalle que Nana le daba, mintiendo a su vez, jurando que era ella quien había puesto al conde Muffat de patitas en la calle, a puntapiés en el trasero.

—¡Oh, soberbio! —repetía Satin—. ¡Soberbio! ¿A puntapiés? Y no dijo nada, ¿verdad? Es muy cobarde. Me habría gustado estar allí para ver su facha... Querida mía, tienes razón. Al diablo el dinero. Yo, cuando tengo un capricho, me lo doy hasta reventar. Ven a verme, prométemelo. Es la puerta de la izquierda. Llama tres veces, porque hay tal cantidad de inoportunos...

Desde entonces, cuando Nana se aburría demasiado, bajaba a ver a Satin. Siempre estaba segura de encontrarla, porque no salía nunca antes de las diez. Satin ocupaba dos habitaciones, que un farmacéutico le había amueblado para salvarla de la policía, pero en menos de trece meses había roto los muebles, desfondado las sillas, ensuciado las cortinas, y había tanta suciedad y desorden que el alojamiento parecía habitado por una banda de gatos rabiosos.

Las mañanas en que, asqueada de tanta mugre, se le ocurría a ella misma limpiar

tanta basura, se le quedaban en las manos astillas de los muebles y jirones de cortinas, a fuerza de pelear con la cochambre. Esos días, aquello aún estaba más sucio, y no se podía entrar, porque muchas cosas estaban en el suelo y obstruían las puertas. Y acababa por abandonar la limpieza. A la luz de la lámpara, el armario de luna, el reloj y lo que quedaba de cortinas, aún producía cierta ilusión en los hombres. Por lo demás, hacía seis meses que su propietario la amenazaba con expulsarla. Entonces, ¿para quién iba a cuidar los muebles? ¿Para él tal vez? ¡Vaya gracia! Y cuando se levantaba de buen humor, gritaba «¡Hala ya!» a la vez que pegaba coces a los costados del armario, y de la cómoda, que crujían a los golpes.

Nana casi siempre la encontraba acostada. Incluso en los días en que Satin bajaba a comprar sus vituallas, se sentía tan fatigada al regresar que volvía a echarse en la cama. Durante el día se arrastraba, dormía en cualquier silla y no salía de aquella languidez hasta que al anochecer se encendía el gas.

Y Nana se encontraba muy bien en su casa, sentada sin hacer nada, en medio de la cama deshecha, de las mantas tiradas al suelo, de las enaguas sucias de la víspera, que manchaban de barro los sillones.

Allí chismorreaban, se hacían confidencias interminables, mientras Satin, en camisa, echada y con los pies más altos que la cabeza, la escuchaba fumando cigarrillo tras cigarrillo. A veces se compraban ajeno, para las tardes en que se sentían melancólicas, para olvidar, decían ellas; sin bajar, y sin siquiera ponerse una falda, Satin se asomaba por encima de la barandilla y le gritaba el encargo a la hija de la portera, una mocosa de diez años, que les traía el ajeno en un vaso y miraba curiosa las piernas desnudas de la señora.

Todas las conversaciones desembocaban en el tema de los hombres. Nana estaba disgustada con su Fontan; ella no podía decir diez palabras sin caer de nuevo en las imbecilidades que él le echaba siempre en cara. Pero Satin, como buena chica, escuchaba sin cansarse aquellas eternas historias de esperas en la ventana, de discusiones por un guiso quemado, de reconciliaciones en la cama después de horas enteras de enojo.

Por necesidad de hablar de esto, Nana llegó a contarle todas las bofetadas recibidas; la semana pasada le había hinchado un ojo; la víspera, sin ir más lejos, a propósito de unas zapatillas que no aparecían, la tiró de una bofetada contra la mesilla de noche, y Satin no se asombraba ante nada, soplando el humo de su cigarrillo, e interrumpiéndose para sólo decir que ella siempre se agachaba, con lo que evitaba que el señor le arrease la bofetada. Ambas se embalaban con sus historias de golpes, felices y aturdidas por los mismos hechos imbéciles, cien veces repetidos, cediendo a la blanda y cálida lasitud de las palizas indignas de que ellas hablaban. Ese gusto de insistir sobre las bofetadas de Fontan, de criticar a Fontan hasta por su manera de quitarse las botas, eran el tema diario de Nana, sobre todo desde que Satin empezó

por serle simpática. También le explicaba hechos más fuertes, como el de un pastelero que la dejó medio muerta en el suelo, y aún le siguió queriendo.

Después llegaban los días en que Nana lloraba, diciendo que aquello no podía continuar así. Satin la acompañaba hasta la puerta y se quedaba una hora en la calle para ver si él la asesinaba. Y al día siguiente las dos mujeres gozaban toda la tarde con los comentarios sobre la reconciliación, prefiriendo, no obstante, aunque sin decirlo, los días en que había golpes, porque esto las apasionaba más.

Empezaron a ser inseparables. No obstante, Satin nunca iba a casa de Nana. Fontan había dicho que en su casa no quería trotacalles; pero salían juntas, y así fue como Satin llevó un día a su amiga a casa de una mujer, precisamente aquella señora Robert que tanto preocupaba a Nana y que le causaba cierto respeto desde el día en que se negó a asistir a una cena suya.

La señora Robert vivía en la calle Mosnier, una calle nueva y silenciosa del barrio de Europa, sin un establecimiento y con hermosas casas cuyos pequeños apartamentos los ocupaban casi sólo señoras.

Eran las cinco; a lo largo de las desiertas aceras, en la paz aristocrática de las altas casas blancas, se veían cupés de bolsistas y de negociantes estacionados, y los hombres caminaban aprisa, levantando los ojos hacia las ventanas, donde mujeres en peinador parecía que les esperasen. De momento Nana se negó a subir, diciendo con aire afectado que no conocía a aquella señora, pero Satin insistió.

Ella siempre podía llevar una amiga. Además, sólo quería hacer una simple visita de cortesía; la señora Robert, a quien había encontrado el día anterior en un restaurante, se había mostrado muy gentil y le hizo prometer que iría a visitarla. Y Nana acabó por ceder.

Arriba, una criada medio dormida les dijo que la señora no estaba en casa. No obstante, quiso introducir las en el salón, en donde las dejó solas.

—Caramba, qué elegancia —murmuró Satin.

Era un apartamento severo y burgués, forrado de telas oscuras con el gusto de un boticario Parisiense retirado después de haber hecho fortuna.

Nana, impresionada, quiso bromear, pero Satin se enfadaba y respondía de la virtud de la señora Robert. Siempre se la encontraba en compañía de hombres de edad y serios, que le daban el brazo. De momento tenía un antiguo chocolatero, un hombre muy reposado. Cuando iba, encantado del buen aspecto de la casa, se hacía anunciar y la llamaba hija mía.

—Pero mira, aquí la tienes —repuso Satin enseñándole una fotografía colocada delante del reloj.

Nana miró el retrato un instante. Representaba una mujer muy morena, de rostro alargado, los labios finos y con una sonrisa discreta. Se hubiera dicho que era una dama de mundo bien situada.

—Es extraño —murmuró al fin—. Estoy segura de haber visto esta cara en algún lugar. ¿Dónde? No lo sé. Pero no debió de ser en un sitio muy limpio... No, no. Seguro que no fue en un sitio muy limpio.

Y añadió, volviéndose hacia su amiga:

—Entonces, te ha hecho prometer que vendrías a verla. ¿Qué quiere de ti?

—¿Que qué quiere de mí? Sin duda hablar, estar un rato juntas... Pura cortesía.

Nana miró fijamente a Satin; luego hizo chascar la lengua. En fin, aquello le daba igual. Pero como la dama no llegaba, dijo que no esperaba más, y se fueron.

Al día siguiente Fontan advirtió a Nana que no iría a comer. Y Nana bajó temprano y fue a buscar a Satin para invitarla a comer en algún restaurante. La elección del lugar constituyó un arduo problema. Satin proponía comedores que Nana encontraba infectos, hasta que la convenció de que fuesen a comer a Casa Laure. Era un fonducho de la calle Martyrs, donde el cubierto costaba tres francos.

Aburridas de esperar, y no sabiendo qué hacer por las aceras, subieron a Casa Laure veinte minutos antes de la hora. Los tres comedores aún estaban vacíos. Se colocaron en una mesa del mismo salón donde Laure Piedefer reinaba, sentada sobre la alta banqueta del mostrador. Esta Laure era una mujer de cincuenta años, y de formas desbordantes, comprimidas con cinturones y corsés.

Las mujeres iban llegando en fila, se empinaban por encima de las bandejas y besaban a Laure en la boca, con una familiaridad cariñosa, mientras este monstruo de ojos húmedos trataba, repartiéndose, de no provocar celos.

La sirvienta, en cambio, era una mujer alta, delgada, deteriorada, que servía a aquellas señoras con ojos negros y miradas encendidas por un fuego sombrío. En seguida se llenaron los tres salones. Había un centenar de clientes, mezclados al azar por las mesas, la mayoría ronizando la cuarentena, gordos, con exuberancia de carne y muestras de vicio en sus mustias bocas, y en medio de aquellas redondeces de pechos y de vientres, aparecían algunas muchachitas delgadas, de aire todavía ingenuo bajo el descaro del gesto, de principiantes recogidas en cualquier tasca y llevadas por una clienta a Casa Laure, en donde la recua de mujeres gordotas, puestas ante el aroma de aquella juventud, se movía y hacía en torno suyo una corte propia de viejos mozos inquietos, pagándoles golosinas.

No había muchos hombres, diez o quince a lo sumo, y con actitud humilde bajo la ola invasora de faldas, excepto cuatro mocetones que quisieron ver qué había en Casa Laure, y bromeaban muy a gusto.

—¿No te parece? —decía Satin—. Está muy bueno este guisado.

Nana movía la cabeza, satisfecha. Era la clásica y sólida comida de una fonda de provincias: *vol-au-vent* a la financiera, pollo con arroz, judías verdes en su jugo y crema de vainilla helada al caramelo. Las señoras caían particularmente sobre el pollo con arroz, estallando en sus corpiños y limpiándose los labios discretamente.

Al principio, Nana tuvo miedo de encontrarse con alguna antigua conocida que le pudiese hacer preguntas tontas, pero se tranquilizó al no ver ningún rostro conocido entre aquella multitud tan variada, en la que los vestidos descoloridos y los sombreros lamentables se emparejaban con ricos atuendos en la fraternidad de las mismas perversiones. Durante un momento se interesó por un joven de cabellos cortos y ondulados, el rostro insolente, que tenía sin aliento y pendientes de sus menores caprichos a toda una mesa de mujeres que reventaban de grasa, pero cuando el joven se rió, se le hinchó el pecho.

—Toma, si es una mujer —gritó casi Nana.

Satin, que se atracaba de pollo, levantó la cabeza murmurando:

—Sí; la conozco... Es muy elegante. Se la disputan todos.

Nana hizo una mueca de desagrado. Ella aún no comprendía aquello. Sin embargo, añadió con voz razonable que sobre gustos y colores no debía discutirse, porque jamás se sabía lo que podría quererse cualquier día.

Así pues, se comió su crema con filosofía, viendo que Satin revolucionaba las mesas vecinas con sus grandes ojos azules de virgen. Había, sobre todo, junto a ella una rubia muy amable, que se encendía y se acercaba tanto que Nana estuvo a punto de intervenir.

Pero en aquel momento una mujer que entraba la sorprendió mucho. Acababa de reconocer a la señora Robert, quien, con su bonita cara de ratita morena, dirigió una seña familiar a la rubia delgada, y luego fue a apoyarse en el mostrador de Laure. Y las dos se besaron con efusión. Nana encontró la caricia muy cómica por parte de una mujer tan distinguida, mayormente cuando la señora Robert no tenía nada de su aire modesto, sino al contrario; lanzaba ojeadas por el salón y hablaba en voz baja.

Laure había vuelto a sentarse, inmovilizándose de nuevo con la majestuosidad de un viejo ídolo del vicio, la faz desgastada y barnizada por los besos de sus fieles, y, por encima de los platos llenos, reinaba sobre su clientela, numerosa en mujeres gordas, monstruosas entre las más opulentas, imperando con aquella fortuna de dueña de hotel que recompensaba cuarenta años de ejercicio.

Pero la señora Robert ya había descubierto a Satin. Dejando a Laure, corrió, se mostró encantadora, y dijo cuánto lamentaba no haber estado el día anterior en su casa, y como Satin quería hacerle un huequecito a toda costa, ella juraba que ya había comido. Sólo había subido para echar un vistazo.

Mientras hablaba, de pie detrás de su nueva amiga, se apoyaba en sus hombros, sonriendo mimosa y repitiendo:

—¿Qué? ¿Cuándo volveré a verla? Si estuviese libre...

Nana, desgraciadamente, no pudo oír más. Aquella conversación la molestaba, ardía en deseos de decirle cuatro verdades a aquella mujer honrada. Pero al ver una banda que acababa de entrar, se contuvo.

Eran las mujeres elegantes, con los mejores vestidos y bien alhajadas. Acudían a Casa Laure, a quien todas tuteaban, llevadas por un gusto perverso, paseando los cien mil francos en pedrería sobre su piel para cenar por tres francos ante el triste asombro de las pobres muchachas mal vestidas. Cuando entraron, gritando y riendo a voces, trayendo de fuera un poco de sol, Nana se volvió con viveza, molesta al reconocer entre ellas a Lucy Stewart y a María Blond.

Durante cinco minutos, todo el tiempo que aquellas señoras permanecieron charlando con Laure antes de pasar al salón de al lado, estuvo con la cabeza baja, simulando estar muy ocupada en recoger las migas de pan que había sobre el mantel. Luego, cuando pudo volverse, se quedó estupefacta: la silla de al lado estaba vacía. Satin había desaparecido.

—¿Pero dónde está? —preguntó en voz alta.

La rubia gorda, que había colmado a Satin de atenciones, se rió en medio de su mal humor, y como Nana, irritada por aquella risa, la mirase amenazadora, dijo débilmente y con voz temblona:

—No he sido yo, sino la otra.

Nana comprendió que se burlarían de ella y no dijo nada más. Siguió otro rato sentada, no queriendo demostrar su cólera. En el salón vecino se oían las carcajadas de Lucy Stewart, que invitaba a un grupo de muchachas que llegaban de los bailes de Montmartre y de la Chapelle. Hacía un calor sofocante. La criada retiraba las pilas de platos sucios en medio de un fuerte olor a pollo con arroz y, mientras, cuatro señores habían acabado de servir vino fino a media docena de parejas, esperando emborracharlas y escuchar sus confesiones.

Lo que ahora indignaba a Nana era pagar la comida de Satin. Vaya una pájara, que se dejaba engatusar y se largaba con el primer perro lanudo sin dar las gracias. Claro que no eran más que tres francos, pero le parecía un duro golpe, porque los malos modales eran muy desagradables. No obstante, pagó, arrojando seis francos a Laure, a quien ahora despreciaba más que al barro del arroyo.

En la calle Martyrs, Nana aún sintió acrecentarse más su rencor. Seguro que no iba a correr detrás de Satin; ¡bonita basura para meter las narices! Pero le había fastidiado la noche, y subió lentamente hacia Montmartre, a cada paso más irritada contra la señora Robert. Ésta si que tenía un buen cutis, haciéndose pasar por señora distinguida; sí, distinguida en el rincón de las inmundicias. Ahora ya estaba segura de haberla encontrado en el Papillon, un infecto tugurio de la calle Poissonniers, en donde los hombres las cogían por treinta céntimos. Y esa embaucaba a los modestos jefes de oficina, y se negaba a acudir a las cenas a las que se le hacía el honor de invitarla, dándose aires de virtuosa. ¡Vaya con su virtud! Era igual que la de esas gazmoñas que se entregan en los cuchitriles más infectos.

Entretanto, y mientras pensaba en todo eso, Nana había llegado a su casa, en la

calle Véron. Se quedó muy sorprendida al ver luz en ella. Fontan regresaba de mal humor también a él le había abandonado el amigo que le invitó a cenar. Escuchó con frialdad las explicaciones que ella le daba, temiendo los golpes y asustada por encontrarle allí cuando no lo esperaba antes de la una de la madrugada; mentía y confesaba haber gastado seis francos, pero con la señora Maloir.

Entonces Fontan, muy digno, le entregó una carta que iba dirigida a ella y que él había abierto tranquilamente. Era de Georges, siempre encerrado en las Fondettes, que cada semana se desahogaba en páginas ardientes.

Nana adoraba que le escribiera, sobre todo con grandes frases de amor y con juramentos. Las leía a todo el mundo. Fontan conocía el estilo de Georges y lo apreciaba. Pero aquella noche se temía tal escena que Nana se mostró indiferente; recorrió la carta con gesto malhumorado y la dejó.

Fontan se había puesto a golpear un cristal, aburrido por tener que acostarse tan temprano y no saber con qué entretenerse. Bruscamente se volvió y dijo:

—¿Y si respondiésemos en seguida a ese mocoso?

Por lo general era él quien escribía. Luchaba con el estilo, pues se sentía feliz cuando Nana, entusiasmada con la lectura de su carta, hecha en voz alta, lo abrazaba gritando que no había nadie como él para encontrar frases semejantes. Aquello acababa por encenderles, y se adoraban.

—Como quieras —respondió ella—. Voy a preparar té y nos acostaremos en seguida.

Entonces Fontan se instaló en la mesa con gran despliegue de pluma y papel. Y, arqueando los brazos, estiró la barbilla.

—«Corazón mío» —empezó en voz alta.

Y durante más de una hora se dedicó a la tarea, reflexionando a veces sobre una frase, la cabeza entre las manos, suspirando y riéndose cada vez que encontraba una expresión cariñosa.

Nana, sin hablar, se había bebido ya dos tazas de té. Por fin leyó la carta, como se lee en el teatro, con voz clara y con ademanes. Hablaba, dentro de aquellas cinco páginas, de las «horas deliciosas pasadas en la Mignotte, aquellas horas que vivían en el recuerdo como perfumes sutiles» juraba «una eterna fidelidad a aquella primavera de amor» y concluía asegurando que su único deseo era «volverla a empezar, si tanta felicidad podía reanudarse».

—Ya sabes —repuso él—, que digo todo esto por cortesía. Como se trata sólo de una broma... Creo que he sabido lucirme.

Triunfaba, pero Nana, torpe, desconfiando siempre, cometió el error de no saltarle al cuello con alegría. Encontraba bien la carta, pero nada más.

Entonces él se sintió vejado. Si la carta no le agradaba, podía escribir ella otra, y en vez de besarse, como de costumbre, después de haber renovado sus frases de

amor, se quedaron apagados a ambos lados de la mesa. No obstante, ella le sirvió una taza de té.

—¡Vaya una porquería! —exclamó él humedeciéndose los labios—. Le has echado sal.

Nana tuvo la desgracia de encogerse de hombros y él se puso furioso.

—Esto acabará mal esta noche.

Y la querella vino de aquí. El reloj sólo marcaba las diez, y aquello no era más que un modo de matar el tiempo. Fontan empezó lanzando al rostro de Nana una oleada de injurias, toda clase de acusaciones, una sobre otra, sin permitirle defenderse: era una sucia, una bestia y había rodado por todas partes. Luego se encarnizó sobre la cuestión del dinero. ¿Acaso él gastaba seis francos cuando cenaba en la ciudad? Le pagaban la cena, y si no, se hubiese comido un cocido. ¡Y gastarlos con aquella vieja de Maloir, un espantajo al que le enseñaría la puerta al día siguiente! ¡Pues, sí! Irían lejos si todos los días, él y ella, tirasen seis francos a la calle.

—Además, quiero las cuentas —gritó—. A ver, dame el dinero. ¿Cuánto tenemos?

Todos sus instintos de sórdida avaricia estallaron. Nana, dominada, asustada, se apresuró a coger del escritorio el dinero que le quedaba y se lo puso delante. Hasta entonces la llave estaba sobre la caja común y cada uno sacaba lo que quería.

—¡Cómo! —exclamó después de haberlo contado—. Apenas quedan siete mil francos de los diecisiete mil, y no llevamos juntos más que tres meses... ¡No es posible!

Y él mismo revolvió el escritorio y sacó el cajón para examinarlo a la luz de la lámpara. Pero no había más que seis mil ochocientos y algunos francos. Aquello ya fue la tempestad.

—¡Diez mil francos en tres meses! —chilló—. ¿Qué has hecho? ¿Eh? ¡Responde! ¿Ha pasado todo eso a la tragona de tu tía? ¿O es que pagas a los hombres? ¿Quieres responder?

—Si te pones así —dijo Nana—, el cálculo es muy fácil de hacer... Tú no cuentas los muebles; además, he tenido que comprar sábanas. El dinero se va rápido cuando hay que instalarse.

Pero aún exigiéndole explicaciones, él no quería escucharlas.

—Sí, se va muy rápido —replicó él con calma—, y mira, estoy harto de esta cocina en común... Tú sabes que estos siete mil francos son míos. Pues ya los tengo, y me los guardo; no tengo ganas de verme arruinado. A cada uno lo suyo.

Y tranquilamente se metió el dinero en el bolsillo. Nana le miraba estupefacta. Él continuó, sin inmutarse:

—Ya comprendes que no soy tan tonto como para cuidar de tías y de niños que no

son míos... A ti te ha gustado gastarte el dinero, y era tuyo, pero el mío es sagrado... Cuando hagas cocer el puchero, yo te pagaré la mitad. Cada noche pasaremos cuentas, y nada más.

Nana se indignó y no pudo reprimir este grito:

—Oye, tú has comido también de mis diez mil francos... ¡Vaya puerco!

Pero él no se detuvo en discutir más. Por encima de la mesa, y al vuelo, le largó una bofetada, diciéndole:

—Repite eso.

Y ella lo repitió a pesar del golpe, y él cayó sobre ella, a coces y puñetazos. La puso en tal estado que ella acabó, como de costumbre, desnudándose y acostándose llorando. Él resoplaba, e iba a acostarse cuando vio sobre la mesa la carta que había escrito a Georges. Entonces la cogió, la dobló con cuidado, se volvió a la cama y dijo en tono amenazador:

—Está muy bien escrita, y yo mismo la echaré al correo, porque no me gustan los caprichos... ¡Y no gimas más, que me irritas!

Nana, que lloraba a pequeños suspiros, contuvo el aliento. Cuando él se hubo acostado, sofocada, se echó sobre su pecho, sollozando. Sus contiendas siempre terminaban igual; ella temblaba ante la idea de perderle, tenía una cobarde necesidad de saberle suyo, a pesar de todo. Dos veces él la rechazó con ademán soberbio, pero el abrazo tibio de aquella mujer que le suplicaba, con sus grandes y húmedos ojos de bestia fiel, le encendió el deseo.

Y se portó como un buen príncipe, sin por ello rebajarse a ningún anticipo; se dejó acariciar y tomar a la fuerza, como hombre cuyo perdón vale la pena ganarse. Después le asaltó una inquietud; temía que Nana representase una comedia para recobrar la llave de la caja. La bujía estaba apagada cuando sintió la necesidad de imponer su voluntad.

—Ya lo sabes, querida; eso es muy serio. Me guardo el dinero.

Nana, que se dormía con la cabeza sobre el cuello de él, encontró una frase sublime:

—Sí, no temas... Ya trabajaré.

Pero desde aquella noche la vida entre ellos se hizo cada vez más difícil.

Desde el principio al fin de la semana, se sucedían tales series de golpes, que parecían el tictac de un reloj regulando su existencia. Nana, a fuerza de palizas, adquiriría una flexibilidad de lienzo fino, y esto la hacía delicada de piel, sonrosada y blanca de tez, tan suave al tacto, tan diáfana a la vista, que aún la embellecía más.

También Prulliere se pegaba a sus faldas, apareciendo cuando Fontan no estaba, para arrinconarla contra las paredes y besarla. Pero ella se debatía, indignada inmediatamente, con rubores de vergüenza; encontraba repugnante que pretendiese engañar a un amigo. Entonces Prulliere se echaba a reír con gesto contrariado.

¡Verdaderamente se volvía muy necia! ¿Cómo podía ser fiel a semejante mono? Porque Fontan era un verdadero mono con su nariz siempre en movimiento. ¡Una cara asquerosa! Y, además, un hombre que la maltrataba.

—Es posible, pero yo lo amo así —respondió ella un día, con el aire tranquilo de una mujer que confiesa un gusto abominable.

Bosc se contentaba con comer lo más a menudo posible. Él se encogía de hombros detrás de Prulliere; un bonito mozo, pero nada serio. Varias veces había asistido a escenas de la pareja; a los postres, cuando Fontan abofeteaba a Nana, él continuaba masticando seriamente y encontrando aquello muy natural. Para pagar su comida, extasiábase siempre ante su felicidad. Se proclamaba filósofo; había renunciado a todo, incluso a la gloria. Fontan y Prulliere, recostados en sus sillas, a veces se olvidaban del tiempo ante la mesa recogida, contándose sus triunfos hasta las dos de la madrugada con sus gestos y su voz teatral, mientras él, absorto, soltando de vez en cuando una risita de desdén, acababa silenciosamente con la botella de coñac.

¿Qué quedaba de Talma? Nada. Pues que le dejasen en paz. Todo aquello era demasiado estúpido.

Una tarde encontró a Nana llorando. Ella se quitó la bata para enseñarle la espalda y los brazos, negros de los golpes. Le miró la piel, sin tentaciones de abusar, como habría hecho el imbécil de Prulliere. Luego dijo sentenciosamente:

—Hija mía, donde hay mujeres hay tortazos. Fue Napoleón quien lo dijo, creo... Lávate con agua salada. El agua salada es excelente para las magulladuras. Bah, ya recibirás otras, y no te quejes mientras no te rompan algo... ¿Sabes? Me invito, pues he visto una pierna de carnero.

Pero la señora Lerat no tenía esta filosofía. Cada vez que Nana le enseñaba un nuevo morado, gritaba hasta enronquecer. Le mataban a su sobrina, y aquello no podía durar. La verdad era que Fontan había echado a la señora Lerat, diciendo que no quería volver a verla en su casa, y desde aquel día, cuando ella estaba allí y él regresaba, debía salir por la cocina, lo que la humillaba horriblemente. Así pues, no agotaba los reproches contra tan grosero personaje. Le reprochaba, sobre todo, ser tan mal educado, con gestos de mujer muy versada, a quien nadie podía igualar en asuntos de buena educación.

—Eso se ve en seguida —le decía a Nana—; ni siquiera tiene el sentimiento de las menores conveniencias. Su madre debió de ser una ordinaria; no me digas que no, porque salta a la vista... Y no hablo por mí, aunque una persona de mi edad tiene derecho a toda clase de consideraciones... Pero tú, ¿cómo puedes soportar sus malos modales? Porque, sin adornarme, siempre te he enseñado a comportarte, y en tu casa recibiste los mejores consejos, ¿eh? Nuestra familia estaba muy bien educada.

Nana no protestaba; escuchaba sin decir nada, con la cabeza gacha.

—Además —continuaba la tía— has conocido a personas distinguidas... Precisamente ayer en mi casa hablamos de eso con Zoé. Ella tampoco lo comprende. ¿Cómo es posible —dijo Zoé— que la señora, que llevaba como si fuera un perrito al señor conde, un hombre tan perfecto (entre nosotras, parece que le hacía andar de cabeza) cómo la señora puede dejarse golpear por ese payaso? Yo le tengo dicho que los golpes aún se soportan, pero jamás toleraría la falta de consideraciones... ¡Y con su cara! No lo querría en mi alcoba ni en pintura. Y tú te arruinas por ese pajarraco; sí, te arruinas, querida, te deslomas, cuando hay tantos, y, además, ricos, y gente que es del Gobierno... Pero me callo. No soy yo quien debe decirte estas cosas. Pero a la primera grosería, le plantaría con un Señor, ¿por quién me ha tomado usted? Y ya sabes; con tu aire majestuoso, le dejarías con un palmo de narices.

Entonces Nana estalló en sollozos, y balbuceó:

—¡Oh, tía...! Le amo.

La verdad es que la señora Lerat estaba inquieta viendo que su sobrina le daba, haciendo un sacrificio, monedas de veinte céntimos de vez en cuando, para pagar la pensión de Louiset. Sin duda ella se sacrificaría teniendo al pequeño en espera de tiempos mejores, pero la idea de que Fontan les impedía a ella, al pequeño y a su madre nadar en oro, la enfurecía de tal manera que negaba el amor. Y entonces concluía con estas severas palabras:

—Óyeme, el día en que te haya despellejado, vendrás a llamar a mi puerta y te abriré.

Pronto el dinero se convirtió en la gran preocupación de Nana. Fontan había hecho desaparecer los siete mil francos; sin duda estaban en lugar seguro, y ella jamás se hubiera atrevido a preguntarle, porque mostraba cierto pudor con aquel pajarraco, como le llamaba la señora Lerat. Temblaba ante la idea de que pudiera creerla capaz de amarle por el dinero.

Él había prometido subvenir a las necesidades del hogar. Los primeros días, cada mañana le daba tres francos, pero tenía exigencias de hombre que paga; con sus tres francos quería de todo: mantequilla, carne, primores; y si ella aventuraba alguna observación, le insinuaba que no podía ir al mercado con tres francos, él se irritaba, tratándola de criada derrochona, de inútil, de mala bestia a quien los vendedores robaban, y siempre amenazándola con buscar una pensión. Luego, al cabo de un mes, algunas mañanas se olvidaba de poner los tres francos sobre la cómoda.

Ella se había permitido pedírselos, tímidamente y de una manera indirecta. Entonces él salió con tales violencias, le hizo la vida tan difícil con el menor pretexto, que ella prefirió no contar con él. En cambio, cuando no había dejado las tres monedas de un franco y lo encontraba todo igual a la hora de comer, se mostraba contento como un jilguero, galanteador, besando a Nana y valseando con las sillas.

Y ella, muy dichosa, llegaba a desear no encontrarse nada en la cómoda a pesar

de los apuros que pasaba para resolver la papeleta de la comida.

Hasta un día le devolvió sus tres francos, inventando una historia para decir que aún tenía dinero del día anterior, pero como él no se lo había dado, se quedó un momento indeciso, temiéndose una lección.

Más ella lo miraba con ojos amorosos, y le besaba en un abandono absoluto, por lo que él se embolsó las monedas con el ligero temblor convulsivo de un avaro que recupera una cantidad comprometida.

Desde aquel día ya no se preocupó más, ni preguntó nunca de dónde procedía el dinero, poniendo cara triste cuando sólo había patatas, riendo hasta desencajar las mandíbulas cuando había pavo y carnero, sin perjuicio, no obstante, de largar algunas bofetadas a Nana, incluso en su dicha, para que no se le olvidase la mano.

Nana había encontrado el medio de soportarlo todo. La casa, algunos días, rebosaba de alimentos. Dos veces a la semana Bosc cogía una indigestión.

Cierto día en que la señora Lerat se retiraba, rabiosa al ver en el fuego una opípara cena que ella no comería, no pudo evitar preguntarle brutalmente quién pagaba. Nana, sorprendida, se quedó como una boba hasta que se echó a llorar.

—Muy bien, ¡viva la decencia! —dijo la tía, que lo comprendió todo.

Nana se había resignado, para tener paz en casa. Luego había sido culpa de la Tricon, a quien había encontrado en la calle Laval un día en que Fontan se marchó rabioso por causa de un plato de bacalao. Entonces le dijo que sí a la Tricon, que precisamente se encontraba en un aprieto.

Como Fontan no regresaba antes de las seis, disponía de casi toda la tarde, y esto le proporcionaba cuarenta francos, o sesenta, y a veces más. Habría podido exigir diez y quince luises si hubiera conservado su situación, pero se daba por contenta con aquel dinero que le permitía ir tranquila al mercado.

Por la noche se olvidaba de todo, cuando Bosc reventaba de comida y Fontan, con los codos sobre la mesa, se dejaba besar los ojos con la petulancia del hombre que es amado por su cara bonita.

Entonces, a la vez que adoraba a su querido, a su perro amado, con una pasión tanto más ciega cuanto que ahora era ella quien pagaba, Nana volvió a caer en el fango de sus comienzos. Callejeaba, recorría el empedrado con sus antiguas chancletas, en busca de una moneda de cinco francos.

Un domingo, en el mercado de La Rochefoucauld, hizo las paces con Satin, después de habersele echado encima y dedicar los peores insultos a la señora Robert. Pero Satin se limitó a responderle que cuando no se amaba más que una cosa, no era motivo para que hubiese que aborrecer las demás.

Y Nana, de espíritu amplio, cediendo a esa idea filosófica de que nunca se sabe dónde se acabará, perdonó. Incluso, avivada su curiosidad, le preguntó acerca de las particularidades del vicio, y se quedó estupefacta al aprender más, a pesar de sus años

y después de lo que ya sabía, y se reía, aun encontrando aquello divertido, y un poco repugnante, porque en el fondo era una severa burguesa para lo que no entraba en sus hábitos.

Así pues, volvió a Casa Laure, comiendo allí cuando Fontan lo hacía en la ciudad. Se divertía con las historias, los amores y los celos que apasionaban a las clientes, sin hacerle perder el equilibrio. Sin embargo, no siempre estaba al corriente, como decía ella.

La gorda Laure, con su maternidad enternecida, la invitaba a menudo a pasar unos días en su finca de Asnieres, una casa de campo con habitaciones para siete mujeres. Ella se negaba, por temor, pero Satin le juró que se engañaba, que había señores de París que las columpiaban y jugaban a la rana, y entonces prometió ir más adelante, cuando pudiera ausentarse.

Por aquellos días, Nana, muy atormentada, no estaba para bromas. Le hacía mucha falta el dinero. Cuando la Tricon no la necesitaba, lo que sucedía con frecuencia, no sabía dónde poner su cuerpo. Entonces hacía con Satin desesperadas salidas por las calles de París, metida en ese vicio tan bajo que ronda por las callejuelas cenagosas, a la turbia claridad del gas.

Nana volvía a los bailongos de la barrera, donde le hicieron caer sus primeras enaguas sucias; revivió los rincones oscuros de los bulevares exteriores, los poyos sobre los cuales los hombres, a sus quince años, la besaban cuando su padre la buscaba para darle unos azotes en el trasero.

Las dos lo recorrían todo, infatigables; seguían los bailes y los cafés de un barrio, subiendo escaleras húmedas de escupitajos y de cerveza vertida, caminaban despacio, calle arriba y calle abajo, plantándose de pie contra las puertas cocheras. Satin, que había debutado en el barrio latino, conducía a Nana a Bullier y a las cervecerías del bulevar Saint-Michel. Pero como se acercaban las vacaciones, el barrio olía a demasiada miseria. Y regresaban siempre a los grandes bulevares. Allí era donde tenían más suerte.

Desde las alturas de Montmartre al llano del Observatorio, recorriendo así toda la ciudad. Noches de lluvia en que los zapatos chorreaban agua, anocheceres cálidos que se les pegaba el corpiño a la piel, plantones prolongados, paseos sin fin, empujones y peleas, últimas bestialidades de un paseante llevado a cualquier tugurio miserable y descendiendo con reniegos los peldaños grasientos.

El verano concluía, un verano tormentoso, de noches ardientes. Las dos se iban después de cenar, hacia las nueve de la noche. En las aceras de la calle Notre-Dame de Lorette, dos filas de mujeres cruzaban ante las tiendas, las faldas recogidas, la mirada en el suelo, apresurándose hacia los bulevares con aspecto atareado y sin dirigir una mirada a los escaparates. Era la bajada hambrienta del barrio de Breda a las primeras luces de gas.

Nana y Satin bordeaban la iglesia y cogían siempre por la calle Le Peletier. Luego, a cien metros del café Riche, como llegaban al campo de maniobras, soltaban la cola de su vestido, recogida hasta entonces con mano cuidadosa, y se ponían a remover el polvo, barriendo las aceras y meneando la cintura, para andar a pasitos, y aún acortaban más su marcha cuando pasaban ante la luz cruda de un gran café.

Pavoneándose, la risa fuerte, con miradas hacia atrás a los hombres que volvían la cabeza, estaban allí como en su casa. Sus rostros blancos, pintados de rojo los labios y de negro los párpados, adquirían en la sombra el encanto turbador de un Oriente de pacotilla abandonado en medio de la calle.

Hasta las once, entre los empujones de la muchedumbre, permanecían alegres, soltando de vez en cuando un «valiente cochino» a la espalda de los necios cuyos talones les arrancaban un volante; cambiaban pequeños saludos familiares con los camareros, se paraban a charlar delante de una mesa, aceptaban consumiciones, que bebían lentamente, como personas felices de sentarse para esperar la salida de los teatros.

Pero a medida que avanzaba la noche, si no habían hecho uno o dos viajes a la calle La Rochefoucauld, se volvían malas zorras y la cacería se hacía más áspera. Al pie de los árboles, a lo largo de los bulevares sombríos que se vaciaban, tenían lugar los regateos feroces, las palabrotas y los golpes, mientras las familias honestas, el padre, la madre y las hijas, habituadas a tales encuentros, pasaban tranquilamente y sin apresurar el paso.

Luego, después de haber ido diez veces de la Ópera al Gimnasio, cuando decididamente los hombres se desasían y marchaban más rápidos en la oscuridad creciente, Nana y Satin permanecían en las aceras del arrabal Montmartre. Allí, hasta las dos de la madrugada, los restaurantes, las cervecerías y las salchicherías resplandecían, mientras un homiguelo de mujeres se obstinaba frente a las puertas de los cafés, último rincón iluminado y viviente del París nocturno, último mercado abierto a los acuerdos de una noche, donde los tratos se hacían entre los grupos, crudamente, de un extremo al otro de la calle, como en el pasillo abierto de una casa pública. Y las noches en que regresaban de vacío, las dos amigas disputaban.

La calle de Notre-Dame de Lorette se extendía oscura y desierta, y las sombras de las mujeres se arrastraban arriba y abajo; era el regreso retrasado del barrio, las pobres prostitutas exasperadas por una noche de paro forzoso, obstinándose, discutiendo todavía con voz enronquecida con algún borracho perdido, que retenían en la esquina de la calle Breda o de la calle Fontaine.

Sin embargo, había buenas gangas, luses atrapados con señores bien que subían, escondiéndose su condecoración en el bolsillo. Sobre todo Satin tenía buen olfato. Las noches húmedas, cuando París mojado exhalaba un olor insípido de gran alcoba no muy limpia, sabía que ese tiempo lánguido, esa fetidez de los rincones lóbregos,

enardecía a los hombres. Y acechaba a los mejor vestidos, leyendo el deseo en sus ojos pálidos. Era como una ráfaga de locura carnal pasando por la ciudad. Ella había tenido algún miedo porque la mayoría de los hombres bien eran los más sucios. Todo el barniz elegante saltaba, aparecía la bestia y exigía gustos monstruosos, refinando su perversión. Así era como esta arrastrada de Satin carecía de respeto, carcajeándose de la dignidad de las gentes de coche, diciendo que sus cocheros eran más limpios, porque respetaban a las mujeres y no las mataban con sus ideas inmundas.

La caída de estas gentes elegantes en la crápula del vicio sorprendía a Nana, que todavía conservaba sus prejuicios, de los cuales la iba librando Satin. Entonces, como ella decía cuando hablaban de seriedad, ¿es que no hay virtud en el mundo? De lo más alto a lo más bajo, todo rodaba. Pues eso debía ser lo propio de París desde las nueve de la noche a las tres de la madrugada, y se reían, asegurando que si pudieran ver todas las alcobas, se habría asistido a algo muy gracioso: los personajillos dándose hasta el hartazgo y no pocos personajes, aquí y allá, con las narices metidas en la porquería más profundamente que los otros. Esto completaba su educación.

Una noche, yendo en busca de Satin, reconoció al marqués de Chouard, que bajaba la escalera, las piernas vacilantes, agarrándose a la barandilla y con el rostro pálido. Nana fingió que se sonaba. Luego, una vez en el piso, encontró a Satin en medio de una suciedad espantosa, la cocina abandonada desde hacía ocho días, la cama infecta, tarros por el suelo, y se asombró de que ella conociese al marqués. ¡Ah, sí! claro que lo conocía, y hasta les había fastidiado a ella y a su pastelero cuando vivían juntos. Ahora acudía de vez en cuando, pero la abrumaba, husmeaba por todos los rincones sucios, hasta en sus zapatillas.

—Sí, querida, en mis zapatillas... ¡Oh! es un viejo cochino. Siempre está pidiendo cosas.

Lo que más inquietaba a Nana era la sinceridad de tan soeces disoluciones. Se acordaba de sus comedias de placer, cuando era una mujer lanzada, y veía a las muchachitas que la rodeaban degradarse un poco más cada día.

Además, Satin le metía un miedo horrible a la policía. Sobre este particular, tenía un repertorio. En otros tiempos se acostaba con un agente, para que la dejase tranquila; ya en dos redadas había evitado que la inscribieran en el registro, y ahora temblaba si volvían a cogerla, porque su oficio estaba bien claro. Y esto era de esperar. Los agentes, para obtener sus gratificaciones, arrestaban al mayor número posible de mujeres, se quedaban con todo, y hacían callar de una bofetada a la que gritaba, seguros de ser apoyados y recompensados, incluso cuando habían cogido entre el montón a una muchacha honrada. Durante el verano, en grupos de doce o quince, operaban a saco por el bulevar, sitiaban una acera y pescaban hasta treinta mujeres en una velada.

Sólo Satin conocía el terreno; en cuanto veía la nariz de un agente huía en medio

de la desbandada azorada de vestidos de larga cola, que desaparecían entre la multitud. Era un pánico a la ley, un error a la prefectura tan grande, que algunas se quedaban paralizadas a la puerta de los cafés, ante el golpe de fuerza que barría la avenida. Pero Satin temía mucho más las denuncias; su pastelero se había mostrado bastante cerdo, amenzándola con denunciarla cuando lo abandonase; sí, los hombres vivían de sus queridas con estos trucos, sin contar con las cochinas mujeres que las entregaban traidoramente si se era más guapa que ellas.

Nana escuchaba estas revelaciones presa de crecientes temores. Siempre había temblado ante la ley, ese poder desconocido, esa venganza de los hombres que podían suprimirla, sin que nadie en el mundo la defendiese. Saint-Lazare le parecía como una fosa, un agujero oscuro en donde enterraban a las mujeres vivas después de haberlas rapado. Y se decía que le bastaría abandonar a Fontan para encontrar protecciones; Satin se había cuidado de explicarle que los agentes disponían de ciertas listas de mujeres, acompañadas de fotografías, que debían consultar, con la prohibición de tocarlas nunca, pero no por esto dejaba de temblar y de imaginarse siempre atropellada, arrastrada y arrojada al día siguiente a la visita, y ese sillón de visita la llenaba de angustia y de vergüenza, a pesar de que ya se había quitado la camisa ante todos los vientos.

Precisamente, hacia finales de setiembre, una noche en que se paseaba por el bulevar Poissonniere con Satin, ésta se puso a correr de repente. Y como Nana le preguntase, Satin le gritó:

—¡Los agentes! ¡Corre, corre!

Fue una carrera loca en medio de la gente. Faldas que huían, que se desgarraban. Hubo golpes y gritos. Una mujer se cayó al suelo. La gente contemplaba riendo la brutal agresión de los agentes, quienes rápidamente cerraban su círculo. Nana, mientras, había perdido a Satin. Las piernas se le paralizaron y seguramente iba a ser detenida cuando un hombre la cogió del brazo y la arrastró por delante de los furiosos agentes.

Era Prulliere, que acababa de reconocerla. Sin hablar, dieron la vuelta por la calle Rougemont, entonces desierta, y Nana pudo respirar, y tan desfallecida estaba que él tuvo que sostenerla. Ella ni siquiera le dio las gracias.

—Vamos —dijo él al fin— es forzoso que te sometas... Sube a mi casa.

Vivía cerca, en la calle Bergere. Pero ella en seguida se irguió.

—No, no quiero.

Entonces él se puso grosero, añadiendo:

—Si todo el mundo pasa... ¿Por qué no quieres?

—Porque no.

Esto lo decía todo, según su idea. Ella amaba demasiado a Fontan para traicionarle con un amigo. Los otros no contaban desde el momento que no le

proporcionaban placer y que era por necesidad. Ante esa estúpida cabezonería, Prulliere cometió la cobardía del hombre herido en su amor propio.

—Bien, como quieras. Sólo que yo no voy por tu lado, querida... Resuelve ese lío tú sola.

Y la abandonó. Volvió a apoderarse de ella el terror, y dio un enorme rodeo para regresar a Montmartre, deslizándose a lo largo de las aceras y palideciendo en cuanto un hombre se le acercaba.

Al día siguiente, aún con el trastorno de su miedo de la víspera, Nana se dirigía a casa de su tía cuando se topó con Labordette en el extremo de una callecita solitaria de los Batignolles.

De momento, uno y otra parecieron molestos. Pero él, siempre complaciente, tenía asuntos que ocultar, por lo que en seguida se repuso, y fue el primero que celebró el feliz encuentro. Verdaderamente, todo el mundo aún estaba estupefacto del eclipse total de Nana. La reclamaban, los antiguos amigos se consumían esperándola. Y, poniéndose paternal, acabó sermoneándola.

—Entre nosotros, querida, francamente, ha sido una necedad. Se comprende un capricho. Pero llegar al extremo de ser explotada y no recoger más que tortazos... ¿Aspiras al premio a la virtud?

Nana le escuchaba con gesto cohibido. Sin embargo, cuando él habló de Rose, que triunfaba con su conquista del conde Muffat, una llama brilló en sus ojos, y murmuró:

—Si yo quisiera...

Él propuso inmediatamente su mediación, como amigo complaciente, pero ella rehusó. Entonces la atacó por otro punto. Le dijo que Bordenave montaba una pieza de Fauchery en la que había un papel soberbio para ella.

—¿Cómo? ¿Una obra en la que tengo un papel? —exclamó extrañada—. Pero si no me ha dicho nada.

Ella no nombraba a Fontan. Por lo demás, en seguida se calmó. Nunca volvería al teatro. Sin duda, Labordette no estaba muy convencido, porque insistía con una sonrisa.

—Ya sabes que no tienes nada que temer conmigo. Respecto a Muffat, tú vuelve al teatro y te lo traigo por la oreja.

—¡No! —replicó ella enérgicamente.

Y lo dejó. Su heroísmo incluso la enternecía. No sería ese cochino de hombre quien se sacrificaría por nada, sin engañarla. No obstante, la sorprendió una cosa: Labordette acababa de darle exactamente los mismos consejos que Francis.

Por la noche, cuando Fontan regresó, le preguntó acerca de la obra de Fauchery. Él, desde hacía dos meses, había vuelto al Varietés. ¿Por qué no le había hablado de ese papel?

—¿Qué papel? —dijo Fontan con acento desapacible—. ¿No será el papel de la gran señora? Y te crees con talento.

—Pero, pequeña, ese papel te aplastaría. ¡Qué graciosa eres!

Nana se sintió horriblemente ofendida. Durante toda la noche Fontan se burló de ella, llamándola señorita Mars. Y cuando más se metía con ella, más firme se mantenía, saboreando un amargo deleite en aquel heroísmo de su capricho, que lo hacía más grande y más amoroso a sus propios ojos.

Desde que iba con otros para mantenerle, lo amaba más, con toda la fatiga y todas las repugnancias que acarreaba. Él se convertía en su vicio, que ella pagaba; en su necesidad, de la que no podía prescindir bajo el aguijón de las bofetadas. Fontan, viéndola tan buena bestia, acababa por abusar. Le atacaba los nervios y le iba poniendo un odio feroz, hasta el extremo de no tener en cuenta sus intereses. Cuando Bosc le hacía algunas observaciones, gritaba exasperado, sin que se supiese por qué; le importaban un bledo ella y sus buenas comidas, y la plantaría aunque sólo fuera para regalar sus siete mil francos a otra mujer. Ése fue el desenlace de sus relaciones.

Una noche al regresar Nana hacia las once, encontró el cerrojo en la puerta. Llamó una vez y no obtuvo respuesta; una segunda vez, y también sin respuesta. Sin embargo, veía luz por debajo de la puerta, y Fontan, en el interior, no se molestaba en moverse. Aún volvió a llamar, gritando e incomodándose. Al fin se oyó la voz de Fontan, lenta y dura, soltando una sola palabra:

—¡Mierda!

Ella llamó con los dos puños.

—¡Mierda!

Aún llamó con más fuerza, capaz de romper la madera.

—¡Mierda!

Y durante un cuarto de hora la abofeteó la misma basura, respondiendo como un eco burlón a cada uno de los golpes con que ella sacudía la puerta.

Luego, viendo que ella no se cansaba, abrió bruscamente, se plantó en el umbral, los brazos cruzados y le dijo con la misma voz, brutalmente fría:

—¡Maldita seas! ¿Acabarás de una vez...? ¿Qué quieres...? ¿Quieres dejarnos dormir? ¿No lo ves que tengo compañía?

No estaba solo. Nana vio a la mujercita de los Bouffes, ya en camisa y con sus cabellos de calabaza sueltos y sus ojos como agujeros que reían en medio de aquellos muebles que ella había pagado. Pero Fontan dio un paso en el descansillo, con gesto terrible y abriendo sus dedos como tenazas.

—¡Lárgate o te estrangulo!

Entonces Nana estalló en sollozos nerviosos. Tuvo miedo y huyó. Esta vez era a ella a quien ponían de patitas en la calle. El recuerdo de Muffat le apareció de repente en medio de su rabia, pero, realmente, no era Fontan quien debía vengarlo con la

misma moneda.

Una vez en la calle, su primer pensamiento fue el de ir a acostarse con Satin, si no tenía a alguien. La encontró delante de su casa, también echada a la calle por su casero, quien acababa de poner un candado en su puerta, contra todo derecho, ya que ella tenía allí sus muebles; Satin juraba y hablaba de arrastrarle ante el comisario. Pero estaban dando las doce y era necesario buscarse una cama. Y Satin, viendo más prudente no meter a la policía en sus asuntos, acabó por llevarse a Nana a la calle de Laval, a casa de una señora que tenía un hotelito amueblado. Les dieron en el primer piso una habitación estrecha, cuya ventana se abría a un patio. Satin repetía:

—Me hubiese ido a casa de la señora Robert. Allí siempre hay un rincón para mí... Pero contigo no es posible. Se vuelve ridículamente celosa. La otra noche me pegó.

Cuando cerraron la puerta, Nana, que aún no se había tranquilizado, se deshizo en lágrimas y contó infinidad de veces la cochinada de Fontan. Satin la escuchaba complaciente, la consolaba, se indignaba más que ella, y la emprendía contra los hombres.

—¡Oh! los cerdos... ¡Oh! los cerdos... Lo ves, no hacen falta para nada esos cerdos.

Luego ayudó a Nana a desvestirse, y tuvo con ella atenciones de mujercita previsora y sumisa. Repetía con mimo:

—Acostémonos en seguida, gatita. Estaremos mejor. Qué tonta eres disgustándote. Te digo que son unos cochinos. No pienses en ellos... Yo te quiero mucho. No llores, hazlo por tu queridita.

Y en seguida cogió a Nana entre sus brazos, a fin de calmarla. No quería oír más veces el nombre de Fontan, y cada vez que volvía a los labios de Nana, ella la paraba con un beso, con una bonita mueca de cólera, los cabellos sueltos y una belleza infantil y ahogada en ternura. Entonces, poco a poco, en aquel abrazo tan suave, Nana enjugó sus lágrimas. Estaba conmovida y devolvía a Satin sus caricias.

Cuando dieron las dos, la bujía aún estaba encendida; tenían ligeras risas sofocadas con palabras de amor. Pero bruscamente, ante un alboroto que conmovió a todo el hotel, se levantó Satin, medio desnuda, y se puso a escuchar.

—¡La policía! —dijo muy pálida—. ¡Por todos los diablos! ¡Estamos atrapadas!

Más de cien veces había contado las irrupciones que los agentes hacían en los hoteles. Y precisamente aquella noche en que habían ido a refugiarse en la calle de Laval; ni una ni otra pensaron en ella.

Ante la palabra policía, Nana perdió la cabeza. Saltó del lecho, cruzó la habitación y abrió la ventana, con la actitud de una loca que va a tirarse por ella. Pero afortunadamente el pequeño patio tenía un techo de vidrio, y había una tela metálica al mismo pie de la ventana. Entonces no dudó un segundo, saltó por el antepecho y

desapareció en la oscuridad, la camisa flotando y los muslos al aire.

—Quédate —repetía Satin asustada—. Vas a matarte.

Luego, como golpeaban la puerta, fue buena amiga; cerró la ventana y metió las ropas de Nana en un armario.

Estaba resignada, diciéndose que, después de todo, si la inscribían en el registro ya no tendría que pasar aquel estúpido miedo. Fingió estar abrumada de sueño, bostezando, hablando y acabando por abrir a un gran mocetón de barba sucia, que le dijo:

—Enséñame tus manos... No tienes punzadas, pues no trabajas. Vamos, vístete.

—Pero yo no soy costurera; soy bruñidora —declaró Satin con descaro.

Sin embargo, se vistió dócilmente, sabiendo que no había discusión posible. Se oían gritos por todo el hotel: una muchacha se agarraba a las puertas, negándose a caminar; otra, que estaba acostada con su amante, y como éste respondía por ella, se hacía la mujer honrada ultrajada, hablando de formar un proceso al prefecto de policía. Durante cerca de una hora no hubo más que ruido de zapatos en los peldaños, de puertas aporreadas con los puños, de discusiones chillonas sofocándose en sollozos, de faldas que se deslizaban rozando las paredes; el despertar brusco y la marcha azorada de un rebaño de mujeres brutalmente recogidas por tres agentes, a las órdenes de un comisario bajito, rubio y muy fino. Después, el hotel quedó sumido en un gran silencio.

Nadie la había delatado. Nana estaba salvada. Regresó a tientas a la habitación, tiritando, muerta de miedo. Sus desnudos pies sangraban, desgarrados por la tela metálica.

Estuvo mucho tiempo sentada en el borde de la cama y escuchando. No obstante, hacia la mañana se durmió. Pero a las ocho, al despertarse, huyó del hotel y corrió a casa de su tía. Cuando la señora Lerat, que precisamente tomaba su café con leche con Zoé, la vio a aquellas horas, hecha un pingajo y desencajada, lo comprendió todo inmediatamente.

—¡Ya está hecho! —exclamó—. Te lo he dicho cien veces: te despellejaré. Vamos, entra, que siempre serás bien recibida en mi casa.

Zoé se había levantado, murmurando con una familiaridad respetuosa:

—Por fin la señora ha vuelto... Ya esperaba a la señora.

Pero la señora Lerat quiso que Nana besase en seguida a Louiset, porque, decía ella, la felicidad de aquel niño estribaba en la buena sabiduría de su madre.

Louiset aún dormía, enfermizo, con la sangre empobrecida. Y cuando Nana se inclinó sobre su cara blanca y escrofulosa, todos sus sinsabores de los últimos meses se le agarraron a la garganta y la estrangularon.

—¡Oh! mi pobre pequeño, hijito mío —tartamudeó en una última crisis de sollozos.

Capítulo IX

En el Varietés se ensayaba Duquesita. Acababan de ensayar el primer acto e iban a empezar el segundo. En el proscenio, en viejos sillones, Fauchery y Bordenave discutían, mientras que el apuntador, el tío Cossard, un jorobadito sentado en una silla de enea, hojeaba el manuscrito con un lápiz en los labios.

—¿Qué estamos esperando? —gritó de pronto Bordenave, golpeando furiosamente las tablas con el puño de su bastón—. Barillot, ¿por qué no se empieza?

—Es el señor Bosc, que ha desaparecido —respondió Barillot, que era segundo regidor.

Entonces fue el acabóse. Todo el mundo llamaba a Bosc mientras Bordenave juraba.

—Estoy hasta la coronilla. Siempre ocurre lo mismo. No se hace más que llamar y siempre están donde no hace falta... Y aún gruñen cuando se les retiene después de las cuatro.

Bosc llegaba con la mayor tranquilidad.

—¿Qué? ¿Qué me quieren? Ah, es a mí. Con decirlo... Bueno, Simonne, dame la réplica: «Ya llegan los invitados» y yo entro... ¿Por dónde entro?

—Por la puerta, claro —declaró Fauchery molesto.

—Sí, ¿pero dónde está la puerta?

Esta vez Bordenave cayó sobre Barillot, jurando y aporreando las tablas a bastonazos.

—¡Estoy harto! Dije que colocasen una silla que hiciese de puerta. Todos los días hay que empezar con la misma canción... ¡Barillot! ¿Dónde está Barillot? ¡Otra vez lo mismo! Todos se largan.

Barillot fue a colocar la silla, silencioso, como si no fuesen contra él los rugidos. Y empezó nuevamente el ensayo.

Simonne, con sombrero y su abrigo de pieles, adoptaba aires de sirvienta en plan de arreglar los muebles. Se interrumpió para decir:

—Saben, aquí no hace calor con que ensayo con las manos en el manguito.

Luego, mudando la voz, acogió a Bosc con un grito afectuoso:

—Vaya, si es el señor conde. Usted es el primero, señor conde, y la señora va a ponerse muy contenta.

Bosc llevaba un pantalón lleno de barro, un impermeable amarillo y una gran bufanda enrollada al cuello, las manos en los bolsillos y un viejo sombrero puesto; contestó con voz sorda, sin interpretar, arrastrándose:

—No moleste a su ama Isabel; quiero sorprenderla.

El ensayo continuó. Bordenave, ceñudo, hundido en el fondo de su sillón,

escuchaba con gesto de cansancio. Fauchery, nervioso, cambiaba de posición, sintiendo a cada minuto deseos de interrumpir, pero se reprimía.

Luego, detrás de él, en la sala oscura y vacía, oyó un cuchicheo.

—¿Está ahí por casualidad? —preguntó inclinándose hacia Bordenave.

Éste respondió afirmativamente, con un movimiento de cabeza.

Antes de aceptar el papel de Géraldine, que le ofrecían, Nana quiso ver la obra, porque aún dudaba si interpretar un papel de buscona. Ella soñaba con un papel de mujer honrada. Estaba oculta en la sombra de un palco con Labordette, quien le ofreció su mediación con Bordenave. Fauchery la buscó con la mirada y luego puso de nuevo su atención en el ensayo.

Sólo el proscenio estaba iluminado. Una derivación, una llama de gas cogida de la candileja central, cuyo reflejo arrojaba la claridad sobre los primeros planos, parecía un gran ojo amarillo abierto en medio de la semioscuridad, con una tristeza lóbrega.

Junto a la delgada cañería de la derivación, Cossard levantaba el manuscrito para ver mejor, bajo el resplandor que denunciaba el relieve de su joroba. Bordenave y Fauchery se ahogaban en la oscuridad. Aquello, en medio de la gran nave y en el espacio de algunos metros solamente, parecía el fulgor de una linterna clavada en el poste de una estación, en la cual los actores adoptaban aires de visiones barrocas, con sus sombras bailando tras ellos. El resto del escenario se llenaba de una humareda semejante a la de una cantera de demoliciones, a una nave despanzurrada, atestada de escaleras, de bastidores, de decorados, en los que las pinturas desteñidas parecían montones de escombros, y en el aire, los telones de fondo que colgaban adquirían una apariencia de andrajos pendiendo de las vigas de algún almacén de trapos. Y arriba, un rayo de sol entrando por una ventana cortaba con barra de oro la oscuridad de la bóveda. Mientras, en el fondo del escenario los actores hablaban en espera de las réplicas. Poco a poco iban levantando la voz.

—¿Qué? ¿No querrán callarse? —gritó Bordenave, que se movió rabioso en su asiento—. No oigo una palabra... Váyanse fuera si quieren hablar, nosotros estamos trabajando... Barillot, si continúan hablando, ponga una multa a todo el mundo.

Se callaron inmediatamente. Formaban un grupo sentado en un banco y en unas sillas rústicas en un rincón del jardín, el primer decorado de la noche, que estaba allí para ser colocado. Fontan y Prulliere escuchaban a Rose Mignon, a quien el director del Folies-Dramatiques acababa de hacer una oferta soberbia. Pero una voz gritó:

—¡La duquesa! ¡Saint-Firmin! Vamos, la duquesa y Saint-Firmin.

Hasta la segunda llamada, Prulliere no se acordó que él hacía de Saint-Firmin. Rose, que interpretaba a la duquesa Hélène, ya le esperaba para su entrada.

Lentamente, arrastrando los pies sobre las tablas vacías y sonoras, el viejo Bosc volvió a sentarse. Entonces, Clarisse le ofreció la mitad del banco.

—¿Qué demonios tiene para chillar así? —dijo ella hablando de Bordenave—. Se

va a poner bueno dentro de poco... Ahora ya no se puede montar una obra sin que tenga sus ataques de nervios.

Bosc se encogió de hombros. Él estaba por encima de todas aquellas broncas. Fontan murmuraba:

—Huele el fracaso. Esta pieza me parece idiota.

Luego se dirigió a Clarisse, volviendo sobre la historia de Rose:

—¿Crees en las ofertas del Folies...? Trescientos francos por noche y durante cien representaciones. ¿Y por qué no una casa de campo también? Si diesen trescientos francos a su mujer, Mignon abandonaría a Bordenave.

Clarisse creía en los trescientos francos. Ese Fontan siempre hablaba mal de sus camaradas. Pero Simonne les interrumpió. Estaba tiritando. Todos, abrochados y con la bufanda al cuello, miraron en el aire el rayito de sol que lucía, sin bajar hasta la fría tristeza del escenario. En la calle helaba, bajo un claro cielo de noviembre.

—¡Y no hay fuego en la chimenea! —dijo Simonne—. Esto es repugnante. Se está convirtiendo en un avaro... Tengo ganas de marcharme; no quiero coger una enfermedad.

—¡Silencio! —gritó de nuevo Bordenave con voz de trueno.

Durante algunos minutos no se oyó más que el recitado confuso de los actores. Apenas accionaban, y hablaban a media voz para no fatigarse. Sin embargo, cuando marcaban una frase intencionada, dirigían ojeadas a la sala, la cual aparecía ante ellos como un agujero amplísimo en el que flotaba una vaga sombra, como un finísimo polvillo cayendo de un alto granero sin ventanas.

La sala, sin luces, iluminada sólo por la semiclaridad del escenario, parecía dormitar en un recogimiento melancólico. En el techo, una oscuridad opaca anegaba las pinturas. De arriba abajo de los palcos, a derecha y a izquierda, caían grandes lienzos grises para proteger las tapicerías, y las fundas eran bandas de tela tendidas sobre el terciopelo de las barandillas, ciñendo las galerías como un sudario y ensuciando las tinieblas con su tono pálido.

En aquel descolorido general, no se distinguían más que los fondos más oscuros de los palcos, que delineaban el esqueleto de los pisos, con la mancha de los sillones, cuyo rojo terciopelo se veía negro. La araña, bajada a pocos palmos del patio, casi cubría la orquesta con sus colgajos, haciendo pensar en una mudanza, en una partida del público para un viaje del que no regresaría más.

Y precisamente Rose, en su papel de duquesita extraviada en casa de una ramera, avanzaba en el escenario hacia la rampa en aquel instante. Levantó las manos, hizo una mueca adorable a aquella sala vacía y oscura, triste como una casa en duelo, y dijo subrayando la frase para producir cierto efecto:

—¡Dios mío, qué mundo más raro!

En el fondo del palco en que se ocultaba, Nana, envuelta en un gran chal,

escuchaba la obra y trituraba a Rose con los ojos. Se volvió a Labordette y le preguntó en voz baja:

—¿Estás seguro de que va a venir?

—Muy seguro. Sin duda llegará con Mignon, para tener un pretexto... Cuando aparezca, subirás al camerino de Mathilde, adonde yo te lo llevaré.

Hablaban del conde Muffat. Era una entrevista preparada por Labordette en un terreno neutral. Había tenido una conversación seria con Bordenave, a quien dos fracasos sucesivos acababan de hacer tambalear su negocio. De ahí que Bordenave no dudase en prestar su teatro y ofrecer un papel a Nana, deseando hacerse agradable al conde con vistas a un empréstito.

—Y de ese papel de Géraldine, ¿qué dices? —preguntó Labordette.

Nana, inmóvil, no contestó. Después del primer acto, en que el autor demostraba que el duque de Beuarivage engañaba a su mujer con la rubia Géraldine, una estrella de operetas, en el segundo acto se veía a la duquesa Hélene acudir a casa de la actriz, en una noche de baile de máscaras, para aprender por qué mágico poder aquellas mujeres conquistaban y retenían a sus maridos.

Un primo, el bello Oscar de Saint-Firmin, era quien la introducía, esperando seducirla. Y como primera lección, para su gran sorpresa, oía cómo Géraldine tenía una discusión de carretero con el duque, muy sumiso y con gesto satisfecho, lo que le hizo exclamar: ¡Muy bien! Así es como se debe hablar a los hombres.

Géraldine no tenía más que esta escena en el acto. En cuanto a la duquesa, no tardaría en ser castigada por su curiosidad: un viejo verde, el barón de Tardiveau, la tomaba por una buscona y se mostraba muy solícito con ella, mientras en un diván Beaurivage hacía las paces con Géraldine, besándola. Como el papel de esta última aún no estaba distribuido, el tío Cossard se había levantado para leerlo, y ponía las intenciones a pesar suyo, figurando en los brazos de Bosc. Estaban en esta escena y el ensayo se arrastraba en un tono desabrido cuando Fauchery saltó de pronto en su sillón. Se había contenido hasta entonces, pero sus nervios ya no soportaban más.

—¡Eso no es así! —gritó.

Los actores interrumpieron el diálogo, quedando con los brazos caídos. Frunciendo la nariz y con su gesto de reírse de todo el mundo, Fontan preguntó:

—¿Qué dice? ¿Qué eso no es así?

—Nadie está en su papel; ninguno, ninguno —repitió Fauchery, gesticulando y cruzando el tablado a grandes zancadas para corregir la escena—. Usted, Fontan, comprenda bien el arrebató de Tardiveau; es preciso que se incline, con ese gesto, para coger a la duquesa... Y tú, Rose, es entonces cuando haces tu pasada con viveza, de este modo, pero no demasiado pronto, sino cuando oigas el beso...

Se interrumpió y gritó a Cossard, en el calor de sus explicaciones:

—Géraldine, da el beso... ¡Fuerte! para que se oiga bien.

El tío Cossard, volviéndose hacia Bosc, hizo chascar ruidosamente los labios.

—¡Muy bien! Así ha de ser el beso —dijo Fauchery triunfante—. Otra vez, repita el beso... Lo ves, Rose, he tenido tiempo de hacer la pasada, y entonces lanza un ligero grito: ¡ah! ella lo ha besado. Pero para esto, es preciso que Tardiveau se levante... ¿Entiende usted? Fontan, levántese... Vamos, ensayemos eso todos.

Los actores repitieron la escena, pero Fontan ponía tan mala voluntad que la cosa no marchaba. Dos veces Fauchery debió repetir sus indicaciones, rogando cada vez con más calor. Todos le escuchaban con aire lánguido, mirándose como si les pidiese que caminasen cabeza abajo, y en seguida, intencionadamente, ensayaban y se callaban a las pocas frases, con la rigidez de muñecos cuyos hilos acaban de romperse.

—No, esto ya es demasiado para mí. No lo entiendo —acabó por decir Fontan con su voz insolente.

Bordenave no había despegado los labios. Hundido en su sillón, no se veía, a la lóbrega luz que llegaba hasta él, más que la parte alta de su sombrero, echado sobre los ojos, a la vez que tenía el bastón cruzándole el vientre, pareciendo que dormía. Pero bruscamente se puso en pie.

—Oye, querido; eso es estúpido —le soltó a Fauchery con voz segura.

—¡Cómo estúpido! —exclamó el autor palideciendo—. El estúpido es usted, querido.

De pronto Bordenave empezó a irritarse. Repetía la palabra estúpido, pero buscaba algo más fuerte, y encontró imbécil y cretino. Silbarían y el acto no llegaría al final. Y como Fauchery, fastidiado, sin que por otra parte se sintiese muy ofendido por aquellas palabrotas que se repetían entre ellos a cada nueva obra, le trató abiertamente de bruto, Bordenave perdió los estribos. Hizo el molinete con el bastón y resopló como un buey al gritar:

—¡Maldita sea! Dejadme en paz... Hemos perdido un cuarto de hora con estupideces... Sí, estupideces. Porque eso no tiene sentido. Y es tan sencillo...

—Tú, Fontan, no te mueves para nada. Tú, Rose, haces este pequeño movimiento, lo ves, nada más, y te inclinas... Vamos, hacedlo esta vez. Dé el beso, Cossard.

Entonces todo fue confusión. La escena no iba mejor. Bordenave empezó a declamar con la gracia de un elefante, mientras Fauchery sonreía burlón, encogiéndose de hombros piadosamente. Luego quiso meterse Fontan, y el mismo Bosc se permitió unos consejos. Rose, aburrída, acabó por sentarse en la silla que hacía de puerta. Ya nadie sabía por dónde andaba. Para colmo, Simonne creyó haber oído la réplica e hizo su entrada antes de tiempo y en medio del desorden; aquello enfureció a Bordenave hasta tal punto que el bastón, lanzado en un molinete vertiginoso, le dio de pleno en el trasero.

Con frecuencia pegaba a las mujeres en los ensayos, si se había acostado con

ellas. Simonne escapó perseguida por este grito furioso:

—Métete eso en el bolsillo, idiota. Cerraré la barraca si seguís fastidiándome.

Fauchery acababa de ponerse el sombrero, con cara de abandonar el teatro, y ya bajaba a la sala cuando vio que Bordenave volvía a sentarse. Y volvió a su sitio, en el otro sillón. Permanecieron un momento uno al lado del otro, sin moverse, mientras un pesado silencio caía sobre la oscuridad de la sala. Los actores esperaron cerca de dos minutos. Estaban agotados, como si saliesen de un trabajo de esclavos.

—Bien, continuemos —dijo al fin Bordenave con su voz natural y ya tranquilo.

—Sí, continuemos, —repitió Fauchery—. Arreglaremos esa escena mañana.

Y se arrellanaron en sus asientos mientras el ensayo volvía a tomar su ritmo de aburrimiento y ejemplar indiferencia. Durante la agarrada del director y el autor, Fontan y los demás pasaron un buen rato en el fondo, en el banco y las sillas viejas. Todo eran risitas, gruñidos y palabras muy gráficas.

Pero cuando Simonne regresó, con el bastonazo en el trasero y la voz rota por los sollozos, le dijeron que ellos en su lugar habrían estrangulado a aquel cerdo. Ella, secándose los ojos, aprobaba con movimientos de cabeza; aquello había acabado, lo abandonaba, y más recordando que Steiner se le había ofrecido para lanzarla.

Clarisse se quedó sorprendida, pues el banquero no tenía dónde caerse muerto, pero Prulliere se echó a reír y recordó la hazaña de aquel condenado judío, cuando se enredó con Rose y acabó perdiendo en la Bolsa su negocio de las Salinas de las Landas.

Precisamente estaba trabajando en un nuevo proyecto, un túnel debajo del Bósforo. Simonne escuchaba muy interesada.

Clarisse no cabía en sí de rabia desde hacía una semana. ¿Pues el animal de Héctor de la Faloise, a quien ella había lanzado a los brazos venerables de Gagá, no iba a heredar a un tío muy rico? Sólo a ella le pasaban esos chascos.

Luego estaba aquel sucio de Bordenave, que ahora le daba un papelucho de cincuenta líneas, como si no pudiese interpretar la Géraldine. Soñaba con este papel y esperaba que Nana lo rechazase.

—¿Y yo qué? —dijo Prulliere muy resentido—. Yo no tengo ni doscientas líneas. Quisiera devolver mi papel... Es indigno hacerme interpretar ese Saint-Firmin, un verdadero buñuelo. ¡Y qué estilo, muchachos! Veréis cómo la obra se va al foso.

Pero Simonne, que hablaba con el tío Barillot, volvió a decir sofocada:

—A propósito de Nana, está en la sala.

—¿Dónde? —preguntó con viveza Clarisse, levantándose para mirar.

El rumor circuló inmediatamente. Todos se inclinaban. El ensayo se interrumpió un instante, pero Bordenave salió de su inmovilidad, gritando:

—¿Qué hay? ¿Qué sucede ahora? ¡Acaben el acto...! ¡Y silencio ahí abajo! Esto es insoportable.

En el palco, Nana continuaba escuchando la obra. Por dos veces Labordette quiso hablarle, pero ella le hizo callar pegándole un codazo. Concluía el segundo acto cuando aparecieron dos sombras por el fondo del teatro. Caminaban de puntillas para evitar hacer ruidos, y Nana reconoció a Mignon y al conde Muffat, que fueron a saludar silenciosamente a Bordenave.

—Ahí están —murmuró ella con un suspiro de alivio.

Rose Mignon dio la última réplica, y Bordenave dijo que había que repasar otra vez el segundo acto antes de ensayar el tercero, y, abandonando el ensayo, acogió al conde con una cortesía desmesurada, mientras Fauchery fingía que estaba con los actores, agrupados en torno suyo. Con las manos a la espalda, Mignon silbaba, envolviendo con la mirada a su mujer, que parecía nerviosa.

—¿Subimos? —preguntó Labordette a Nana—. Te instalo en el camerino y bajo a buscarlo.

Nana abandonó su palco y tuvo que seguir a tientas el pasillo de butacas del patio, pero Bordenave la vio cuando se escabullía en la oscuridad, alcanzándola en el extremo del pasillo que pasaba por detrás del escenario, un rincón que alumbraba el gas día y noche.

Para apresurar el trato, se entusiasmó con el papel de la ramera.

—¡Qué papel! Tiene gancho. Está hecho para ti... Ven al ensayo mañana.

Nana no demostró entusiasmo. Quería conocer el tercer acto.

—¡Oh! el tercero es soberbio... La duquesa hace de buscona en su casa, lo que desagrada a Beaurivage y la corrige. Con esto hay un *quid pro quo* muy divertido; al llegar Tardiveau y creerse en casa de una bailarina...

—¿Y Géraldine está allí? —interrumpió Nana.

—¿Géraldine? —repitió Bordenave un poco molesto—. Tiene una escena no muy larga, pero muy lograda... Está hecho para ti, te lo digo yo. ¿Firmas?

Ella le miró con fijeza y al fin respondió:

—Pronto lo veremos.

Y se reunió con Labordette, que la esperaba en la escalera. Todo el teatro la había reconocido. Se murmuraba. Prulliere, escandalizado por aquella vuelta; Clarisse, muy inquieta por su papel, y en cuanto a Fontan, se hacía el indiferente, con gesto frío, porque no acostumbraba murmurar contra una mujer a la que había amado; en el fondo, con su antiguo capricho convertido en odio, le guardaba un rencor feroz por sus abnegaciones, por su belleza, y por aquella vida en común, que sólo había querido por una perversión de sus gustos de monstruo.

Mientras tanto, cuando Labordette reapareció y se acercó al conde, Rose Mignon, puesta en guardia por la presencia de Nana, lo comprendió todo. Muffat la cansaba, pero la idea de ser abandonada así la sacaba de quicio.

Entonces, rompiendo el silencio que generalmente guardaba sobre estas cosas con

su marido, le dijo crudamente:

—¿Ves lo que está sucediendo? Te juro que si ella repite la jugarreta de Steiner, le arranco los ojos.

Mignon, tranquilo y soberbio, se encogía de hombros como hombre que lo ve todo.

—¡Cállate! —murmuró—. Hazme el favor de callarte.

Él sabía a qué atenerse. Había profundizado en su Muffat y veía que a un gesto de Nana estaba dispuesto a tirarse al suelo para servirle de alfombra. No se podía luchar contra esa clase de pasiones. Además, concedor de los hombres, no pensaba más que en sacar el mejor partido posible de la situación. Era preciso ver. Y esperaba.

—Rose, a escena, gritó Bordenave. Se vuelve al segundo acto.

—Anda, vete —repuso Mignon—. Déjame a mí.

Luego, burlándose, le pareció divertido felicitar a Fauchery por su obra.

Muy fuerte la obra, ¿pero por qué su gran señora era tan honrada? Eso no era natural. Y le preguntó quién le había servido de modelo para el duque de Beurivage, el enamorado de Géraldine. Fauchery, en vez de enfadarse, sonrió. Pero Bordenave, echando un vistazo hacia el lado de Muffat, pareció contrariado, lo que asombró a Mignon y le hizo ponerse serio.

—¿Empezamos? —chilló el director—. Venga ya, Barillot. ¿No está aquí Bosc? ¿Es que quiere burlarse de mí?

Sin embargo, Bosc llegaba apaciblemente. El ensayo volvió a empezar en el momento en que Labordette se llevaba al conde, quien estaba tembloroso ante la idea de volver a ver a Nana. Después de su ruptura había sentido un gran vacío, se había dejado conducir a casa de Rose, desocupada, temiendo sufrir con el cambio de sus costumbres.

Por otra parte, en el aturdimiento en que vivía, prefirió ignorarlo todo, prohibiéndose buscar a Nana y rehuyendo una explicación con la condesa. Le parecía deber este olvido a su dignidad, pero un sordo trabajo se operaba en él, y Nana lo reconquistaba lentamente, con los recuerdos, con las cobardías de su carne, con los sentimientos nuevos, exclusivos, enternecedores y casi paternos.

La escena abominable se esfumaba; ya no veía a Fontan, ni oía a Nana echándole fuera a la vez que le gritaba el adulterio de su esposa.

Todo esto no eran más que palabras arrastradas por el viento, mientras él se quedaba con el corazón encogido, cuyo dolor le punzaba cada vez más fuerte, hasta ahogarle. Se le ocurrían candideces, se acusaba diciéndose que ella no le habría traicionado si realmente él la hubiera amado. Su angustia se le volvió intolerable y se sintió muy desgraciado. Era como la quemazón de una antigua herida, no tanto por aquel deseo ciego e inmediato que se avenía a todo, sino ante la pasión celosa de aquella mujer, una necesidad de ella solamente, de sus cabellos, de su boca, de su

cuerpo, obsesionándole.

Cuando se acordaba de su voz, un estremecimiento recorría todos sus miembros. La deseaba con exigencias de avaro y delicadezas infinitas. Y este amor le había invadido tan dolorosamente que cuando Labordette, preparando la cita, le soltó las primeras palabras, se echó en sus brazos en un movimiento irresistible, aún cuando en seguida se avergonzó de aquel abandono tan ridículo en un hombre de su clase. Pero Labordette sabía comprenderlo todo. Y le dio una prueba de su tacto abandonando al conde ante la escalera con estas sencillas palabras, pronunciadas bajando la voz:

—En el segundo piso, el pasillo de la izquierda. La puerta sólo está entornada.

Muffat se encontraba solo en el silencio de aquel rincón del teatro. Cuando pasaba por delante del saloncito de los artistas, vio, por entre las puertas abiertas, el desorden de la amplia sala, asquerosa de manchas y sin luz diurna.

Pero lo que más le sorprendía, al salir de la oscuridad y del tumulto del escenario, era aquella claridad blanquecina, la calma de aquel hueco de escalera que cierta noche había visto, ahumado de gas y resonando por el correr de mujeres en cada piso. Se veían los camerinos desiertos, los pasillos vacíos, sin un alma, sin un ruido, mientras que por las ventanas entraba el pálido sol de noviembre, arrojando rayos amarillos envueltos en la polvareda y entre la paz mortal que caía de arriba.

Se sintió feliz en medio de aquella calma y de aquel silencio; subió lentamente, tratando de recobrar el aliento; su corazón latía desacompañadamente mientras le invadía el miedo de comportarse como un chiquillo, con suspiros y lágrimas.

En el descansillo del primer piso se apoyó contra la pared, seguro de no ser visto, y con el pañuelo en los labios contempló los peldaños desgastados, la barandilla de hierro frotada por tantas manos, el estuco arañado, y toda aquella miseria de casa de tolerancia, exhibida crudamente en aquella hora pálida de la tarde en que las rameritas todavía duermen.

No obstante, cuando llegó al segundo piso, tuvo que dar un brinco para no pisar un gran gato rojo, ovillado en un escalón. Con los ojos medio cerrados, el gato era el único guardián de la casa, dormitaba entre los olores encerrados y tibios que las mujeres dejaban allí cada noche.

En el pasillo de la derecha, en efecto, la puerta estaba entornada. Nana esperaba. La pequeña Mathilde, una puerca ingenua, tenía su camerino muy sucio, con una profusión de tarros rotos, una mesa de tocador mugrienta y una silla manchada de rojo, como si hubieran sangrado sobre la paja. El papel de las paredes y del techo estaba salpicado hasta arriba con gotas de agua jabonosa. Aquello olía tan mal que Nana abrió la ventana.

Permaneció allí acodada un minuto, respirando, inclinándose para ver abajo a la señora Bron, cuya escoba se oía encarnizarse con las baldosas verdosas del angosto patio, hundido en la sombra. Un canario, cuya jaula colgaba de una persiana, lanzaba

penetrantes gorjeos. No se oían los coches del bulevar ni los de las calles vecinas; había una paz provinciana y un amplio espacio en el que el sol dormía.

Y levantando la mirada, vio los pequeños edificios y las relucientes vidrieras de la galería del pasaje, y más allá, frente a ella, las altas casas de la calle Vivienne, cuyas fachadas de la parte de atrás se elevaban mudas y como vacías. Las azoteas se extendían en graderío, un fotógrafo había puesto en un tejado una gran caja de cristal azul. Aquello era muy alegre, y Nana se olvidaba de todo cuando le pareció que habían llamado. Se volvió y gritó:

—Entre.

Al ver al conde, cerró la ventana. No hacía calor y la curiosa de la señora Bron no tenía por qué oírles. Los dos se miraron seriamente. Luego, como él permanecía muy tieso y con gesto asustadizo, ella se echó a reír y dijo:

—Muy bien; ya estás aquí, gran bestia.

La emoción de él era tan fuerte que parecía helado. La llamó señora; se sentía dichoso por volver a verla. Entonces, para precipitar las cosas, ella se mostró más familiar aún.

—No me vengas con dignidades. Ya que has deseado verme, no es para mirarnos como dos perros de porcelana... Los dos hemos cometido errores. Pero yo te perdono.

Y él se quedó convencido de que no se hablaría más de aquello. Asentía con la cabeza, y se tranquilizaba, pero aún no encontraba nada que decir a pesar de la oleada de palabras que le subía a los labios.

Sorprendida por aquella frialdad, Nana decidió su juego.

—Vaya, eres razonable —añadió con una débil sonrisa—. Ahora que ya hemos hecho las paces, démonos un apretón de manos y quedemos como buenos amigos.

—¿Como buenos amigos? —murmuró él, súbitamente inquieto.

—Sí; tal vez sea idiota, pero deseaba tu estimación... Ahora ya nos hemos explicado, y si nos encontramos no pareceremos dos memos.

Él hizo un gesto para interrumpirla.

—Déjame acabar... Ningún hombre, ¿entiendes? ha tenido que reprocharme una cochinado. Y me molestaba empezar contigo... Cada cual tiene su honor, querido.

—¡Pero si no es eso! —gritó él violentamente—. Siéntate y escúchame.

Y como si temiese verla marchar, la empujó hacia la única silla. Él paseaba con una agitación creciente. En el pequeño camerino, cerrado y lleno de sol, había un dulzor tibio, una paz húmeda que ningún ruido exterior turbaba. En los momentos de silencio sólo se oían los trinos del canario, parecidos a los de una flauta lejana.

—Escucha —dijo él plantándose delante de ella—, he venido para volver a cogerte. Sí, quiero reanudar... empezar. Tú lo sabes muy bien. ¿Por qué me hablas así? Responde... ¿Consientes?

Ella había inclinado la cabeza y arañaba con la uña la paja roja, que sangraba debajo de ella. Al verle tan ansioso, no se apresuraba. Por fin levantó la cara, seria la expresión, con sus bellos ojos, a los que había agregado un poco de tristeza.

—No; eso es imposible, pequeño mío. Nunca volveré a unirme contigo.

—¿Por qué? —balbuceó él, mientras una contracción de indecible sufrimiento invadía su rostro.

—¿Por qué? Porque... es imposible; eso es todo. No quiero.

Aún estuvo mirándola unos segundos, ardientemente. Luego, con las piernas paralizadas, se abatió sobre la ventana. Ella, con aire de aburrimiento, se contentó con añadir:

—Bah, no hagas el chiquillo.

Pero ya lo hacía. Caído a sus pies, la cogía por la cintura y la abrazaba estrechamente, la cara entre sus rodillas, que hundía hasta la carne. Cuando la sintió así, cuando la encontró con el terciopelo de sus miembros, bajo la delgada tela de su vestido, le sacudió una convulsión, y tiritaba de fiebre, perdido, estrechándose contra sus piernas como si quisiera penetrar en ella.

La vieja silla crujía. Los sollozos del deseo se ahogaban en el techo bajo y en el aire agriado de los antiguos perfumes.

—Bien, ¿y después? —decía Nana dejándole que siguiera—. Todo esto no conduce a nada. Ya que no es posible... ¡Dios mío, qué niño eres!

Él se apaciguó. Pero siguió en el suelo, no dejándola y diciendo con voz entrecortada:

—Escucha por lo menos lo que voy a ofrecerte... Ya tengo visto un hotelito, junto al parque Monceau. Satisfaré todos tus deseos. Por tenerte sin compartirte daré mi fortuna... Sí, será la única condición; sin compartirte, ¿entiendes? Y si consientes en no ser más que mía, ¡oh! te haré la más hermosa, la más rica; coches, diamantes, vestidos...

A cada ofrecimiento Nana decía que no con la cabeza, soberbiamente. Luego, como continuase hablando de colocar dinero a su nombre, no sabiendo qué poner más a sus pies, pareció perder la paciencia.

—¿Qué? ¿Has acabado de manosearme? Soy buena muchacha y lo acepto un momento, porque te pones como enfermo, pero ya es bastante; ¿no te parece? Déjame levantarme; me cansas.

Se desprendió, y cuando estuvo de pie, repitió:

—No, no, no... No quiero...

Entonces él se arrastró penosamente, y, sin fuerzas, cayó sobre la silla, acodándose contra el respaldo, el rostro entre las manos.

Nana se puso a pasear. Durante un momento contempló el papel sucio, el tocador grasiento, aquel agujero asqueroso que lo llenaba un pálido sol. Luego, deteniéndose

ante el conde, habló con una tranquila franqueza:

—Es muy gracioso. Los hombres ricos se imaginan que lo pueden tener todo con su dinero... ¿Y si yo no quiero? Me importan un bledo tus regalos. Me darías París, y seguiría diciendo no, siempre no... Ya ves que esto no es muy limpio. Pues lo encontraría muy agradable si me hiciese feliz vivir aquí contigo, pero reventaría en tus palacios si mi corazón te repeliese... ¡Ah, el dinero! Pobre perrito mío; lo tengo en cualquier sitio. Mira tú, le pego patadas al dinero, lo escupo.

Y ponía cara de asco. Luego, volviendo al sentimiento, añadió en un tono melancólico:

—Sé de algo que vale más que el dinero... ¡Ah, si me diesen lo que yo deseo...!

Él levantó lentamente la cabeza y en sus ojos brilló un pequeño rayo de esperanza.

—Pero no puedes dármelo —repuso ella—. Eso no depende de ti, y por eso te hablo de ello... En fin, hablemos... Desearía tener el papel de mujer honrada en su obra.

—¿Qué mujer honrada? —murmuró él asombrado.

—La duquesa Hélene... Si se creen que voy a interpretar a Géraldine... Un papel de nada, una escena y ni eso. Ya estoy hasta las narices de busconas. Siempre busconas; parecería que sólo tengo busconas en el vientre. Al fin y al cabo eso es humillante, pero ahora lo veo claro; creen que soy una mal educada... Pues sabe, pequeño mío, que se equivocan. Cuando quiero ser distinguida, lo soy como la que más. Mírame un momento.

Nana retrocedió hasta la ventana, luego avanzó pavoneándose, midiendo sus pasos con aire circunspecto de vieja gallina temerosa de ensuciarse las patas. Él la contemplaba, con ojos llenos de lágrimas, turbado ante aquella brusca escena de comedia que agudizaba su dolor. Ella se paseó un instante, para demostrar bien todo su juego, con finas sonrisas, con parpadeos suaves y balanceos de faldas, y clavándose de nuevo ante él, añadió:

—¿Eh? Me parece que es así.

—Sí, completamente —balbuceó el conde, aún ahogado y con la mirada temblorosa.

—Te aseguro que domino el papel de mujer honrada... Lo he ensayado en mi casa; ninguna tiene mi pequeño aire de duquesa que se burla de los hombres. ¿Lo has notado cuando he pasado por delante de ti, mirándote? Ese aire se lleva en las venas... Además, quiero hacer el papel de mujer honrada; sueño con él, y seré una desdichada si no me dan ese papel; ¿lo entiendes?

Se había puesto seria, la voz dura, muy conmovida, sufriendo realmente su estúpido deseo. Muffat, aún bajo el efecto de sus negativas, esperaba sin comprender nada. Siguió un silencio. Ni el vuelo de una mosca turbaba la paz de aquellas paredes

vacías.

—Y sé una cosa —repuso ella abiertamente—; tú harás que me den ese papel.

Él se quedó estupefacto y, con gesto desesperado, dijo:

—Pero eso es imposible. Tú misma has dicho que eso no dependía de mí.

Ella le interrumpió con un encogimiento de hombros.

—Vas a bajar y le dirás a Bordenave que quieres ese papel... No seas ingenuo. Bordenave precisa de dinero... Pues tú se lo prestas, ya que lo tienes para arrojarlo por las ventanas.

Y como aún se debatiese, ella se enfadó.

—Muy bien, lo comprendo. Temes enfadarte con Rose. Yo no te he hablado de ella cuando tú llorabas por el suelo, y tendría muchas cosas que decirte. Sí, cuando se le ha jurado a una mujer amarla siempre, no se coge al día siguiente la primera que aparece. ¡Oh! la herida está aquí, lo recuerdo... Además, querido, no tiene nada de apetitoso coger los restos de los Mignon. Antes de hacer el bestia sobre mis rodillas has debido romper con esa cochina gente.

Él protestaba, y acabó por decir una frase precisa:

—Pues me río yo de Rose. Ahora mismo voy a dejarla.

Nana pareció satisfecha por ese lado. Seguidamente añadió:

—Entonces, ¿qué es lo que te molesta? Bordenave es el amo... Me dirás que está Fauchery después de Bordenave...

Había suavizado la voz, porque llegaba al punto delicado del asunto. Muffat, con los ojos bajos, se callaba. Había permanecido en una ignorancia voluntaria sobre las asiduidades de Fauchery cerca de la condesa, tranquilizándose a la larga y esperando haberse engañado durante aquella noche espantosa, pasada en una puerta de la calle Taitbout. Pero aún conservaba por el hombre una repugnancia y una cólera sordas.

—¿Pero qué pasa con Fauchery? No es el diablo —repetía Nana, tanteando el terreno para saber cómo estaban las cosas entre el marido y el amante—. A Fauchery se le convencerá. En el fondo, te lo aseguro, es un buen muchacho... ¿Qué? Está claro que le dirás que es para mí.

La idea de semejante paso sublevaba al conde.

—No, no; ¡jamás! —gritó.

Ella esperaba. Le subía esta frase a los labios: «Fauchery no puede negarte nada», pero comprendió que era demasiado como argumento. Sólo esbozó una sonrisa, y esta sonrisa, que era burlona, decía la frase.

Muffat, habiendo levantado los ojos hacia ella, los bajó de nuevo, molesto y pálido.

—No eres muy complaciente —murmuró ella al fin.

—No puedo —dijo lleno de angustia—. Todo lo que tú quieras, pero eso no, amor mío; te lo ruego.

Nana no se detuvo en discutir. Con las manos le hizo volver la cabeza hacia ella, y luego, inclinándose, clavó su boca a la de él en un largo beso. Un estremecimiento le sacudió, se tambaleó bajo ella, perdido, los ojos cerrados.

Nana lo sujetó, diciéndole simplemente:

—Vete.

Él se dirigió hacia la puerta. Pero cuando salía, ella volvió a cogerle entre sus brazos, haciéndose la sumisa y la mimosa, la cara levantada y frotando su mentón de gata contra su chaleco.

—¿Dónde queda ese hotelito? —preguntó ella muy bajito, con el aire confuso y reidor de una chiquilla que vuelve por las golosinas que no ha querido.

—Avenida de Villiers.

—¿Y tiene coches?

—Sí.

—¿Y encajes, y diamantes?

—Sí.

—¡Oh, qué bueno eres, gatito mío! Sabes, hace un momento era por celos... Y esta vez te juro que no será como la primera vez, puesto que ahora comprendes lo que necesita una señora... Tú lo das todo, ¿no es eso? Pues entonces no necesito a nadie... Mira, no hay más que para ti. ¡Toma, toma y este otro aún!

Cuando lo hubo empujado fuera, después de haberle encendido con una lluvia de besos en las manos y en la cara, respiró un momento. ¡Dios mío, qué mal olía el cuarto de la descuidada Mathilde! Se estaba bien, con uno de esos tranquilos calores de las habitaciones de Provence, expuestas al sol de invierno, pero verdaderamente olía demasiado a agua de lavanda corrompida y a otras cosas nada limpias.

Nana abrió la ventana y se acodó nuevamente en el alféizar para examinar las vidrieras del pasaje y así distraer el rato de espera.

Muffat bajaba la escalera tambaleándose, atontado. ¿Qué iba a decir? ¿De qué manera abordaría aquel asunto que no le concernía? Llegaba al escenario cuando oyó una discusión. Se acababa el segundo acto, y Prulliere se encolerizaba porque Fauchery quería cortar una de sus réplicas.

—¡Córtelo de una vez! —gritaba—. Lo prefiero. Ni siquiera tengo doscientas líneas, y todavía me las cortan. No; ya estoy harto, y devuelvo el papel.

Se sacó del bolsillo un pequeño cuaderno estrujado, lo retorció entre sus manos temblorosas, pareciendo que iba a arrojarlo sobre las rodillas de Cossard. Su vanidad resentida convulsionaba su cara pálida, adelgazándole los labios y encendiéndole los ojos, sin que pudiese ocultar su ira. ¡Él, Prulliere, el ídolo del público, interpretar un papel de doscientas líneas!

—¿Por qué no me hacen sacar cartas en una bandeja? —preguntó con amargura.

—Vamos, Prulliere, sosiéguese —dijo Bordenave, que le halagaba a causa de su

influencia en los palcos—. No empiece con sus historias de siempre. Se le encontrarán efectos, ¿no es cierto? Fauchery le buscará efectos... en el tercer acto se le podría añadir una escena.

—Entonces —advirtió el cómico—, quiero la frase de bajada de telón... Creo que se me debe eso.

Fauchery pareció consentir con su silencio, y Prulliere se volvió a meter el papel en el bolsillo, todavía trastornado e incluso descontento. Bosc y Fontan, durante la explicación, habían adoptado un aire de completa indiferencia; cada uno se ocupaba de sí, pues aquello no les interesaba y les tenía sin cuidado.

Todos los actores rodearon a Fauchery, preguntándole, buscando elogios, mientras Mignon escuchaba las últimas quejas de Prulliere sin perder de vista al conde Muffat, cuyo regreso espiaba.

El conde, al entrar nuevamente en aquella oscuridad, se detuvo en el fondo del escenario, dudando si acercarse al sitio de la discusión. Pero Bordenave le vio y en seguida se precipitó a él.

—¡Qué gente! —murmuró—. No puede imaginarse, señor conde, lo mal que lo paso con esta gente. Todos a cual más vanidoso, y pedigüños como pocos, peores que la sarna, siempre con sucias historias y deseando que yo me deje aquí los riñones... Perdóneme, me dejo arrebatado.

Se calló y reinó el silencio. Muffat buscaba una transición, pero no se le ocurría nada, y acabó por decir abiertamente, para concluir antes:

—Nana quiere el papel de la duquesa.

Bordenave tuvo un sobresalto y gritó:

—¡Qué locura!

Luego, contemplando al conde, lo vio tan pálido y tan trastornado que se contuvo, murmurando:

—Diablo...

Y el silencio reinó nuevamente. En el fondo, igual le daba una que otra. Y tal vez resultase cómico ver a la gorda Nana haciendo el papel de la duquesa. Por otra parte, con aquella historia sujetaba sólidamente a Muffat. No tardó, pues, en tomar una decisión. Se volvió y llamó:

—¡Fauchery!

El conde había hecho un ademán para contenerle. Fauchery no oía.

Empujado contra el telón de embocadura por Fontan, se veía obligado a escuchar las explicaciones sobre la manera que comprendía el cómico el personaje de Tardiveau.

Fontan veía en Tardiveau un marsellés y con su acento, e imitaba el acento. Recitaba parlamentos enteros. ¿No estaba bien así? Parecía que sólo sometía ideas de las que él mismo dudaba. Pero Fauchery permanecía frío y hacía objeciones, lo cual

en seguida molestó al actor.

Muy bien, desde el momento en que el espíritu del papel se le escapaba, sería mejor para todo el mundo que no lo interpretase.

—¡Fauchery! —gritó de nuevo Bordenave.

Entonces Fauchery se escapó, contento de huir del actor, quien se quedó ofendido ante tan rápida retirada.

—No nos quedemos aquí —indicó Bordenave—. Síganme, señores.

Para evitar que oyesen los curiosos, se los llevó al almacén de los accesorios, detrás del escenario. Mignon, sorprendido, les vio desaparecer.

Había que bajar algunos escalones. Era una pieza cuadrada cuyas ventanas daban al patio. Una claridad de bodega penetraba a través de los vidrios sucios, lóbrega en aquel techo bajo. Allí dentro, en estanterías que obstruían el sitio, había un montón de objetos de toda clase, como en el cuchitril de un revendedor de la calle Lappe que liquida, en una mezcla de feria barata, platos, copas de cartón dorado, viejos paraguas rojos, cántaros italianos, relojes de todos los estilos, bandejas y tinteros, armas de fuego y jeringas; todo bajo una capa de polvo de una pulgada, irreconocible, descolorido, roto y amontonado. Y un insoportable hedor a hierros viejos, a trapos, a cartonajes húmedos, llegaba de aquellos montones, donde se apilaban los restos de obras representadas hacía cincuenta años.

—Entren —dijo Bordenave—; por lo menos aquí estaremos solos.

El conde, muy molesto, dio algunos pasos para dejar que el director se atreviese con la proposición. Fauchery estaba sorprendido, y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Se lo diré, continuó al fin Bordenave. Se nos ha ocurrido una idea... sobre todo no salte. Es muy serio... ¿Qué piensa usted de Nana en el papel de duquesa?

El autor se quedó petrificado. Luego estalló:

—¡Ah, no! ¿Estás bromeando? ¡Lo que se reirían!

—Tampoco perjudica que se rían un poco. Piénselo, querido... La idea le agrada mucho al señor conde.

Muffat, para aparentar serenidad, acababa de coger, de entre el polvo, un objeto que no parecía reconocer. Era una huevera cuyo pie habían rehecho con yeso. Se la guardó sin darse cuenta y avanzó para murmurar:

—Sí, sí; estaría muy bien.

Fauchery se volvió hacia él con un gesto de brusca impaciencia. El conde no tenía nada que ver con su pieza. Y dijo claramente:

—¡Nunca...! Nana, de buscona, cuanto quiera, pero como señora, ni hablar.

—Usted se equivoca, se lo aseguro —repuso Muffat envalentonándose—. Precisamente acaba de hacerme el papel de mujer honrada...

—¿Dónde? —preguntó Fauchery, cuya sorpresa iba en aumento.

—Arriba, en su camerino... Estaba formidable, con mucha distinción. Sobre todo tiene una mirada... Y andando así.

Y con la huevera en la mano pretendió imitar a Nana, olvidándose de sí mismo en una apasionada necesidad de convencer a aquellos señores. Fauchery le miraba estupefacto. Acababa de comprenderlo todo, y no se mostró indignado. El conde, que sintió su mirada, en la que había algo de burla y de piedad, se detuvo, atacado de un débil rubor.

—Por Dios... es muy posible —exclamó el autor por complacencia—. Tal vez esté muy bien... Sólo que el papel ya está dado, y no podemos quitárselo a Rose.

—Si no es más que eso —dijo Bordenave—, yo me encargo de solucionar el asunto.

Pero entonces, viéndolos a los dos contra él, comprendiendo que Bordenave tenía un interés oculto, el autor, para no sucumbir, se revolvió con mayor violencia, con intención de cortar la entrevista.

—¡Ah, no, no! Aunque el papel estuviese libre, no se lo daría... Esto está claro. Déjenme tranquilo... No quiero hundir mi obra.

Siguió un silencio embarazoso. Bordenave, viendo que allí él sobraba, se alejó. El conde permaneció con la cabeza gacha. La levantó con gran esfuerzo y dijo con voz alterada:

—Querido, ¿y si le pidiese eso como un favor?

—No puedo, no puedo —repetía Fauchery debatiéndose.

La voz de Muffat se endureció:

—Se lo ruego... ¡Lo quiero!

Y le miró con fijeza. Ante aquella mirada, en la que leyó una amenaza, el periodista cedió de golpe, balbuciendo palabras confusas.

—Hágalo; después de todo, me da lo mismo... Abusa de mí, pero ya verá usted.

Entonces el embarazo fue mayor. Fauchery se había arrimado a un estante, golpeando nerviosamente con el pie en el suelo. Muffat parecía examinar con interés la huevera, a la que no dejaba de dar vueltas.

—Es una huevera —se acercó a decirle Bordenave.

—Sí, es una huevera —repitió el conde.

—Perdone, está usted lleno de polvo —continuó diciendo el director, volviendo a dejar el chisme en su sitio—. Ya comprenderá que si se hiciese limpiar todos los días, no se acabaría nunca... Tampoco está muy limpio, ¿no es cierto? ¡Vaya jaleo! Pues, aunque no quiera creerme, aquí hay muchísimo dinero. Fíjese, fíjese en todo esto.

Paseó a Muffat por delante de las estanterías, en la claridad verdosa que procedía del patio, enumerándole los utensilios, como si quisiera interesarle en su inventario de chamarilero, como decía riéndose. Después de aquel tono ligero, cuando se juntaron con Fauchery, dijo:

—Ya que estamos de acuerdo, vamos a concluir con este asunto... Precisamente ahí está Mignon.

Desde hacía un momento Mignon rondaba por el pasillo. A las primeras palabras de Bordenave, hablando de modificar su contrato, estalló; aquello era una infamia, quería destrozar el porvenir de Rose, se querellaría.

Mientras, Bordenave daba sus razones; el papel no le parecía digno de Rose, prefería reservarla para una opereta que montaría después de la Duquesita.

Pero como el marido continuaba gritando, le ofreció bruscamente rescindir el contrato, hablando de las ofertas hechas a la cantante por el Folies Dramatiques. Entonces Mignon se quedó desarmado, sin negar aquellas ofertas y demostrando un gran desdén por el dinero; se había contratado a su esposa para interpretar la duquesa Hélene, y la interpretaría, aunque él, Mignon, tuviese que perder su fortuna; era un asunto de dignidad, de honor.

Llevada a este terreno, la discusión fue interminable. El director volvía siempre al mismo razonamiento: puesto que el Folies-Dramatiques ofrecía trescientos francos por noche a Rose durante cien representaciones, cuando él sólo le daba ciento cincuenta, le quedaba un beneficio de quince mil francos desde el momento en que la dejaba marchar libremente. El marido no abandonaba el terreno del arte: ¿qué dirían si viesan que le quitaban el papel a su mujer? Que no valía, y que habían tenido que sustituirla.

¡No, no, jamás! La gloria antes que la riqueza. Y de pronto indicó una transacción: Rose, según su contrato, tenía que pagar una indemnización de diez mil francos si se retiraba; pues que le diesen los diez mil francos y se irían al Folies Dramatiques.

Bordenave quedó aturdido, y Mignon, que no había quitado la vista del conde, esperaba tranquilamente.

—Entonces, todo arreglado —murmuró Muffat aliviado—. Podemos entendernos.

—¡Ah, no! Sería demasiado estúpido —gritó Bordenave, arrebatado por sus instintos de hombre de negocios—. ¿Diez mil francos por dejar a Rose? Se burlarían de mí.

Pero el conde le ordenaba aceptar, multiplicando sus movimientos de cabeza. Todavía vacilaba. Por fin, gruñendo, lamentando los diez mil francos, aunque no saliesen de su bolsillo, añadió con brutalidad:

—Después de todo, no me importa. Por lo menos me veré libre de vosotros.

Desde hacía un cuarto de hora, Fontan escuchaba en el patio; muy intrigado, había ido a apostarse en aquel sitio. Cuando comprendió de qué se trataba, subió de nuevo y se dio el gusto de advertir a Rose. ¡Vaya! Se intrigaba contra ella y la afeitaban en seco.

Rose corrió al almacén de accesorios. Todos se callaron al verla. Miró a los cuatro hombres: Muffat bajó la cabeza, Fauchery respondió con un encogimiento de hombros desesperado ante la mirada con que ella le interrogaba. Mignon discutía con Bordenave los términos del contrato.

—¿Qué sucede? —preguntó ella secamente.

—Nada, dijo su marido. Bordenave, que nos da diez mil francos para recuperar tu papel.

Ella temblaba, muy pálida, cerrados sus pequeños puños. Durante un momento estuvo mirándole, en una sublevación de todo su ser. Por costumbre se abandonaba dócilmente en las cuestiones de negocios, dejándole la firma de contratos con sus directores y sus amantes. Y no encontró más que este grito, con el cual le cruzó la cara como si fuera un latigazo:

—¡Eres un miserable!

Luego se marchó. Mignon, estupefacto, corrió detrás de ella. ¿A qué venía aquello? ¿Se había vuelto loca? Y le explicó a media voz que diez mil francos de un lado y quince mil del otro sumaban veinticinco mil. Un soberbio negocio. Además, Muffat la hastiaba; era un bonito desquite poderle arrancar esa última pluma del ala.

Pero Rose no respondía; estaba furiosa. Entonces Mignon, desdeñoso, la dejó con su despecho de mujer, y le dijo a Bordenave, que volvía al escenario con Fauchery y Muffat.

—Firmaremos mañana por la mañana; tenga dispuesto el dinero.

Precisamente Nana, avisada por Labordette, bajaba triunfante. Hacía la mujer honrada con aires de distinción, para asombrar a su gente y demostrar a aquellos idiotas que cuando ella quería no había otra tan elegante.

Pero estuvo a punto de comprometerse. Rose, nada más verla, se fue a ella, sofocada y tartamudeando:

—Tú, ya te encontré... Eso lo arreglaremos tú y yo; ¿entiendes?

Nana se olvidó de todo ante este brusco ataque, iba a ponerse en jarras y a contestarle, tratándola de puerca, pero consiguió contenerse, y, exagerando el tono aflautado de su voz, con un gesto de marquesa que pisa una cáscara de naranja, exclamó:

—¿Cómo? Usted está loca, querida.

Después continuó sus gracias, mientras Rose se iba, seguida de Mignon, que no la reconocía. Clarisse, encantada, acababa de obtener de Bordenave el papel de Géraldine; Fauchery, muy huraño, andaba de un lado para otro sin decidirse a abandonar el teatro; su obra estaba perdida y buscaba el modo de salvarla.

Nana fue a cogerle de las manos, y atrayéndole a su lado, le preguntó si la encontraba tan atroz. Ella le aseguró que no se comería su obra, lo cual le hizo reír, y Nana le dejó entender que sería una tontería enfadarse con ella dada su posición con

los Muffat.

Además, si le fallaba la memoria, de algo serviría el apuntador. Llenarían la sala. Por otro lado, él se equivocaba respecto a ella, y ya vería cómo se llevaría al público de calle.

Entonces se convino que el autor recortaría un poco el papel de la duquesa para alargar más el de Prulliere. A éste eso le encantó. Ante aquella jovialidad que Nana, por naturaleza, siempre aportaba, sólo Fontan permaneció frío. Plantado en medio del rayo amarillo de la derivación, afectaba una postura de abandono, exhibiendo la viva arista de su perfil de chivo. Y Nana, tranquilamente, se le acercó, le dio un apretón de manos y le preguntó:

—¿Sigues bien?

—Pues sí, no estoy mal. ¿Y tú?

—Muy bien, gracias.

Eso fue todo. Parecía que se hubiesen despedido la víspera en la puerta del teatro.

Los actores esperaban, pero Bordenave dijo que no se ensayaría el tercer acto. Y, por casualidad, el viejo Bosc se marchaba gruñendo; se les retenía sin necesidad y se les hacía perder tardes enteras. Todo el mundo se marchó.

En la calle, todos parpadearon cegados por la luz del día, con el aturdimiento de las personas que se han pasado tres horas discutiendo en una cueva y en una continua tensión de nervios. El conde, agotado y dándole vueltas a la cabeza, subió a su coche con Nana, mientras Labordette se llevaba a Fauchery, tratando de apaciguarlo.

Un mes más tarde, la primera representación de la Duquesita fue, para Nana, un gran fracaso. Se mostró tan atrozmente mala, con sus pretensiones de actriz de alta comedia, que sólo consiguió que se divirtiese el público. Si no se la silbó, fue de tanto como reía. En un palco del proscenio, Rose Mignon acogía con una risa aguda cada aparición de su rival, excitando las carcajadas de toda la sala. Era una primera venganza. Y aquella noche, cuando Nana se quedó sola con Muffat, que estaba muy apenado, le dijo desgañitándose:

—¡Vaya intriga! Todo eso no ha sido más que celos. ¡Ah, si supiesen lo que me importan! ¿Acaso los necesito ahora? Mira, me juego cien luises a que todos esos que se han reído, me los traigo aquí y lamen el suelo que piso. ¡Sí, voy a darle la gran señora a tu París!

Capítulo X

Entonces Nana se convirtió en mujer elegante, rentista de la necesidad y la lascivia de los hombres y marquesa de las lujosas aceras. Fue un lanzamiento brusco y definitivo, una ascensión en la celebridad de la galantería, en la clara vorágine del dinero y de las audacias despilfarradoras de la belleza. En seguida reinó entre las más cotizadas.

Sus fotografías se exhibían en los escaparates, se la citaba en los periódicos. Cuando pasaba en coche por los bulevares, la gente se volvía y la nombraban con la emoción de un pueblo aclamando a su soberana, mientras que, familiarmente reclinada en sus tocados vaporosos, sonreía con aire jovial, bajo la lluvia de ricitos rubios que caían en el círculo azul de sus ojos y el bermellón de sus labios.

Y lo prodigioso era que esta gorda rameruela, tan torpe en el escenario, tan graciosa cuando pretendía hacerse la mujer honrada, interpretaba en la ciudad los papeles de encantadora sin esfuerzo. Aquello eran flexibilidades de culebra, un estudiado desnudamiento, como involuntario, de exquisita elegancia; una distinción nerviosa de gata de raza, una aristocracia del vicio, soberbia, revuelta, poniendo el pie sobre París como dueña todopoderosa. Ella daba el tono y las grandes damas la imitaban.

El hotelito de Nana estaba en la avenida de Villiers, en la esquina de la calle Cardinet, en ese barrio de lujo, a punto de nacer en medio de los terrenos vacíos de la antigua llanura. Construido para un joven pintor, embriagado por un primer éxito y que hubo de venderlo apenas secas las paredes, era de estilo Renacimiento, con un aire de palacio, fantasía en la distribución interior y comodidades modernas en un cuadro de originalidad caprichosa.

El conde Muffat había comprado el hotel amueblado, lleno de chucherías, de bellísimos tapices de Oriente, de viejos aparadores y de grandes sillones Luis XIII, y Nana se vio en medio de un mobiliario artístico, de un gusto muy fino en el caos de las épocas. Pero como el taller, que ocupaba el centro de la casa, no podía servirle, cambió el orden de los pisos: en la planta baja dejó un invernadero, un gran salón y el comedor, y en el primer piso abrió un saloncito, cerca de su dormitorio y de su tocador. Asombraba al arquitecto con las ideas que le daba, nacidas de un golpe de refinamiento en el lujo, como buena hija del arroyo de París que posee el instinto de todas las elegancias.

En fin, no estropeó demasiado el hotel; incluso añadió algunas riquezas al mobiliario, salvo algunas huellas de necia ternura y de esplendor chillón, en el que se descubría a la antigua florista que un día soñó ante los escaparates de los pasajes.

En el patio, bajo la gran marquesina, una alfombra cubría las gradas del pórtico, y desde el vestíbulo se aspiraba un olor a violetas en medio del aire tibio encerrado

entre espesos cortinajes. Un vitral, con cristales amarillos y rosas, de una palidez de un rubio de carne, iluminaba la amplia escalera. Al pie, un negro de madera esculpida presentaba una bandeja de plata, llena de tarjetas de visita; cuatro mujeres de mármol blanco, los senos desnudos, levantaban lámparas, y los bronceos y los biombos chinos llenos de flores, los divanes recubiertos de antiguos tapices persas, y los sillones con viejas tapicerías amueblaban el vestíbulo, adornaban los descansillos y formaban en el primer piso como una antesala en donde siempre se veían abrigos y sombreros de hombres. Las telas ahogaban los ruidos y el recogimiento era total.

Se hubiese creído entrar en una capilla inundada de un estremecimiento devoto y en la que el silencio, tras las puertas cerradas, guardaba un misterio.

Nana sólo abría el gran salón, de un Luis XVI demasiado rico, en las noches de gala, cuando recibía al mundo de las Tullerías o a personajes extranjeros. Por lo general, bajaba únicamente a las horas de comer, sintiéndose un poco perdida cuando comía sola en el comedor, muy alto, adornado de Gobelinos y con un aparador monumental, con viejas porcelanas y maravillosas piezas de orfebrería antigua. Volvía a subir en seguida y se pasaba la mayor parte del tiempo en el piso principal, en sus tres piezas, el dormitorio, el gabinete y el saloncito.

Ya había renovado la alcoba dos veces, la primera en raso malva, la segunda con aplicaciones de encaje sobre seda azul, y todavía no estaba satisfecha, pues lo encontraba insípido, y aún buscaba, sin encontrar nada a su gusto. El encaje de Venencia, que adornaba el acolchado lecho, bajo como un sofá, costaba más de veinte mil francos. Los muebles eran de laca blanca y azul, incrustada con filetes de plata; por todas partes se veían tantas pieles de osos blancos que ocultaban las alfombras; un capricho, un refinamiento de Nana, que no podía desacostumbrarse de sentarse en el suelo para quitarse las medias.

Al lado del dormitorio, el saloncito ofrecía una mezclanza graciosa y de exquisito gusto, contra la colgadura de seda rosa pálido, un rosa turco marchito y recamado de hilos de oro, se destacaba un enjambre de objetos de todos los países y de todos los estilos: gabinetes italianos, cofres españoles y portugueses, pagodas chinas, una mampara japonesa de un acabado precioso, además de porcelanas, bronceos, sedas bordadas, tapicerías finísimas, mientras que los sillones, amplios como camas, y los sofás, imponían una perezosa molicie, una vida soñolienta de serrallo.

La estancia conservaba el tono del oro viejo, fundido de verde y de rojo, sin que nada delatase demasiado a la ramera, a excepción de la voluptuosidad de los asientos; dos estatuillas de barro cocido, una mujer en camisa buscándose las pulgas, y otra absolutamente desnuda, caminando sobre las manos y con los pies en alto, bastaban para ensuciar el salón con una mancha de necedad original.

Por una puerta, casi siempre abierta, se veía el cuarto de baño, de mármol y de espejos, con el ribete blanco de su bañera, sus tarros y sus palanganas de plata, sus

adornos de cristal y de marfil. Una cortina corrida dejaba el cuarto en una blanquecina claridad, pareciendo dormir, como calentado por un perfume de violeta, ese perfume turbador de Nana, del que todo el hotel, hasta el patio, se impregnaba.

La gran tarea fue instalar la casa. Nana tenía a Zoé, esa muchacha devota de ella, que desde hacía meses esperaba tranquilamente aquel brusco lanzamiento, segura de su éxito. Ahora Zoé triunfaba, dueña del hotel, hacía su bolsa a la vez que servía a su señora con la mayor honradez posible. Pero una doncella no bastaba para todo. Se necesitaban un mayordomo, un cochero, un conserje y una cocinera. Por otro lado, había que instalar las caballerizas.

Entonces Labordette resultó muy útil, al encargarse de las diligencias que fastidiaban al conde. Intervino en la compra de los caballos, recorrió los carroceros, guió con sus consejos a Nana, que siempre estaba cogida del brazo de él en casa de sus proveedores. Incluso Labordette proporcionó los criados: Charles, un muchachote que era cochero y salía de casa del duque de Corbreuse; Julien, un menudo mayordomo de pelo muy rizado y gesto risueño, y un matrimonio cuya mujer, Victorine, era cocinera, y el hombre, Francois, entró como conserje y lacayo, de pantalón corto, peluca empolvada y vistiendo la librea de Nana, azul claro y galón de plata; él recibía a los visitantes en el vestíbulo.

Todo era de una apariencia y una corrección principescas.

En el segundo mes la casa quedó terminada. El gasto pasaba de los trescientos mil francos. Había ocho caballos en las cuadras y cinco carruajes en las cocheras, entre los cuales había un landó adornado en plata que, durante unos días, llamó la atención de todo París. Y Nana, en medio de esta fortuna, se ahuecaba, se apoltronaba.

Había abandonado el teatro a la tercera representación de la Duquesita, dejando a Bordenave apuradísimo, al borde de una amenazadora quiebra, a pesar del dinero del conde.

No obstante, ella conservaba cierta amargura de su fracaso, lo que se añadía a la lección de Fontan, una indecencia en la que hacía culpables a todos los hombres. Así pues, ahora se sentía muy fuerte y a prueba de todo capricho.

Pero las ideas de venganza no duraban en su cerebro de pájaro. Lo que permitía, además de sus momentos de cólera, era un desmesurado apetito de derroche, un desdén natural hacia el hombre que pagaba, un continuo capricho de devoradora y de caprichosa, orgullosa de la ruina de sus amantes.

Al principio Nana puso al conde en el buen camino. Estableció claramente el programa de sus relaciones. Él daría doce mil francos al mes, sin contar los regalos, no pidiendo más compensación que una fidelidad absoluta. Ella le juró fidelidad, pero exigió consideraciones, una total libertad de ama de casa y un respeto completo a sus voluntades. Así, recibirían todos los días a sus amigos; él acudiría solamente a unas horas fijas, y por último, y por encima de todo, tendría una fe ciega en ella. Y cuando

dudaba, preso de una inquietud celosa, ella se ponía digna, amenazándole con devolvérselo todo, o jurando por la vida de su Louiset. Esto debía bastarle. No había amor donde no había estimación.

Al terminar el primer mes, Muffat la respetaba.

Pero ella quiso y obtuvo más. En seguida tomó sobre él un ascendiente de buena muchacha. Cuando llegaba malhumorado, ella le alegraba, y luego le aconsejaba, después de haberse él confesado. Poco a poco ella fue cuidándose de los enojos de su hogar, de su esposa, de su hija, y de sus asuntos de amor y de dinero, siempre muy razonablemente, con rasgos de justicia y de honradez. Sólo una vez se dejó arrebatarse por la pasión, y fue el día en que le confió que, sin duda, Daguenet iba a pedirle en matrimonio a su hija Estelle.

Desde que el conde se exhibía con Nana, Daguenet creyó más hábil romper con ella y tratarla de sinvergüenza, a la vez que juraba que arrancaría a su futuro suegro de las garras de aquella mujerzuela.

También Nana endomingó bonitamente a su antiguo Mimí, un perdido que tiró su fortuna con querindangas, que carecía de sentido moral, no se hacía dar dinero pero se aprovechaba del dinero de los demás, pagando un ramillete o una comida en raras ocasiones, y como el conde pareciese excusar estas debilidades, ella le soltó con toda la crudeza que Daguenet la había poseído, y le dio detalles repugnantes. Muffat se quedó muy pálido. No se habló más de aquel joven. Esto le enseñaría a ser desagradecido.

No obstante, cuando aún no estaba totalmente amueblado el hotel, Nana, una tarde en que había prodigado a Muffat los juramentos de fidelidad más exaltados, retuvo al conde Xavier de Vandevres, quien desde hacía quince días le hacía una corte asidua de visitas y de flores.

Ella cedió, no por capricho, sino para demostrarse que era libre. La cuestión de intereses se le ocurrió luego, cuando Vandevres, al día siguiente, la ayudó a pagar una cuenta de la que no quería hablar al otro. Le sacaba de ocho a diez mil francos por mes, y éste era un dinero utilísimo para sus gastos.

Vandevres, por entonces, estaba dando fin a su fortuna en un arrebatado febril. Sus caballos y Lucy se le comieron tres fincas. Nana iba a comerse su último castillo, situado en las inmediaciones de Amiens, y parecía tener prisa en barrerlo todo, hasta los escombros de la antigua torre construida por un Vandevres en tiempos de Philippe-Auguste, rabioso de un apetito de ruinas, encontrando bonito dejar los últimos besantes de oro de su blasón en manos de aquella cortesana que deseaba París.

También aceptó las condiciones de Nana: completa libertad, caricias en días fijos y sin caer en la apasionada candidez de exigir juramentos. Muffat no sospechaba nada, pero Vandevres lo sabía todo, aun cuando jamás hacía la menor alusión a ello,

fingiendo ignorarlo, con su fina sonrisa de vividor escéptico que no pide imposibles con tal de que tenga su hora y todo París lo sepa.

Desde entonces Nana tuvo realmente instalada su casa. El personal era completo, en la cuadra, en la cocina y en las habitaciones de la señora. Zoé lo organizaba todo y salía de las complicaciones más imprevistas; estaba dispuesto como en un teatro, regulado como en una gran administración, y funcionaba con tal precisión que, durante los primeros meses, no hubo sobresaltos ni rozamientos. Únicamente la señora causaba demasiados quebraderos de cabeza a Zoé con sus imprudencias, sus cabezonadas y sus alocadas bravatas. Así pues, la doncella fue desviándose poco a poco, viendo, por otro lado, que sacaba mayor provecho de los atolondramientos, cuando la señora había cometido alguna necedad que debía repararse. Entonces llovían los regalos y pescaba luises en el agua revuelta.

Una mañana, cuando Muffat aún no había salido del dormitorio, Zoé introdujo un señor muy tembloroso en el cuarto de aseo, donde Nana se cambiaba de ropa.

—¡Zizí! —exclamó Nana estupefacta.

En efecto, era Georges, quien al verla en camisa, con sus cabellos dorados cayendo sobre sus hombros desnudos, se arrojó a su cuello, abrazándola y besándola por todas partes, aunque ella se debatía, asustada y balbuciendo con voz ahogada:

—¡Acaba, déjame ya! Eso es estúpido... Y usted, Zoé, ¿está loca? Llévasele de aquí. Métalo abajo; ya veré si puedo ir luego.

Zoé tuvo que empujarle para llevárselo. Abajo, en el comedor, cuando Nana pudo reunirse con ellos, los reprendió a los dos. Zoé se mordió los labios y se retiró muy contrariada, diciendo que ella había creído darle una alegría a la señora.

Georges contemplaba a Nana con tanto entusiasmo por volver a verla, que sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas. Los malos días habían pasado, su madre le creía razonable y le permitía abandonar las Fondettes; así, nada más llegar a la estación había cogido un coche para abrazar cuanto antes a su queridita. Hablaba de vivir, en adelante, cerca de ella, como allá, cuando la esperaba descalzo en el dormitorio de la Mignotte. Y a la vez que refería todo esto, alargaba sus dedos, deseoso de tocarla después de aquel cruel año de separación; se apoderaba de sus manos, escudriñaba en las anchas mangas de su peinador y subía hasta los hombros.

—¿Continúas amando a tu bebé? —preguntó con su voz de niño.

—Claro que te amo —respondió Nana, desprendiéndose con un movimiento brusco—. Pero caes como una bomba... Ya sabes, pequeño mío, que no soy libre. Es necesario tener prudencia.

Georges, al apearse del coche con el mareo de un largo deseo al fin satisfecho, ni siquiera había visto el lugar donde entraba. Entonces tuvo conciencia de un cambio alrededor suyo. Observó el rico comedor, con su alto techo decorado, sus Gobelinos y su aparador deslumbrante de objetos de plata.

—Sí —dijo tristemente.

Y ella le hizo comprender que no debía ir nunca por las mañanas. Por la tarde, si quería, de cuatro a seis, era cuando recibía. Después, como la mirara con gesto suplicante y sin pedirle nada, le besó en la frente y se mostró muy buena.

—Sé prudente, y haré lo posible —murmuró Nana.

Pero en verdad era que aquello ya no le decía nada. Encontraba a Georges muy gentil y hubiera querido tenerlo como camarada, pero nada más.

Sin embargo, cuando el joven llegaba cada tarde a las cuatro, parecía tan desgraciado que aún cedía, y le escondía en los armarios para dejarle recoger continuamente las migajas de su belleza. Georges ya no abandonó el hotel, familiar como el perrito Bijou, el uno y el otro en la falda de la dueña, teniendo un poco de ella aunque Nana estuviese con otro, atrapando las gangas de azúcar y caricias en las horas de fastidio solitario.

Sin duda la señora Hugon supo la recaída del pequeño en brazos de aquella mala mujer, porque corrió a París y le pidió que la ayudase a su otro hijo, el teniente Philippe, entonces de guarnición en Vincennes. Georges, que se escondía de su hermano mayor, se sintió preso de gran desesperación, temiendo alguna violencia, y como no podía callarse nada en la expansión nerviosa de su ternura no hizo más que hablar a Nana de su hermano, un muchachote de lo más atrevido.

—Ya lo comprendes —explicaba—; mamá no vendrá a tu casa mientras pueda enviar a mi hermano... Estoy seguro de que enviará a Philippe a buscarme.

La primera vez Nana se sintió muy ofendida, y dijo secamente:

—Me gustaría verlo, qué caramba. Por muy teniente que sea, haré que Francois lo ponga en la puerta, y en el acto.

Después, como el pequeño insistía en el tema de su hermano, Nana acabó por ocuparse de Philippe. Al cabo de una semana lo conocía de pies a cabeza, muy alto, muy fuerte, alegre, un poco brutal, y además de esto, detalles íntimos: velludos los brazos y un lunar en el hombro. Así, un día en que estaba llena de la imagen de este hombre que debía echar a la calle, exclamó:

—Dime, Zizí. ¿No viene tu hermano? Será un mal amigo.

Al día siguiente, cuando Georges estaba solo con Nana, subió Francois para preguntar a la señora si recibirían al teniente Philippe Hugon. Georges se quedó pálido, y murmuró:

—Me lo suponía; mamá me habló de eso esta mañana.

Y suplicó a la joven que respondiera que no podía recibirle. Pero Nana ya se levantaba, enardecida y diciendo:

—¿Por qué no? Creería que le tengo miedo. Pues nos vamos a reír. Francois, tenga a ese señor un cuarto de hora en el salón. Luego me lo trae.

Ya no volvió a sentarse; paseaba febrilmente, yendo del espejo de la chimenea a

una luna veneciana colgada sobre un arcón italiano, y cada vez que se miraba, ensayaba una sonrisa, y Georges, alicaído en un sofá, temblaba ante la escena que se acercaba. Nana, sin dejar de pasear, dejaba escapar frases sueltas.

—Esto le calmará a ese buen mozo. Que espere un cuarto de hora... Y después, si cree que viene a casa de una mujerzuela... el salón lo deslumbrará.

Sí, sí, mira bien, pequeño. Esto no es de baratillo; te enseñaré a respetar a la burguesía. No hay nada como el respeto para los hombres... ¿Qué? ¿Ha pasado el cuarto de hora? No, apenas diez minutos. Aún tenemos tiempo.

No podía estarse quieta. Al cuarto de hora, despidió a Georges haciéndole jurar que no escucharía detrás de la puerta, porque sería un inconveniente si los criados le veían. Cuando pasaba al dormitorio, Zizí arriesgó con voz estrangulada:

—Ya sabes, es mi hermano...

—No tengas miedo —dijo ella con dignidad—. Si es correcto, yo seré correcta.

Francois introdujo a Philippe Hugon, que vestía de levita. Georges atravesó la alcoba de puntillas para obedecer a Nana, pero las voces le detuvieron, vacilante y con tanta angustia que las piernas le flaqueaban. Imaginaba catástrofes, bofetadas, algo abominable que le enemistase para siempre con Nana. Y no pudo vencer el deseo de retroceder y pegar el oído a la puerta.

Se oía muy mal. El espesor de las puertas amortiguaba los ruidos.

No obstante, cogía algunas frases pronunciadas por Philippe, expresiones duras en las que sonaban las palabras niño, familia y honor. Su corazón latía, aturdiéndole con un zumbido confuso en su ansiedad por saber lo que su amada respondía. Seguramente que soltaría un «puerco» o un «váyase a paseo: estoy en mi casa». Sin embargo, no se oía nada; Nana estaba como muerta allí dentro. Y en seguida hasta la voz de su hermano se dulcificó. No entendía nada, y sólo oía un extraño murmullo que le dejó estupefacto. Era Nana que sollozaba.

Durante unos segundos le acosaron sentimientos contradictorios, huir, caer sobre Philippe. Pero precisamente en aquel instante entró Zoé en la habitación y él se apartó de la puerta, avergonzado al verse sorprendido.

Zoé ordenó tranquilamente la ropa blanca en un armario, mientras él, mudo e inmóvil, apoyaba la frente en un cristal, devorado por la incertidumbre. Después de un breve silencio, ella preguntó:

—¿Es su hermano quien está con la señora?

—Sí —respondió el muchacho con voz estrangulada.

Siguió un nuevo silencio.

—Y eso le inquieta, ¿verdad, señor Georges?

—Sí —repitió él con la misma dificultad.

Zoé no se apresuraba. Doblaba los encajes y dijo lentamente:

—No tiene por qué... La señora arreglará esto.

Y eso fue todo; no hablaron más. Pero ella no abandonó la habitación.

Aún transcurrió un largo cuarto de hora; Zoé iba de un lado a otro sin ver la creciente exasperación del muchacho, que palidecía de contrariedad y de duda mientras miraba de reojo hacia el salón. ¿Qué podían hacer durante tanto tiempo? Tal vez Nana continuaba llorando. El otro, tan bestia, quizá la había abofeteado.

Cuando, por fin, Zoé se fue, Georges corrió a la puerta y pegó de nuevo el oído. Y se quedó asombrado, alelado, porque oía una rara jovialidad, unas voces tiernas que cuchicheaban, y risas sofocadas de mujer a quien hacen cosquillas. Luego Nana acompañó a Philippe hasta la escalera, con un cambio de palabras cordiales y familiares.

Cuando Georges se atrevió a entrar en el salón, Nana estaba frente al espejo, contemplándose.

—¿Y qué? —preguntó él, atontado.

—¿Y qué? —dijo ella sin volverse.

Después añadió con indolencia:

—¿Qué decías tú? Tu hermano es muy amable.

—Entonces, ¿está arreglada la cosa?

—Claro que está arreglada... ¿Qué pensabas tú? ¿Creías que íbamos a pegarnos?

Georges seguía sin comprender nada. Balbuceó:

—Me ha parecido oír... ¿Tú no has llorado?

—¿Llorar yo? —exclamó ella mirándole fijamente—. Tú sueñas. ¿Por qué quieres que haya llorado?

Entonces el muchacho se turbó cuando ella le hizo una escena por haberle desobedecido y espiar detrás de la puerta. Como ella le reñía, él insistió con una sumisión mimosa, deseando saber más:

—Entonces, ¿mi hermano...?

—Tu hermano ha visto en seguida dónde estaba... Ya comprenderás; yo podía ser una mujercuela, y entonces su intervención se explicaba a causa de tu edad y el honor de tu familia. Yo sé lo que son esos sentimientos... Pero una mirada le ha bastado, y se ha comportado como un hombre de mundo... Así que no te inquietes; todo ha concluido y tranquilizará a tu mamá.

Y prosiguió riendo:

—Además, verás a tu hermano por aquí... Lo he invitado, y vendrá.

—¿Vendrá? —dijo el pequeño palideciendo.

No añadió más y no se volvió a hablar de Philippe. Nana se vestía para salir y él la contemplaba con sus grandes ojos tristes.

Sin duda estaba muy contento porque las cosas estaban arregladas, pues hubiera preferido la muerte a una ruptura, pero sentía una sorda angustia, un profundo dolor, que desconocía y del que no deseaba hablar. Nunca supo de qué manera Philippe

tranquilizó a su madre. Tres días después, ella regresaba a las Fondettes muy satisfecha.

Aquella misma noche en casa de Nana se estremeció cuando Francois anunció al teniente, quien con acento jovial bromeó y le trató de tunante, a quien había protegido de una calaverada sin consecuencias. Pero él continuaba con el corazón oprimido, no atreviéndose a moverse y ruborizándose a la menor palabra, como si fuese una muchacha.

Georges había vivido poco en camaradería con su hermano, diez años mayor le consideraba igual que a un padre, al cual se ocultan las historias de mujeres. Por este motivo sentía una vergüenza llena de malestar al verle tan desenvuelto con Nana, riendo fuerte y demostrando el optimismo con que se consideraba a sí mismo. Sin embargo, como no tardó en presentarse todos los días, Georges acabó por acostumbrarse un poco. Nana estaba en la gloria. Aquello era una última instalación en pleno lodazal de la vida galante, una cadena colgada insolentemente en un hotel que reventaba de hombres y muebles.

Una tarde en que los hermanos Hugon estaban allí, el conde Muffat apareció fuera de las horas convenidas, pero como Zoé le dijo que la señora tenía visitas, se fue sin entrar, afectando una discreción de hombre galante.

Cuando volvió aquella noche, Nana lo acogió con la fría cólera de una mujer ultrajada.

—Señor —dijo ella—, no le he dado ningún motivo para que me insulte... ¿Entiende usted? Cuando estoy en mi casa, le ruego que entre como todo el mundo.

El conde se quedó boquiabierto.

—Pero, mi querida... trató de explicar.

—¿Acaso porque tenía visitas? Sí, había hombres. ¿Qué se figura que hago con esos hombres? Se compromete a una mujer adoptando esos aires de amante discreto, y yo no quiero que me comprometan.

Obtuvo difícilmente su perdón, pero en el fondo se sentía feliz. Con escenas como ésa, Nana le tenía sumiso y convencido. Desde hacía algún tiempo le había impuesto a Georges, un mocoso que la divertía, según aseguraba ella. Le hizo cenar con Philippe, y el conde se mostró muy amable; al levantarse de la mesa, se lo llevó aparte y le pidió noticias de su madre. Desde entonces los hermanos Hugon, Vandevres y Muffat fueron abiertamente de la casa, y se estrechaban la mano como amigos íntimos. Era lo más cómodo.

Muffat era el único que aún ponía cierta discreción al no acudir muy frecuentemente y guardar el tono ceremonioso de un extraño en visita. Por las noches, cuando Nana, sentada sobre las pieles de oso, en el suelo, se quitaba sus medias, el conde hablaba amistosamente de aquellos señores, sobre todo de Philippe, que era la lealtad personificada.

—Eso es cierto, son muy amables —decía Nana, siguiendo en el suelo mientras se cambiaba de camisa—. Sólo que, ¿sabes? ellos ven quién soy yo... Una palabra de más, y les abriría la puerta.

No obstante, en su lujo y en medio de aquella corte, Nana se aburría soberanamente. Tenía hombres para todos los minutos de la noche, y dinero hasta en los cajones de su tocador, entre los peines y los cepillos, pero esto no la contentaba, y sentía como un vacío en algún sitio, un agujero que la hacía bostezar. Su vida se arrastraba desocupada, volviendo siempre a las mismas horas monótonas. El mañana no existía para ella, que vivía como un pájaro, segura de comer y dispuesta a posarse sobre la primera rama que se le antojase.

La certeza de que la nutrirían, la dejaba tendida durante todo el día, sin un esfuerzo, adormilada en el fondo de aquella ociosidad y aquella sumisión de convento, como encerrada en su profesión de ramera. Al no salir más que en coche, perdía la costumbre de andar. Volvía a sus gustos de chiquilla, besaba a Bijou de la mañana a la noche, mataba el tiempo con placeres tontos, en su única espera del hombre, al que soportaba con una lasitud complaciente, y en medio de este abandono de sí misma, no se preocupaba más que de su belleza: la vida para ella era peinarse, lavarse, perfumarse de arriba abajo, con la voluptuosidad de poderse exhibir desnuda a cada momento y delante de cualquiera sin ruborizarse.

Nana se levantaba a las diez de la mañana. Bijou, su perrito escocés, la despertaba lamiéndole la cara, y entonces seguía un juego de cinco minutos, en que el perrito corría por entre sus brazos y sus muslos, ofendiendo al conde Muffat.

Bijou fue el primer personaje de quien el conde tuvo celos. No era conveniente que un animal metiese las narices de aquella manera por debajo de las sábanas.

Luego Nana pasaba a su tocador, donde tomaba un baño. Hacia las once, Francis acudía a arreglarle los cabellos, en espera del complicado peinado de la tarde.

Para almorzar, como detestaba comer sola, casi siempre tenía a la señora Maloir, que llegaba por la mañana, desconocida con sus extravagantes sombreros, y se volvía por la tarde a aquel misterio de su vida, de la que nadie, por otra parte, se preocupaba. Pero el momento más duro eran las dos o tres horas que mediaban entre el almuerzo y su arreglo.

Por lo general proponía jugar una béciga a su vieja amiga; a veces leía *Le Fígaro*, en el que los ecos teatrales y las noticias de sociedad le interesaban mucho; incluso llegaba a abrir algún libro, porque se consideraba aficionada a la literatura. Arreglarse la tenía ocupada hasta cerca de las cinco.

Sólo entonces se despertaba de su larga somnolencia, saliendo en coche o recibiendo en su casa a una pandilla de hombres; cenaba frecuentemente en la ciudad, se acostaba muy tarde y se levantaba al día siguiente con la misma fatiga, para empezar el nuevo día, igual al anterior, igual a todos los demás.

Su gran distracción consistía en ir a Batignolles para ver a su Louiset en casa de su tía. Durante quince días ni siquiera pensaba en él; luego, presa de un frenesí, corría a pie, rebotándole una modestia y una ternura de buena madre que llevaba regalos de hospital: tabaco para la tía, naranjas y bizcochos para el niño, o llegaba en su landó, al regreso del Bosque, con vestidos cuyo lujo amotinaba la solitaria calle.

Desde que su sobrina vivía en la grandeza, la señora Lerat reventaba de vanidad. Raras veces se presentaba en la avenida de Villiers, pretextando que allí no se encontraba su sitio, pero triunfaba en su calle, dichosa cuando la joven aparecía con sus vestidos de cuatro y cinco mil francos, empleando el día siguiente en enseñar sus regalos y dar cifras que dejaban estupefactas a sus vecinas.

Frecuentemente Nana reservaba sus domingos para la familia, y en esos días, cuando Muffat la invitaba, se negaba con la sonrisa de una burguesita; no era posible, comía en casa de su tía y tenía que ver a su pequeño. A todo esto el pobre Louiset seguía siempre enfermizo. Iba a cumplir tres años, pronto sería un hombrecito, pero había tenido un eczema en la nuca y ahora se le formaban depósitos en las orejas, lo que hacía temer una caries de los huesos del cráneo. Cuando Nana lo veía tan pálido, la sangre viciada, con su carne blanducha manchada de amarillo, se entristecía, y sobre todo se quedaba muy sorprendida. ¿Qué podía tener aquel primor para estropearse de aquella manera? Ella, su madre, gozaba de tan buena salud...

Los días en que no se ocupaba del niño, Nana volvía a caer en la monotonía ruidosa de su existencia: paseos por el Bosque, estrenos teatrales, comidas y cenas en la Maison-d'Or o en el café Anglais; luego todos los lugares públicos, todos los espectáculos donde se hacinaba la multitud: Mabile, las revistas, las carreras... Sin embargo, no lograba evadirse de aquel círculo de ociosidad estúpida que le producía como calambres en el estómago.

A pesar de los continuos caprichos que se le ocurrían, al quedar sola estiraba los brazos en un gesto de inmensa fatiga. La soledad la desconsolaba inmediatamente, porque se encontraba con el vacío y con el aburrimiento de sí misma.

Muy jovial por oficio y por naturaleza, se volvía entonces lúgubre, resumiendo su vida en este grito, que reaparecía sin cesar entre dos bostezos: ¡Oh, cómo me aburren los hombres!

Una tarde, al regresar de un concierto, Nana vio en una de las aceras de Montmartre a una mujer que callejeaba, con los botines gastados, las faldas sucias y un sombrero destrozado por las lluvias. En el acto la reconoció.

—Pare, Charles —ordenó al cochero.

Y se puso a llamar:

—¡Satin, Satin!

Los paseantes volvieron la cabeza, y se quedaron mirando. Satin se había acercado, rozando las ruedas del carruaje, ensuciándose más.

—Sube, querida —dijo Nana tranquila, burlándose de la gente.

La recogió y se la llevó, aún asquerosa, en su landó azul claro, al lado de su vestido de seda gris perla, con encajes, mientras toda la calle sonreía ante la rígida dignidad del cochero.

Desde entonces Nana tuvo una pasión en que ocuparse. Satin fue su vicio.

Instalada en el hotel de la avenida de Villiers, limpia y bien vestida, estuvo refiriendo durante tres días lo que era Saint-Lazare, y los fastidios sufridos con las hermanas, y aquellos cochinos policías que la inscribieron en el registro. Nana se indignaba, la consolaba y juraba sacarla de allá, aun cuando tuviese que verse con el ministro. Entretanto, no tenía por qué apurarse, nadie iría a buscarla a su casa.

Y empezaron las tardes de ternura entre las dos mujeres, con palabras cariñosas y besos cortados por las risas. Era el juegucito que interrumpió la llegada de los policías en la calle de Laval, y ahora volvía a empezarse en un tono festivo. Luego, una hermosa tarde, el mundo se puso serio. Nana, tan asqueada en Casa Laure, lo comprendía ahora. Quedó trastornada, rabiosa; sobre todo cuando, precisamente la mañana del cuarto día, Satin desapareció. Nadie la había visto salir. Se largó con su ropa nueva, impulsada por una necesidad de aire y sintiendo la nostalgia de sus trotes.

Aquel día hubo una tempestad tan ruda en el hotel que todos los criados bajaban la cabeza, sin decir una palabra. Nana estuvo a punto de abofetear a Francois, que no la había detenido en la puerta. No obstante, procuraba contenerse y trataba a Satin de indigna y desagradecida; aquello la enseñaría a no recoger basuras del arroyo.

Por la tarde, cuando la señora se encerró, Zoé la oyó sollozar. Al anoecer, bruscamente pidió su coche y se hizo conducir a Casa Laure. Se le había ocurrido que encontraría a Satin en una mesa del fonducho de la calle Martyrs. Y no era por volver a verla, sino para señalarle la mano en la cara. Y en efecto, Satin cenaba con la señora Robert. Al ver a Nana se echó a reír, y Nana, herida en el corazón, no armó jaleo, sino que, por el contrario, se mostró muy dulce y muy tierna. Pagó champaña, emborrachó a los comensales de cinco o seis mesas y se llevó a Satin cuando la señora Robert estaba en los lavabos. Sólo cuando estuvieron en el coche la mordió y la amenazó con matarla si repetía la jugada.

Desde entonces la misma jugada se repitió continuamente. Más de veinte veces, trágica en sus furores de mujer engañada, Nana corrió en busca de aquella bribona, que se escapaba por capricho, aburrida de vivir bien en el hotel.

Hablaba de abofetear a la señora Robert, y un día hasta soñó con un duelo, porque una de las dos sobraba. Ahora, cuando cenaba en Casa Laure, se ponía sus diamantes, y a veces llevaba a Louise Violaine, a María Blond y a Tatan Néné, todas resplandecientes, y en la podredumbre de los tres comedores, bajo el gas amarillento, aquellas mujeres encanallaban su lujo, felices por asombrar a las mujerzuelas del barrio, que se llevaban al levantarse de la mesa.

En esos días, Laure, encorsetada y reluciente, besaba a sus clientes con aire de la más amplia maternidad.

Satin, sin embargo, conservaba su tranquilidad en medio de tantas historias, con sus ojos azules y su puro rostro de virgen; mordida, golpeada y arrastrada entre las dos mujeres, se limitaba a decir que aquello era necio, y que sería mejor que se entendiesen entre ellas. No conducía a nada que la abofetearan; ella no podía dividirse en dos, a pesar de su buena voluntad por ser gentil con todo el mundo.

Por fin, fue Nana quien se la llevó a fuerza de colmar a Satin de ternuras y regalos, y, para vengarse, la señora Robert escribió abominables anónimos a los amantes de su rival.

Desde hacía algún tiempo el conde Muffat parecía preocupado. Una mañana, sumamente conmovido, puso ante los ojos de Nana un anónimo en el que, desde las primeras líneas, se la acusaba de engañar al conde con Vandevres y con los hermanos Hugon.

—¡Esto es falso, falso! —rugió ella enérgicamente y con un acento de extraordinaria franqueza.

—¿Lo juras? —preguntó Muffat, ya aliviado.

—¡Por lo que tú quieras...! Por la salud de mi hijo.

Pero la carta era larga. A continuación seguía la descripción de sus relaciones con Satin, en términos de una crudeza canalla.

Cuando concluyó la lectura, Nana sonrió.

—Ahora ya sé de dónde viene —dijo simplemente.

Y como Muffat quería un mentís, ella repuso con tranquilidad.

—Eso, lobo mío, es una cosa que no te debe preocupar... ¿Qué perjuicio puede causarte?

Ella no negó nada, y él tuvo palabras de rebelión. Entonces Nana se encogió de hombros. ¿De dónde salía? Aquello se hacía en todas partes, y citó a sus amigas, jurando que hasta las damas más decentes lo eran. Oyéndola, se habría dicho que no había nada más común ni natural en el mundo.

Lo que no era verdad, lo desmentía; así pues, como él acababa de ver, se indignó en lo referente a Vandevres y a los hermanos Hugon. ¡Ah! entonces, sí, hubiese tenido motivos para estrangularla. ¿Pero por qué mentir en una cosa sin consecuencias? Y repetía su frase:

—A ver, ¿en qué te perjudica esto?

Luego, como continuase la escena, la cortó de repente con voz brusca:

—Además, querido, si esto no te conviene, es muy sencillo... Las puertas están abiertas... ¿Entiendes? Hay que tomarme tal como soy.

Y el conde bajó la cabeza. En el fondo se sentía dichoso con sus juramentos. Y ella, viendo su poderío, empezó a no hacerle más caso. Desde entonces Satin quedó

instalada en la casa abiertamente, con el mismo miramiento que los señores. Vandeuvres no había necesitado anónimos para comprender, bromeaba y buscaba escenas de celos con Satin, mientras Philippe y Georges la trataban como camaradas, con apretones de mano y chistes muy escabrosos.

Nana tuvo un aventura cierta noche que, abandonada por aquella perra, se fue a cenar a la calle Martyrs sin lograr ponerle la mano encima. Mientras comía sola, apareció Dagueuet; aunque ya se había situado, a veces acudía aguijoneado por una necesidad de vicio, esperando no ser reconocido en aquellos oscuros rincones de las basuras de París. Pero la presencia de Nana pareció contrariarle al principio, y como no era de los hombres que se baten en retirada, avanzó hacia ella con una sonrisa.

Preguntó si la señora le permitía cenar en su mesa. Nana, al verle bromear, adoptó un gesto de frialdad y respondió secamente:

—Síntese donde le plazca, señor. Estamos en un local público.

Empezada en este tono, la conversación resultó divertida, pero, a los postres, Nana, fastidiada y deseosa de triunfar, puso los codos sobre la mesa, y luego volvió a tutearle:

—¿Sigues adelante tu matrimonio, querido?

—No mucho —confesó Dagueuet.

En efecto, cuando iba a hacer su petición en casa de los Muffat, notó tal frialdad por parte del conde que juzgó más prudente abstenerse. Aquello le parecía un negocio fracasado.

Nana le miraba fijamente con sus ojos claros, la barbilla sobre la mano y un pliegue irónico en los labios.

—Así que soy una desvergonzada —repuso ella con lentitud—. Habrá que arrancar al futuro suegro de mis garras... Pues por muy inteligente que te creas, eres un solemne idiota. Le vas con chismorreos a un hombre que me adora y que me lo cuenta. Mira, tú te casarás si yo quiero.

Desde hacía un instante él lo veía todo claramente, y planeó una especie de sumisión. No obstante, continuaba bromeando, sin querer que el asunto tomase un cariz serio, y después de ponerse los guantes le pidió, con los debidos modales, la mano de la señorita Estelle de Beauville.

Nana acabó por reírse como si le hicieran cosquillas. ¡Oh, este Mimí! No había manera de guardarle rencor.

Los grandes éxitos de Dagueuet con las damas se debían a la dulzura de su voz, una voz de una pureza y una flexibilidad musicales, que le valieron el apodo de Boca de Terciopelo entre las mujeres. Todas cedían ante la caricia sonora en que las envolvía. Él sabía esa fuerza y adormeció a Nana con un arrullo sin fin de palabras, contándole historias imbéciles.

Cuando dejaron la mesa, ella estaba muy sonrosada, vibrante en su brazo y

reconquistada.

Como hacía muy buen tiempo, despidió el coche, acompañó a Daguinet hasta su casa y, naturalmente, subió. Dos horas más tarde, Nana le dijo mientras se vestía:

—Entonces, Mimí, ¿deseas ese matrimonio?

—¡Por Dios! Es lo mejor que podría hacer. Ya sabes que no tengo un céntimo.

Nana le pidió que le abotonara los botines. Y tras un breve silencio, dijo:

—Yo también lo quiero, y te apoyaré... Esa pequeña está seca como una percha... Pero ya que eso te interesa... Soy muy complaciente y voy a defenderte.

Luego, echándose a reír, con el pecho todavía desnudo, agregó:

—Sólo una cosa, ¿qué me das?

Él la abrazaba y le besaba los hombros en un arranque de agradecimiento. Ella, muy alegre, se estremecía, se debatía y se echaba hacia atrás.

—Ya lo sé —exclamó excitada por ese juego—. Oye la comisión que quiero. El día de tu matrimonio, me traerás el estreno de tu inocencia... Antes que a tu mujer, ¿entiendes?

—Eso es, eso es —dijo él, riendo más que ella.

El convenio les divertía. Encontraron el lance muy gracioso. Precisamente al otro día había una cena en casa de Nana; se trataba de la comida acostumbrada de los jueves, con Muffat, Vandevres, los hermanos Hugon y Satin.

El conde llegó temprano. Necesitaba ochenta mil francos para desembarazar a la joven de tres o cuatro acreedores y ofrecerle un aderezo de zafiros, por el que se moría de deseo. Como ya venía podando demasiado su fortuna, buscaba un prestamista, pues aún no se atrevía a vender ninguna de sus propiedades. Siguiendo los consejos de la misma Nana, se dirigió a Labordette, pero éste, habiendo encontrado demasiado crecida la cantidad, había querido hablar de ella al peluquero Francis, quien deseaba complacer a sus clientes.

El conde se ponía en manos de estos señores con el deseo formal de no figurar en nada; los dos se comprometían a guardar en caja el pagaré de cien mil francos que les firmaría, y se excusaban por aquellos veinte mil francos de interés, protestando contra los desvergonzados usureros, a quienes tenían que acudir, según decían.

Cuando se hizo anunciar Muffat, Francis acababa de peinar a Nana, y Labordette, con su familiaridad de amigo sin consecuencias, también estaba en el tocador. Al ver al conde, puso discretamente un paquete de billetes de Banco entre los polvos y las pomadas, y el pagaré fue firmado sobre el mármol del tocador.

Nana quería que Labordette se quedara a comer, pero él rehusó, alegando que debía pasear a un rico extranjero por París. Sin embargo, habiéndole llamado Muffat aparte para que acudiese rápidamente a casa de Becker, el joyero, y le trajese el aderezo de zafiros, con el que pensaba dar aquella misma tarde una sorpresa a Nana, Labordette se encargó gustosamente de la comisión. Media hora más tarde, Julien

entregaba misteriosamente el estuche al conde.

Durante la comida, Nana estuvo muy nerviosa. La vista de los ochenta mil francos la había agitado. ¡Pensar que todo aquel dinero iba a parar a manos de los proveedores! Esto la disgustaba. Desde la sopa, en aquel soberbio comedor iluminado por el reflejo de la vajilla de plata y la cristalería, se puso sentimental y alabó las venturas de la pobreza.

Los hombres vestían frac, ella misma llevaba un vestido de raso blanco bordado, mientras que Satin, más modesta, vestía de seda negra, luciendo en el pecho un sencillo corazón de oro que le regaló su buena amiga. Detrás de los comensales, Julien y Francois servían ayudados de Zoé, los tres con suma dignidad.

—Seguro que me divertía más cuando no tenía un céntimo —repetía Nana.

Había colocado a Muffat a su derecha y a Vandevres a su izquierda, pero ni siquiera les miraba, ocupada exclusivamente de Satin, que estaba frente a ella, entre Philippe y Georges.

—¿No es verdad, gatita mía? —decía a cada momento—. Bien nos divertíamos aquella época, cuando íbamos a la pensión de la tía Josse, en la calle Polonceau.

Servían el asado. Las dos mujeres se abismaron en sus recuerdos, sin dar un momento de reposo a la lengua; sentían la necesidad de remover aquel lodo de su juventud, y esto siempre sucedía cuando había hombres, como si quisieran darles todas las señales del estercolero donde habían crecido. Ellos palidecían, mirándose unos a otros molestos. Los hermanos Hugon trataban de reír, mientras que Vandevres se mesaba nerviosamente la barba y Muffat redoblaba su gravedad.

—¿Te acuerdas de Víctor? —dijo Nana—. Ése sí que era un chico vicioso, llevándose a las niñas a las bodegas.

—Ya lo creo —respondió Satin—. Me acuerdo muy bien del patio de su casa. Había una portera con una escoba...

—La tía Boche; murió.

—Aún me parece ver vuestra tienda... Tu madre era muy gorda. Un día que jugábamos, tu padre llegó borracho, pero muy borracho.

Vandevres intentó dar otro giro a la conversación, para que no siguieran con sus recuerdos las dos amigas.

—¿Sabes, querida que me comería otra ración de trufas...? Están exquisitas. Ayer las comí en casa del duque de Corbreuse, y no eran tan buenas.

—Julien, más trufas —dijo rudamente Nana.

Después, volviendo a su tema, repuso:

—Papá casi nunca estaba razonable... ¡Qué escenas! Si hubieses visto aquello... Una verdadera tragedia. Las pasé de todos los colores, y es un milagro si no dejé allí la piel, como papá y mamá.

Esta vez, Muffat, que estaba jugando con un cuchillo, se permitió intervenir:

—No es muy alegre lo que cuentan.

—¿Cómo? ¿No es alegre? —repitió Nana, fulminándole con la mirada—. Claro que no tiene nada de divertido... Teníamos que llevar pan, querido... Ya saben que soy una buena chica y que digo las cosas como son. Mamá era planchadora y papá se emborrachaba, de lo que murió. Eso es. Si esto no les conviene, si se avergüenzan de mi familia...

Todos protestaron. ¡Vaya ocurrencia! Se respetaba a su familia. Pero ella insistía:

—Si se avergüenzan de mi familia, déjenme, porque no soy de esas mujeres que renieguen de su padre y de su madre... Hay que tomarme con ellos, ¿entienden?

La tomaban, aceptaban al papá, a la mamá, al pasado y lo que ella quisiera.

Los cuatro hombres, con los ojos puestos en la mesa, se hacían los sumisos mientras ella los sometía a sus antiguas y embarradas chancletas de la calle de la Groutte-d'Or, en el arrebató de su omnipotencia. Y siguió en sus trece; ya podían regalarle fortunas, y levantarle palacios, que siempre echaría de menos aquel tiempo en que se comía hasta la piel de los plátanos. El dinero era una burla; todo para los vendedores. Su acceso concluyó con un deseo sentimental de una existencia sencilla, con el corazón en la mano y en medio de una bondad universal. Pero en aquel momento vio a Julien, que esperaba impasible.

—Venga ya; sirva el champaña. ¿Qué piensa para mirarme como un ganso?

Durante la escena, los criados no se habían permitido ni una sonrisa. Parecían no oír nada, más graves a medida que la señora se abandonaba más.

Julien, sin rechistar, sirvió el champaña. Para arreglarlo, Francois, que traía la fruta, inclinó demasiado el frutero, y las manzanas, las peras y las uvas rodaron por la mesa.

—¡Qué torpe! —le gritó Nana.

El mayordomo cometió el error de explicar que la fruta no se había puesto como se debía, que Zoé había puesto naranjas debajo.

—Pues Zoé es una pava.

—Pero, señora... —murmuró la doncella, ofendida.

Nana se levantó y con un ademán de regia autoridad exclamó:

—Basta. ¡Salgan todos! No hacen falta aquí.

Su decisión la calmó. En seguida se mostró más dulce, más amable. Los postres fueron encantadores, y todos se divertían sirviéndose ellos mismos.

Pero Satin, que se había mondado una pera, fue a comérsela detrás de su querida, apoyándose en sus hombros y diciéndole cosas al oído que la hacían reír ruidosamente; luego quiso que se comiera el último pedazo de pera y se lo puso en la boca, mordisqueándose los labios y acabando el cacho de pera en un beso.

Entonces hubo una protesta cómica entre los señores; Philippe les gritó que no tuvieran reparos; Vandevres preguntó si era necesario salir, Georges cogió a Satin

por el talle y la devolvió a su sitio.

—Qué necios son —dijo Nana—. Hacen ruborizar a esa pobre muchacha... Vaya, pequeña; déjales que se burlen. Éstos son asuntos nuestros.

Y volviéndose hacia Muffat, que la miraba desconcertado, le preguntó:

—¿No es así, amigo mío?

—Sí, claro que sí —murmuró él aprobando con la cabeza.

Ya no hubo más protestas. En medio de aquellos señores, de aquellos apellidos ilustres, de aquellas viejas dignidades, las dos mujeres, frente a frente, cambiaban una mirada tierna, imponiéndose y reinando, con el tranquilo abuso de su sexo y de su desprecio del hombre. Y ellos aplaudieron.

Subieron a tomar el café en el saloncito. Dos lámparas iluminaban con una claridad suave las colgaduras rosas y las chucherías en tono lacado y de oro viejo. A aquella hora de la noche, en medio de los cofrecitos, de los bronceos y las porcelanas, un discreto juego de luces alumbraba una incrustación de plata o de marfil, destacando el brillo de una varilla esculpida o un panel con un reflejo sedoso. El fuego de la tarde moría en las brasas, y hacía mucho calor, un calor lánguido bajo las cortinas y las colgaduras.

En esta habitación llena de la vida íntima de Nana, en donde aparecían sus guantes, un pañuelo caído, un libro abierto..., se la encontraba medio desnuda, con su aroma a violeta, su desorden de buena muchacha y con un efecto encantador entre sus riquezas, mientras que los sillones amplios como camas y los sofás invitaban a somnolencias olvidadizas de la hora, a caricias risueñas, cuchicheadas en la oscuridad de los rincones.

Satin fue a echarse junto a la chimenea, en un sofá. Había encendido un cigarrillo, y Vandevres se divertía haciéndole una atroz escena de celos y amenazándola con enviar testigos si persistía en desviar a Nana de sus deberes.

Philippe y Georges se pusieron de su parte, y la molestaban y la pellizcaban tan fuerte que al fin ella gritó:

—Querida, querida, haz que se estén quietos. Aún los tengo encima.

—Vamos, déjenla —dijo Nana seriamente—. No quiero que la atormenten, ya lo saben. Y tú, gatito mío, ¿por qué te metes siempre con ellos, si sabes que son tan poco juiciosos?

Satin, roja como la grana y sacando la lengua, se dirigió al tocador, cuya puerta abierta dejaba ver la palidez de los mármoles, iluminados por una claridad lechosa de un globo deslustrado en el que ardía un mechero de gas.

Entonces Nana conversó con los cuatro hombres, como agradable dueña de la casa. Había leído aquella mañana una novela que hizo mucho ruido. Era la historia de una prostituta, y se revolvía diciendo que todo aquello era falso, indignada contra aquella inmunda literatura que pretendía describir la naturaleza, ¡como si se pudiese

mostrar todo! Como si una novela no fuese escrita para pasar un rato agradable.

En cuestión de libros y de dramas, Nana tenía una opinión muy concreta: quería obras tiernas y nobles, cosas para hacer soñar y que elevasen el alma.

Luego la conversación recayó sobre los disturbios que agitaban París, los artículos incendiarios y los brotes de motines como consecuencia de los llamamientos a filas, lanzados cada noche en las reuniones públicas, y se enfureció contra los republicanos. ¿Qué querían, pues, esas sucias gentes que no se lavaban nunca? ¿Es que no eran felices? ¿Acaso el Emperador no lo había hecho todo por el pueblo? ¡Bonita basura el pueblo! Ella lo conocía y podía hablar, y olvidando el respeto que acababa de exigir a sus amigos para su mundillo de la calle de la Groutte-d'Or, empezó a despotricar contra los suyos, con ascos y miedos de mujer encumbrada.

Precisamente aquel día había leído en *Le Fígaro* la reseña de una sesión pública, muy graciosa, y aún se reía al recordar el argot con que se expresó un redomado borracho, al que hubo que expulsar.

—¡Uf, esos borrachos! —dijo con repugnancia—. Convéznanse que sería una gran desgracia para todo el mundo esa república. Que Dios nos conserve al Emperador durante el mayor tiempo posible.

—Dios la oirá, querida —respondió gravemente Muffat—. El Emperador está seguro.

Le complacía mucho verla con tan buenos sentimientos. Los dos se entendían en política. Vandevres y el capitán Hugon tampoco agotaban sus bromas contra los «granujas», unos charlatanes que salían corriendo en cuanto veían una bayoneta.

Durante la velada, Georges estuvo callado y con gesto sombrío.

—¿Qué le pasa al bebé? —preguntó Nana, al darse cuenta de su actitud.

—No me pasa nada; escucho.

Pero sufría. Al levantarse de la mesa había visto bromear a Philippe con Nana, y ahora era Philippe, y no él, quien estaba al lado de ella. Sentía que el pecho le estallaba, sin que supiese por qué. No podía soportar que estuviesen juntos, y le asaltaban unas intenciones tan viles que se avergonzaba en medio de su angustia. Él, que se reía de Satin, que había aceptado a Steiner y luego a Muffat, y después a tantos otros, se indignaba y enrojecía de ira ante el solo pensamiento de que Philippe pudiese tocar un día a aquella mujer.

—Toma, coge a Bijou —dijo ella para consolarle, pasándole el perrito que dormía en su falda.

Y Georges se alegró en seguida al tener algo de ella, aquel animalito en sus rodillas.

La conversación había recaído sobre una considerable pérdida sufrida por Vandevres, la víspera, en el Círculo Imperial. Muffat, que no era jugador, se asombraba. Pero Vandevres sonreía y habló de su próxima ruina, de la que todo

París ya hablaba. Poco importaba la clase de muerte; lo esencial era saber morir.

Desde hacía algún tiempo Nana le veía nervioso, con un pliegue extraño en la boca y vacilantes fulgores en el fondo de sus ojos claros. Conservaba su altivez aristocrática, la fina elegancia de su raza empobrecida, pero la cosa todavía no pasaba de un breve y momentáneo vértigo royendo aquel cráneo, agotado por el juego y las mujeres.

Cierta noche, acostado con ella, la aterró contándole una historia atroz: soñaba con encerrarse en su cuadra y hacerse quemar con sus caballos, cuando se lo hubiese comido todo. Su única esperanza en aquellos momentos era un caballo, «Lusignan», que preparaba para el Gran Premio de París. Vivía a costa de este caballo, que sostenía su desmoronado crédito. A cada exigencia de Nana, la remitía al mes de junio, si «Lusignan» ganaba.

—Bah... —dijo ella bromeando—. Puede permitirse perder, porque los va a barrer a todos en las carreras.

Él contestó con una leve y misteriosa sonrisa. Luego añadió:

—A propósito, me he permitido poner su nombre a mi potranca... «Nana», suena bien. ¿No le molesta?

—¿Molestarme? ¿Por qué? —dijo ella, encantada en el fondo.

La conversación continuaba, y se habló de una próxima ejecución capital, a la que Nana deseaba asistir. De pronto apareció Satin en la puerta del gabinete, llamándola en un tono de súplica. Nana se levantó inmediatamente, dejó a aquellos señores cómodamente sentados, acabando sus cigarros y discutiendo una cuestión grave: la responsabilidad de un homicida atacado de alcoholismo crónico.

Zoé, en el tocador, estaba derrumbada en una silla y lloraba a lágrima viva, mientras Satin trataba inútilmente de consolarla.

—¿Qué pasa? —preguntó Nana sorprendida.

—Háblale, querida —dijo Satin—. Hace veinte minutos que me empeño en hacerla entrar en razón. Lloro porque la has llamado pava.

—Sí, señora. Eso es muy duro... muy duro —tartamudeó Zoé estrangulada por una nueva crisis de sollozos.

El espectáculo emocionó a Nana. Le dedicó afectuosas palabras, pero como Zoé no se calmaba, se acurrucó ante ella, la tomó de la cintura y con efusiva familiaridad le dijo:

—Vamos, tonta; he dicho pava como he podido decir otra cosa, qué sé yo. Estaba furiosa... Ya sé que he hecho mal. Vamos, cálmate.

—Yo, que quiero tanto a la señora... —balbuceó Zoé—. Después de todo lo que he hecho por la señora...

Entonces Nana abrazó a la doncella. Luego, queriendo demostrar que no estaba enfadada, le regaló una bata que sólo se había puesto tres veces. Sus disputas siempre

acababan con regalos. Zoé se tapaba los ojos con el pañuelo. Ya se llevaba la bata, cuando añadió que en la cocina estaban muy tristes, que Julien y Francois no habían comido nada, que la cólera de la señora les había quitado el apetito. Entonces Nana les mandó un luis como prueba de reconciliación. La tristeza en torno suyo la hacía sufrir demasiado.

Nana volvía al salón, dichosa por haber arreglado aquella riña que la inquietaba para el día siguiente, cuando Satin le habló con viveza al oído. Se quejaba y amenazaba con marcharse si aquellos hombres continuaban burlándose de ella, y exigía que su querida los pusiese en la puerta aquella misma noche. Esto les enseñaría. Además, sería tan agradable quedarse solas las dos. Nana reflexionó y le dijo que aquello no era posible. Entonces Satin la amenazó como una niña colérica e impuso su autoridad.

—¡Lo quiero!, ¿entiendes? Despídelos o soy yo quien se irá.

Y volvió al salón, yendo a echarse en un diván apartado, junto a la ventana, silenciosa y como muerta, fijos sus grandes ojos en Nana y esperando.

Aquellos señores se habían puesto de acuerdo contra las nuevas teorías criminales; con aquella hermosa invención de la irresponsabilidad en ciertos casos patológicos, ya no había criminales, sino enfermos. Nana, que asentía con movimientos de cabeza, esperaba despedir de esta manera al conde. Los demás ya iban a salir, pero seguramente que él se obstinaría. En efecto, cuando Philippe se levantó para marcharse, Georges le siguió inmediatamente, pues su única inquietud era dejar a su hermano detrás de él. Vandevres aún permaneció algunos minutos; tanteaba el terreno y esperaba saber si por casualidad algún asunto obligaría a Muffat a cederle el sitio; luego, cuando le vio instalarse cómodamente para toda la noche, no insistió y se despidió como hombre de tacto, pero cuando se dirigía a la puerta descubrió a Satin con su mirada fija, y, comprendiendo sin duda la situación, se rió, se acercó a ella y le dio un apretón de manos.

—Supongo que no estaremos enfadados —murmuró—. Perdóname. Eres la más elegante, palabra de honor.

Satin desdeñó responderle. No apartaba los ojos de Nana y del conde, que se habían quedado solos. No recatándose ya, Muffat se había sentado cerca de Nana, le cogía los dedos y se los besaba. Entonces ella, buscando una transición, preguntó si su hija Estelle se encontraba mejor. El día anterior él se había quejado de la tristeza de aquella muchacha; no podía vivir un día feliz en su casa, con su mujer siempre fuera y su hija encerrada en un silencio glacial.

Nana, respecto a estos asuntos de familia, siempre daba muy buenos consejos. Y como Muffat se abandonaba, la carne y el espíritu sosegados, reanudó sus lamentaciones.

—¿Y si la casases? —dijo Nana, acordándose de la promesa que había hecho.

Inmediatamente se atrevió a hablar de Daguenet. El conde, al oír este nombre, se indignó. Jamás, después de lo que le había contado.

Ella fingió asombro, luego se echó a reír, y cogiéndole por el cuello exclamó:

—¡Oh, el celoso! ¿Es posible? Sé un poco razonable. Te había hablado muy mal de mí y yo estaba furiosa... Pero ahora me duele mucho.

Por encima del hombro de Muffat se encontraba con la mirada de Satin. Inquieta entonces, le soltó y continuó gravemente:

—Amigo mío, es necesario ese matrimonio; no quiero impedir la felicidad de tu hija. Ese joven está muy bien y no encontrarás otro mejor.

Y se extendió en un elogio extraordinario de Daguenet. El conde había vuelto a cogerle las manos; no decía que no, ya vería, lo hablarían... Luego, como hablase de acostarse, ella bajó la voz y dio sus razones. Imposible, estaba indispuesta; si la amaba un poco, no insistiría.

No obstante, Muffat se obstinaba, negándose a irse, y ella cedía, pero otra vez se encontró con la mirada de Satin. Entonces fue inflexible. No, no podía ser. El conde, muy conmovido y con aire molesto, se levantó para buscar su sombrero. Una vez en la puerta, se acordó del aderezo de zafiros, cuyo estuche notó en el bolsillo; quería esconderlo en el fondo de la cama para que ella lo encontrase entre sus piernas, al acostarse antes que él; una sorpresa de chico grandullón que meditaba desde la comida. Y en su angustia, en su turbación al verse despedido de aquella manera, le entregó bruscamente el estuche.

—¿Qué es esto? —preguntó ella—. ¡Anda, son zafiros! Ah, sí, el aderezo. ¡Qué amable eres! Dime, querido, ¿crees que es el mismo? En el escaparate hacía más efecto.

Ése fue todo su agradecimiento, y le dejó irse. Él acababa de ver a Satin, sentada en su silenciosa espera. Entonces contempló a las dos mujeres, y ya no insistió; se sometió y salió. Y aún no había cerrado la puerta del vestíbulo cuando Satin, cogiendo a Nana por la cintura, empezó a cantar y bailar.

Luego, corriendo a la ventana, exclamó:

—A ver qué cara pone en la calle.

A la sombra de las cortinas, las dos mujeres se apoyaron en la barandilla de hierro forjado. Daba la una. La avenida de Villiers, desierta, se alargaba entre la doble fila de mecheros de gas, hasta el fondo de aquella noche húmeda de marzo, que barrían fuertes ráfagas de viento y de lluvia.

En los solares se sucedían los charcos, brillando el agua entre la neblina, y las viviendas en construcción erguían sus andamiajes bajo el cielo negro. Nana y Satin rieron como locas al ver la espalda redonda de Muffat, que seguía a lo largo de la acera mojada, con el reflejo desconsolado de su sombra, a través de aquella planicie glacial y vacía del nuevo París.

Pero Nana le impuso silencio a Satin.

—Cuidado, los vigilantes.

Entonces ahogaron sus risas, mirando con un miedo sordo al otro lado de la avenida a dos figuras negras que caminaban con paso cadencioso. Nana, en medio de su lujo, en medio de su reinado de mujer obedecida, aún conservaba su terror por la policía; no quería oír hablar de ella, ni de la muerte.

Sentía un agudo malestar cuando un agente levantaba la vista hacia sus ventanas. Nunca se podía estar tranquila con esas gentes. Podrían tomarlas por dos prostitutas si las oían reír a aquellas horas de la noche.

Satin se había apretado a Nana, en un ligero estremecimiento. No obstante, siguieron interesadas en la aproximación de una linterna que danzaba por en medio de los charcos de la calzada. Era una vieja trapera que huroneaba en el arroyo. Satin la reconoció.

—Toma —exclamó—, la reina Pomaré con su capacho de mimbre.

Y mientras el viento y la lluvia les azotaba la cara, relató a su querida la historia de la reina Pomaré. Una mujer soberbia en otros tiempos, que encandilaba a todo París con su belleza; a los hombres los trataba como bestias domesticables y grandes personajes lloraban en su escalera. Ahora se emborrachaba, y las mujeres del barrio, para reírse un poco, la hacían beber ajeno, y en la calle los pilluelos la perseguían a pedradas. Una verdadera calamidad, una reina caída en el fango.

Nana la escuchaba fríamente.

—Ahora verás —dijo Satin.

Silbó como un hombre. La trapera, que estaba debajo de su ventana, levantó la cabeza y se la vio a la luz amarillenta de su linterna. Con aquel capacho de andrajos, con su raído pañuelo, mostró una cara azulada y arrugada, con el agujero desdentado de la boca y los ojos inflamados. Nana, ante aquella espantosa vejez de prostituta ahogada en vino, tuvo un repentino recuerdo: vio pasar en el fondo de las tinieblas la visión de Charmont, aquella Irma d'Anglars, aquella antigua buscona colmada de años y de honores, subiendo la escalinata de su castillo en medio de un pueblo prosternado.

Entonces, como Satin aún continuaba silbando, riéndose de la anciana que no podía verla, murmuró con voz alterada:

—Acaba ya. Vienen los municipales. Entremos pronto, gatita mía.

Los pasos cadenciosos se aproximaron nuevamente. Las dos amigas cerraron la ventana. Nana, al volverse, temblorosa y con los cabellos mojados, permaneció un instante sobrecogida ante su salón, como si lo hubiese olvidado y entrase en un lugar desconocido. Sentía un aire tan tibio y tan perfumado que lo aspiraba como una sorpresa feliz.

Las riquezas amontonadas, los muebles antiguos, las telas de seda y oro, los

marfiles y los bronce dormitaban en medio de la luz rosada de las lámparas, mientras que de todo el hotel silencioso ascendía la plena sensación de un gran lujo, la solemnidad de los salones de recepción, la amplitud confortable del comedor, el recogimiento de la amplia escalera, con la blancura de las alfombras y de los asientos. Aquello era un alargamiento brusco de sí misma, de sus necesidades de dominio y de gozo, de su deseo de poseerlo todo para destruirlo todo.

Amás había sentido tan profundamente la fuerza de su sexo. Paseó una lenta mirada y dijo con acento de grave filosofía:

—Muy bien. Ésa es una hermosa razón para aprovecharse cuando se es joven.

Pero ya Satin, sobre las pieles de oso del dormitorio, se revolcaba y la llamaba.

—Ven pronto; ven en seguida.

Nana se desvistió en el tocador. Para ir más rápida, se había cogido con las manos su espesa cabellera rubia y la sacudía por encima de la palangana de plata, mientras una granizada de largas horquillas caía, sonando como un carillón sobre el metal claro.

Capítulo XI

Aquel domingo, con el borrascoso cielo de los primeros calores del mes de junio, se corría el Gran Premio de París en el Bosque de Bolonia. Por la mañana el sol se había levantado en medio de una polvareda rojiza, pero hacía las once, en el momento en que los carruajes llegaban al hipódromo de Longchamp, un viento del sur había barrido las nubes, los vapores grises se iban en largos desgarrones mientras grandes huecos de un azul intenso se alargaban de un lado a otro del horizonte.

Y bajo los rayos de sol que caían a través de dos nubes, todo se iluminaba bruscamente: el césped, invadido poco a poco por una fila de carruajes, de caballeros y de paseantes; la pista, todavía vacía, con la garita del juez; el poste de llegada, los mástiles de los cuadros indicadores, y enfrente, en medio del recinto destinado a pesaje, las cinco tribunas simétricas extendiendo sus galerías de ladrillo y carpintería.

Más allá, la vasta planicie se aplastaba, se ahogaba bajo la luz del mediodía, bordeada de arbolitos y cerrada al oeste por las arboladas colinas de Saint Cloud y de Suresnes, que dominaban el severo perfil de Mont-Valérien.

Nana, apasionada como si el Gran Premio fuese a decidir su fortuna, quiso situarse contra la barrera, al lado del poste de la meta. Había llegado muy temprano, una de las primeras, en un landó guarnecido de plata y enganchado a la Daumont con cuatro caballos blancos, magníficos, regalo del conde Muffat. Cuando apareció en la entrada del césped, con dos postillones trotando sobre los caballos de la izquierda, y dos lacayos inmóviles y de pie detrás del coche, se produjo un revuelo entre la multitud, como si pasase una reina.

Nana llevaba los colores de la caballeriza de Vandevres, azul y blanco, con un atuendo extraordinario: el pequeño corpiño y la túnica de seda azul se ajustaban al cuerpo, levantados detrás de los riñones en un polisón enorme, lo que delineaba atrevidamente los muslos en esos tiempos de sayas holgadas; luego, la falda de raso blanco, las mangas de raso blanco y un chal de raso blanco en bandolera, todo adornado con una blonda de plata que el sol encendía. Con esto, y descaradamente, para parecerse más a un jockey, se había puesto una gorrita azul con una pluma blanca en el peinado, cuyos mechones rubios le caían sobre la espalda, pareciendo una cola de pelo rojizo.

Era mediodía. Llevaba más de tres horas de espera para la carrera del Gran Premio. Cuando el landó se quedó enfrente de la barrera, Nana se acomodó como si estuviese en su casa.

Había tenido el capricho de llevarse a Bijou y a Louiset. El perrillo, echado sobre sus faldas, temblaba de frío a pesar del calor, y el niño, atiborrado de cintas y de encajes, tenía una pobre carita de cera, silenciosa y pálida al aire libre.

Entretanto, Nana, sin preocuparse de los vecinos, hablaba en voz alta con Georges y Philippe Hugon, sentados delante de ella, en la otra banqueta, entre tal hacinamiento de ramilletes de rosas blancas y de miosotas azules, que desaparecían hasta los hombros.

—Entonces —decía ella—, como me aburría, le enseñé la puerta... Y llevaba dos días muy mohíno.

Hablaba de Muffat, sólo que no les decía a los jóvenes la verdadera causa de aquella primera pelea. Una noche él encontró en su habitación un sombrero de hombre, un capricho necio, un transeúnte recogido por aburrimiento.

—No pueden imaginarse lo gracioso que es —proseguía, divirtiéndose con los detalles que daba—. En el fondo es un santurrón... No pasa noche sin decir sus oraciones. Allá él. Cree que yo no veo nada, porque me acuesto antes para no molestarle, pero le espío por el rabillo del ojo; masculla sus rezos y se santigua, pasa por encima de mí y se acuesta del lado de la pared.

—Es un demonio —murmuró Philippe—. ¿Y eso es antes y después?

Ella soltó una carcajada.

—Sí, eso es: antes y después. Cuando me duermo, le oigo de nuevo que masculla... Pero lo molesto es que no podemos discutir sin que saque a colación los curas. Yo siempre he sido religiosa, y por más que os burléis, eso no me impedirá creer en lo que creo... Sólo que él es muy latoso, gime y no habla más que de remordimientos. Aun anteayer, después de nuestra agarrada, tuvo una verdadera crisis, y no me quedé tranquila del todo...

Se interrumpió para decir:

—Ahí llegan los Mignon. ¡Toma! si se han traído a los niños. Esos pequeños son unos mal educados.

Los Mignon estaban en un landó de colores severos, un lujo sólido de burgueses enriquecidos. Rose, con traje de seda gris, adornado de volantes y de lazos rojos, sonreía dichosa con la alegría de Henri y de Charles, sentados en la banqueta delantera, envueltos en sus túnicas demasiado anchas de colegiales. Pero cuando el landó se colocó junto a la barrera, y ella descubrió a Nana triunfante en medio de sus ramilletes, con sus cuatro caballos y su librea, se mordió los labios, y muy rígida volvió la cabeza.

Mignon, por el contrario, vivo el ademán y con risueña mirada la saludó con la mano. Por principio, no intervenía nunca en las rencillas de mujeres.

—A propósito —repuso Nana—, ¿conocen a un viejecito muy limpio y con los dientes cariados? Un tal señor Venot... Ha venido a verme esta mañana.

—¿El señor Venot? —exclamó Georges estupefacto—. No es posible. Ése es un jesuita.

—En seguida lo adiviné. Oh, no pueden imaginarse la conversación que tuvimos.

¡Qué graciosa...! Me habló del conde, de su matrimonio desunido, y me suplicó que devolviera la felicidad a esa familia. Muy fino, eso sí, y muy sonriente... Le he contestado que es lo que más deseo, y me he comprometido a devolver al conde a su mujer... No, no se trata de una broma. Estaría encantada viendo a esas gentes muy felices. Además, eso me aliviaría, porque la verdad es que hay días que me hastía.

Su aburrimiento de los últimos meses se le escapaba con aquel grito de su corazón. Además, el conde parecía tener grandes apuros de dinero; estaba preocupado, pues el pagaré firmado a Labordette corría el riesgo de no ser pagado.

—Precisamente la condesa está allá abajo —dijo Georges, cuyas miradas recorrían las tribunas.

—¿Dónde? —preguntó Nana—. ¡Vaya vista que tiene este bebé...! Ten mi sombrilla, Philippe.

Pero Georges, con un movimiento brusco, se adelantó a su hermano deseando tener la sombrilla de seda azul con franja de plata. Nana miró a uno y otro extremo con sus grandes gemelos.

—Sí, ya la veo —dijo al fin—. En la tribuna de la derecha, cerca de una columna, ¿verdad? Lleva un vestido malva, y su hija va de blanco, a su lado... Ahora Daguenet se acerca a saludarlas.

Entonces Philippe habló del próximo matrimonio de Daguenet con aquella percha de Estelle. Era cosa hecha, se hacían las amonestaciones. La condesa se oponía al principio, pero el conde, decían, había impuesto su voluntad. Nana sonreía.

—Ya sé, ya sé —murmuró ella—. Mejor para Paul. Es un buen muchacho y se lo merece.

Entonces se inclinó hacia Louiset.

—¿Te diviertes, di...? ¡Qué cara tan seria!

El niño, sin una sonrisa, contemplaba a toda aquella gente con gesto envejecido, como abrumado y entristecido por lo que veía. Bijou, fuera de la falda de Nana porque se movía mucho, se fue a temblar junto al niño.

Mientras, el césped se llenaba. Llegaban continuamente coches por la puerta de la Cascada, en una fila compacta, interminable. Eran grandes ómnibus: la Pauline había salido del bulevar de los Italianos cargada con sus cincuenta viajeros e iba a situarse a la derecha de las tribunas; luego las victorias y los landós, de una corrección soberbia, mezclados con viejos *fiacres* arrastrados por matalones, y los *four-in-hand*, tirados por sus cuatro caballos, y los *mail-coach*, con sus dueños arriba, en las banquetas, mientras en el interior los criados guardaban las cestas del champaña, y además, los tándems ligeros, finos como piezas de relojería, que desfilaban entre un ruido de cascabeles.

Un jinete pasaba de vez en cuando y una oleada de paseantes corría, azorada, a través de los carruajes. De golpe se percibía el rodar lejano por las alamedas del

bosque, para amortiguarse en un sordo rumor no se oía más que el alboroto de la multitud creciente, los gritos y las llamadas, y los chasquidos de los látigos zumbando al aire libre. Y cuando el sol, bajo las ráfagas de viento, reaparecía al borde de una nube, corría un reguero de oro que encendía los arneses, los tableros barnizados y los ropajes, mientras en aquel polvillo de claridad, los cocheros, erguidos en sus asientos, parecían llamear con sus uniformes.

Labordette se apeaba en aquel momento de una calesa en la que Gagá, Clarisse y Blanche de Sivry le habían reservado un sitio.

Cuando se apresuraba para atravesar la pista y entrar en el recinto del pesaje, Nana hizo que Georges lo llamara. Luego, cuando llegó a su lado, le preguntó riendo:

—¿A cuánto estoy?

Se refería a «Nana», su potranca, aquella «Nana» que se había dejado ganar vergonzosamente el Premio de Diana, y que en abril y mayo últimos no hizo más que clasificarse corriendo el Premio de los Cars y la Grande Poule des Produits, conquistados por «Lusignan», el otro potro de la caballeriza de Vandeuves. De repente «Lusignan» había pasado a ser el favorito; desde la víspera se le cotizaba fácilmente a dos contra uno.

—Siempre a cincuenta —respondió Labordette.

—Caramba, pues no valgo mucho —replicó Nana, a quien divertía aquella broma—. Entonces, no juego. Ni hablar. No apuesto un luis por mí.

Labordette tenía prisa y se apartó, pero ella volvió a llamarle. Quería un consejo. Él, que se relacionaba con el mundillo de los preparadores y de los jockeys, tendría informaciones particulares sobre las caballerizas. Veinte de sus pronósticos se habían cumplido. Le llamaban el rey de los *tipsters*.

—Dime, ¿qué caballos debo coger? —repetía Nana—. ¿A cuántos está el inglés?

—«Spirit» a tres... «Valerio II» a tres, igualmente... Luego todos los demás: «Cosinus» a veinticinco, «Hasard» a cuarenta, «Boum» a treinta, «Pichenette» a treinta y cinco, «Frangipane» a diez...

—No, no apostaré por el inglés. Yo soy patriota... Tal vez «Valerio II»... el duque de Corbreuse tenía el aire radiante hace un momento... Pero no. Después de todo... Cincuenta lises por «Lusignan». ¿Qué dices a eso?

Labordette la miraba con extrañeza. Ella se inclinó y le preguntó en voz baja, porque sabía que Vandeuves le encargaba apostar por él en los *bookmakers*, a fin de jugar con más probabilidades. Pero Labordette, sin explicarse, la decidió para que se fiara de su olfato; él colocaría sus cincuenta lises tal como le decía, y seguro que ella no se arrepentirían.

—A los caballos que querías —exclamó ella riendo—, pero nada de «Nana»; eso es un penco.

Esto produjo un acceso de risa en el coche. Los jóvenes encontraban graciosa la

frase; entretanto, Louiset, sin comprender, levantaba sus mustios ojos hacia su madre, cuyos gritos le sorprendían.

Labordette aún no pudo zafarse. Rose Mignon le había hecho una seña, y le daba sus órdenes mientras él escribía en un cuadernito. Luego le tocó el turno a Clarisse y a Gagá, que le llamaron para cambiar sus apuestas; habían oído palabras entre la multitud y ya no querían a «Valerio II» y preferían a «Lusignan»; él, impasible, escribía. Al fin pudo escaparse; se le vio desaparecer por el otro lado de la pista, entre dos tribunas.

Seguían llegando coches. Ahora se colocaban en una quinta fila, extendiéndose a lo largo de la empalizada en un absurdo amontonamiento, alterado el color aquí y allá por algunos caballos blancos. Más allá, se veían recuas de coches, aislados, como encallados en la hierba, y una mescolanza de ruedas y de troncos en todos los sentidos, uno al lado del otro, al sesgo, de través, de frente... Y en las zonas de césped que quedaban libres, trotaban los jinetes, y los caminantes formaban grupos oscuros, continuamente en movimiento.

Por encima de este campo de feria, entre la abigarrada muchedumbre, los puestos de bebidas alzaban sus tiendas de tela gris, que los rayos de sol blanqueaban. Pero la aglomeración, el hacinamiento de gentes, los remolinos de sombreros estaban en tomo a los *bookmakers*, quienes, de pie en sus carruajes descubiertos, gesticulaban como dentistas acerca de sus cotizaciones, pegadas en los altos tableros.

—Es una tontería no saber por qué caballo se apuesta —decía Nana—. Tengo que exponer algún luis yo misma.

Se había puesto en pie para escoger un *bookmaker* de simpática figura. No obstante, en seguida se olvidó de su capricho, al descubrir una cantidad de conocidos. Además de Mignon, de Gagá, de Clarisse y de Blanche, estaban allí, a derecha e izquierda, en medio de la masa de carruajes que ahora aprisionaba su landó, Tatan Néné y María Blond en una victoria; Caroline Héquet con su madre y dos señores en una calesa; Louise Violaine sola, llevando ella misma una cesta engalanada con cintas de los colores de la caballeriza Méchain, naranja y verde; Léa de Hom en una banqueta alta de *mail-coach*, donde un grupo de jóvenes alborotaba ruidosamente. Más lejos, en un ocho muelles de apariencia aristocrática, Lucy Stewart, con un traje de seda negra muy sencillo, ostentaba aires de distinción al lado de un joven alto que llevaba el uniforme de los aspirantes de Marina. Sin embargo, lo que más asombró a Nana fue ver la llegada de Simonne, en un tándem que conducía Steiner, con un lacayo detrás, inmóvil y con los brazos cruzados; ella estaba deslumbrante, toda en raso blanco listado de amarillo, cubierta de diamantes desde la cintura hasta el sombrero, mientras que el banquero manejaba un látigo inmenso, lanzando los dos caballos enganchados en flecha; el primero, un pequeño alazán dorado, con trote de ratón, y el segundo, un gran bayo moreno, un *stepper* que trotaba levantando las

manos.

—¡Vaya! —exclamó Nana—. Ese ladrón de Steiner acaba de limpiar una vez más la Bolsa... Simonne está tan elegante... Es demasiado; se la van a quitar.

Cambió un saludo con alguien que estaba lejos. Agitaba la mano, sonreía, se volvía, no olvidaba a nadie, para que la vieran todos. Y continuaba charlando:

—Pero el que va con Lucy es su hijo. Qué apuesto con su uniforme... Mira por qué se da tanto tono. Saben que le tiene miedo y que se hace pasar por actriz... Pobre muchacho; ni siquiera parece sospecharlo.

—Bah... —murmuró Philippe riendo—. Cuando a ella se le antoje, ya le encontrará una heredera en provincias.

Nana calló. Acababa de descubrir, en lo más intrincado de los carruajes, a la Tricon. En un *fiacre*, desde el que no veía nada, la Tricon había subido tranquilamente sobre el banquillo del cochero.

Y desde allí arriba, con su noble rostro encuadrado en largos rizos, dominaba a la multitud y parecía reinar sobre un pueblo de mujeres. Todas le sonrieron discretamente. Ella, superior, afectaba no conocerlas. No estaba allí para trabajar, sino que seguía las carreras por placer, y porque era una empedernida jugadora que se apasionaba por los caballos.

—Vaya, ahí está el idiota de Héctor de la Faloise —exclamó Georges.

Su presencia extrañó. Nana ya no reconocía a Héctor. Desde que había heredado, se había vuelto de una elegancia extraordinaria. El cuello de la camisa doblado, vestido con una tela de un color suave que se pegaba a sus delgados hombros, peinados con ricitos, afectaba una marcada indolencia, y con una voz blanda, con palabras del caló y frases que no se molestaba en concluir.

—¡Pues está muy bien! —declaró Nana, seducida.

Gagá y Clarisse habían llamado a Héctor de la Faloise, echándose a su cuello con ánimo de recuperarle. Las abandonó en seguida, alejándose con un balanceo burlón y desdeñoso. Nana le atraía, se fue hacia ella y subió al estribo del carruaje, y como ella le bromease acerca de Gagá, él murmuró:

—¡Ah, no! La vieja se acabó. Ni recordármela. Además, ya sabe que ahora es usted mi Julieta...

Se había puesto una mano sobre su corazón. Nana se reía mucho ante esta declaración tan inesperada y al aire libre. Pero replicó:

—Ahora no se trata de eso. Me hace olvidarme de mis apuestas. Georges, ¿ves a aquel *bookmaker* de allá abajo, el gordito rojo de cabello encrespado? Tiene una cara de granuja que me gusta... Irás a cogerle una apuesta... ¿Sobre cuál puede apostarse?

—Yo, nada de patriota. No, no —tartamudeó Héctor—. Todo sobre el inglés. Ahí está el señorito. El Chaillot para los franceses.

Nana se escandalizó. Entonces se discutió el mérito de los caballos. Héctor, para

fingir que estaba al corriente, los trataba a todos de jamelgos.

«Frangipane», del barón de Verdier, sustituía a «The Truth», un magnífico bayo que habría tenido probabilidades de ganar si no lo hubieran agotado en los entrenamientos. En cuanto a «Valerio II» de la cuadra Corbreuse, aún no estaba preparado, y había tenido retortijones en abril. Esto se ocultaba, pero lo sabía seguro. Y acabó por aconsejar «Hasard», un caballo de la cuadra Méchain, el más defectuoso de todos y al que nadie quería. Sin embargo, «Hasard» estaba en una forma soberbia y tenía nervio. Éste sí que sería un animal que sorprendería a todo el mundo.

—No —dijo Nana—. Pondré diez luisas a «Lusignan» y cinco a «Boum».

Héctor de la Faloise estalló:

—Pero, querida, ese «Boum» es infecto. No juegue eso. El mismo Gasc no apuesta a su caballo... Y su «Lusignan», nunca. Eso son bromas. Por Lamb y Princess, tampoco, nunca. Demasiado cortos de remos.

Se sofocaba. Philippe le indicó que «Lusignan» había ganado el Premio de los Cars y la Grande Poule des Produits, pero el otro insistió. ¿Qué demostraba eso? Nada absolutamente. Por el contrario, debía desconfiarse. Y, además, estaba Gresham, que montaba a «Lusignan»; que le dejasen en paz.

Gresham tenía muy mala sombra y nunca llegaba.

De un extremo a otro del césped, la discusión, cada vez más viva, del landó de Nana, parecía extenderse. Surgían voces chillonas, gruñía la pasión del juego, encendiendo los rostros y violentando los ademanes, mientras que los *bookmakers*, encaramados en sus coches, gritaban las cotizaciones y registraban cifras, enardecidos. Allí no había más que la morralla de los apostadores; las apuestas fuertes se hacían en el recinto de pesaje; aquello era un frenesí de pequeños bolsillos arriesgando míseros ahorros, con la esperanza de un posible luis. En resumen, la gran batalla se libraba entre «Spirit» y «Lusignan». Varios ingleses conocidos se paseaban entre los grupos como por su casa, el rostro encendido y ya triunfante. «Bramah», un caballo de lord Reading, ya había ganado el Premio el año anterior, una derrota que aún hacía sangrar los corazones franceses. Este año sería un desastre, si Francia quedaba nuevamente vencida. Así pues, todas aquellas mujeres se apasionaban por orgullo nacional. La cuadra de Vandevres se había convertido en el baluarte de su honra; se apostaba a «Lusignan», se le defendía y se le aclamaba.

Gagá, Blanche, Caroline y otras apostaban por «Lusignan». Lucy Stewart se abstenía por causa de su hijo, pero corría el rumor de que Rose Mignon había encargado a Labordette que apostase doscientos luisas. Sólo la Tricon, sentada al lado de su cochero, esperaba hasta el último minuto, fría en medio de las discusiones, siguiendo el murmullo creciente del que salían los nombres de los caballos, las frases vivas de los Parisienses y las exclamaciones guturales de los ingleses; escuchaba y tomaba notas con gesto majestuoso.

—¿Y «Nana»? —dijo Georges—. ¿Nadie apuesta por ella?

En efecto, nadie apostaba; ni siquiera se hablaba de ella. El outsider de la cuadra Vendeuvres desaparecía ante la popularidad de «Lusignan». Pero Héctor de la Faloise levantó el brazo y dijo:

—Tengo una inspiración... Apuesto un luis por «Nana».

—Bravo; yo pongo dos —dijo Georges.

—Y yo tres luses —añadió Philippe.

Y pujaron, haciendo su corte complacidos, lanzando cifras, como si se disputaran a Nana en una subasta. Héctor hablaba de cubrirla de oro. Además, todo el mundo debía apostar por ella; irían a recoger apuestas. Pero cuando los tres jóvenes se marchaban para hacer propaganda, Nana les gritó:

—Ya saben, no apuesto por mí. Por nada del mundo. Georges, diez luses a «Lusignan» y cinco a «Valerio II».

Mientras, ellos se habían lanzado. Regocijada, los veía colarse entre las ruedas, meterse por debajo de las cabezas de los caballos y recorrer todo el césped. En cuanto reconocían a alguien en un carruaje, corrían a él, pujando por Nana. Y se oían grandes carcajadas circulando por entre la multitud cuando ellos, a veces, se volvían con cara de triunfadores e indicaban números con los dedos, mientras la joven, en pie, agitaba su sombrilla. Sin embargo, hacían un trabajo bastante pobre. Algunos hombres se dejaban convencer, Steiner, por ejemplo, a quien la vista de Nana conmovía, apostó tres luses, pero las mujeres se negaban en redondo. «Gracias»; era perder con seguridad. Además, no tenían prisa en contribuir al éxito de una cochina que las aplastaba a todas con sus cuatro caballos blancos, sus lacayos y sus aires de comerse el mundo. Gagá y Clarisse, muy indignadas, le preguntaron a Héctor si se burlaba de ellas. Y en cuanto a Georges, atrevidamente se presentó ante el landó de los Mignon, y Rose volvió la cabeza sin responder. ¡Valiente basura tenía que ser para dar su nombre a un caballo! Mignon, por el contrario, siguió al joven con aire divertido y decía que las mujeres siempre traen suerte.

—¿Y qué? —preguntó Nana cuando los jóvenes volvieron de una larga visita a los *bookmakers*.

—Está usted a cuarenta —dijo Héctor.

—¿Cómo a cuarenta? —exclamó ella estupefacta—. Estaba a cincuenta... ¿Qué ha ocurrido?

Precisamente Labordette había reaparecido. Se cerraba la pista y el sonido de una campana anunciaba la primera carrera. Ella le preguntó acerca de tan brusca alza en la cotización, pero él respondió evasivamente; sin duda se habían producido solicitudes. Nana tuvo que conformarse con aquella explicación. Además, Labordette, con gesto preocupado, le dijo que Vendeuvres se acercaría un momento si podía escaparse.

La carrera concluía, como inadvertida ante la espera del Gran Premio, cuando una nube se abrió sobre el hipódromo. Hacía un momento que el sol había desaparecido y una claridad lívida ensombrecía a la muchedumbre. Se levantó el viento y siguió un imprevisto diluvio, como un telón de agua. Hubo un minuto de confusión, de gritos, de burlas y reniegos en medio del sálvese quien pueda, de los peatones corriendo para refugiarse bajo los toldos de los tenderetes. Las mujeres trataban de guarecerse en sus carruajes, sosteniendo con ambas manos las sombrillas, mientras que los lacayos echaban las capotas. Pero el chaparrón cesó en seguida y el sol resplandeció entre el polvillo de lluvia que aún volaba. Un desgarrón azul se abrió detrás de la nube, arrastrada por encima del bosque. Y aquello fue como un regocijo del cielo, levantando las risas de las mujeres, ya tranquilizadas, mientras el disco de oro, entre el resoplido de los caballos, la desbandada y la agitación de aquella multitud empapada que se sacudía, iluminaba el césped salpicado de gotas de cristal.

—¡Oh, mi pobre Louiset! —exclamó Nana—. ¿Te has mojado mucho, querido?

El pequeño, sin hablar, se dejó secar las manos. Nana había cogido su pañuelo. En seguida sacudió a Bijou, que aún temblaba más. Aquello no sería nada; sólo unas manchas sobre el raso blanco de su atuendo, pero le tenía sin cuidado. Los ramos, refrescados, tenían un brillo de nieve, y ella aspiró uno, jubilosa, mojando sus labios como en el rocío.

El chaparrón había abarrotado en un instante las tribunas. Nana miraba con sus gemelos. A aquella distancia sólo se distinguía una masa compacta y abigarrada, que se hacinaba en los graderíos, un fondo oscuro que sólo las manchas pálidas de los rostros iluminaban.

El sol, deslizándose por los quicios de la techumbre, deslumbraba a la multitud sentada en el ángulo de la luz, donde los trajes parecían desteñidos. Pero Nana se divertía más con las damas, a quienes el aguacero había sacado de sus hileras de sillas, colocadas en la arena, al pie de las tribunas.

Como la entrada en el recinto de pesaje estaba absolutamente prohibida a las prostitutas, Nana hacía observaciones llenas de acritud acerca de todas aquellas señoras decentes, a quienes encontraba hechas unas payasas con sus graciosas cabezas.

Circuló un rumor. La emperatriz entraba en la pequeña tribuna central, un pabellón en forma de chalet, cuyo amplio balcón estaba adornado con sillones rojos.

—¡Pero si es él! —exclamó Georges—. No le creía de servicio esta semana.

—Es verdad. ¡Charles! —gritó ella.

La figura tiesa y solemne del conde Muffat había aparecido detrás de la emperatriz. Entonces los jóvenes bromearon lamentando que Satin no estuviese allí para ir a darle unos golpecitos en el vientre.

Pero Nana vio al extremo de sus gemelos la cabeza del príncipe de Escocia, en la

tribuna imperial. Lo encontraba más grueso. En dieciocho meses había engordado. Y empezó a dar detalles. ¡Oh! un mocetón vigorosamente constituido.

En torno suyo, en los coches de aquellas mujeres, se rumoreaba que el conde la había abandonado. Era toda una historia. Las Tullerías se escandalizaban de la conducta del chambelán desde que él la exhibía. Entonces, para conservar su puesto, acababa de dejarla.

Héctor de la Faloise llevó esta noticia a Nana, ofreciéndose nuevamente y llamándola «su Julieta». Pero ella se hartó de reír y dijo:

—Eso es una imbecilidad. Usted no le conoce; no tengo más que decirle tustus, y lo abandona todo.

Hacía un instante que observaba a la condesa Sabine y a Estelle. Daguinet aún seguía con ellas. Fauchery llegaba y molestaba a todo el mundo para saludarlas, y también se quedó allí con aire sonriente. Entonces ella continuó, señalando las tribunas con un gesto desdeñoso:

—Además, ya sabe que esas gentes no me impresionan lo más mínimo.

Los conozco demasiado. Hay que verlos al desnudo. Nada de respeto. Se acabó el respeto. Porquería por abajo, porquería por arriba, siempre es porquería y compañía... Aquí tiene por qué no quiero que me fastidien.

Y su gesto se extendía, señalando desde los palafreneros que llevaban los caballos a la pista, hasta la soberana, que hablaba con Charles, un príncipe, sí, pero también un cochino.

—¡Bravo, Nana! ¡Muy elegante, Nana! —aprobó Héctor entusiasmado.

El aviso de las campanas se perdía en el viento y las carreras continuaban. Acababa de correrse el Premio de Ispahan, que «Berlingot», un caballo de la cuadra Méchain, había ganado.

Nana volvió a llamar a Labordette para pedirle noticias de sus cien luises; él se echó a reír, y se negó a decirle sus caballos, para no espantar la suerte, dijo. Su dinero estaba bien situado y pronto lo vería. Como ella le confesase sus apuestas, diez luises a «Lusignan» y cinco a «Valerio II», él se encogió de hombros, como si dijese que las mujeres sólo hacían tonterías.

Nana se quedó asombrada, sin comprenderle.

En aquel momento el césped se animaba más. Se preparaban meriendas al aire libre, en espera del Gran Premio. Se comía y se bebía mucho más todavía, por todas partes: sobre la hierba, en las banquetas altas de los *four-in-hand*, de los *mail-coach*, de las victorias, de los cupés y de los landós. Era una exposición de fiambres, una profusión de cestos con champaña, que sacaban de los cajones los lacayos. Los tapones saltaban con débiles detonaciones, llevándose los el viento; se prolongaban las bromas, los ruidos de vasos rotos ponían notas extrañas en aquella nerviosa algazara.

Gagá y Clarisse hacían con Blanche una comida en serio; bocadillos sobre un mantel extendido, con el cual se tapaban las rodillas. Louise Violaine, que había bajado del pescante, se reunió con Caroline Héquet, y a sus pies, en el césped, los señores instalaron una cantina, a la que acudían a beber Tatan, María, Simonne y las demás, mientras cerca de allí se vaciaban botellas sobre el *mail-coach* de Léa de Hom, emborrachándose un grupo al sol, con bravatas y posturas y sin importarles la gente.

Pero en seguida empezaron a amontonarse, sobre todo delante del landó de Nana. De pie, ella se puso a escanciar vasos de champaña para los hombres que la saludaban. Uno de sus lacayos, Francois, le pasaba las botellas mientras Héctor de la Faloise, tratando de remedar una voz canalla, lanzaba su pregón:

—¡Acérquense, señores! No cuesta nada... Hay para todo el mundo.

—Cállese ya, querido —acabó por decirle Nana—. Parecemos unos titiriteros.

Sin embargo, encontraba muy graciosa la situación, y se divertía mucho.

Estuvo tentada de enviar, por Georges, un vaso de champaña a Rose Mignon, que fingía no beber. Henri y Charles se aburrían a reventar, los pequeños lo hubieran querido, y Georges se bebió el vaso temiendo una discusión.

Entonces Nana se acordó de Louiset, al que había olvidado teniéndolo detrás. Tal vez tuviese sed, y le hizo beber un sorbo de vino, lo que le hizo toser horriblemente.

—¡Acérquense, acérquense, aproxímense, señores! —repetía Héctor—. No cuesta nada; no cobramos... ¡Lo regalamos!

Nana le interrumpió con una exclamación:

—Bordenave está allá abajo... ¡Llámelo! Oh, se lo ruego. Corra.

En efecto, era Bordenave, que se paseaba con las manos a la espalda, un sombrero que el sol enrojecía y una levita grasienta, blanqueando en las costuras; un Bordenave deslustrado por la quiebra, pero aún altivo, exhibiendo su miseria entre la gente elegante, con su descaro de hombre siempre dispuesto a desafiar a la fortuna.

—¡Caramba, qué elegancia! —exclamó cuando Nana le tendió la mano, en un gesto amigo.

Bordenave, después de beber un vaso de champaña, soltó esta frase de profundo pesar:

—¡Ah, si yo fuese mujer...! ¿Pero qué más da? ¿Quieres volver al teatro?

—Tengo una idea: alquilo la «Gaité» y nos tragamos París entre los dos... Tú me debes eso.

Y se quedó gruñendo, dichoso, no obstante, por volver a verla, porque aquella condenada Nana, decía, le derramaba bálsamo en el corazón sólo con ponerse delante. Era como su hija, de su propia sangre.

El círculo era mayor a cada instante. Ahora Héctor servía, y Philippe y Georges reclutaban amigos. Poco a poco no quedaba un hueco libre en el césped. Nana dirigía

a cada uno de los que se le acercaban una sonrisa y una frase agradable. Los grupos de bebedores se aproximaban, y pronto no hubo más que un espesor de gente y un vivo alborozo en torno a su landó, y ella reinaba, entre los vasos que se le tendían, con sus cabellos rubios agitados por el viento y su rostro de nieve bañado por el sol.

En la cumbre, entonces, para hacer rabiar más a las otras mujeres que estaban rabiosas con su triunfo, levantó su copa llena, en su antigua postura de Venus victoriosa. Pero alguien la tocó por detrás, y ella se quedó sorprendida, al volverse y ver a Mignon en la banquetta.

Nana desapareció un instante y se sentó a su lado al decirle que tenía que comunicarle una cosa grave. Mignon decía por todas partes que su mujer hacía el ridículo mostrándose resentida con Nana; le parecía estúpido e inútil.

—Escúchame, querida —murmuró él—. Desconfía, y no irrites demasiado a Rose... Comprende; prefiero prevenirte... Sí, ella tiene un arma, y como no te ha perdonado el asunto de la Duquesita...

—¿Un arma? —exclamó Nana—. Me importa un bledo.

—Escucha, Nana; es una carta que ha encontrado en el bolsillo de Fauchery; una carta dirigida a ese traidor de Fauchery y escrita por la condesa de Mauffat. Y diablos, que ahí está todo claro, con pelos y señales... Entonces, Rose quiere enviar la carta al conde con el fin de vengarse de él y de ti.

—Que te digo que me importa un bledo —repitió Nana—. Pues tiene gracia la cosa... Y todo eso con Fauchery. Tanto mejor si me provoca. Nos reiremos.

—Pues no, yo no lo quiero —repuso con viveza Mignon—. ¡Bonito escándalo! además, no ganamos nada con todo esto.

Se detuvo, temiendo hablar demasiado. Nana replicó que, con toda seguridad, no sería ella quien fuese a perjudicar a una mujer honrada. Pero como él insistía, le miró con fijeza. Sin duda tenía miedo de que Fauchery se metiese otra vez en su hogar si rompía con la condesa, que era lo que Rose deseaba, al mismo tiempo que se vengaba, porque estaba encariñada con el periodista.

Nana se quedó pensativa; recordaba la visita del señor Venot, y acariciaba un plan mientras Mignon trataba de convencerla.

—Pongamos que Rose envía la carta, ¿no es cierto? Entonces hay un escándalo. Todo sale a relucir, se dice que tú eres la causa de todo... De momento, el conde se separa de su esposa...

—¿Y eso por qué? —dijo ella—. Al contrario...

Nana se interrumpió. No tenía necesidad de pensar en voz alta. Por último fingió que aceptaba los puntos de vista de Mignon, para desembarazarse de él, y como él le aconsejase un acto de sumisión hacía Rose... por ejemplo, una visita en el campo de carreras, ante todo el mundo, Nana respondió que ya vería, que lo pensaría.

Un tumulto la hizo ponerse nuevamente en pie. En la pista llegaban los caballos

como un vendaval. Era el Premio de la ciudad de París, que ganaba «Comemuse». Ahora iba a correrse el Gran Premio; la fiebre aumentaba, una ansiedad azotaba a la muchedumbre, que pateaba y se movía en una necesidad de apresurar los minutos.

En el último instante una sorpresa conmovió a los apostadores: el alza continua de la cotización de «Nana», el *outsider* de la cuadra de Vandeuves. Los señores volvían a cada instante con nuevas cotizaciones: «Nana» estaba a treinta, «Nana» estaba a veinticinco, luego a veinte, después a quince. Nadie comprendía aquello. Una potranca batida en todos los hipódromos, una potranca que aquella mañana ningún apostador quería a cincuenta. ¿Qué significaba aquel brusco cambio? Unos se burlaban, hablando de una bonita limpieza a los necios que se dejaban atrapar por aquella farsa. Otros, más serios, inquietos, olfateaban bajo aquello algo turbio. Había alguna treta. Se hacía alusión a historias, a robos tolerados en los campos de carreras, pero esta vez el prestigio de Vandeuves paralizaba las acusaciones, y los escépticos lo arrastraban prediciendo que «Nana» llegaría la última.

—¿Quién monta a «Nana»? —preguntó Héctor.

Precisamente la verdadera Nana reaparecía. Entonces aquellos señores dieron a la pregunta un sentido sucio y estallaron en exageradas risas. Nana saludaba.

—Es Price —respondió ella.

Y la discusión volvió a empezar. Price era una celebridad inglesa, desconocido en Francia. ¿Por qué Vandeuves había hecho venir aquel jockey cuando era Gresham quien siempre montaba a «Nana»? Por otra parte, se asombraban al ver que confiaba «Lusignan» a aquel Gresham que no llegaba nunca, según Héctor de la Faloise.

Pero todas estas observaciones se ahogaban entre las bromas, los mentís y el alboroto de tantas opiniones contradictorias.

Se dedicaron a vaciar más botellas de champaña para matar el tiempo. Después se oyeron voces que se acercaban y los grupos se apartaron. Era Vandeuves. Nana rugió que estaba enojada.

—Sí que es usted amable llegando a estas horas... Y yo que deseaba ver el recinto de pesaje.

—Pues venga —dijo él—, que aún hay tiempo. Dará una vuelta. Precisamente tengo una entrada de señora.

Y se la llevó del brazo, satisfecha ella ante las miradas de envidia con que Lucy, Caroline y las demás la seguían. Detrás de ella seguían los hermanos Hugon y Héctor en el landó, y continuaban haciendo los honores a su champaña. Ella les gritó que volvería en seguida.

Pero Vandeuves, habiendo visto a Labordette, le llamó, y cambió con él unas breves palabras.

—¿Lo ha recogido todo?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Mil quinientos luises, entre unos y otros.

Viendo que Nana trataba de oírles, se callaron. A Vandevres, muy nervioso, parecía que le llameaban los ojos, como cuando algunas noches él mismo se estremecía diciéndose que incendiaría su cuadra con los caballos y él dentro. Al atravesar la pista, ella bajó la voz y le tuteó.

—Dime, explícate... ¿Por qué la cotización de tu potranca sube tanto? Eso tiene a la gente muy intrigada.

Vandevres se estremeció, y murmuró:

—Sí, lo de siempre... Apuestan al tuntún. Cuando tengo un favorito, todos se echan encima y no dejan nada para mí. Y cuando un *outsider* es solicitado, maldicen y gritan como si los degollasen.

—Pero tú debiste prevenirme; he apostado —repuso ella—. ¿Hay algunas probabilidades?

Una cólera repentina le arrebató sin motivo.

—¡Oh, déjame en paz! Todos los caballos tienen probabilidades. La cotización sube porque hay tomador. ¿Quién? No lo sé... Prefiero dejarte si has de fastidiarme con esas preguntas idiotas.

Este tono no entraba ni en su temperamento ni en sus costumbres.

Ella se quedó más asombrada que ofendida. Él, por otra parte, se quedó avergonzado, y como ella le rogó con sequedad que fuese cortés, él se excusó.

Desde hacía algún tiempo tenía esos bruscos cambios de humor. En el París galante y mundano nadie ignoraba que ese día se jugaba su última carta.

Si sus caballos no ganaban, harían perder cantidades bastante importantes apostadas a favor de ellos, y ocurrirían un desastre, un desmoronamiento; el andamiaje de su crédito, que aparentemente era sólido, estaba minado por debajo, roído por el desorden y las deudas, y se hundirían en una ruina espantosa.

Y Nana, lo que tampoco ignoraba nadie, era la devoradora de hombres que habían acabado como él, llegando la última a aquella fortuna que se tambaleaba, quemando lo que quedaba. Se contaban caprichos locos, de oro arrojado al viento, de una excursión a Baden, donde ella le dejó sin que pudiese ni pagar el hotel; de un puñado de diamantes arrojados a un brasero, en una noche de borrachera, para ver si ardían como el carbón. Poco a poco, con su incitante cuerpo, con sus risas canallas de arrabalera, se había impuesto a aquel vástago, tan empobrecido y tan fino, de una antigua raza.

En aquellos momentos él lo arriesgaba todo, tan dominado por su pasión por lo estúpido y lo sucio, que había perdido hasta la fuerza de su escepticismo. Ocho días antes, ella se había hecho prometer un castillo en la costa normanda, entre Le Havre y Trouville, y él ponía su último honor en cumplir su palabra. Con la particularidad de

que ella le irritaba, y la habría golpeado de tan imbécil que la encontraba.

El guardián les había dejado entrar en el recinto del pesaje, no atreviéndose a prohibir el paso a una mujer que iba del brazo del conde. Nana, muy envanecida por poner el pie en aquel terreno prohibido, se estudiaba y caminaba con lentitud ante las señoras sentadas al pie de las tribunas. Repartido entre las diez filas de sillas había un espesor de lujosos vestidos que mezclaban sus colores vivos con la alegría del aire libre; las sillas se separaban, se formaban corros familiares al azar de los encuentros, como bajo el arbolado de un jardín público, con los pequeños sueltos, corriendo de un grupo a otro, y, más altas, las tribunas exhibían sus graderíos abarrotados, donde las telas claras se fundían en la sombra fina del maderamen.

Nana miraba abiertamente a las señoras, como miró con fijeza a la condesa Sabine. Luego, cuando pasaba por delante de la tribuna imperial, el ver a Muffat de pie junto a la emperatriz, con su tiesura oficial, le regocijó.

—¡Oh, qué aspecto tan estúpido! —le dijo en voz alta a Vandeuvres.

Lo quería ver todo. Aquel rincón del parque, con sus céspedes y sus macizos de árboles, no le pareció tan alegre. Un heladero había instalado un puesto cerca de las verjas. Bajo un toldo rústico y cubierto de paja, unos grupos gritaban y gesticulaban; era el sitio de las apuestas.

Al lado se veían las cuadras vacías, y desilusionada, Nana no vio otro caballo que el de un gendarme.

Luego seguía una pista de cien metros de circuito, donde un mozo de cuadra paseaba a «Valerio II» enmantado.

Y muchos hombres en la grava de las alamedas, con la mancha naranja de su contraseña en el ojal, y un paseo continuo de gentes por las galerías abiertas de las tribunas, lo que a Nana sólo le interesó un minuto, porque realmente no valía la pena atormentarse si le prohibían entrar allí.

Daguenet y Fauchery, que pasaban, la saludaron. Ella les hizo una seña y tuvieron que acercársele. Les criticó el recinto de pesaje; luego se interrumpió:

—Vaya, el marqués de Chouard; cómo ha envejecido. Se está acabando ese viejo. ¿Continúa igual de rabioso?

Entonces Daguenet contó el último golpe del viejo, una hazaña de dos días antes que aún no sabía nadie. Después de acosarla durante meses, acababa de comprar a Gagá a su hija Amélie, por treinta mil francos, decían.

—Es propio de ellos —exclamó Nana indignada—. ¡Tener hijas para eso! Pero ahora veo... aquélla debe de ser Lili; ahí abajo, en el césped, en un cupé con una señora. También conozco esa cara. El viejo la habrá sacado.

Vandeuvres no escuchaba, impaciente y deseoso de desembarazarse de ella. Pero como Fauchery le dijo al marcharse que si no había visto los *bookmakers* no había visto nada, el conde tuvo que acompañarla, a pesar de su visible repugnancia.

Nana se puso muy contenta; en efecto, aquello era curioso. Una rotonda se abría entre céspedes bordeados de castaños nuevos, y allí, formando un amplio círculo bajo el verde ramaje, los *bookmakers*, en línea compacta, esperaban a los apostadores, como en una feria.

Para dominar a la multitud, estaban subidos sobre bancos de madera, y exhibían sus cotizaciones cerca de ellos, entre los árboles, mientras recogían las apuestas con un gesto, con un guiño de ojos, tan rápidamente que los curiosos, boquiabiertos, los contemplaban sin comprenderlos. Aquello era una algarabía de cifras gritadas, de tumultos acogiendo los cambios de cotizaciones inesperados. Y por momentos aumentaban el vocerío, los avisadores salían corriendo, se detenían a la entrada de la rotonda, lanzaban violentamente un grito, una partida, una llegada, que suscitaban apasionado rumores en aquella fiebre del juego abierto al sol.

—¡Sí que son graciosos! —murmuró Nana muy divertida—. Tienen una cara espantosa. Mira aquel de allá... No quisiera encontrarle a solas en un bosque.

Pero Vandevres les señaló un *bookmaker*, un dependiente de comercio que había ganado tres millones en dos años. Flaco, desecado y rubio, estaba rodeado de respeto; se le hablaba sonriendo y la gente se estacionaba para verle.

Al fin abandonaron la rotonda y Vandevres se dirigió con un ligero movimiento de cabeza a otro *bookmaker*, quien se permitió llamarlo. Era uno de sus antiguos cocheros, corpulento, con hombros de buey y cara encendida.

Ahora que intentaba fortuna en las carreras con fondos de origen dudoso, el conde trataba de empujarle, encargándole sus apuestas secretas y tratándole siempre como un criado ante el que nada se oculta.

A pesar de esa protección, aquel hombre había perdido, golpe tras golpe, sumas muy grandes, y también aquel día se jugaba su carta suprema, los ojos inyectados en sangre, reventando de apoplejía.

—¿Qué, Maréchal? —preguntó en voz baja Vandevres—. ¿Hasta cuánto ha dado?

—Hasta cinco mil luises, señor conde —respondió el hombre bajando la voz—. Resulta bonito... Le confesaré que he bajado la cotización; la he puesto a tres.

Vandevres se mostró contrariado.

—No, no; no quiero eso; póngala a dos en seguida. No le diré nada, Maréchal.

—Ahora, ¿qué le puede significar eso al señor conde? —repuso el otro con una sonrisa humilde de cómplice—. Me hacía falta atraer a la gente para darle sus dos mil luises.

Entonces Vandevres le hizo callar. Pero cuando se alejaba, Maréchal, ante un recuerdo, lamentó no haberle preguntado sobre la subida de su potranca. Estaba listo si la potranca tenía probabilidades, él que acababa de darla por doscientos luises a cincuenta.

Nana, que no comprendía nada de las palabras susurradas por el conde, no se atrevió a pedirle nuevas explicaciones. Vandevres parecía más nervioso y la confió bruscamente a Labordette, a quien encontraron ante la sala de pesaje.

—Usted la acompaña —dijo—. Yo tengo que hacer... Hasta luego.

Y entró en la sala, una estancia pequeña y de techo bajo, con una gran báscula. Era como una sala de equipajes en una estación local. Nana tuvo una gran decepción, pues había supuesto un sitio muy grande y una máquina monumental para pesar caballos. ¿Cómo? ¿No se pesaba más que a los jockeys? Entonces no valía la pena alardear tanto con su peso. Un jockey estaba en la báscula con aire estúpido y los arneses sobre las rodillas, en espera de que un hombre gordo de levita verificase su peso, mientras un mozo de cuadra, en la puerta, le tenía el caballo, Cosinus, alrededor del cual se apelotonaba la gente, silenciosa y absorta.

Se iba a cerrar la pista. Labordette apuraba a Nana, pero volvió sobre sus pasos para señalarle a un hombrecillo que hablaba con Vandevres aparte.

—Mira, ahí tienes a Price —le dijo.

—Sí, ese es el que me monta —murmuró ella riéndose.

Y lo encontró horriblemente feo. Todos los jockeys tenían aspecto de cretinos; sin duda, decía, porque les impedían crecer. Aquél, un hombre de unos cuarenta años, parecía un niño viejo disecado, con un largo rostro delgado, cruzado de pliegues, duro y muerto. El cuerpo era tan nudoso y tan reducido, que la casaca azul con mangas blancas parecía echada sobre un tronco.

—No; compréndelo —repuso ella al marcharse—; no me haría feliz.

Un tropel aún abarrotaba la pista, cuya hierba, mojada y pisoteada, había quedado negra. La multitud se apelotonaba delante de dos tableros indicadores muy altos, sobre una columna de hierro fundido; levantaban la cabeza y acogían con un murmullo cada número de caballo, que un hilo eléctrico, unido a la sala de peso, hacía aparecer. Los señores tomaban apuntes en sus programas; «Pichenette», retirada por su propietario, levantó murmullos.

Nana no hizo más que atravesar del brazo de Labordette cuando la campana, colgada de un mástil, sonaba con persistencia para que saliesen de la pista.

—Queridos —dijo Nana subiendo a su landó—, es un camelo ese recinto de pesaje.

Se la aclamaba, se aplaudía alrededor suyo: «¡Bravo, Nana! Nana nos ha sido devuelta». ¡Qué bestias eran! ¿Era que la tomaban por una descastada?

Llegaba en un buen momento. ¡Atención, aquello empezaba! Y el champaña se olvidó, se dejó de beber.

Pero Nana se quedó sorprendida al encontrar a Gagá en su coche, con Bijou y Louiset sobre sus rodillas; Gagá estaba decidida a reconquistar a Héctor de la Faloise, pero había acudido diciendo que había querido besar al pequeño. Ella adoraba a los

niños.

—A propósito, ¿y Lili? —preguntó Nana—. ¿No era ella, precisamente, a quien he visto allá en el coche de ese viejo? Acaban de contarme una cosa muy graciosa.

Gagá había adoptado un gesto desolado.

—Querida, estoy mal —dijo ella con dolor—. Ayer tuve que quedarme en cama de tanto como lloré, y hoy no creí poder venir. Tú ya sabes cuál era mi opinión, Nana. Yo no quería; la hice educar en un convento para casarla bien. Y le he dado consejos severos, y una vigilancia continua... Pues ha sido ella quien ha querido. ¡Oh...! Tuvimos una escena, lágrimas, palabras desagradables, hasta le di una bofetada. Ella se aburría y quería divertirse... Entonces, cuando me dijo: «Después de todo, no eres tú quien tiene derecho a impedírmelo», yo le contesté: «Tú eres una miserable, tú nos deshonoras; ¡vete!». Y... ya lo ves; he consentido en arreglar eso... Pero aquí tienes mi última esperanza fracasada; yo, que había soñado, ¡ay! con cosas tan bellas.

Unas voces disputando las hicieron levantarse. Era Georges que defendía a Vandevres contra los rumores que circulaban por los grupos.

—¿Por qué decir que abandona su caballo? —gritaba el jovencito—. Ayer mismo, en el salón de las carreras, apostó por «Lusignan» mil lises.

—Sí, yo estaba allí —afirmó Philippe—. Y no puso ni uno sobre Nana... Si Nana está a diez, no es por él. Es ridículo atribuir a la gente tantos cálculos. ¿Qué interés tendría en ello?

Labordette escuchaba con gesto tranquilo, y encogiéndose de hombros dijo:

—Dejadlo ya, de algo tienen que hablar... El conde todavía acaba de apostar quinientos lises por lo menos por «Lusignan», y si ha jugado un centenar de lises por «Nana», es porque un propietario siempre debe tener el aspecto de que confía en sus caballos.

—¡Y... silencio! ¡Qué nos importa todo eso! —clamó Héctor de la Faloise agitando los brazos—. Si es «Spirit» el que gane... ¡Abajo Francia! ¡Bravo por Inglaterra!

Un largo estremecimiento sacudió a la multitud mientras repicaba nuevamente la campana y anunciaba la llegada de los caballos a la pista. Entonces Nana, para ver bien, se subió a la banqueta de su landó, aplastando con los pies los ramos de miosotas y de rosas.

Con una mirada circular abarcaba el inmenso horizonte. En aquel último instante de fiebre, sólo se destacaba la pista vacía, cerrada con las barreras grises, al lado de las cuales se alineaban los agentes de policía, de dos en dos postes, y el campo de hierba, cenagoso ante ella, iba reverdeciendo hasta convertirse allá lejos en una alfombra de suave terciopelo.

En el centro, se veía el prado donde se agitaba una muchedumbre puesta de puntillas, otra subida en sus coches, chillona y apasionada... Los caballos

relinchaban, las telas de las tiendas crujían y los jinetes lanzaban su montura entre los peatones, que corrían a protegerse en las barreras, y por el otro lado, cuando se volvían hacia las tribunas, las figuras se achicaban y los miles de cabezas no formaban más que un abigarramiento que llenaba las avenidas, las gradas y las terrazas, donde el hacinamiento de perfiles negros se destacaba bajo el cielo.

Y más lejos aún, alrededor del hipódromo, dominaba la llanura. Detrás del molino cubierto de hiedra, a la derecha, había una pradera cortada por grandes sombras, y enfrente, hasta el Sena, al pie de la colina, se cruzaban las avenidas del parque, donde esperaban las hileras inmóviles de carruajes; luego, hacia Boulogne, a la izquierda, la región se alargaba de nuevo, abriendo un agujero sobre las azuladas lontananzas de Meudon, que limitaba una alameda de paulonías, cuyas cabezas rosa, sin una hoja, parecían un lienzo de laca viva.

Continuaba llegando gente; un hormiguero procedente de allá abajo, se arrastraba por la delgada cinta del camino, a través de las tierras, mientras que, muy lejos, del lado de París, el público que no pagaba, un rebaño acampando en los ribazos, ponía una línea movediza de puntos sombríos en la entrada del bosque, bajo los árboles.

Pero la alegría enardeció de repente a las cien mil almas que cubrían aquel trozo de campo con un bullicio de insectos, enloquecidos bajo el vasto cielo.

El sol, oculto desde hacía un cuarto de hora, volvió a aparecer, derramándose en un lago de luz. Y todo brilló de nuevo; las sombrillas de las mujeres eran como escudos de oro por encima de la muchedumbre. Se aplaudía al sol, lo saludaban con risas, y los brazos se agitaban como para apartar las nubes.

Entretanto, el juez de paz se adelantaba solo en medio de la desierta pista. Más arriba, hacia la izquierda, apareció un hombre con una bandera roja en la mano.

—Es el *starter*, el barón de Mauriac —respondió Labordette a una pregunta de Nana.

Alrededor de la joven, entre los hombres que se apiñaban hasta en los estribos de su carruaje, surgían exclamaciones y se mantenía una conversación incoherente, con palabras lanzadas bajo el efecto inmediato de las impresiones. Philippe y Georges, Bordenave y Héctor no podían callarse.

—¡No empujen tanto! ¡Déjenme ver! El juez entra en su garita... ¿Dice que es el señor de Souvigny? Se necesitan buenos ojos para precisar el tamaño de su nariz... ¡Cállese; ya levantan la oriflama! Ahí están, ¡atención! Cosinus va primero.

Una bandera amarilla y roja flameaba en el aire, en lo alto de su mástil. Los caballos llegaron uno por uno, conducidos por sus mozos de cuadra, los jockeys detrás de los animales y con los brazos colgantes, formando manchas claras al sol.

Después de Cosinus aparecieron «Hasard» y «Boum». Luego un murmullo acogió a «Spirit», un bayo cuyos colores, limón y negro, tenían una tristeza británica. «Valerio II» tuvo un gran éxito a su entrada: pequeño, vivo, en verde suave con listas

rosa. Los dos de Vandevres se hacían esperar. Por fin, detrás de Frangipane con colores azul y blanco, se presentaron. Pero «Lusignan», un bayo muy oscuro, de una forma irreprochable, casi fue olvidado ante la sorpresa que causó «Nana».

Nunca se la había visto así; el rayo de sol doraba a la potranca alazana con rubicundez de muchacha rojiza. Relucía a la luz como un luis nuevo: el pecho ancho, la cabeza y el cuello ligeros, con el movimiento nervioso y fino de su robusto lomo.

—Vaya, tiene mis cabellos —gritó Nana extasiada—. ¿Saben que estoy orgullosa?

Subían al landó. Bordenave casi se puso en pie encima de Louiset, a quien su madre olvidaba. Lo cogió con gruñidos paternos y se lo subió a un hombro, murmurando:

—Este pobre chico también tiene derecho a verlo... Espera, que voy a enseñarte a mamá... Allá abajo, mira el caballo.

Y como Bijou le rascase las piernas, también lo cogió, mientras Nana, dichosa de que aquel animal llevase su nombre, echó una mirada a las otras mujeres para ver qué cara ponían. Todas rabiaban. En aquel instante, en su *fiacre*, la Tricon, inmóvil hasta entonces, agitaba las manos y daba las órdenes a un *bookmaker*, por encima de la muchedumbre. Su olfato acababa de hablar: apostaba por «Nana». Sin embargo, Héctor de la Faloise armaba un ruido insoportable. Se encaprichaba con Frangipane.

—Tengo una inspiración —repetía—. Miren a ese Frangipane. ¿Eh? ¡Qué movimientos...! ¡Cojo a Frangipane a ocho! ¿Quién da?

—Conténgase —acabó por decir Labordette—. No hará más que lamentarse.

—Una engañifa ese Frangipane —replicó Philippe—. Está empapado... Ya lo verá en el galope de ensayo.

Los caballos habían subido hacia la derecha, y partieron para el galope de ensayo, pasando en desbandada por delante de las tribunas. Entonces hubo un nuevo apasionamiento y todos hablaban a la vez.

—Demasiado largo de lomo ese «Lusignan», pero bien preparado... ¿Sabe que ese «Valerio II» no vale un ochavo? Es nervioso, galopa con la cabeza alta, y eso es mala señal. Miren, Bume monta a «Spirit»... Les digo que no tiene espaldilla, y una buena espaldilla lo es todo... No, decididamente, «Spirit» es muy tranquilo... Oiga, yo he visto a «Nana» después de la Grande Poule des Produits, y estaba temblorosa, con el pelo muerto y un resuello muy fuerte. Veinte luses a que no se clasifica... Basta ya, nos fastidia con su Frangipane. Ya no es el momento; ahí salen.

Era Héctor, que casi lloraba debatiéndose por encontrar un *bookmaker*. Hubo que hacerle entrar en razón.

Todos los cuellos se alargaban, pero la primera salida no fue buena; el starter, que se le veía allá lejos como un delgado tronco negro, no había bajado su bandera roja. Los caballos volvieron después de un corto galope. Aún hubo dos salidas más en

falso. Por fin el starter reunió a los caballos y los lanzó con una destreza que arrancó gritos. «¡Soberbio!» «No, ha sido la casualidad...» «No importa, ya está.»

El clamor ahogó la ansiedad que oprimía los pechos. Ahora se paralizaron las apuestas, la suerte se jugaba sobre la inmensa pista. Al principio reinó el silencio, como si los alientos fuesen cortados. Sus caras se alzaban, blancas, con estremecimientos. A la salida, «Hasard» y Cosinus habían hecho el juego poniéndose en cabeza. «Valerio II» les seguía de cerca, y los otros iban en confuso pelotón. Cuando pasaron por delante de tribuna, conmoviendo el suelo, con el viento huracanado de su carrera, el pelotón ya se estiraba en una cuarentena de largos. Frangipane iba el último, y «Nana» estaba un poco detrás de «Lusignan» y de «Spirit».

—Caramba —murmuró Labordette—. Cómo se desenvuelve el inglés.

En el landó todo eran gritos y exclamaciones. Se empinaban y seguían con la vista las manchas deslumbrantes de los jockeys, que desfilaban bajo el sol. En la subida, «Valerio II» se puso en cabeza; Cosinus y «Hasard» perdían terreno, mientras «Lusignan» y «Spirit», pegadas casi las cabezas, seguían teniendo tras ellos a «Nana».

—¡Diablos! el inglés está ganando —dijo Bordenave—. «Lusignan» se fatiga y «Valerio II» no aguanta.

—Pues quedaremos bien si gana el inglés —exclamó Philippe en un arrebato de fervor patriótico.

Un sentimiento de angustia empezaba a deprimir a toda la gente allí amontonada. ¡Aún otra derrota! Y un clamor de voto extraordinario, casi religioso, subió por «Lusignan», mientras se injuriaba a «Spirit», con su jockey ofreciendo una mueca de enterrador.

De la multitud desparramada por la hierba se elevaba un frenesí de los grupos, que se esparcía por todo el ambiente, los jinetes cruzaban el césped en un galope furioso. Y Nana, que miraba en torno suyo, contemplaba a sus pies aquel oleaje de caballos y de personas, aquel mar de cabezas bajas y como arrebatadas hacia la pista por el torbellino de la carrera, rayando el horizonte el vivo relampagueo de los jockeys.

Ella los seguía por la espalda, fijos los ojos en las grupas, en la velocidad increíble de sus patas, que se perdían allá lejos y se adelgazaban. Ahora, en el fondo, desfilaban de perfil, pequeños, delicados, sobre las lejanías verdosas del bosque. Luego, bruscamente, desaparecieron tras un gran conjunto de árboles plantados en medio del hipódromo.

—¡Esperen! —gritó Georges, siempre con su esperanza—. Aún no se ha acabado. El inglés está rendido.

Pero Héctor de la Faloise, poseído por su desdén nacional, se ponía escandaloso

aclamando a «Spirit». ¡Bravo! ¡Ya estaba hecho! Francia necesitaba aquello. «Spirit» primero y Frangipane segundo. ¡Esto aplastaría a la patria!

Labordette, a quien exasperaba, le amenazó seriamente con arrojarlo del coche.

—A ver cuántos minutos tardan, —dijo Bordenave con la mayor tranquilidad y sacando su reloj mientras sostenía a Louiset.

Uno a uno, tras el conjunto de árboles, reaparecieron los caballos. Hubo un estupor; la muchedumbre lanzó un prolongado murmullo. «Valerio II» se mantenía en cabeza, pero «Spirit» le ganaba terreno, y detrás de él «Lusignan» había cedido mientras otro caballo tomaba su puesto. Aquello no se comprendió en seguida. Se confundían las casacas, hasta que surgieron las primeras exclamaciones...

—¡Pero si es «Nana»...! ¡Vamos ya, «Nana»! Le digo que «Lusignan» no se ha movido... Sí, es «Nana». Se la reconoce muy bien por su color de oro... ¡La ven ahora! Está echando fuego... ¡Bravo, «Nana»! Vaya una tarde... Eso no significa nada. Está haciendo el juego a «Lusignan».

Durante algunos segundos, aquella fue la opinión de todos. Pero lentamente la potranca ganaba terreno, en un esfuerzo continuo. Entonces la emoción fue inmensa. La cola de caballos, rezagada, ya no interesaba. Una lucha suprema se establecía entre «Spirit», «Nana», «Lusignan» y «Valerio II».

Se les nombraba, se comprobaba su progreso o su desfallecimiento, con frases sin fin, apenas balbuceadas.

Y Nana, que acababa de subir al asiento de su cochero, como izada, permanecía pálida, sacudida por un temblor y tan oprimida que se callaba. A su lado, Labordette había recobrado su sonrisa.

—Vean. El inglés se ha puesto mal —dijo alegremente Philippe—. Ya no marcha bien.

—En todo caso, «Lusignan» está acabado —gritó Héctor de la Faloise—. Es «Valerio II» el que llega... ¡Miren! Ahí están los cuatro en pelotón.

Una misma palabra salió de todas las bocas.

—¡Vaya galope, muchachos! ¡Qué brío más endiablado!

Ahora el pelotón llegaba de frente, como un rayo. Se sentía su aproximación y casi su aliento, un resoplido lejano que se agrandaba a cada segundo. La multitud, impetuosamente, se había precipitado a las barreras y, precediendo a los caballos, escapó un profundo clamor de los pechos, que crecía según se aproximaban con un ruido de mar embravecido.

Era la última brutalidad de una colosal partida; cien mil espectadores dominados por una idea fija, ardiendo en la misma necesidad de suerte tras aquellos animales en cuyo galope había millones. Se empujaban, se aplastaban, con los puños cerrados, la boca abierta, cada uno para sí, cada uno azuzando a su caballo con la voz y el ademán. Y el grito de un pueblo, grito de fiera reaparecida bajo las levitas, rugiendo

cada vez más.

—¡Ahí están! ¡Ahí están! ¡Ahí están...!

Pero «Nana» aún ganaba terreno; ahora «Valerio II» estaba distanciado, mantenía la cabeza, con «Spirit» a dos o tres cuellos. El rugido de trueno había crecido. Ya llegaban, y una tempestad de juramentos los acogía desde el landó.

—¡Vamos ya, «Lusignan»; cobarde, cochino burro! ¡Muy elegante «Spirit»! ¡Adelante, adelante, viejito...! ¡Ese Valerio es un asco! ¡Ah, carroña! ¡Al diablo mis diez luises! ¡No hay como «Nana»! ¡Bravo, «Nana»! ¡Bravo granujilla!

Y sobre el asiento, Nana, sin darse cuenta, había adoptado un balanceo de muslos y de riñones, como si ella misma corriese. Daba sacudidas con el vientre, como si ayudase a la potranca. A cada sacudida, lanzaba un suspiro de fatiga, diciendo con voz penosa y baja:

—Vamos ya... vamos ya... vamos ya...

Entonces se vio una cosa soberbia. Price, de pie sobre los estribos, el látigo en alto, azotaba a «Nana» con brazo férreo. Aquel viejo niño disecado, aquel largo rostro, duro y muerto, lanzaba llamas. Y, en un arrebató de furiosa audacia, de voluntad triunfante, entregaba su corazón a la potranca, la sostenía, la llevaba, bañada de espuma y los ojos sangrientos.

El pelotón pasó con un redoble de trueno, cortando las respiraciones, barriendo el aire, mientras el juez, muy frío y con el ojo en la mira, esperaba. Después retumbó una inmensa exclamación. En un esfuerzo supremo, Price acababa de arrojar a «Nana» contra el poste, batiendo a «Spirit» por el largo de una cabeza.

Aquello fue como el clamor surgido de una marea. ¡«Nana», «Nana», «Nana»! El grito rodaba, crecía con violencia de tempestad, llenando poco a poco el horizonte, desde las profundidades del bosque al monte Valérien, desde las praderas de Longchamp a la planicie de Boulogne. Sobre el césped había estallado abiertamente un entusiasmo frenético. ¡Viva «Nana»! ¡Viva Francia! ¡Abajo Inglaterra!

Las mujeres blandían sus sombrillas; los hombres saltaban, daban vueltas, rugían; otros, con risas nerviosas, arrojaban sus sombreros. Y de un lado a otro de la pista, el recinto de pesaje respondía, una agitación conmovía las tribunas, sin que se viese claramente más que un temblor en el aire, como la llama invisible de un brasero, encima de aquel montón vivo de pequeños rostros descompuestos, de brazos retorcidos, con los puntos negros de los ojos y la boca abierta.

Aquello ya no cesaba, se hinchaba, volvía a empezar en el fondo de las avenidas lejanas, entre el pueblo acampado bajo los árboles, para extenderse y alargarse en la emoción de la tribuna imperial, donde la emperatriz había aplaudido. ¡«Nana», «Nana», «Nana»!

El grito ascendía en la gloria del sol, cuya lluvia de oro bañaba el vértigo de la muchedumbre.

Entonces Nana, en pie sobre el asiento de su landó, crecía, creyendo que la aclamaban. Ella había permanecido inmóvil un instante, con el estupor de su triunfo, mirando la pista invadida por una avalancha tan espesa que no se veía la hierba, cubierta por un mar de sombreros negros.

Luego, cuando todo aquel gentío se hubo colocado, formando una larga fila hacia la salida, saludando de nuevo a «Nana», que se iba con Price, doblado sobre el cuello del animal, agotado y como vacío, ella se golpeó los muslos violentamente, olvidándose de todo, triunfando sus frases creídas:

—¡Ah, Dios mío, si soy yo! ¡Dios mío, qué suerte!

Y no sabiendo cómo expresar la alegría que la trastornaba, cogió y besó a Louiset, a quien acababa de ver en el aire, sobre los hombros de Bordenave.

—Tres minutos y catorce segundos —dijo Bordenave volviendo a guardar su reloj en el bolsillo.

Nana continuaba oyendo su nombre, cuyo eco le enviaba la llanura entera. Era su pueblo aplaudiéndola, mientras ella, erguida ante el sol, dominaba con sus cabellos de astro y su traje blanco y azul, color de cielo.

Labordette, escapándose, acababa de anunciarle una ganancia de dos mil luises, porque había colocado sus cincuenta luises por «Nana» a cuarenta.

Pero este dinero la conmovía menos que aquella victoria inesperada, cuyo estallido la hacía reina de París. Todas las otras mujeres perdían. Rose Mignon, en un impulso rabioso, había roto su sombrilla, y Caroline Héquet y Clarisse, y Simonne, y aun la misma Lucy Stewart, a pesar de su hijo, juraban sordamente, asqueadas ante la suerte de aquella gorda ramera, pero la larguirucha Tricon, que se había santiguado a la salida y a la llegada de los caballos, sobresalía por encima de todas, gozosa con su corazonada y alabando a Nana como matrona experta.

Mientras, alrededor del landó la aglomeración era cada vez mayor y todo eran gritos estridentes. Georges, oprimido, continuaba chillando solo, ronco ya. Como faltaba champaña, Philippe se llevó a los criados para recorrer los puestos de bebidas. Y la corte de Nana seguía creciendo, pues su triunfo decidía a los retrasados; el movimiento que había hecho con su carruaje en el centro del césped concluía en apoteosis: era la reina Venus para sus enloquecidos súbditos.

Bordenave, detrás de ella, renegaba con un enternecimiento de padre. El mismo Steiner, reconquistado, había abandonado a Simonne y se erguía sobre un estribo.

Cuando el champaña llegó y ella levantó su copa, fueron tales los aplausos y se gritó tan fuerte ¡«Nana», «Nana», «Nana»! que la muchedumbre, asombrada, buscaba a la potranca, y no se sabía si era el animal o la mujer lo que llenaba los corazones.

A todo esto, Mignon corría, a pesar de las terribles miradas de Rose. Aquella condenada muchacha le sacaba de quicio y quería abrazarla. Luego, después de besarle las mejillas, le dijo paternalmente:

—Lo que más me fastidia es que ahora Rose enviará la carta... Está demasiado rabiosa.

—Pues mejor. Eso me situará —dijo Nana, pero al verle estupefacto, en seguida añadió—: No me hagas caso; no sé lo que digo... Ya estoy borracha.

Y lo estaba, en efecto; borracha de alegría, borracha de sol y con el vaso en alto, se aclamaba a sí misma.

—¡Por «Nana»! ¡Por «Nana»! —gritaba en medio de un recrudecimiento de la algazara, de las risas y los bravos que poco a poco se enseñoreaban del hipódromo.

Las carreras concluían; se corría el Premio Vaublanc. Los coches iban saliendo uno tras otro.

Sin embargo, el nombre de Vandevres volvía a ser el centro de las discusiones.

Ahora la cosa estaba clara: Vandevres, desde hacía dos años, preparaba su golpe, encargando a Gresham que retuviese a «Nana», y no había lanzado a «Lusignan» más que para hacer el juego a la potranca. Los perdedores se enojaban, mientras que los ganadores se encogían de hombros. ¿Y qué? ¿Acaso no estaba permitido? Un propietario llevaba su cuadra como le parecía. Ya se habían visto otros casos.

La mayoría reconocía en Vandevres mucho talento al haber hecho que unos cuantos amigos recogiesen todo lo que había podido tomar sobre «Nana», lo cual explicaba el alza brusca de las cotizaciones; se hablaba de dos mil lises, a treinta de promedio, lo que hacía un millón doscientos mil francos de ganancia, una cantidad cuya importancia imponía respeto y lo excusaba todo.

Pero otros rumores, gravísimos, llegaban del recinto de pesaje. Los hombres que volvían de allí precisaban los detalles, y las voces aumentaban asegurando que se trataba de un escándalo vergonzoso.

El pobre Vandevres estaba acabado; había echado a perder su soberbio golpe por una estúpida necesidad, por un robo idiota, al encargar a Maréchal, un *bookmaker* tarado, que diese por su cuenta dos mil lises contra «Lusignan», con la intención de recuperar sus mil y pico de lises apostados abiertamente, una miseria, y esto probaba el enredo, en medio del último crujido de su fortuna.

El *bookmaker*, advertido de que el favorito no ganaría, había realizado unos sesenta mil francos sobre ese caballo.

Sólo que Labordette, falto de instrucciones exactas y detalladas, había ido precisamente a cogerle doscientos lises sobre «Nana», que el otro continuaba dando a cincuenta en su ignorancia del verdadero golpe.

Despojados de cien mil francos con la potranca, con una pérdida de cuarenta mil, Maréchal, que sentía que todo se derrumbaba bajo sus plantas, lo comprendió bruscamente al ver a Labordette hablando con el conde después de la carrera, frente a la sala de pesaje, y en su furor de antiguo cochero, con una brutalidad de hombre robado, acababa de hacer pública una escena vergonzosa, contando toda la historia

con palabras gráficas y amotinando a todo el mundo. Se añadía que el jurado de las carreras iba a reunirse.

Nana, a quien Philippe y Georges ponían al corriente en voz baja, hacía consideraciones sin dejar de reír y beber. Era posible, después de todo; se acordaba de ciertas cosas, y además, aquel Maréchal tenía muy mala cara.

No obstante, aún dudaba cuando Labordette reapareció. Estaba muy pálido.

—¿Y qué? —le preguntó a media voz.

—Perdido —respondió simplemente.

Y se encogió de hombros. Un chiquillo ese Vandeuves. Ella hizo un gesto de fastidio.

Por la noche, en Mabilie, Nana obtuvo un éxito colosal. Cuando apareció, hacía las diez, el alboroto era formidable. Esta clásica velada de locura reunía a toda la juventud galante, a una sociedad selecta que se enlodaba en una brutalidad y una imbecilidad de lacayos. Se aplastaban bajo las guirnaldas de gas; fracs negros, atuendos excesivos, mujeres muy escotadas, con viejos trajes apropiados para ensuciarse, chillaban, y daban vueltas dominados por una embriaguez enorme.

A treinta pasos ya no se oían los instrumentos de la orquesta. Nadie bailaba. Palabras necias, repetidas sin saber por qué, circulaban entre los grupos. Se hacían esfuerzos queriendo ser graciosos. Siete mujeres, encerradas en el vestuario, lloraban para que les abriesen. Un chalote, encontrado y puesto en subasta, fue rematado en dos luses.

Precisamente Nana llegó en aquel instante, con el mismo vestido que llevaba en la carrera, azul y blanco. Le entregaron el chalote en medio de una salva de aplausos. Contra su voluntad, la cogieron tres señores y la pasearon triunfante por el jardín, a través de los céspedes pisoteados y de los macizos de plantas destrozados, y como la orquesta constituía un obstáculo, la tomaron al asalto, rompieron las sillas y los atriles, mientras un policía, paternal, organizaba el desorden.

Hasta el martes Nana no logró reponerse de las emociones de su victoria. Aquella mañana hablaba con la señora Lerat, que llegó para darle noticias de Louiset, a quien el aire libre había puesto enfermo.

Una historia que ocupaba a todo París la apasionaba. Vandeuves, excluido de los campos de las carreras, expulsado la misma noche del Círculo Imperial, incendió al día siguiente su cuadra, con sus caballos y él dentro.

—Me lo había dicho —repetía la joven—. Estaba loco ese hombre... Qué miedo tuve cuando me lo contaron anoche. Ya comprenderás, habría podido asesinarme cualquier noche... ¡Y debió prevenirme sobre su caballo! Habría ganado una fortuna, por lo menos... Le dijo a Labordette que si yo conocía el asunto, en seguida informaría a mi peluquero y a una serie de hombres. ¡Vaya cortesía! No, verdaderamente no puede dolerme mucho.

Después de esta reflexión se puso furiosa. Precisamente entraba Labordette; había arreglado sus apuestas y le traía cuarenta mil francos. Esto no hizo más que aumentar su mal humor, porque ella había podido ganar un millón. Labordette, que se hacía el inocente en toda aquella aventura, abandonó abiertamente a Vandeuves. Esas antiguas familias estaban vacías y acababan de una manera imbécil.

—¡Ah, no! —exclamó Nana—. No es ninguna imbecilidad prenderse fuego en un establo. Yo encuentro que ha acabado con arrogancia. Ya sabes que no defiendo su enjuague con Maréchal. Eso es imbécil. Cuando pienso que Blanche tuvo la desfachatez de echármelo a la cara... Yo le respondí: ¿Es que le mandé robar? Se puede pedir dinero a un hombre sin empujarlo al crimen... Si me hubiese dicho: No tengo nada, yo le habría dicho: Está bien, separémonos, y la cosa no habría ido más lejos.

—Sin duda —dijo la tía seriamente—. Cuando los hombres se obstinan, peor para ellos.

—En cuanto a la pequeña fiesta del final, fue muy distinguida —añadió Nana—. Parece que fue terrible, hasta poner carne de gallina. Había alejado a todo el mundo y se encerró dentro con el petróleo... Y eso arde que da gusto. Imagínese un edificio, casi todo de madera, lleno de paja y de heno... Las llamas subían como torres... Lo más bonito es que los caballos no se dejaban tostar. Se les oía patear y arrojarse contra las puertas, con rugidos que parecían humanos... Sí, la gente que lo vio todavía se estremece.

Labordette dejó escapar un ligero suspiro de incredulidad. Él no creía en la muerte de Vandeuves. Alguien le había visto saltando por una ventana. Había prendido fuego a su cuadra en un ataque de locura, pero cuando sintió demasiado calor, debió de pensarlo mejor. Un hombre tan estúpido con las mujeres, tan vacío, no podía morir con aquella arrogancia.

Nana le escuchaba desilusionada. Y no encontró más que esta frase:

—Desgraciado él... ¡Era tan guapo!

Capítulo XII

Hacia la una de la madrugada, en el gran lecho con encajes de Venecia, Nana y el conde aún no dormían. Él había vuelto por la noche después de un enfado de tres días. El dormitorio, débilmente iluminado por una lámpara, estaba caldeado e impregnado de un grato aroma, con las vagas palideces de sus muebles de laca blanca incrustada de plata. Una cortina corrida ahogaba el lecho en una ola de sombra. Hubo un suspiro, luego un beso cortó el silencio, y Nana, deslizándose entre las sábanas, permaneció un instante sentada en el borde, con las piernas desnudas. El conde, recostada la cabeza en la almohada, permanecía en la oscuridad.

—Querido, ¿crees en Dios? —preguntó ella después de un momento de reflexión, serio el rostro e invadida por un temor religioso al salir de los brazos de su amante.

Desde aquella mañana se quejaba de cierto malestar, y todas sus ideas necias, como decía ella, las ideas de la muerte y del infierno, la conmovían sordamente. A veces le ocurría que durante la noche, con los ojos abiertos, sufría pesadillas, con miedos infantiles y visiones atroces. Añadió:

—¿Crees que iré al cielo?

Y se estremecía mientras el conde, sorprendido por esas extrañas preguntas en semejante momento, sentía que se despertaban en él sus sentimientos católicos. Pero con la camisa deslizada de sus hombros y el cabello suelto, Nana se dejó caer sobre su pecho, sollozando y abrazándole.

—Tengo miedo de morir... Tengo miedo de morir...

Muffat pasó grandes apuros para desasirse. Él mismo temía ceder a un arrebató de locura de aquella mujer, pegada contra su cuerpo, en el espanto contagioso de lo invisible, y le decía que ella estaba muy bien de salud y que bastaba con que se portase dignamente para merecer el perdón un día.

Sin embargo, Nana meneaba la cabeza; sin duda no hacía mal a nadie, incluso llevaba una medalla de la Virgen, que le enseñó, colgada de un hilo rojo entre los senos; sólo que todo estaba regulado con antelación, y todas las mujeres que no estaban casadas y se veían con hombres, iban al infierno. Recordaba párrafos de su catecismo. ¡Ah! si se supiese con certeza, pero no, nada se sabía, nadie aportaba noticias, y era cierto; sería estúpido enfadarse si los sacerdotes decían tonterías. No obstante, ella besaba devotamente su medalla, aún tibia por su piel, como una conjuración contra la muerte, cuya idea la llenaba de un horror frío.

Fue preciso que Muffat la acompañase al tocador, Nana temblaba ante la idea de quedarse sola un minuto, aun dejando la puerta abierta. Cuando él volvió a acostarse, ella anduvo por la habitación, revisando los rincones y estremeciéndose al más ligero ruido.

Un espejo la detuvo y, como en otros tiempos, se olvidó de todo ante su desnudez. Pero la visión de su pecho, de sus caderas y de sus muslos redobló su miedo. Acabó por tentarse los huesos de la cara, largamente, con las dos manos.

—Se es fea cuando se está muerta —dijo con voz lenta.

Y se estrechaba las mejillas, agrandando los ojos, hundiendo la mandíbula para ver cómo estaría. Luego, volviéndose hacia el conde, desfigurada de aquella forma, le dijo:

—Mírame, tendré la cabeza muy pequeña.

Entonces él se enfadó.

—Tú estás loca. Ven a acostarte.

El conde la veía en una fosa, con el descamamiento de un siglo de sueño, y sus manos estaban unidas, tartamudeando una plegaria.

Desde hacía algún tiempo la religión le había reconquistado; sus crisis de fe, cotidianas, recobraban aquella violencia de congestiones sanguíneas que le dejaban como aplastado. Sus dedos crujían, y repetía estas únicas palabras continuamente: ¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¡Dios mío!

Era el grito de su impotencia, el grito de su pecado, contra el que se quedaba sin fuerzas, a pesar de la seguridad de su condenación. Cuando ella volvió a la cama lo encontró huraño, clavadas las uñas en el pecho y con los ojos hacia arriba, como buscando el cielo.

Y Nana lloró nuevamente; se abrazaron, castañeteando los dientes sin saber por qué, rodando hasta el fondo de la misma obsesión imbécil. Ya había pasado otra noche igual, sólo que aquella vez había sido completamente idiota, o así lo consideró Nana cuando se le pasó el miedo.

Una sospecha la indujo a interrogar al conde prudentemente; tal vez Rose Mignon ya había enviado la famosa carta. Pero no había tal cosa, aquello no era la causa, porque él aún ignoraba sus cuernos.

Dos días más tarde, después de una nueva desaparición, Muffat se presentó al empezar la tarde, a una hora en que no solía aparecer nunca. Estaba lívido, los ojos enrojecidos y sacudido por una gran lucha interior.

Pero Zoé, asustada a su vez, no se dio cuenta de aquella turbación. Había corrido a su encuentro y le pedía:

—Señor, entre, entre. La señora estuvo a punto de morir anoche.

Y como Muffat pidiese detalles, repuso:

—Lo más increíble... Un aborto, señor.

Nana estaba encinta de tres meses. Hacía mucho tiempo que había creído en una indisposición; el mismo doctor Bautarel dudaba. Luego, cuando se pronunció abiertamente, fue tanta su contrariedad que hizo todo lo posible por disimular su embarazo. Sus miedos nerviosos, sus humores negros procedían un poco de esa

circunstancia, que ella guardaba celosamente, con una vergüenza de madre soltera obligada a ocultar su estado.

Esto le parecía un accidente ridículo, algo que la rebajaba y de lo que se burlarían.

¡Bonita broma! Verdaderamente era mala suerte. Haber caído en la trampa cuando se creía maestra. Y no volvía de su sorpresa, como si hubiesen descompuesto su sexo; se hacían, pues, niños, incluso cuando no se querían y aunque se emplease para otros menesteres.

La naturaleza la exasperaba; esta maternidad grave que se levantaba en su placer, esta vida dada en medio de tantas muertes como sembraba en torno suyo... ¿Era que no se podía disponer de sí a su capricho y sin tantas historias? ¿De dónde salía aquel crío? Ni siquiera podía decirlo. ¡Ay, Dios! Quien lo había hecho ya pudo tener la hermosa idea de guardárselo para él, porque nadie lo quería, molestaba a todo el mundo y seguramente tampoco le esperaban muchas felicidades en su existencia.

Mientras, Zoé relataba la catástrofe:

—La señora se sintió atacada de cólicos hacia las cuatro de la madrugada. Cuando yo fui al tocador, al ver que ella no regresaba, la encontré tendida en el suelo, desvanecida. Sí, señor, en el suelo y sobre un charco de sangre, como si la hubieran asesinado... Entonces lo comprendió todo, ¿no es cierto? Estaba furiosa; la señora pudo confiarme su malestar... Precisamente estaba el señor Georges. Él me ayudó a levantarla, y a la primera palabra de aborto, él también se puso mal... La verdad es que no he hecho más que tragar bilis desde ayer.

En efecto, el hotel parecía trastornado. Todos los criados corrían arriba y abajo de la escalera y de las habitaciones. Georges se había pasado la noche en un sillón del salón. Él fue quien aquella tarde dio la noticia a los amigos de la señora a la hora en que ella tenía la costumbre de recibir visitas. Aún estaba pálido y contaba la historia, sin reprimir su estupor y su emoción. Steiner, Héctor, Philippe y otros más se habían presentado. Desde las primeras palabras no hacían más que exclamar: ¡No es posible! Debe de ser una farsa.

En seguida se ponían serios, miraban hacia la puerta del dormitorio con gesto adusto, meneando la cabeza, no encontrando gracioso aquello. Hasta medianoche una docena de señores estuvieron hablando bajo cerca de la chimenea, todos ellos amigos y todos inquietos por la misma idea de paternidad.

Parecían excusarse unos a otros, torpemente. Luego se encogieron de hombros; aquello no les incumbía, y era culpa de ella. ¡Qué asombrosa resultaba Nana! Nunca hubiesen creído en semejante broma por su parte. Y todos se fueron, uno detrás de otro, de puntillas, como si estuviesen en la alcoba de un muerto, donde ya no se podía reír.

—Pero suba usted, señor —le pidió Zoé a Muffat—. La señora está mucho mejor, y podrá recibirle... Esperamos al doctor, que ha prometido volver esta mañana.

La doncella había convencido a Georges para que volviese a su casa y durmiera un poco. Arriba, en el salón, no había más que Satin, echada en un diván, fumando un cigarrillo y con los ojos en el vacío.

Desde el accidente, en medio del atolondramiento de toda la casa, ella sólo mostraba una rabia fría con sus encogimientos de hombros y sus agresivas palabras.

En el momento en que Zoé pasaba por delante de ella repitiendo al conde que su pobre señora había sufrido mucho, soltó irritada:

—¡Le está bien empleado! ¡Así aprenderá!

Los dos se volvieron sorprendidos. Satin no se había movido, los ojos fijos en el techo y el cigarrillo colgando nerviosamente entre sus labios.

—¡Pues sí que es usted buena! —dijo Zoé.

Pero Satin se incorporó rápidamente, miró iracunda al conde y le lanzó de nuevo su frase a la cara:

—¡Le está bien empleado! ¡Así aprenderá!

Y volvió a echarse, sopló unos aros de humos, como desinteresada, y resolvió no mezclarse en nada. Aquello era demasiado estúpido.

Zoé acababa de introducir a Muffat en el dormitorio. Un olor a éter reinaba en medio de un tibio silencio que los escasos coches de la avenida de Villiers apenas turbaban con su sordo sonar. Nana, cuya palidez resaltaba sobre la almohada, no dormía, y sus grandes y soñadores ojos permanecían abiertos. Sonrió, sin moverse, al ver al conde.

—Ah, gatito mío —murmuró con voz lenta—; creí que no volvería a verte.

Luego, cuando él se inclinó para besarle los cabellos, Nana se enterneció y le habló del niño de buena fe, como si él fuese el padre.

—No me atrevía a decírtelo... ¡Era tan feliz...! Hacía proyectos, hubiese querido que fuera digno de ti. Y de pronto, ya no hay nada... En fin, tal vez sea mejor. No quiero poner un obstáculo en tu vida.

Él, asombrado de esta paternidad, balbucía frases. Había cogido una silla y se sentó junto a la cama, un brazo apoyado en la colcha. Nana se dio cuenta de que estaba trastornado, como si tuviese los ojos inyectados en sangre y le temblasen los labios.

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo tú también?

—No —respondió penosamente.

Nana le miró con la mayor atención. Con una seña despidió a Zoé, que se demoraba colocando en orden los frascos. Y cuando estuvieron solos, ella lo atrajo y repitió:

—¿Qué tienes, querido? Estás llorando; lo estoy viendo. Habla, tú has venido para decirme algo.

—No, no, te lo juro —tartamudeó él.

Pero abatido por el sufrimiento, conmovido todavía más por aquella habitación de enfermo adonde fue sin saberlo, estalló en sollozos y hundió su rostro en las sábanas para ahogar la explosión de su dolor.

Nana había comprendido. Seguro que Rose Mignon se había decidido a enviarle la carta. Lo dejó llorar un instante, sacudido por convulsiones tan violentas que hacía temblar la cama. Por último, con acento de maternal compasión, le preguntó:

—¿Tienes problemas en tu casa?

Dijo que sí con la cabeza. Ella hizo una nueva pausa; luego, muy bajo, añadió:

—Entonces, ¿lo sabes todo?

Él dijo que sí con la cabeza. Y volvió el silencio, un pesado silencio que llenó la alcoba ya dolorida. La noche pasada, al regresar de una velada en casa de la emperatriz, había recibido la carta escrita por Sabine a su amante.

Después de una noche atroz, pasada planeando una venganza, salió por la mañana para rechazar el deseo de matar a su esposa. Una vez fuera, vencido por la suavidad de una hermosa mañana de junio, no fue capaz de ordenar sus ideas, y acudió a casa de Nana, como solía hacerlo en todas las horas terribles de su existencia. Sólo allí se abandonaba a su miseria con la cobarde alegría de ser consolado.

—Vamos, cálmate —le pidió Nana con acento bondadoso.

Hace mucho tiempo que yo lo sé. Pero seguro que no habría sido yo quien te abriese los ojos. Recuerda que el año pasado tenías tus dudas. Gracias a mi prudencia las cosas se arreglaron. Tú carecías de pruebas... Si ahora las tienes... es duro, lo comprendo. No obstante, hay que ser juicioso. No se queda deshonrado por eso.

Muffat ya no lloraba. Le contenía cierta vergüenza, aun cuando hacía tiempo que se había enterado hasta de las más íntimas confidencias sobre su hogar. Ella tuvo que animarle. Nana era mujer y lo comprendía todo. Luego él murmuró:

—Tú estás enferma ¿por qué tengo que fatigarte? Ha sido una estupidez haber venido. Me voy.

—Pues no —dijo ella con viveza—. Quédate. Te daré un buen consejo, seguramente. Sólo que no me hagas hablar mucho; me lo ha prohibido el médico.

Él se había levantado y paseaba por la habitación. Entonces ella le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Abofetear a ese canalla.

Ella hizo una mueca de desaprobación.

—Eso no es conveniente... ¿Y tu mujer?

—La denunciaré, tengo una prueba.

—Menos aconsejable todavía, querido. Es una necedad. Nunca te dejaré que hagas eso.

Y pausadamente, con voz débil, le demostró el escándalo inútil de un duelo y un proceso. Durante ocho días sería la comidilla de los periódicos; era toda su existencia

lo que se jugaba: su tranquilidad, su encumbrada posición en la corte, el honor de su nombre, ¿y por qué? Para que se riesen de él.

—¡Qué me importa! —exclamó—. ¡Me habré vengado!

—Gatito mío —dijo ella—, cuando no se venga uno inmediatamente de esas vilezas, ya no se venga nunca.

Él se detuvo, balbuciendo. No era un cobarde, pero comprendía que Nana tenía razón. Otro malestar crecía dentro de él y le invadía; era algo ruin y vergonzoso que minaba la razón de su cólera. Además, Nana le llegó con un nuevo golpe, dispuesta a decirlo todo.

—¿Y quieres saber qué es lo que más te subleva? Que tú también engañas a tu mujer. Tú no pasas las noches fuera de tu casa para ensartar perlas. Tu mujer debe de estar enterada. Entonces, ¿qué puedes tú reprocharle? Ella te responderá que tú le diste el ejemplo, lo que te cerrará la boca... Por eso, querido, estás aquí pataleando, en vez de estar allí y matarlos a los dos.

Muffat había caído de nuevo en la silla, aplastado bajo la brutalidad de aquellas palabras. Nana se calló, para tomar aliento; luego gimió:

—¡Oh! Estoy como rota. Ayúdame a incorporarme un poco. Me escurro y tengo la cabeza muy baja.

Cuando la hubo ayudado, ella suspiró, encontrándose mejor. Y volvió a meditar sobre el hermoso espectáculo de un proceso de separación. Ya veía al abogado de la condesa divirtiéndose a todo París con las cosas de Nana. Todo saldría a relucir, su fracaso en el Varietés, su hotel, su vida... ¡Ah, no!

Ella no necesitaba tanta publicidad. Cualquier cochina tal vez le empujase para darse bombo a costa suya, y ella quería su dicha antes que nada.

Nana lo había atraído hacía sí, y ahora lo tenía con la cabeza sobre la almohada, pegada a la suya y con un brazo bajo su cuello... Suavemente le murmuró:

—Óyeme, gatito mío; vas a arreglarte con tu mujer.

Él se revolvió. ¡Jamás! El corazón le estallaba; era demasiada vergüenza.

No obstante, Nana insistía con ternura:

—Vas a arreglarte con tu esposa... ¿Tú no querrás oír decir por todas partes que yo te he separado de tu hogar? Sería la peor reputación; ¿qué pensarían de mí? Júrame sólo que me amarás siempre, pues aunque te vayas con otra...

Las lágrimas la ahogaban. El conde la interrumpió, llenándola de besos y repitiendo:

—Estás loca; eso es imposible.

—Sí, sí —repuso ella—; es preciso... Yo procuraré conformarme. Al fin y al cabo se trata de tu mujer... No será lo mismo que si me engañaras con la primera que encontrases.

Y así continuó, dándole los mejores consejos. Incluso le habló de Dios. El conde

creía estar oyendo al señor Venot, cuando este viejo le sermoneaba para arrancarle del pecado. Sin embargo, ella no hablaba de romper sus relaciones; predicaba complacencias, una partición de buen hombre entre su mujer y su querida, una vida de tranquilidad, sin fastidio para nadie; algo así como un precioso sueño en las suciedades inevitables de la existencia. Aquello no cambiaría nada en su vida; él seguiría siendo su gatito preferido, sólo que vendría menos frecuentemente y dedicaría a la condesa las noches que no pasase con ella.

Nana había agotado sus fuerzas, y acabó con un ligero suspiro:

—Tendré en mi conciencia la tranquilidad de haber hecho una buena acción. Y tú me amarás más.

Siguió un silencio. Ella había cerrado los ojos, más pálida aún sobre la almohada. Ahora, el conde escuchaba, con el pretexto de que no quería fatigarla más. Al cabo de un largo minuto, Nana volvió a abrir los ojos y murmuró:

—¿Y el dinero? ¿De dónde sacarás el dinero si rompéis? Labordette vino ayer por lo del pagaré... Yo carezco de todo, no tengo nada que ponerme sobre el cuerpo.

Luego, cerrando los párpados, pareció muerta. Una angustiosa sombra pasó por el rostro de Muffat. En medio del golpe que le hería, olvidaba desde la víspera los apuros de dinero, de los que no sabía cómo salir. A pesar de las promesas formales, el pagaré de cien mil francos, renovado una primera vez, había sido puesto en circulación, y Labordette, afectando desespero, achacaba toda la culpa a Francis, diciendo que jamás se comprometería en un negocio con un hombre de tan poca educación.

Era preciso pagar, el conde jamás admitiría que se protestase su firma. Luego, aparte de las nuevas exigencias de Nana, tenía en su casa una cantidad de gastos extraordinarios. Al regresar de las Fondettes, la condesa había demostrado bruscamente su afición al lujo, un apetito de goces mundanos que devoraba su fortuna.

Se empezaba a hablar de sus caprichos ruinosos, de un nuevo tren de casa, quinientos mil francos gastados en transformar el viejo hotel de la calle Miromesnil, y de los trajes excesivos, y de las considerables sumas desaparecidas, fundidas, dadas tal vez, sin que ella se molestase en rendir cuentas.

Dos veces Muffat se había permitido unas observaciones, queriendo saber, pero ella le había mirado con un gesto tan extraño y sonriendo, que no se atrevió a interrogarla más por miedo a una respuesta demasiado clara.

Si aceptaba a Daguinet como yerno, sugerido por Nana, era sobre todo con la idea de reducir la dote de Estelle a doscientos mil francos, contando arreglarse sobre el resto con el joven, todavía dichoso por aquel inesperado matrimonio. No obstante, desde hacía ocho días, con esa necesidad inmediata de encontrar los cien mil francos de Labordette, el conde había pensado en una única salida, y ante la cual retrocedía.

Se trataba de vender los Bordes, una magnífica propiedad, valorada en medio millón, que un tío acababa de legar a la condesa. Sólo que hacía falta la firma de ella, pero tampoco la condesa, por su contrato, podía desprenderse de la propiedad sin autorización del conde.

La noche anterior aun pensó hablar de ello con su mujer. Y ahora todo se desmoronaba; después de lo sucedido, jamás aceptaría un compromiso semejante. Y este pensamiento abría todavía más la horrible herida del adulterio.

Comprendió muy bien lo que Nana le pedía, porque en el abandono creciente que le impedía enterarse de todo, se había quejado, y le confió sus apuros respecto a esta firma de la condesa.

Sin embargo, Nana no parecía insistir. No volvía a abrir los ojos. Y al verla tan pálida, tuvo miedo. La hizo tomar un poco de éter. Y ella suspiró, preguntándole, sin nombrar a Daguenet:

—¿Y qué hay del matrimonio?

—Se firma el contrato el martes, dentro de cinco días —respondió él.

Entonces, con los párpados siempre cerrados, como si pensase en voz alta, Nana añadió:

—En fin, gatito mío, ya ves lo que debes hacer... Yo sólo quiero que todo el mundo esté contento.

Y le tranquilizó cogiéndole una mano. Sí, él vería; lo importante era que ella reposase.

Ya no se revolvía. Aquella habitación de enferma, tan tibia y tan adormecida, impregnada de éter, había concluido por amodorrarle en una necesidad de paz dichosa. Toda su virilidad, enfurecida por la injuria, se había desvanecido al calor de aquel lecho, junto a aquella mujer doliente, a la cual cuidaba con la excitación de su fiebre y el recuerdo de sus voluptuosidades.

Se inclinó hacia ella, la estrechó en un abrazo, mientras la figura inmóvil tenía en sus labios una fina sonrisa de victoria.

Pero apareció el doctor Boutarel.

—¿Y bien? ¿Cómo sigue esta querida niña? —dijo familiarmente a Muffat, al que trataba como a un marido—. Vaya, ya la ha hecho hablar.

El doctor era un buen mozo, joven aún, que tenía una clientela soberbia en el mundo galante. Muy alegre, riendo como un camarada con las señoras, pero no acostándose jamás con ellas, se hacía pagar muy caro y con la mayor exactitud. Por otra parte, se molestaba a la menor llamada; Nana lo mandaba buscar dos o tres veces a la semana, siempre temblando ante la idea de la muerte, confiándole con ansiedad sus infantiles miedos, que él curaba entreteniéndola con comadreo y anécdotas picantes. Todas aquellas señoras lo adoraban. Pero esta vez el mal era serio.

Muffat se retiró muy conmovido. Ya no sentía más que un enternecimiento al ver

a su pobrecita Nana tan débil. Cuando salía, ella le llamó con una seña y le acercó la frente a la vez que, en voz baja, le decía en tono de amenaza cordial:

—Ya sabes lo que te he permitido... Vuelve con tu mujer, o se acabó; me enojaré.

La condesa Sabine había querido que el contrato de su hija se firmase un martes, para inaugurar con una fiesta el hotel restaurado, cuyas pinturas apenas estaban secas.

Quinientas invitaciones se habían enviado. Todavía aquella misma mañana los tapiceros ponían los cortinajes, y en el momento de encender las arañas, hacia las nueve, el arquitecto, acompañado de la condesa, que se desvivía, daba las últimas órdenes.

Era una de estas fiestas de primavera, de un tierno encanto. Las cálidas noches de junio habían permitido abrir las dos puertas del gran salón y prolongar el baile hasta la arena del jardín.

Cuando llegaron los primeros invitados, recibidos a la puerta por el conde y la condesa, se quedaron deslumbrados. Recordaban el salón de otros tiempos, por el que pasaba el recuerdo glacial de la condesa Muffat, aquella estancia antigua, de una severidad devota, con sus muebles imperio de caoba maciza, sus colgaduras de terciopelo amarillo, su techo verdoso y extremadamente húmedo.

Ahora, desde la entrada, en el vestíbulo, los mosaicos realzados de oro brillaban bajo los altos candelabros, y la escalera de mármol ostentaba en su barandilla finísimos cincelados. El salón resplandecía forrado de terciopelo de Génova, extendiendo en el techo una amplia decoración de Boucher, que el arquitecto había adquirido por cien mil francos en la venta del castillo de Dampierre.

Las arañas y los candelabros de cristal alumbraban un lujo de espejos y de muebles preciosos. Se habría dicho que la butaca de Sabine, aquel único asiento de seda roja, cuya molicie desentonaba en otro tiempo, se había multiplicado y extendido hasta llenar todo el hotel con una voluptuosidad perezosa, con un deleite agudo, que ardía con la violencia de los fuegos tardíos.

Ya se bailaba. La orquesta, situada en el jardín, delante de las ventanas abiertas, interpretaba un vals, cuyo ritmo acariciador llegaba suavizado y envuelto en el aire libre. Y el jardín se ensanchaba en una sombra transparente, iluminado de farolillos venecianos, con una tienda de púrpura situada en el borde de un césped y en donde se instaló un quiosco.

Aquel vals, precisamente el vals desgarrado de La Venus Rubia, que sugería una risa picaresca, penetraba en el viejo hotel con una onda sonora y un estremecimiento que calentaba las paredes. Parecía como si algún viento de la carne, llegado de la calle, barriese toda una época muerta de la altiva mansión, arrebatando el pasado de los Muffat: un siglo de honor y de fe adormecido bajo los techos.

Sin embargo, junto a la chimenea, en su sitio habitual, los viejos amigos de la madre del conde se refugiaron, desorientados y deslumbrados. Formaban un pequeño

grupo en medio de la multitud que paulatinamente lo invadía todo.

La señora Du Joncquoy, no reconociendo ya las habitaciones, había cruzado el comedor. La señora Chantereau contemplaba con aire estupefacto el jardín, que le parecía inmenso. En seguida, y en voz baja, hubo en aquel rincón una especie de amargas reflexiones.

—Imagínense —murmuraba la señora Chantereau—, si volviese la condesa... ¿Eh? Se imaginan su entrada en medio de este gentío. Y todo este oro, y este ruido... ¡Es escandaloso!

—Sabine está loca —respondía la señora Du Joncquoy—. ¿La han visto en la puerta? Fíjense, se ve desde aquí... Lleva todas sus alhajas.

Por un instante se levantaron para observar de lejos a la condesa y al conde. Sabine, con un vestido blanco, adornado con un maravilloso encaje de Inglaterra, estaba radiante de belleza, de juventud y de jovialidad, con cierta nota de embriaguez en su continua sonrisa.

A su lado, Muffat, envejecido, un poco pálido, también sonreía, con su aire tranquilo y digno.

—Y pensar que él era el dueño —agregó la señora Chantereau—, que ni siquiera un banquillo entraba aquí sin su permiso... Cómo ha cambiado todo esto. Ella está en su casa en estos momentos. ¿Se acuerdan ustedes de cuando ella no quería restaurar el salón? Y ha rehecho todo el hotel.

Pero se callaron, pues la señora de Chezelles entraba con un grupo de jóvenes que se extasiaban y aprobaban con ligeras exclamaciones.

—¡Oh! Delicioso, exquisito, cuánto gusto...

Y ella dijo desde lejos:

—¿Qué le decía yo? No hay nada como las antiguas viviendas cuando se las acondiciona... ¿No es cierto? Completamente del gran siglo... En fin, ya puede recibir.

Las dos ancianas habían vuelto a sentarse, bajando la voz para hablar del matrimonio, que asombraba a mucha gente.

Estelle acababa de pasar; vestía traje de seda rosa, siempre delgada y rígida, con su cara de virgen muda. Había aceptado a Dagenet apaciblemente; no demostraba ni alegría ni tristeza, tan fría y tan blanca como las noches de invierno en que agregaba troncos al fuego de la chimenea.

Toda esta fiesta, dada en su honor, todas aquellas luces, aquellas flores y aquella música, la dejaban sin la menor emoción.

—Un aventurero —decía la señora Du Joncquoy—. Yo jamás le he mirado.

—Cuidado; ahí está —murmuró la señora Chantereau.

Dagenet, que había visto a la señora Hugon con sus hijos, se apresuró a ofrecerle el brazo, y se reía y le testimoniaba una viva ternura, como si ella hubiese contribuido

en su buena fortuna.

—Se lo agradezco —dijo ella sentándose junto a la chimenea—. Es mi antiguo rincón.

—¿Lo conoce usted? —preguntó la señora Du Joncquoy cuando Daguinet se hubo marchado.

—Ciertamente, es un joven encantador. Georges le quiere mucho. Pertenece a una familia honorable.

Y la buena señora lo defendía contra la sorda hostilidad que advertía. Su padre fue muy estimado por Louis-Philippe, y ocupó hasta su muerte una prefectura. Posiblemente él se había disipado un poco, y se le creía arruinado. De todas maneras, un tío suyo, un gran propietario, acababa de dejarle su fortuna.

Pero aquellas señoras meneaban la cabeza mientras la señora Hugon, molesta a su vez, insistía siempre sobre la honorabilidad de la familia. Estaba muy fatigada y se quejó de sus piernas. Desde hacía un mes vivía en su casa de la calle Richelieu, a causa de una serie de negocios, según decía. Una sombra de tristeza velaba su maternal sonrisa.

—No importa —concluyó la señora Chantereau—. Estelle podía aspirar a algo mejor.

Hubo una fanfarria. Se avisaba para una cuadrilla, y todo el mundo refluía a los dos lados del salón para dejar el espacio libre.

Los vestidos claros pasaban y se mezclaban en medio de las manchas oscuras de los fracs, mientras la gran luz ponía sobre aquel mar de cabezas y de resplandores de pedrería un estremecimiento de plumas blancas, una floración de lilas y de rosas.

Ya hacía calor, y un perfume penetrante ascendía de aquellos tules ligeros, de aquellos arrugamientos de raso y de seda en que los hombros desnudos palidecían bajo las notas vivas de la orquesta.

A través de las puertas abiertas se veían, en el fondo de las habitaciones contiguas, filas de mujeres sentadas, sonriendo discretamente, brillantes sus ojos y animados los labios por hechiceros gestos que el soplo del abanico refrescaba.

Seguían llegando invitados. El criado no cesaba de anunciar nombres, en tanto que varios señores procuraban instalar a sus esposas recién llegadas, perplejas en sus brazos y empinándose para buscar a lo lejos un asiento desocupado.

El hotel se llenaba, las faldas se rozaban, y había rincones donde un espesor de encajes, de lazos y de poliones bloqueaba el paso, con la resignación cortés de todos, ya acostumbrados a estas reuniones deslumbrantes en que brillaban con sus graciosos atractivos.

Sin embargo, en el fondo del jardín, bajo el rosado resplandor de los farolillos venecianos, desaparecían algunas parejas, escapadas del sofoco del gran salón, y las sombras de los vestidos desfilaban por el borde del césped, como acompañadas por la

música, que adquirirían detrás de los árboles una suavidad lejana.

Steiner acababa de encontrar allí a Fourcamont y a Héctor de la Faloise; bebían una copa de champaña cerca del quiosco.

—¡Está podrido de elegancia! —decía Héctor, examinando la tienda de púrpura, sostenida por lanzas doradas—. Se creería uno en la feria del mazapán... ¿Eh? ¿No es esto la feria del mazapán?

Ahora afectaba una broma continua, echándose las de hombre hastiado de todo y no encontrando nada digno de tomarse en serio.

—El pobre Vandevres sí que se quedaría sorprendido si apareciese —murmuró Fourcamont—. ¿Se acuerdan ustedes cuando se moría de aburrimiento ante la chimenea? No podía ni reírse.

—¿Vandevres? Bah, un fracasado —repuso desdeñosamente Héctor—. Uno que se equivocó de medio a medio si creyó que nos aplastaría con su chamuscamiento. Nadie habla ya de él. Arrasado, concluido, enterrado el tal Vandevres. A otra cosa.

Después, cuando Steiner le estrechaba la mano, añadió:

—¿No saben? Nana acaba de llegar... ¡Oh, qué entrada, muchachos!

Algo maravilloso... Primero se ha abrazado a la condesa. En seguida, cuando los muchachos se acercaron, les ha bendecido, diciendo a Daguenet: «Escucha, Paul; si haces cola, tendrás que habértelas conmigo...». ¿Cómo? ¿No han visto eso? ¡Qué elegancia, vaya éxito!

Los otros dos le escuchaban boquiabiertos. Por último se echaron a reír.

Él, encantado, se imaginaba muy fuerte.

—¿Han creído que había llegado? Si ha sido Nana quien arregló el matrimonio. Además, ya es de la familia.

Pasaron los hermanos Hugon, y Philippe le hizo callar. Entonces, entre hombres, se habló de la boda. Georges se enfadaba con Héctor, que contaba la historia. Nana había impuesto a Muffat a uno de sus antiguos amantes por yerno, pero era completamente falso que aún la noche anterior ella se hubiese acostado con Daguenet.

Fourcamont se permitió encogerse de hombros. ¿Se sabía nunca cuándo Nana se acostaba con alguien? Pero Georges, arrebatado, contestó con un «Yo, señor, lo sé» que hizo reír a todos.

Por último, como dijo Steiner, aquello siempre era un buen plato.

Poco a poco se fue llenando el quiosco. Entonces cedieron su sitio sin separarse. Héctor miraba a las mujeres descaradamente, como si creyese que estaba en Mabilie. En el fondo de una alameda tuvieron una sorpresa: el grupo encontró al señor Venot en solemne conferencia con Daguenet, y las bromas fáciles les persiguieron. Le estaba confesando y dándole buenos consejos para su primera noche.

Después regresaron hacia una de las puertas del salón, donde una polca arrebatava

a las parejas, con un balanceo que obligaba a apartarse a los hombres que seguían en pie. Con el soplo de la brisa llegada del exterior, las bujías ardían muy altas. Cuando pasaban unas faldas, con su rítmica y viva cadencia, eran como una leve ráfaga de viento que atenuaba el calor que despedían las arañas.

—Caramba, no tienen frío los de ahí adentro —murmuró Héctor.

Sus ojos parpadeaban al regresar de las sombras misteriosas del jardín, y descubrieron al marqués de Chouard, aislado, dominando con su estatura los hombros desnudos que le rodeaban. Tenía la cara pálida, muy severa, con aire de altiva dignidad bajo su corona de escasos cabellos blancos. Escandalizado por la conducta del conde Muffat, acababa de romper públicamente con él, y aseguraba que no volvería a poner los pies en el palacio. Si había consentido en presentarse allí aquella noche, se debía a instancias de su nieta, cuyo matrimonio, por otra parte, desaprobaba con palabras indignadas contra la desorganización de las clases dirigentes y los vergonzosos compromisos de la degradación moderna.

—Esto es el fin —decía junto a la chimenea la señora Du Joncquoy al oído de la señora Chantereau—. Esa pelandusca ha embrujado a ese desgraciado... Nosotras que le hemos conocido tan creyente y tan noble...

—Al parecer se arruina —continuó la señora Chantereau.

Mi marido ha tenido entre sus manos un pagaré... Ahora vive en ese hotel de la avenida de Villiers. Todo París habla de eso... ¡Dios mío! Yo no defiendo a Sabine, pero convengan en que le da muchos motivos de queja, y si ella también tira el dinero por la ventana...

—No es sólo dinero lo que tira —interrumpió otra—. En fin, entre los dos, acabarán más pronto... Un naufragio en el lodo, querida.

Pero una voz suave las interrumpió. Era el señor Venot. Se había sentado detrás de ellas, como si deseara desaparecer, e inclinándose, murmuró:

—¿Por qué desesperar? Dios se manifiesta cuando todo parece perdido.

Él asistía apaciblemente a la destrucción de aquella morada que dirigía en otros tiempos. Desde su estancia en las Fondettes, dejaba que aumentase el alocamiento, con la conciencia muy clara de su impotencia. Lo había aceptado todo: la pasión frenética del conde por Nana, la presencia de Fauchery cerca de la condesa, incluso el matrimonio de Estelle con Daguinet. ¿Qué importaban estas cosas? Y se mostraba más flexible, más misterioso, acariciando la idea de apoderarse tanto del nuevo matrimonio como del matrimonio desunido, sabiendo perfectamente que los grandes desórdenes conducen a las grandes devociones. La Providencia tendría su momento.

—Nuestro amigo —continuaba en voz baja—, sigue siempre animado de los mejores sentimientos religiosos... Me ha dado gratas pruebas de ello.

—Sí —dijo la señora Du Joncquoy—, pero lo primero que debería hacer es reunirse con su esposa.

—Sin duda... Precisamente tengo la esperanza de que esta reconciliación no tarde mucho.

Entonces las dos ancianas señoras le preguntaron, pero él se volvió más humilde, arguyendo que había que dejar obrar al cielo. Todo su deseo, reconciliando al conde con la condesa, estribaba en evitar un escándalo público. La religión toleraba muchas debilidades si se guardaban las apariencias.

—En fin —agregó la señora Du Joncquoy—, usted debería impedir el matrimonio con ese aventurero.

El viejecito mostró la más profunda extrañeza.

—Ustedes se equivocan; el señor Dagueuet es un joven de grandes méritos... Conozco sus ideas. Quiere hacer olvidar sus errores de juventud. Estelle lo traerá al buen camino, no les quepa duda.

—Estelle... —murmuró desdeñosamente la señora Chantereau—. A esa querida niña la considero incapaz de tener voluntad. Es muy insignificante.

Esta opinión hizo sonreír al señor Venot, pero no dijo nada más acerca de la joven prometida. Cerrando los párpados, como para desinteresarse de la conversación, se volvió de nuevo a su rincón.

La señora Hugon, en medio de su lasitud distraída, había cogido algunas palabras. Intervino y concluyó con su carácter tolerante, dirigiéndose al marqués de Chouard, que la saludaba:

—Estas señoras son demasiado severas. La existencia es tan mala con todo el mundo... ¿No es así, amigo mío? Debemos perdonar mucho a los demás cuando se quiere ser digno del perdón de ellos.

El marqués se quedó perplejo unos segundos, temiendo una alusión, pero la buena señora tenía una sonrisa tan triste que en seguida se repuso y dijo:

—No, nada de perdón para ciertas faltas... Con tales complacencias es como se embrutece la sociedad.

El baile aún se había animado más. Una nueva cuadrilla daba al piso del salón un ligero balanceo, como si la antigua mansión se doblase bajo el bullicio de la fiesta. Por momentos, entre la confusa palidez de las cabezas se destacaba un rostro de mujer, arrebatado por la danza, los ojos brillantes, los labios entreabiertos y el reflejo de la lámpara sobre su blanca piel.

La señora Du Joncquoy decía que aquello carecía de sentido, que era una locura apiñar quinientas personas en un recinto en el que apenas cabían doscientas. Para hacer aquello, ¿por qué no se firmaba el contrato en la plaza del Carrousel?

«Efecto de las nuevas costumbres» decía la señora Chantereau; en otros tiempos esas solemnidades transcurrían en familia; actualmente era preciso una muchedumbre, entrada libre para todo el mundo y el aplastamiento, sin el cual la velada parecía insípida. Era cuestión de exhibir el lujo y para ello se introducía en la

casa la espuma de París, y nada más natural si semejantes promiscuidades pudrían en seguida el hogar.

Aquellas señoras se quejaban de no conocer a más de cincuenta personas. ¿De dónde salía todo aquello? Hasta las solteras, muy escotadas, exhibían sus hombros desnudos. Una mujer llevaba un puñal de oro plantado en su moño, mientras que un bordado de perlas de azabache la vestía como una cota de mallas. A otra la seguían sonriendo, ¡tan singular encontraban la osadía de sus faldas ajustadas!

Todo el lujo de aquel fin de invierno se encontraba allí; el mundo del placer con sus tolerancias, lo que una señora de casa recoge entre sus relaciones de un día, una sociedad en la que se codeaban los grandes apellidos con las grandes vergüenzas, en un mismo apetito de goces. El calor aumentaba y la cuadrilla desarrollaba la cadenciosa simetría de sus figuras, en medio de los salones demasiado llenos.

—La condesa está muy elegante —repuso Héctor en la puerta del jardín—. Tiene diez años menos que su hija... A propósito, Fourcamont, usted podrá aclararnos esto: Vandevres apostaba a que ella no tiene muslos.

Este alarde de cinismo aburría a sus oyentes. Fourcamont se limitó a responder:

—Interrogue a su primo, querido. Precisamente ahí llega.

—Es una excelente idea —exclamó Héctor—. Apuesto diez luisas a que tiene muslos.

En efecto, llegaba Fauchery. Como asiduo de la casa, había dado la vuelta por el comedor para evitarse el abarrotamiento de las puertas. Reconquistado por Rose al principio del invierno, se repartía entre la cantante y la condesa, sin saber cómo abandonar a una de las dos.

Sabine halagaba su vanidad, pero Rose le agradaba más. Por otro lado, esta última sentía por él una verdadera pasión, una ternura de fidelidad conyugal que desolaba a Mignon.

—Oye una noticia —repetía Héctor estrechando la mano de su primo—. ¿Ves aquella señora con un vestido de seda blanca?

Desde que su herencia le daba un aplomo insolente, afectaba burlarse de Fauchery, conservando un antiguo rencor que satisfacer, deseando vengarse de las bromas de otros tiempos, cuando acababa de llegar de su provincia.

—Sí, esa señora de los encajes.

El periodista se empinaba, sin comprender.

—La condesa —acabó por decirle.

—Exacto, muy bien... He apostado diez luisas. ¿Tiene muslos?

Y se echó a reír, encantado por haber dado este chasco a aquel que en otros tiempos le asombraba, preguntándole si la condesa no se acostaba con nadie. Pero Fauchery, sin extrañarse lo más mínimo, le miró con fijeza.

—¡Idiota! —soltó al fin, encogiéndose de hombros.

Luego distribuyó apretones de mano a aquellos señores, mientras Héctor, desconcertado, no estaba seguro de haber dicho una gracia.

Se charlaba. Desde las carreras, el banquero y Fourcamont formaban parte del grupo de la avenida de Villiers. Nana se encontraba mucho mejor, el conde iba cada noche a informarse de su estado. No obstante, Fauchery, que escuchaba, parecía preocupado.

Por la mañana, en una discusión, Rose le había confesado abiertamente el envío de la carta; sí, podía presentarse en casa de su señora del gran mundo, que sería bien recibido. Después de largas cavilaciones se había decidido a presentarse valerosamente. Pero la imbécil broma de Héctor de la Faloise le inquietaba, a pesar de su aparente tranquilidad.

—¿Qué tiene? —le preguntó Philippe—. Parece que está disgustado.

—¿Yo? En absoluto... He trabajado; por eso llego tarde.

Luego, fríamente, con uno de esos heroísmos ignorados que desenlazan las vulgares tragedias de la existencia, añadió:

—Aún no he saludado a los señores de la casa... Hay que ser educado.

Incluso se atrevió a bromear, y se volvió hacia Héctor:

—¿No es así, idiota?

Y se abrió paso entre la multitud. La voz sonora del criado ya no anunciaba más nombres. Sin embargo, junto a la puerta, aún conversaban el conde y la condesa, retenidos por unas señoras que entraban.

Por fin se reunió con ellos, mientras aquellos señores permanecían en lo alto de la escalinata del jardín, empinándose para ver la escena. Nana debía de haber charlado con ellos.

—El conde no le ha visto —murmuró Georges—. Esperen. Ahora se vuelve... Ya está.

La orquesta empezaba a repetir el vals de La Venus Rubia. Primero Fauchery había saludado a la condesa, que sonreía como siempre, extasiada en su serenidad. Luego se había quedado un instante inmóvil, detrás del conde, esperando muy tranquilo.

Aquella noche el conde conservaba su altiva seriedad, la apariencia oficial de gran dignatario. Cuando al fin se fijó en el periodista, aún exageró su actitud majestuosa. Durante algunos segundos los dos hombres se contemplaron. Y fue Fauchery el primero que alargó la mano. Muffat le dio la suya. Sus manos permanecieron una sobre otra, mientras la condesa sonreía delante de ellos, los párpados bajos, y el vals continuaba desarrollando su ritmo de burlona picardía.

—La cosa marcha —dijo Steiner.

—¿Se han pegado sus manos? —preguntó Fourcamont, sorprendido por lo que duraba el apretón.

Un invencible recuerdo infundía un fulgor rosado en las mejillas pálidas de Fauchery. Volvía a ver el almacén de accesorios, con su claridad verdosa y aquel desorden lleno de polvo, y Muffat se encontraba allí con la huevera en la mano, abusando de sus dudas.

En este momento Muffat ya no dudaba; era un último resto de dignidad desmoronándose. Fauchery, aliviado en su miedo, viendo la alegre jovialidad de la condesa, sintió deseos de reír. Aquello le parecía cómico.

—Esta vez sí que se arma —exclamó Héctor, que no se ahorra una broma si la creía buena—. Nana está allí; ¿no ven cómo entra?

—Cállate, idiota —murmuró Philippe.

—Cuando yo lo digo... Interpretan su vals, y toma: ella llega... ¿Cómo? ¿Aún no la ven? Ella los estrecha a los tres contra su corazón, a mi primo, a mi prima y a su esposo, llamándolos sus gatitos. A mí me conmueven estas escenas de familia.

Estelle se había acercado. Fauchery la felicitaba, mientras ella, tiesa en su vestido rosa, le contemplaba con su aire asombrado de chiquilla silenciosa, entre las miradas que dirigía a su padre y a su madre.

Daguenet también cambió un cálido apretón de manos con el periodista. Formaban un grupo sonriente, y detrás de ellos, el señor Venot los envolvía en una mirada beatífica, llena de su dulzura devota, dichoso de estos últimos abandonos que preparaban los caminos de la Providencia.

Pero el vals seguía desarrollando su balanceo de risueña voluptuosidad. Era una continuidad del más alto placer, golpeando el viejo palacio como una marea creciente. La orquesta desgranaba los trinos de sus flautines, los suspiros desmayados de sus violines, y bajo los terciopelos de Génova, los oros y las pinturas, las arañas desprendían un calor viviente, un polvillo de sol, mientras la multitud de invitados, multiplicada por los espejos, parecía alegrarse con el murmullo creciente de sus voces.

Alrededor del salón pasaban las parejas, las manos en la cintura, entre las sonrisas de las mujeres sentadas, acentuando más el movimiento del piso. En el jardín, un resplandor de ascua salido de los farolillos venecianos alumbraba con un lejano reflejo de incendio las negras sombras de los paseantes que buscaban un poco de aire en el fondo de las alamedas. Y ese estremecimiento de las paredes, esa nube roja, era como la última llamarada en que crujía el antiguo honor, quemando la casa por sus cuatro costados.

Las jovialidades tímidas, entonces apenas esbozadas, que Fauchery, en una velada de abril, había oído quebrarse como el sonido de un cristal que se rompe, se fueron enardeciendo poco a poco, enloqueciéndose hasta un estallido de fiesta. Ahora el resquebrajamiento aumentaba, llenaba la casa de grietas y anunciaba su próximo desmoronamiento.

Entre los borrachos de los arrabales, las familias corrompidas acaban en la negra miseria, en la despensa sin pan y en la locura del alcohol que vacían los colchones. Pero aquí, en el desmoronamiento de tantas riquezas, amontonadas y encendidas de golpe, el vals doblaba por una antigua raza, mientras Nana, invisible, se extendía por encima del baile con sus miembros flexibles para descomponer aquel mundo, saturándolo con el fermento de su olor flotante en el cálido ambiente, con el canallesco ritmo de la música.

La noche del matrimonio en la iglesia, el conde Muffat se presentó en el dormitorio de su esposa, en el que no había entrado desde hacía dos años.

La condesa, muy sorprendida, retrocedió al verle. Pero tenía su sonrisa, esa sonrisa de embriaguez que no la abandonaba nunca. Él, muy molesto, balbucía. Entonces ella le predicó un poco de moral. Pero ni uno ni otro se arriesgaron a una explicación abierta. La religión era lo que exigía aquel perdón mutuo; de todas maneras, quedó convenido, por acuerdo tácito que los dos conservarían su libertad.

Antes de acostarse, como la condesa parecía vacilar un poco, hablaron de negocios. Él fue el primero en hablar de vender las Bordes. Ella consintió inmediatamente. Tenían grandes necesidades y se repartirían el producto.

Esto consumó la reconciliación. Muffat sintió un verdadero alivio en sus remordimientos.

Precisamente ese mismo día, cuando Nana dormía, hacia las diez, Zoé se permitió llamar a la puerta de su alcoba. Las cortinas estaban echadas, un soplo cálido penetraba por la ventana en medio del frescor silencioso de una media luz. Nana se levantaba entonces, aunque todavía algo débil, y, abriendo los ojos, preguntó:

—¿Quién es?

Zoé iba a responder. Pero Dagueuet, forzando la entrada, se anunció él mismo. Nana se acodó sobre la almohada y despidió a la doncella.

—¿Cómo? ¿Eres tú? ¡Tú, el día que te casas...! ¿Qué ha sucedido, pues?

Él, sorprendido por la penumbra, permaneció en medio de la estancia. No obstante, al acostumbrarse a la escasa claridad, avanzó, en frac, corbata y guantes blancos. Y repitió:

—Pues sí, soy yo... ¿Ya no te acuerdas?

No, ella no se acordaba de nada. Él tuvo que ofrecerse abiertamente, con su aire bromista.

—Aquí está tu corretaje... Te traigo el estreno de mi inocencia.

Entonces, como estaba al borde de la cama, ella lo tomó entre sus brazos desnudos, sacudida por una gran risa y casi llorando, de tan gentil que encontraba aquello por su parte.

—¡Oh! este Mimí, qué gracioso es... ¡Y se ha acordado! Yo ya lo había olvidado. Entonces, te has escapado, sales de la iglesia. Sí, traes olor a incienso... Pero bésame

ya. Más fuerte, Mimí mío. ¡Vamos, quizá sea la última vez!

En la alcoba oscura, que aún conservaba un vago olor a éter, su risa tierna expiró. El calor sofocante hinchaba las cortinas de las ventanas, se oían las voces de los niños en la avenida. Después bromearon, acosados por la hora. El mismo día Daguenet salía de viaje con su mujer, después del banquete.

Capítulo XIII

Hacia fines de septiembre, el conde Muffat, que debía cenar en casa de Nana, apareció a media tarde para decir que una orden repentina le había llegado de las Tullerías. El hotel aún no estaba iluminado, los criados reían en la cocina; él subió con sigilo la escalera, cuyas vidrieras, daban paso a una sombra cálida.

La puerta del salón no hizo ruido. Una claridad rosácea agonizaba en el techo de la estancia; los cortinajes rojos, los sillones, los muebles lacados, aquella confusión de telas bordadas, de bronces y porcelanas dormitaba bajo una lenta lluvia de tinieblas, que ahogaba los rincones, sin espejeo del marfil ni un reflejo del oro.

Y allí, en aquella oscuridad, sobre la única blancura distinguida de unas amplias enaguas, percibió a Nana, boca arriba, en los brazos de Georges. Toda negación era imposible. Lanzó un grito ahogado y se quedó boquiabierto.

Nana se había levantado de un salto, y lo empujaba hacia el dormitorio para dar tiempo a que el pequeño escapase.

—Entra —dijo ella, desconcertada—; yo te explicaré...

Estaba exasperada por esta sorpresa. Jamás cedía así en su casa, en aquel salón y con las puertas abiertas. Había sido precisa toda una historia, una discusión con Georges, rabioso de celos contra Philippe; sollozaba tan fuerte sobre su cuello, que ella le dejó que siguiera, no sabiendo cómo calmarlo y muy compadecida en el fondo.

Y por una vez que cometía la estupidez de olvidarse así, con un mocoso que ni siquiera podía llevarle unos ramilletes de violetas de tan escaso de dinero como lo tenía su madre, llegaba precisamente el conde y caía sobre ellos. Verdaderamente no tenía suerte. Esto era lo que se ganaba con ser buena chica.

La oscuridad era completa en la habitación adonde había empujado a Muffat. Entonces, a tientas, llamó furiosamente para que trajesen una lámpara. También era culpa de Julien. Si hubiese puesto una lámpara en el salón, no habría sucedido nada.

Aquel estúpido crepúsculo le había trastornado el corazón.

—Te lo ruego, gatito mío, sé razonable —dijo ella cuando Zoé trajo la luz.

Sentado y con las manos en las rodillas, el conde miraba al suelo con el atontamiento de lo que acababa de sorprender. Y no encontraba ni un grito de cólera. Temblaba, como sobrecogido por un horror que le helaba. Este mudo dolor conmovió a Nana, e intentó consolarlo.

—Sí, ha sido una torpeza... Está muy mal lo que he hecho. Ya ves que lamento mi falta. Lo siento muchísimo, puesto que te contraría... Vamos, sé gentil por tu parte y perdóname.

Se había acurrucado a sus pies, buscando su mirada con un aire de ternura sumisa, para ver si estaba muy enojado con ella; luego, al observar que Muffat no respondía,

suspirando largamente, fue más zalamera y le dio una última razón con bondadosa gravedad.

—¿Ves, querido? Es preciso comprender... Yo no puedo negar eso a mis amigos pobres.

El conde se dejó convencer. Sólo exigió que despidiese a Georges. Pero toda ilusión estaba muerta, ya no creería más en la fidelidad jurada. Al día siguiente Nana lo engañaría de nuevo, y no quedaba en el tormento de su pasión más que una necesidad cobarde, un espanto a la vida, a la idea de vivir sin ella.

Ésta fue la época de su existencia en que Nana iluminó París con el incremento de su esplendor. Aun engrandeció más el horizonte del vicio, dominando la ciudad con la insolente ostentación de su lujo, y su desprecio del dinero, que le hacían fundir públicamente las fortunas.

En su hotel había como una especie de fragua. Sus continuos deseos incendiaban, con un pequeño soplo de sus labios, el oro que cambiaba en fina ceniza que el viento barría a cada momento. Jamás se había visto tal frenesí de derroche. El hotel parecía construido sobre un abismo, donde los hombres, con sus bienes, con sus cuerpos y hasta con sus apellidos, se hundían sin dejar tras ellos el rastro del más leve polvo.

Aquella ramera, con gustos de cotorra, mordisqueando rábanos y almendras garrapiñadas, desmenuzando la carne, necesitaba cada mes para su mesa cuentas de cinco mil francos. En la cocina había un despilfarro desenfrenado, un chorreo feroz que reventaba los barriles de vino, que ensartaba las cuentas hinchadas por tres o cuatro manos sucesivas.

Victorine y Francois reinaban en aquel lugar, donde invitaban a todo el mundo, además de una tribu de primos mantenidos a domicilio con fiambres y sustanciosos caldos; Julien exigía los descuentos a los proveedores; los vidrieros no colocaban un cristal por menos de treinta monedas, sin que él añadiese veinte más; Charles se comía la avena de los caballos, doblando las provisiones y vendiendo por la puerta de atrás lo que entraba por la principal, mientras que en ese despilfarro general, de saqueo de una ciudad tomada al asalto, Zoé, con gran arte, conseguía guardar las apariencias, encubría los robos de todos para salvar mejor los suyos.

Pero lo que se perdía aún era mayor: la comida de la víspera arrojada a la basura, un hacinamiento de provisiones de las que los criados se hastiaban, el azúcar prodigado como si fuese arena, el gas quemado a todo rendimiento hasta agrietar las paredes por el calor, y las negligencias, las malicias, los accidentes... todo lo que puede apresurar la ruina estaba a la orden del día en una casa devorada por tantas bocas.

Más arriba, en las habitaciones de la señora, el desastre soplaba más fuerte: vestidos de diez mil francos, puestos dos veces, y vendidos por Zoé; joyas que desaparecían como derretidas en el fondo de los cajones; compras necias, las

novedades del día olvidadas al día siguiente en los rincones, barridas a la calle.

Nana no podía ver una cosa muy cara sin quererla en seguida, y así había en torno suyo un continuo derroche de flores, de chucherías preciosas, siendo más feliz cuanto más costaba su capricho de una hora. Nada le duraba en las manos, todo lo rompía, todo se marchitaba, todo se ensuciaba entre sus pequeños y blancos dedos; una siembra de restos sin nombre, de pedazos retorcidos, de pingajos dudosos, la seguía y señalaba su paso.

En seguida aparecían las tremendas facturas, en medio de aquel chorro de dinero tirado: veinte mil francos del sombrerero, treinta mil de la lencería, doce mil del zapatero; la caballeriza se comía cincuenta mil, y en seis meses la modista hizo una cuenta de ciento veinte mil francos.

Sin que ella aumentara su tren, que Labordette estimaba en cuatrocientos mil francos de promedio, este año alcanzó la cifra de un millón, cantidad que a ella misma la dejó estupefacta, incapaz de explicarse adónde había podido irse semejante suma. Los hombres amontonados unos encima de otros y el oro vaciado a espuestas, no alcanzaban a colmar aquel agujero que siempre se abría bajo el suelo del hotel, en el resquebrajamiento de su lujo.

Entretanto, Nana aún alimentaba un último capricho. Asediada una vez más por la idea de rehacer su dormitorio, creía haber acertado: una alcoba de terciopelo rosa de té, con pequeños cadarzos de plata colgando del techo en forma de carpa, adornado con cordones y encaje de oro.

Esto le parecía que formaría un fondo soberbio, rico y suave para su rojiza piel. Pero la habitación estaba hecha simplemente para que sirviese de marco a la cama, un prodigio y un deslumbramiento. Nana había soñado con una cama como jamás existió, un trono, un altar al que París acudirían para adorar su desnudez soberana. Todo en él sería de oro y plata repujados, semejante a una gran joya, con rosas de oro incrustadas en un emparrado de plata; en la cabecera, un grupo de Amores entre flores se inclinaría con sus risas para espiar las voluptuosidades a la sombra de las cortinas.

Nana se había dirigido a Labordette, que le llevó dos orfebres. Ya se ocupaban de los dibujos. La cama costaría cincuenta mil francos, y Muffat debía dársela por sus concesiones.

Lo que más le asombraba era que en aquel río de oro, cuya ola se le escurría entre los miembros, estaba continuamente escasa de dinero. Algunos días se encontraba en los mayores apuros por unos miserables luises. Tenía que pedir prestado a Zoé o buscaba dinero ella misma, como podía. Pero antes de resignarse a soluciones extremas, tanteaba a sus amigos, sacando a los hombres lo que llevaban encima, hasta las monedas sueltas, pero bromeando. Desde hacía tres meses vaciaba así a Philippe, quien no podía acudir en los momentos de crisis, sin dejar su cartera.

Pronto, audaz ella, le pidió prestados doscientos francos, trescientos, nunca mayores cantidades, para atender pequeños pagos, cuentas urgentes, y Philippe, nombrado en julio capitán tesorero, aportaba el dinero al día siguiente, doliéndose por no ser más rico, porque la buena mamá Hugon ahora trataba a sus hijos con extraña severidad. Al cabo de tres meses, estos pequeños préstamos, prodigados con frecuencia, ascendían a doce mil francos.

El capitán siempre tenía su jovial y sonora risa; sin embargo, adelgazaba; a veces se distraía y una sombra de sufrimiento invadía su semblante. Pero una mirada de Nana lo transfiguraba en una especie de éxtasis sensual. Ella era muy zalamera con él, lo embriagaba de besos tras las puertas, lo poseía en abandonos bruscos que lo clavaban a sus faldas en cuanto podía abandonar el servicio.

Una noche, habiendo dicho Nana que ella también se llamaba Therese y que su santo era el 15 de octubre, aquellos señores le enviaron sus regalos. El capitán Philippe llevó el suyo, una antigua bombonera de porcelana de Sajonia, montada en oro.

Encontró a Nana sola en su tocador, acabando de salir del baño, vestida únicamente con un peinador de franela blanca y roja, y muy ocupada en examinar los regalos, expuestos en una mesa. Ya había roto un frasco de cristal de roca al querer destaparlo.

—¡Oh, eres muy amable! —dijo ella—. ¿Qué es esto? Enséñamelo... Eres un chiquillo al gastarte el dinero en esas baratijas.

Le reprendía, puesto que no era rico, muy satisfecha en el fondo por verle gastándose todo por ella, la única prueba de amor que la conmovía. Mientras tanto, forcejeaba con la bombonera, queriendo ver cómo era, abriéndola y cerrándola.

—Ten cuidado —murmuró él—. Es frágil.

Pero ella se encogió de hombros. ¿Acaso creía que tenía manos de gañán? Y de pronto la bisagra se le quedó en los dedos, la tapadera cayó y se rompió. Ella se quedó estupefacta, puestos los ojos en los pedazos y diciendo:

—¡Oh, se ha roto!

Luego se echó a reír. Ver los pedazos en el suelo le parecía divertido. Era una alegría nerviosa, tenía la risa necia y maligna de un niño a quien la destrucción divierte.

Philippe tuvo un breve arranque de indignación; aquella desgraciada ignoraba cuántas angustias le había costado su obsequio. Al verle tan trastornado, Nana trató de contenerse.

—Verdaderamente no ha sido culpa mía... Estaba rajado. Esas chucherías antiguas es lo que tienen... Lo mismo que esa tapa. ¿Has visto cómo saltó?

Y de nuevo se echó a reír locamente. Pero como la mirada del joven se humedeciese a pesar de su esfuerzo, ella se arrojó tiernamente a su cuello.

—¡No seas tonto! Te amo lo mismo. Si no se rompiera nada, los comerciantes no venderían. Todo está hecho para romperse... Fíjate, ¿ves este abanico? Sólo está encolado.

Había cogido un abanico, tirando de las varillas, y la seda se desgarró. Esto pareció excitarla. Para demostrar que se burlaba de los demás regalos, desde el momento en que había roto el suyo, se dio el gusto de destrozarlos, golpeando los objetos, probando que allí no había nada sólido, y destruyéndolo todo. Un fulgor se encendía en sus ojos vacíos y un ligero temblor de sus labios enseñaba sus dientes blancos. Luego, cuando todo eran pedazos, volvió a reírse, golpeó la mesa con sus manos abiertas y ceceó con su voz de mocosa:

—Se acabó. No hay más, no hay más.

Entonces, Philippe, contagiado por esta embriaguez, se entusiasmó y la besó en el cuello. Ella se abandonaba y se colgaba de sus hombros, tan dichosa, que no recordaba haberse divertido tanto desde hacía mucho tiempo. Y sin abandonarle, en un tono acariciador, susurró:

—Oye, querido, deberías traerme diez luisas mañana... Bah, una cuenta del panadero que me fastidia.

Él se puso pálido; luego, depositando un último beso en la frente de Nana, dijo sencillamente:

—Lo procuraré.

Siguió un silencio. Nana se vestía y él apoyaba la frente en un cristal. Al cabo de un minuto volvió a su lado y le dijo:

—Nana, deberías casarte conmigo.

De pronto esta idea la divirtió tanto que ni siquiera podía acabar de anudarse las enaguas.

—Pero, mi perrito, tú estás enfermo... ¿Es que porque te pido diez luisas me ofreces tu mano...? Nunca. Te amo demasiado. ¡Vaya tontería!

Y como Zoé entraba para calzarla ya no hablaron más de aquello. La doncella en seguida vio los regalos destrozados y amontonados debajo de la mesa. Preguntó si había que guardarlos, y al decirle la señora que los tirase, los envolvió con su delantal. En la cocina escogían y se repartían los restos de la señora.

Aquel día Georges, a pesar de la prohibición de Nana, se había introducido en el hotel. Francois le había visto pasar, pero los criados se reían entre sí viendo los apuros de la dueña de la casa. Georges acababa de deslizarse hasta el saloncito cuando la voz de su hermano le detuvo, y, pegado tras la puerta, oyó toda la escena, los besos y la oferta de matrimonio. El horror le dejó helado, y se marchó como un imbécil, con la sensación de un gran vacío en el cráneo.

Sólo cuando estuvo en la calle Richelieu, en su habitación encima del aposento de su madre, su corazón estalló en desconsolados sollozos. Esta vez ya no podía dudar.

Una imagen abominable no cesaba de elevarse ante sus ojos: Nana en brazos de Philippe, y esto le parecía un incesto.

Cuando se creía tranquilo, el recuerdo volvía y una nueva crisis de rabia celosa le arrojaba sobre su lecho, mordiendo las sábanas y gritando palabras insensatas que aun le ahogaban más. Así pasó el día. Pretextó una jaqueca para seguir encerrado, pero la noche aún fue más terrible, una fiebre de muerte le agitaba en continuas pesadillas. Si su hermano hubiese habitado en la casa, habría corrido a matarle de una cuchillada.

Al llegar el día volvió a razonar. Él era quien debía morir, se arrojaría por la ventana cuando pasara un ómnibus. No obstante, salió hacia las diez, recorrió París, anduvo por los puentes y sintió en el último momento una invencible necesidad de volver a ver a Nana. Tal vez ella le salvase con una palabra. Daban las tres cuando entraba en el hotel de la avenida de Villiers.

Hacia el mediodía una espantosa noticia había aplastado a la señora Hugon. Philippe estaba en la cárcel desde la víspera; se le acusaba de haber robado doce mil francos de la caja del regimiento. Desde hacía tres meses iba sustrayendo pequeñas cantidades con el propósito de restituir las, disimulando las salidas con falsos comprobantes, un fraude que siempre surtía efecto gracias a la negligencia del consejo de administración.

La anciana señora, aterrada por el crimen de su hijo, lanzó un primer grito de cólera contra Nana; sabía de sus relaciones con Philippe, y sus tristezas venían de esta desgracia, que la retenía en París por temor a una catástrofe, pero nunca llegó a temer tanta vergüenza. Y ahora se reprochaba sus negativas de dar dinero como una complicidad. Desplomada en un sillón, atacadas sus piernas de una parálisis, se sentía inútil, incapaz de dar un paso, clavada allí para morir.

No obstante, el repentino pensamiento de Georges la consoló; aún le quedaba Georges, y él podría actuar, tal vez salvarlo. Entonces, sin pedir ayuda a nadie, con el deseo de que estas cosas quedaran sepultadas entre ellos, se arrastró y subió al otro piso, aferrada a la idea de que aún había ternura a su lado. Pero encontró la habitación vacía. El conserje le dijo que el señorito Georges había salido muy temprano.

Un segundo desastre aparecía en aquella habitación; el lecho, con las sábanas mordidas, descubría toda su angustia; una silla arrojada al suelo, entre prendas de vestir, parecía muerta. Georges debía de estar en casa de aquella mujer. Y la señora Hugon, con los ojos secos y las piernas firmes, descendió. Quería a sus hijos y salía para reclamarlos.

Durante aquella mañana Nana tuvo sus quebraderos de cabeza. Primero fue el panadero, quien, a las nueve, había aparecido con su cuenta, una miseria: ciento treinta y tres francos de pan que no conseguía cobrar en medio del regio tren del hotel. Se había presentado veinte veces, irritado por habersele sustituido desde el día en que cortó el crédito, y los criados apoyaban su causa.

Francois decía que la señora no le pagaría nunca si no armaba un escándalo; Charles también hablaba de subir para solucionar una vieja cuenta de paja que seguía sin abonarse, y Victorine aconsejaba que esperasen la presencia de algún señor y sacarle dinero. La cocina se apasionaba, todos los proveedores estaban al corriente gracias a comadreo de tres y cuatro horas; la señora quedaba desnuda, desplumada y pintada con encarnizamiento por una servidumbre ociosa que reventaba de bienestar.

Sólo Julien, el mayordomo, afectaba defender a Nana; a pesar de todo, era muy señora, y cuando le acusaban de acostarse con ella, se reía con aire fatuo, lo que ponía a la cocinera fuera de sí, porque ella hubiese querido ser un hombre para escupirles el trasero a aquellas mujerzuelas, de asco que le daban. François, maliciosamente, había dejado al panadero en el vestíbulo sin avisar a la señora.

Cuando Nana bajó se encontró delante de él a la hora del desayuno. Cogió la cuenta y le dijo que volviese a las tres. Entonces, con groseras palabras, se fue, jurando que sería puntual para cobrar de cualquier manera.

Nana almorzó muy mal, humillada por aquella escena. Había que deshacerse de aquel hombre. Diez veces había apartado su dinero, pero el dinero siempre desaparecía, un día para flores, otro para suscripción a favor de un anciano gendarme.

Además, ahora contaba con Philippe, y se asombraba de que no estuviese allí con sus doscientos francos.

Era una verdadera mala suerte; la antevíspera aún había equipado a Satin con un ajuar, casi mil doscientos francos en vestidos y lencería, y no le quedaba ni un luis en casa.

Hacia las dos, cuando Nana empezaba a inquietarse, se presentó Labordette. Llevaba los dibujos de la cama. Esto constituyó una diversión, una alegría que la hizo olvidarse de todo; aplaudía y bailaba. Luego, llena de curiosidad, inclinada encima de una mesa del salón, se puso a examinar los dibujos que Labordette le explicaba.

—Mira, esto es el barco; en el centro, un montón de rosas entreabiertas, luego una guirnalda de flores y de capullos; las hojas serán en oro verde y las rosas en oro rojo... Y he aquí la gran pieza de la cabecera; una ronda de amorcillos sobre un enrejado de plata.

Pero Nana le interrumpió con el mayor entusiasmo.

—¡Qué gracioso está este chiquillo! el último, el que tiene el trasero al aire... ¡Y este reír malicioso! Todos tienen ojos de cerditos... ¿Sabes, querido, que ya no me atreveré a hacer suciedades ante ellos?

Saboreaba una satisfacción de extraordinario orgullo. Los plateros habían dicho que ni una reina se acostaba en un lecho como aquél. Sólo había una complicación. Labordette le enseñó dos dibujos para la pieza de los pies; uno reproducía el asunto de los barcos y el otro era una alegoría: la Noche envuelta en sus velos, cuya deslumbrante desnudez descubría un Fauno.

Añadió que si ella escogía este tema, los plateros tenían la intención de dar a la noche su parecido. Esta idea, de un gusto arriesgado, la hizo palidecer. Ya se veía como una estatua de plata, en el símbolo de las tibias voluptuosidades de la sombra.

—Claro está, no posarías más que para la cabeza y los hombros —añadió Labordette.

Ella le miró tranquilamente.

—¿Por qué...? Desde el momento en que se trata de una obra de arte, me importa poco el escultor que me reproduzca.

Convenido: ella escogía aquel motivo. Pero él la detuvo:

—Espera... Son seis mil francos más.

—¿Y eso qué me importa? —exclamó echándose a reír—. ¿Acaso mi cochinito no tiene buena bolsa?

Ahora, entre sus íntimos, llamaba así al conde Muffat, y aquellos señores no se referían a él de otra manera. «¿Viste a tu cerdito anoche...?» «Anda, creí encontrar aquí a tu cochinito.» Una sencilla familiaridad que, sin embargo, ella aún no se permitía en su presencia.

Labordette enrollaba los dibujos dando las últimas explicaciones: los plateros se comprometían a entregar la cama dentro de dos meses, hacía el 25 de diciembre; desde la semana siguiente, un escultor acudiría a tomar el modelo de la Noche.

Cuando lo acompañaba a la puerta, Nana se acordó del panadero, y bruscamente le dijo:

—A propósito, ¿no llevas encima diez luisas?

Un principio de Labordette, que le daba buenos resultados, consistía en no prestar nunca dinero a las mujeres. Siempre daba la misma respuesta:

—No, querida; estoy limpio... Pero si quieres que vaya a casa de tu cerdito...

Ella se negó, pues era inútil. Dos días antes le había sacado al conde cinco mil francos. No obstante, ella lamentó su indiscreción; detrás de Labordette, aunque sólo eran las dos y media, reapareció el panadero, y se sentó en una banqueta del vestíbulo, groseramente y jurando en voz alta.

Nana le escuchaba desde el primer piso. Palidecía, y sobre todo sufría al oír cómo se subía el sordo regocijo de los criados. Se partían de risa en la cocina; el cochero miraba desde el fondo del patio, Francois atravesaba sin motivo el vestíbulo y luego se apresuraba a dar noticias, después de sonreírle al panadero con una mueca de inteligencia.

Se burlaba de la señora, las paredes resonaban y ella se sentía completamente sola en medio del desprecio de su servidumbre, que la acechaba y la humillaba con bromas de muy mal gusto.

Entonces, cuando se le ocurrió pedir prestados los ciento treinta y tres francos a Zoé, se contuvo, pues ya le debía dinero, y era demasiado orgullosa para exponerse a

una negativa.

Tal era la preocupación que la embargaba que entró en su alcoba hablando en voz alta:

—Bah, bah, hija mía... No cuentes más que contigo. Tu cuerpo te pertenece, y más vale servirse de él que sufrir un desaire.

Y sin siquiera llamar a Zoé, se vistió rápidamente para correr a casa de la Tricon. Era su supremo recurso en las horas más difíciles.

Muy pretendida, siempre solicitada por la vieja señora, se negaba o se resignaba según sus necesidades, y los días, cada vez más frecuentes, en que los agujeros aparecían en su tren regio, estaba segura de encontrar allí veinticinco luises esperándola. Se dirigía a casa de la Tricon con la facilidad del hábito, como los pobres se dirigen al Monte de Piedad.

Pero al salir de su habitación se tropezó con Georges, de pie en medio del salón. Ella no advirtió su palidez ni el fuego sombrío de sus ojos. Sólo tuvo un suspiro de alivio.

—¡Ah! Vienes de parte de tu hermano, ¿no?

—No —replicó Georges, temblando más.

Entonces ella hizo una mueca de desespero. ¿Qué quería? ¿Por qué estorbaba su camino? Tenía mucha prisa. Luego, retrocediendo, le preguntó:

—¿Tienes dinero?

—No.

—Es cierto. ¡Qué necia soy! Nunca un céntimo, ni siquiera para el ómnibus... Mamá no quiere... ¡Vaya hombres!

Y se escapaba, pero él la detuvo; quería hablar con ella. Nana repetía que no tenía tiempo cuando una palabra la dejó tiesa.

—Oye, sé que vas a casarte con mi hermano.

Aquello sí que resultaba gracioso. Se dejó caer en una silla para reírse a gusto.

—Sí —continuó el pequeño—. Y yo no quiero... Soy yo quien se casará contigo... Vengo para eso.

—¡Cómo! ¿Tú también? —exclamó Nana—. Por lo visto es un mal de familia... Pues nunca. ¡Vaya un sufrimiento! ¿Os he pedido esa estupidez? Ni con el uno ni con el otro. ¡Nunca!

El rostro de Georges se iluminó. ¿Y si se hubiese engañado?

—Entonces júrame que no te acuestas con mi hermano.

—Tú me aburres ya —dijo Nana, que se había puesto en pie, comida por la impaciencia—. ¡Vaya un minuto más divertido! Te repito que tengo prisa... Me acuesto con tu hermano, si eso me place. ¿Acaso me mantienes tú, acaso pagas para exigirme cuentas? Sí, me acuesto con tu hermano.

Él la había cogido del brazo y lo apretaba hasta doblárselo, mientras balbucía:

—No digas eso... no digas eso...

De una sacudida, ella se libró de él.

—Y ahora me pega. ¡Vean al mocososo...! Pequeño, lárgate inmediatamente... Te toleraba por gentileza. Abre de una vez los ojos... ¿No esperarías tenerme por mamá hasta la muerte? Tengo otras cosas que hacer que criar mocosos.

Georges la escuchaba con una angustia que lo aturdí, sin protestar. Cada palabra le hería el corazón con gran golpe, y se sentía morir. Ella, sin ver siquiera su sufrimiento, continuaba, dichosa por descargar sobre él todos los enojos de la mañana.

—Eres igual que tu hermano. ¡Bonito pájaro está hecho! Me había prometido doscientos francos. Ya puedo esperarle... ¡Pues si que hago mucho con su dinero! Ni siquiera puedo comprarme pomada. Pero me ha dejado en un apuro... ¿Quieres saberlo? Pues por culpa de tu hermano salgo para ir a ganar veinticinco luisas con otro hombre.

Entonces, anonadado, Georges se atravesó en la puerta, y lloraba y le suplicaba, juntando las manos, balbuciendo:

—¡Oh, no! ¡Oh, no!

—Yo digo que sí. ¿Tienes tú ese dinero?

No, él no tenía dinero. Hubiese dado su vida por tener dinero. Jamás se había sentido tan miserable, tan inútil, tan pequeño. Sacudido por los sollozos, sentía un dolor tan grande que ella acabó por verlo y enternecerse. Lo apartó suavemente.

—Vamos, gato mío; déjame pasar, es preciso... Sé razonable. Tú eres un crío; aquello fue agradable para una semana, pero hoy debo pensar en mis asuntos. Reflexiona un poco... Tu hermano ya es un hombre. Con él, no digo que no... Hazme el favor. Es inútil que vayas a contarle todo esto. No necesita saber adónde voy. Siempre hablo demasiado cuando me encolerizo.

Se reía. Luego, cogiéndole, le besó en la frente.

—Adiós, pequeño; se acabó, bien acabado, ¿entiendes...? Me marchó.

Y le abandonó. Él se quedó en medio del salón. Las últimas palabras aún sonaban a rebato en sus oídos: «Se acabó, bien acabado» y creía que la tierra se abría a sus pies.

En el vacío de su cerebro el hombre que esperaba a Nana había desaparecido; sólo quedaba Philippe, continuamente en los brazos desnudos de Nana. Ella no lo negaba, y le amaba, puesto que quería evitarle el disgusto de una infidelidad. Estaba acabado, bien acabado.

Respiró fuertemente y miró alrededor de la habitación, ahogado por un peso que le aplastaba. Uno tras otro le llegaban los recuerdos: las noches risueñas de la Mignotte, las horas de caricias en que se creía su niño, luego las voluptuosidades robadas en aquella misma estancia. ¡Y nunca, nunca más! Él era demasiado pequeño,

aún no había crecido bastante, y Philippe le reemplazaba porque ya tenía barba. Entonces, esto era el fin, y ya no podía vivir más. Su vicio se había templado en una ternura infinita, en una adoración sensual, en que todo su ser se entregaba. Luego, ¿cómo olvidar cuando su hermano se quedaba allí? Su hermano, un poco de su sangre, cuyo placer le ponía rabioso de celos. Aquello era el fin. ¡Sí, quería morir!

Todas las puertas estaban abiertas, en medio de la algazara ruidosa de los criados, que habían visto salir a pie a la señora. Abajo, en la banqueta del vestíbulo, el panadero reía con Charles y Francois. Como Zoé atravesase el salón corriendo, se quedó sorprendida al ver a Georges, y le preguntó si esperaba a la señora. Sí, la esperaba, porque se olvidó de darle una respuesta.

Cuando el muchacho volvió a quedarse solo, se puso a buscar. No encontrando otra cosa, cogió del tocador unas tijeras muy puntiagudas, con las que Nana tenía la manía de cortarse las pieles y los pelos. Entonces, durante una hora, se armó de paciencia, con los dedos apretando nerviosamente las tijeras y la mano en el bolsillo.

—Ahí llega la señora —dijo Zoé entrando, que había estado acechándola desde la ventana de su alcoba.

Hubo carreras por el hotel; las risas se extinguieron y las puertas se cerraron.

Georges oyó cómo Nana pagaba al panadero; luego, subió.

—¡Cómo! ¿Aún estás aquí? —exclamó ella al verle—. Me voy a enfadar, pequeño.

Él la seguía mientras ella iba hacia su habitación.

—Nana, ¿quieres casarte conmigo?

Ella se encogió de hombros. Aquello era demasiado estúpido; no quiso responder. Tuvo la idea de darle con la puerta en las narices.

—Nana, ¿quieres casarte conmigo?

Ella empujó la puerta, con una mano, él volvió a abrirla mientras se sacaba la otra del bolsillo con las tijeras. Y sencillamente, con un gran golpe, se las hundió en el pecho.

Nana, presintiendo una desgracia, había vuelto la cabeza, y se revolvió con la mayor indignación.

—¡Pero será imbécil! ¡Tú eres idiota! Y con mis propias tijeras... ¿Quieres acabar de una vez, estúpido? ¡Ah, Dios mío, Dios mío...!

Estaba anonadada. El muchacho, caído de rodillas, acababa de asestarse un segundo golpe, que lo arrojó cuan largo era sobre la alfombra. Cerraba con su cuerpo el umbral de la alcoba.

Entonces ella perdió la cabeza, gritando con todas sus fuerzas, no atreviéndose a saltar por encima del cuerpo, que la atajaba y le impedía correr en busca de socorro.

—¡Zoé, Zoé! ¡Ven pronto! ¡Detenle! Es una estupidez. Un niño como éste... Y ahora se mata, ¡y en mi casa! ¿Se habrá visto nada igual?

El muchacho le daba miedo. Estaba pálido, los ojos cerrados. No sangraba mucho, sólo un poco, saliéndole por debajo del chaleco. Nana se decidía a pasar sobre el cuerpo cuando una aparición la hizo retroceder. Frente a ella, por la puerta del salón que había quedado abierta, se adelantaba una señora anciana.

Y Nana, aterrada, reconoció a la señora Hugon, no explicándose su presencia. Retrocedía, llevando puestos todavía los guantes y el sombrero. Su terror era tanto que se defendió tartamudeando:

—Señora, no he sido yo, se lo juro... Él quería casarse conmigo, le he dicho que no, y se ha matado.

Lentamente, vestida de negro, la señora Hugon se acercaba, la cara pálida, los cabellos blancos.

En el coche, la idea de Georges había desaparecido y sólo la falta de Philippe volvió a apoderarse de ella. Tal vez aquella mujer podría dar a los jueces explicaciones que les conmovieran, y se le ocurrió el proyecto de suplicarle, para que declarase en favor de su hijo.

Abajo había encontrado las puertas abiertas; vacilaba en la escalera, debido a sus débiles piernas, cuando los gritos de terror la guiaron. Luego, arriba, un hombre estaba tendido en el suelo, con la camisa manchada de sangre. Era Georges, era su otro hijo.

Nana repetía en un tono imbécil.

—Quería casarse conmigo, le he dicho que no, y se ha matado.

Sin un grito, la señora Hugon se inclinó. Sí, era el otro, era Georges. Uno deshonorado y el otro asesinado. Esto no la sorprendía; era el hundimiento de toda su vida. Arrodillada en la alfombra, ignorando el lugar en que se encontraba, sin percibir a nadie, miraba fijamente el rostro de su hijo, y escuchaba con una mano sobre su corazón.

Luego lanzó un débil suspiro. Había sentido que le latía el corazón. Entonces levantó la cabeza, examinó aquella alcoba y aquella mujer, y pareció recordar. Una llama se encendió en sus ojos vacíos; era tan grande y tan terrible su silencio, que Nana temblaba y continuaba defendiéndose, por encima de aquel cuerpo que las separaba.

—Se lo juro, señora... Si su hermano estuviese aquí podría explicarle.

—Su hermano ha robado y está en la cárcel —dijo la madre duramente.

Nana se quedó como estrangulada. ¿Pero por qué todo aquello? Ahora el otro había robado. ¿Estaban, pues, locos en aquella familia? Ya no se debatió más, no parecía que estuviese en su casa, y dejaba que la señora Hugon diese órdenes.

Los criados habían acudido finalmente; la anciana señora quiso que bajasen a Georges, desvanecido, a su coche. Prefería matarlo antes que dejarlo en aquella casa. Nana, con miradas estupefactas, veía que los criados sostenían al pobre Zizí por los

hombros y las piernas.

La madre seguía detrás, extenuada y apoyándose en los muebles como arrojada a la nada de todo lo que amaba. En el descansillo sollozó, se volvió y dijo por dos veces:

—¡Ah, nos ha hecho mucho daño...! Nos ha hecho mucho daño.

Eso fue todo. Nana se había sentado, abatida, con los guantes y el sombrero todavía puestos. El hotel caía de nuevo en un silencio absoluto; el coche acababa de arrancar, y permaneció inmóvil, sin un pensamiento, y retumbándole aquella escena en la cabeza.

Un cuarto de hora después Muffat la encontró en el mismo sitio. Entonces ella se desahogó con un desbordado torrente de palabras, refiriéndole la desgracia, volviendo veinte veces sobre los mismos detalles, recogiendo las tijeras manchadas de sangre para imitar el ademán de Zizí. Su mayor obsesión era demostrar su inocencia.

—Dime, querido, ¿ha sido culpa mía? Si tú fueses la justicia, ¿acaso me condenarías? Yo no le dije a Philippe que limpiase la caja, ni empujé a ese pequeño desgraciado a que se matase. En todo caso, la más desgraciada soy yo. Vienen a cometer estupideces en mi casa, me causan trastornos y todavía me tratan de perversa.

Y se echó a llorar. Un desahogo nervioso la ponía blanda y doliente, muy enternecida, con un inmenso pesar.

—Tú también tienes el aspecto de no estar contento... Pregunta a Zoé si tengo la culpa o no... Zoé, habla ya, explícale al señor...

Desde hacía un instante la doncella, que había cogido en el tocador una toalla y una palangana, frotaba la alfombra para quitar la mancha de sangre antes de que se secase.

—Señor, la señora está desolada.

Muffat permanecía aterrado, helado por este drama, con el pensamiento fijo en aquella madre llorando a sus hijos. Conocía su gran corazón y la veía con su ropa de viuda extinguiéndose sola en las Fondettes.

Pero Nana aún se desesperaba más. Ahora la imagen de Zizí, caído en el suelo con un agujero rojo sobre la camisa, la ponía fuera de sí.

—Era tan niño, tan dulce, tan acariciador... Sabes, gatito mío, y peor si esto te molesta, que yo amaba a ese crío... No puedo contenerme, eso es más fuerte que yo... Además, esto no debe importarte ahora. Ya no está aquí. Tienes lo que querías; ahora ya estás seguro de que no nos sorprenderás.

Y este último pensamiento la estremeció tanto que Muffat acabó por consolarla.

Le dijo que debía ser fuerte; ella tenía razón, no era culpa suya. Pero Nana reaccionó inmediatamente para decirle:

—Oye, corre en busca de noticias tuyas... En seguida, ¡lo quiero!

Muffat cogió su sombrero y fue a enterarse del estado de Georges. Al cabo de tres cuartos de hora, cuando regresaba, vio a Nana asomada con angustia a una ventana, y le gritó desde la acera que el pequeño no había muerto, y que se confiaba en salvarle.

Entonces Nana saltó de alegría: cantaba, bailaba, encontraba la existencia hermosa. Pero Zoé no estaba satisfecha de su lavado. No hacía más que mirar la mancha y repetía cada vez que pasaba por allí:

—Sabe, señora, no se ha borrado.

En efecto, la mancha reaparecía en un rojo pálido sobre un rosetón blanco de la alfombra. Estaba en el mismo umbral de la habitación, como un trazo de sangre que cruzase la puerta.

—Bah... —dijo Nana dichosa—. Ya se borraré con las pisadas.

Al día siguiente el conde Muffat también se había olvidado de la aventura. Por un instante, cuando el coche le llevaba a la calle Richelieu, se había jurado no volver más a casa de aquella mujer. El cielo le enviaba una advertencia; veía la desgracia de Philippe y de Georges como el anuncio de su propia perdición. Pero ni el espectáculo de la señora Hugon llorando, ni la vista del adolescente consumido por la fiebre tuvieron la fuerza de hacerle cumplir su juramento, y del corto estremecimiento de aquel drama sólo le quedó la sorda alegría de verse desembarazado de un rival cuya encantadora juventud siempre le había desesperado. Ahora llegaba a una pasión exclusiva, a una de esas pasiones de hombres que no tuvieron juventud. Amaba a Nana con la necesidad de saber que era únicamente suya, de oírla, de tocarla, de aspirar su aliento. Era como una ternura que se extendía más allá de los sentidos, hasta un sentimiento puro, un afecto inquieto, celoso del pasado, soñando a veces con la redención, con el perdón recibido, arrodillados los dos ante Dios padre. Cada día la religión le dominaba más. Practicaba nuevamente, se confesaba y comulgaba; combatiendo sin cesar, duplicaba con sus remordimientos los goces del pecado y la penitencia. Su director le había permitido usar su pasión y se había acostumbrado a aquella condenación cotidiana, que recogía con sus estallidos de fe, llenos de una humildad devota. Ingenuamente ofrecía al cielo, como una expiación dolorosa, el abominable tormento que padecía. Este tormento crecía diariamente, aumentando su calvario de creyente, de corazón grave y profundo, caído en la sensualidad rabiosa de una ramera. Pero lo que más aumentaba su agonía era la continua infidelidad de aquella mujer, que no podía sujetar y de la que no comprendía sus caprichos imbéciles. Él deseaba un amor eterno, siempre igual. Ella así se lo había jurado, y la pagaba por eso, por su fidelidad. Pero la veía embustera, incapaz de guardarse, entregándose a los amigos, a los transeúntes, como una bestia infeliz nacida para vivir sin camisa.

Una mañana que vio salir a Fourcamont de casa de Nana a una hora intempestiva, la acusó crudamente. Y ella se revolvió, indignada con tantos celos. Ya en otras varias

ocasiones se había mostrado sumisa. Así, la tarde en que la sorprendió con Georges, ella fue la primera en reconocerse culpable, confesándole sus errores, colmándole de caricias y de frases amables, para tranquilizarle como fuese. Pero ahora ya la fastidiaba con tanta terquedad en no comprender a las mujeres, y fue brutal.

—Pues sí; me he acostado con Fourcamont. ¿Y qué? ¿No te agrada eso, cochinito mío?

Era la primera vez que le arrojaba a la cara «cochinito mío». El conde se quedó sofocado ante la desfachatez de su confesión, y como apretase los puños, ella avanzó hacia él y le miró a la cara.

—¡Y basta ya! Si esto no te conviene, me vas a hacer el favor de marcharte... No quiero que grites en mi casa... Métete bien en tu cabezota que quiero ser libre. Cuando un hombre me gusta, me acuesto con él. Así, como lo oyes. Y decídetelo inmediatamente: sí o no, y puedes irte.

Nana abrió la puerta. El conde no salió. Desde entonces ésta fue la manera de esclavizarle más; por una nimiedad, a la menor querrela, le soltaba lo pactado con repugnantes reflexiones. Muy bien. Ya encontraría otros mejores que él; sólo le preocupaba la elección; encontraría tantos hombres como quisiera, hombres menos ridículos, y cuya sangre aún ardía en las venas.

Muffat inclinaba la cabeza, esperando horas más dulces, cuando ella tuviese necesidad de dinero; entonces, Nana se volvía zalamera y él olvidaba. Una noche de ternuras compensaba los tormentos de toda una semana. Por otra parte, la reconciliación con su esposa le había hecho insoportable su hogar. La condesa, abandonada por Fauchery, que volvió a caer bajo el dominio de Rose, se aturdiría en otros amoríos, en la febril inquietud de sus cuarenta años, siempre nerviosa y animando el hotel con el desesperado torbellino de su vida. Estelle, después de su matrimonio, había dejado de ver a su padre. En aquella muchacha, flaca e insignificante, había aparecido bruscamente una mujer de férrea voluntad, tan absoluta que Dagenet temblaba ante ella; ahora la acompañaba a misa, convertido, furioso contra su suegro, que les arruinaba con su querida. Sólo el señor Venot continuaba amable con el conde, esperando su hora; incluso llegó a introducirse en casa de Nana, frecuentando ambos lugares, en los que se encontraba, detrás de las puertas, su sonrisa.

Y Muffat, miserable en su casa, arrojado por el aburrimiento y la vergüenza, aun prefería vivir en la avenida de Villiers, en medio de las injurias. Pronto sólo subsistió una sola cuestión entre Nana y el conde: el dinero. Un día, después de haberle prometido formalmente diez mil francos, se atrevió, a la hora convenida, a presentarse ante ella con las manos vacías. Desde la antevíspera ella lo encendía con caricias. Pero su falta de palabra, tantos mimos perdidos, la irritaron tanto que no reparó en groserías, y rabiosa, pálida, le gritó:

—¿Qué? No tienes dinero... Entonces, cochinito mío, vuelve al sitio de donde vienes, y cuanto antes. ¡Será idiota! Y aún pretendía abrazarme... ¿No hay dinero? pues no hay nada. ¿Entiendes?

Muffat daba explicaciones; tendría el dinero dos días después. Pero ella le interrumpió violentamente:

—¿Y mis vencimientos? Me embargaran a mí, mientras el señor viene aquí a crédito... Mírate bien. ¿Acaso te imaginas que te amo por tus encantos? Cuando se tiene un hocico como el tuyo, se paga a las mujeres que quieran tolerarte... Si no me traes diez mil francos esta noche, no vuelves a chupar ni la yema de mi meñique... ¡Por ésas! Te devuelvo a tu mujer.

Aquella noche le llevó los diez mil francos. Nana le tendió los labios y él se consoló en un largo beso de todo un día de angustias. Lo que más fastidiaba a Nana era tenerlo continuamente pegado a sus faldas. Se quejaba al señor Venot y le suplicaba que se llevase a su cochinito a casa de la condesa; ¿era que no servía para nada su reconciliación? Y lamentaba haberse mezclado en aquello, puesto que no conseguía quitárselo de encima. Los días en que se dejaba llevar de la cólera, olvidaba sus intereses y juraba hacerle una mala pasada, y como ella le gritaba golpeándose los muslos, no habría servido de nada escupirle a la cara, porque se hubiera quedado dándole las gracias. Entonces se renovaban continuamente las escenas a causa del dinero. Ella lo exigía con brutalidad, soltando palabrotas hasta por sumas miserables. Era una avidez odiosa de cada minuto, y una crueldad el repetirle que sólo se acostaba con él por su dinero, que eso no la divertía y que amaba a otro, y que era muy desgraciada al necesitar a un idiota de su calibre. Incluso no se le quería en la corte, donde ya se hablaba de exigirle la dimisión. La emperatriz había dicho: «Es demasiado repugnante». Y esto era cierto.

Y Nana también repetía la frase para concluir cada una de sus disputas.

—Mira, me repugnas.

Ahora ya no se contenía por nada; había reconquistado su completa libertad. Todos los días daba su paseo por el lago, iniciando allí las relaciones que concluían en otro sitio. Era la gran componenda, el descaro a pleno sol, el mostrarse a las desvergonzadas ilustres, que se exhibían con la sonrisa de la tolerancia y entre el lujo esplendente de París.

Las duquesas la señalaban con la mirada, y las burguesas enriquecidas copiaban sus sombreros; a veces su landó, para pasar, detenía una fila de poderosos carruajes, de financieros que tenían a Europa en su caja, de ministros cuyos gruesos dedos apretaban la garganta de Francia. Y ella estaba entre aquella sociedad del Bosque ocupando un sitio considerable, conocida en todas las capitales, solicitada por todos los extranjeros, añadiendo a los esplendores de aquella muchedumbre el arrebatado de su libertinaje, como la misma gloria y el agudo goce de una nación. Luego las

relaciones de una noche, los continuos cambios, en los que cada mañana perdía el recuerdo, la paseaban por los grandes restaurantes, a menudo en el Madrid en los buenos días. El personal de las embajadas desfilaba, ella cenaba con Lucy Stewart, Caroline Héquet, María Blond, en compañía de señores que destrozaban el francés, pagando para que les divirtiesen, cogiéndolas para la velada con la orden de ser alegres, tan gastados y tan vacíos que ni siquiera las tocaban. Y ellas llamaban a esto «ir de juerga» y regresaban muy satisfechas de sus desdenes para terminar la noche en los brazos de un amante apetecido. El conde Muffat fingía ignorarlo, cuando ella no le arrojaba los nombres a la cara. Por otra parte, sufría mucho con las pequeñas vergüenzas de su existencia cotidiana. El hotel de la avenida de Villiers se convertía en un infierno, en una casa de locos, donde los desórdenes de cada momento conducían a odiosas crisis. Nana había llegado al extremo de pegarse con los criados. Durante un breve tiempo se mostró muy amable con Charles, el cochero; cuando ella se detenía en un restaurante, le enviaba jarros de cerveza por un camarero; le hablaba desde el interior de su landó, alegremente, encontrándole divertido en medio de los atascos de carruajes cuando él querellaba con los cocheros de alquiler. Después, sin motivo, lo trataba de idiota. Siempre se enzarzaban por la paja, por el heno y por la avena; a pesar de su cariño a los animales, encontraba que sus caballos comían demasiado. Cierta día que pasaban cuentas, como ella lo acusase de robarle, Charles se enfureció y la llamó cerda, y por supuesto que sus caballos valían más que ella, pues no se acostaban con todo el mundo. Ella le respondió en el mismo tono y el conde tuvo que separarlos y despedir al cochero. Éste fue el principio de la desbandada entre el servidumbre. Victorine y Francois se marcharon después de un robo de diamantes. El mismo Julien desapareció, y corría una anécdota: el propio señor conde le suplicó que se marchara, dándole una crecida suma, al descubrir que se acostaba con la señora. Cada ocho días se veían en la cocina caras nuevas. Nunca se había despilfarrado tanto; la casa era como un pasadizo por donde el desecho de las oficinas de colocación desfilaba en un concurso de saqueo. Zoé permanecía, con su aire de decencia, y su único cuidado era ordenar aquel desorden mientras no tuviese con qué establecerse por su cuenta, proyecto que maduraba desde hacía mucho tiempo. Y esto no era más que los incidentes confesables. El conde soportaba la estupidez de la señora Maloir, jugando a las cartas con ella, a pesar de su olor a rancia; aguantaba a la señora Lerat y sus chismes, a Louiset y las quejas tristes de un niño minado por la enfermedad, alguna podredumbre heredada de un padre desconocido. Pero aún pasaba horas peores. Una tarde, detrás de una puerta, había oído a Nana contar a su doncella que un pretendido rico acababa de timarla; sí, un supuesto hombre que se decía americano, con minas de oro en su tierra; un cerdo que se había largado mientras dormía, sin dejarle un céntimo y llevándose incluso un paquete de cigarrillos, y el conde, más pálido que nunca, volvió a bajar la escalera de

puntillas para no saber más. En otra ocasión se vio obligado a saberlo todo. Nana, encaprichada por un barítono de café concierto y abandonada por él, soñó con suicidarse en una crisis de sentimentalismo negro; se tragó un vaso de agua en la que había desleído un puñado de cerillas, lo cual la puso horriblemente enferma, pero no la mató. El conde tuvo que cuidarla y soportar toda la historia de su pasión, con las lágrimas y los juramentos de no fiarse nunca más de los hombres. Pero en su desprecio a esos cerdos, como ella los llamaba, no podía permanecer con el corazón libre, teniendo siempre algún amante querido bajo sus faldas, rodando tras caprichos inexplicables y gustos perversos en el abandono de su cuerpo.

Desde que Zoé se abandonaba por cálculo, la buena administración del hotel iba de cabeza, a tal punto que Muffat no se atrevía a empujar una puerta, recorrer una cortina o abrir un armario; ya no valían las habilidades, los señores se arrastraban por todas partes y tropezaban unos con otros. Ahora tosía antes de entrar, sobre todo desde que estuvo a punto de encontrar a Nana colgada del cuello de Francis una noche que se ausentó dos minutos del tocador para ordenar que enganchasen, y mientras el peluquero daba el último toque al peinado de la señora. Eran abandonos bruscos a espaldas suyas, el placer recogido en todos los rincones, vivamente, en camisa o con traje suntuoso, con el primero que llegase. Luego se reunía con él, encendida y dichosa con el engaño. Sus trampas se sucedían, abominables todas. El desdichado, en la angustia de sus celos, llegaba a estar tranquilo cuando dejaba a Nana y a Satin juntas. La habría empujado a este vicio con tal de apartarla de los hombres. Pero también por este lado todo fracasaba. Nana engañaba a Satin del mismo modo que engañaba al conde, enardeciéndose con caprichos monstruosos, recogiendo rameritas en las esquinas de las calles. Cuando regresaba en coche, a veces se enamoraba de un pingajo visto en el arroyo, enardecía sus sentidos y desbordaba su fantasía, y entonces hacía que subiese, la pagaba y la despedía. Luego, con un disfraz de hombre, emprendía aventuras por casas de lenocinio, con espectáculos de desenfreno que divertían su aburrimiento. Y Satin, irritada por verse abandonada continuamente, trastornaba todo el hotel con escenas atroces; había acabado por tener dominio absoluto sobre Nana, que la respetaba.

Muffat también soñó con una alianza. Cuando no lograba imponerse, provocaba a Satin. Dos veces ella había obligado a su querida a que lo tomase; mientras él se mostraba agradecido, la advertía y se esfumaba ante ella a la menor señal. Sólo que la armonía casi no duraba. Satin también estaba cansada. Algunos días lo rompía todo; medio extenuada, se destrozaba en un frenesí de cólera y de ternezas, que incluso la embellecía. Zoé debía de entusiasmarla, porque la cogía en los rincones, como si quisiera contratarla para su gran negocio, del que aún no hablaba a nadie.

Sin embargo, al conde Muffat aún le sacudían ciertas rebeliones. Él, que toleraba a Satin desde hacía meses, que acababa de aceptar a los desconocidos, ese rebaño de

hombres galopando a través de la alcoba de Nana, se irritaba ante la idea de ser engañado por alguno de su clase o simplemente por sus conocidos. Así, cuando ella le confesó sus relaciones con Fourcamont, padeció tanto que encontró la traición del joven tan abominable que quiso provocarle y batirse en duelo.

Como no sabía dónde buscar testigos para semejante asunto, se dirigió a Labordette, quien le miró estupefacto, sin poder contener la risa.

—¿Un duelo por Nana...? Pero, querido señor, todo París se burlaría de usted. Nadie se bate por Nana; es ridículo.

El conde palideció. Y dijo con violencia:

—Pues le abofetearé en plena calle.

Durante una hora Labordette trató de que razonase. Una bofetada haría odiosa la historia; por la noche todo el mundo sabría la verdadera causa del encuentro y sería la comidilla de los periódicos. Y Labordette acababa siempre con esta misma conclusión:

—Imposible, eso es ridículo.

Esta palabra caía cada vez sobre Muffat, clara y cortante como una cuchillada. Ni siquiera podía batirse por la mujer que amaba; era para soltar la carcajada. Jamás había sentido más dolorosamente la miseria de su amor, aquella gravedad de su corazón perdida en la burla del placer. Fue su última rebelión; se dejó convencer, y desde entonces asistió al desfile de los amigos, de todos los hombres que vivían allí, en la intimidad del hotel. Nana, en el espacio de algunos meses, los devoró glotonamente a unos después de otros. Las crecientes necesidades de su lujo enardecían sus apetitos, y de una dentellada dejaba a un hombre completamente limpio. Al principio tuvo a Fourcamont, que no le duró más que unos días. Él soñaba en abandonar la marina y había amasado en diez años de viajes unos treinta mil francos que quería invertir en Estados Unidos, pero hasta sus instintos de prudencia y de avaricia fueron barridos; lo dio todo, hasta firmas en pagarés de favor que comprometían su porvenir.

Cuando Nana lo echó, estaba desnudo. Pero ella se mostró muy bondadosa: le aconsejó que volviese a su barco. ¿Para qué obstinarse? Pues no tenía dinero, la cosa no era posible. Debía comprenderlo y ser razonable. Un hombre arruinado caía de sus manos como un fruto maduro, para pudrirse en tierra por sí mismo.

Nana en seguida se abatió sobre Steiner, sin repugnancia, pero sin ternura. Lo trataba de cochino judío, parecía saciar un antiguo odio, del que ni ella misma se daba cuenta. Era grueso y estúpido, y ella lo atropellaba, tragándose pedazos dobles, queriendo acabar lo más pronto posible con aquel prusiano. Él había abandonado a Simonne. Su asunto del Bósforo empezaba a peligrar. Nana precipitó el hundimiento con locas exigencias.

Durante un mes aún estuvo debatiéndose, haciendo milagros; llenaba Europa de

anuncios, de prospectos, en una publicidad colosal, y conseguía dinero de los países más lejanos. Todos estos ahorros, los luises de los especuladores, como las monedas de las pobres gentes, se hundían en el abismo de la avenida de Villiers. Por otra parte, se había asociado con un maestro herrero, en Alsacia, y allá en un rincón de provincia, los obreros ennegrecidos de carbón, chorreantes de sudor, que noche y día tensaban sus músculos y oían crujir sus huesos, se afanaban para subvenir a los placeres de Nana.

Ella lo devoraba todo como una hoguera: los robos del agio y los frutos del trabajo. Esta vez concluyó con Steiner, lo devolvió al arroyo, chupado hasta la médula, tan vacío que quedó incapacitado para inventar otra nueva truhanería. Con el hundimiento de su casa de banca, tartamudeaba y temblaba ante la idea de la policía. Acababan de declararle en quiebra y la sola palabra dinero, a él que había manejado millones, le sumía en un embarazo grotesco.

Una noche, en casa de Nana, se echó a llorar y le pidió un préstamo de cien francos para pagar a su criada. Y Nana, enternecida y divertida por el fin del terrible buen hombre que pirateaba la Bolsa de París desde hacía veinte años, se los dio diciéndole:

—Te los doy porque es gracioso... Pero escucha, querido, ya no tienes edad para que te mantenga. Búscate otra ocupación.

Entonces Nana empezó inmediatamente con Héctor de la Faloise. Hacía mucho tiempo que ansiaba el honor de ser arruinado por ella, a fin de ser un perfecto elegante. Le faltaba esto, y necesitaba una mujer que lo lanzase. En dos meses todo París lo conocería y leería su nombre en los periódicos. Bastaron seis semanas. Su herencia consistía en propiedades, tierras, prados, bosques y granjas. Tuvo que vender rápidamente, sin tregua, sin respiro.

A cada bocado, Nana engullía una propiedad. Los follajes estremeciéndose al sol, el trigo maduro, las viñas doradas en setiembre, los pastos crecidos y donde las vacas se hundían hasta el vientre, todo pasaba por allí en un deglutir de abismo; incluso desaparecieron un salto de agua, una cantera de yeso y tres molinos.

Nana pasaba igual que una invasión, como una de esas nubes de langosta, cuyo vuelo de llama arrasa una provincia. Quemaba la tierra donde posaba su piesecito. Granja tras granja, pradera tras pradera, se comió la herencia, con su aire gracioso, sin advertirlo siquiera, como si entre almuerzo y cena devorase un paquete de almendras garrapiñadas puesto sobre sus rodillas.

Esto no tenía importancia, eran golosinas... Pero una noche ya no quedó más que un bosquecillo. Ella se lo tragó con gesto desdeñoso, porque para eso ni siquiera valía la pena molestarse en abrir la boca.

Héctor se reía como un idiota, chupando el puño de su bastón. Las deudas lo aplastaban, no tenía ni cien francos de renta, y se veía obligado a regresar a

provincias para vivir con un tío maniático, pero esto no tenía importancia; él era un elegante, y *Le Fígaro* había impreso su nombre dos veces, y con el pescuezo flaco entre las puntas inclinadas de su cuello postizo, el talle ajustado bajo una chaqueta demasiado corta, se balanceaba con exclamaciones de cotorra y lasitudes afectadas de títere de madera que jamás ha sentido una emoción. Nana, a quien irritaba, acabó por pegarle.

Entretanto, Fauchery había vuelto, traído por su primo. Este desventurado Fauchery, en aquellos momentos tenía su hogar. Después de romper con la condesa, cayó en manos de Rose, quien lo usaba como un verdadero marido. Mignon seguía simplemente como mayordomo de la señora.

El periodista, instalado como dueño, mentía a Rose y adoptaba toda clase de precauciones cuando la engañaba, lleno de escrúpulos, como un buen esposo que desea vivir como es debido.

El triunfo de Nana consistió en tenerle y comerle un periódico que había fundado con el dinero de un amigo; ella no le exhibía; por el contrario, se complacía en tratarle como señor que debe ocultarse, y cuando ella hablaba de Rose, siempre decía «esa pobre Rose».

El periódico le proporcionó flores durante dos meses; ella tenía los abonados de provincias; lo cogía todo, desde la crónica hasta los ecos teatrales; luego, después de haber ahogado la redacción dislocado la administración, se mantuvo en un gran capricho: un jardín en un rincón de su hotel, que se comió la imprenta. Por lo demás, esto no pasaba de ser una broma.

Cuando Mignon, feliz por la aventura, corrió a ver si podía dejarle a Fauchery totalmente, ella le preguntó si se burlaba: un mozo sin un céntimo que sólo vivía de sus artículos y sus obras, ¡vamos, vamos! Esa tontería estaba bien para una mujer de talento como la pobre Rose.

Y desconfiando, temiendo alguna traición por parte de Mignon, que era muy capaz de denunciarles a su esposa, despidió a Fauchery, quien ya tan sólo le pagaba en publicidad.

Pero conservaba un buen recuerdo suyo, pues se habían divertido mucho juntos a costa del idiota de Héctor de la Faloise. Tal vez jamás se les hubiese ocurrido la idea de volver a verse si el placer de burlarse de semejante fatuo no les excitara. Esto les parecía algo gracioso; se abrazaban en sus narices, se corrían las grandes juergas con su dinero y hasta le enviaban de recadero al otro extremo de París para quedarse solos; luego, cuando regresaba, todo eran bromas y alusiones que él no podía comprender.

Un día, incitada por el periodista, Nana apostó que le pegaría una bofetada a Héctor, y aquella misma noche le abofeteó, y luego continuó golpeándole, encontrando aquello muy divertido, feliz al demostrar lo cobardes que eran los

hombres. Nana le llamaba «su cajón de tortas», le decía que se acercase para recibir su torta, y pegaba bofetadas que le enrojecían la mano, pues no estaba acostumbrada a darlas todavía.

Héctor de la Faloise se reía con su aire extenuado y lágrimas en los ojos. Esta familiaridad le encantaba, la encontraba asombrosa.

—¿Sabes? —le dijo muy entusiasmado una noche, después de haber recibido unas cuantas bofetadas—. Deberías casarte conmigo... Nos divertiríamos los dos.

Ésta no era una frase dicha en broma. Había proyectado secretamente este matrimonio con el deseo de asombrar a todo París. El marido de Nana. ¡Vaya, vaya! ¡Qué elegancia! Una apoteosis algo excéntrica. Pero Nana le desilusionó con buenas razones.

—¿Yo? ¿Casarme contigo? ¡Estás bueno! Si esa idea me atormentase, hace tiempo que habría encontrado esposo. Y un hombre que valdría veinte veces más que tú, querido. He recibido infinidad de proposiciones. Tú cuenta: Philippe, Georges, Fourcamont, Steiner ya son cuatro, sin contar otros que no conoces. Es el estribillo de todos. No puedo mostrarme amable, porque en seguida se ponen a cantar: «Yo quiero casarme contigo, yo quiero casarme contigo...».

Se exaltaba. Luego estalló con vehemente indignación:

—¡Pues no, no quiero...! ¿Es que estoy hecha para esas cosas? Mírame bien; yo no sería Nana si me colgara un hombre a la espalda. Además, eso es demasiado sucio.

Y escupía con un gesto de asco, como si hubiese visto extenderse bajo ella toda la suciedad de la tierra.

Una noche desapareció Héctor. Ocho días después se supo que estaba en provincias, en casa de su tío, el que tenía la manía de herborizar, él le arreglaba el herbario y corría la suerte de casarse con una prima muy fea y muy devota.

Nana ni siquiera le echaba de menos. Le dijo sencillamente al conde:

—Vaya, cochinito mío, ya tienes un rival menos. Hoy debes de rebosar de júbilo... Pero es que se lo tomó en serio. Quería casarse conmigo.

Como Muffat palideciese, ella se colgó de su cuello, riendo y hundiéndole una de sus crueldades en una caricia.

—¿No es cierto? Eso es lo que te desespera a ti. Tú no puedes casarte con Nana. Cuando todos están fastidiándome con su matrimonio, tú rabias en tu rincón. ¡No es posible, hay que esperar que reviente tu mujer...! Si tu mujer reventase, qué pronto vendrías, cómo te echarías al suelo, cómo te ofrecerías así, con el gran juego de suspiros, de lágrimas y de juramentos. ¿Verdad? Querido, sí que sería bonito.

Nana había adoptado una voz dulce y hablaba con aire de zalamería feroz. Él, muy conmovido, empezó a sonrojarse devolviéndole sus besos. Entonces ella gritó:

—¡Por Dios! ¡Lo he adivinado! Ha pensado en eso, espera que su mujer reviente... Esto es el colmo. Aún es más bellaco que los otros.

Muffat había aceptado a los otros. Ahora ya sólo cifraba su última dignidad de ser el «señor» para los criados y los familiares de la casa, el hombre que, dando más, era el amante oficial. Y su pasión le devoraba. Se sostenía pagando, comprando muy caro hasta las sonrisas, incluso robándolas, y no teniendo jamás lo que por su dinero le correspondía, pero era como una enfermedad que le roía y no podía evitar padecerla.

Cuando entraba en el dormitorio de Nana, se limitaba a abrir las ventanas un momento para echar los olores de los otros, los perfumes de rubios y de morenos, las humaredas de sus cigarros, cuya acritud le sofocaba. Aquella habitación se había convertido en una encrucijada, continuamente se limpiaban las botas en su umbral, y ninguno se detenía ante la mancha de sangre a un palmo de la puerta.

Zoé seguía con una preocupación por aquella mancha, una manía de muchacha limpia, indignada al verla siempre allí, y sus ojos se fijaban en ella involuntariamente, no entrando en la alcoba de su señora sin decir:

—Qué extraño, eso no se borra... Y con la gente que pasa.

Nana, que recibía satisfactorias noticias de Georges, ahora convaleciente en las Fondettes con su madre, siempre daba la misma respuesta:

—Caramba, deja que pase el tiempo... Ya se borrará bajo las pisadas.

En efecto, cada uno de aquellos señores, Fourcamont, Steiner, Héctor, Fauchery, se habían llevado un poco de la mancha en sus suelas. Y Muffat, a quien el rastro de sangre preocupaba como a Zoé, la examinaba a pesar suyo, para leer, en su tono cada vez más borroso, la cantidad de hombres que pasaba por allí. Le tenía un miedo sordo, y siempre pasaba saltándola, con un temor repentino a aplastar alguna cosa viviente, un miembro desnudo yacente en el suelo.

Luego, una vez allí, en aquel dormitorio, le embriagaba el vértigo.

Lo olvidaba todo, la recua de machos que la atravesaban, el luto que cerraba la puerta. Afuera, una vez en la calle, a veces lloraba de vergüenza y de indignación, jurando no volver. Pero desde el momento en que cerraba la puerta se sentía nuevamente preso, derritiéndose al tibio calor de la estancia, la carne penetrada de un perfume e invadida por un deseo voluptuoso de anonadamiento.

Él, devoto, acostumbrado a los éxtasis de las capillas ricas, encontraba igualmente sus sensaciones de creyente cuando, arrodillado bajo un vitral, sucumbía a la embriaguez de los órganos y los incensarios. La mujer le poseía con el despotismo celoso de un Dios colérico, aterrándole, dándole segundos de goce agudo, como espasmos por las horas de espantosos tormentos, de visiones del infierno y de eternos suplicios. Eran los mismos balbuceos, las mismas plegarias y las mismas desesperaciones, sobre todo las mismas humildades de una criatura maldita, aplastada por el fango de su origen. Sus deseos de hombre, sus necesidades de un alma, se confundían, parecían subir del fondo oscuro de su ser, al igual que una única expansión del tronco de la vida. Y se abandonaba a la fuerza del amor y de la fe, cuya

doble palanca conmueve al mundo. Y siempre, a pesar de las luchas de su razón, aquella alcoba de Nana lo hería alocadamente y desaparecía temblando en la omnipotencia del sexo, como si se desvaneciese ante lo desconocido del vasto cielo.

Entonces, cuando lo sentía tan humilde, Nana conseguía el triunfo despótico. Ella aportaba instintivamente el frenesí de envilecer. No le bastaba con destruir las cosas; las ensuciaba. Sus manos, tan delicadas, dejaban huellas abominables, descomponían todo lo que habían roto. Y él, imbécil, se prestaba al juego con el vago recuerdo de los santos devorados por los piojos y que se comían sus excrementos. Cuando ella lo tenía en su alcoba, cerradas las puertas, se recreaba con la infamia del hombre. Al principio, habían bromeado; ella le pegaba pequeños golpes, le imponía caprichos extraños, le hacía cecear como a un niño, repitiendo finales de frases.

—Di como yo: «Y chitón, que viene el cuco».

Él se mostraba dócil hasta reproducir su acento.

—«Chitón, que viene el cuco».

O bien ella hacía el oso, a cuatro patas sobre sus pieles, en camisa, revolviéndose con gruñidos, como si quisiera devorarlo; e incluso le mordía las pantorrillas, para reírse. Luego, levantándose, le ordenaba:

—Hazlo tú un poco... A que no haces el oso como yo.

Aquello aún era encantador. Ella le divertía como oso, con su piel blanca y su cabellera rojiza. Él se reía y también se ponía a cuatro patas, gruñía, le mordía las pantorrillas, mientras ella se escapaba poniendo cara de espanto.

—¡Qué necios somos!, ¿eh? —acababa diciendo ella—. No tienes idea de lo feo que estás, gatito mío. Por Dios, si te vieses en las Tullerías...

Pero estos jueguecitos en seguida se estropearon. No fue crueldad por parte de ella, pues continuaba siendo buena muchacha; aquello fue como un viento demencial que pasó y creció poco a poco en la habitación cerrada. Una extraña lujuria los descomponía, los impelía a las fantasías delirantes de la carne. Los antiguos espantos devotos de sus noches de insomnio volvieron ahora con una sed de bestialidad, un furor de ponerse a cuatro patas, de gruñir y morder. Un día, cuando él hacía el oso, ella lo empujó tan rudamente que cayó contra un mueble, y ella se echó a reír involuntariamente al verle un chichón en la frente. Desde entonces, cogido el gusto por aquellos ensayos con Héctor de la Falaise, ella lo trataba de animal, le pegaba y le perseguía a patadas.

—¡Vamos ya! ¡Vamos! Tú eres el caballo... ¡Arre, ya! ¡Sucio burro! ¿Quieres caminar?

Otras veces él hacía de perro. Ella le arrojaba su pañuelo perfumado al otro extremo de la habitación y él debía correr a recogerlo con los dientes, arrastrándose sobre las manos y las rodillas.

—Tráemelo, «César». Espera, que voy a pegarte si te portas mal... ¡Muy bien,

«César»! Obedece, sé amable, sé bonito.

Y él amaba su bajeza, saboreaba el goce de ser un animal. Y aún aspiraba a descender, gritando:

—Pega más fuerte. Guau, guau. Estoy rabioso; pega ya.

A Nana le asaltó un capricho, y le exigió que llegase una noche vestido con su traje de gala, de chambelán. Entonces sí que hubo risas y burlas cuando ella lo tuvo delante en todo su aparato, con la espada, el sombrero, los calzones blancos, el frac de paño rojo bordado en oro, llevando la llave simbólica colgada sobre su faldón izquierdo. Esta llave sobre todo era lo que más la divertía y la lanzaba a una fantasía alocada de explicaciones groseras. Riendo siempre, arrebatada por su irreverencia a las grandezas, por el gozo de envilecerle bajo la pompa oficial de aquel traje, le sacudía, le pellizcaba y le gritaba: «¡Eh, camina ya, chambelán!» y le acompañaba pateándole el trasero y esas patadas se las pegaba muy satisfecha a las Tullerías, a la majestuosidad de la corte imperial, gruñendo contra el miedo y la sumisión de todos. Esto era lo que pensaba de la sociedad. Era su revancha, un rencor inconsciente de familia, heredado con la sangre. Después, desvestido el chambelán y el traje por el suelo, le gritaba que saltase, y él saltaba; le ordenaba escupir, y él escupía; le gritó que caminase sobre el oro, sobre las condecoraciones y las águilas, y él caminó. Puf, paf, puf... Ya no había nada, todo se esfumaba. Ella destrozaba un chambelán de igual manera que rompía un frasco o una bombonera, y lo convertía en basura, en un montón de fango en el rincón de una callejuela.

Mientras tanto, los plateros habían faltado a su palabra, y el lecho no fue entregado hasta mediados de enero. Precisamente Muffat estaba en Normandía, adonde había ido a vender una última ruina; Nana exigía cuatro mil francos inmediatamente. Él no debía volver hasta el día siguiente, pero habiendo terminado su negocio apresuró el regreso, y, sin siquiera pasar por la calle Miromesnil, se dirigió a la avenida de Villiers. Eran las diez. Como tenía una llave de una puertecita que se abría a la calle Cardinet, subió libremente. Arriba, en el salón, Zoé, que limpiaba los bronce, se quedó sobrecogida, y no sabiendo cómo detenerle, empezó a contarle que el señor Venot, muy trastornado, no hacía más que buscarle desde la víspera, que había estado allí dos veces, rogándole que enviase al señor a su casa si acaso aparecía antes en casa de la señora.

Muffat la escuchaba sin comprender nada de aquella larga historia, dándose cuenta de su turbación y, preso de unos rabiosos celos, de los que no se creía capaz, se arrojó contra la puerta de la habitación, en la que oía risas. La puerta cedió, los dos batientes se abrieron, mientras Zoé se retiraba con un encogimiento de hombros. Lo que Dios quisiera. Ya que la señora se volvía loca, que se arreglase sola. Y Muffat, en el umbral, lanzó un grito ante lo que veía.

—¡Dios mío...! ¡Dios mío!

La nueva alcoba resplandecía con su lujo regio. Los cadarzos de plata sembraban de estrellas vivas el terciopelo rosa de té de las colgaduras, ese rosa de carne que el cielo toma en los hermosos anocheceres, cuando Venus se enciende en el horizonte, sobre el fondo claro del día que muere, y los cordones de oro que caían de los ángulos y los encajes de oro que enmarcaban los paños, eran como llamas tenues, cabelleras rojizas destrenzadas, cubriendo a medias la gran desnudez de la estancia, cuya voluptuosa solidez resaltaba. Luego, enfrente, estaba la cama de oro y de plata, que resplandecía con el brillo nuevo de sus cincelados; un amplio trono para que Nana pudiese extender la realeza de sus miembros desnudos, un ara de una riqueza bizantina, digna de la omnipotencia de su sexo, y donde ella, en aquel momento, se exhibía descubierta en un religioso pudor de ídolo temido. Y junto a ella, bajo el reflejo de nieve en su garganta, en medio de su triunfo de diosa, se revolcaba una vergüenza, una decrepitud, una ruina cómica y lamentable: el marqués de Chouard en camisa. El conde había juntado las manos. Sacudido por un gran estremecimiento, repetía:

—¡Dios mío...! ¡Dios mío!

Para el marqués de Chouard florecían las rosas de oro del barco, los montones de rosas de oro abiertas en los follajes de oro; para él se inclinaban los amorcillos, el grupo echado sobre el enrejado de plata, con risas de picardía amorosa, y a sus pies, el Fauno descubría para él el sueño de la ninfa ahíta de voluptuosidad, aquella figura de la Noche copiada sobre el célebre desnudo de Nana, hasta con los recios muslos que la hacían reconocible por todos.

Echado allí como un guiñapo humano, corrompido y disuelto por sesenta años de libertinaje, el marqués de Chouard era como un rincón de osario en la gloria de las carnes esplendorosas de la mujer. Cuando vio abrirse la puerta, se levantó, dominado por el espanto de un viejo chocho; aquella última noche de amor aumentaba su imbecilidad, para volver a la infancia, y no encontraba palabras; medio paralizado, tartamudeando, helado, permanecía en una actitud de huida, la camisa remangada sobre su cuerpo esquelético, una pierna fuera de las sábanas, una pobre pierna lívida, llena de pelos grises. A pesar de su contrariedad, Nana no pudo evitar reírse.

—Acuéstate ya, métete en la cama —dijo ella derribándole y enterrándole bajo las sábanas, como a una basura que no puede exhibirse.

Y saltó para cerrar la puerta. Decididamente, no tenía suerte con su cochinito. Siempre aparecía en los momentos más inoportunos. ¿Por qué se había ido a buscar dinero en Normandía?

El viejo le había traído los cuatro mil francos y ella le dejaba hacer. Empujó los batientes de la puerta y gritó.

—Pues peor. Es culpa tuya. ¿Crees que se entra así? Anda, buen viaje.

Muffat seguía clavado ante la puerta cerrada, paralizado por lo que acababa de

ver. Su escalofrío aumentaba, un temblor que le subía desde las piernas hasta el pecho y la cabeza. Luego, como un árbol sacudido por un vendaval, vaciló y se abatió sobre las rodillas con el crujido de todos sus miembros. Con las manos tendidas desesperadamente, balbuceó:

—¡Es demasiado, Dios mío! ¡Es demasiado!

Lo había aceptado todo, pero ya no podía más, se sentía en el límite de sus fuerzas, en esa negrura en que el hombre pierde la razón. En un arrebato extraordinario, las manos siempre más altas, buscando el cielo, llamaba a Dios.

—¡Oh! No, no lo quiero... Ven a mí, Dios mío; socórreme, haz que muera en seguida... No, ese hombre no, ¡Dios mío! Se acabó, llévame, que no vea más, que no sienta más... Te pertenezco, Dios mío. Padre nuestro que estás en los cielos...

Y continuaba, abrasado de fe, mientras una oración ferviente se escapaba de sus labios. Pero alguien le tocó en el hombro. Era el señor Venot, sorprendido de encontrarle rezando delante de aquella puerta cerrada. Entonces, como si el mismo Dios hubiese respondido a su llamada, el conde se arrojó al cuello del vejete. Al fin podía llorar, sollozaba y repetía:

—Hermano mío... hermano mío...

Toda su humanidad doliente se aliviaba en este grito. Muffat bañaba con sus lágrimas el rostro del señor Venot, y le besaba con palabras entrecortadas.

—Hermano mío, cuánto sufro... Sólo me quedas tú, hermano mío... Llévame para siempre; por favor, llévame de aquí.

Entonces el señor Venot estrechó al conde contra su pecho. También le llamaba hermano. Pero tenía un nuevo golpe que asestarle; desde la víspera lo buscaba para comunicarle que la condesa Sabine, en un arranque de suprema locura, acababa de fugarse con uno de los jefes de sección de un gran almacén de novedades; un escándalo horrible, del que hablaba todo París. Al verle bajo la influencia de tal exaltación religiosa, consideró el momento favorable para relatarle en seguida toda la aventura, ese final llanamente trágico en el que zozobraba su casa.

El conde no se conmovió; su mujer se había marchado, y eso no le decía nada; ya se vería más tarde. Y agarrotado nuevamente por la angustia, mirando la puerta, las paredes y el techo con gesto de terror, sólo repetía esta súplica:

—Lléveme de aquí... Ya no puedo más; lléveme.

El señor Venot le sacó de allí como a un niño. Desde entonces el conde le perteneció por completo. Muffat volvía a sus estrictos deberes religiosos. Su existencia estaba aniquilada. Había presentado su dimisión como chambelán, ante los pudores revueltos de las Tullerías.

Su misma hija, Estelle, entablaba un proceso contra él por una suma de sesenta mil francos, la herencia de una tía que debió recibir al casarse. Arruinado, viviendo estrechamente con los restos de su gran fortuna, se dejaba rematar paulatinamente por

la condesa, que se comía los restos desdeñados por Nana.

Sabine, corrompida por la promiscuidad de aquella ramera, lanzada a todo, presenciaria el derrumbe final, el enmohecimiento del mismo hogar. Después de varias aventuras había regresado y el conde la recibió con la resignación del perdón cristiano.

Ella lo acompañaba con una vergüenza viviente, pero él, cada vez más indiferente, llegaba a no sufrir por estas cosas. El cielo le arrebatava de las manos de la mujer para llevarle a los mismos brazos de Dios. Era una prolongación religiosa de las voluptuosidades de Nana, con los balbuceos, las plegarias y las desesperaciones, las humildades de una criatura maldita aplastada bajo el fango de su origen.

En el fondo de las iglesias, heladas las rodillas al contacto de las baldosas, volvía a encontrar sus gozos de otros tiempos, los espasmos de sus músculos y los estremecimientos deliciosos de su inteligencia, en una misma satisfacción de oscuras necesidades de su ser.

La noche de la ruptura, Mignon se presentó en la avenida de Villiers.

Se acostumbraba a Fauchery, acababa de encontrar infinitas ventajas en la presencia de un marido en casa de su esposa, dejándole al cargo de los pequeños cuidados del hogar, descansando él para una mejor vigilancia y empleando en los gastos cotidianos de la casa el dinero de sus éxitos dramáticos; y como por otra parte Fauchery se mostraba razonable, sin celos ridículos, tan complaciente como el mismo Mignon sobre las ocasiones aprovechadas por Rose, los dos hombres se entendían cada vez más, contentos con su asociación fértil en felicidades de toda especie, haciendo cada cual su agujero, uno al lado del otro, en un hogar en el que no se andaban con cumplidos. Aquello estaba regulado y marchaba muy bien, y ambos rivalizaban en pro de la felicidad común.

Precisamente Mignon iba a casa de Nana por recomendación de Fauchery, para ver si podía llevarse a su doncella, cuya gran inteligencia había apreciado el periodista; Rose estaba desolada, pues desde hacía un mes no encontraba más que criadas inexpertas, que la ponían en continuos apuros.

Como Zoé fue quien lo recibió, la empujó en seguida al comedor. A las primeras palabras la doncella sonrió. Imposible; ella abandonaba a la señora para establecerse por su cuenta, y añadía con un aire de discreta vanidad que todos los días recibía proposiciones, las señoras se la disputaban, la señora Blanche le ponía un puente de oro para que volviera a su servicio. Zoé se quedaba con el establecimiento de la Tricon; un viejo proyecto largo tiempo meditado, una ambición de fortuna en la que iba a invertir todos sus ahorros; estaba llena de ideas elevadas, soñaba con ampliar la casa, alquilar un hotel y reunir todos los atractivos; con este mismo propósito había tratado de contratar a Satin, una pequeña estúpida que se moría en el hospital de tanto como se destruía.

Mignon insistió hablándole de los riesgos que se corren con el comercio, y Zoé, sin explicarle la clase de su establecimiento, se contentó con decirle con una sonrisa, como si hubiese cogido una confitería:

—Las cosas de lujo siempre marchan... Fíjese usted, hace mucho tiempo que estoy en casa de las demás; ahora quiero que las otras estén en mi casa.

Y una ferocidad grabó sus labios; al fin ella sería «señora», tendría a sus pies, por algunos luises, a aquellas mujeres para las que limpiaba palanganas desde hacía quince años.

Mignon quiso que le anunciase, y Zoé le dejó un instante, después de decirle que la señora había pasado un día muy malo.

Sólo había estado allí una vez y no conocía el hotel. El comedor le asombró, con sus Gobelinos, con su aparador y su vajilla de plata. Abrió familiarmente las puertas, visitó el salón, el invernadero y volvió al vestíbulo, y este lujo aplastante, los muebles dorados, las sedas y los terciopelos le llenaban gradualmente de una admiración que aceleraba sus latidos.

Cuando Zoé regresó a buscarlo, le ofreció enseñarle las demás habitaciones, el tocador, el dormitorio. Entonces, en la alcoba, el corazón de Mignon estalló; estaba conmovido, con un enternecimiento de entusiasmo. Aquella condenada Nana le dejaba estupefacto, a pesar de lo que la conocía.

En medio de aquel desastre de casa, del chorreo, del galope destructor de los criados, había allí tal amontonamiento de riquezas que incluso taponaban los agujeros y desbordaban por encima de las ruinas. Y Mignon, frente a aquel magistral monumento, se acordaba de las grandes obras.

Cerca de Marsella le habían enseñado un acueducto cuyas arcadas de piedra salvaban un abismo, una obra ciclópea que costó millones y diez años de esfuerzos. En Cherburgo había visto el nuevo puerto, unas obras inmensas donde cientos de hombres sudaban al sol y las máquinas volcaban en el mar grandes piedras, levantando una muralla en la que a veces se quedaban los obreros como una papilla sangrante.

Pero todo esto le parecía pequeño; Nana le exaltaba más, y volvía a encontrar ante su obra aquella sensación de respeto sentida por él una noche de fiesta en el castillo que un almacenista se había hecho construir, un palacio cuya única materia, el azúcar, había pagado el esplendor regio.

Ella lo había hecho con otra cosa, con una pequeña necedad que daba risa; un poco de su desnudez delicada, con esa nada vergonzosa y tan poderosa, cuya fuerza levantaba el mundo; ella sola, sin obreros, sin máquinas inventadas por los ingenieros, acababa de conmover París y de construir aquella fortuna en que dormían cadáveres.

—¡Dios mío, qué instrumento! —dejó escapar Mignon en su éxtasis, con un

reconocimiento de gratitud personal.

Nana había caído paulatinamente en un hondo pesar. Primero el encuentro del marqués con el conde, que la sacudió con una fiebre nerviosa, en la que casi entraba la alegría. Luego la idea de aquel viejo medio muerto que se iba en un *fiacre*, y su pobre cochinito, que ya no vería más después de haberle hecho rabiar tanto, le produjo un principio de melancolía sentimental.

Después se desconsoló al enterarse de la enfermedad de Satin, desaparecida quince días antes, y a punto de morir en Lariboisiere. ¡En tan mísero estado la había dejado la señora Robert!

Cuando hacía que preparasen el coche para ir a visitar una vez más a aquella basura, Zoé se le acercó tranquilamente para decirle que se despedía, avisándola con ocho días de antelación. Nana se desesperó; le parecía que perdía a una persona de su familia. ¡Dios mío!, ¿qué iba a ser de ella completamente sola?

Y suplicaba a Zoé, la cual, muy halagada por su desesperación, acabó por abrazarla para demostrar que no se marchaba enfadada con ella, pero era preciso, el corazón debía callarse ante los negocios. Aquél era el día de los fastidios. Nana, muy disgustada, ya no pensaba salir, y se consumía en su saloncito cuando Labordette subió para hablarle de una compra de ocasión, unos encajes magníficos, y, entre frases insignificantes, soltó que Georges había muerto. Nana quedó petrificada.

—¡Zizí! ¡Muerto! —exclamó.

Y su mirada, en un movimiento involuntario, buscaba en la alfombra la mancha rosa, pero al fin la mancha se había borrado con tantas pisadas. Entretanto, Labordette daba detalles: no se sabía nada cierto; unos hablaban de una herida abierta nuevamente y otros contaban que se suicidó, al arrojarle a un estanque de las Fondettes.

—Muerto, muerto... —repetía Nana.

Luego, con la garganta oprimida por un nudo desde la mañana, estalló en sollozos, y se alivió. Era una tristeza infinita, algo profundo e inmenso que la abrumaba. Labordette quiso consolarla respecto a Georges, pero ella le mandó callarse con la mano y tartamudeó:

—No es él sólo, sino todo, todo... Soy muy desdichada. Y aún dirán que soy una desvergonzada... Esa madre que se muere de pena allá abajo, y ese pobre hombre que gemía esta mañana ante mi puerta, y los otros arruinados en estos momentos, después de haberse comido su dinero conmigo... Eso es. Todo sobre Nana, todo sobre la bestia. Tengo buenas espaldas, y los oigo como si estuviera con ellos: esa condenada ramera que se acuesta con todo el mundo, que limpia a unos, que hace reventar a otros, que causa la desgracia de tantas personas...

Tuvo que interrumpirse, sofocada por las lágrimas, deshecha de dolor encima del diván, la cabeza hundida en un almohadón. Las desgracias que sentía alrededor suyo,

las miserias que había cometido, la ahogaban con una ola tibia y continua de ternura, y su voz se perdía en una sorda queja de chiquilla.

—Me encuentro mal, me siento mal... No puedo más; esto me ahoga... Es demasiado duro no ser comprendida, ver cómo los demás se ponen contra una porque son los más fuertes... Sin embargo, cuando no hay nada que reprocharse, cuando se tiene la conciencia limpia... Pues no, no. ¡No!

Una rebelión surgía con su cólera. Se levantó, se enjugó las lágrimas y empezó a caminar con agitación.

—¡Pues no! Ellos dirán lo que quieran, pero no es culpa mía. ¿Acaso soy mala? Doy todo lo que tengo, no aplastaría ni una mosca... Son ellos; sí, son ellos... Jamás he querido serles desagradable. Y se han colgado de mis faldas, y ahí están, reventando, mendigando y lanzados todos a la desesperación...

Luego, deteniéndose delante de Labordette, le dio unas palmaditas en los hombros.

—A ver tú estabas aquí, di la verdad... ¿Era yo quien lo empujaba? ¿No eran siempre una docena a pelearse para inventar la más gorda porquería? Me daban asco. Yo me agarraba para no seguirlos, tenía miedo. Mira, sólo un ejemplo: todos querían casarse conmigo. ¿Eh? Vaya una porquería. Sí, querido; hubiera podido ser veinte veces condesa o baronesa si hubiese consentido. Pues siempre me negué, porque yo soy razonable... Les he evitado bajezas y crímenes... Hubieran robado, asesinado, matado a sus padres. No tenía más que decir una palabra, y no la dije... Ya ves ahora la recompensa... Es como ese Daguenet, a quien he casado; un muerto de hambre al que he dado posición después de haberlo tenido gratis durante semanas. Ayer le volví a encontrar y volvió la cabeza. ¡Vaya un cerdo! Soy menos sucia que él.

Había vuelto a andar, y ahora dio un fuerte puñetazo sobre un velador.

—Santo Dios, esto no es justo. La sociedad está mal hecha. Se acusa a las mujeres, cuando los hombres son quienes exigen las cosas... Mira, y ahora puedo decírtelo: cuando estaba con ellos, ¿comprendes? no me hacían gracia, ni placer me daban. Eso me fastidiaba, palabra de honor... Entonces, yo pregunto si tengo algo que ver con todo eso. Y me han aplastado. Sin ellos, querido, sin lo que ellos han hecho de mí, estaría en un convento rezando a Dios, porque siempre he sido religiosa... ¡Y basta! Después de todo, si han dejado su dinero y su piel, es culpa suya. Yo no tengo nada que ver.

—Sin duda —dijo Labordette convencido.

Zoé introdujo a Mignon, y Nana lo recibió sonriendo; había llorado mucho, pero ya se acabó. Mignon la felicitó por su instalación, aún enardecido por el entusiasmo, pero ella dejó traslucir que estaba harta de su hotel y que ahora soñaba con otra cosa, que lo subastaría todo «uno de estos días».

Mignon buscó un pretexto para su visita y habló de una representación a beneficio

del viejo Bosc, clavado a una silla por una parálisis; ella se apiadó y se quedó dos butacas. Entonces dijo Zoé que el coche esperaba a la señora, y Nana pidió su sombrero; mientras se anudaba los lazos contó la aventura de la pobre Satin, añadiendo:

—Voy al hospital... Nadie me quiere como ella. Con razón se acusa a los hombres de falta de corazón... ¿Quién sabe? Tal vez no la encuentre más. No importa; pediré permiso para verla. Quiero abrazarla.

Labordette y Mignon esbozaron una sonrisa. Nana ya no estaba triste; sonrió igualmente, porque ellos no contaban. Y ambos la admiraron en un silencioso recogimiento mientras ella acababa de abotonarse los guantes.

Permanecía sola, de pie, en medio de las riquezas amontonadas de su hotel, con un pueblo de hombres abatidos a sus pies. Como esos monstruos antiguos, cuyo reducido dominio está cubierto de osamentas, ella ponía los pies sobre los cráneos, y la rodeaban catástrofes: la llamarada furiosa de Vandeuves, la melancolía de Fourcamont, perdido en los mares de China; el desastre de Steiner, reducido a vivir como un hombre deshonorado; la imbecilidad satisfecha de Héctor de la Faloise, y el trágico hundimiento de los Muffat con el blanco cadáver de Georges, velado por Philippe, salido el día anterior de la cárcel. Su obra de ruina y de muerte estaba consumada; la mosca escapada de la basura de los arrabales, llevando el germen de las podredumbres sociales, había envenenado a aquellos hombres nada más posarse sobre ellos. Aquello estaba bien, era justo, había vengado a su gente, a los pordioseros y a los desheredados. Y mientras en su gloria su sexo ascendía y resplandecía sobre sus víctimas caídas, al igual que un sol que se alzase iluminando un campo de matanza, ella conservaba su inconsciencia de animal soberbio, ignorante de su obra, siempre buena muchacha. Ella seguía con sus carnes, rolliza, con buena salud y una bella alegría.

Todo esto ya no contaba, su hotel le parecía idiota, demasiado pequeño, lleno de muebles que la estorbaban. Una miseria; sencillamente, era cuestión de empezar. Así pues, soñaba con algo mejor, y salió elegantemente vestida para abrazar a Satin por última vez, limpia, sólida, renovada, como si nunca la hubiesen usado.

Capítulo XIV

Nana desapareció bruscamente; una nueva zambullida, una fuga, un vuelo a países extravagantes. Antes de su partida se había dado la emoción de una subasta, barriéndolo todo, el hotel, los muebles, las joyas, hasta los vestidos y la ropa blanca. Se citaban cifras, las cinco ventas produjeron más de seiscientos mil francos.

Una última vez París la había visto en una comedia de magia, *Mélusine*, en el teatro de la Gaité, que Bordenave, sin un céntimo, acababa de coger en un golpe de audacia; allí se encontró con Prulliere y Fontan; su papel era de simple figuración, pero un verdadero «acierto»: tres posturas plásticas de un hechizo poderoso y mudo.

Luego, en medio de tan gran éxito, cuando Bordenave, frenético de reclamos, encendía todo París con anuncios colosales, se supo, por la mañana temprano, que la víspera había salido para El Cairo; una sencilla discusión con su director, una palabra que no le había convenido, el capricho de una mujer demasiado rica para dejarse fastidiar. Por otra parte, era su capricho: desde hacía tiempo tenía el propósito de ir a Turquía.

Transcurrieron los meses. Se la olvidaba. Cuando su nombre reapareció entre aquellos señores y señoras, circulaban las más extrañas historias, y cada uno daba las noticias más opuestas y prodigiosas.

Se contaba que había conquistado al virrey, y que reinaba en el fondo de un palacio, sobre doscientas esclavas, a las que cortaba la cabeza para reírse un poco. Nada de esto. Se había arruinado con un negrazo, una sucia pasión que la dejaba sin camisa y en la disolución crapulosa de El Cairo. Quince días después hubo un gran asombro; alguien juró haberla visto en Rusia. Se formaba una leyenda; ella era la querida de un príncipe y se hablaba de sus diamantes.

Todas las mujeres los conocieron por las descripciones que se hacía de ellos, sin que nadie pudiese citar el origen de la información: sortijas, pendientes, pulseras, un collar de dos dedos de ancho, una diadema de reina coronada con un brillante central, grueso como el pulgar. En el retiro de aquellos países lejanos, adquirirían el resplandor misterioso de un ídolo cargado de pedrería.

Ahora se la nombraba seriamente, con el supersticioso respeto que produce una fortuna hecha en países salvajes.

Una tarde de julio, hacia las ocho, Lucy, que pasaba en coche por la calle del arrabal de Saint-Honoré, vio a Caroline Héquet, que iba a pie para hacer un encargo a un proveedor de la vecindad. La llamó y en seguida le dijo:

—¿Has cenado, estás libre? Entonces, querida, ven conmigo... Nana ha vuelto.

La otra sube al coche de un salto, y Lucy continúa:

—¿Y sabes, querida? Tal vez ya esté muerta mientras nosotras charlamos.

—¿Muerta? ¡Vaya ocurrencia! —exclamó Caroline estupefacta—. ¿Y dónde, de qué?

—En el Gran Hotel... De la viruela. ¡Oh! toda una historia.

Lucy había ordenado a su cochero ir a toda marcha. Y al trote de los caballos, a lo largo de la calle Royale y los bulevares, contó la aventura de Nana, con frases breves y sin tomar aliento.

—No puedes imaginártelo... Nana regresa de Rusia, no sé por qué; tal vez haya tenido una discusión con su príncipe... Deja su equipaje en la estación y se va a casa de su tía, ya sabes, aquella vieja... Bueno; cae sobre su hijo, que tiene la viruela; el niño muere al día siguiente, y ella se pelea con la tía a propósito del dinero que debía enviarle, y del cual la otra nunca ha visto un céntimo... Parece que el niño ha muerto por eso; en fin, un niño abandonado y sin cuidado... Muy bien. Nana se marcha, va a un hotel, luego se encuentra con Mignon, precisamente cuando se ocupaba de su equipaje... Pero de improviso se siente indispuesta, tiene escalofríos, náuseas, y Mignon la acompaña a casa de ella, prometiéndole cuidarse de sus asuntos... ¿Eh? Es grotesco el caso y bien urdido. Pero aquí viene lo mejor: Rose se entera de la enfermedad de Nana, se indigna al saberla sola en una habitación alquilada, y corre a cuidarla, llorando... Ya te acuerdas de cómo se detestaban. Dos verdaderas furias. Pues bien, querida mía; Rose ha hecho trasladar a Nana al Gran Hotel para que por lo menos muera en un lugar elegante, y con la de hoy son tres noches las que pasa a su cabecera, a la espera de que reviente pronto... Ha sido Labordette quien me ha contado esto. Entonces he querido ver...

—Sí, sí —interrumpió Caroline muy excitada—. Vamos a subir.

Habían llegado. En el bulevar el cochero tuvo que contener los caballos ante un embotellamiento de carruajes y peatones.

Durante el día el Cuerpo Legislativo había votado por la guerra; una multitud bajaba por todas las calles, corría a lo largo de las aceras e invadía la calzada. Del lado de la Madeleine el sol se había ocultado tras una nube sangrienta, cuyo reflejo de incendio se fijaba en las ventanas altas.

El crepúsculo avanzaba, una hora sórdida y melancólica, con el envolvimiento ya oscuro de las avenidas, que los fuegos de los mecheros de gas aún no taladraban con sus llamas vivas.

Y entre aquel pueblo en marcha, las voces lejanas crecían, las miradas lucían en los rostros pálidos, mientras un gran soplo de angustia y de estupor extendido arrebatava todas las cabezas.

—Ahí está Mignon —dijo Lucy—. Él nos dará noticias.

Mignon estaba de pie bajo el amplio pórtico del Gran Hotel, con aspecto nervioso y mirando a la muchedumbre. A las primeras preguntas de Lucy, se las llevó gritando:

—¿Acaso lo sé? Hace dos días que no puedo arrancar a Rose de ahí arriba... Es estúpido arriesgar la piel de esa manera. Quedará bien si termina con la cara llena de hoyos. Sólo nos faltaría eso.

La idea de que Rose pudiese perder su belleza le desesperaba. Repelía a Nana abiertamente, sin comprender nada de la necia devoción de las mujeres. Fauchery atravesaba el bulevar, y cuando estuvo con ellos, también inquieto y pidiendo noticias, los dos se empujaron. Ahora ya se tuteaban.

—La cosa sigue igual, muchacho —dijo Mignon—. Deberías subir y obligarla a seguirte.

—Sí que está bien —dijo el periodista—. ¿Por qué no subes tú y la obligas tú?

Como Lucy preguntaba por el número de habitación, le suplicaron que hiciera bajar a Rose, pues si no bajaba acabarían por enfadarse.

Pero Lucy y Caroline no subieron inmediatamente. Habían visto a Fontan, con las manos en los bolsillos y contemplando muy divertido las cabezas de la muchedumbre. Cuando supo que Nana estaba arriba, enferma, dijo, afectando sentimiento:

—Pobre muchacha... Voy a estrecharle la mano. ¿Qué tiene?

—La viruela —respondió Mignon.

El actor ya había dado un paso hacia el patio, pero regresó y murmuró sencillamente, con un estremecimiento:

—¡Toma!

La viruela. Aquello no era gracioso. Fontan había estado a punto de tenerla a los cinco años. Mignon contaba la historia de unas sobrinas suyas que habían muerto de viruela. Fauchery sí que podía hablar, pues aún llevaba las marcas, tres granos en el nacimiento de la nariz, que señaló, y como Mignon le empujaba de nuevo con el pretexto de que nadie la había tenido nunca dos veces, combatió esta teoría violenta, y citó casos tratando a los médicos de brutos.

Pero Lucy y Caroline les interrumpieron, sorprendidas de la creciente muchedumbre.

—¡Miren, miren! ¡Sí que hay gente!

La noche avanzaba, los mecheros de gas de la lejanía se encendían uno tras otro. No obstante, en las ventanas se veía a los curiosos, mientras bajo los árboles la oleada humana crecía cada vez más, desde la Madeleine a la Bastilla. Los coches rodaban con lentitud. Un ronquido se desprendía de aquella masa compacta, todavía muda, congregada por una necesidad, que se amontonaba y pateaba, enardeciéndose en su misma fiebre. Pero un gran movimiento hizo retroceder a la muchedumbre. En medio de los empujones, entre los grupos que se apartaban, un conjunto de hombres con gorra y blusa blanca había aparecido, lanzando este grito con una cadencia de martillos golpeando el yunque:

—¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!

Y la multitud miraba, con una sombría desconfianza, aunque ya conquistada y conmovida por imágenes heroicas, como el paso de una banda de música militar.

—Sí, sí; ¡id a que os desnuden! —murmuró Mignon, preso de un acceso de filosofía.

Pero Fontan encontraba aquello hermoso. Hablaba de enrolarse. Cuando el enemigo se encontraba en las fronteras, todos los ciudadanos debían levantarse para defender la patria, y adoptaba una postura como la de Napoleón en Austerlitz.

—Vamos, ¿suben conmigo? —le preguntó Lucy.

—¡Ah, no! ¿Para contagiarme?

Ante el Gran Hotel, sobre un banco, un hombre ocultaba su rostro en su pañuelo. Fauchery, al llegar, lo había señalado con un guiño a Mignon.

Entonces ya estaba allí; sí, siempre estaba allí. Y el periodista aún retuvo a las dos mujeres para enseñárselo. Cuando él levantó la cabeza, ellas le reconocieron y dejaron escapar una exclamación. Era el conde Muffat, que miraba al vacío, hacia una de las ventanas.

—Sabed que está plantado ahí desde esta mañana —contó Mignon—. Le he visto a las seis, y aun no se ha movido... Desde las primeras palabras de Labordette ha venido aquí, con un pañuelo en la cara... Cada media hora se arrastra hasta aquí para preguntar si la persona de arriba se encuentra mejor, y vuelve a sentarse... No es muy sano el cuarto de arriba; se puede querer a la gente y no desear la muerte.

El conde, mirando siempre hacia arriba, no parecía tener conciencia de lo que sucedía en torno de él. Sin duda ignoraba la declaración de guerra; no sentía ni oía a la muchedumbre.

—Miren —dijo Fauchery—. Ahí lo tienen, van a ver.

En efecto, el conde había abandonado el banco y entraba bajo la alta puerta. Pero el conserje, que acabó por conocerle, no le dio ni tiempo de hacer la pregunta. Lo dijo en tono brusco:

—Señor, ha muerto en este mismo instante.

¡Nana muerta! Esto fue un golpe para todo el mundo. Muffat, sin una palabra, se volvió hacia el banco, con la cara hundida en el pañuelo. Los otros balbucieron algo, pero les cortó la palabra un grupo que pasaba gritando:

—¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!

¡Nana muerta! Una muchacha tan hermosa... Mignon suspiró como aliviado de un gran peso; al fin bajaría Rose. Hubo un frío silencio.

Fontan, que soñaba con un papel trágico, había adoptado una expresión de dolor, apretando los labios y con los ojos en blanco, mientras Fauchery, realmente conmovido en su frivolidad de periodista, mascaba nerviosamente su cigarro.

No obstante, las dos mujeres continuaron lamentándose. La última vez que Lucy la vio fue en la Gaité; Blanche, igual, en el papel de Mélusine. «¡Oh! asombraba, querida mía, cuando aparecía en el fondo de la gruta de cristal».

Aquellos señores la recordaron muy bien. Fontan representaba el príncipe Cocorico. Y con sus recuerdos despiertos, se pusieron a dar detalles interminables.

¿Verdad? En la gruta de cristal, qué maravilla con su rica naturaleza. No decía ni una palabra, incluso los autores le habían cortado una réplica, porque eso molestaba; no, nada de nada; aquello era grande. Ella conmovía a su público con sólo mostrarse. Un cuerpo como el suyo no se volvería a encontrar. Los hombros, las piernas y un talle... ¡Qué extraño era que estuviese muerta! ¿Saben que sólo llevaba sobre la malla un cinturón de oro que apenas le tapaba el delante y el detrás? Alrededor de ella, la gruta de espejos dando claridad, las cascadas de diamantes desprendiéndose, los collares de perlas blancas reluciendo entre las estalactitas de la bóveda, y en aquella transparencia, en aquella fuente de agua, atravesada por un ancho rayo eléctrico, ella aparecía como un sol con la piel y los cabellos encendidos. París siempre la recordará así, ardiendo en medio del cristal, en el aire, como si fuera una diosa. Pero no, era demasiado necia para morir en aquella posición. Ahora debía estar bonita allá arriba...

—¡Y cuánto placer perdido! —dijo Mignon con la melancólica voz del hombre a quien duele que se pierdan las cosas útiles y buenas.

Tanteó a Lucy y a Caroline para saber si subían. Claro que sí; su curiosidad había crecido. Precisamente Blanche llegaba sofocada y soltando pestes contra la multitud que abarrotaba las aceras, y cuando supo la noticia, volvieron a empezar las exclamaciones, y las señoras se dirigieron hacia la escalera con un gran alboroto de faldas.

Mignon las seguía, gritando.

—Decidle a Rose que la espero... En seguida; ¿se lo diréis?

—No se sabe de cierto si el contagio es de temer al principio o al fin —decía Fontan a Fauchery—. Un interno, amigo mío, me aseguraba que las horas que siguen a la muerte son las más peligrosas... Se desprende de los miasmas... Siento en el alma tan brusco desenlace; habría sido feliz si le hubiese estrechado la mano por última vez.

—Ahora, ¿para qué? —dijo el periodista.

—Sí, ¿para qué? —repitieron los otros dos.

La muchedumbre continuaba aumentando. A la luz de las tiendas, bajo las franjas temblorosas del gas, se advertía una doble corriente en las aceras. La fiebre se transmitía de uno a otro, las gentes seguían a los grupos de blusa y una avalancha continua barría la calzada, y el grito volvía nuevamente, saliendo de todos los pechos, sacudido y obstinado:

—¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!

Arriba, en el cuarto piso, la habitación costaba doce francos diarios.

Rose había querido un cuarto decente, aunque sin lujo, porque no se necesita lujo para sufrir. Forrada de cretona Luis XIII con grandes flores, la habitación tenía un mobiliario de nogal como en todos los hoteles, con una alfombra roja sembrada de follaje negro. El pesado silencio se cortó con un cuchicheo cuando se oyeron voces en el corredor.

—Te aseguro que nos hemos perdido... El camarero ha dicho torcer a la derecha... Vaya un cuartel.

—Esperad, hay que ver... Habitación 401, habitación 401...

—¡Eh! Por aquí, 405, 403... Ya debemos de estar. Al fin, 401. Hemos llegado; silencio ahora.

Las voces callaron. Se tosió, se recogieron un poco. Luego abrieron la puerta despacio. Lucy entró seguida de Caroline y de Blanche. Pero se detuvieron, pues ya había cinco mujeres en la habitación. Gagá estaba repantigada en el único sillón, de terciopelo negro. Frente a la chimenea, Simonne y Clarisse hablaban de pie con Léa de Hom, sentada en una silla, y cerca de la cabecera de la cama, a la izquierda de la puerta, Rose Mignon miraba fijamente aquel cuerpo envuelto en la sombra de las cortinas. Todas conservaban sus sombreros y sus guantes, como señoras en visita, y sola, sin guantes, despeinada, pálida por la fatiga de tres noches de vela, Rose tenía una expresión de estupidez y de tristeza, mirando ante sí, pensando en aquella muerte tan brusca. En el extremo de la cómoda, una lámpara con una pantalla dirigía su luz al rostro de Gagá.

—¡Qué desgracia! —murmuró Lucy estrechando la mano de Rose—. Nosotras queríamos decirle adiós.

Y volvía la cabeza para verla, pero la lámpara estaba demasiado lejos y no se atrevió a acercarse. Sobre la cama se extendía una masa gris; sólo se distinguía su moño rojizo, con una mancha pardusca que debía de ser el rostro.

Lucy añadió:

—Yo no la había vuelto a ver desde la Gaité, en el fondo de la gruta.

Entonces Rose, saliendo de su estupor, sonrió y repitió:

—¡Cómo ha cambiado...!

Luego recayó en su contemplación sin un gesto, sin una palabra.

Tal vez podrían verla muy pronto, y las tres mujeres se reunieron con las otras delante de la chimenea. Simonne y Clarisse discutían sobre los diamantes de la muerta, en voz baja. Pero... ¿existían esos diamantes? Nadie los había visto; debía de ser una broma. Pero Léa de Hom conocía a alguien que los había visto; ¡qué piedras más fabulosas! Y eso no era todo; también había traído otras muchas riquezas de Rusia: telas bordadas, chucherías preciosas, un servicio de mesa en oro, hasta

muebles; sí querida, cincuenta y dos bultos, cajas como para cargar tres vagones. Todo eso estaba en la estación. ¡Vaya! Mala suerte, morir sin siquiera tener tiempo para desembalar su equipaje, y agregad que traía dinero, algo así como un millón.

Lucy preguntó quién la heredaría. Unos parientes lejanos, seguramente la tía. Vaya viña para la vieja. Ella aún no sabía nada, pues la enferma se obstinó en no avisarla, guardándole rencor por la muerte de su hijo. Entonces todas se apiadaron del pequeño; se acordaron de haberle visto en las carreras: un niño que estaba enfermo, con aspecto de vicioso y triste; en fin, uno de esos pobres mocosos que no han pedido nacer.

—Es más dichoso bajo tierra —dijo Blanche.

—Y ella también —añadió Caroline—. No es tan divertida esta vida.

Les invadieron negras ideas en la severidad de aquella habitación. Tenían miedo, era una necedad seguir allí tanto tiempo, pero una necesidad de ver las clavaba a la alfombra. Hacía mucho calor, el cristal de la lámpara ponía en el techo una redondez de luna entre la húmeda sombra que ahogaba el dormitorio. Debajo de la cama, un plato lleno de fenol despedía un olor insípido. De vez en cuando la brisa movía las cortinas de la ventana, abierta sobre el bulevar, del que subía un sordo murmullo.

—¿Ha sufrido mucho? —preguntó Lucy, que se había abstraído ante las figuras del reloj, las tres Gracias, desnudas y con sonrisa de bailarinas.

Gagá pareció despertar.

—Oh, sí. Mucho... Yo estaba aquí cuando ha muerto. Os aseguro que no es nada agradable. Empezó a sufrir unas sacudidas...

Pero no pudo continuar su explicación; un grito subía desde la calle:

—¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!

Y Lucy, que se ahogaba, abrió la ventana y se apoyó en el antepecho. Allí se estaba bien, con el frescor que caía del cielo estrellado. Enfrente brillaban las ventanas, y los reflejos del gas bailoteaban en las letras de oro de las vidrieras.

Desde arriba, era divertido ver a la multitud rodar como un torrente por las aceras y la calzada, en medio de una confusión de coches, en la inacabable y movediza sombra rota por las luces de las linternas y de los mecheros de gas.

Pero el grupo que avanzaba rugiendo traía antorchas; una luminaria roja se acercaba del lado de la Madeleine, cortaba la multitud con un reguero de fuego y se extendía a lo lejos, sobre las cabezas, como una sábana incendiada.

Lucy llamó a Carolina y a Blanche, olvidada de todo y gritando:

—Venid... Se ve muy bien desde esta ventana.

Las tres se asomaron muy interesadas. Los árboles las molestaban, las antorchas desaparecían por momentos bajo los ramajes. Trataban de distinguir a los señores de abajo, pero el saliente de un balcón ocultaba la puerta, y ellas no veían más que al conde Muffat, tendido sobre el banco como un paquete sombrío, tapado el rostro con

su pañuelo. Un coche se había detenido.

Lucy reconoció a María Blond; otra que también corría. No iba sola; un hombre gordo se apeaba detrás de ella.

—Es ese ladrón de Steiner —dijo Caroline—. ¡Cómo! ¿Aún no le han enviado a la colonia...? Quiero verle la cara cuando entre.

Se volvieron. Pero diez minutos después, cuando María Blond apareció, luego de equivocarse dos veces de escalera, iba sola. Y como Lucy, asombrada, la interrogase, contestó:

—¿Él? Ah sí... ¿Creías que subirían? Me ha costado que me acompañe hasta la puerta... Son cerca de una docena los que están ahí fumando.

En efecto, todos aquellos señores volvían a encontrarse. Llegados para curiosear y echar una mirada a los bulevares, se llamaban y se dolían de la muerte de aquella pobre muchacha, e inmediatamente hablaban de política y de estrategia.

Bordenave, Dagueuet, Labordette, Prulliere, y otros más habían engrosado el grupo. Y escuchaban a Fontan, que explicaba su plan de campaña para apoderarse de Berlín en cinco días.

No obstante, María Blond, enternecida ante aquella cama, lo mismo que las demás, murmuró:

—Pobre gata... La última vez que la vi fue en la Gaité, en la gruta...

—Pues ha cambiado, ha cambiado —repetía Rose Mignon con su sonrisa de huraño agotamiento.

Todavía llegaron dos mujeres más: Tatan Néné y Louise Violaine. Iban de un lado a otro del Gran Hotel desde hacía veinte minutos, mandadas de un camarero a otro; habían subido y bajado más de treinta veces, en medio de un desorden de viajeros que se apresuraban a abandonar París ante el pánico de la guerra y aquella emoción de los bulevares. Al entrar se dejaron caer sobre las sillas, demasiado cansadas para ocuparse de la muerte.

Precisamente acababa de armarse un gran alboroto en la habitación contigua; se cerraban las maletas, se abrían cajones, golpes en los muebles, todo entre clamor de voces barbotando sílabas bárbaras. Era un matrimonio austríaco.

Gagá contaba que, durante la agonía, esos vecinos habían jugado a perseguirse; y como sólo una sencilla puerta condenada separaba las dos habitaciones, se les oía reír y besarse cuando se atrapaban.

—Vamos, hay que irse —dijo Clarisse—. Nosotras no la resucitaremos... ¿Vienes, Simonne?

Todas miraron la cama con el rabillo del ojo, sin moverse. No obstante, se dispusieron a salir, dándose ligeros golpes en las faldas. Lucy se había acodado nuevamente en la ventana, sola.

Cierta tristeza le apretaba la garganta poco a poco, como si una profunda

melancolía hubiese surgido de aquella multitud chillona. Aún pasaban antorchas, tremolando sus llamas; a lo lejos se amontonaban los grupos, alargándose en las tinieblas, como rebaños movidos por la noche en los cercados, y ante este vértigo, aquellas masas confusas, arrastradas por la ola humana, exhalaban un terror, una gran piedad por las matanzas futuras. Se aturdían, los gritos se rompían en la embriaguez de su fiebre, lanzándose a lo desconocido, allá abajo, tras la pared negra del horizonte:

—¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!

Lucy se volvió y, arrimada a la pared, dijo palideciendo:

—¡Dios mío!, ¿qué va a ser de nosotras?

Aquellas mujeres inclinaron la cabeza. Se las veía tristes, inquietas ante los posibles acontecimientos.

—Yo —dijo Caroline Héquet fríamente—, me iré a Londres... Mamá ya está allá arreglándome el hotel... No quiero que me maten en París.

Su madre, como mujer prudente, le había hecho colocar toda su fortuna en el extranjero. Nunca se sabía cómo acabaría una guerra, pero María Blond se irritó; ella era patriota, y hablaba de seguir al ejército.

—Vaya cobarde... Sí, si me quisieran, me vestirían de hombre para ir a batirme a tiros con esos cochinos prusianos... Aunque dejásemos allí la piel. Bonita cosa nuestra piel.

Blanche de Sivry se revolvió.

—No hables mal de los prusianos... Son hombres como los demás, y no están siempre encima de las mujeres como los franceses. Acaban de expulsar a mi pequeño prusiano, que vivía conmigo; un muchacho muy rico, muy bueno, incapaz de hacer mal a nadie... Esa indignidad me arruina... Y, ¿sabes? que no me fastidien, porque me iré a Alemania...

Mientras ellas discutían, Gagá murmuró con su voz cansada:

—Se acabó; ya no hay suerte... No hace ocho días acabé de pagar mi casita de Juvisy. Dios sabe con qué pena. Lili tuvo que ayudarme... Y ahora se declara la guerra, los prusianos vendrán, lo quemarán todo... ¿Cómo quieren que vuelva a empezar a mis años?

—A mí me importa poco —dijo Clarisse—. Siempre encontraré algo.

—Seguro, añadió Simonne. Esto va a ser divertido... Tal vez sea mejor.

Y con una sonrisa completó su pensamiento. Tatan Néné y Louise Violaine coincidieron con ella. Tatan contó cómo se había divertido con los militares hasta reventar. Buenos chicos, y harían las mil y una por las mujeres.

Pero como levantaban mucho la voz, Rose Mignon, siempre en la cabecera de la cama, las hizo callar con un «chis» silbado suavemente. Se quedaron sobrecogidas, mirando de soslayo hacia la muerta, como si aquel ruego hubiese salido de la misma

sombra de las cortinas, y en la pesada paz que siguió, aquella paz de la nada en que sentían la rigidez del cadáver tendido cerca de ellas, los gritos de la multitud estallaron:

—¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!

En seguida se olvidaron de todo. Léa de Hom, que tenía un salón político, donde antiguos ministros de Louis-Philippe se entregaban a finos epigramas, dijo muy bajo, encogiéndose de hombros:

—¿Qué falta hace esta guerra? Una necesidad sangrienta.

Inmediatamente Lucy tomó la defensa del Imperio. Ella se había acostado con un príncipe de la casa imperial, y aquello era asunto de familia.

—Dejadlo, querida; no podemos dejarnos insultar más; esta guerra es el honor de Francia... Sabéis que no digo esto a causa del príncipe. ¡Menudo pinta! Figuraos que a la noche, al acostarse, se escondía sus luses en las botas, y cuando jugábamos a la béciga, ponía habichuelas porque un día yo gasté la broma de saltar sobre la apuesta... Pero esto no me impide ser justa. El Emperador tiene razón.

Léa movía la cabeza con gesto de superioridad, de mujer que repite la opinión de personajes importantes. Y repuso, levantando la voz:

—Éste es el fin. Están locos en las Tullerías. Sabedlo, Francia pudo echarlos antes...

Todas la interrumpieron violentamente. ¿Qué tenía ella para ponerse así con el Emperador? ¿Acaso la gente no era feliz con él? ¿No iban bien los negocios? París nunca se había divertido tanto.

Gagá, enardecida, se despertó indignada.

—¡Cállense! Es una idiotez, y no saben lo que dicen... Yo sí he visto a Louis-Philippe en una época de mendrugos y miseria, querida. Y después vino el cuarenta y ocho... Muy bonito. Una porquería su República. Después, febrero, y yo me moría de hambre, yo, la que os habla... Si hubieseis conocido todo esto, os pondríais de rodillas ante el Emperador, porque ha sido nuestro padre, sí, nuestro padre.

Tuvieron que calmarla. Ella añadió en un arranque religioso:

—¡Oh, Dios mío! Que el Emperador tenga su victoria. ¡Consérvanos el Imperio!

Todas repitieron este deseo. Blanche confesó que ella quemaba cirios por el Emperador. Caroline, enamoriscada de él, se había paseado durante dos meses por su pasaje, sin conseguir llamarle la atención. Y las otras estallaron en palabras iracundas contra los republicanos, hablando de exterminarlos en la frontera, para que Napoleón III, después de vencer al enemigo, reinase tranquilo en medio del júbilo universal.

—Ese sucio Bismarck, ¡vaya un canalla! —rugió María Blond.

—¡Y pensar que lo he conocido! —exclamó Simonne—. Si lo hubiese podido saber, sería yo quien habría puesto una droga en su vaso.

Pero Blanche, molesta todavía por la expulsión de su prusiano, se atrevió a

defender a Bismarck. Quizá no fuese tan malo. Cada uno en lo suyo. Agregó:

—Ya sabéis que adora a las mujeres.

—¡Y eso qué nos importa! —exclamó Clarisse—. No le necesitamos.

—Hombres de esa clase siempre hay demasiados —declaró Louise Violaine seriamente—. Sería mejor dejarlos pasar que tener negocios con semejantes monstruos.

La discusión continuó. Hicieron añicos a Bismarck; cada una le pegaba un puntapié en su celo bonapartista, mientras que Tatan Néné repetía:

—Bismarck... No se me ha hecho rabiar poco con él. ¡Oh! Le tengo una tirria... Yo no conozco al tal Bismarck. No se puede conocer a todo el mundo.

—No importa —dijo Léa de Hom para concluir—. Ese Bismarck nos va a varear.

No pudo continuar. Todas se pusieron contra ella. ¿Cómo? ¿Una paliza? Al contrario, sería Bismarck el que volviera a su tierra a culatazos. ¡Vaya con la indigna francesa!

—Callad —pidió Rose Mignon, apenada por la riña.

El frío del cadáver volvió a apoderarse de ellas. Todas se detuvieron a la vez, inquietas, puestas de nuevo frente a la muerte, con el miedo al contagio.

Por el bulevar, el grito proseguía ronco, desgarrado:

—¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!

Cuando ya se decidían a irse, una voz llamó desde el pasillo:

—¡Rose, Rose!

Asombrada, Gagá abrió la puerta y desapareció un instante. Luego, cuando regresó, dijo:

—Querida, es Fauchery, que está abajo, al otro extremo. No quiere subir, está furioso porque sigues aquí, cerca del cadáver.

Mignon había conseguido que el periodista subiese. Lucy, todavía en la ventana, se asomó, y vio a aquellos señores en la acera, mirando hacia arriba y haciéndole señas. Mignon, exasperado, levantaba los puños. Steiner, Fontan, Bordenave y los demás abrían los brazos en ademán de inquietud y de reproche, mientras Daguinet, para no comprometerse, fumaba tranquilamente, con las manos en la espalda.

—Es cierto, querida —dijo Lucy abandonando la ventana abierta—. Había prometido hacerte bajar... Están todos llamándonos.

Rose abandonó penosamente la cabecera de madera, y murmuró:

—Ahora, ahora voy... Ya no me necesita para nada... Haremos que suba una Hermana.

Daba vueltas sin encontrar su sombrero y su chal. Maquinalmente, sobre el tocador, había llenado una palangana de agua y se lavaba las manos y la cara, mientras decía:

—No sé, pero esto ha sido un golpe terrible para mí... Nunca fuimos muy

amigas... Pues ya veis si soy tonta... ¡Oh! se me ocurren toda clase de ideas, hasta la de morirme también. El fin del mundo... Sí, necesito aire.

El cadáver empezaba a despedir cierto tufo... El terror se apoderó de todas, después de tanta indiferencia.

—Vamos, vamos, gatitas —repetía Gagá—. Esto no es sano.

Salieron con viveza, mirando por última vez el lecho. Pero como Lucy, Blanche y Caroline aún estaban allí, Rose se detuvo un instante para dejar la habitación en orden. Corrió una cortina de la ventana; luego pensó que aquella lámpara no era conveniente, que hacía falta un cirio, y después de encender uno de los candelabros de la chimenea, lo puso en la mesilla de noche cerca del cuerpo. Una luz viva iluminó bruscamente la cara de la muerta. Fue horrible. Todas se estremecieron y huyeron.

—¡Oh! está cambiada, está cambiada —murmuraba Rose Mignon—, saliendo la última.

Al salir cerró la puerta. Nana quedaba sola, la cara al aire, en la claridad de la bujía. Era un montón de huesos, lo que quedaba de humores y de sangre; una paletada de carne corrompida, arrojada allí sobre un colchón. Las pústulas habían invadido todo el rostro, un botón tocaba al otro, y marchitas, hundidas con un aspecto de barro gris, parecían un enmohecimiento de la tierra sobre aquella papilla informe, en la que no había rasgos.

Un ojo, el izquierdo, estaba completamente sombrío en el hervor de la purulencia; el otro medio abierto, se hundía como un agujero negro y corrompido. La nariz supuraba todavía. Una costra rojiza partía la mejilla e invadía la boca, arrancándole una risa abominable. Y sobre aquella máscara grotesca y horrible de la nada, los cabellos, aquellos hermosos cabellos, conservaban sus reflejos de sol, cayendo como un chorro de oro.

Venus se descomponía. Parecía que el virus cogido por ella en los arroyos, sobre las carroñas toleradas, aquel germen con el cual había envenenado a un pueblo, acababa de subírsele al rostro y lo había podrido.

La habitación estaba vacía. Un fuerte soplo desesperado subió del bulevar e hinchó las cortinas.

—¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!